Vitomil Zupan

MINUÉ PARA GUITARRA
(EN VEINTICINCO DISPAROS)

Tras evadirse del campo de concentración italiano de Gonars, donde estaba encerrado como miembro del Frente de Liberación Nacional de Eslovenia, Jakob Bergant «Berk» regresa a Ljubljana.

La ciudad, tomada por los alemanes, no es un lugar seguro y Berk decide unirse a los partisanos que luchan contra el poderoso ejército alemán en las colinas próximas a la capital eslovena. En compañía de un heterogéneo grupo de hombres inexpertos y mal equipados, Berk hará frente al invasor alemán mientras trata de procurarse un rifle en condiciones.

A la cruda narración de la experiencia bélica, el autor yuxtapone las conversaciones de Berk, de vacaciones en Mallorca treinta años después, con un antiguo soldado alemán que combatió en la misma zona. Los dos hombres tratan de dar sentido a sus recuerdos bélicos en una danza macabra que les devuelve al pasado y mina las certezas de cada uno.

Publicada originalmente en 1975 e inédita en castellano, Minué para guitarra es una ficción magistral sobre los horrores y las pequeñas comedias de la guerra, así como una exploración de la moralidad en un periodo convulso de la historia reciente de Europa.

Vitomil Zupan

Minué para guitarra

(en veinticinco disparos)

ePub r1.0
Titivillus 24.05.2023

Título original: *Menuet za kitaro (na petindvajset strelov)*
Vitomil Zupan, 1975
Traducción: Xavier Farré
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

«Hay que llegar a la cima».

Esta frase se repite como un lema en el montón de papeles que tengo delante de mí, escritos con lápices y tintas de diferentes colores.

El legajo se basa en un diario que se extiende unas cuantas páginas, luego decae y más tarde resurge en una multitud de pequeños detalles, palabras inconexas y descripciones. Todo el material —cuadernos gastados, folletos, pedazos de cartón, trozos de papel garabateados— se encontraba en el petate verde de un soldado. Y estaba allí intencionadamente. Los escritos no siempre resultan legibles. Sin motivo aparente, de algunos nombres solo fueron anotadas las iniciales; mientras que hay otros —tanto de personas como de lugares— que aparecen completos. «A» puede hacer referencia a Albin o a Anton, o a algunos otros nombres y apodos. «G» puede significar Gorice o Grosuplje, o cualquier otra localidad. El lector será el encargado de decidirlo. En la mayoría de páginas aparece la firma de quien escribe: Jakob Bergant, a veces también Jakob Bergant-Berk. En una descripción de la batalla de Jelenov Žleb, un comandante de los partisanos grita: «¡Al ataque! ¡Hacia la cima!». Y el comandante del batallón italiano Macerata brama: «*Alla montagna!*». Les separaba una distancia de cinco o diez metros. Y al final, fue un ametrallador de los partisanos el primero en abrir fuego desde la cima. A continuación, el autor describe la victoria y añade una nota: «Hay que llegar a la cima».

En cierto momento, leemos que Bergant, agazapado en la horcadura de un árbol, ve pasar varios tanques alemanes, con las torretas abiertas, por el sendero que tiene debajo. En una de las torretas identifica al comandante germano. Al sentir la mirada furtiva del partisano clavada en la nuca, el comandante se vuelve para inspeccionar los árboles. Y para romper ese inoportuno vínculo, el partisano se repite la misma frase: «Hay que llegar a la cima». Los tanques pasan de largo.

Hacia el final, hay una anotación escrita con cautela: «Lo importante es el camino, no el objetivo; el objetivo, como el sol poniente, es cambiante».

Hay muchos refranes, citas y máximas. En ocasiones, no tienen

ninguna relación con lo escrito; y en otras, forman parte del contenido. En este libro apenas he logrado incluir una cuarta parte de ese legajo tan variado. Por ejemplo, el autor dedica la mitad de un cuaderno a reflexionar sobre la relación entre la autoridad y el individuo, reflexión que concluye con una cita de *El príncipe*, de Maquiavelo: «Es feliz aquel que actúa en armonía con el espíritu de su época, así como es infeliz aquel que vive en contra de esa naturaleza».

Es evidente que el autor escribió estas notas en épocas diferentes y que más adelante reunió todos los papeles. Hay un fragmento, por ejemplo, en que la tinta se ha descolorido: «Es la noche que denomino noche del florecimiento de los cerezos. Un árbol, estrellas como pétalos de flores blancas, estrellas fugaces. A través de Suha Krajina. Un minué. Perros ladrando, una mula rebuznando, un silencio riguroso y piedras en el bosque». A esa página le suceden al menos otras veinte que recogen numerosos detalles, personajes y acontecimientos; descripciones que probablemente se redactaron antes y después de aquella noche. El papel donde aparecen es más blanco y la letra, más uniforme.

«Una cuchara clavada en un charco de sangre coagulada. La batalla de S». Y otro fajo de hojas. Hay muchos ejemplos como este.

La nostalgia de la sociedad humana y el incontrolable deseo de alcanzar una soledad eterna se mezclan en el camino de V. a R. G.

Despachos vacíos. Los recuerdos de un funcionario que amaba sus documentos.

Ochenta fascistas. La sangre que corre ladera abajo. Camisetas que no sirven.

Un armatoste grasiento, que avanza perezosamente en el fragor que provoca; frío, cruel e insensible. Un fulgor pálido, señal de su fuerza, atraviesa las nubes.

Un saco de granadas, en lugar de una almohada, bajo la cabeza.

A estas notas breves les siguen añadidos y aclaraciones. Y siempre hay un hilo, una especie de camino, que conecta todos los escritos. El autor ha intentado mantener ese hilo y el copista ha hecho lo mismo. Ni que decir tiene que ha aprovechado fragmentos de su propia experiencia. Lo que más le preocupaba era ser coherente; lo que menos, despertar la curiosidad del lector.

Ljubljana-Barcelona 1973/1974

El autor, Vitomil Zupan

«He visto a Dios muerto, pero estaba riendo».
José García Villa

«Fue asolada toda la tierra, porque no hubo hombre que mirase».
Jeremías 12:11

«Todo lo que realmente nos pertenece es el tiempo; incluso el que no tiene nada más, lo posee».
Baltasar Gracián, 1653

«En el mundo de los hombres la belleza se relacionó con el sufrimiento y el sufrimiento con la salvación. No hay nada parecido en la Naturaleza».
Henry Miller, *Nexus*, p. 130

«Cada uno de nosotros avanza alegre hacia el crimen bajo el estandarte de su santo».
Voltaire, *Diccionario filosófico*
«El carácter forja el destino».

«No hables así. Tápate la cara con las manos; deja que el tiempo responda por ti.
¿De cuánto amor has sido capaz, hermano mío?».
Giannini, *Los desconocidos*

Capítulo 1

Se oye el chirrido de unos frenos mal engrasados.

El tranvía se fue deteniendo. Verde y blanco, los colores de Ljubljana. De la ventana del segundo piso de una casa al otro lado de la calle pendía provocativamente una bandera roja con la esvástica negra sobre un fondo blanco.

Hay que ir a las colmas.

Aquel dorado y frío octubre de 1943. Los colores pastel del suburbio resplandecían a la cálida luz del sol. Los movimientos de la gente, de los coches y de los caballos uncidos a pesados carros eran fluidos, sin interrupciones. Como si cualquier prisa excesiva pudiera levantar sospechas. Débiles rumores alcanzaban discretamente el dulce silencio de la tarde. Y uniformes de un verde intenso, extranjeros, avanzaban con lentitud por la acera. Distinguí la silueta de un oficial alemán que lucía con presunción una gorra con una visera negra brillante. Algo en aquel conjunto verde, negro y plateado llamaba la atención. El oficial miró a Marjana, que había subido conmigo al tranvía; después me echó una ojeada a mí, con una mirada altiva y desdeñosa. Unos sesenta y cinco kilos. Con mi gancho de izquierda lo podría haber derribado como a un muñeco de paja. En la pistolera, bonita y de piel negra, tenía muy probablemente una Mauser Reiterpistole 7,35, a juzgar por el largo cañón del arma. Alcance de mil metros. ¿Por qué diablos se había dado la vuelta? *Hay que ir a las colinas*.

Marjana y yo subimos los peldaños del tranvía (ella no había visto al alemán; con los dedos me rozó ligeramente la mejilla). Nadie tenía prisa. Volví la mirada hacia una casa de un color arenoso cuyas ventanas cerradas reflejaban el brillo del sol. Pasaron tres hombres con ropa de trabajo empujando una especie de escenario muy alto, una especie de balcón con parras o algo parecido.

El tranvía avanzó. Marjana me miraba con los ojos muy abiertos. Su azul claro se veía empañado de alguna preocupación, ¿o era un mal

presentimiento?

No pude sostenerle la mirada. En el camino que yo había elegido no había espacio para grandes preocupaciones, nefastos presentimientos, recuerdos desgarradores ni tampoco ternura. Fue un error haber dejado que Marjana me acompañara en el tranvía. A partir de aquel momento iba a empezar otra vida. Miré alrededor y vi las calles, las casas, los peatones, los uniformes, aquel escenario que se alejaba… estaba presenciando una leyenda. Una leyenda de la que tenía que escapar, y Marjana formaba parte de ella. Todo aquello me recordó al cuadro de un pintor holandés: la imagen de la calle y los árboles, las procesiones con las pancartas, e incluso un perro que nos miraba.

¿Estaba oyendo en realidad el eco de una sirena o solo me lo parecía?

—¿Cuándo volverás? —preguntó Marjana a media voz. El vestido azul ajustado, el cuello blanco, la leyenda.

Había gente por doquier; gente que andaba, hablaba, se iba, llegaba, aparecía y desaparecía ocupada en diversos recados: hombres, mujeres, ángeles, robots, huérfanos, bestias… los justos, las víctimas y los verdugos. El ruido de la sirena y esa explosión de vida podían enloquecer a cualquiera.

—Mira —le dije a Marjana, intentando ocultar mi nerviosismo—, precisamente por este camino las legiones romanas llegaron a Emona desde el Sur, y también las huestes asiáticas pasaron por aquí cuando invadieron la península Apenina.

—¿Cuándo volverás?

—Por aquí pasaban caravanas de mercaderes…

—Quizás no vuelva a verte nunca más.

—También en la última guerra, la del 14, marcharon tropas por aquí.

El tranvía se detuvo. La multitud de pasajeros empujó a Marjana hacia mí. Noté sus pechos y sus muslos. En un momento percibí todo su cuerpo de la cabeza a los pies. También leyenda, aunque no apareciese en el cuadro del pintor holandés.

El tranvía reanudó la marcha a trompicones, y eso hizo que me acercara aún más a Marjana. Le dije en voz baja:

—El camino también sigue el que antiguamente hacían las aves migratorias…

Eso tal vez no le gustó. Quedaba una parada. Nada me obligaba a vivir en el pasado. El presente iba a empezar allí fuera, entre alambradas, búnkeres y barricadas. Reviviremos estos momentos en el pasado.

Mariposas en el estómago. El mismo nerviosismo de antes de jugar un partido.

—Mejor que nos despidamos ahora, Marjana. No te vuelvas a mirarme. Vete. Que nadie sospeche nada. Piensa que me he ido de expedición a los bosques antiguos para explorar los rápidos del río Sin Retorno. Ningún uniformado lo entendería. Si me cogen los alemanes, me defenderé lo mejor que pueda; con mi mejor alemán les explicaré cuánto me interesa la relatividad de todos los fenómenos. Escúchame, Marjana: cuando bajemos, que cada uno vaya por su cuenta y sin decir palabra… si es que te tomas en serio a las aves migratorias.

Me vino a la cabeza una broma justo en el momento menos apropiado. Podría haber estallado en una carcajada.

—Quizás debiese reconsiderar mi nacionalidad, al menos una vez. Para los italianos somos *schiavi*; para los austríacos, perros de Vindisarja; para el resto de Europa, balcánicos; para los balcánicos, austríacos; y para la mayoría del mundo, algo entre Turquía y Checoslovaquia.

… se oyó un cañonazo desde el castillo de Ljubljana (probablemente dirigido a los bosques de Mokrec y Krim)…

… y el tranvía se detuvo en la última estación. El conductor sacó la manivela.

Al bajar del tranvía acaricié la larga cabellera rubia de Marjana, y después salté a la acera, giré a la derecha y me fui sin mirar atrás. Cada paso me acercaba a un presente al que me tenía que enfrentar. Un presente con cara y ojos de raposa. A lo lejos había un hombre gordo con los labios gruesos. Y más allá un centinela. Alambre de púas, fortines, barricadas, y más adelante, un tupido roble cuyas hojas comenzaban a marchitarse. El funcionario echó una ojeada a mi salvoconducto falso y me clavó su penetrante mirada.

Hay que ir a las colinas.

Vestido con elegancia (chaqueta de *tweed* a medida, pantalones azul oscuro, zapatos de piel suave, corbata de un amarillo chillón que en aquella época habría sido la envidia de todos) y con las uñas lacadas (era aficionado al póquer), me dirigí hacia el roble frondoso y dejé atrás la alambrada. Contuve la respiración. Adiós, Ljubljana.

Avancé varias decenas de metros por la carretera principal hasta la bifurcación que conducía al lugar indicado, al punto de reunión. Sentía como si mi cuerpo se hubiera librado de unas cadenas, pero en el alma notaba el peso helado de la prudencia. Fijé la mirada en la carretera, sin perder de vista lo que sucedía a mi alrededor.

A la luz del ocaso, un carro tirado por un caballo avanzaba en dirección contraria a la mía. Y a mi derecha, una mujer con una

mochila a la espalda volvía de la ciudad. Delante de una casa, unos cuantos niños jugaban como si no estuviésemos en guerra. También vi tres chicas con cestas y un señor con el abrigo desabrochado. Dos soldados alemanes, con el fusil colgado del hombro derecho de cualquier manera, bromeaban. Uno de ellos soltó una gran carcajada. Tenía el pescuezo quemado por el sol, aunque justo por encima del cuello de la chaqueta le asomaba una franja de piel blanca. No se había bañado ni había tomado mucho el sol aquel verano. Ninguno me miró cuando pasé por delante de ellos y por su acento deduje que eran del norte de Alemania. Continué adelante a un ritmo normal, aparentemente despreocupado. Pero permanecía alerta al menor sonido, atento a cualquier brizna de paja. Del bolsillo de uno de los soldados me llegó un sonido metálico, un breve tintineo, como si su navaja hubiese golpeado otro objeto metálico, un plumín o quizás un encendedor. Vi el humo azul que se elevaba serpenteando desde la chimenea de una casa baja. El polvo en las hojas de un manzano que había junto a la carretera. Unos pasos más allá de unos niños que jugaban con piedras a la bocha, otro niño flacucho permanecía inmóvil, observando a un caballo uncido a un carro. El conductor estaba sentado, casi encorvado del todo. Una nube alargada avanzó a través de la suave pendiente de una colina. Un viejo quemaba mala hierba y basura en su jardín. Se oían martillazos al otro lado del muro. Seguro que había un taller en la parte trasera de la casa.

Qué poco sabía de lo que me rodeaba. Y qué poco sabía del planeta en el que vivía. En algún recodo de algún bosque antiguo la vida seguía su curso, la naturaleza luchaba por la existencia. Una enredadera arrancada por un huracán; un árbol alto amenazado por una borrasca. En el ancho mar el plancton se adentra en las mandíbulas de una ballena. Se bombardean ciudades y nudos ferroviarios. Un submarino torpedea un convoy marítimo. Tormentas de arena azotan los tanques ingleses y alemanes mientras sus cañones escupen proyectiles. Un pájaro trina en un parque destruido. Hay soldados que caen abatidos por las ráfagas de las ametralladoras. Y otros que consiguen irse de permiso y el índice de natalidad se dispara. Teléfonos, telégrafos, servicios informativos, emisiones radiofónicas. Gritos de heridos. Cantos a coro. Blancos glaciares bajo el débil sol del Ártico. Un oasis en el desierto. Jinetes en la sabana. Discursos estridentes de los vencedores. Controles en las carreteras y campos de concentración ocultos a los ojos del mundo. Las notas de una guitarra. Un pájaro cantor muerto en una trampa. Granadas. Chalecos a prueba de bala. Lavanderas en la orilla de un río. Fábricas. Carreteras. La lluvia que cae sobre la granja de una colina. Alguien

que reza en una oscura iglesia vacía. Un niño que muere de hambre en una cabaña abandonada. Todo al mismo tiempo.

Con gran esfuerzo, gracias a todos sus conocimientos y a su imaginación, el hombre abandona el medio que lo oprime y avanza en todas direcciones. Primero, la Tierra. Luego todo lo que existe, todo el tiempo y el espacio, todo el universo. Después vuelve aquí y a todo esto. A las peligrosas inmediaciones. Y de nuevo se habitúa al viento, el agua, el laberinto terrestre, el volcán en erupción, las constelaciones. ¿Es todo esto lo que le pasa a un hombre por la cabeza cuando lo ponen frente al muro ante un pelotón de fusilamiento? Quizás en ese preciso instante percibe lo sucedido en cualquier lugar y en cualquier momento, y toma conciencia de ello. De todos los pensamientos, sentimientos y movimientos del hombre; de toda la savia que circula por las plantas, de la agitación de las criaturas más diminutas, escondidas bajo la corteza de los árboles; de los guijarros que avanzan rodando por el lecho de un río desbordado. Para luego volver repentinamente a la tierra, a lo que en ese momento le rodea y a su destino inminente. Pero ¿de qué le ha servido el escapismo, la introspección? Nos entregamos a nuestro propio conocimiento de lo que ha de ocurrir. Los recién nacidos sacrificados por orden de Herodes no intentaron huir y se dice que los caballos huelen la muerte de camino al matadero. Pero a los hombres se les ha concedido la capacidad de prever su destino, y el tormento y esfuerzo innecesario ligados a ello. La conciencia, el conocimiento, la percepción. Ver, oír, tocar, oler, saborear, percibir, pensar. Al principio todo esto servía para cazar y luchar, para conseguir comida y salvar la vida. Pero más tarde se desarrolló en un campo desconocido llamado civilización. Filosofía e ideas. Conflictos de ideas. Disputas ideológicas. La invención de la pólvora. Las escopetas. Los cañones. Las bombas. La máquina de vapor.

Toda la vida en una gota imprecisa de percepción.

En una época como esta, los hombres deben tomar partido; no pueden huir a los Jardines Colgantes de Babilonia. Es una guerra a vida o muerte entre diferentes tipos de personas. También yo pertenezco a un ejército. De nuestra parte está la justicia; de la de ellos, la injusticia. Aunque estas palabras también se repiten a menudo en su bando. Los hombres deben tomar partido y compartir el odio hacia el enemigo. No se trata de una expedición a los rápidos de un río perdido en el corazón de África. Y si alguien no se integra en un bando o en otro, las cosas se van a poner difíciles. Ante un pelotón de fusilamiento, se preguntará por el estado de gracia de sus verdugos. Ante la tortura, se dirá que su situación es ridícula observada desde la

galaxia. Está condenado a ser siempre y en cualquier lugar la víctima, nunca el conquistador, nunca el vencedor. Quizás haya épocas en las que se valore a estas personas, pero no ahora. En los últimos capítulos de *El Príncipe*, Maquiavelo expone unas sabias reflexiones en la misma línea: «Es feliz aquel —escribe— que actúa en armonía con el espíritu de su época, así como es infeliz aquel que vive en contra de esa naturaleza».

Si no controlo y oriento mis sensaciones, si no aprendo a pensar tal como lo exigen los tiempos, tal vez yo mismo llegue a sentir la verdad de las palabras de Maquiavelo. Niccolò también dijo, con mucha lucidez, que el destino prefiere servir a los fanáticos que a los calculadores imperturbables. ¿Cómo jugaría un futbolista si se parase a pensar en lo que realmente hace, es decir, perseguir en tropel una pelota de cuero? ¿Y qué sentido tiene eso visto desde la inmensidad de los tiempos y la infinitud del espacio en el que giran las estrellas? Me viene a la memoria la pelea que perdí estúpidamente contra un alemán antes de la guerra. Mientras él lo daba todo en cada golpe, yo iba pensando en la diferencia entre una carrera de ochocientos metros y un combate de boxeo, y Dios sabe qué más. Me movía como un autómata y perdí por puntos. ¿Y por qué, en cambio, derribé a tantos otros en peleas de taberna? Porque actuaba por instinto.

Cerca de la carretera había un montón de basura y un enjambre de moscas revoloteaba encima. Al género de las moscas cabe añadir el de las hormigas, las abejas y las termitas. En mi imaginación repasé todas las criaturas del mundo animal. Su vida no cambia con el paso del tiempo, solo la especie humana cambia su manera de vivir. En cada instante, el hombre debe entenderlo todo, pero concentrarse únicamente en ese retazo de experiencia que le asistirá en el camino que le espera.

> *Allons enfants de la patrie,*
> *le jour de gloire est arrivé…*
> Adelante, hijos de la patria,
> el día de gloria ha llegado…

Ahora cantemos todos en voz baja. No muy lejos de aquí están los que por la noche prefieren cantar «Lili Marlene».

Aún más bajo: «Levantaos, esclavos, de esta oscuridad…».

Una mosca me zumbaba en el oído. Los soldados con uniformes verdes no cazan moscas. Desprecian a las moscas, a los italianos que capitulan, a sus propios colaboradores que no son arios. Son la Raza Superior, un pueblo con una sola idea personificada en su Führer.

Ah, vientecito, pasa
por las montañas altas,
donde los chicos eslovenos
luchan por su casa.

La casa mostraba sus costillas; el enlucido se había caído a pedazos dejando al descubierto unos ladrillos rojos. La puerta estaba cerrada y las ventanas rotas, como si nadie viviera allí.

Allí arriba, en las montañas, cantan las ametralladoras,
el soldado alemán lo pasa mal.
Quería una cruz de acero,
y ahora ha recibido una cruz de madera
para la tumba, Lili Marlene…
para la tumba, Lili Marlene…

En la clase de francés, tuvimos que leer anécdotas sobre Napoleón. No sé por qué río navegaba cuando, siguiendo su costumbre, sorprendió a un joven oficial de su escolta con la siguiente pregunta: «¿Cuántas águilas sobrevuelan este río?». El joven oficial disparó su respuesta: «Una sola, Señor». Los soldados deben ser astutos, rápidos, leales. ¡Hurra! Y aquel oficial era un soldado profesional.

«Vamos a ganar la guerra», había dicho el buen soldado Švejk, que era recluta.

Y yo era voluntario por segunda vez. La primera había sido tras la invasión alemana y había terminado vergonzosamente. Sí, en Zagreb fuimos el hazmerreír de aquellos pálidos jóvenes alemanes que, encaramados en los tanques con sus oscuros uniformes militares, comían galletas con margarina y mermelada. Por la calle principal de la capital de Croacia entraron aquellos hijos de la patria para ocupar otro país. Nosotros nos limitamos a mirar mientras nos preguntábamos cómo íbamos a volver a casa.

Así, muerte al fascismo, así es como hay que pensar.

Las abejas estaban animadas, las veía en los rosales; sus alas brillaban al sol. En aquella falsa tranquilidad sentí una llamada, una exhortación o, quizás, una urgencia. ¿Por qué tomar precisamente este camino para alcanzar un objetivo ya señalado? Detrás quedaba el pasado, enredado en barricadas y alambradas, y ante mí se anunciaba el futuro, donde algo se movía, ¿o no era más que una impresión mía? Algo estaba pasando en aquel día tan claro. Más allá, hacia el sur, quizás arreciase una tormenta; allá, en los bosques, en las montañas cubiertas de neblina. Este atardecer también desembocará en la noche. ¿Cómo volvería a la ciudad? ¿Encadenado? ¿Igual que la otra vez? ¿O

a caballo? Llegará el invierno y la nieve lo cubrirá todo. También mis recuerdos. La chica que avanzaba delante de mí tenía las piernas bonitas, y también una bonita melena. Sus caderas se balanceaban al andar y miraba hacia delante. Era una verdadera belleza, pero en aquel momento eso me traía sin cuidado. Un pedazo de diario en el borde del camino. *EL ESLOVENO*, escrito así, en mayúsculas. Allí está el río. Allí, el puente. Hay que atravesar el puente y girar a la izquierda hacia la posada La Rana. La inocencia de un momento. Y, con todo, cierta tensión en el aire. Equilibrio entre pasado y futuro. Es extraño, todo es como debería ser.

Y, sin embargo, aquí estamos, avanzando hacia la guerra. En otros tiempos se solían hacer ejercicios espirituales antes de ir al frente o se recurría a la bebida para no perder la alegría. ¿Cómo es que ahora lo hacíamos sin ejercicios espirituales ni físicos? Partíamos en silencio, con documentos falsificados y un salvoconducto para los nuestros, una pequeña tarjeta cosida en la ropa. Un secreto que podría costarnos la vida. Pero la guerra siempre ha existido, y nuestros ancestros, nuestros abuelos y padres, también han caído combatiendo. Homero nos habla de la guerra, igual que las epopeyas indias y las leyendas y poemas chinos. Los documentos más antiguos de cualquier civilización describen guerras, rebeliones, conflictos y batallas. Refiriéndose a Lucifer, el profeta Isaías afirmó: «Lucero de la mañana, cómo has caído…». A lo que Lucifer respondió, según nos dicen: «Me elevaré hasta el cielo… y entre las estrellas de Dios Todopoderoso levantaré mi trono para reinar en la Montaña del Señor». El Apocalipsis de San Juan recoge la batalla de San Miguel y sus ángeles contra el dragón y cómo luchó el dragón. Los titanes se alzaron contra el orden establecido, contra Zeus, rey de los dioses, e invadieron el Olimpo, su morada. Y setecientos años antes de Cristo, el poeta Hesíodo relató la historia de Prometeo, que robó el fuego del Olimpo y se lo entregó al hombre. Recuerdo las leyendas de las islas del océano Pacífico, que describen la rebelión que se desató en los cielos después de que Dios pusiera estrellas en el firmamento y cómo Dios aplacó a los rebeldes con relámpagos y los lanzó a la tierra, condenándolos, desde entonces, a luchar entre ellos, hombre contra hombre, pueblo contra pueblo, animal contra animal, peces contra peces. *Homo homini lupus*, el hombre es un lobo para el hombre. Esta antigua sentencia me ha venido varias veces a la mente. En alguna parte se hace referencia a Jehová, el Dios de los antiguos hebreos, como Sabaoth, Señor de las Huestes. Y algunos filósofos afirman que la guerra es el estado natural del hombre. Así que aquí estoy, adoptando mi estado natural. Me voy a la guerra. Y estos pensamientos me los tomo como mis primeros

ejercicios espirituales, aunque la guerra ya hace tiempo que dura.

En la ciudad ya había luchado, igual que ahora lucharía fuera. Pero en la ciudad llevaba unos pantalones planchados —que ahora examino con ojo crítico—, zapatos de piel suave y un sombrero ladeado. Pese a todo, nos convertíamos en soldados al caer la noche. Pero ahora era diferente. Avanzábamos para unirnos a las tropas, al ejército verdadero, que iba tomando forma en las montañas que se levantaban hacia el sur. Atravesé el puente y observé la corriente. «Fluye libre de alambradas», me dije.

Pasado el puente vi un edificio, un letrero que decía «Posada La Rana» y también uvas. La mujer que iba delante de mí se detuvo ante la puerta y me miró. Tenía los ojos de un azul grisáceo y parecía desconfiar de mí. Entré en la posada y me dirigí al bar. Una camarera robusta le llenaba lentamente el vaso a un hombre que permanecía apoyado en la barra. Igual que yo, llevaba un periódico en el bolsillo izquierdo. Me cambié el periódico de bolsillo, la señal acordada. En aquel momento, entraron dos viejos soldados alemanes con expresión aburrida y pidieron vino. En un rincón había un hombre sentado leyendo un periódico. Todos los presentes, excepto los alemanes, podrían haber sido voluntarios dispuestos a partir. Puede que fuésemos varios en la misma situación. Pero no lo sabíamos. Otro hombre salió del lavabo y pidió una copa. Yo también la pedí, con todo el desenfado que pude. Los soldados ni siquiera me miraron. Me bebí el vino despacio y continué con mis ejercicios espirituales, puesto que no tenía nada más que hacer. Observé las manos de todos los que había allí. Por lo que vi, los alemanes eran simples obreros. Apuraron sus vasos con rapidez y se marcharon.

Aquel momento y aquel lugar que apestaba a vino rancio se me han quedado grabados en la memoria. Nunca sabes dónde te aguarda una sorpresa. ¿Quién era el hombre de ojos vivos que acababa de entrar? En aquellos tiempos alguien podía sentirse molesto por tu nariz, tu ropa, tu mirada; quizás por tu manera de andar, tu postura, o la forma de encenderte un cigarrillo. En realidad, nada dependí de mí. ¿Cuándo y a dónde iba a ir? ¿Cómo y con quién? Otros lo decidirían por mí. Ya no llevaba el timón de mi destino.

Nuestro camino siguió por los páramos de Ljubljana. Un camino que aquella tarde resultaba agradable a los pies. Un camino que habíamos tomado cinco personas. Encabezaba la comitiva Janez, el guía; Vesna avanzaba tras él y Miško, a su lado. A continuación, iba yo, y, en último lugar, un extraño vestido de negro, de semblante inexpresivo, que permanecía callado y parecía retraído. Cinco personas habíamos tomado el mismo camino, tres hombres que

cargaban cestos y una mujer con una bolsa de red llena de lecheras.

Janez se dio la vuelta y dijo:

—Tenéis que continuar hablando con normalidad, en voz alta, sin afectación. Como hablaría un grupo de personas que van al pueblo a comprar leche.

Y al cabo de un rato, algo nervioso, añadió:

—¡He dicho que habléis!

El término *informe* no sirve para describir árboles, arbustos ni paisajes. Cada roble tiene su forma; cada uno de los abetos que bordean las carreteras también. Cada arbusto tiene unas características y por eso decimos que esto es un avellano, eso un endrino y aquello, un enebro. Pero los fragmentos de vida no tienen forma definida. La masa de cosas que vemos, pero también la masa aún mayor de cosas que nos pasan desapercibidas. ¿Qué forma tiene aquel instante? ¿Se parece a una puesta de sol? ¿Al olor intenso del aire fresco? ¿Al rumor de los pájaros que alzan el vuelo? A nuestro lado, un pájaro salió volando desde un arbusto y se adentró en la profundidad de los bosques. Los sentidos humanos tratan de entender el entorno en el que se encuentran, pero están atrapados en un cuerpo que camina, se mueve y avanza hacia un objetivo concreto. Si es que realmente existe ese objetivo. La escopeta apunta a un blanco, tanto si acierta como si no. También se dice que la vida humana está encarrilada o va por el mal camino. Por lo general apuntamos una flecha hacia algún sitio. ¿Es el hombre una flecha con blanco o sin él? Veo una nube de flechas disparadas al cielo y a la juventud que las lleva hacia el sol. Pero giran, se detienen, caen al suelo. Primero el objetivo era el sol, luego se produjo el cambio de sentido y ¿a continuación? La caída. Una caída veloz. ¿Acaso hay algo más?

Atrás quedaban el suburbio, el control de carretera, las alambradas, los guardias. Habíamos cruzado nuestro Rubicón. Pero el ritmo de los acontecimientos era demasiado lento para el optimismo que sentía en aquel momento. ¿Cómo podría definir mi actitud hacia el futuro inmediato? Era muy diferente a cuando iba a esquiar o a recorrer el mundo; a cuando salía al cuadrilátero, escalaba montañas, iba caminando a las clases de literatura o en bicicleta a la playa. En aquellas ocasiones podría haber tomado otro rumbo. Pero no ahora. No había vuelta atrás. Ante mí se extendía lo desconocido y una cierta predestinación severa, rígida. La voluntad, mi voluntad, había desaparecido. Más allá, en alguna parte, estaba la ansiosa Alemania. El horror del frente. Y en el sur, la Italia que ya había capitulado. Más lejos todavía se encontraban los americanos, los rusos, los ingleses y, por supuesto, los japoneses. Mientras nosotros, allí, seguíamos

avanzando por un camino bordeado de árboles junto a una zanja cubierta de plantas cenagosas. Avanzábamos bajo la bóveda celeste, acompañados por el sonido de algún disparo lejano, por la visión de un escarabajo aplastado. Sin dejar de hablar. Janez, el guía, nos había dicho que nuestras cosas estaban en el pueblo, que las habían llevado hasta allí unos días antes. Me sentía débil e indefenso sin ningún arma en el bolsillo. No llevaba nada conmigo. Lo había enviado todo por adelantado. Estaba solo, allí, a merced de los acontecimientos que estaban por venir y sobre los que no tenía ningún control. Bueno, era algo a lo que tenía que acostumbrarme.

Mi imaginación quería funcionar tal como estaba habituada a hacerlo. Sin embargo, aquello no era una excursión escolar para niños aplicados. Me encendí un cigarrillo y les ofrecí otro a la pareja que iba delante de mí, pero lo rechazaron. Se lo ofrecí a aquel tipo extraño que caminaba detrás de mí, pero se limitó a sacudir la cabeza como sorprendido por mi atrevimiento. Vestido con aquel traje viejo de color negro, no encajaba ni con nosotros ni con el paisaje, aunque nos servía de camuflaje. Extraño mochuelo de mejillas pálidas. Se parecía más a un sacristán que a un futuro soldado.

Los tres que iban delante mantenían una animada conversación. Cuando el camino se ensanchaba, avanzaba hasta situarme a la izquierda de la chica, pero luego volvía a quedarme atrás. El hombre de negro, sin embargo, no mostraba el más mínimo interés en establecer ningún contacto. Miško hacía lo posible por hablar con la chica que caminaba a su lado, pero ella solo tenía ojos para el guía. No paraba de inclinarse hacia delante para escuchar mejor lo que él decía. Se notaba que Janez conocía perfectamente aquel camino. ¿A cuántos, antes que nosotros, habría llevado «a los bosques»?

Vesna se movía con paso ligero. Tenía las caderas bien torneadas, las piernas largas y una figura esbelta. En cualquier otro lugar del mundo habría despertado mi interés y nos habríamos llevado bien, de eso estoy seguro. Pero aquí toda su atención estaba puesta en el guía del grupo, el líder de la tropa, y, a su lado, yo no era nada. Me invadió el sentimiento de autocompasión propio del macho solitario en medio de un rebaño. Vesna ignoraba todo lo que había hecho en la ciudad. Para ella no era más que un principiante, un recluta, un novato, sin ningún valor. ¡Ja! ¡Si supiera cómo desarmábamos a los soldados italianos cuando caía la noche! *¡Maní in alto!* Venga, dame el fusil. Sin prisas. Y ahora sigue caminando lentamente. Los alemanes no habrían sido tan obedientes. Y a un alemán tampoco lo coges desprevenido y le clavas un revólver en la espalda con tanta facilidad, eso es verdad. Pero es que los italianos no creen que esta sea su guerra.

Un señorito de ciudad, eso es lo que Vesna debía de pensar de mí. No habría podido imaginarse por qué llevaba las uñas lacadas. Mi querida niña, ¡si hubieses sabido cuánto dinero del mercado negro había pasado por estos dedos para ir a parar a las arcas de nuestra organización! El póquer es un juego bonito, pero se hace aburrido cuando te dedicas a sacarle el dinero a alguien para ponerlo en otro sitio. La víctima no entiende el juego; se pelea, se defiende, se sorprende, no sabe cómo retrasar lo inevitable. ¿Quién ha ganado algún juego de azar después de caer en las garras de un par de profesionales?

Su nuca suave y bronceada era una provocación descarada. Con cada paso, sus largos cabellos sueltos sobre la espalda descubrían y volvían a cubrir un triángulo de piel.

El camino se ensanchó y empezó a serpentear bajo el espeso ramaje de un bosquecillo. Me puse a su altura e hice alguna observación, pero no me hizo caso. Miško también fingió que no me había visto ni oído. De nuevo me quedé rezagado. Le lancé una mirada al hombre de negro, a ese que parecía haber regresado del otro mundo. ¿Es que no sentía interés por nada? Quizás estaba terriblemente asustado.

No había manera de matar el tiempo. Era consciente de cada uno de mis pasos, de cada centímetro que avanzaba de acuerdo a un plan que se me escapaba.

—*Halt!* —resonó una voz metálica.

Un soldado alemán apareció de detrás de un arbusto. Nos apuntaba con su automática. Había otros dos soldados a sus espaldas y los tres llevaban capas de camuflaje.

Nos detuvimos con un poco de brusquedad. Di un paso adelante y me puse al lado de la chica y de Miško.

—¡Los salvoconductos!

—¿Dónde vais?

Janez les respondió en un vacilante alemán:

—Al pueblo, a buscar leche.

Intervine en la conversación, puesto que mi alemán era algo mejor.

—No hay leche en la ciudad, y tampoco nos vendrían mal unos huevos.

El jefe de la patrulla examinó nuestros documentos falsos, nos miró atentamente uno a uno, nos devolvió los papeles e hizo un gesto rápido con la mano para indicarnos que siguiésemos adelante.

Me sentí exultante.

Vesna se puso a explicarnos que la habían detenido, interrogado y golpeado. Apenas hacía dos días que la habían dejado salir; no habían

podido probar nada.

—¿Cómo es que te soltaron? —le preguntó Janez.

—Sencillamente no sabían a quién habían encerrado.

¡Qué importantes éramos, desde luego!

—Me estuvieron azotando toda la noche —continuó—. Tengo marcas y moratones por todas partes. Pero no dije ni mu y me tuvieron que soltar. También los demás aguantaron.

Hablaba como una combatiente experimentada.

—¿La Gestapo? —le preguntó Miško.

—No. Los Blancos. La policía. Me denunció alguien de la casa. Ya sabemos quién es y lo tenemos en la lista. ¡Cerdo malnacido!

Aunque nadie estaba especialmente interesado, ella continuó:

—¡Un pensionista! Un hombre muy cortés. ¡Menudo mojigato!

Me encendí otro cigarrillo, pero esta vez no le ofrecí tabaco a nadie. Miško nos explicó cómo lo habían liberado. Había ocurrido unos meses antes. Lo tenían encerrado en algún sótano cuando llegó la noticia de la capitulación de Italia. Una mañana lo echaron a la calle. En las paredes habían escrito con sangre lo que habían hecho y a quién, los nombres e incluso algunos eslóganes. Tampoco teníamos demasiado interés en su historia. Todos éramos combatientes leales, todos habíamos hecho méritos. Y ahora íbamos a recoger nuestras condecoraciones, doradas y relucientes. Un hermoso castillo para cada uno. Un lugar donde esperar el triunfal término de la guerra. Porque el final no podía estar muy lejos. Italia ya había capitulado.

Desde la lejanía nos llegaron ráfagas de metralletas, algunos disparos sueltos, otra ráfaga, más disparos, y de nuevo el silencio. Detonaciones y chasquidos, bombas y metralletas, otra descarga y silencio.

Arranqué una hoja de un arbusto, una hoja fresca de avellano, todavía con vida. Se veía claramente cada nervio, cada célula. ¿Puede que en aquel momento hubiese alguien más en el mundo completamente absorto en una hoja de avellano? Y no obstante hay algo enigmático en una sencilla hoja.

Llegamos a un claro.

Más allá, se distinguía un pueblo, pero no había ningún indicio de vida. Campos, prados, hileras de sauces. Casas entre los árboles.

Nos recibieron en una granja. Tres de nosotros nos sentamos a la mesa, y el hombre de negro se sentó en una silla cerca de la ventana, con las manos en los bolsillos y la mirada perdida. Janez nos pidió que esperáramos y salió con el granjero sin decirnos adónde iba. Dos mujeres con ropa de faena nos miraron y salieron. No sabíamos nada; ni dónde estábamos, ni a qué esperábamos, ni qué iba a pasar ni

cuándo. A nadie parecía importarle si teníamos sed, hambre o ganas de ir al baño.

Vesna y Miško eran los únicos que hablaban. Tal vez se conocían de antes; al menos tenían un amigo en común llamado Boris. Boris iba a venir aquella misma semana. Boris había dicho que estaba en Dolenjska, donde los nuestros limpiaban el terreno y se habían apropiado de armas y munición, cañones del ejército italiano y también tanques.

Me levanté para salir. Vesna me lanzó una mirada severa.

—No pueden vernos fuera, lo ha dicho Janez.

Ah.

—¿Ha dicho también que no podemos salir de esta habitación?

Por el patio vacío pasaron unas gallinas.

Un completo extraño en un patio extraño en Dios sabe dónde. En la lista de rangos, yo era quizás el penúltimo, solo por delante del hombre de negro. Incluso las gallinas me ignoraban. Tras la valla, un árbol también me ignoraba. Más allá, la ciudad que había dejado atrás y, junto a ella, todo mi pasado.

Pero ¿por qué la noche anterior había sido tan cuidadoso a la hora de bañarme? ¿Y por qué me había puesto ropa recién lavada? Una cierta sensación de despedida me dominaba. Al día siguiente iba a empezar una nueva vida, una vida libre, una guerra abierta.

¿Cuántas veces había intentado unirme a los partisanos durante la ocupación italiana? ¿Y cuán difícil era cada vez el regreso a la pesadilla de la ciudad ocupada?

En dos o tres ocasiones había salido por la noche, después del toque de queda. Nos reuníamos en una posada fuera de la ciudad, donde bebíamos y jugábamos a cartas hasta el toque de queda, y después nos íbamos a la cocina de la señora Marta para esperar a Stojan. Este observaba los controles y venía a comunicarnos cómo estaba todo. En aquella zona de la ciudad conocía cada jardín, cada sombra, cada huella en el camino entre los huertos. Unos robles altos en medio de todo un cenagal, arbustos, fosos. Nos arrastrábamos por una zanja seca hacia la alambrada que cercaba la ciudad. A una distancia de unos cien metros estaban los búnkeres italianos y, en medio, los guardias. De la alambrada colgaban latas vacías que hacían ruido si alguien tocaba el cerco.

Todo lo demás era cuestión de técnica. Había que llamar haciendo sonar las latas de conserva. Los guardias se dirigían a los búnkeres y de los búnkeres salían ráfagas de ametralladora. Inmersos en aquel estruendo podíamos hacer nuestro trabajo con mucha más facilidad. Apoyábamos una tabla de madera, que habíamos escondido en la

zanja, a la alambrada, hacíamos pasar a la gente por ella, luego retirábamos la tabla, la volvíamos a esconder en la zanja y regresábamos a casa de la señora Marta, donde nos esperaba una buena taza de café caliente. Claro está que cuando los alemanes pasaron a ocuparse de los controles, dejamos de pasar a la gente.

¿Por qué los nuestros no me permitieron ir al bosque entonces?

Al otro lado esperaba nuestra patrulla. Todos me conocían. ¡Jakob! Y aquí, soy un extranjero en Jerusalén.

Y a fin de cuentas, ¿qué me molestaba? ¿El orgullo herido? ¿O es que tal vez tenía miedo? Después de todo aquel tiempo, había puesto mi destino en manos desconocidas. Iba desarmado, sí, y además tenía documentación falsa y un salvoconducto para los nuestros cosido en la chaqueta. ¿Era Vesna quien me inquietaba? ¿Qué diablos me destrozaba los nervios? Todos los que me conocían sabían que no era ningún enclenque. Estaba acostumbrado a dirigir la acción, esa es la verdad. Pero aquí era Janez quien estaba al frente; detrás venía Vesna y a continuación, Miško; después se producía un largo intervalo, y en la cola aparecíamos yo y el hombre taciturno vestido de negro, que parecía que llevara un féretro. ¿Y quién venía detrás? La campesina y las gallinas, claro está. Y si llegasen a cercarnos allí, como mucho podría salir corriendo, suponiendo que me dieran la oportunidad. Ya estaba durando demasiado todo aquello.

Volví a la habitación. En la comisura de los labios tenía un cigarrillo encendido. Vesna y Miško parecían disgustados conmigo, a juzgar por las miradas que me lanzaban.

Justo después entró Janez.

—Vais a tener que esperar aquí un poco más —dijo—. Yo vuelvo a la ciudad. Pronto tendréis noticias de Ciril. Él os contará el resto.

¿Ciril? ¿Quién es Ciril?

—No salgáis —nos pidió también.

—La mayoría no nos hemos movido —dijo Vesna, y me lanzó una terrible mirada.

—¿Cuándo nos iremos? —le pregunté a Janez.

Pero Janez no estaba dispuesto a responder.

—No tenemos ningún bote —farfulló entre dientes.

—Pues vamos nadando —bromeé.

La expresión de Janez era seria. Antes de irse dijo:

—No os preocupéis. Esperad aquí. Ciril os dirá qué hay que hacer y cómo. ¿Lo habéis entendido?

Vesna se apresuró a asentir con la cabeza. Janez se fue. Me di la vuelta y lo seguí. Cuando iba a alcanzar la puerta, Vesna dijo irritada:

—¿Y adónde vas ahora?

Me volví hacia ella. Vesna se explicó:

—En el campanario los Blancos tienen apostado a un guardia. Desde allí se ve todo el pueblo.

Increíble, ¿no? ¿Y bajaba del campanario cada vez que llegaba alguien de la ciudad? ¿Y no habría guardias debajo de las sábanas?

Me limité a sonreír a aquella muchacha que en aquel momento había perdido todo su encanto y había adoptado el papel de comandante. Tenía razón, pero no sabía que yo no necesitaba que me dieran lecciones. Ya tenía una idea clara de lo que era la disciplina. De niño había sido escolta. Después me dediqué al deporte. Y, a fin de cuentas, llevaba colaborando con el Frente de Liberación desde sus inicios. La disciplina no me indignaba. Era otra cosa lo que consideraba repugnante. No soportaba a los que luchaban continuamente por conseguir el poder, como lobos que pelean por ocupar el primer puesto en la jerarquía de la manada. En los patios de los colegios, en las agrupaciones de escoltas y en las organizaciones deportivas; en las casernas, las prisiones, los hospitales y hasta en el cementerio, siempre la misma lucha por subir otro peldaño de la jerarquía. En cada hombre hay una víctima y un tirano, un opresor y un oprimido; y solo porque no todos podemos ser tiranos, la humanidad se divide en opresores y oprimidos. Es sabido que el marido calzonazos suele ser el jefe más autoritario. En unos sitios somos víctimas; en otros, verdugos, tanto si nos damos cuenta como si no. Pero las mujeres tienen un olfato especial para saber quién es el más importante del grupo. Todas quieren un vencedor que les pueda proporcionar seguridad.

Esperamos y esperamos.

Ciril, que resultó ser el campesino que había salido con Janez, apareció por fin y dijo que teníamos que pasar la noche allí, puesto que no sería hasta la mañana siguiente cuando vendría un bote a por nosotros.

La campesina nos dio leche y pan.

Fuimos al granero a dormir.

Me quité los zapatos y los puse junto a mis pies; luego me quité el abrigo y lo usé de cojín. Los demás también se echaron. Antes de quedarme dormido oí que entraban otras personas y se acostaban en la paja.

El olor de la paja fresca.

El heno de los marjales tiene un olor particular, más intenso, más jugoso.

En la oscuridad, en algún rincón, alguien empezó a roncar.

Dos hablaban en susurros, una conversación incomprensible sobre

Dios sabe qué.

Estaba nervioso y no podía dormir. Me volvía a un lado y a otro, me ponía de lado, con la mano en la mejilla para que el heno no se me clavara en la piel ni se me metiera en las orejas. Me encendí un cigarrillo y todos se me echaron encima: vas a provocar un incendio. No sabían que nunca me había quedado dormido fumando. Habría tenido la precaución de aplastar con pulso firme la colilla en la caja de cerillas y guardarla allí. Las prohibiciones son para los indisciplinados, para la gente poco cuidadosa, para los distraídos, para los neurasténicos. Pero por culpa de ellos tenemos que sufrirlas los demás, como yo, que nunca vertería una sola gota de vino sobre un mantel blanco, nunca dejaría caer ceniza del cigarrillo en un suelo limpio y nunca me enrolaría en un ejército que ocupa tierras ajenas. Una vez presté un ejemplar de *Resurrección*, de Tolstoi; cuando me lo devolvieron, encontré dentro del libro una loncha de salami y las hojas perdidas de aceite. Cuántos detalles como este dividen a la gente. Sabemos que a muchos les da igual llevar las solapas de la chaqueta manchadas de *gulash*.

Pensé en otros ejemplos de aquel tipo de detalles que, al fin y al cabo, no son tan insignificantes, puesto que separan a la gente en categorías, en grupos, y crean vínculos y diferencias. Pongamos por caso el mero placer o descuido a la hora de lavarse los pies, llevar calcetines limpios, limpiarse las uñas y cepillarse los dientes, lavarse el pelo y asearse los genitales. Luego todas estas cosas conforman nuestra visión del mundo. Nuestra relación con la naturaleza. Cuando veo una puesta de sol siempre temo que alguien grite, apasionado, melancólico, extasiado, ruidoso: «¡Oh! Qué puesta de sol más maravillosa, o bonita, o magnífica, o sublime», y me la estropee.

Seguí divagando hasta que sucumbí a un sueño intranquilo, amenazado por pesadillas desagradables: me arrastraba por una tierra desconocida y oía las voces susurrantes de los que me perseguían por todas partes; después recorría las calles de una ciudad en calcetines, ya que probablemente había olvidado ponerme los zapatos. Aquellos sueños asfixiantes me iban despertando, aunque por fin me quedé dormido.

Me levanté de un salto. Con una mano cogí los zapatos y con la otra, la ropa. Ya estaba en la puerta cuando me di cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—¡Son los Blancos! —gritó alguien con voz ronca.

Oí que todo el mundo se levantaba, jadeaba, se lamentaba, correteaba; y fuera ya habían sonado algunos disparos y gritos de «¡alto!».

Cuando salí a campo abierto, estalló un trueno y vi una larga llama que resplandecía en el cañón de un fusil a una distancia inquietantemente corta. Distinguí varias sombras que corrían. Gritos ahogados e imprecaciones salvajes. Un nuevo disparo, algo más lejos. Y gritos:

—¡Panda de bandidos! ¡Alto, desgraciados, alto!

Rodeé el henal y corrí entre los árboles del huerto. Hubo otra ráfaga, corta.

—¡Alto! —resonó una voz.

—¡Los alemanes! —gritó una mujer.

A mis espaldas oí un correteo, pero no podía saber si se trataba de otro fugitivo o de un cazador. Por si acaso, torcí a la izquierda en dirección al bosque. El terror a que me atraparan me hacía correr como un demonio. Pasó un buen rato hasta que me di cuenta de que iba descalzo. ¡Vaya! Tenía los zapatos en las manos, y también la ropa. Los pasos del que iba detrás habían cesado, la oscuridad nos envolvía por completo. Agucé la vista; delante de mí tan solo había hierba. ¿Estará el bosque aún más a la izquierda? Debía ser prudente, pero quería calzarme. Tenía los calcetines mojados y sucios, seguramente porque me había metido en el barro. Allí los arbustos eran más grandes, eran avellanos. Me escondí entre ellos, me puse los zapatos y esperé a ver qué ocurría.

Hojas en el suelo bajo los avellanos. Me agazapé y escuché. Todo había quedado en silencio, excepto unas voces provenientes de las casas o tal vez del camino que llevaba al pueblo, imposible saberlo.

Una voz parecida a la de un hombre me llegó desde muy cerca. Me puse tenso y apreté los puños.

—¿Vendrán por aquí? —me preguntó en un susurro la voz de hombre.

Todo se aclaró en aquel instante. Él también les tenía miedo, también era un fugitivo, no representaba ningún peligro.

—Creo que no vendrán —le contesté por decir algo—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Como usted. Solo que un poco antes; no podía dormir. Estaba en el henal. ¿Usted también?

—Yo también. Pero dormía como un tronco.

Aquel hombre se me acercó. Los ojos se acostumbraron a la oscuridad y aquella figura cambiante acabó materializándose. Me pareció que llevaba barba y bigote.

—No vendrán —dijo—. Aparece con frecuencia una patrulla por la noche, disparan un poco de plomo y se van.

—¿Es de aquí?

—No. He llegado hoy de la ciudad.

—Yo también.

Después de habernos olfateado, él habló primero:

—Pero si hemos venido juntos. Con Janez. Yo iba el último.

—¿Vestido de negro?

—Sí. Me llamo Anton.

—A mí me llaman Berk. Pero mi nombre es Jakob.

—¿Berk?

—¡Sí, Anton! ¿Qué va a pasar ahora?

—Nada. Es muy raro que vengan dos veces la misma noche. Esperaremos un poco y veremos qué pasa; nos costará dormir después de todo este ajetreo. ¿Tiene por casualidad un pañuelo de sobra?

—Sí.

—No sé con qué habré tropezado. He caído de bruces. Parece que tengo un buen corte en la mano, está sangrando.

Le pasé un pañuelo y le ayudé a vendarse la mano. Aquel hombre silencioso hablaba de una manera muy sensata; no era la misma persona que nos había acompañado a lo largo del camino…

—Nunca antes había corrido tanto —dijo, y pareció reírse para sí mismo—. Aunque he tenido que salir corriendo muchas veces.

—Pero de este modo… desarmados… —me quejé también.

—No se preocupe. Tendrá armas y munición de sobra —pensó en voz alta. Y lo dijo como un hombre que sabe lo que dice y está seguro de ello.

—Vamos a aguantar hasta el final. Ahora ya no va a durar mucho.

—No será usted uno de esos optimistas. Yo creo que aún puede durar muchos años.

—¿Años? ¿Es que se ha vuelto loco?

—Me consuela escucharlo. Pero ¿de verdad es usted tan ingenuo?

—¿Años, dice? Suena fatal. Especialmente esta noche.

Miramos hacia el pueblo, donde todavía se oía ajetreo y gritos. Al cabo de un rato, el hombre que estaba a mi lado se puso a hablar como si estuviera dando una conferencia:

—Cuando los alemanes llegaron a Moscú, Stalin dijo: «Habrá que aguantar un año más, dos como mucho». Después nadie se atrevió a dudar de aquella previsión. Los aliados se retrasan. ¿Cuándo terminará la guerra? El pueblo alemán es peleón. El japonés también. A Occidente le da igual que se derrame sangre alemana o rusa. Lo importante es que ningún soldado alemán ponga un pie en tierra americana o inglesa. A Rusia la salva y la destruye su enorme territorio: hay partes de la Unión Soviética donde la guerra es vista como una cosa de dos o tres repúblicas occidentales. Al fin y al cabo,

para muchos el conflicto ruso-finlandés fue tan solo un problema del Distrito Militar de Leningrado.

—Espera, espera —repliqué. Todo en mí se rebelaba ante la perspectiva de tener por delante varios años de guerra—. Después de Stalingrado y de la derrota alemana en el norte de África, la situación es muy distinta.

—Sin lugar a dudas —siguió con frialdad mi interlocutor—, podría haber sido mucho peor si los alemanes hubiesen entrado por el Cáucaso y hubiesen tenido éxito en el norte de África. Entonces Turquía habría entrado en la guerra con el bando del eje. Y si los japoneses hubiesen conquistado Birmania, y si la India no hubiese tomado partido por los aliados, y si los alemanes se hubiesen unido a los japoneses en Asia y hubiesen alcanzado los nuevos yacimientos de petróleo… En fin, hay todo un ejército de variables en cualquier guerra.

Se interrumpió. En el pueblo que teníamos delante se había hecho el silencio. No se oía ni un susurro. El hombre continuó:

—Es muy difícil vencer a los alemanes. Los ingleses se toman la guerra como una especie de deporte. —Y añadió con una pizca de maldad—: No les vendría mal probar un poco de ocupación alemana. Los americanos van a la guerra como si fueran cowboys. Para los rusos es una verdadera tragedia; saben morir. A los alemanes los mueve una especie de pasión primaria. Conservan una fe teutónica en sus armas, tienen a su propio dios y se comportan como los personajes de una ópera heroica. No creerán que han sido vencidos hasta el final. Y aunque el año 1918 se repita, seguirán sin creérselo. ¿Qué son veinte años en la historia? Para ellos, la derrota de la Primera Guerra Mundial no fue más que una lección. Una lección que malinterpretaron, amigo mío. Están convencidos de que les faltó muy poco para ganar. Y ahora son condenadamente poderosos. Basta con contar los territorios que poseen. Pasará mucho tiempo todavía antes de que su potencial bélico quede destruido. Se habla de provisiones enormes de gas y armas químicas. Nadie sabe a ciencia cierta de dónde sacan tanto aplomo, tanta fe en el dios alemán de la guerra. Por eso, no seas ingenuo. Mira las cosas tal como son.

Me estaba tuteando, aunque no sabía cuándo había empezado a usar el *tú*.

—¿Y cuánto tiempo crees que va a durar esto? —le pregunté.

—No seas estúpido. Yo no soy ningún profeta. Seguro que no será la guerra de los treinta años. Dos… tres años… qué se yo. El final llegará cuando la situación haya madurado. Ahora mismo es evidente que todo está muy verde.

Sonreí.

—¿Te hace gracia? —me preguntó con brusquedad.

—No es lo que parece. Te he recordado andando detrás de mí por el camino. Pensaba que no sabrías ni contar hasta cinco. ¿Por qué estabas tan callado?

—¿Callado? ¿Has intentado hablar alguna vez con novatos? Si os hubiera dicho que la guerra no va a terminar mañana, me habríais saltado encima. ¿O tendría que haber hablado de lo bella que es la naturaleza?

—¿Te puedo preguntar a qué te dedicas?

—Dejemos a un lado las preguntas personales. Al menos hasta que pasemos a la otra orilla del Ljubljanica. ¿No crees que deberíamos ir a ver cómo están las cosas en el pueblo?

Salimos a gatas del avellanar.

Tranquilidad y silencio. Como si no hubiera pasado nada.

En la casa que había a la entrada del pueblo vimos una lámpara encendida. Me arrastré hasta la ventana y el hombre de negro se quedó a mis espaldas a una distancia prudencial. La habitación estaba vacía.

Nos acercamos a tientas a la puerta trasera de la casa. La oscuridad es buena cuando esconde al perseguido, pero mala cuando también esconde al perseguidor.

Pisé algo blando, algo que se movió bajo mis pies, ¡una persona! Casi no pude contener un grito de terror. La persona susurró con voz femenina:

—¿Quién está ahí?

Su voz contenía tanto miedo que me infundió valor.

—Hemos vuelto —contesté.

Era Vesna. Una Vesna completamente diferente a la de la tarde; ahora temblaba de miedo. No sabía si había alguien en la casa, pues había huido y después había vuelto. No sabía nada.

Entré en la casa sin preocuparme por no hacer ruido. En el vestíbulo no había nadie, tampoco en la habitación. Cogí una lámpara de petróleo, le di mecha y recorrí toda la casa. Estaba vacía. Dejé la lámpara en la mesa del vestíbulo y volví a salir fuera. Había tres personas: el hombre de negro, Vesna y una campesina. Ciril había ordenado que nos reuniéramos y esperásemos en el patio. Los Blancos habían cogido a dos y se los habían llevado. Otros dos se ocultaban en el henal. Y habían encontrado la barca escondida en la orilla del río y la habían hundido. Ciril había ido a por otra. A Vesna le preocupaba que volviesen en algún momento de la noche. Podía ocurrir. Pero siempre aparecían armando estruendo por el camino. Eso la alivió, y

empezó a explicarnos que hasta entonces los nuestros no la habían dejado ir al bosque, pero que al final los había convencido… Era como si se disculpara, ante nosotros o ante sí misma, por haber ido a la guerra justo cuando la victoria estaba a la vuelta de la esquina. No parecía que se diera cuenta de que el hombre de negro y yo la escuchábamos sin abrir la boca.

Aparecieron los dos del henal. Uno de ellos era Miško. Nos contó que las balas le habían pasado silbando junto a las orejas y que se había tirado a la zanja y había caído encima de «este de aquí», un tipo pequeño al que hasta entonces no habíamos visto, alguien de otro grupo. ¿A quién habían cogido? Nadie lo sabía. Al cabo de una hora o así se nos unió otro fugitivo, completamente empapado; se había caído al pantano y había conseguido salir de él.

La primera luz del amanecer iluminaba las montañas del sur cuando Ciril vino a por nosotros.

Lo seguimos en silencio por el prado sin saber qué había pasado por la noche.

Una niebla blanquecina se había posado sobre la superficie oscura del perezoso río. Distinguí los árboles de la orilla opuesta. Empezaba a clarear.

Ciril se acercó los dedos a la boca y silbó. No hubo respuesta.

Nos quedamos en silencio a la orilla de aquel cenagal. Cada vez había más tensión.

Ciril volvió a silbar. Esta vez sí llegó una respuesta del otro lado: un silbido breve. Ciril asintió con la cabeza; todo estaba en orden. Pero no nos miró. Sabía que todos los ojos estaban puestos en él.

Empezamos a discernir la forma de la barca que se acercaba sin hacer ruido desde la orilla opuesta. Un remero iba de pie en ella.

—La otra orilla es tierra liberada —dijo Ciril.

A medida que se acercaba la barca, tenía más ganas de hablar.

—Tanto los Blancos como los alemanes patrullan esta orilla de día; la otra está en poder de los partisanos. A veces se disparan. Cada uno se pone a cubierto, se acomoda, y dispara al azar. Vosotros tenéis la suerte de iros, nos recordó, pero yo he de quedarme aquí.

¿Qué había pasado por la noche? Nada especial. Patrullaban el pueblo de vez en cuando. ¿Era cierto que se habían llevado a dos? Se decía que solo a uno.

Ciril se puso furioso:

—¿Es que tenéis que dormir como lirones? Esto es la guerra. En la guerra se duerme con un ojo abierto y el oído atento. Yo duermo al raso para no tener que salir corriendo.

—Nosotros también lo habríamos hecho, pero nadie nos lo

recomendó —dijo Miško.

A la luz temprana de la mañana, Ciril le lanzó una mirada de desprecio, pero después sonrió y dijo:

—En el ejército todo es un fastidio, siempre esperando órdenes…

La barca llegó y subimos a ella. Ciril, inmóvil, nos miraba desde la orilla. El remero era un campesino esbelto.

El río era lo único que nos separaba de la tierra liberada. Al otro lado estaban los nuestros. Allí estaba nuestra tierra. Allí no había alemanes ni Guardia Blanca. ¡Qué lenta avanzaba por el agua aquella maldita barca! Allí no había ejército de ocupación ni policía. Allí nos esperaban nuestras cosas, las cosas que habíamos enviado y que podríamos recoger de un momento a otro. En mi bolsa tenía, por ejemplo, mi equipo de esquí, mis botas, mis calcetines de lana, mi pulóver grueso, mi gorra de piel, y un montón de cosas que seguramente iba a necesitar; también tenía mi revólver, mi fiel Walter.

El río fluía muy lento, apenas se oía nada a esas horas de la mañana.

Miré hacia la otra orilla, la orilla a la que nos acercábamos, y casi me caigo al agua. ¡Dos soldados italianos armados con metralletas! Dos soldados altos, anchos de espaldas, esparrancados, con botas altas.

Los primeros partisanos. Una patrulla. Nuestro ejército. Nosotros.

Vesna se lanzó a abrazarlos.

Y debo admitir que en aquel momento a mí también me embargó un entusiasmo similar.

Lancé una última mirada a la orilla que acabábamos de dejar. Ciril ya no estaba.

Los dos partisanos llevaban una estrella de cinco puntas de fieltro cosida burdamente en la gorra.

Bastaba con cruzar el río en una barca baja y medio podrida para alcanzar un mundo nuevo. Del imperio de Hitler, aquel imperio de superhombres y esclavos, habíamos llegado a nuestra propia tierra. Y aquella frontera no estaba dibujada en ningún mapa.

Unos años después de la guerra estuve más o menos en aquel sitio a la orilla del río e intenté recordar lo que había sentido al cruzar aquella gran frontera de agua.

Conservaba muchos recuerdos de la orilla que había dejado, del territorio que entonces pertenecía a Alemania; recuerdos que conformaban escenas de una película alemana de antes de la guerra: soldados de la esvástica avanzando victoriosos con grandes zancadas, bombarderos Stuka que causaban vértigo desde el cielo con su ruido ensordecedor, el estallido de los cañones, los discursos de un hombre con un bigote cuadrado, una pobre criatura andrajosa tambaleándose,

con una tablilla que le colgaba del cuello donde se leía «*Ich bin Bandit!* [1]»; bandas militares, ovaciones, banderas.

En nuestra orilla, el futuro era nebuloso. Esperanza. Ánimos. Curiosidad. Dos muchachos libres con el uniforme italiano e insignias de los partisanos en la gorra apenas podían reprimir los abrazos y los besos de Vesna, a quien las lágrimas le rodaban por las mejillas. Anton, el hombre de negro, lo observa todo con frialdad.

Cuántas cosas se nos ocultaban cuando cruzamos el río.

Yo no sabía que sobreviviría a la guerra.

No sabía que más tarde tendría hijos y que nunca podrían llegar a imaginarse cómo había sido todo aquello.

Tampoco sé cómo fue la experiencia de mi padre, que combatió en la guerra de 1914. Estuvo a unas decenas de kilómetros de aquí, en el famoso frente del Isonzo, bajo el mando del entonces joven comandante von Paulus. En el bando enemigo estaba el todavía desconocido Ernest Hemingway. ¿Cuántos meses pasaron hasta que von Paulus, como mariscal de campo, firmó en Stalingrado la capitulación del numeroso ejército alemán, diezmado y cercado? Sí, si un niño hubiese nacido aquel día habría sido concebido aproximadamente en el momento de la capitulación.

A poco más de diez kilómetros de allí, en el año 1918, el oficial serbio Švabič rompió el frente de los italianos y estableció, con su modesto batallón, nuestra frontera occidental, desde Vrhnika hacia adelante. Mi padre entonces llevaba dos años muerto; había caído en algún sitio de Besarabia como comandante del batallón de asalto bosnio. En nuestra familia hacía seis generaciones que ningún hombre moría en la cama. Todos soldados, pero sin ninguna medalla.

Me avergüenza confesar que, en aquel momento, al dar los primeros pasos por suelo liberado, deseé con todas mis fuerzas que la guerra no terminara demasiado pronto, que durara por lo menos uno o dos meses más.

Vesna volvió a dedicar toda su atención a los dos partisanos armados que hablaban con Miško. Miško no andaba, flotaba junto a aquellos que luchaban por la libertad, les hacía muchas preguntas, se reía y se regodeaba como un niño recreando nuestras aventuras. Vesna se puso de mal humor, no había manera de hacerse notar. Intentó explicarnos dos o tres veces lo mal que la habían tratado en el calabozo, pero nadie la escuchaba.

Yo no sabía que mis notas presentarían a Vesna como una mala caricatura de ella misma. Ni tampoco que la mandarían a los cuarteles, engordaría y se le pondría un culo enorme.

No sabía cómo iba a terminar. No sabía que en un ataque al cuartel

intentaría escapar y recibiría un disparo en la parte más gruesa del cuerpo. Que la cogerían aún viva. Los Blancos. Que la torturarían y al final la matarían.

No sabía que Anton, aquel hombre frío y tranquilo que vestía de negro, moriría de forma imprevista ante mis ojos, poco antes de que terminara la guerra.

No sabía que algún día, muchos años después de la guerra, iría a España sin pensar en el general Franco, y que recordaría aquellos caminos, aquellos sauces, aquellos prados, aquellas charlas en una mañana de octubre, cuando, a lo lejos, en el pueblo de Kot, cantaban los gallos.

CON SUPERIOR PERMISO

Y SI EL TIEMPO NO LO IMPIDE
SE PICARÁN, BANDERILLEARÁN
Y SERÁN MUERTOS
7 HERMOSOS Y BRAVOS TOROS
DOMINGO, TARDE I7.3O
Manuel Benítez «El Cordobés»
con sus correspondientes cuadrillas.
7 hermosos y bravos toros
de la ganadería de herederos de Don Carlos Núñez. [2]

¿Quiere que pongamos su nombre en mayúsculas en el póster entre los toreros? ¿En un póster original de 54 por
97 cm?

MY NAME IS

MON NOM EST

MEIN NAME IST

IL MIO NOME E

TUOTTAKAA MIELLYTÄVÄ YLLÄTS YSTÄVILLENE PAINATTAMALLA HEIDÄN NIMENSÄ TODELLISEEN HÄRKÄTAI-STELUJULISTEESEEN!

DONNEZ À VOS AMIS LA SURPRISE EN IMPRIMANT VOTRE NOM SUR UNE AFICHE VÉRITABLE DE COURSE DE TAUREAUX!

Por la carretera, vestido con unos pantalones cortos, se acercaba un enérgico alemán con el pelo gris, acompañado de su mujer. Supuse que había sido oficial. Tenía una cicatriz importante en el muslo derecho y su cabello ralo cubría otra cicatriz en la cabeza.

Todavía no sabía que su nombre era Joseph Bitter.

Caminaba y yo me puse a caminar tras él como si fuéramos juntos.

Kilómetros y kilómetros de bañistas en la arena de las playas, donde se hace difícil poner una mano en el suelo sin tocar la piel de una persona.

Hice de manera que Joseph Bitter y yo nos conociéramos en la hacienda donde «actuaban los mejores caballos andaluces y los mejores jinetes».

Cuando se puso el sol tras la montaña empezó la función de los sementales andaluces.

Joseph Bitter llevaba unos pantalones largos de lino y su mujer, un vestido verde turquesa.

Lo había visto en la entrada, donde ofrecían hamburguesas con unas rebanadas de pan en una cesta a los visitantes.

Un poco más adelante había barbacoas donde podíamos asar longanizas.

Y en la barra daban de beber.

Mientras esperaba la actuación de los mejores sementales andaluces me apoyé en un muro de cemento cerca de Joseph y empecé a hablar con él en un alemán bastante fluido. Cosas sin ninguna importancia. Sobre la industria turística española. Sobre los precios, que aún eran bajos. Sobre el tiempo.

Se trataba de un hombre serio. La mujer no entraba mucho en la conversación y la mayoría de las veces se mostraba de acuerdo con su marido.

Después del espectáculo fuimos a una carpa y cenamos sentados en una de las mesas largas. Premio para los comensales más ruidosos.

¿Pollo con ensalada? ¿Lomo de cerdo?

Atrapados en aquella inmensa maquinaria turística era indecente hablar del futuro del planeta.

¡Abierto todos los días! *Open every day! Oppet varje dag!*

Tenía curiosidad por saber el nombre de aquel desconocido que, sin quererlo, había despertado en mí la nostalgia por aquella guerra pasada, ya lejana.

Pero era un hombre muy reservado. Hablaba de todo, salvo de sí mismo.

Tenía la creciente sensación de que aquel hombre debía de haberse

sentido muy cómodo con el uniforme de la Segunda Guerra Mundial.

No me atreví a importunarlo demasiado. Su mujer sonreía Cortésmente y le decía de vez en cuando: «Sí, sí, por supuesto».

¿Qué piensa usted de la poesía? ¿De la poesía? «Debe haberla también, a fin de que uno sea una persona completa».

¿Un aperitivo? *¿Sangría? ¿Bevanda? ¿Patatillas? ¿Aceitunas rellenas?*

Un hombre firme e inquebrantable, ese Joseph Bitter. Decía que la corrida era una costumbre muy antigua de los españoles.

A la mañana siguiente tuve un feliz encuentro con él. Una mañana maravillosa. Hacía sol y soplaba una brisa del noroeste. Una cafetería animada, llamada La Paz, con mesitas en la acera. Me senté a su lado como si fuera un viejo conocido, me preguntó cómo había dormido y ambos celebramos que todavía hiciera buen tiempo. Me esforcé en distraerlo. Un rato antes había comprado algunos periódicos que salían en varias lenguas y había leído las noticias más importantes. Él y su mujer solo leían alguna revista alemana, así que tenía muchas novedades que contarles.

Un funcionario deshonesto había robado a un suicida. Los americanos estaban preocupados por la escasez de carne de vaca para los bistecs. Ulbricht había muerto y nadie había llorado por él, excepto los directores de películas sobre deporte.

¿Sabe inglés? Sí, un poco. En 1945 fui prisionero de los americanos durante unos meses. ¿Y qué se podía hacer encerrado? Pues estudiar lenguas, por ejemplo. Su hermano había sido prisionero de los rusos. Y su mujer añadió:

—¡Casi dos años!

La comida era muy mala. Su casa había sido bombardeada durante la guerra. Y su tío cayó prisionero en Stalingrado. Recibieron noticias suyas un tiempo, hasta que enfermó y murió.

—Bueno, así es la guerra —dijo ella con un suspiro.

El F. C. Barcelona ofrece al Ajax un millón de dólares por su estrella Johann Cruyff.

Insistí en pagar la cuenta. Nos fuimos juntos.

Averigüé su nombre y apellido cuando le dije que cogiera un póster donde íbamos a poner su nombre.

—¡Ah, qué bien, genial! —se rio y sacó una tarjeta de visita.

Joseph Bitter, el toreador con sus cuadrillas.

Ah, ¿que de dónde soy? De Trieste. Era mentira solo por unos cien kilómetros. ¿Italiano? No. Tengo raíces checas. De parte de madre. Del lado de mi padre, austríaco. *Schön, schön*, excelente.

—España es muy bonita —dijo su mujer.

Me invitaron a tomar una «cerveza bávara auténtica» en la

Deutsche Bräuerei, en la carretera costera del Arenal.

A Joseph Bitter no le gustaba la pintura contemporánea. Ese Picasso, por ejemplo. Simples caricaturas. Muchas veces no sabías si el cuadro estaba del derecho o del revés.

¿Cómo podía ser que hubiese sido enemigo de guerra de Joseph Bitter?

Para empezar, por ignorancia. Yo no sabía que los aliados le habían bombardeado la casa, ni que los rusos habían cogido a su hermano y lo habían encarcelado en Stalingrado, donde la comida era muy mala.

Había sido un completo ignorante. E interiormente me había sentido desorientado. No era capaz de distinguir lo importante de lo trivial. Políticamente era un ingenuo y me atraían las ideas anarquistas. Tenía grandes esperanzas. Y esperaba recibir agradables sorpresas. Creía que tenía suerte. Era un tipo alegre, fuerte, sano. Por eso no estaba preparado para una guerra larga y tediosa. Todo me interesaba. Mi memoria había registrado con todo lujo de detalle las imágenes de los viejos sauces que bordeaban los marjales. Y aquella chica alta, Vesna, que caminaba delante de mí, había logrado perturbarme. No había nada que me pareciera solemne, serio, oficial. Para mí, las banderas no eran más que retales de trapo.

Nunca había tenido paciencia para las ideologías, dodo el mundo parecía agitado por las ideologías pasadas, presentes y futuras. Y allí estaba yo, a punto de enrolarme en un ejército de ideología muy pronunciada, todavía aferrado a mis convicciones infantiles sobre las bondades de las relaciones humanas y a mi fe de escolta y deportista en el compañerismo y la lealtad.

Durante el tiempo que duró la guerra solo tuve miedo de una cosa: que me cogieran vivo.

En aquella época todavía no pensaba que mi participación en la guerra podía haber sido una pérdida de tiempo. Para Occidente formaba parte de la guerrilla comunista. Para los míos era un antiguo «escolta de izquierdas»; no un miembro del partido, sino un «idiota útil». Útil, claro está, hasta que dejas de serlo. Porque si no te andas con cuidado con lo que dices, puedes convertirte en un idiota inútil. Ya en el primer año de la ocupación me las tuve con Franc, el comisario de nuestro grupo. Me dijo que me fusilarían por mi «propaganda antisoviética». Franc afirmaba que después de la revolución no habría criminales, ya que en la nueva estructura social no habría motivos para serlo. Yo le dije que, en Rusia, precisamente después de la revolución la criminalidad había aumentado. Y él me respondió que estaba haciendo propaganda capitalista.

Eran tiempos poco propicios para debates de principios.

Muchas veces tampoco nos poníamos de acuerdo en asuntos prácticos. Una mañana de niebla, Franc nos ordenó que nos lleváramos a los marjales a uno que trapicheaba en el mercado negro y a quien habíamos desplumado a las cartas miles de marcos, y que hiciéramos lo que se debía hacer. Pero yo lo llevé a la estación, le invité a desayunar y le compré un billete para Maribor, donde vivía. Nuestro principio era: si dejas a alguien con los bolsillos vacíos, al menos dale lo que necesita para los gastos más básicos. No lo hacíamos por bondad, sino por pura utilidad: así no se quedaría resentido y en el futuro no le importaría volver a sentarse con nosotros en la mesa de juego. Franc me odiaba a causa de mi falta de disciplina. Cuando se fue al monte me dijo:

—¡Ve con cuidado de no cruzarte conmigo por allí!

—No digas estupideces —le repliqué.

A Franc el Sanguinario, como le decían algunos, lo mataron los nuestros. Lo habían transferido y cayó en algún lugar de camino a su nueva unidad. Era un auténtico comandante; había ordenado varias ejecuciones por «falta de disciplina». En una ocasión, la indisciplinada resultó ser hija de un conocido miembro del partido, que quiso averiguar qué había ocurrido. Y la sangre que Franc había derramado se derramó en su propia cabeza.

Pero eso no significa de ninguna manera que yo tuviera razón.

A veces me parece un milagro indescriptible haber sobrevivido a aquella guerra.

De hecho, un par de años después de la guerra, me encerraron en nuestras prisiones por algún motivo —algo relacionado con el zkld, la ley de la nación y del Estado— y también conseguí salir vivo de allí.

Visto desde la Deutsche Bräuerei en la costa española, todo aquello parecía ridículo. En la mesa tenía algunos periódicos y tres libros que había comprado por la mañana: los relatos de Salinger, una novela de Solzhenitsyn sobre la Primera Guerra Mundial y una colección de poemas de Mao
Tse-Tung
(edición americana, 120 pesetas).

Decididamente a Bitter le queda poco pelo. La brisa del ventilador me revuelve mi tupida cabellera. Los sensatos pierden pelo; los chiflados lo conservan.

No hay nada que demuestre que una persona es más necesaria que otra, o que alguien es absolutamente innecesario. Bitter es corredor de seguros y yo trabajo en la radio. Él conduce un Mercedes, que, por cierto, ya tiene tres años; y yo una DRW, que ya tiene siete. Y aquí

estamos los dos, de vacaciones en España. Ya hace tiempo que vinimos al mundo. Joseph tuvo un infarto el invierno pasado. «El ser humano se estropea una y otra vez, constantemente. Pero no hay que darse nunca por vencido. ¿Derrotado? Sí, a veces. La derrota también forma parte de la batalla que es la vida. Sí, así es». Y su mujer añade: «Claro, por supuesto».

Después de la guerra era difícil conseguir cosas. Bueno, ahora todo va bien. Joseph habla de forma lenta, monótona, prudente.

Miro el periódico y leo de pasada: «El poeta mexicano y marxista Octavio Paz afirma que Jean Paul Sartre es un "proletario dominguero" y el "Diógenes del VI *arrondissement*"».

El dólar cae, sube el marco.

Unos secuestradores envían a unos padres la mano izquierda de su hijo.

Bitter dice que en el mundo nunca habrá orden.

Aquí, en algún lugar de España, hay unas escaleras de mármol blanco celebradas por cientos de poetas.

En la *jukebox* han puesto «Lili Marlene».

¿Otra cerveza? No, no, ahora no.

Vesna se volvió hacia mí, como si quisiera confiarme algo. Prometedor.

Anton caminaba como un autómata.

Miško no paraba de hablar, pero los partisanos no le hacían ni caso, aunque él no se daba cuenta.

Vesna se inclinó hacia mí y me susurró:

—¿Qué tengo que hacer? Dios mío, ayúdame.

¿Qué iba mal?

No entendía sus palabras.

—¿Qué? ¡Ajá!

—Me muero de ganas de mear desde que hemos subido a la barca. (Por supuesto, no llevábamos ningún orinal a bordo).

¿Tengo que acordarme precisamente de esto ahora, en una playa española?

¡Autocares sin chófer! Rent a car! Calle Berlín, 17.

Lili Marlene.

No soy capaz de distinguir lo importante de lo trivial. O quizás todo sea igual de importante.

Está a punto de ver los toros negros de Salamanca.

Doy un alto al grupo. Vesna corre hacia unos árboles.

El tiempo se detiene.

Imagino el tacto de la piel de Vesna, suave como la seda, y me estremezco de deseo. Pero ¿y qué? Solo los que están en lo más alto

del escalafón tendrán alguna oportunidad con ella.

Vuelve, un poco ruborizada.

Reanudamos la marcha.

—No sabes lo bien que me ha venido —me dice muy seria.

—Lástima no haber ido contigo —le digo sin ninguna vergüenza.

—¡Cerdo! —me reprende, coqueta.

Y empezamos a hablar. Janez se había ido. Miško la había dejado. Los partisanos no mostraban ningún interés por ella. Ahora solo quedaba yo. ¿Durante cuánto tiempo? Vesna tenía hambre. Mucha hambre. Un hambre feroz.

Nos acercamos a un pueblo. Por nuestra izquierda, más allá de los campos, se aproximaba un grupo armado con una indumentaria de lo más variopinta. Se trataba de la primera tropa de partisanos que veíamos en tierra liberada, en el corazón de la zona de guerra alemana, a ciento cuatro kilómetros de Trieste o incluso menos, a unos noventa y cinco. Uno de ellos lucía un uniforme de caza de tweed verde y un sombrero, otro llevaba el uniforme verde de la *Gebirgsjäger*[3] y un tercero se había puesto un anorak azul. Algunos iban con uniformes italianos y también los había vestidos de civil. Unos diez o doce hombres acarreaban armas de fuego de varias dimensiones, desde rifles de repetición austríacos hasta carabinas cortas italianas. Había uno vestido con el uniforme de los ferroviarios y otro, de civil, que cargaba una escopeta de dos cañones al hombro. Solamente uno de ellos llevaba una metralleta de aquellas de cañón grueso de fabricación alemana o italiana. Aquella tropa avanzaba en una fila india desordenada, con dos hombres delante y otros dos detrás, a paso ligero, ni rápido ni lento.

Desde el momento en que, como los pueblos antiguos, adquirí el conocimiento de que la tierra, como una gota de grasa en la sopa, es redonda y no plana, no puedo desprenderme de la ilusión de encontrarme siempre en la parte superior de este globo que no cesa de girar. Hacia el este se extienden tierra y mares; hacia el oeste, el océano Atlántico; al norte, las regiones frías; y al sur, los mares y el continente africano. Aquí, en este pueblo, estamos en la cima de la tierra. Las olas de acero de la Wehrmacht azotan nuestras costas e inundan el territorio que nos rodea hasta el océano Atlántico, hasta Noruega, hasta los frentes rusos. Rumanía, Bulgaria, Grecia… Creta… Las islas… Italia… No hay manera de escaparse, de romper el gigantesco anillo… Aquí nos quedaremos hasta el final… Y todo porque no leímos a su debido tiempo aquel libro bastante grueso que escribió Adolf Hitler, un fulano de Austria o por ahí, titulado *Mein Kampf* Está muy bien escrito. Pronto la espada alemana se abatirá,

dice, para despejarle el camino al arado alemán. Adolf previó que no todo el mundo se pondría contento. Y ahora, en algún lugar al norte de donde nos encontramos, Adolf se inclina sobre un mapa para examinarlo. El también cree encontrarse en la cima del globo terráqueo y se dedica a mandar a un lado y otro a esos ejércitos suyos que conquistarán el mundo. Más allá, un poco a la derecha, está ese otro hombre con bigote, nuestro amigo Stalin, que recibe sentado las noticias de las batallas y los movimientos de sus ejércitos. Al oeste, en la isla británica, Winston Churchill, que tiene sus propias ideas sobre lo que está pasando, se fuma un puro. Y luego están el Tío Sam y el mikado japonés, allá, en aquella parte remota del globo, y una larga lista de participantes y observadores menores. Cuando todo haya pasado, unos y otros escribirán libros sobre estos hechos, cada cual, a su manera, y así nunca sabremos lo que realmente ocurrió. Igual que pasó con Napoleón. Un hombrecito de metro y medio, aparecido de la nada, que declaró unas cuantas guerras y se retiró a morir a una isla lejana. Después, centenares de escritores hablaron de él y de sus obras; unos lo encumbraron hasta las estrellas y otros lo calificaron de aventurero y criminal. Pero, a decir verdad, todavía no sabemos con certeza quién fue y por qué hizo aquello. El papel es apto para cualquier cosa. Si no hubiese existido Napoleón, ¿habría sido Hitler un poco más moderado en sus planes? Pero es que esos caballeros nunca aprenderán unos de otros. Pasa lo mismo con los delincuentes. Los maleantes saben que casi todos sus predecesores fueron atrapados, pero siguen pensando: «No lo consiguió por un pelo, de no haber sido por aquel detalle se habría librado… pero a mí no me cogerán, yo me saldré con la mía».

Las grandes agresiones no han causado más que caos; no arreglaron nada, solo redujeron la población del planeta. Las épocas más inclinadas al romanticismo han producido retratos de carniceros famosos a la manera de esas leyendas estúpidas sobre héroes antiguos. Héroes hindúes, babilonios, asirios. Aquiles. Alejandro Magno. Aníbal. Escipión. César. Federico de Prusia. Napoleón. Adolf. Seguramente la lista no terminará nunca. La debilidad humana y la estupidez crean las condiciones necesarias para movilizar a las masas desposeídas. Si en este siglo tan «ilustrado» un pintor de brocha gorda y un sargento pueden aparecer en cualquier rincón del mundo y reunir un ejército inmenso, lanzar ataques con tanques y albergar esperanzas de conquistar el mundo, ¿qué podemos esperar del futuro?

Y la guerra no es lo peor. Lo peor lo vemos si nos permitimos observar de cerca el estado de eso que llamamos sociedad.

El árbol crece, los arbustos viven. Un roble es un roble, un tilo es

un tilo, y lo mismo un avellano o un cornejo. Si pueden, nacen, crecen, dan frutos y mueren. Nunca son iguales ni diferentes. No sueñan con convertirse en animales, en personas o en dioses.

Pero en nuestra sociedad, los individuos más fuertes y sus camarillas explotan la existencia de la desigualdad y la teoría de que la igualdad va ligada a la felicidad. Y entonces aparece un neurótico maníaco-depresivo y se hace un nombre en la historia a base de leyendas. Los personajes históricos comparten el reconocimiento, las condecoraciones, las alabanzas; orientan las carreras de la gente, otorgan premios y ofrecen cargos y títulos; reparten reprimendas, imponen castigos, condenan a muerte y confiscan bienes; acusan e injurian, pero también recomiendan; dividen a la gente en buenos y malos.

Así lo hacen en su tierra. Y luego aplican la misma ley a las tierras que han sometido a sangre y fuego.

Y así fue como en febrero de 1942 los italianos fueron casa por casa en Ljubljana y se llevaron a los hombres. Nos reunieron en un punto de la ciudad, nos hicieron subir a unos camiones y nos llevaron a una caserna. Allí esperamos en el patio. Después marchamos en fila india ante una celda desde la que nos observaban compatriotas a quienes no conocíamos. Tenían una palabra mágica para cada uno. Si te decían *destra* (derecha), volvías a casa; si te decían *sinistra* (izquierda), ibas al calabozo. Nos tuvieron encerrados durante varias semanas, hasta que una mañana nos pusieron grilletes a todos, nos encadenaron en grupos de seis y nos metieron en un camión de la Cruz Roja, con el que nos llevaron a un campo de prisioneros de Italia.

Benito Mussolini, el *Duce* italiano, amigo y aliado del *Führer* alemán estaba creando su propia leyenda.

A todos esos caudillos les gusta la guerra, son maestros del «arte de la barbarie». Golpean las mesas con los puños, declaran la guerra, organizan desfiles, pronuncian discursos y juegan con la vida de millones de personas. Tiran los dados y cruzan el Rubicón. Llegan a orillas del Niemen y piensan en conquistar todo el este. Planean campañas militares, descubren conspiraciones en su contra, suben con sus ejércitos las montañas y se imponen a los ríos; cuelgan al enemigo, le disparan, lo arrestan, lo torturan; premian con condecoraciones y ascensos. Ya de jóvenes leen historias de héroes. Y, más tarde, son ellos los que hacen historia. Con astucias, mentiras, engaños, asesinatos, traiciones y pillajes se hacen famosos. Pero, sobre todo, dicen estupideces.

A Napoleón le gustaba la guerra. «La guerra es el estado natural, la libertad, la liberación de la plúmbea capa de la civilización». Y a

Metternich le confesó: «A un hombre como yo le importa un comino la vida de millones de personas».

Hitler necesita la guerra para ganarse un lugar bajo el sol. Y millones de personas tienen que morir a causa de esa necesidad. En la ciudad austríaca de Linz, Hitler solía ir a ver las óperas de Wagner. Pero ahora ha compuesto su propia ópera y en ella me encuentro yo, como un figurante, apartado de la acción.

Cuando Napoleón tomó España, por los caminos pedregosos de Sierra Morena avanzaban figurantes como yo. «Podemos ganarles algunas batallas, pero no los podemos conquistar, porque librar una batalla de verdad contra ellos es imposible», dijo al respecto.

No hay organización humana que se asemeje a las bandadas de pájaros, ni a los enjambres de abejas, ni a los hormigueros. Las manadas de elefantes se las arreglan para sobrevivir, pero las manadas de personas que buscan el «camino correcto» tropiezan una y otra vez con sus propias catástrofes; con la peste, la hambruna, la guerra. Siempre aparece alguien que asegura conocer el secreto de la felicidad; y algunos le creen, unos cuantos dudan y otros se resisten a darle la razón y protestan. Y es entonces cuando entran en juego los argumentos más convincentes, es decir, el garrote, el hacha, la espada, la escopeta, el cañón, el tanque, la bomba.

Tuve tiempo de pensar en todo ello en el campo de prisioneros de Gonars, un espacio cercado en medio de una llanura, formado por barracones, alambre de púas, torres de vigilancia, guardias, rifles, ametralladoras. ¡Formen! Recuento. La misma rutina. Nombre, apellido, nombre del padre, dirección, nacionalidad. Y pensar que por aquí pasó César en su avance hacia norte. Y que también lo hizo Napoleón para conquistar nuestra tierra. Pero ¿cuándo volveremos a casa? *Domani o dopodomani*. Los *buoni* volverán a casa, pero los *cattivi* no. La huida está rigurosamente prohibida. Corres el riesgo de que te disparen. El *Duce* tiene ocho millones de *baionette*.

Italia capituló y los alemanes ocuparon la península Apenina. La ópera siguió adelante; en el programa no se anunciaba el final. Aunque nadie veía a los directores de escena, la obra avanzaba, todos avanzaban de un lado a otro y el mundo parecía furioso. Había batallas de tanques y enfrentamientos navales, ataques aéreos y movimientos de las tropas; bailes, cárceles, campos de prisioneros, posadas, prados y campos; minas, caminos, conversaciones, partos y muerte.

Habíamos llegado al pueblo, habitado principalmente por mujeres partisanas, y ante nosotros se desplegaba el ajetreo de la mañana: dos carros, cargados de bultos, que avanzaban tirados por sendos caballos;

un partisano que ensillaba un caballo en un patio; dos niños que permanecían de cuclillas en el umbral de un casa; un herido, con un vendaje sucio en la cabeza, que descansaba en un carro, tendido en la paja, mientras se fumaba tranquilamente un cigarrillo liado con papel de periódico; un grupo de partisanos que se marchaba del pueblo; un gato, gallinas…

—¿Vamos a comer algo? —le preguntó Vesna a uno de nuestros acompañantes.

—Claro que sí.

—¿Se puede saber dónde?

—En el hotel —le contestó él—. No le va a faltar nada.

Puesto de mando. ¡Esperad aquí!

Vesna no se pudo aguantar y entró. Pero no tardó en salir, desengañada y de mal humor.

—Están comiendo polenta —anunció.

¡Madre mía! Se largó pitando.

El plan a corto plazo para conquistar a aquella chica tan guapa era: mantenerla alejada de cualquier alto rango, agenciarme algo de comida aceptable y, a ser posible, ofrecerle un poco de aguardiente.

Vesna quería saber si había enviado «pantalones por adelantado». Sí, mis pantalones de montar y mi chaqueta de esquiador. ¿Por qué?

¿Le podría dar más adelante esos pantalones? Se haría unos ajustados para ella.

Por qué no.

Pero ¿de dónde sacaría una máquina de coser?

—Están hechos de buen material: hilo de estambre.

Un partisano con un precioso uniforme de oficial italiano se asomó a la puerta de una casa. Estaba acabando de masticar algo y luego se limpió el bigote.

—Vuestro destino es Ribnica —nos dijo—. Podéis ir en aquellos carros. Partirán en una hora.

¿Y nuestro equipaje? ¿Las cosas que habíamos enviado por adelantado?

—En Ribnica. Allí recuperaréis vuestras pertenencias.

Y eso fue todo.

¿Es que nadie nos iba a pedir los salvoconductos? Janez nos había dejado en manos de Ciril. Ciril, del barquero, y este nos había llevado hasta la patrulla. Y la patrulla nos había conducido hasta el puesto de mando. ¿Y ahora teníamos que ir a Ribnica? ¿Sin decirle a nadie quiénes éramos? ¿Sin que nadie nos hubiese pedido los documentos?

Vesna estalló:

—¿Dónde vamos a comer?

El partisano, que estaba a punto de volver a entrar en la casa, se detuvo, la miró, nos miró a todos, y con la misma seriedad de antes anunció:

—La comida se servirá a mediodía. Ya os darán alguna cosa por el camino.

Y con aquellas palabras nos dejó. Nosotros nos quedamos allí plantados como niños abandonados. Adolf Hitler se habría alegrado de ver a estos adversarios.

—Miremos en alguna casa —le dije a Vesna y me volví hacia el pueblo.

Con aquello, y sin saberlo, me convertí en el cabecilla de seis futuros guerrilleros. Entramos en algunas casas y preguntamos si podían darnos comida. Mis compañeros me seguían dentro y, al ver cuántos éramos, las mujeres se asustaban. Entonces volvíamos todos a la calle.

—Tenemos que dividirnos —les dije—. Si vamos en parejas quizás consigamos algo.

Cuando me encontré solo con Vesna, la situación mejoró enseguida. Al sugerir que estaba dispuesto a pagar la comida, no tardamos en sentarnos a la mesa de una agradable cocina delante de un plato de huevos fritos. Nos ofrecieron aguardiente. Y resultó que a Vesna también le gustaba fumar.

De la pared de la cocina colgaba un trapo limpio donde se leía escrito con letras rojas y caligrafía escolar: «Querida la casa para los que la tienen». El aguardiente fuerte, blanco, casero, olía a humo. A la mujer que, con un cucharón de madera, ponía grasa en la sartén le interesaba saber qué pasaba en la ciudad; hacía dos semanas que no había estado en Ljubljana. Su hija se había casado allí y su yerno era funcionario del ayuntamiento.

Le acaricié la espalda de Vesna. Pero como estaba pendiente de la comida, no pareció darse cuenta. Advertí que no llevaba corsé y eso hizo que mi admiración por su figura creciera.

—Señora, ¿le importa que me afeite mientras prepara la comida? Tengo todo lo que necesito, gracias. ¿Hay agua caliente? Perfecto. Y una toalla.

—Los italianos no eran tan malos —me comentó la mujer—. Es cierto que ellos fijaban los precios, pero pagaban. Los partisanos se llevaban cerdos y nos dejaban una hoja, un certificado o algo así… Justo allí, detrás de la mesa, es donde se sentaba el *tenente* para beber café y ginebra. Era de Udine.

El *tenente* le había dicho que resistirse era lo más normal; que cualquier nación se resistiría si un ejército extranjero ocupase su

tierra. Pero que no tenía sentido atacar a un enemigo más fuerte, a un ejército profesional. Y que tampoco se decidiría nada allí ni en los demás pueblos, sino a escala internacional tras las grandes mesas. Cuando Italia capituló, se armó un buen jaleo. Los soldados solamente querían saber el camino de vuelta a Italia. Así que les entregaron las armas a los partisanos y se largaron. La mañana en que se fue, el *tenente* de Udine llevaba un uniforme gris verdoso precioso. Pero al cabo de unas horas regresó… y en qué estado: con el uniforme hecho andrajos y descalzo, y eso que se había marchado con aquellas botas rojas de montar tan bonitas.

—Le di un traje de mi difunto marido, calcetines y zapatos. Se le saltaban las lágrimas. Me dio un puñado de liras y se fue. Como la casa estaba llena de partisanos, me dijo que le habría gustado unirse a ellos para luchar contra los alemanes, pero que su pobre madre le preocupaba demasiado.

Terminé de afeitarme y me senté al lado de Vesna en el momento en que aquella mujer nos servía los huevos acompañados de pan y dos tenedores enormes. Antes de lanzarme a comer, pasé mis manos por su cuerpo como un pianista que recorre el teclado de un piano.

—Este picnic es un éxito —exclamé.

El afeitado me había puesto de buen humor.

Vesna rio y empezó a hurgar en la sartén.

—Estáis casados, ¿verdad? —preguntó la mujer al tiempo que dejaba en la mesa una cesta de manzanas.

—Todavía no —aclaré y le guiñé un ojo a Vesna.

—Hacéis buena pareja —constató la mujer y nos miró con satisfacción.

Apenas habíamos terminado de comer cuando Miško apareció. Se quedó plantado en la puerta, contemplando nuestra felicidad y los restos de la comida con evidente envidia.

—¿Nos vamos? —preguntó.

A lo que Vesna respondió:

—¡No te preocupes por nosotros, Miško!

Se había decidido por mí o, más bien, por los huevos y aquella agradable cocina.

Miško frunció el ceño e insistió:

—Los carros se han puesto en marcha. Si queréis venir…

Dio media vuelta y se fue. Vesna rio, levantó el vaso con decisión y lo chocó contra el mío.

A veces, la insensatez se convierte en una realidad cotidiana.

Delante de la casa, cuatro de los nuestros nos esperaban. Distinguí la mirada tranquila y penetrante del hombre de negro. Vivimos,

querido amigo, como sabemos y como podemos. ¿Por qué, entonces, hacemos de la vida una compleja tragedia, cargada de situaciones dramáticas y del sufrimiento de las almas pobres?

Dos carros de heno se habían unido a los dos primeros. Podríamos habernos distribuido entre ellos. Pero no. Todos se subieron al primero, en el que Vesna y yo ya nos habíamos acomodado.

Y emprendimos la marcha. Dos carreteros, los más viejos, iban sentados, y los otros dos, más jóvenes, avanzaban a pie al lado de los caballos. Había sacos con diversas mercancías y también algunas mochilas. Vesna y yo nos habíamos apoyado en los sacos de heno. ¡Menuda manera de ir a la guerra! El aguardiente que habíamos bebido brillaba en los ojos de Vesna y una agradable calidez circulaba por mis venas. La joven apoyó la cabeza en mi hombro y recostó el cuerpo en el saco. Sonrió y miró a lo lejos, entre el horizonte accidentado y las nubes bajas que avanzaban hacia el sur y brillaban a la límpida luz de aquel sol amarillo limón.

Anton me miraba con atención. ¿Qué significaba aquella mirada? No expresaba envidia, ni mucho menos; tampoco rabia ni desaprobación. Y de ninguna manera curiosidad. De pronto, lo entendí: estaba comparando nuestras vidas.

Despacio, como por casualidad, empecé a acariciarle el pelo a Vesna y a jugar con aquellos mechones suaves y espesos.

El tiempo pasaba como el camino bajo los cascos de los caballos. Seguramente, nuestro objetivo ya se había decidido. Si pensaba en el futuro, en el mañana, me invadía una ligera curiosidad, pero también un temor extraño. Descarté ambos sentimientos y me dediqué a contemplar la inmediata realidad: la inmensa grupa del caballo y su balanceo, aquel camino blanco lleno de agujeros, los tres abedules que se levantaban a un lado, el ruido de los carros, el olor a boñiga de caballo, la manzana que mordía con lentitud.

Puede que en el siguiente pueblo nos dijesen que los alemanes habían capitulado y que la guerra había terminado. O que habían lanzado un ataque con bacterias —o con gas, o con armas desconocidas—, que habían hecho retroceder a los rusos, que habían conseguido atravesar el canal de la Mancha y que habían invadido Inglaterra. Desde luego, también existía la posibilidad de que no hubiese ocurrido nada y nos encontrásemos, de nuevo, envueltos en una sucesión de acontecimientos triviales y desconcertantes.

Lo más importante era que, para mí, aquella situación no tenía precedente. No era un momento de paz, ni tampoco de guerra.

Aquel entorno hizo que la imaginación se me disparara. Sumido en mis pensamientos, me alejé de la realidad que me rodeaba.

Avanzaba por el camino de tierra del pabellón Jakopic, en el parque Tivoli, en Ljubljana. Vida y Jože me acompañaban. El castillo se divisaba en el otro lado de la ciudad. Era domingo por la mañana y el sol brillaba.

Los arbustos, los bosques, los campos, la hierba, volvían a la vida.

Estaba de pie, a la orilla del Ljubljanica.

Margaritas en la hierba. La piel cálida y suave de la nuca de Vesna.

Se habían acabado los cuartos de baño, las duchas, los paseos por las calles de tu ciudad natal, la arrogancia de los oficiales alemanes. Las calles que rodeaban la universidad cerrada, las casas, la gente, sus gestos; imágenes silenciosas, imágenes detenidas que transmitían un débil sabor alcalino a jabón.

Un pueblo pequeño. Una liebre en un patio levantó la cabeza para mirarnos, preparada para correr.

Se habían acabado las camas con sábanas, la rutina de dar cuerda cada noche al despertador, la cartilla de racionamiento. Ir en bicicleta: prohibido. Esquiar: prohibido. Escuchar la radio: prohibido. Toque de queda. Salir de excursión a la montaña: prohibido.

De un camino lateral surgió un partisano a caballo, con el fusil al hombro, que nos alcanzó, nos saludó brevemente y se alejó al galope.

Los italianos se habían ido y los alemanes estaban tan lejos que parecía que hubiesen desaparecido. Nosotros controlábamos la situación.

Carros con armas y municiones con inscripciones italianas.

Grupos de hombres armados y no armados, vestidos de la manera más variopinta.

Un pueblo reducido a cenizas.

El carretero nos contó cómo los nuestros se habían hecho con el castillo de Turjak. Los Blancos no habían tenido más remedio que rendirse. La artillería italiana había disparado con acierto, pero los nuestros planearon un ataque sorpresa. ¡Menudo asalto! Un partisano le preguntó a uno de los oficiales blancos: «¿Crees que los alemanes vendrán a ayudaros?». A lo que el blanco le contestó: «No, vendrán los ingleses». El carretero rio. «Churchill —dijo, pronunciando mal el nombre— no habría tenido tiempo suficiente». ¿Hasta dónde llega el territorio liberado? Quién sabe. Parece ser que los nuestros se están enfrentando a los alemanes en el río Kolpa.

Cada vez hay más gente en los caminos, gente que se mueve en todas direcciones.

Una pesada ametralladora italiana con su soporte.

Todo tipo de rifles. Una caja de granadas italianas conocidas como «tomates rojos».

Mujeres y niños.

Cañones arrastrados por caballos, los nuestros y los italianos a su lado. Voces que hablan italiano.

Salté del carro para estirar las piernas. Era muy agradable ir a pie. Vesna prefirió quedarse donde estaba. Miško también bajó y se puso a andar por el otro lado, como si estuviera enfadado conmigo.

Las huellas profundas de un tanque en el barro que se acumulaba junto al camino; el tanque se había detenido allí, había vuelto a ponerse en marcha y había dejado aquellas marcas.

Llegamos a una población más grande, repleta de soldados y de civiles; de carros, caballos y mulas; de armas apiladas: fusiles, ametralladoras y lanzaminas. La plaza del mercado estaba cubierta de heno y paja.

Los caballos abrevaron y los carreteros montaron una cocina de campaña. ¿Y los utensilios para comer?

—Alguien os los dejará. Pero ¿es que no habéis traído ni una cuchara?

Anton era el único que llevaba una.

Vesna y yo decidimos acercarnos a la plaza del mercado.

Cuatro de los nuestros nos siguieron. Dos eslovenos forman un dúo; tres, un coro; y cuatro, una procesión.

Un carro tirado por un poni bosnio avanzó en nuestra dirección. Lo conducía un partisano que me reconoció. Se trataba de Stane, un tipo que había estudiado tecnología en la universidad y que ahora tenía unos cuarenta años, una edad ya avanzada para ser soldado. Stane era el primer conocido con el que me encontraba. Pero ¿qué transportaba? Un transmisor de radio que había caído de un tren blindado.

—¿Dónde están los alemanes? —le preguntó Miško.

—En estos momentos, lejos; todavía están lejos —contestó Stane con una sonrisa.

—Nadie sabe dónde están —observó Miško.

Aquellas palabras animaron a Stane.

—¿Eso crees? —rio—. No te preocupes, no son tan silenciosos como para que no se les oiga.

Stane se dirigía a su «división». De la bolsa que llevaba sacó una pera para cada uno; unas peras preciosas, amarillas.

—¿Qué tiempo suele hacer por aquí? —le preguntó uno de nuestro grupo.

—¿Que qué tiempo hace? —dijo Stane—. Un tiempo espléndido. Siempre hace buen tiempo, excepto los días de batalla. Pero las golondrinas han venido muy temprano este año. —Stane sacudió la cabeza—. Y eso significa que el invierno se adelantará y será duro,

¡maldita sea!

Aquella expresión contenía amargos recuerdos de los duros inviernos que había pasado «en el monte». Stane agitó el látigo y desapareció tan bruscamente como había llegado.

Una tropa nos adelantó al son de una canción tradicional: «Ha llegado la hora de afilar la hoz, las espigas han madurado…».

Pasaron dos oficiales a caballo que llevaban metralletas y lucían insignias rojas en las mangas.

Para comer, unos partisanos desconocidos nos dejaron unas tazas y unas escudillas sucias. También cucharas, que lavamos en una fuente.

—Cuidado, que así les vais a quitar todas las vitaminas —bromeó un joven soldado vestido con un uniforme italiano demasiado grande.

Sopa de alubias, ternera hervida y un pedazo de pan. Nadie hizo preguntas, ni los que servían la comida, ni los que la recibían. Delante de una casa, un chico sentado en un banco de piedra tocaba una saloma con una armónica

Cuando nos pusimos en marcha, estábamos tan llenos apenas podíamos andar.

Sol, colinas y árboles. Una iglesia en la montaña. Un camino repleto de carros, caballos, mulas, civiles y soldados. Un campesino que llevaba una vaca a pastar. Las canciones provenientes de una casa cercana.

Excepto Anton, todos nos pusimos a fumar. Vesna quería llamar la atención y me tiró el humo a la cara. Ahora que tenía la barriga llena, le interesaban otras cosas.

El viento agitó los juncos de la zanja.

Anton parecía estar completamente absorto, con la mirada fija en el camino y el ceño fruncido. El blanco azulado de sus manos contrastaba con el tejido negro de los pantalones. Aquella piel no había sentido el sol en todo el verano.

Sentí un deseo urgente, irreprimible, pero no sabía de qué. ¿De mujeres? ¿De Vesna? Todo llegaría a su debido tiempo, sin impaciencia. Había comido bien, me invadía una agradable sensación de calor, me sentía a gusto y feliz. El camino era seguro. El pasado había desaparecido y el futuro todavía no se había asomado en el horizonte. Así pues, ¿qué es lo que deseaba? ¿Descubrir algo? ¿Dar con una explicación? ¿Comprender lo que ocurría? ¿O quizás solo necesitaba un uniforme decente, armas en condiciones, un caballo ensillado y que me destinasen a una buena unidad? ¿Es que deseaba verme rodeado de un grupo de compañeros ruidosos y acalorados? No habría podido contestar.

El camino avanzaba metro a metro, kilómetro a kilómetro.

Dejamos atrás casas, árboles y prados. Me alegraba de que el alboroto de los carros silenciase nuestras voces e hiciese imposible la conversación. Con los ojos entrecerrados, me entregué al balanceo del carro y caí en ese agradable estado de duermevela en el que los pensamientos y las palabras se disuelven en visiones y emociones.

Emociones que llegan y permanecen, restos de palabras y pensamientos que emergen del recuerdo y vuelven a él; que se mezclan con las visiones y las sensaciones de lo que ha sido y lo que es; bosquejos, descripciones, pinturas al óleo, museos, cortinas; un cuchillo que se acerca pero no lo consigue, que huye al fondo; colores, grabados en madera, troncos nudosos, caricaturas, novelas, dibujos, guerras, crónicas de campaña, películas, sin novedad en el frente, dibujos a pluma, estrategias, chubascos, frescos, carros de combate, fotografías, espadas de juguete, lanzas, jabalinas, escudos, Ilium, ponis, páginas impresas, pueblos, árboles, tiendas de campaña, peleas con navajas, un hombre con un casco sentado desnudo en un árbol como si fuera normal, un mantel blanco con puntilla, escudos de armas y cañones.

La batalla de Agincourt. Una noche dos ejércitos acampan frente a frente, a sabiendas de que, al día siguiente a las nueve de la mañana, se encontrarán en el campo de batalla para luchar a vida o muerte. Heráclito dijo que la vida es eternidad y que la eternidad es un niño que juega a los dados y que los dados deciden si vives o mueres. Lujosas tiendas de campaña, fiestas de caballeros, juerga de escuderos y de mozos de labranza, estandartes, cintas de seda, escudos, blasones. Amantes, banquetes, celebraciones. Caballos, espadas, tiendas de campaña iluminadas. La noche. Sueños pesados y estómagos llenos; pesadillas. La mañana. Los preparativos, la batalla y, después de la batalla, un chubasco. Siempre llueve después de una batalla. Solo en una ocasión, en la batalla de Waterloo, llovió antes, y la lluvia se convirtió en un obstáculo para Napoleón. Los dados no respondieron como él esperaba.

Švejk, cuarteles, hospitales militares, burdeles para soldados, burdeles para oficiales, putas, letrinas, guarniciones, prisiones, sacerdotes castrenses, trenes, transportes, cerveza, policía, trincheras, suministros que llegan con retraso. «El mayor arte en una batalla es ser capaz de cambiar las líneas durante la misma», dijo Napoleón. Y Švejk afirmó: «Vamos a ganar la guerra».

Todas las batallas son un caos inmenso; muy pocos aciertan a ver lo que pasa.

Lodo, granadas, sangre. Un avión siega reclutas que acaban de llegar al frente, directamente del instituto. En lugar de dispersarse, los

reclutas se agrupan. Camaradería, líneas de trincheras, cráteres de granadas. Heridas, cadáveres, asaltos con bayonetas, muerte. Raciones detestables. Ojos sin expresión alguna. Sin novedad en el frente. Creíamos que el Emperador era más alto y más fuerte. Las tropas están decepcionadas. Se conceden condecoraciones y regresan al frente. Lodo, granadas que aúllan, proyectiles que pasan silbando, que estallan más adelante. Piernas destrozadas, intestinos desgarrados. Perdió las piernas, pero siguió corriendo hasta que cayó en una trinchera.

La guerra franco-prusiana. Un huerto, árboles, soldados; soldados, árboles frutales, un patio; disparos, soldados, árboles. *El Don apacible*, una batería de cañones en una ventisca, caballos, un soldado de la Guardia Blanca, un sargento que pone a salvo la batería. Caballos, caballos, figuras blancas en la ventisca. Caballos, caballos, la caballería de Buddioni. Shólojov, Isaak Bábel, Lidin, Iványov. La estepa.

La estepa nevada. Avance y retirada. Una partida de ajedrez entre Napoleón y Kutuzov. El ataque de los cosacos. El campamento de los franceses. El salón de baile de palacio. Una casa de campo convertida en hospital militar. Ríos anchos. Moscú en llamas. Lev Nikolayevich. Todo esto ocurrió, pero nadie sabe exactamente cómo pasó ni cómo lo vivieron sus protagonistas. ¿Qué cara puso el zar? ¿Es cierto que los franceses encendieron una hoguera en pleno campo cuando los cosacos los atacaron? Una llanura blanca sembrada de puntos negros, sembrada de cadáveres. La nieve cubre los abrigos de los soldados.

Cuando estaba a punto de despertarme volvía a dormirme. Me acercaba a las palabras y los pensamientos y me alejaba de ellos. Creo que no era capaz ni de decir mi nombre. Cristóbal Colón. Istob… olón. Una espada, una cruz y un caballo; la vela de un barco y la proa. «Ponedme en orden esta tierra alemana», dijo el alemán.

Combate aéreo, sabor a metal.

Todo sigue su curso, navega por un canal. La luz se enciende y se apaga.

A través de un huerto —árboles frutales de nuevo—, navego hacia un lugar en el que ya he estado, aunque se trata de otro pueblo.

Veo al comandante en la cima de una montaña, envuelto por el granizo de las balas enemigas; lo veo señalar un mapa con el dedo, lo veo dar órdenes. Ese comandante es un héroe, no hay duda al respecto. «Aunque también podría haber estado allí una vaca. Bastaría con que tuviese la misma falta de imaginación», piensa el soldado Robinson. Viaje al final de la noche. Combate.

Hombres con pieles, con bastones, con palos, con hachas de piedra. Un ataque. Hombres que vivían en cuevas. Nosotros también las

tenemos. ¿Acaso no hay cuevas en el Carso? ¿Cuevas que se abren en las paredes de las montañas? Después de la victoria, aquellos hombres devoraban al enemigo. Los cruzados se marcharon a salvar la Tierra Santa. Los conquistadores conquistaron América. Un submarino ataca un convoy. Indios y vaqueros. A Hitler le gustaban las novelas de Karl May, novelas de bandidos y vaqueros. La guerra de los treinta años. Espadas, escopetas y cañones. La batalla de Trafalgar. El almirante Nelson, que muere en su buque de guerra en el momento de la victoria. Victoria para unos, derrota para los demás. Aquel que pasa la noche en el campo de batalla es el vencedor. La *Ilíada* de Homero. *Anábasis* de Jenofonte. La escasez. El fragor de las armas. Ciudades sitiadas. Armas de asedio. Una travesía por el desierto. Los japoneses en las junglas de Birmania. La guerra ruso-japonesa. Las campañas de Čiro. Los bárbaros del norte. Las guerras en India y en China. Los portugueses de Angola invaden el Congo. La Guerra Civil española. La batalla de Custoza. La guerra de secesión americana. El Papa Julio II se pone a la cabeza de sus tropas. Vaqueros que se cosen a tiros. *De Bello Gallico* de César. «Soldados, cada uno de vosotros tiene una vara de mariscal en la mochila». En Santa Helena, Napoleón sedujo a la mujer de su ayudante de campo y tuvo un hijo con ella. Murió de cáncer. Alejandro Magno, de pulmonía. A César lo apuñalaron. ¿Cómo morirá Hitler? ¿Saldré vivo de esta guerra? En cada batalla el hombre tira una moneda al aire; cara o cruz, no hay otra opción. En un museo, vi una excelente colección de armas de todas las épocas. Las manos que un día las sostuvieron no se veían por ninguna parte. «Los hombres deberían disfrutar de la vida y saber morir».

«¡Ay del general que llega al campo de batalla con un plan establecido!».

Cuando te preparas para combatir, sientes una especie de éxtasis.

Según me contaron, mi padre se fue contento al frente. Dos años y medio después, nos llegó un paquete que contenía su chacó, su sable, algunas condecoraciones y otras cosas sin importancia. Alrededor de 1890, el padre de mi padre trató de detener a un caballo asustado y acabó pisoteado. Así fue como murió. Y su padre, mi bisabuelo, cayó combatiendo. Fueron hombres que se salieron de la norma y cuyos nombres aparecían en las listas de los ejércitos extranjeros.

De pequeño, solía jugar con las condecoraciones de guerra de mi padre hasta que, un día —no recuerdo cuándo ni dónde—, las perdí. Mi padre murió por el emperador y por la patria. Pero ¿dónde las perdí? ¿En la arena del patio?

Del sable de mi padre colgaba una borla dorada. Cuando los italianos obligaron a los ciudadanos a entregar sus armas, mi tía, vieja

estúpida, lo cogió sin decirme nada, lo envolvió en un pedazo de papel y lo tiró al agua desde un puente. De mi padre ya no quedaba nada. Y así fue como se convirtió en un extraño, un inquilino silencioso, una sombra imprecisa en mi vida. Pero quizás quedaba en mí algo de él. Quizás iba a la guerra con demasiado entusiasmo. Cuando, al anochecer, oía el repiqueteo de las ametralladoras al otro lado de la alambrada que cercaba la ciudad, me clavaba las uñas en las manos de rabia. Solamente deseaba salir de aquella ciudad oprimida.

Rehenes. Arrestos. Asaltos. Rumores sobre los métodos de la Gestapo, sobre los campos de concentración alemanes. En Celje habían colgado… En Kranj habían colgado… Se habían producido disparos… La Gestapo ha preguntado por ti. Tienen la intención de limpiar la ciudad. Barricadas de alambradas en las calles. Coches negros. Soplones, guardias del ejército blanco, colaboradores, policía política. La lucha contra el comunismo. Viva Cristo Rey. Viva Pedro II.

Hay que bajar la cabeza y esperar, sobrevivir. Es cierto que nunca ha sido fácil. Todo el poder emana de Dios. Los ingleses y los americanos se acercan. Los rusos también. Pero ¿quiénes se combaten en esta guerra? ¿Los aliados contra las fuerzas del eje? ¿O el Frente de Liberación contra los alemanes y sus colaboradores? ¿Los fascistas contra los comunistas? ¿Se trata de una guerra de liberación o de una revolución disfrazada de resistencia contra la ocupación? ¿Y qué estaría pasando si Hitler no se hubiera enemistado con Stalin? ¡Olvídalo! ¿Por qué? No hagas propaganda. No sabes nada de las tácticas rusas. Sí, claro, pero ¿por qué se abrazaron en Moscú el general von Krebs y Stalin, aquellos dos caballeros bigotudos, aquellos representantes de regímenes tan diferentes? ¿Acaso no ocurrió así? Y, más adelante, ¿no reconoció con amargura Stalin que Hitler lo había engañado? ¡Más vale que te olvides de todas esas estupideces! Lo único que importa es el presente. Los políticos olvidan, pero la gente normal y corriente no. Oh, sí, ellos también olvidan. Todos olvidamos, de lo contrario no podríamos vivir.

¿Qué nos habían enseñado?

A leer, escribir, contar… pero no a pensar; eso lo tiene que aprender cada uno por su cuenta, ¿no es cierto? Nos infundieron ideas, grandes ideas, que fueron creciendo y luego desaparecieron para pudrirse y fermentar en nuestro interior. Ideas que permanecieron latentes durante un tiempo y que, de pronto, estallaron con una fuerza extraordinaria. La justicia y la honestidad se toleraron mientras funcionaron como conceptos abstractos. Pero liberar a los negros —algo que implicaba generosidad—, se convirtió en un asunto delicado, en un enfrentamiento entre los que estaban a favor del Papa

y los que no. La idea de la libertad es muy peligrosa y se puede utilizar de las maneras más diversas. También tiene enormes consecuencias la fe en el progreso. ¿Eres progresista? ¿O eres un reaccionario?

También nos abrumaron con aquellos cuentos de hadas en los que, inevitablemente, el bien siempre vence al mal. Nos enseñaron historia, es decir, las fechas de las guerras y de las matanzas. Y una geografía basada en fronteras, límites, controles y barreras de hierro sobre riachuelos, bosquecillos y pensamientos; una geografía de pasaportes.

Me crie en el seno de una familia anticlerical, en una época dominada por dos organizaciones terroristas: el Partido Nacional Yugoslavo y la Unión Radical Yugoslava, los caldos de cultivo de los colaboradores blancos y azules; gente a la que no me habría gustado conocer de cerca. Iglesia, Dios, Patria, Rey y país, ideas sagradas en cuyo nombre está permitido colgar a cualquier objetor de conciencia.

Luego llegaron los italianos, que habían creado un nuevo calendario a partir del nacimiento del fascismo. Y, más adelante, los alemanes, que tienen una opinión pésima de los eslavos.

Así que, para un hombre normal, participar en aquella guerra era muy diferente a lo que había leído en las novelas o visto en las películas. En aquellos momentos, cualquier conocimiento sobre guerras anteriores se había quedado obsoleto, resultaba inútil. Todos los movimientos, todos los partidos, se esfuerzan para aumentar su número de afiliados. Por eso deben hacer propaganda, ignorar los hechos, exagerar, ocultar, mentir; por eso tienen que recurrir a frases rimbombantes. Al enemigo no se le puede reconocer ni un ápice de humanidad. Porque el enemigo es un monstruo, un criminal, escoria. Los nuestros son los héroes, los santos; hombres sacrificados y valerosos que combaten por una causa justa, hombres con mayúsculas. En una guerra, por pequeña que sea, hay muy pocos prisioneros. A nadie se le escapa lo que significa caer vivo en manos del enemigo. No puedes confiar en el enemigo; ni siquiera puedes confiar del todo en los tuyos. Un par de ideas te rondan por la cabeza mientras te apresuras a encontrar tu destino en un laberinto repleto de trampas. Y en el cruce te espera Dios, la imagen de un hombre clavado en una cruz. A nadie le extraña de esa visión; ni a los italianos, ni a los alemanes, ni a los blancos, ni a los azules, ni a los partisanos.

En la guerra de 1914 no había ofensivas relámpago, ni combates aéreos ni tampoco tanques. Había movilizaciones, trincheras embarradas, peleas cuerpo a cuerpo, permisos, letrinas y burdeles militares. Los hospitales de campaña dirigidos por las hermanas de la Cruz Roja y los burdeles del frente servían para adornar una guerra

que para los pacifistas era sórdida, estúpida y, ante todo, incomprensible.

Teníamos que olvidar todo aquello si queríamos sobrevivir. Porque pongamos por caso que me hubiesen nombrado comandante de un batallón y que estuviese preparando a mis soldados para atacar una posición enemiga. Sin duda alguna, me alegraría de verlos luchar como locos contra nuestros adversarios. Pero ¿y si llegaba un quejica y empezaba a decirles cosas como las que me acababan de pasar por la cabeza? ¿Me gustaría? Si le dejase hablar, destrozaría la moral de mis soldados en menos de media hora, porque, después de todo, les hablaría de cosas que, en el fondo, ellos comprenderían. Así pues, ¿cómo iba a poder enviar a una tropa desmoralizada a las alambradas, a atacar un puesto defendido por ametralladoras? Los soldados caerían como moscas en otoño. ¡Derrotista, alarmista, filósofo! ¡Has causado la muerte de tantos compañeros! Aunque, en realidad, yo tendría la culpa por haberle dejado hablar. El ataque, evidentemente, se malograría y la retirada se convertiría en una huida desordenada. ¿Y entonces qué? ¡La derrota! Capturados vivos por el enemigo que no tiene entre sus filas a derrotistas, alarmistas, filósofos y charlatanes.

Pero no todos los oficiales del mundo son unos fanáticos estúpidos. ¿Qué ocurre con ellos en los momentos de acción? Que se adaptan. Tienen que adaptarse. «Ya discutiremos cuando se acabe la guerra», suelen decir. Todos los soldados deben compartir un discurso silencioso, un discurso tácito, de que todos son soldados y los une un objetivo común: la victoria; un solo camino: los planes de campaña; y un único pensamiento: obedecer las órdenes, hacer lo que les dicen, concentrarse en seguir las instrucciones. Por lo tanto, deben aceptar las restricciones, ceñirse, ajustarse, adaptarse, abrigar odio y rabia hacia el enemigo, utilizar la fuerza, la razón y la astucia para destruirlo. El enemigo no es un hombre. Tampoco es un animal ni un objeto; el enemigo es un robot dirigido por un antihombre, un repugnante criminal sin rasgos humanos al que hay que borrar de «la faz de la tierra». Amén. Esa es nuestra maldición.

En la ciudad todo era diferente. Cada grupo tenía asignado su trabajo y su lucha. Uno amasaba dinero y otro reunía armas. Uno imprimía propaganda a escondidas y otro la repartía. Los espías buscaban información. Había grupos encargados de repartir octavillas y de pintar consignas, grupos que recogían medicamentos y vendajes para los hospitales de los partisanos, y otros que los transportaban desde la ciudad al frente. Una organización atendía a los prisioneros y a sus familias, y otra escondía a los fugitivos. También había un servicio de seguridad. Si alguien ocultaba a un ilegal, no podía

colaborar de ninguna otra manera. Todo tenía lugar bajo la terrible presión del ejército de ocupación y la policía, bajo la amenaza de los traidores, de la policía política y de las redes de informadores. La muerte llegaba de la mano de expertos en la materia.

Tomemos, por ejemplo, al soldado alemán Franz Böhm, entre las funciones del cual está la de vigilar. Debemos eliminarlo en silencio para no alarmar a la unidad que queremos atacar. Franz Böhm, es zapatero y tiene mujer y tres hijos. Es un hombre simpático que suele tomarse un trago los sábados. Etcétera, etcétera. Pero ¿vamos a pensar ahora en el destino de ese hombre, en la insensatez de la guerra, en la injusticia que se abalanza sobre Franz Böhm, en nuestras manos manchadas de sangre? No. Vamos a matar al guardia del puesto. Y debemos saber cómo hacerlo. Debemos saber deslizamos hasta situarnos a su espalda. Debemos saber cómo atacarlo, cómo sujetarlo, cómo hundirle el cuchillo para que no suelte ningún grito. Los comandos saben matar a un guardia sin cuchillo; les rompen el cuello. En los campos de instrucción les enseñaron a hacerlo.

Pero Franz Böhm, no es importante. Lo importante es que estemos dispuestos a matar antes de entrar en acción. De otro modo, nos matarán a nosotros. Y debemos aprender eso en un ejército que no cuenta con tiempo para instruirnos; un ejército formado por gente sin conocimientos militares, que no sabe nada de estrategia ni de armas, pero que se enfrenta al mejor ejército del mundo, al que tiene mejor armamento y a los mejores mandos, y a unidades especializadas en la guerra de guerrillas. Franz Böhm, sabe que, al llegar la noche, el enemigo tal vez intente matarlo.

Teníamos que saber todo aquello si queríamos sobrevivir.

La mujer, una criatura con un cuerpo que conozco al detalle porque no hay ninguna parte en él que no me resulte interesante. Vesna tenía un cuerpo magnífico en el que habitaba un espíritu más bien mezquino. El traqueteo del carro le había vuelto a despertar el hambre. Y después de comer, tendría sed. A continuación, se sentiría cansada y soñolienta, o quizás le apetecería hacer el amor. Todo aquello, incluido lo último, es lo que ahora esperaba de mí: que la alimentase, que le diese de beber y que me ocupase de su bienestar físico. Se dedicaba a flirtear sin prejuicios.

Como estaba orgullosa de la valentía que había demostrado cuando la detuvo la policía, orgullosa de no haber abierto la boca, no podía entender que no nos sintiésemos impresionados. Entonces empezó a recitarme todo lo que comería y me sacó de quicio. Quería comerse un plato de polenta casera con chicharrones, con enormes y jugosos chicharrones. En ocasiones se despertaba en mitad de la noche

pensando en un trozo de pastel de manzana y era tanta su ansia que no conseguía volver a dormirse. Un crujiente pedazo de pastel de manzana, con la masa muy fina y un suculento relleno.

Mientras Vesna recitaba aquella lista de alimentos, Anton la miró con indiferencia y frialdad. Luego me miró a mí con el ceño fruncido, como si me quisiera decir: «¿Cómo puedes soportar todas esas tonterías?». Miško, por el contrario, parecía absorto en aquel recital culinario. Salivaba. Lo primero que le pidió a su madre tras regresar del campo de concentración italiano —había estado en Reniccio— fue que le cocinara hígado con crema agria. Los miré a ambos: estaban completamente inmersos en una conversación sobre sus platos favoritos.

Bajé del carro para estirar las piernas. Y un momento después lo hizo Anton, que se me acercó.

—¡Berk!

Me llamó por mi nombre, como si nos conociéramos desde hacía mucho tiempo. Yo seguí caminando. Después de todo, solo había mencionado por casualidad mi nombre la noche anterior.

—Dame una manzana.

¿Cómo sabía que llevaba tres manzanas en el bolsillo de la chaqueta? Le ofrecí una. Anton la cogió sin decir nada y la mordió sin dar muestras de placer. Me fijé en que Miško se había acercado a Vesna y parecía más contento. Ella, sin embargo, se hacía la interesante y, de vez en cuando, me miraba con una sonrisa en los labios. Querido Miško, ¡más te habría valido que cambiases de táctica!

—Me sorprende que recuerdes mi nombre —le dije a Anton.

—Tengo una memoria extraordinaria —afirmó fríamente.

Decidí callar y cederle la iniciativa de la conversación. Seguía frunciendo el ceño y mantenía la mirada fija en el suelo. Cuando se terminó la manzana, lanzó el corazón a la zanja y habló de nuevo:

—He aprendido a hablar sin palabras.

—Lo sé, lo he notado. Es decir, a veces te oigo, aunque no siempre te entiendo del todo.

—Eres muy receptivo, es cierto.

A continuación, seguimos hablando «en silencio».

Él (más o menos así): He estado mucho tiempo solo… mi vida es tan diferente a la tuya… Dios sabe quién tiene razón…

Y yo: No tienes tiempo para disfrutar de la vida… Deberías soltarte, amigo… Si consigues disfrutar de una manzana, obtienes un doble beneficio…

Él: Si no eres guapo y fuerte, es mejor que te mantengas al margen… Y que reprimas tus emociones… Pero tú, lo quieras o no,

llamas la atención.

Yo: Anton, ¿crees que a pesar de nuestras diferencias podríamos ser compatibles?

Él: Sabes que no te envidio… Y sé que te tengo intrigado… Evidentemente, ha habido dos posibilidades desde el principio: que nos enemistemos a causa de nuestras diferencias o que nos sintamos atraídos… La casualidad ha ayudado, es verdad, pero no ha sido determinante…

Yo: En realidad, muy pocas veces me enemisto con la gente… Incluso los enfados se me pasan enseguida…

Él: Detesto profundamente la superficialidad, la tendencia a dejarse llevar por los deseos más inanes… Y a ti te pasa lo mismo, aunque no lo demuestres…

Yo: Quizás tengas razón…

Y aquí empezó a hablar en voz alta.

—Lo mejor es no tener costumbres. Así te adaptas más fácilmente. Si estás habituado a hacer ciertas cosas y al cambiar de contexto no tienes más remedio que adaptarte a otras, te pondrás nervioso, quizá te rindas.

Mentalmente le contesté: «Tú también sufrirás cuando tengamos que adaptarnos a la vida en el frente».

Anton movió la mano como queriendo decir: «Ya nos las arreglaremos».

A los dos se nos erizó el pelo cuando Vesna bajó del carro y se unió a nosotros con una observación superficial sobre lo mucho que le dolían los huesos. Pasamos por delante de una capilla completamente destrozada. El camino, que seguía cubierto de barro, desembocó en una carretera donde distinguimos las roderas de un carro que habían sacado del campo no hacía mucho. Las puertas de la capilla estaban en la hierba y su interior se parecía a una pequeña caverna pintada de azul claro.

«Está vacía, como la cabeza de esta mujer», me dijo mentalmente Anton.

—Completamente vacía —confirmé en voz alta.

—Estoy segura de que la han limpiado los nuestros —balbuceó Vesna—. ¡Madre mía! ¡Qué bien me vendría una buena cena!

El anochecer se dejaba entrever en las sombras cada vez más espesas de las montañas.

Nos acercamos a unas casas.

Vesna y yo nos sentamos junto al horno más grande que jamás había visto, en la habitación principal de la casa de unos campesinos. Nos habían dejado una gran colcha roja; la tela estaba bastante raída y

de algunas partes sobresalía la guata blanca. Sentados en un voluminoso banco, balanceábamos los pies. En aquella habitación había una cama en la que descansaba un viejo sordo que estaba enfermo. Lo habían cubierto hasta el cuello con una manta verde y miraba hacia el techo inmóvil, medio dormido. En la mesita de noche ardía la llama pálida de una lámpara. De algún lugar cercano nos llegaba el resuello de un acordeón; alguien sin mucho talento tocaba una polca. También nos llegaba el sonido de voces chillonas, de pies que golpeaban el suelo, del tintineo de copas. Unas cortinas gruesas, de un tono rosa descolorido, cubrían las ventanas.

Vesna se había despeinado, señal de que se sentía a gusto y quería jugar, de que no estaba dispuesta a renunciar a una noche agradable.

De pronto, el pasado me asaltó como si blandiera una espada y hubiese partido en dos lo que hasta ese momento me había parecido el presente.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Vesna.

Podría haberle pegado.

—Un momento —le dije—, no me encuentro bien… Seguro que ha sido ese vino agrio.

Vesna me tocó la frente. Tenía miedo de no recibir lo que se le había prometido.

—¡Que me dejes! ¿Es que no puedes dejarme un momento?

Se apartó.

El escenario, las cortinas de color rosa que cubrían las ventanas, la luz tenue del exterior, el acordeón que sonaba a lo lejos.

Raskolnikov se pasea arriba y abajo. En un instante asesinará a la vieja. Actores rusos en Ljubljana.

Camina de un lado a otro durante mucho rato y lo único que rompe el silencio son sus pasos y las notas de un acordeón lejano. Camina como si estuviera solo en el mundo, como si no hubiese nadie acechando en la oscuridad, como si no lo mirásemos, como si por su culpa no estuviéramos infectados por una especie de dolor extraño, universal; por una especie de perplejidad ante aquel mundo, el nuestro, el tuyo, el de todos nosotros, apiñados en este amplio espacio abovedado en el que respiramos, resollamos, olfateamos. Suena el acordeón. Suenan los pasos. Un rayo rosado. Un asesinato.

No, no un asesinato. Más bien una guerra contra el mundo. Una idea. Una obra. Un teatro, un escenario, espectadores. Y una cafetería donde se sirve café y bebida, servicio de guardarropía, bastidores y despachos.

No. Allí detrás hay un hacha. Allí hay sangre.

No. Allí había una cama, un viejo durmiendo, una lámpara. No iba

a pasar nada. El presente pertenecía al calor que despedía el horno, a algo agradable, a una sensación de satisfacción, comodidad y seguridad, a un cierto estado de expectación.

Habíamos detenido nuestro carro delante de una casa de la que salía una alegre algarabía acompañada por el sonido del acordeón. Dos de los carros que nos acompañaban habían seguido adelante y el tercero también partió después de habernos esperado unos instantes.

Bebimos unas cuantas copas de un vino tinto llamado *cvicek*. La fiesta la componían un grupo de civiles y de partisanos, entre los que había dos chicas. Una llevaba falda y la otra, unos pantalones de montar ceñidos con un cinturón y un pequeño revólver en una funda verde. El acordeonista era un joven campesino que lucía unas botas negras de trabajo, unos pantalones a rayas grises y negras metidos en las botas y una camisa verde. La dueña de la casa era una mujer robusta de unos cuarenta años. Le ayudaba a servir una chica muy guapa que resultó ser su hija. Aquella chica de esbeltas piernas y voluminosas caderas y pechos vestía una falda demasiado corta para ella.

Exagerando un poco, hice todo lo posible para demostrarle a Vesna cuánto me gustaba aquella chica pensando que aquel juego serviría a mis propósitos. Además, como me quedaban unas mil liras, decidí invertirlas en la noche. De ese modo conseguí una buena cena y un espacio para dormir junto al horno.

Pero antes tenía que deshacerme de la «compañía». Me las arreglé para que les ofrecieran alubias y ensalada, un mendrugo de pan casero y una buena cantidad de vino. Luego bailamos; yo con la hija de la dueña y Miško con Vesna. Miško la adulaba en vano, pues Vesna no nos quitaba ojo ni a mí ni a mi pareja. Me esforcé en ser divertido y alegre, cosa que Maricka agradeció.

—¿Es tu mujer? —me preguntó.

Le dije que sí, pero con un gesto de la mano le di a entender que ninguno de los dos era celoso. Convenimos que los otros seguirían su marcha y que yo y «mi mujer» nos quedaríamos allí a cenar y dormir, y que partiríamos a la mañana siguiente.

¡Polenta! Sí, y chicharrones, ¡chicharrones gigantes!

¿Que si nos importaría pasar la noche junto al horno? Por supuesto que no. Aunque allí también estaría el abuelo, enfermo desde hacía mucho tiempo.

El carretero se convirtió en aliado nuestro puesto que insistió en marcharse: los caballos necesitaban comer y descansar, y él quería llegar cuanto antes a Ribnica. Miško sirvió más vino y volvió a bailar con Vesna, a quien ya había avisado de que era mi mujer y que nos

esperaba una cena. No le había dicho en qué iba a consistir el menú porque era una sorpresa. Pero la había convertido en mi cómplice.

Tal como había pronosticado, deshacerme de nuestros acompañantes fue complicado. Cuando ya estaban preparados para salir, me miraron a la espera de que me levantara y encabezase la marcha. El único que entendió la situación fue Anton, que encontró la manera de ayudarme a conseguirlo. Con una señal, Anton me indicó que saliésemos todos juntos de allí. Vesna reaccionó con enfado y sorpresa, no entendió nada hasta que le guiñé el ojo. Y entonces, quizás con demasiada impaciencia, se puso a animar a sus compañeros para que salieran. Qué más me daba que los demás se enterasen de que me quedaba o me iba, pensé. Sin embargo… de no haber sido por Anton, todos se hubieran quedado sin saber muy bien por qué.

Podía entender a Miško. Se sentía atraído por Vesna y el muy bobo aún albergaba esperanzas en cuanto a ella. Y también entendía a Anton, que me había ayudado porque la situación le estaba sacando de quicio. Entonces Vesna empezó a fingir que le dolía de cabeza. Miško saltó dos veces del carro y volvió a subir a él pidiéndole a Vesna que se sentara a su lado. La escena se estaba volviendo insoportable. Pero entonces el carretero arreó a los caballos y el carro se puso en marcha lentamente. Miško volvió a bajarse y se nos acercó.

—Me quedo con vosotros —dijo con obstinación.

Vesna se puso como una fiera, aunque no le sacó las uñas. No tenía ningún interés en ver cómo se deshacía de él, así que entré en la casa.

—La polenta ya está al fuego —me informó la hija de la dueña.

Para entonces Vesna ya estaba a mi lado.

—Bueno, ya está —gruñó indignada—. ¡Menudo sinvergüenza! ¡Por poco se queda!

Dios sabe por qué dijo eso de sinvergüenza. Además, ¿dónde estaba escrito que no se podía quedar?

Vesna se me acercó y me miró con recelo.

—¿Qué pasa con esa?

Y señaló a Maricka. No pude evitar soltar una carcajada. ¡Demonios! Después de todo iba a resultar que éramos pareja.

Polenta, chicharrones grandes y ensalada de col. Aquellos manjares nos levantaron el ánimo y limaron todas las asperezas para ofrecernos una agradable perspectiva de la noche que íbamos a pasar en aquella casa.

¡Y pensar que los demás se iban adentrando en la oscuridad!

Miško, que no volvería a interrumpirnos.

Anton, que se necesitaba a sí mismo, pero no conseguía aceptarse.

Los otros dos, cuya presencia nos pasaba inadvertida porque eran

máscaras vacías, sin origen y sin repercusión.

El carretero, que por nuestra culpa se había separado de los otros carros. Pronto se reuniría con ellos, aunque a nosotros no nos volvería a ver nunca más.

El carro, tirado por dos buenos caballos, totalmente inadecuado como vehículo de guerra.

Y las cuatro ruedas, tal como se conocían en Mesopotamia hace cinco mil años.

Los esfuerzos por separarnos de nuestros «acompañantes» nos unieron a Vesna y a mí. Y más aún lo hizo la cena, que fue de su agrado. Aunque también es cierto que se divirtió haciéndose pasar por mi mujer.

Y allí estábamos los dos, sentados junto al horno. Hasta el momento, varios factores se habían combinado para impedirme disfrutar de un momento de sexo. Y, ahora, a esos factores se unía un fantasma del pasado: Raskolnikov preparándose por enésima vez para matar a una vieja.

Vesna puso una manta encima de la colcha roja, una manta bonita, gruesa, a cuadros negros, verdes y amarillos. A continuación, se quitó la falda, la dobló y la colocó debajo del cojín que iba a hacer de almohada; un cojín grande, blanco, que olía a limpio y que habían sacado de un armario para dárnoslo a nosotros. Vesna se cubrió con la manta hasta la cintura. Sin lugar a dudas, estaba convencida de que todo iba a ir tan bien como la cena. Ojalá me dejara de dar vueltas la cabeza.

—El vino no ha sido muy buena idea —me dijo.

El viejo yacía inmóvil; ni siquiera se le oía la respiración. Una sombra recorría su rostro demacrado y las cuencas de sus ojos hundidos. ¿Acaso habría muerto? Vesna se echó, cruzó las manos por debajo de la nuca y fijó la mirada en el techo. Mi sombra se proyectaba en la pared. ¿Y si el viejo moría aquella noche y nosotros concebíamos un niño? ¡Dios mío! Tampoco podía estar seguro respecto a Marjana, puesto que la última vez habíamos llegado hasta el final. ¿Habría algún designio oculto en todo aquello? ¿La voluntad de resistirme a la muerte? ¡Al demonio con todos aquellos pensamientos! ¿Por qué no podía encontrar a una mujer que se pareciese a Anton? ¿Una mujer con la que poder entenderme sin necesidad de decir banalidades y estupideces? Sí, Anton era un egocéntrico, un pusilánime, un caprichoso, un hombre agresivo y de mal carácter; pero tenía un don para relacionarse. ¡Ojalá hubiese podido encajar su personalidad en el cuerpo de una mujer hermosa! Un cuerpo como el de Vesna, por ejemplo, que estaba echada a mi

lado, haciendo esfuerzos para creer que me dolía el estómago. Vesna esperó. *Che sarà, sarà*… Aquella cena bien había valido unos días de espera. Quizás deberíamos dormir. Vesna me rozó con la pierna. Llevaba medias, liguero, bragas y una combinación de color violeta. Hacía calor y, excepto las manos y la cara, no se había lavado desde que había salido de casa.

¿Quería realmente acostarme con ella? ¿O se trataba simplemente de cumplir con una tarea que yo mismo me había encomendado? ¡Demonios, no! Pero si había temblado al verla caminar delante de mí. Podía acostarme con ella, divertirme y no dejar que aquellos estúpidos pensamientos se interpusieran entre nosotros. Eso era evidente.

Pero algo en ella me repelía. Algo que no tenía nada que ver con la higiene. Entre Vesna y yo se levantaba un muro frío y resistente que debía derribar. De otro modo, al día siguiente me sentiría malhumorado, vencido, como si Vesna me hubiese utilizado para su propia satisfacción después de una buena cena, sin preguntarse quién era yo ni cómo me sentía. A partir de entonces tendría que ocuparme siempre de ella; tendría que asegurarme de que no pasara sed ni hambre, de que no tuviera ninguna queja, para luego arroparla en la cama y darle un beso de buenas noches. Venga, preciosa, dame un besito; dale un besito grande a papá.

Bueno, tal vez aquello fuese mucho mejor que abordarla sin miramientos: venga, ¿a qué esperas? Ella es la que había sido grosera y directa, pese al bello barniz que le había adjudicado nuestra civilización. Desde luego, sus intenciones habían sido claras cuando, después de cenar, me había apretado varias veces el muslo. Y aún debía tener en cuenta otra cosa: si en aquel momento renunciaba a acostarme con ella, me arriesgaba a ofenderla de por vida. Como poco pensaría que era impotente u homosexual. Vesna estaba orgullosa de su poder de seducción y era consciente de que los hombres se giraban para mirarla y de que era capaz de levantar violentas pasiones. Sentada en el carro, había tenido cuidado de revelar lo que ocultaba debajo de la falda. Sin sobrepasarse, por supuesto; sin enseñar mucho ni poco. Y Anton —qué desagradable— había sido el único que no había picado el anzuelo. El alma demasiado simple de Vesna no podía imaginarse que Anton sabía perfectamente por qué enseñaba el muslo y que no quería caer en la trampa.

La miré y metí la mano debajo de la manta para deslizaría por las medias y detenerla en la liga.

—¿Ya estás mejor? —me preguntó con semblante de preocupación.

Luego me ayudó a desabrocharle la liga y a quitarle las medias. Tenía la piel lisa y cálida, y la carne tensa y firme; mejor de lo que

esperaba. Nos deshicimos de las bragas. Sus muslos y nalgas me dejaron sin respiración, totalmente asombrado. Me invadió una ola de deseo y mi cuerpo se convirtió en un amasijo de terminaciones nerviosas. Un escalofrío me recorrió la espalda, algo que solamente me pasa ante la expectativa de un inmenso placer. Me quité los pantalones y los calzoncillos, y los lancé contra la pared con cuidado de que no cayera nada de los bolsillos. Se trataba de un viejo truco. Si en una situación como aquella un hombre es incapaz de quitarse los pantalones en el acto, las cosas pueden torcerse. Vesna me observó con interés para luego abalanzarse sobre mí. Noté el arañazo de sus uñas. Tenía el cabello suave y agradable al tacto, y los labios húmedos y ligeramente abiertos. Acto seguido, me concentré en sus pechos. Le quité el suéter y la blusa, y de debajo de la fina combinación emergieron dos voluminosos pechos, firmes como montañas, creados para encajar en las palmas de un hombre. Vesna hizo ademán de quitarse la combinación, pero le retuve la mano. Aquella ligera seda de color violeta combinaba perfectamente con el dorado de su piel. Además, me asusta un poco la desnudez absoluta: quizás mis ojos sean demasiado observadores, o tal vez sea otra cosa. Pero creo que hay algo más: la desnudez absoluta no está nunca tan desnuda como la desnudez medio oculta que promete algo más. La desnudez absoluta es el final, solo da opción a cubrirla. Los orientales tienen razón cuando afirman que no hay que precipitarse para encontrar el placer, que no hay que tener prisa ni terminar en un santiamén, sino avanzar lentamente, aumentar la velocidad y, tras llegar al clímax, terminar el juego tranquilamente. Tienen razón, digo, aunque no siempre sigo su consejo puesto que hay otras cosas, cosas quizás más profundas, que me parecen más importantes. Ser consciente de lo que buscas, de lo que realmente quieres de una u otra mujer, es lo más complicado. No existe el sexo sin máscara. Incluso las tácticas y estrategias de acercamiento requieren el disimulo. Y luego está la vergüenza, los usos y costumbres de la época, la incertidumbre respecto a las posibilidades reales. Además, en el ámbito erótico todos buscamos —la mayoría de las veces sin saberlo— un ideal, y por eso forzamos la imaginación, distorsionamos nuestros recuerdos y nos engañamos a nosotros mismos y a nuestra pareja. El contacto de dos personas en el plano mental puede influir mucho en el plano físico, y un acto tan natural como el sexual puede convertirse en algo muy complicado.

Le besé los brazos y las piernas al tiempo que mis manos se acostumbraban a ella y ella se acostumbraba a mis manos. Me molestaba que me hubiese agarrado el miembro como si tuviese miedo de que se fuera a escapar.

—Con suavidad —le dije.

Me soltó repentinamente, demasiado repentinamente. Se sentía insegura y eso la hacía obediente. Adoptó una expresión bella y fecunda, la expresión que se forma cuando la mirada se vuelve salvaje y parece chispear, cuando los labios se hinchan y se separan como reaccionando al dolor, cuando los dientes parecen brillar dispuestos a morderte, cuando las mejillas se encienden en la palidez del rostro, cuando unas líneas de cansancio aparecen junto a la nariz, cuando el pelo se agita de una manera especial, cuando la persona pierde los rasgos que la caracterizan para revelar la máscara original de una hembra expectante… Vesna me miraba como si no me viera y yo notaba que me iba hundiendo en la expresión de su cara y olvidaba quién era y desde cuándo la conocía. Atrapado y rendido a sus encantos, en contra de mi propia voluntad, empecé a enamorarme de ella… El aroma de su sexo y su piel me electrizaban… Un instante más y me volvería hacia ella, me inclinaría sobre ella, caería… y sucedería.

—Enséñame dónde te pegaron —le dije.

Se extrañó, como si la hubiera despertado de un sueño. Yo creía que se lo había inventado todo. Entonces se giró y me enseñó el trasero. Distinguí las señales de los golpes, manchas claras y oscuras que recorrían todos los colores del arco iris, del azul al amarillo. La acaricié. No había motivo para seguir esperando.

—Arrodíllate. Ponte a cuatro patas —le pedí al tiempo que la ayudaba a hacerlo.

—¿Por qué? —quiso saber.

—No preguntes.

—¿Y el viejo? ¿Está durmiendo?

—Sí.

Me abalancé sobre ella con todas mis fuerzas, sin pensar, sin saber muy bien lo que hacía, confuso. La besé. Vesna abrió la boca, nuestras lenguas se encontraron y seguimos dándonos lametazos mientras la penetraba y hasta que aquel ritmo salvaje terminó para ambos. Permanecí allí, con la cabeza descansando entre su cabello, escuchando sus susurros. Vesna no se molestó en hablar flojo, o eso me pareció a mí. Entonces, un tono ronco se apoderó de su voz, noté que se estremecía debajo de mí y sentí el espasmo de su interior.

Debí de estar muy lejos durante un buen rato, hasta que la oí llamarme de vuelta al presente, a aquella extraña habitación con un horno.

—¡Si supieras lo raro que me parecías! Nunca habría pensado que te interesarías por mí… De hecho, creía que te había caído fatal…

Me entraron ganas de volver a hacerlo, pero necesitaba que se callara. Hice el intento.

Vesna jadeó y me besó con dulzura la mejilla y la oreja.

Pero después me hizo parar en seco con una pregunta que no esperaba, al menos en aquel momento:

—¿Cómo te llamas?

De acuerdo, no sabía mi nombre. Pero aquella no era la ocasión para preguntármelo. Yo sí sabía el suyo, aunque nunca lo había utilizado para llamarla. Había tenido suficiente escuchando a Miško repitiendo constantemente: Vesna esto, Vesna lo otro.

Así que no le contesté. Pero ella siguió hablando.

—¡Ah! Cómo me gusta… Cómo me gusta, cariño…

—Déjate de ñoñeces —la interrumpí—. Si tienes que hablar, mejor di las cosas por su nombre. Venga, va, ¿qué estamos haciendo?

—Estamos haciendo el amor —me contestó tras una breve pausa.

Me pareció que una expresión indecorosa le habría hecho tragarse la lengua de vergüenza.

Y por eso la obligué, lentamente, a utilizar la terminología apropiada en su versión más simple, más obscena.

—¿Te excita que hable así? —me preguntó.

—No, es que no soporto los eufemismos empalagosos.

Me dijo que era demasiado duro y que a ella le gustaba utilizar palabras bonitas para referirse a cosas bonitas. Luego se entregó al placer y acabó mezclando palabras suyas y mías en lo que se convirtió en un discurso ridículo.

—¡Cielo, eres maravilloso!… Venga, fóllate a tu puta… ¡Ah! ¡Qué maravilla!… Métemela hasta el fondo… Es curioso que no sepa tu nombre… y que me estés metiendo los dedos en el culo… Y yo que pensaba que nunca te interesarías…

Más tarde dormimos como lirones. Vesna me abrazó y empezó a roncar suavemente.

Ya era casi de día cuando me desperté, dispuesto de nuevo a la acción. Así que me puse manos a la obra enseguida. No sé si ella se despertó del todo.

Mientras susurrábamos, respirábamos entrecortadamente y jadeábamos, el viejo seguía allí, inmóvil, y la lámpara brillaba con la misma intensidad. Tras las cortinas de las ventanas, la luz del nuevo día ya se anunciaba.

Entonces me di la vuelta y me quedé dormido sin soñar nada.

Me lavé y me vestí antes de que Vesna se despertara.

Y cuando lo hizo, me miró sonriente y se vistió debajo de la manta mientras yo me sentaba en la gran mesa de madera y ojeaba un viejo

almanaque.

El viejo miraba con atención desde su cama.

Vesna bajó del horno, se me acercó y me dio un beso en la mejilla antes de salir de la habitación. Apenas había cerrado la puerta cuando el viejo movió una mano y me hizo una señal para que me acercara.

—¡Ven aquí, joven!

Mientras caminaba hacia él, trató de mantenerse serio. Y una vez a su lado, me susurró que me inclinara.

—¡Qué bueno! —me dijo riendo—. Lo he visto todo, ¿sabe? Pero no le diga nada a ella… ¡Dios mío! De todos es sabido que no hay nada nuevo bajo el sol, pero nunca antes, nunca jamás, había visto algo semejante… Nosotros, mi señora y yo, siempre apagábamos la luz. Ya sabe, eran otros tiempos…

Las carcajadas no le dejaron seguir hablando.

Las mujeres nos trajeron el desayuno a la habitación: café con leche, huevos pasados por agua y un delicioso pan casero.

Antes de irnos, el viejo me volvió a indicar con la mano que me acercara. Cuando me incliné sobre él, me dijo en un susurro:

—¿Sabe qué? Ahora ya puedo morirme tranquilo.

Y me lo dijo totalmente serio.

Vesna y yo emprendimos la marcha. Aquella mañana brillaba el sol y el aire era fresco.

—¿Qué te ha dicho el viejo?

—Me ha pedido un cigarrillo. No le dejan fumar.

—¿Y se lo has dado?

—Sí.

—No deberías haberlo hecho.

Seguimos andando.

Vesna se había convertido en la mujer del día anterior. La imagen de la noche había desaparecido.

Vimos unos troncos junto al camino y nos sentamos. No teníamos ninguna prisa. En un roble distinguimos un mirlo cantando. En aquella calma atemporal había algo paradisíaco. ¿Habría habido, antes que nosotros, alguien que se hubiese ido a la guerra así? Vesna dijo que seguramente sí. Después de todo, no había nada nuevo bajo el sol.

Durante el día no podía soportarla.

Nos dedicamos a mirar a la gente que pasaba.

Recordé una canción francesa, «*Sur le plus haute branche chante le rossignol*», y me puse a cantar en voz baja:

> En la rama más alta
> canta un mirlo negro,

canta, oh canta, negro cantor,
tu corazón está alegre.

El mirlo cantaba como si me entendiera. Vesna, por suerte, permaneció callada. Temía que me interrumpiese para decirme que era hora de comer.

En una fuente blanca
me lavé las manos,
el agua era tan pura
que me bañé en ella.

Habíamos vuelto a la marcha cuando se nos acercó un carro que iba en nuestra dirección. El carretero, un chico con una brizna de paja entre los dientes, nos dejó subirnos detrás. El caballo era joven y brioso.

Avanzamos unos cuantos kilómetros.

Carros, gente a pie, mulas, tropas, civiles.

El viento se divertía con el cabello claro de Vesna, que llevaba suelto. Se la veía relajada y contenta. Como recordando por un instante la noche anterior, me acarició la cabeza. Esperaba que no pensara que a partir de entonces me pasaría el día adorándola. Estoy exagerando un poco, lo sé. Doy la sensación de seguridad, de aplomo e incluso de ser un poco presuntuoso. No soy consciente de la imagen que doy a los demás y debería planteármelo seriamente. En el ejército tienes que mezclarte con el resto y no destacar. Toda convivencia se basa en aprender precisamente eso. La mayoría de la gente divide a sus compañeros —ya sea en el colegio, en el hospital, en la cárcel, en los barracones o en las oficinas— en dos categorías: los que sobresalen de la media y los que no llegan a ella. Lo más probable es que acabase siendo el blanco de varios comentarios si no cuidaba mi comportamiento; especialmente si me enviaban a una unidad al mando de un oficial por debajo de la media. Ya me había ocurrido antes. De acuerdo. No podía olvidarme de aquel problema. Pero ahora bastaba con que me entregase al paisaje, al tiempo, a mi buen estado de ánimo, al trote del caballo y a aquel momento atemporal que no tardaría en acabar. Vesna, ¡cántanos algo! ¡Venga! ¡Cántanos una canción!

Con una sonora voz empezó a entontar «Dónde están los caminos de ayer» y todas mis dudas pasaron a un segundo plano. Debemos amar la vida. Y debemos estar preparados para morir. Al carretero también le gustó la canción. Ojalá aquel camino tan agradable no

terminase nunca. ¿Por qué no soy un caballo? Aunque, en el fondo, soy algún tipo de caballo. Si un caballo se rompe la pata, hay que rematarlo, puesto que el hueso no volverá a crecer. Si esta imaginación desbordante se acaba, también habrá que matarme, puesto que ¿cómo voy a seguir viviendo sin poder saltar en el espacio y el tiempo?

—¿Por qué quisiste anoche que dijese todas aquellas ordinarieces? —me preguntó Vesna sin preámbulos, inesperadamente.

—¿No te gustó?

—No.

—Vaya. ¿Cómo te lo explicaría? (Venga, ahora tienes la oportunidad de dejar a un lado toda la soberbia, todo el egoísmo. Intenta explicarle a esta chica por qué querías que fuese grosera). Entre las personas hay obstáculos, precipicios y muros que imposibilitan el contacto absoluto, que no nos dejan tocarnos, fundirnos. (No, así no va a funcionar).

El sexo es algo primitivo. Y el desorden de la civilización no nos permite alcanzar una unión sexual auténtica. (Así tampoco va a funcionar).

—Qué, ¿te lo tengo que explicar yo? —me preguntó.

—Adelante —le dije.

—Te gusta usar esas palabras porque alguna mujer en alguna ocasión te lo pidió.

(Aunque no era cierto, no pensaba admitirlo).

—Es eso, ¿no?

De pronto decidí decírselo. ¡Y menuda cara me puso!

—Es el sonido, el sonido puro y duro. Igual que la vista, el olor, el tacto y el sabor, el sonido también influye.

—¿El sonido sin sentido, sin significado? ¿Quieres decirme que eso te excita?

—Exacto. Mira, estuve en Grecia, en Chipre y en Rodas en la peor época de la crisis. Servía en un buque inglés y me pagaban en libras esterlinas. Una libra equivalía a unos 250 dinares. No nos importaba gastar. Podías conseguir mujeres por uno o dos dracmas, es decir, por un dinar o por menos. En Yugoslavia, un profesor ganaba mil dinares al mes. Y nosotros podíamos conseguir quinientas mujeres por una libra. ¿Te lo imaginas?

—Sí, pero estábamos hablando de sonidos.

—Ahí es donde quiero ir a parar. No sé griego. Y aquellas chicas griegas no sabían ninguna otra lengua. Y, sin embargo, sus voces eran diferentes.

—¡Por favor! ¡Además de engreído, putero! —exclamó.

Nunca me habían dicho aquello. Evidentemente, Vesna me había perdido todo el respeto. Pensaba que a sus ojos me iba a convertir en un amante experto, pero de repente me di cuenta de que para ella no era más que un insignificante putero, vulgar y grosero. Me esforcé en justificarme y traté de ser amable.

—Déjalo estar —me dijo—. Veo un cierto sadismo en todo esto. Como cuando te volviste loco al verme el trasero lleno de morados.

(¿Así que por eso «me volví loco»? Tendría que pensarlo).

Vesna se rio y me miró. Nuestros ojos se encontraron. Como por casualidad, dejó caer una mano en mis pantalones. Y dio en el blanco.

—¿Y esto qué? —me susurró.

Los hombres no deben presumir de conocer a las mujeres. Incluso la pastorcita más humilde puede sorprender a un Casanova.

¡Ni Grecia, ni Chipre, ni Rodas! ¡Ni el origen psicológico de la obscenidad! ¡Todo aquello le traía sin cuidado! El caso es que saltamos del carro a un matorral. La proximidad del camino no parecía molestarle lo más mínimo. Vesna se inclinó para ofrecerme aquel fantástico trasero marcado y, al hacerlo, ¡menudo vocabulario le salió de la boca! Ni rastro de inhibición; solo la calidez y la soltura de la experiencia.

Cuando volvimos al camino, me cogió por la cintura, como si yo fuera la mujer y ella, el hombre.

No hay nada en el mundo que me provoque más placer que una sorpresa agradable. Y la primera, si llega, suele hacerlo en compañía de otras.

Nos alejamos del camino hasta dar con un henil abandonado.

Y nos encontramos a un chico descalzo, cargado con un cesto, que nos ofreció peras maduras.

En fin, pronto llegaríamos al pueblo para descubrir que habíamos llegado demasiado tarde, que la guerra se acababa de terminar.

Avanzamos por un sendero mullido, a través de la hierba, hasta llegar al camino principal, por donde pasaban partisanos y civiles en ambas direcciones.

Como hileras de estandartes bordados, de todos los colores, que ondean al viento;

como bandadas de estorninos que, tras la lluvia, vuelan a través de un aire cristalino por encima del verdor de los campos;

como la imagen azul y dorada de Dios Todopoderoso, que se asoma por encima de las nubes suaves y blancas;

como si de la insondable profundidad
se elevase un regocijo extraordinario
por el simple hecho de estar

en un paraíso
que no se puede perder
pero que dura un solo instante
entre una eternidad de pérdidas
y
una eternidad de angustiosa espera.

«A nuestro alrededor hay miles de vidas desconocidas, cuyos secretos son insondables. Los niños lo perciben, de ahí de su tímida susceptibilidad. Todos los sonidos que oímos son sonidos que llegan del más allá. Un anhelo desconsolado e inconsolable por entender al diminuto mosquito que se ha posado en tu calva y por entender a Dios, que te mece en su mano; ese es el sufrimiento que padecerás toda la vida, esa es tu lucha, la esencia y el significado de todo tu ser».

Ivan Cankar, *Cacatúa*

«Madre está poniendo en orden mis nuevos trajes de segunda mano. Y reza, dice, para que sea capaz de aprender, al vivir mi propia vida lejos de mi hogar y mis amigos, qué es y qué siente el corazón. Amén. Así sea. ¡Bienvenida, oh, vida! Por millonésima vez, salgo a buscar la realidad de la experiencia y a forjar en la fragua de mi espíritu la conciencia no creada de mi raza».

James Joyce, *Retrato del artista adolescente*

«El marqués no tenía ninguna intención de regresar a la fe, a la esperanza o a Dios, que podría unir las dos mitades separadas de su mundo; prefería permanecer en la piel de un hombre despreciado, en cuyo nombre estaba perdiendo la certeza de las cosas».

Marjan Rozanc, *El diabólico racionalismo de los marqueses*

Capítulo 2

Ribnica me pareció un pueblo muy largo. Después, volví allí muchas veces, pero la arteria principal de la ciudad —que se prolongaba desde la pedanía de Gorenje hasta la de Dolenja Vas, pasando por el medio del mercado— no se me antojó tan extensa como entonces. Había tanta gente por todas partes que me recordó al paseo de Ljubljana. Gente vestida de diferentes estilos y colores; unos de civil, otros de uniforme y otros combinando ambas indumentarias. Poco a poco, el ojo se acostumbraba a aquella diversidad en la que predominaba el negro y todas las tonalidades de azul y verde. Había también todo tipo de armas. Y carros, caballos, mulas, una caldera para alimentar a las tropas de paso, convoyes avanzando en todas direcciones, rostros serios y rostros sonrientes, gente cantando, gente absorta, gente enfrascada en vivas conversaciones y gorras de varios colores con estrellas rojas de cinco puntas de varios tamaños. Un joven robusto encabezaba una tropa agitando la enorme asta de una bandera.

Credere, obbedire, combattere; «Creer, obedecer, combatir» era el letrero, pintado con gruesas letras mayúsculas, que se leía en la pared de una casa. Y más abajo, alguien había añadido en rojo: «¡Muerte al fascismo, libertad para el pueblo!».

Se oían tres canciones, que se complementaban y se contraponían a la vez.

Algunos de nuestros chicos cantaban al ritmo de la marcha: «Afilamos la hoz, las espigas ya maduran…».

Delante de una casa, había un grupo de italianos sentados en el suelo, y uno de ellos cantaba con bastante acierto: «*Solo me ne vo per la città… passo tra la folla che non sa… che non vede il mío dolore… cercando te… sognando te… che più non ho*…».[4] El sol les bañaba la cara. Soñaban con volver a casa.

Y en algún lugar más apartado, un acordeón interpretaba un romance ruso.

Olor a humo y a caballos.

En el puesto de mando me indicaron que me dirigiese a un hotel requisado. Allí recuperé mi equipaje. No faltaba nada, excepto mi pistola. Me quejé en vano. ¿Dónde podía preguntar? Inténtalo en el puesto del tranvía.

Me puse los pantalones grises de montar, los calcetines largos de lana negra y las botas de esquiar. Al menos, la parte inferior de mi cuerpo estaba perfecta. A continuación, me cubrí con la chaqueta azul oscuro de esquiar y me ceñí un cinturón grueso del ejército yugoslavo. Una chica que andaba por allí, tal vez una antigua camarera, me prometió que me cosería una estrella en la gorra.

—Sí, sí, para mañana por la mañana, de acuerdo.

Alguien encendía y apagaba una radio vieja que había en el comedor; la encendía cuando sonaba música y la apagaba en cuanto oía voces que hablaban alemán. Me dijeron que allí sería donde comería y me enseñaron mi habitación, una estancia bastante amplia situada en el primer piso. Advertí que había dos camas. ¿Y esa? Es la cama de Osip. ¿Quién es Osip? ¿Osip? Pues Osip.

¿Que qué? ¿Que ha desaparecido el revólver de tu equipaje? No te preocupes, que armas no te van a faltar. ¿Dónde? Cortesía de los alemanes, por supuesto. Le tendrás que coger el revólver a uno de esos perros alemanes, a uno que esté muerto. ¿Y dónde encuentro yo a un alemán muerto? De momento no he visto a ninguno, ni vivo ni muerto. Tranquilo, que pronto aparecerán. Los nuestros los han frenado en el frente de Kolpa. Nueve días duró la refriega. Ahora avanzan por la montaña. ¿Hacía aquí? Pues claro.

No sé quién se ha encargado de alojarme en esta antigua posada; quién se ha preocupado de que me den comida y cama en una pulcra y cómoda habitación que todavía conserva el característico olor a limpio de los hoteles.

Vesna se las había arreglado para quedarse con mis pantalones de lana.

En cuanto llegamos a Ribnica, se encontró con un conocido de la ciudad. Un tipo que iba bien vestido, tenía un revólver y también una ametralladora; en definitiva, un tipo mucho más interesante que yo.

Cuando, al día siguiente, nos vimos, ya llevaba los pantalones ajustados que se había cosido con los míos, y he de decir que había hecho un buen trabajo.

No hablamos mucho porque tenía que irse a su «nuevo puesto». Tan solo me dijo que la ofensiva alemana era inminente.

El castillo. Los nuestros habían estado encerrados entre sus muros. Y ahora eran los Blancos los que languidecían allí dentro.

«*Vinceremo!*», decía un cartel sujeto a la valla, «¡Venceremos!».

«Vamos a ganar la guerra», había dicho el buen soldado Švejk.

Hojas de noticias pegadas en los muros. Ganarán los rusos, ganaremos nosotros.

A la palabra italiana «*evivva*», alguien había añadido con tiza «la ratería».

Descubrí que en la antigua posada se podía conseguir un aguardiente de peras muy bueno. Y también comprar cigarrillos con liras italianas. «Quien no tenga provisiones, será pobre», se decía. Pero ¿cuándo se ha visto a un soldado aprovisionándose?

Me encontré con Katarina, una joven a la que conocía de la universidad. Katarina se sorprendió mucho al verme. Cargaba una bolsa de piel marrón y, en el cinturón, llevaba una Beretta, la pistola de los carabineros italianos. Intercambiamos unas cuantas frases, pero no me tendió la mano ni para saludarme ni para despedirse de mí.

Hasta aquel momento nadie me había pedido el salvoconducto.

Deambulé por la ciudad, pasé un rato en la antigua posada y hablé con viejos conocidos. Ni rastro de Anton. Coincidí con gente cuyos rostros creí reconocer, aunque me resultó imposible identificarlos. Una de aquellas personas me miró fijamente y pasó de largo. Me giré para intentar recordar si lo conocía de algo y él también se giró. Tuve la sensación de que me aborrecía.

La primera comida no estuvo mal. El *goulash* y la polenta que me sirvieron estaban sabrosos.

Después de comer, me encendí un cigarrillo y salí a la calle. Y allí no tardé en tropezar con una cara conocida. ¡Anton! Lo miré de arriba abajo e intercambié algunos cumplidos con él. Iba vestido con un uniforme de gendarme yugoslavo, con un cinturón y polainas; un atuendo demasiado exagerado para él.

Anton me contó que, como inmigrante ilegal, había estado escondido en una oficina de la gendarmería en Ljubljana. Y que allí había conseguido aquel uniforme que había enviado con el resto de sus cosas al frente. Mientras avanzábamos por una estrecha calle, me dijo que se dirigía a su «puesto». ¿Qué era exactamente aquello del «puesto»? Anton me miró con incredulidad.

—A algunos les asignan una unidad. Y a otros, un puesto. ¿Qué te han asignado a ti?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Nadie ha mostrado el más mínimo interés por mí.

—¿En serio? ¿Te están ignorando? —dijo riendo.

Así que también sabía reír. El caso es que yo no le veía la gracia por ningún lado.

Fue entonces cuando aparecieron unos cuantos compañeros de Anton. Hombres uniformados, auténticos soldados que iban adecuadamente armados. Tras saludarme de manera indolente con la mano, Anton se unió a ellos y se marchó. Y mientras yo permanecía allí, mirándolos, un grupo de gente se me acercó. Distinguí a Vesna con su nuevo acompañante, pero apenas me saludó. Llevaba una bolsa de piel, cruzada al hombro, que parecía pesada. ¿Qué es lo que cargaba? ¿Provisiones? En aquel momento casi me atropella un enorme carro, tirado por dos caballos, lleno hasta arriba de municiones con inscripciones en italiano. Y al apartarme para esquivarlo, por poco choco con una persona que me llamó por mi nombre. Se trataba de un chico que, en Ljubljana, vivía en la misma calle que yo. ¿Cuándo has llegado? ¿Adónde te diriges? ¿Ha venido también algún otro conocido? Bueno, por fin encontraba a alguien con quien poder hablar.

El chico me dijo que no me preocupase, que aquello no era como Ljubljana, donde «todo el mundo jode a los demás y Dios jode a los suyos». Allí todo estaba organizado: tenías comida y cama, y el resto llegaría «a su debido tiempo». Era cuestión de esperar órdenes y mantener la calma. Dependía de mí llegar hasta allí. Y ahora que ya había llegado, eran otros los que tenían que decidir. Solo tenía que cumplir dos normas: no hacer preguntas y no meterme donde no me llamaban. Según me dijo, pronto recibiría órdenes. Le agradecí la información y, al verlo partir, reparé en lo insólito de mi apariencia: un hombre a contracorriente, vestido con una chaqueta de esquiar y un viejo cinturón de guerra, en medio de la confusión de aquella calle tan concurrida. Me di cuenta de que era la viva imagen del buen soldado Švejk y me entraron ganas reír.

Cené una menestra muy buena y bebí con unos desconocidos unas cuantas copas de un vino de Dolenjska bastante agrio. Luego me acosté. Un alma caritativa había dejado encima de la mesita de noche una larga vela blanca que cayó un par de veces antes de que me quitara toda la ropa y me metiese en la cama. La apagué e intenté dormir. Pero no lo conseguí. A través de la ventana que daba a la calle me llegaban los pasos de la gente que iba de un lado a otro y más tarde, la voz de alguien que cantaba. Los pensamientos se agolparon en mi mente enfebrecida, la imaginación fundió las imágenes del día en una abigarrada procesión y una creciente inquietud se apoderó de mí. No era carne ni pescado. Tenía la sensación de que el mar me había lanzado a una orilla solitaria donde no conocía a nadie, donde no me sentía ni soldado ni civil, donde no sabía si estaba solo o en grupo, si en peligro o a salvo. Debido a aquel estado de confusión,

tardé mucho en dormirme.

Me despertó un intenso rayo de luz. Abrí los ojos de golpe, totalmente desorientado. La luz se apartó de mi rostro y se situó en la mesita de noche. Me apoyé en los codos. Alguien se acercó a la cama y me saludó con naturalidad:

—¡Hola, Berk!

Iba uniformado y todavía no se había quitado la gorra. Su rostro me resultó familiar. Me hablaba como si nos hubiésemos conocido durante la cena y me comentó que, en ocasiones, sus deberes lo obligaban a trabajar toda la noche. Se llamaba Depolo. Parece ser que habíamos coincidido tiempo atrás, haciendo deporte. Medio despierto escuché su historia.

—¿Sabes quién estuvo hablando de ti el otro día? Keržan, el pintor.

¿Qué le podría haber dicho Keržan de mí? Y ¿por qué me lo estaba contando a aquellas horas de la noche o de la madrugada? El uniforme que vestía era elegante, lucía una enorme pistola en una funda roja de piel y calzaba unas botas marrón claro también de piel. La luz provenía de una lámpara de carburo. Depolo me ofreció un cigarrillo de una marca italiana bastante mala, pero superior a la media, y me dio fuego con una cerilla que había encendido con la suela de la bota. Entonces me relató cómo se habían deshecho de un grupo de Blancos, no sé si aquella noche o la noche anterior. Aquellos cabrones se habían refugiado en una especie de gruta y en algún momento se vieron obligados a salir, uno a uno…

—Los hicisteis prisioneros, ¿no?

—¿Bromeas? Había un caballo blanco muerto en la ladera, muy cerca de la gruta… Y lo más extraño… Parecía que todos quisieran abrazar aquel caballo… Salían a la oscuridad y echaban a correr, tapándose la cabeza con las manos… Ninguno dijo una palabra… Ninguno se resistió a salir de la gruta… Pero cuando oyeron lo que les esperaba fuera… Sí, uno empezó a rezar en voz alta… Es un suplicio, ¿sabes?… No puedo borrar de mi mente la cabeza de aquel caballo… La lengua azul y morada que le sobresalía del hocico… Solo uno de ellos vaciló un poco… Pero después vino… Aquella boca abierta… Con la lengua fuera… gruesa, roja… Luego ya no logras dormir… Pero, bueno, tú sí que has podido dormir ¿verdad? ¿Qué te parece la comida?

—¿Qué hora es?

Nos bebimos un té con *schnapps*.

—¿Has visto a Keržan últimamente?

Resultó que Depolo era el mismo Osip que dormía en la otra cama. Lo oí gemir de dolor cuando se quitó las botas. Fumaba como un

carretero. Y no paraba de hablar. Los alemanes estaban avanzando y en cualquier momento llegarían a Kočevje, si es que no lo habían hecho ya. Venían con refuerzos; la tensión estaba aumentando. Decían que se acercaban las mejores unidades, la división Prinz Eugen. Y Kočevje bullía de actividad. Una reunión de los delegados de todas las regiones de Eslovenia. Mítines, comida, bebida y baile, ¡de todo un poco! Y los Blancos y Azules a quienes habían juzgado. A algunos los condenaron a muerte y a otros los amnistiaron. Depolo los habría «liquidado» a todos.

—¿Para qué perder tiempo con esa basura cuando tenemos a los perros alemanes pisándonos los talones? ¿Para qué alimentar a esa chusma cuando los nuestros también pasan hambre? Porque no te pienses que siempre vas a comer como ahora. Hemos llegado a comer carne de mula cruda y hemos sobrevivido como ermitaños a base de raíces.

Depolo lo había probado todo excepto las langostas. Pero, bueno, ya lo vería por mí mismo.

Entonces se metió en la cama y apagó la luz.

Todavía siguió hablando un rato. Me entraron ganas de preguntarle sobre mi futuro, pero me controlé al recordar lo que me habían aconsejado: no hagas preguntas y no te entrometas.

Depolo seguía durmiendo cuando, por la mañana, me levanté, me vestí y bajé en silencio a la planta baja. La funda con el revólver sobresalía de la sábana y las botas de piel estaban separadas como una pareja con desavenencias.

La tarde de domingo. El Arenal, 3 de agosto.

No exageramos al decir que un hombre es capaz de ver toda su vida en un instante gracias a una especie de proyector interno.

La millonésima parte de una milésima de segundo equivale, según la perspectiva, a un par de billones de años.

Depende de la presión que ejerzamos en la espiral en la que la vida sigue su curso.

La amenaza del paso del tiempo nos acompaña porque concebimos el infinito como una línea que conecta el pasado invisible con el inconmensurable futuro.

Si empezáramos a pensar en el infinito como un círculo sin principio ni final, si lo mirásemos desde abajo —desde la perspectiva de una rana— o desde arriba —desde la perspectiva de un pájaro—, solamente veríamos una imagen repetida; cuando, en realidad, seguiría siendo una circunferencia en movimiento, una curva helicoidal. Si la comprimiésemos, se convertiría por un instante un simple círculo, aunque continuaría estando formado por muchos

círculos superpuestos a intervalos.

Aquella tarde de domingo en Ribnica se funde con una tarde de domingo en la costa de Mallorca.

Apoyado en la pared de un patio, contemplé los movimientos de un gato que, a través de la arena, se alejaba de la casa para acercarse al establo.

Con sus órganos sensoriales internos y externos, el gato recogía información de su entorno; aquellos complejos mecanismos seleccionaban, de entre toda aquella multitud de ecos, los más importantes para, rápidamente, juzgarlos y sopesarlos y escoger de nuevo los más relevantes. Solo entonces se decidía a actuar. Al rozar la gravilla con el talón y provocar un ruido cercano que destacaba sobre los demás —los pasos provenientes de la calle, la música de la casa, las voces de personas, el piar de los gorriones, el motor de un coche lejano, el pataleo de los caballos en las caballerizas—, el gato me miró, advirtió que mi figura apoyada era del todo insignificante y siguió adelante.

Ladridos intensos de un perro, ¡párate! Llegan de detrás de la valla; el perro está a cierta distancia. Cada paso nuevo significa una nueva información, una nueva selección, una nueva decisión. Cuando la puerta que comunica el patio con la carretera se sacudió, el gato se apartó a un lado para estar cerca de un árbol en caso de necesidad… El cuerpo del gato se adentra en el futuro mientras sus pasos desaparecen en el pasado. También él aporta su propia información: están pasando cosas, tanta agitación es el preludio de un gran acontecimiento.

Aquello tuvo lugar en el patio de la antigua posada de Ribnica. Y aquí, en El Arenal, la curva de la memoria se une al círculo de acontecimientos, y tal vez sea ahora cuando la descripción surja entera, completa. Cuando presionamos el círculo del presente, recordamos el futuro y, de repente, nos invade el desconcierto. ¿Cuántas veces hemos tenido la sensación de que sabemos lo que alguien está a punto de decir o de que, quizás en otra vida, hemos estado antes en cierto mercado, o de que ya sabemos lo que nos espera detrás de una determinada esquina? Porque lo que denominamos tiempo no fluye como nosotros creemos; porque nuestro concepto del tiempo no tiene nada que ver con la realidad. El tiempo como proceso no existe, aunque experimentemos las cosas en el tiempo.

Así pues, en aquel patio de Ribnica me asaltó el recuerdo de España, de algo que todavía tenía que acontecer. Y en España me asaltó el recuerdo de las botas de Osip, desparramadas por el suelo, y de aquel gato del patio.

Y todo a causa de mi encuentro con Joseph Bitter.

Alguien me había dicho en tono confidencial que las divisiones Prinz Eugen y Totenkopf estaban en camino, y que con ellas venían los Chetniks de Mihailović, los Ustacha de Pavelić y las unidades ruso-alemanas de las SS. Sus tanques avanzaban por las carreteras y la infantería, por la montaña. Parecía ser que quemaban y masacraban poblaciones enteras, y que dejaban un rastro negro y sangriento de cadáveres, hombres que habían sido colgados, y edificios destrozados.

Los nuestros habían capturado a unos Blancos en Turjak y a unos Azules en Grčarice.

La ofensiva se acercaba.

Y yo, que no era ningún gato sino un soldado desarmado, de pie en aquel patio, recababa información, verdadera o falsa, que resonaba en mi interior y clamaba por una explicación, mientras la curiosidad se diluía en el tedio de la espera.

«Ya verás. Se olvidarán de ti. Ahora mismo tienen demasiadas preocupaciones. Más tarde, en el último momento, saldrás corriendo hacia el monte. Y te capturarán».

¿Quién iba a capturarme? Aquellos fantasmas que dejaban tras de sí un serpenteante rastro de sangre. Me interrogaría un tal Joseph Bitter. O Franz Böhm. Alguien sin rostro ni rasgos.

No sé rezar. Si alguna vez he echado un vistazo a las Sagradas Escrituras ha sido por curiosidad. Sabía que Sir Baden-Powell había fundado el movimiento de los escoltas y que un checo, Tyrs, había puesto en marcha el de los Sokol[5]. Sabía muy poco de Marx, lo que la gente decía; no había leído sus obras. En cuanto a Hitler y Mussolini, se puede decir que compartía la opinión de nuestros intelectuales. La guerra estalló de veras antes de que pudiera leer el ejemplar de *Mein Kampf* que le había pedido prestado al profesor Smolicki. Y como tengo la mala costumbre de hojear siempre el principio y el final de los libros, leí un párrafo de la conclusión que decía: «La nación que, durante un período de contaminación racial, se dedica a alimentar sus elementos raciales más nobles, acabará dominando el mundo». Evidentemente, Chamberlain, el señor del paraguas, y Daladier, el fornido sibarita, no habían llegado a leerlo.

La raza superior había emprendido el camino para dominar el mundo. Y ahí estábamos nosotros, un condenado obstáculo dificultándoles el paso en Ribnica y sus alrededores. Si me capturaban, su rabia estaría más que justificada.

—¿Qué opinión tiene de los nazis?

Joseph Bitter apartó la mirada.

—La megalomanía de un austríaco —me respondió como

repitiendo una fórmula matemática. Y acto seguido, al recordar que le había dicho que mi padre era austríaco, añadió Cortésmente—: Discúlpeme.

—En la época de entreguerras, ¿también pensaba así?

—No, no, en aquella época nadie pensaba nada.

Bitter sonrió y su mujer también.

La tarde de domingo.

En aquel instante los dos, Bitter y yo, revivimos la guerra, la totalidad de aquella guerra que había durado años y años, en un único y fugaz instante.

La tarde de domingo.

El mensaje llegó cuando yo no estaba. Debía reunirme con el secretario del distrito de Ribnica al día siguiente. Debía presentarme en la casa veintiocho o algo así a las nueve de la mañana y preguntar por Štefan. ¿Quién había dejado el mensaje? Alguien. ¿Y qué había dicho? ¿Por quién había preguntado? No lo sé, no ha hablado conmigo. ¿Por qué te interesa tanto? Por nada, gracias.

Aquella noche, Osip llegó más temprano de lo habitual. Dijo que estaba agotado.

—Mientras unos descansan, otros se matan a trabajar.

Le dije que al día siguiente iba a encontrarme con Štefan para hablar.

—Te asignarán un puesto —comentó sin mostrar mucho interés.

Yo me sentía contento; por fin pasaba algo. Y como si adivinara mi buen humor, Osip lo aplacó de inmediato:

—Oye, Berk, ándate con cuidado.

—¿Que me ande con cuidado? ¿Por qué lo dices?

—Hablas demasiado. Recuerda que estás en el ejército.

—¿A qué te refieres?

—¿A qué viene eso de ir por ahí hablando de la División Prinz Eugen? ¡Estás asustando a la gente!

—¿Y qué?

—En el ejército no te van a servir las excusas. Más vale que te muerdas la lengua antes de hablar con la gente de cuestiones militares.

—¡Esta sí que es buena! Pues resulta que un soldado raso es el que me ha hablado de la ofensiva…

—Venga, va, dejemos el tema.

—No. Prefiero aclarar las cosas. Te comportas como si estuvieras en la escuela.

—He dicho que lo dejemos. En el ejército no importa quién dijo qué, ni lo que se dijo. No hay tiempo para estar de palique.

—¿Así que cualquiera te puede acusar?

—Exacto. Tienes que estar preparado. ¿Lo entiendes?

—No.

—Pues ya lo entenderás. Todavía no has visto nada.

Osip calló y me miró con severidad.

—Y no le digas nada de esto a Štefan. Cometerías un grave error.

Yo quería aclarar las cosas, puesto que aquel comentario me había desconcertado. No estaba asustado, estaba ofendido. Todavía recordaba la conversación de un grupo de personas hablando de las tropas alemanas. Y lo único que había hecho yo era preguntar si se trataba de divisiones.

—¡Déjalo estar, Berk! Mira, yo solo intento ayudarte. Te están mirando con lupa mientras tú vas por ahí diciendo que te aburres esperando y cosas por el estilo…

Vaya. Debía de haber sido la pequeña Katarina, quién si no.

Tenía que irme de allí, marcharme a una u otra unidad lo antes posible.

«Venga, Adolf, ¡sal de tu escondite y pelea!».

Si he de ser sincero debo reconocer que al día siguiente me comporté como un completo idiota.

Me presenté ante Štefan a la hora convenida con sentimientos encontrados. Por un lado, esperaba que me asignara un puesto, y por el otro, me invadían los malos presentimientos. Štefan me recibió en una gran sala con una mesa cubierta de papeles y mapas. Iba vestido con un uniforme de oficial italiano y lo único que delataba su pertenencia al Ejército de Liberación Nacional eran las distinciones que lucía en la manga y la gorra. Se trataba de un hombre reservado, cortés, taciturno. Me pidió el salvoconducto, se lo entregué y me invitó a sentarme.

¿Qué trabajos me habían asignado en la ciudad? Alguna operación militar, encargos menores —recaudar fondos y armas— y, por supuesto, ayudar con la propaganda. ¿Algo más? Me reclutaron en julio de 1941 a través de Hauzer. Los italianos me arrestaron y me enviaron al campo de Čiginj, cerca de Tolmin, y más adelante, al campo de concentración de Gonars. Durante el internamiento me uní al Frente de Liberación. ¿Algo más? Hasta entonces no me habían permitido salir de la ciudad. ¿Cómo es que tenía un salvoconducto de la sección cultural? Ah, ¿que yo no tenía nada que ver con eso? De acuerdo, muy bien.

Štefan me dio a entender que la reunión había terminado. ¿Podía pedirle un favor? Adelante. ¿Podía decirle a Hauzer que ya había llegado? Eramos viejos amigos. Eso no iba a ser fácil. Les urgían cosas

más importantes. De acuerdo, solo si puede ser. Adiós.

Salí un poco desencantado de aquella reunión de alto nivel. Pensándolo bien, ¿para qué había servido? ¿El hecho de que conociese a Hauzer había tenido alguna repercusión? A Depolo le había comentado que Hauzer era un buen amigo y que me habría gustado hablar con él. También se lo había mencionado a la pequeña Katarina. ¿O habría influido aquello de la «sección cultural»?

Durante el almuerzo en lo que había sido la recepción del hotel, se sentó a la mesa un grupo de seis hombres. Entre ellos había un profesor de Gorenjska, de apellido Počivalnik, que había nacido en Estiria. Y un chico corpulento y bullicioso que respondía al curioso nombre de Tujčko. Aquel chico llevaba una cantimplora con aguardiente casero de frutas y nos ofreció un sorbo en un vaso de metal. El almuerzo, compuesto de sopa, patata y ternera, nos lo sirvieron acompañado de vino.

Durante la sobremesa, Počivalnik nos comentó cómo estaba la situación en Gorenjska y Estiria. Había tensión en todas partes. Los partisanos habían creado una red para llegar a todos los pueblos. Y en el monte cada vez luchaban más hombres. Los alemanes quemaban granjas aisladas y aldeas de montaña, y ejecutaban a los rehenes. Las listas con los nombres de los muertos se veían por todos lados. Las cárceles estaban repletas. Se había producido un enfrentamiento en el valle del Drava y los capturados eran ejecutados. Los nuestros disparaban a los traidores, atacaban los puestos de policía. El eco de los disparos inundaba el monte. Los alemanes estaban furiosos como avispas.

Tengo que decir que en Ljubljana teníamos tanta o más información que en Ribnica. Noticias que dejaban de ser noticias para convertirse en lugares comunes: nuestra admirada y resistente nación, los cerdos alemanes, los cerdos colaboracionistas, el día cada vez más cercano de la victoria. Y con todo ello debíamos mantener la moral alta. Tujčko ya estaba un poco tocado y aquella última dosis de solemne martirio se le acabó atragantando.

—¡Ah! ¡Cuánto tendrá que sufrir este pobre país! —suspiró Počivalnik.

A lo que Tujčko añadió con entusiasmo:

—Sí, pero estos pobres desgraciados ya están acostumbrados. Cuanto más les jodes, más le gusta.

Para desarmar a su interlocutor, Tujčko tenía el don de poner el dedo en la llaga con una alegría infantil.

—Eres un completo idiota, Tujčko —dijo el profesor.

Y Tujčko le replicó:

—El mundo necesita idiotas como yo. Vosotros, los inteligentes, sois los que nos habéis metido en esta mierda.

Mientras bebíamos y hablábamos, Tujčko iba soltando gritos, a veces sin ton ni son, pero otras muy acertados: «Sus palabras cayeron en saco roto», «Las putas no pueden evitarlo», «¡Muerte al fascismo!», «¡Chicos, al paredón!», «¡Ve a decírselo a mamá!», «¡A la mierda con todo!». Yo le caía bien porque no podía dejar de reír su libre asociación de ideas.

En el pajar se estaba celebrando un mitin. ¿Vamos para allá? Venga.

—¡Que nos dejen en paz esos cabrones! —gritó Tujčko—. ¡Tienen mejores cosas en las que ocuparse!

Se trataba de un escenario improvisado, sin cortinas. Partisanos y civiles, mujeres y niños. Una chica de unos catorce años recitó con su voz aguda los *Sonetos de la infelicidad* de Prešeren. Y un cuarteto de partisanos, acompañados por un acordeón, cantaron al unísono «Allí arriba en las montañas hay un partisano» y «Luchamos por la tierra, luchamos por Stalin». Los mayores aplausos estallaron con la canción tradicional eslovena «La noche y la mañana nos han traído heladas». Y al llegar a las palabras del estribillo «enciende la antorcha de la libertad», Tujčko se unió con sus bramidos de bajo.

En eso apareció un hombre con el bigote y el peinado de Hitler, y tratando de imitar su voz, en un alemán muy básico, anunció: «… voy a arrasar las ciudades inglesas… las arrasaré… voy a pasar las Navidades en Moscú…».

Tujčko hizo algunos comentarios que nos hicieron reír y Počivalnik le dijo:

—Tujčko, vas a acabar mal.

—¿Es que lo dudabas? He empezado mal y voy a acabar mal. Pero, entre tanto, a nadie le importa un carajo. Tienen mejores cosas que hacer.

Luego bailamos. Bailamos polkas y valses, y taconeamos el suelo con nuestros zapatos. Una de las chicas de la zona era realmente ágil. Bailé también con la partisana que me había cosido una gorra con tela azul. La pequeña Katarina se disculpó alegando que estaba muy cansada. Y el fornido Tujčko, con una torpeza inigualable, se dedicó a patear el suelo y a soltar aquellos intermitentes gritos.

Ya de vuelta, Počivalnik me acorraló y empezó a contarme sus desgracias familiares. Tenía tres hijos y cuando se marchó, su mujer volvía a estar embarazada. Me dijo que después de aquella guerra empezaría una nueva vida, como si la anterior no hubiera existido. La sociedad renacería y por primera vez en la historia los hombres más

humildes serían los dueños de su propio destino. Počivalnik se paró delante de una casa en cuya fachada se leía una pintada. Después de señalarla, exclamó conmovido:

—¡Lo que pone ahí se va a cumplir!

El letrero decía: «De nación de lacayos a nación de héroes».

—Estamos siendo testigos de un gran momento —me sermoneó—. Entre espasmos y dolores está naciendo un hombre nuevo.

Le pregunté si de verdad creía aquello que decía. Y tuve la sensación de que todo el tiempo había estado esperando mis objeciones. Completamente entusiasmado, empezó a atosigarme con un aluvión de preguntas. Yo le fui contestando cada vez más desanimado. No, le dije, no veía a aquel hombre nuevo por ningún sitio. ¿Acaso no era cierto que cuanto más grandes fuesen los letreros, más grande sería la distancia entre el mensaje y el reto, entre la teoría y la práctica? Además, los retos no se alcanzaban de la noche a la mañana. Todo requiere un tiempo para desarrollarse e ir tomando forma.

—Pero la revolución es un salto hacia delante —afirmó Počivalnik —. ¡No tiene nada que ver con la evolución!

Y así empezamos, sabe Dios por qué, a discutir de historia y a retroceder en el tiempo hasta llegar a la cultura de Creta.

—Las civilizaciones más pacíficas no se destruyeron internamente —argumenté—, fueron destruidas por los bárbaros. Los mismos bárbaros que gobiernan hoy en día. La esencia de la barbarie es destruir cualquier alegría, cualquier esperanza, a través del miedo, de la amenaza y de la violencia; es entender el odio como una fuerza motriz y el amor, como una conspiración…

Počivalnik contradijo mis tesis y se centró en la lucha de clases, como si, en vez de conversar, estuviésemos en un examen oral de teoría política. Doscientos millones de rusos respaldaban sus teorías, mientras que yo solo contaba con el desconcierto de aquella extraña noche y los contraargumentos que se me iban ocurriendo. Me despedí de él con mal sabor de boca y me encaminé hacia la posada.

Ya en mi habitación, abrí la ventana de par en par y me apoyé en la repisa. Respiré profundamente y dejé que el aire fresco de la noche me aclarara la cabeza, todavía confusa por la bebida y aquella vorágine de palabras y sensaciones. La ciudad estaba en calma, dormida, a excepción de algún transeúnte que avanzaba por la calle.

A través de las casas que había en dirección al castillo me llegó el leve sonido de unos pasos y voces; un sonido apagado e indefinido que poco a poco, a medida que se aproximaban los pasos, tomó forma de sonoras imprecaciones.

El sonido se hizo más audible, más cercano, pese a seguir siendo sordo y misterioso. Dos partisanos con los fusiles preparados. Una fila de hombres. ¿Prisioneros? A su lado caminaban los soldados, de uno en uno, o en parejas. Unos llevaban automáticas y otros, como cazadores, escopetas a la espalda.

La fila de hombres avanzaba lentamente; hombres con las manos extrañamente retorcidas. Los soldados les impelían a apresurar el paso con órdenes breves, cortantes y directas. Uno de los hombres recibió un culatazo en las costillas. Otro se giró hacia un soldado, que lo apartó de un empujón.

Todos los prisioneros tenían las manos atadas por delante con el mismo cordón. Un cable telefónico, según me dijeron más tarde.

Justo debajo de mi ventana uno de los prisioneros gritó:

—¡Abajo el comunismo!

El soldado que tenía más cerca levantó la escopeta para golpearle con ella. Se oyó un ruido seco, como si hubiera caído sobre una calabaza madura y la hubiese partido. El prisionero perdió el equilibrio, pero no llegó a caer al suelo porque estaba atado al hombre que avanzaba delante y al que le seguía detrás. Y entre ambos, consiguieron sostenerlo.

—¡Adelante!

La fila se detuvo un instante, pero enseguida continuó adelante. El hombre que había recibido el golpe arrastraba los pies por el suelo. Sus compañeros se encargaban de tirar de él. Poco a poco desaparecieron y, en la oscuridad, se convirtieron en sombras, en un sonido apagado, un grito ahogado y una voz ronca:

—¡Adelante!

Ya casi era de día cuando me quedé sumido en sueño ligero del que desperté enseguida, o al menos eso me pareció a mí. Abrí los ojos. Depolo estaba allí. Lo vi lanzar su gorra sobre la cama y respirar profundamente. Me miró sin decir nada. Mientras yo me encendía un cigarrillo, Depolo se sentó en una silla que había junto a su cama y se quitó las botas gimiendo como otras veces.

—¿No duermes? —me preguntó.

Se le veía taciturno, cansado y de mal humor. Cuando se descalzó, se acercó en calcetines a la ventana y se encendió un cigarrillo.

—Mierda de vida —se quejó sin levantar la voz.

Y un momento después añadió:

—Has visto a Štefan, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y?

—Nada concreto.

—¿Nada? La estás cagando, Berk. Aquí, en Ribnica, todo el mundo está harto de ti.

¿Hartos de mí? Pero ¿a qué venía eso? Me enfurecí.

—Mira, Depolo, vine para luchar, no para perder el tiempo en este jodido pueblo.

—Pues vete a Berlín o a Londres, si es que en Ribnica te aburres.

—¿Me estás diciendo que aburrirse es delito?

—Tú sigue así y verás.

Aquello sonó a advertencia. Depolo se quitó la chaqueta y se echó en la cama, que chirrió bajo su peso.

—Venga, duérmete —me dijo, y se giró dándome la espalda.

Depolo se sacudía y se movía nervioso, y el colchón volvió a hacer ruido. Parecía cargado de electricidad; yo casi la notaba. Me había contagiado su inquietud y estaba tenso, despierto como un lince. Sentía saltar chispas. Era evidente que ninguno de los dos conseguiría conciliar el sueño.

—Mierda de vida —repitió.

Los primeros rayos de sol entraban oblicuos a través de la ventana y manchaban de amarillo la pared verde de la habitación. Pese a que, de tanto fumar, mi boca parecía un horno, me encendí otro cigarrillo. Depolo, en silencio, hizo lo mismo. Solo se nos oía aspirar el humo de los cigarrillos.

—¿Por qué estás tan nervioso? —me preguntó al cabo de un rato.

—¿Nervioso yo? ¿Y qué me dices de ti?

Tras una sonrisa breve y apagada, respondió:

—Yo tengo motivos para estarlo. Pero tú, tú vives a cuerpo de rey…

—¿A cuerpo de rey?

—Sí, a cuerpo de rey. Estás de vacaciones, no tienes ninguna preocupación y tampoco nada que hacer excepto comer, beber, deambular, discutir, bailar y hacer gilipolleces… Eres libre como un pájaro… *Que se vaya todo a tomar por saco* [6] …

—¿Y eso te molesta, Depolo?

—No, Berk, eso no me molesta. Son otras cosas las que me molestan de ti.

—¿Por ejemplo?

—Es difícil decirlo. Si Keržan no me hubiese hablado tanto de ti en Ljubljana, ahora no estaría contigo. Keržan me dijo que eras un auténtico filósofo, un tío verdaderamente inteligente… Keržan te aprecia mucho. Podrías sernos muy útil, pero estás cometiendo un grave error.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Bueno, piensa en lo que pasó con Štefan ayer.

—¿Qué pasó?

—¿Que qué pasó?

Depolo soltó una breve carcajada. Y yo, desconcertado, empecé a preguntarme si de verdad estaría poniendo nervioso a todo el mundo. Entonces recordé la conversación que había mantenido con Štefan. ¿Qué demonios había hecho mal? Me apoyé en los codos para incorporarme y miré a Depolo, que movía la cabeza y murmuraba:

—No, Berk, no. No ha sido un buen comienzo.

Callé y esperé.

—¿Sabes lo que significa que te reciba el secretario del distrito?

Seguí con la boca cerrada. Tal vez no lo supiera.

—Mira, chaval, aquí eres un don nadie… Pero, claro, a ti eso te cuesta entenderlo…

La sangre se me subió a la cabeza. Primero te daban lecciones: no te dirijas a nadie si no se dirigen a ti primero, no hagas preguntas, no seas entrometido, confía en el ejército. Y luego te llamaban engreído y te acusaban de ser demasiado corto para entender las cosas. ¿Es que era necesario hacer un curso antes de entrar al ejército? Te destinamos al Polo Norte, pero antes tienes que cortar leña. Estás a punto de emprender un viaje del que quizás no vuelvas, pero antes debes ordenar tu habitación.

—Tardaste mucho en llegar a Ribnica —me dijo.

«Sí —le contesté mentalmente— y ayer fui a cagar tres veces».

Depolo continuó:

—Putear… Eso aquí te puede costar caro… Que te transfieran es lo mínimo que puedes esperar… Pero también un consejo de guerra… o el decimotercer batallón… Sabes qué significa eso, ¿verdad? Exacto. Solo que ahora ya no existe el decimotercer batallón; ahora es la decimotercera brigada o división…

Vaya, vaya. Pero Vesna no podía haberme delatado. ¡Debía de haber sido Miško! ¡Dónde estaría aquel cabrón!

—Y tu manera de actuar desde que llegaste aquí está sacando de quicio a todos… Puede que en la ciudad te comportases como un caballero… ¡Menuda farsa! ¡Puro mimetismo!… Aquí no lo permitiremos. Eres uno de los nuestros, pero te mantienes a distancia… ¿Es que no puedes ser como los demás? ¿Tienes que ir por libre?

—¿Me estás diciendo que coja mis cosas y me vaya?

—Yo no he dicho eso. —Se enfadó—: Tampoco llegarías muy lejos, de eso estoy seguro. Has visto demasiado.

—¡Dios! Pero ¿se puede saber qué he visto?

—Te pasas el día deambulando, metiendo las narices en todas partes. ¿A santo de qué te pasaste dos horas plantado en el patio el domingo por la tarde? No creo que estuvieses observando las gallinas.

No entendía nada.

¿El domingo por la tarde? El gato que avanzaba por el patio… Recibía… Transmitía… Se detuvo… Gorriones… Un perro…

—No entiendo nada —le dije.

—Espero que no.

(Más tarde, al cabo de unos años, Depolo me explicó que me había convertido en sospechoso por haber pasado tanto tiempo en el patio mientras ellos construían un búnker para una imprenta ilegal en un establo. Se acercaba la ofensiva).

—¿Pasó alguien por el patio? ¿Entró o salió alguien del establo?

—No estoy seguro. No lo recuerdo. ¿Por qué?

(Como en la película *La quimera del oro*, de Charles Chaplin. Chaplin avanza junto a un precipicio seguido por un enorme oso blanco. Él, sin embargo, no ve el precipicio ni el oso y, dando vueltas al bastón, camina como si fuese por la acera más segura de la ciudad).

Qué fácil resulta vivir cuando no vemos los peligros que nos acechan. Y qué desgraciados son los gatos, que están obligados a procesar con cuidado toda la información que les llega de su alrededor.

—¿Es que crees que estás conmigo por casualidad? ¿Aquí? ¿En esta habitación?

¿Qué quería decir con aquello?

—Eres un individualista, Berk. Y los que son como tú contaminan con su individualismo y sus ideas liberales todo lo que les rodea. Sí, sí, ya los conocemos. Siempre hay alguien que va a contracorriente, que se hace notar; que no encaja en el decimotercer batallón ni en ninguna otra unidad. El tipo de colega que dice tener tres enemigos: los alemanes, los nuestros y a sí mismo. No es de extrañar que acabe jodido.

La técnica de supervivencia es complicada. Pero ¿se trataba únicamente de sobrevivir?

—Mira, Berk, no tengo telepatía. No pondría la mano en el fuego por ti y tú tampoco lo harías por mí. Hubo un ruso que se ganó la confianza de los de arriba y resultó ser un agente alemán. ¿Acaso crees que la Abwher[7] se ha dormido en los laureles? ¿O es que no sabes qué es la Abwher? Más te valdría.

»*Nolenti non fit iniuria*, no se injuria a quien no lo consiente. Soy abogado, ¿sabes? —continuó—. Aquí tenemos de todo; todos los servicios secretos del mundo. Ten siempre presente que nos observan

desde varios microscopios.

»¿Qué te piensas? ¿Que el ejército se puede dirigir con una correa? Al ejército lo guía ese veneno invisible y silencioso que conocemos con el nombre de servicios secretos. ¿O es que crees que lo único que hacemos es matar, quemar, golpear y toda esa mierda? No, amigo mío, no. Hay trabajos mucho más delicados como el ajedrez o el póker. Uno de los jugadores está en Berlín y el otro en Ribnica, y mueven las piezas por correspondencia… Uno en Moscú y el otro en Nueva York… Hay piezas por todo el mundo… ¿Me sigues?

Lo sigo, pero mi mente está en otro sitio. ¡Viva Charlie Chaplin en *La quimera del oro*!

—¿Y quieres que adivine lo que piensas, Berk? Que te jodan, Depolo, eso es lo que piensas. Sigue con el rollo, que ya me lo conozco. Pues bien. Puede que seas un experto en Balzac o en Aristóteles, puede que seas tan inteligente como dice Keržan, pero seguro que no sabes que ahora mismo hay quince agentes de los servicios secretos patrullando Ribnica.

—¿Quince?

—Tal vez más.

Depolo se incorporó, se sentó en la cama y se puso a contar con los dedos.

—Al menos tres alemanes, los italianos, los ingleses, los franceses, dos americanos, los rusos, los Blancos, los Azules y, probablemente, los húngaros, los búlgaros, los rumanos, los españoles y quizás los japoneses. Y puedes estar seguro de que la Ustacha también tiene a los suyos. ¿Te parece que exagero? Alégrate de no haber visto esa máquina infernal por dentro. Te cagarías de miedo.

»Nosotros trabajamos en defensa de una idea y otros lo hacen por el dinero. Por mucho dinero. En ocasiones, cuesta más mantener una red de espionaje que equipar un ejército. Se trata de gente especialmente entrenada, que conoce perfectamente su oficio, que utilizan equipos de primera clase, que establecen complejas redes y necesitan desarrollar nuevos métodos todo el tiempo… Te dicen que tal unidad de tal división de los alemanes se está desviando por Brod na Kupi en dirección a Gorjanci. ¡Demonios! Eso es solo el resultado. Los que de verdad mueven los hilos están Dios sabe dónde, sentados en algún sitio lejano, mintiendo, urdiendo trampas, fingiendo, tomando nota de cada ataque y contraataque. Pongamos por caso que tienes una granada de mano. Apuntas, la lanzas a un cañón y ¡bum!, estalla. Pero si no sabes dónde y por qué lanzarla, es una pérdida de tiempo y dinero. ¿Por qué te crees que a Napoleón lo derrotaron los rusos? Sí, no contaba con el general Lodo, con el general Invierno ni

con Moscú en llamas. Pero el caso es que no consiguió descubrir los planes de Kutuzov, y eso lo sentenció. Se habla de la moral rusa, del hermetismo ruso. Pero ¿por qué Tolstoi no escribió nada sobre eso? Porque no tenía ni idea al respecto. Igual que tú. ¿O es que vas a seguir fingiendo?

»Te aconsejo que no finjas ser más idiota de lo que eres. Podrías despertar sospechas.

—Tú sospechas de mí, ¿verdad, Depolo?

—Pues claro. Es mi trabajo. Incluso tengo que sospechar de mí mismo, joder. Ya ves, es como luchar contra una plaga de alimañas. Si, pongamos por caso, fueses un traidor, por dentro te estarías riendo de mí a carcajadas, ¿no es cierto?

—Creo que estás un poco confuso.

Depolo se levantó y empezó a pasearse por la habitación. Un buen rato después me dijo:

—Vete a dormir, Berk, y alégrate de no estar en mi piel.

De la calle nos llegaban los pasos de la gente que avanzaba en una u otra dirección. Como mínimo quince agentes. El japonés debía de haber sido el primero en levantarse.

A partir de aquella noche, ¿podría volver a vivir la guerra como algo elemental?, ¿cómo un juego a vida o muerte que se estaba llevando a cabo en un lugar y un momento determinados? ¿O iba a sentirme como un mero peón a punto de ser barrido del tablero? No sabía rezar y no podía dejar de pensar, aunque me sintiese como un auténtico idiota. «Cierra los ojos y espera las órdenes. Al menos, no eres Napoleón».

Me bebí un vaso de vino, cogí un viejo ejemplar del almanaque de la editorial Mohorjeva y volví a la habitación; me eché en la cama y leí un artículo titulado «Cómo proteger los nabos de las orugas; la mejor manera de plantar patatas».

Un partisano con un fusil al hombro entró en la habitación sin llamar. Con toda naturalidad me preguntó quién era y me pidió que lo acompañase. ¿Tenía que recoger mis cosas? Por supuesto. Cogí mi vieja bolsa de esquiar y la llené con mis pertenencias, la ropa y un gabán. Ya estaba listo para partir.

Avanzamos por una larga carretera, patrullada por agentes, en dirección a la escuela. Había un vigilante en la puerta. Entramos en el vestíbulo y subimos las escaleras para dirigirnos a un aula del primer piso, un aula con bancos y pizarra. Junto a la ventana había un hombre mirando hacia afuera que se volvió al oírnos, y en uno de los bancos vi echado a otro hombre. La puerta se cerró tras de mí y el del fusil se quedó fuera.

Me acerqué al hombre de la ventana, que me miró pero no dijo nada. Vestía un raído uniforme italiano sin cinturón y sin arma. El del banco llevaba un jersey grueso de color verde, unos pantalones de montar de indeterminado origen militar y unas botas pesadas con polainas similares a las que habían usado nuestros gendarmes antes de la guerra. Saqué mi manta y mi gabán, y los dejé en el banco. Había decidido no dar pie a ninguna conversación.

Me paseé por el aula. Subí al estrado, me senté a la mesa del profesor y abrí un cajón. Encontré un cuaderno de ejercicios, unas cuantas hojas de papel que me apresuré a guardar en el bolsillo y un libro de oraciones. Abrí el cuaderno y leí un ejercicio de caligrafía: «Ljubljana es nuestra capital. Sobre la ciudad se levanta un viejo castillo».

Necesitaba algo donde concentrar mi atención.

Entonces se abrió la puerta y entró un chico alto. Alguien cerró.

—¿Os han dado de comer? —preguntó con cierto interés.

El de la ventana sacudió la cabeza y el recién llegado se dejó caer en el banco delantero.

—¡Demonios! ¡Maldita luz marrón! —gruñó para sí mismo.

Dijo eso o algo parecido. De cualquier modo, algo que a Napoleón le pasó por alto en Moscú. De repente, se puso furioso.

—¡Maldita sea! Traes patatas al comando de la ciudad y lo pierdes todo: ¡los caballos, el carro, todo! ¿Y para qué? ¡Para terminar arrestado!

¿Arrestado? Esa sí que era buena.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó al de la ventana.

—Por haberme despedido a la francesa.

Qué raro, qué malas maneras. (No hagas preguntas y no te entremetas).

Seguía sentado a la mesa del profesor, leyendo el *Catecismo, nivel intermedio*. Gloria al Señor en el cielo. Cuando pases por delante de la iglesia, o entres en ella, o te encuentres con un párroco con el Sagrado Cuerpo de Cristo, debes decir: «Alabado sea el Sagrado Sacramento, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén». Y si tienes tiempo, añade: «Oh, Santo, Santo, Santo es el Señor». (Y dos o tres líneas más de agradecimiento, alabanzas y veneración). Rezar una vez al día conlleva cien días de indulgencia (Pío VI, 24 de mayo de 1776). Rezar una vez al día durante un año entero conlleva treinta y seis mil quinientos días de indulgencia. Una breve jaculatoria («¡Jesús mío, ten piedad!») conlleva cien días de indulgencia cada vez que la recitas (Pío IX, 14 de septiembre de 1846). Calculo que tomándomelo con tranquilidad y sin tensión, recitando cinco jaculatorias cada diez

segundos, obtendría dieciocho mil días de indulgencia cada diez horas, es decir, más de seis millones y medio de días al año, lo que equivale a más de ciento sesenta milenios. Así pues, más vale sustituir la primera oración por la jaculatoria. De todos modos, es una lástima que en ningún sitio diga cuántos días de purgatorio le corresponden al pecador por cada infracción o mal acto que cometa. Porque en ese caso podríamos calcular qué pecado merece la pena cometer. Continué leyendo y encontré una jaculatoria mucho más provechosa, «Dulce corazón de María, sed la salvación mía», que conlleva trescientos días cada vez que la recitas (Pío IX, 30 de septiembre de 1852). De acuerdo al cálculo anterior, en diez años obtendríamos cuarenta milenios de indulgencia.

La comida interrumpió aquella meditación matemática. ¿Qué? ¿Qué no hay platos de campaña? Pero ¿qué mierda de ejército es este?

Una sopa clara de patatas. En realidad, todo un banquete comparado con el rancho que nos daban los italianos en su *Campo di concentramento per Prigioneri Civili* de Gonars. Seis macarrones negros, largos como un dedo, flotando en una sopa también negra, fue la comida récord de nuestro barracón. Aunque aquello también tenía su ventaja: no íbamos a cagar tan a menudo; solamente una vez cada dos semanas sentíamos la necesidad de ir a agacharnos en las tablas de las letrinas. En el intestino grueso se formaba una especie de masa seca y larga, y teníamos que sacarla con los dedos. Aquella mierda no apestaba y se parecía bastante al excremento de los caballos. A veces, a alguno de nosotros le cogía un mareo y caía dentro de aquella inmundicia humana. Pero nadie se enfadaba. Luego llegó la caída de Mussolini y la capitulación de Italia. Los alemanes tomaron el control y todos «sufrimos bajo la bota prusiana». No creo que, en Roma, a nadie le importase un rábano lo que les sucedía a aquellos prisioneros que se bajaban los pantalones y se agachaban en aquellas apestosas letrinas. Nuestro pobre *tenente* de Udine incluso perdió el uniforme. Pero pudo haber sido por motivos estrictamente prácticos.

Salí al pasillo, donde había sentado un guardia leyendo la revista croata *Cinema*. ¿Adónde vas? ¿A cagar? Allí está el lavabo.

Al volver, le pregunté si me podía dejar la revista cuando hubiese acabado.

—Vuelve dentro —me dijo.

Entonces le ofrecí un cigarrillo, lo cogió y encendí el suyo y el mío.

Quería saber cuándo nos pondríamos en marcha.

—Y yo qué sé —me dijo de forma cortante pero sincera.

Déjalo a los servicios.

Un momento antes había advertido que podía escaparme por la

ventana del lavabo. La hazaña no requería grandes habilidades. Tal vez no fuese una mala idea. Podía buscar a Štefan y preguntarle por qué había ido a parar con los desertores y los sospechosos, por qué estaba bajo vigilancia. ¿Y si lo intentaba al anochecer? No había visto a ningún vigilante en el patio de la escuela y nadie parecía mostrar ningún interés por nosotros. Eso también me hizo pensar. ¿Y si no se trataba de un arresto? Nadie me había preguntado nada, nadie me había registrado los bolsillos. Si no me hubiesen robado el revólver, podría haberlo tenido allí conmigo. Decidí esperar. Mejor no ir a ninguna parte, al menos por el momento. Como último recurso podía confiar en la fuerza de mis manos y la agilidad de mis piernas. Además, las ventanas no tenían rejas.

El tipo alto que había llegado el último tenía ganas de hablar, pero nadie mostraba ningún interés por las frases que soltaba en su dialecto natal cada cuarto de hora.

—Los muy cabrones se presentaron en plena noche y masacraron a toda la familia.

Pero no aclaró quiénes eran los que se habían presentado, ni dónde ni tampoco cuándo. La mujer, que había intentado proteger a su marido, recibió un tiro en el vientre, tras lo cual ambos la palmaron. Shakespeare sin diálogo; únicamente fatalidad y un montón de muertos al final.

Antes del anochecer ya habían llegado tres hombres más. Dos habían entrado juntos, se habían sentado en un rincón y se habían dedicado a hablar en voz baja. Y el tercero, un campesino de unos cuarenta años, había recorrido el aula y nos había observado a todos de inmediato. En él, el tipo alto había encontrado a un agradecido oyente. Eramos como los siete enanitos; solo faltaba Blancanieves.

Tras muchos días de tiempo seco, aquella noche empezó a llover.

—Nos iremos mojados al otro mundo —dijo el campesino.

Aquel comentario irritó al tipo alto, que repitió su historia.

—¿Se puede saber por qué? Yo no he hecho nada malo. Traer patatas al comando. Para que después me dejen sin carro ni caballos…

—¿Te han confiscado el carro y los caballos? —preguntó el campesino.

—¡Lo confiscaron todo y luego me encerraron a mí!

Resultó que su padre lo acompañaba y que se había llevado el carro a casa.

—¡Venga, va! ¡Que a ti no te han encerrado por unas cuantas patatas! —ladró el hombre del jersey verde.

—Puede que sí —intervino el campesino—. A mí me han detenido porque no quería llevar… «Los caballos están enfermos», les dije.

Habría sido demasiado para ellos.

La cena interrumpió la discusión sobre los motivos de peso por los que estábamos juntos en aquel edificio. Mientras engullíamos la sopa, las gotas de lluvia golpeaban las ventanas. Pero luego el ritmo del golpeteo disminuyó, una agradable sensación de calor invadió nuestros estómagos y, en la creciente oscuridad, la conversación se animó. Olía a aula de colegio. Esperábamos, matábamos el tiempo.

¿En qué me había metido? ¿Adónde había ido a parar después de dejar atrás el último control de la ciudad?

Me eché en un banco. ¿La madera de pino se puede considerar madera blanda?

Se me ocurrió pensar que podría recordar de memoria un poema sobre la batalla de Waterloo que había aprendido en el instituto. Menudo idiota.

> *Waterloo! Waterloo! Morne plaine!*
> *Comme une onde qui bout dans une urne trop pleine,*
> *Dans ton cirque de bois, de coteaux, de vallons,*
> *La pâle mort mêlait les sombres bataillons.*

Y para no caer presa de la intemporalidad de aquella noche, me atreví a traducirlo:

> ¡Waterloo! ¡Waterloo! ¡Sombría llanura!
> Como una ola que choca contra una urna demasiado llena,
> en tu circo de bosques, de colinas, de valles,
> la muerte pálida mezcla los sombríos batallones.

Nunca podría dominar el ritmo. Y aunque estaba satisfecho con la traducción de algún verso, el resto no me entusiasmaba.

> *«II dit, Grouchy! —C'était Blücher».*
> «Napoleón dijo: ¡Ahí viene Grouchy! Pero era el ejército de Blücher».
> «Gritó: ¡Grouchy! Pero era Blücher».

Vuelvo al tercer y al cuarto verso, los corto, los cambio, los altero; vuelvo a la primera versión de la traducción. Como el banco era incómodo, extendí la manta para echarme encima y enrollé el gabán para usarlo de cojín. Fue entonces cuando oí voces que provenían del pasillo, voces agitadas, pasos. La puerta se abrió y el brillo de una lámpara de carburo inundó la habitación.

Napoleón dijo: «¡Alguien está a punto de llegar!».

Era Tujčko. Sí, Tujčko entró en la habitación, borracho como siempre.

—Silencio, he dicho —berreó—. Todos tenemos una víctima y, al mismo tiempo, todos somos víctimas de Dios.

Tujčko se puso a deambular por la habitación.

—¿Alguien tiene fuego? Mejor fumar mientras podamos.

Disimulé. El campesino le encendió el cigarrillo. Tujčko siguió observándolo todo a la luz de la llama. Farfullaba y solo dejaba de hablar para aspirar el tabaco. El sudor y las gotas de lluvia le recorrían aquella cara redonda, el pelo se le había pegado a la frente y llevaba la gorra de la estrella, demasiado pequeña para su cabeza, prácticamente en la nuca.

—Tujčko, me han dicho, has metido la pata hasta el fondo. ¿Quién? ¿Yo?, he preguntado. Sí, claro, yo empecé la guerra, le he confesado. Y he estado colaborando todo este tiempo con esos perros alemanes. Les he enviado municiones, he seguido confesando. Y sí, si a eso le llamáis meter la pata, me declaro culpable.

Tujčko continuó así hasta que se hizo de día, dirigiéndose por turnos a cada uno de nosotros. Todos estábamos hartos de él. Y si unas veces lo mandábamos al diablo o lo maldecíamos, otras lo intentábamos tranquilizar o le pedíamos que nos dejara en paz. Pero él seguía exponiendo sus teorías, afirmando que la guerra la habían empezado un puñado de alemanes homosexuales con demasiado tiempo libre. Que las putas no iban al frente porque la comida era demasiado mala. Que los hombres aprendían durante toda la vida, pero que continuaban siendo estúpidos cuando la diñaban. Que una vez muertos les brotaban tréboles del culo y que, al comerse esos tréboles, las liebres se volvían sensatas. ¿Que cómo lo sabía? Porque las veía huir de los hombres.

No fue hasta la mañana, cuando la luz del día ya se asomaba a través de las ventanas, que Tujčko se calmó. Se sentó junto a la pared, se durmió y se puso a roncar estrepitosamente. Entonces, sin embargo, empezó a hablar el tipo alto.

—Los muy cabrones se presentaron en plena noche y masacraron a toda la familia.

Seguíamos sin saber quiénes eran las víctimas y quiénes los agresores.

Fue una de las noches más largas de mi vida.

A primera hora de la mañana, la calle rebosaba de animales y hombres. La mayor parte del tiempo avanzamos hacia el norte, cruzándonos con pequeños grupos que venían en dirección contraria.

Éramos diez, ocho desarmados. Al frente caminaba un partisano con una bayoneta italiana de triple filo. Y cerraba la marcha otro partisano con una ametralladora italiana de cañón grueso. A Tujčko ya se le había pasado la resaca y volvía a parlotear como de costumbre. No sabía por qué, pero parecía contento de haberse topado conmigo. Me dijo que había advertido de inmediato que yo «carburaba bien». A juzgar por el tono de su voz, lo interpreté como una señal de admiración por mi manera de comportarme o algo parecido.

Alguien con quien nos cruzamos gritó:

—¿Adónde vas, Tujčko?

—Al hoyo —contestó él con voz alta y clara.

Todos lo oímos perfectamente, pero fingimos no prestarle atención. ¿Al hoyo? ¿Quién iba a llevarnos al hoyo, los nuestros o los alemanes? Los que tengan más tiempo, habría contestado Tujčko.

De repente vi a un hombre con un uniforme muy elegante y botas de piel relucientes que llevaba un revólver en una pistolera de piel y una ametralladora al hombro. Lo acompañaban dos partisanos también armados y uniformados. ¡Hauzer! Me quedé de piedra: era como si una divinidad hubiera propiciado el encuentro. Me detuve, sonreí, y esperé a que me reconociera, se parara y gritara: «¡Pero a quién tenemos aquí! Berk, ¿eres tú?». Sí, soy yo, Hauzer.

El caso es que Hauzer me vio, pero se limitó a saludarme con la cabeza y a seguir andando. ¿Cómo podía ser? ¿Hauzer? ¿Es que acaso no me habría reconocido? Imposible.

—¡Venga, no te entretengas! —me gritó el partisano que tenía detrás.

Seguimos avanzando.

¡Hauzer! «¿Puede decirle a Hauzer que ya he llegado de Ljubljana? Somos viejos amigos». Recordé al secretario del distrito y una repentina sensación de vergüenza se apoderó de mí. Aturdido por el golpe, continué caminando por aquel camino de gravilla, húmedo por la lluvia de la noche, repleto de charcos y de un lodo entre gris y blanquecino. A ambos lados del camino se extendía un valle. Pero me había vuelto insensible a las imágenes y sonidos que me rodeaban. La decepción me había paralizado los miembros y avanzaba como si aquellas piernas y pies no fuesen míos. Ni siquiera estaba enfadado conmigo mismo. ¿Por qué debería haberlo estado? Al fin y al cabo, lo que había pasado no era para tanto. Un tipo llamado Hauzer me había ignorado. Pues que le fuese muy bien. Le había pagado varios almuerzos, mi traje marrón oscuro le sentaba bastante bien y nos habíamos pasado muchas noches hablando. Cuando, un año antes, había querido irme al monte, él me había convencido de lo contrario.

—No lo hagas —me había advertido—. Terminarás en un consejo militar. Te necesitamos aquí.

En la casa de mi tía llevábamos a cabo todo tipo de actividades ilegales: guardábamos armas, ocultábamos a fugitivos y controlábamos una emisora de radio clandestina que teníamos que cambiar de lugar cada vez que trataban de localizarla con unos coches especiales. Aquella casa era el lugar donde se celebraban reuniones, el punto de encuentro para salir y llevar a cabo acciones. Allí Hauzer y yo habíamos escuchado la BBC, habíamos redactado enardecidos boletines de noticias y habíamos anotado todo lo que retransmitían las emisoras soviéticas. Allí también habíamos bromeado, comido, bebido y nos habíamos apoyado. ¿Por qué Hauzer ya no me quería a su lado? ¿Es que era como una de esas palomas que te encuentras en Venecia? ¿Que cuando están en tierra comen de tu mano, pero que se te cagan encima cuando están allá en lo alto? ¿Puede decirle a Hauzer que he llegado de Ljubljana? Una frase que impresionaría a cualquiera, ¿no es cierto?

En una ocasión, fui en barca desde Krk, Croacia, hasta la isla de San Vito, donde hay un cementerio serbio de la Primera Guerra Mundial. Allí, en una lápida, leí una inscripción que me aprendí de memoria:

> En estos túmulos en tierra extranjera
> no florecerán las flores serbias.
> Dales la noticia a nuestros queridos hijos;
> nunca más volveremos a vernos.
> Que estos humildes túmulos les recuerden
> la lucha de sus padres por la libertad. [8]

¿Puede decirle a Hauzer que he llegado de Ljubljana?

Encontrarse con un viejo amigo puede resultar demasiado sentimental.

Habíamos llegado a un pueblo animado, bullicioso. En el mercado había una batería de cañones, caballos, heno, gente. El partisano que encabezaba la marcha entró en una casa y, mientras tanto, algunos de nosotros nos apoyamos en un carro y otros se sentaron en un banco. Había mucho barullo.

¡Miško! Llevaba dos granadas italianas sujetas al cinturón. Tenía prisa, aunque se detuvo un momento. Me dijo que era el ayudante del intendente y entró en la casa.

¿Y quién salió a continuación? Depolo. Depolo me miró y, como no tenía prisa, se acercó y me ofreció un cigarrillo. Pensaba que me daría

algún tipo de información: adónde nos llevaban, qué estaba pasando, qué significaba todo aquello. Pero Tujčko, de nuevo necesitado de compartir sus curiosas teorías, lo echó todo a perder. Depolo me comentó que la ofensiva alemana se aproximaba desde Kočevje. Entonces Tujčko le señaló con el dedo y le preguntó si sabía de qué había hecho Dios a la mujer. De la misma sustancia que había sacado al agujerear el culo de Adán. Depolo dio media vuelta y se fue. Luego fue Miško el que salió de la casa. Pero me ignoró por completo.

De pronto estalló un incidente entre el partisano que iba detrás de nosotros y el campesino, uno de los ocho que formaba nuestro grupo. El campesino había visto a un conocido que le había saludado abiertamente y lo había invitado a tomar algo. El campesino se había mostrado dispuesto a aceptar la invitación, pero el partisano lo había detenido en seco:

—¡Ni se te ocurra! ¡Estamos a punto de irnos!

El campesino replicó que volvería enseguida y el partisano empuñó la ametralladora. La discusión terminó, pero todos nos sentimos incómodos.

—Por lo que parece, faltan alemanes, y vamos a servirles de diana —dijo Tujčko en voz baja.

El otro partisano no tardó en aparecer y emprendimos de nuevo la marcha. Un sol sin fuerza, casi otoñal, se abrió paso entre las nubes. Avanzábamos por el camino de uno en uno o en parejas, con un partisano delante y el otro detrás. Tujčko no paraba de hablar. Al tipo alto le entró pánico.

—¡Aparecerán detrás de esa curva, ya veréis! —susurró.

Pero nadie sabía a quién se refería, si a los alemanes o a los nuestros.

—¡Venga, va! ¡Parecéis unas malditas tortugas! —se quejó el que nos guiaba.

—¿Se puede saber adónde vamos? —le preguntó el tipo alto.

—Ya lo verás —le contestó el partisano.

Y Tujčko añadió riendo:

—Y lo notarás, si te da tiempo.

La gente avanzaba por el camino como un ejército de hormigas, como si no pasara nada, como si fuese un día cualquiera. Todo estaba decidido de antemano; nos esperaba lo desconocido, lo inevitable.

Dos cosas me arruinaban la posibilidad de sentirme bien. La primera, mi propio desconcierto. Y la segunda, la desagradable naturaleza de aquella situación de la que no podía escapar. Pero, por encima de todo, me perturbaba la amenaza de que se estaba cometiendo una equivocación terrible y espantosa. ¡Al hoyo!

¡Aparecerán detrás de esa curva, ya veréis! No tengo telepatía, había dicho Depolo. ¿Acaso pondrías la mano en el fuego por mí? Yo no. ¡Venga, venga! El brillo ponzoñoso de los ojos de la pequeña Katarina. La mirada de aquel desconocido. La conexión entre todo aquello era todavía invisible. Y así avanzábamos, como ganado, entregados a un destino inevitable. Al hoyo.

Un sonido agudo, callado, en la cabeza. Un paisaje bañado por la luz dorada del sol otoñal. Todo parecía estar a mano: los claros, los arbustos, los tocones, las suaves laderas. En algún lugar, más allá, se extienden territorios donde la vida transcurre con normalidad, donde no hay guerra, donde las parejas pasean junto al mar y los niños juegan con globos de vivos colores. Olas, olas enormes. Un rumor en el oído. El murmullo del mar en una caracola. Podría estar allí, pero estoy aquí. Me estiré y luego flexionó las extremidades, los músculos, sobre todo las manos y las piernas. El ritmo de la respiración era regular; el corazón me funcionaba como un reloj. Me incliné hacia delante y me volví a estirar. Me detuve y me agaché como un gato preparándose para saltar.

—Me voy a cagar —le anuncié vulgarmente al que nos guiaba.

Y me encaminé hacia los arbustos.

—¡Alto!

Me di la vuelta, pero el grito del partisano no se dirigía a mí, sino al resto del grupo. «Si me hubiese gritado a mí, no me habrían vuelto a ver el pelo», me dije.

Aunque podría haberme agachado en aquel lugar, me adentré un poco más y seguí alejándome sin que nadie en el camino se preocupase por mí. En aquella dirección se extendía la provincia de Primorska. A continuación, Italia. Y, más allá, un montón de puertos, ciudades, mares y países cuyas lenguas conocía. Y en la dirección contraria había dos partisanos y ocho hombres camino hacia lo desconocido. ¿Me reprocharía, más adelante, no haber aprovechado aquel momento para huir? Tenía que tomar una decisión en aquel instante. ¿Iban a eliminarme? ¿Iban a llevarme al hoyo? De ser así, el partisano no me habría dejado adentrarme tanto en el monte. Me agaché y respiré el saludable aroma de las plantas. Miré el cielo: una suave brisa empujaba un cúmulo de pequeñas nubes. El viento de poniente hacía susurrar las hojas de un abedul cercano.

Cuando terminé, me tomé mi tiempo para regresar al camino donde me esperaban mis acompañantes.

—¡Menuda cagada! —dijo Tujčko con deferencia—. ¡Esa vale por tres!

Un búnker de cemento encarado hacia el monte, restos de

alambrada, un antiguo puesto de defensa. Una cocina de campaña. La comida está servida. El cocinero, un hombre achaparrado, llevaba un chaleco blanco y unos anchos pantalones italianos metidos por dentro de unas botas negras con doble suela. Delante de una enorme casa que debía de pertenecer al rico del pueblo había amarrados tres caballos ensillados. Los partisanos entraban y salían todo el tiempo. ¿Qué estaría ocurriendo?

Sopa de patatas, un buen pedazo de ternera cocida y una hogaza de pan.

—¿Qué? ¿Qué no tienes plato? ¿En qué clase de ejército te crees que estás? ¿Y tampoco tienes cuchara? ¡Una cuchara es más importante que un arma, ya lo verás! —dijo aquel cocinero bonachón. Y nos sirvió una ración «extra».

—Ten, y nada de gentilezas —me interrumpió cuando intenté darle las gracias por aquello.

Tujčko se me acercó para premiarme con un consejo:

—Nunca digas que has comido suficiente, aunque la barriga te esté a punto de estallar. En el ejército hay que quejarse, amigo, y hay que encontrar motivos de queja. ¡Es lo que toca!

El partisano que nos guiaba se llevó dentro de la casa al tipo alto, al campesino y al del jersey verde. Cuando salió iba solo. Así pues, éramos cinco los que reanudamos la marcha con los dos partisanos y ninguno preguntó dónde se habían metido los otros. Tujčko, a punto de reventar, se palmeó la barriga, lanzó un grito de alegría y se puso a cantar en croata:

> Estamos mejor que nadie,
> ojalá todos los días fuesen como este…

Había acumulado tanta energía que podría haber puesto en marcha una central eléctrica. Comparados con él, todos nosotros, armados o desarmados, éramos unas sombras desdibujadas. Bastaba con que alguien se pusiese a nuestra altura para que Tujčko se apresurara a saludarle. Admiraba su capacidad para ser siempre el mismo; borracho o sereno, era un hombre locuaz, pendenciero, incorregible.

Encontré una cuchara, aquel utensilio tan importante para cualquier ejército, campo de detención o prisión en tiempos agitados. Estaba junto al camino, entre la hierba, y me lanzó un destello oxidado para atraer mi atención. Me pasé un buen rato frotándola, limpiándola. Y pronto se convirtió en un preciado tesoro. La escondí dentro del calcetín, a la altura de la espinilla, como había visto que se hacía. De ese modo, siempre la tendría a mano a pesar de llevarla en

la pierna. Solo los altos funcionarios guardaban sus cucharas junto al corazón, en el bolsillo de la pechera. Henchido de optimismo, empecé a creer que me esperaba toda una serie de agradables aventuras.

Alcanzamos a tres mujeres con una carretilla en la que transportaban a un niño de unos tres años con un gorro de punto de color verde en la cabeza. La mayor caminaba a la izquierda de la carretilla que empujaban las más jóvenes. La chica de la derecha era bastante guapa y las curvas de su cuerpo destacaban en una falda demasiado pequeña para ella. Tenía el noble perfil de las bellezas de pelo negro. De debajo de un pañuelo amarillo, sobresalían dos largas trenzas, tenía las caderas anchas y las piernas robustas pero esbeltas.

Me puse a su izquierda y empecé a bromear con ella. ¿Es que iban las tres a unirse al ejército? Si no me hubiese tomado mi tiempo cuando había ido a cagar, si no hubiese tenido la barriga llena, si no hubiese recuperado el humor gracias al hallazgo de la cuchara, no habría estado lo bastante relajado para disfrutar de aquel encuentro, de las miradas de aquella chica, medio ocultas por unas espesas pestañas, de su piel tersa y cálida que actuaba sobre mí como un trago de buen aguardiente. Caminaba a su lado y, al avanzar, le rozaba con los dedos la cadera y observaba la ligera agitación de sus firmes pechos.

Como no quiso decirme su nombre, la bauticé Bridka, la amarga, pese a que a ella le pareció ridículo.

—¡Es que me invadirá la amargura cuando te vayas!

—¿Has estado bebiendo? —me preguntó.

—Sí —contesté—. Me he bebido el sol, el viento y una sopa de patata. Déjame quitarte las medias y besarte en ese punto que hay debajo del muslo, en el hueco de detrás de la rodilla. Puedo sentirte en las palmas de las manos. Me deslumbras, Bridka, me quemas la piel. Nunca te olvidaré.

Le estaba transmitiendo una ola tan intensa de deseo que no pudo evitar ponerse a temblar. Las mejillas se le encendieron y luego palideció. Yo sabía perfectamente qué significaba aquello. Era consciente de su cuerpo entero, desde sus labios cada vez más hinchados hasta sus tambaleantes piernas, que habían perdido el ritmo anterior. Un escalofrío me recorrió la espalda. La voz se le volvió más profunda y la mirada, vidriosa. Me estremecí al rozarla. Estábamos en otro mundo, por completo absortos en la reacción de nuestros cuerpos, interrumpidos únicamente por unas agonizantes miradas de deseo y una creciente necesidad interior. «¡Esto es! —pensé—. Algo elemental, más fuerte que cualquier otra cosa; algo que supera todos los obstáculos y barreras. ¡La serpiente del paraíso! ¡La manzana! ¡O *felix*

culpa! Es el suave y cálido oleaje que, en su ir y venir, une a dos cuerpos para luego separarlos y más tarde volverlos a unir; el oleaje que se los lleva lejos, a ese lugar en el que todos los deseos, encarnados, violáceos, dorados y negros, se vuelven realidad… El olor de su pelo, de su piel, de su sexo… El rugido de las olas… Te siento…».

¡*Coitus interruptus*! Las mujeres giraron a la izquierda y abandonaron el camino para adentrarse en un sendero lateral. Me detuve. A medida que ella se alejaba, una extraña y escalofriante fuerza me inmovilizó. Bridka me miró. Parecía llamarme, lanzarme una invitación: «Venga, ¿qué haces ahí parado? Ven conmigo. ¿Cómo puedes abandonarme, separarte de mí, alejarte?».

—¡En marcha! —dijo el partisano que nos guiaba.

Un instante después, dejé de verla. Mi cuerpo empezó a enfriarse. Maldije aquel camino y me maldije a mí mismo, que de nuevo avanzaba rumbo a un destino desconocido.

Caminábamos como autómatas. Volví a mirar el paisaje. ¿Qué significaba para mí en aquel momento? Algo extraño, ajeno, opresivo. Algo de lo que no podía escapar. No se trataba de vivir ni de morir, sino de sobrevivir. En algún lugar, allá a lo lejos, Bridka atravesaba un campo pensando en mí. Podía sentir perfectamente su deseo. ¡Ah, Adolf Hitler, qué has hecho!

Un estruendo inesperado. Un avión que pasaba volando bajo por encima de nuestras cabezas. Algunos saltamos del camino y nos lanzamos a la hierba, pero el resto se quedó allí plantado, observando aquel avión de reconocimiento alemán.

El azul del cielo y el verdor de los árboles, la hierba, los campos y el bosque me inundaban los ojos. Después de tanto tiempo entre las calles, las paredes y los tejados de la ciudad, volvía a ver el cielo y las nubes. A pesar de la brisa y el aire fresco, tenía el cuello dolorido. Y también los pies empezaban a quejarse de tanto andar.

A nuestra espalda, un enorme y sólido carro tirado por dos vigorosos caballos armaba un gran alboroto.

¿Cuánto tiempo tardaron los granaderos franceses en ir de París a Moscú? ¿Qué tipo de suelas utilizaron los soldados de Alejandro Magno, aquellos soldados que recorrieron toda Asia Menor, Palestina, Egipto, Persia y países tan lejanos como India, y que luego regresaron? La Tierra es pequeña, pero los caminos que la atraviesan son largos.

Conduciendo el carro iba un hombre vestido de campesino que llevaba una gorra con la estrella y una escopeta de caza al hombro. Lo acompañaba un partisano vestido elegantemente con un uniforme de oficial. En un hombro lucía una charretera con una cruz roja sobre

fondo blanco. Reconocí su rostro de inmediato. Él también me reconoció y gritó:

—¡Berk! Por un momento he dudado que fueses tú. ¿Adónde vas?

Era Frenk, un estudiante de medicina.

—No lo sé. Tendrás que preguntárselo a otro.

Le señalé a nuestro guía.

—¿Adónde os dirigís? —preguntó con el semblante serio.

He de reconocer que Frenk sabía actuar con autoridad.

—A la división —respondió el partisano.

Y así fue como descubrimos aquel secreto tan celosamente guardado.

—¡Siéntate aquí! —me invitó despreocupadamente, y se hizo a un lado.

Subí al carro. Frenk me estrechó la mano y me saludó con afecto. Qué poco se imaginaba lo mucho que me había animado. La pesadilla que era aquel viaje desapareció al instante. ¿Cuándo había llegado y por qué había tardado tanto? Enseguida nos acribillarnos a preguntas.

Él se había echado al monte el invierno anterior. Ahora transportaba material sanitario y también se dirigía a la división. Les hizo una seña a mis compañeros y les dijo:

—Subid al carro, hay espacio de sobra. Los caballos son fuertes y han descansado.

Se sentaron tres a cada lado del carro.

—¡Más vale viajar sobre ruedas que destrozarte los pies! —exclamó Tujčko.

El día era cada vez más agradable y soleado. Tujčko lanzó un grito de alegría y yo solté una carcajada.

—¡Qué buen humor! —observó Frenk.

—Nosotros siempre estamos de buen humor —asintió Tujčko—. Si tenemos tiempo para estarlo.

Y entonó una canción:

—«Mi padre tenía dos caballos…».

Le dije a Frenk que, durante aquel largo camino hacia las trincheras, había estado pensando en las largas campañas militares del pasado. *La Anábasis*. Soldados que combatían y sobrevivían en aquellas campañas desde tiempos inmemoriales. En Egipto, Asiria, Babilonia y China. En la expedición griega a Troya; en las campañas de Čiro, Jerjes, Darío y Alejandro Magno. Había recordado las invasiones de los bárbaros del norte, las campañas romanas y cartaginesas, las incursiones de los pueblos nómadas de Asia, de aquellos jinetes que vivían a lomo de sus caballos. La invasión de América, las cruzadas, las guerras europeas, asiáticas; las marchas de

los ejércitos de Japón y China. Las campañas francesas en España, Egipto y Rusia a través del desierto, las tormentas, los ríos y el mar. El avance a pie, a caballo, en barco. Campañas y más campañas. Pues bien, ahora era yo el que se había embarcado en su propia campaña… a través del Ljubljanica… de los pueblos, los campos y los prados… pasando por aquel aula de Ribnica… aquella cocina improvisada… avanzando por el camino… avanzando hacia Berlín…

Nos reímos.

—Para haber acabado de llegar, pareces bastante animado —me comentó—. Claro que tú siempre has tenido una manera particular de ver las cosas.

Antes de la guerra, un interés común por el deporte y los juegos nos había hecho amigos. Lo recordaba, sobre todo, como un hombre reservado, tranquilo. Frenk me confesó que no podía liberarse de la sensación de que aquella vez íbamos a correr un serio peligro. A todos les había sorprendido que los nuestros hubiesen sido capaces de retener a los alemanes durante diez días en el río Kolpa. Contábamos con una nueva brigada, la Novena, formada por algunos oficiales del antiguo destacamento de la zona occidental de Dolenjska y por un batallón de reclutas sin experiencia, con pocos conocimientos militares y apenas artillería. Desde luego, siempre se podía frenar temporalmente un ejército regular motorizado cavando zanjas.

Con aquella voz ensordecedora, Tujčko seguía cantando:

—El cadalso rechinó y su alma se fue al infierno…

—Estuve hablando con un prisionero alemán —me contó Frenk—. Un tipo bastante sensato, de la región de Renania. Su padre regenta un hotel importante. El caso es que me dijo que no se esperaban tanta resistencia y que a los altos mandos les molestaba que la ofensiva avanzase tan despacio.

Para entonces, Frenk ya había tratado con todas las fuerzas que operaban en Eslovenia. Hablaba sin inmutarse, como si todo aquello no lo afectara.

Los italianos preferían atacar con grandes contingentes, ir «a lo seguro»; su peor pesadilla era que los enviasen al frente del este. No podía decirse que fuesen malos soldados, aunque en sus unidades podías encontrarte de todo. Tenían aquellas tropas de asalto formadas por fanáticos: los Arditti, los Cravatte Rose, los Camisas Negras, los Fascistas. Pero también formaciones menos agresivas que detestaban servir en los Balcanes porque lo consideraban el fin del mundo. Algunos oficiales italianos patrullaban el monte, pero otros se dedicaban a hacer ruido y enviar informes falsos del frente.

En una determinada ofensiva, desplegaron una legión de soldados

italianos. La zona de Kočevski Rog se infestó de fusileros…

—Ni siquiera ahora consigo entender cómo pudimos escapar vivos, pues nos tenían completamente rodeados… Cuando Italia capituló, su actitud sufrió un cambio extraordinario… Resultó que siempre habían estado en contra de la guerra… Así que después de que nos entregaran las armas, dejamos a aquellos pacifistas que volviesen a casa… ¡Y cómo hablaban de los alemanes! Aunque esos perros alemanes también estaban de ellos hasta la coronilla… Algunos soldados italianos se quedaron con nosotros. Pero si yo fuese uno de ellos, no me haría ninguna gracia que los alemanes me cogieran sirviendo como partisano.

¿Cuánto territorio esloveno había sido liberado?

—Bastante, por ahora. Los alemanes mantienen su antigua frontera al sur de Ljubljana, siguiendo el río Sava en dirección a Zagreb. Y los Ustacha se concentran en la del río Kolpa, aunque son los alemanes los encargados de llevar a cabo la ofensiva. Si tienen ventaja numérica, los Ustacha pueden ser unos verdaderos carniceros. En caso contrario, sin embargo, evitan la confrontación y se conforman con ocupar alguna población serbia ortodoxa para convertir al catolicismo a sus hermanos serbios. Los milicianos croatas se organizan en una especie de ejército regular. Muy pocas veces hemos tenido que enfrentarnos a ellos. No soportan la soberbia de los Ustacha y nos han pasado bastante armamento. Por supuesto, tenemos algunos correligionarios entre ellos. A continuación, la frontera se extiende hasta Rijeka y, de allí, hasta Ljubljana. El resultado es algo así como un triángulo justo en el centro de la Europa ocupada por los nazis.

»Los que peor están ahora son los Blancos. Tienen la moral por los suelos y se han visto obligados a retirarse de nuevo. Cuentan con algunos batallones buenos. Pero en los puestos de mando tienen a una chusma que no es carne ni pescado, ni ejército ni policía. Además, la población no los apoya, aunque no se quieren dar cuenta. En los bares se dedican a fraternizar con los alemanes para luego confesarles a los camareros y los cocineros que, en realidad, están del bando de los ingleses y los americanos. Nadie se cree ni una palabra de lo que dicen.

—¿Y qué hay de los Azules?

—Por lo que he visto, esos no cuentan mucho…

—Los antiguos miembros del Sokol tampoco contamos mucho, ¿verdad? —le pregunté.

—Bueno, deberías saber que la mayoría de oficiales nuestros estuvieron en el Sokol. ¡Ya verás cómo les va a algunos!

Frenk se rio.

—Janez Kerštajn es comandante de brigada.

Y en tono serio, añadió:

—A Viki lo cogieron prisionero en Grčarice. Llegó rebosante de energía, pero no tardó en hundirse en la mierda.

¿Cómo? ¿Qué le había ocurrido? Era un tipo inteligente, todo un personaje.

—Lo único que sé es que en Kočevje no lo condenaron a muerte. Pero no tengo ni idea de dónde está ahora.

Viki Krapež. Quién lo habría dicho.

—Que te sirva de lección. No hizo bien sus cálculos.

¿Cómo es que había acabado así?

—De hecho, tuve la ocasión de hablar con él.

¿Sí? ¿Y qué había dicho?

—No mucho. Yo me ofrecí a responder por él, pero los de arriba me dijeron que esperase. Bueno, así es el ejército. Qué se le va a hacer.

¿Y Janez Kerštajn tenía una brigada a su cargo?

—Antes de la guerra había sido sargento del Regimiento Alpino Yugoslavo, ¿no te acuerdas? Pese a ser reservista, es un buen soldado. Primero estuvo en Ljubljana. Luego, en Gorenjska, se unió a los partisanos. Y ahora dirige su propia brigada. Según me han dicho, está atacando la antigua frontera alemana y le siguen gustando los caballos.

Sí, en una ocasión nos adentramos en la zona de Kočevje. Era el cumpleaños de Hitler. Nuestro grupo lo formaban unos cuantos oficiales de artillería y algunos miembros del club de equitación del Sokol. Los alemanes se pusieron a encender hogueras en las montañas y nosotros nos dedicamos a apagarlas. Janez Kerštajn montaba un caballo enorme, un verdadero gigante. El general Rupnik —que en aquel entonces se hacía llamar Lev Rupnik— era el encargado de las fortificaciones y de defender la frontera ante los ataques de los italianos y los alemanes. Más adelante pasó a ser el general Leone Rupnik, gran amigo de Italia. Y ahora se había convertido en Leon Rupnik, confidente de los alemanes. Un raro ejemplo de adaptación al entorno, un auténtico león esloveno, que nos seguía aleccionando sobre el camino correcto, la lealtad y la perseverancia en la lucha contra el mal.

—Oye, Frenk. ¿Cómo crees que se debe de ver todo esto desde otro planeta?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—¿Kerštajn se ha unido al partido?

—Salta a la vista. Es comandante de brigada.

—¿Y tú?

—Pues claro. Y tú también lo harás. En caso contrario, te buscarás problemas.

—¿Así que el ala izquierda del Sokol ya no existe? ¿Ni siquiera como cofundadora del Frente de Liberación?

—Eso es. Bórrala de tu memoria.

—¿Y qué hay de los socialistas cristianos? ¿Han aguantado?

—Sí, todavía tienen su organización. Hasta hace muy poco, incluso tenían a sus propios comisarios. Pero no van a durar, no como los nuestros. No son un auténtico partido… y, además, está el tema de la religión… ya sabes.

—Entonces, ¿dónde encaja alguien que está en contra de las fuerzas de ocupación y de los colaboracionistas; alguien que no es cristiano y que no alberga excesiva simpatía por los ingleses, los americanos ni los rusos; alguien que no defiende la antigua Yugoslavia, ni la monarquía ni el liderazgo de un partido único?

—¿Que dónde encaja? Probablemente en un hospital. Aquí no hay lugar para él. Entre nosotros no hay anarquistas como los de la Guerra Civil española. Los Blancos y los Azules han llevado a cabo tal carnicería que los aliados no van a querer saber nada de ellos. No hay término medio. Nuestros grandes políticos, los políticos de la burguesía, se han asegurado de que la única opción sean los nuestros. En las ciudades no es tan evidente como aquí. Pero aquí, en el campo de batalla, todo está supeditado a ganar la guerra y la elección se reduce. O se opta por la izquierda, por los nuestros y nuestra disciplina, o por la derecha, y a saber dónde acabas. Nuestra disciplina está en manos del partido, el único partido preparado para hacer frente al conflicto.

—Pero el partido está en manos de los rusos, de los bolcheviques.

—Eso es lo de menos. Dios está en lo alto y Stalin, muy lejos. Y tenemos a los alemanes pisándonos los talones… Ya verás, si vives lo suficiente, lo que es tener a los alemanes aporreando sus metralletas a un palmo. El otro día, en Gorjanci, nos llovieron las balas. Tendrías que haberlo visto —se rio—. Cuando van a por ti, la política, la filosofía, la historia y el mañana se van a hacer gárgaras.

—Ya, así es la guerra, así es la acción. Pero ¿qué va a pasar después?

—Puede que no sobrevivamos, en cuyo caso… ¡no nos va a importar lo más mínimo! Y si salimos de esta vivos, ¡nos adaptaremos a lo que venga! Mira, ni tú ni yo somos políticos. Así que no vale la pena que nos calentemos la cabeza.

—Pues yo no puedo evitarlo.

—Lo mejor es que te unas al partido lo antes posible. Entonces estarás tranquilo. Pero si no quieres hacerlo, no lo critiques. Limítate a decirles que no les vas a servir de mucho, que eres un borracho y un putero y que, si entras, acabarán echándote. En tiempo de guerra, sin embargo, la expulsión significa un tiro en la cabeza. Diles que más vale que te dejen en paz, pero añade que consideras un gran honor que te hayan invitado a unirte a ellos. No serás el primero en utilizar ese argumento. Lástima que no seas médico; todo resultaría más fácil. Solo el diablo sabe dónde te van a enviar, sobre todo ahora, cuando tenemos a esos bastardos tan cerca.

—¿Sabes una cosa? Tengo una sensación muy extraña… algo que me corroe por dentro… Deseo enfrentarme a los alemanes… pero… no sé cómo explicarlo… todo este embrollo, medio civil, medio militar, me está poniendo de los nervios… Después de todo lo que he oído, leído, visto en fotografías y en películas… Quiero que me den un arma… Quiero ponerme manos a la obra…

—Cuidado con lo que dices, no te equivoques. En primer lugar, desde aquí, lejos de la acción, no te puedes ni imaginar cómo es en realidad. Hasta ahora no nos ha ido bien y las cosas van a peor. Mejor que no tengas que enfrentarte a los alemanes, te lo aseguro. No los subestimes… son soldados auténticos… no se andan con minucias… Por suerte, la guerra de guerrillas los desgasta. Están demasiado acostumbrados al ejército regular, al orden, la disciplina, los planes de ataque, la táctica y la estrategia… A avanzar, cercar, atacar y destruir a las unidades enemigas… Están habituados a las carreteras y a los asaltos frontales. Siempre tratan de llevar al enemigo a su territorio, a su manera de entender la guerra… Pero aquí no lo consiguen… Ahora cuentan con unidades especiales para luchar contra los partisanos, con grupos de asalto de tres hombres capaces de moverse con facilidad por el monte, con perros entrenados, equipos ligeros y eficientes, armas automáticas… Pero, de todos modos, siguen sintiéndose incómodos con ese tipo de guerra.

»Por el contrario, un buen comandante partisano lo domina: ataca cuando puede sorprender al enemigo; en caso de emboscada, evita el combate y se retira; solamente actúa cuando lleva la iniciativa; ha aprendido a reconocer el terreno y a mover sus tropas con rapidez durante la noche; si cae en un cerco, espera el momento adecuado para atacar y escapar. Pero ya lo verás por ti mismo.

»Los Blancos se limitan a encerrarse en sus fortalezas, se instalan en iglesias o castillos fortificados, protagonizan alguna que otra incursión y se retiran tras las alambradas. De lo único que pueden estar orgullosos es de sus hemorroides. Pero nunca descubrirás a un

partisano tras un muro, una alambrada o la entrada de un búnker. Los partisanos solamente confían en el bosque y las montañas.

Avanzamos a una compañía que cantaba en ruso:

> Dispara, rifle, dispara; dispara, rifle;
> Rifle rojo, no tengas piedad del fascista…

Llegamos al pueblo donde estaba el estado mayor de la división.

Frenk me describió con todo lujo de detalles un ataque partisano a una iglesia en la que los Blancos se habían atrincherado. Los Blancos habían convertido la torre de la iglesia en el nido de una ametralladora, una pesada Breda, y con ella dominaban todas las laderas que la rodeaban. Para protegerse, los partisanos solo contaban con algún que otro matorral. Como es imposible conseguir que los partisanos caven una trinchera, hubo muchas bajas, desde luego. Los Blancos, como siempre, esperaban la llegada de refuerzos desde Novo Mesto. Pero los refuerzos no llegaron. Las balas y los insultos volaban en ambas direcciones: «¡Putas comunistas!», se oía desde el campanario; «¡Blancos de mierda!», gritaban los nuestros.

«¿Vais a recoger alubias, camaradas?».

«¿Cómo se reza el padrenuestro, blanco apestoso?».

Nuestros bombarderos limpiaron la iglesia, pero los que quedaban en la torre no querían entregarse y siguieron insultando, riendo y cantando para mantener el ánimo. Pese a quedarse sin bombas, continuaron disparando, aunque ahora trataban de ahorrar municiones. Los nuestros prendieron fuego a la torre. La madera de aquella escalera centenaria estaba completamente seca y las llamas salieron disparadas hacia el campanario. Los muy jodidos cantaron hasta el final. Ninguno sobrevivió. Pero siguieron tocando las campanas y gritando como locos…

Nos habíamos detenido en un mercado.

Hombres, mulas, caballos, ganado, paja, heno, sacos, cajas de munición, lanzaminas, ametralladoras, morteros, agitación, olor a humo.

Como regalo de despedida, Frenk me dio una fiambrera en la que alguien había grabado en mayúsculas: «*TI AMO CARINA, TUO GIACINTO*».

En aquel viaje a la guerra tan confuso y vacío de sentimentalismos, te conviertes, a ojos vista, en un autómata atrapado en una piel bajo la cual las imágenes del pasado, el presente y el futuro, brotan, se mezclan y se separan como algas en un mar tranquilo. Y aunque dejas de entender lo que te está ocurriendo, sin apenas darte cuenta adoptas una manera completamente nueva de percibir lo que te rodea a

medida que se apodera de ti tu nuevo ser. Mientras tanto, sigues hablando, pero las palabras, tanto las propias como las ajenas, dejan de tener un significado inmediato, aparte de su sonido superficial, para pasar a la memoria y almacenarse allí junto a otra información.

Con el tiempo, el ojo se acostumbra a la variedad de armamento y de equipamiento, y al espectáculo de todo tipo de uniformes. Hay hombres con uniforme alemán y botas altas italianas; y otros con uniforme italiano y botines alemanes. Se pueden ver granadas rojas y negras, siempre brillantes, en sus cinturones. Rifles, metralletas, revólveres. Camisas de camuflaje, pantalones negros de montar, calcetines largos de lana blanca, resistentes botas claveteadas. Gorras verdes, marrones, azules y negras con la estrella roja.

La conversación con Frenk había renovado mi confianza en la situación.

Me recliné en el carro y levanté la cara hacia el sol. Luego encendí un cigarrillo.

Había cambiado la ciudad por el campo; las paredes y las calles, por la vegetación; el olor de la ciudad, por el de la tierra y el ganado; las fuerzas de ocupación por el ejército de liberación.

¿Es posible mantener un único punto de vista para analizar todo lo que está ocurriendo? ¿Dónde nos situaríamos? ¿En la luna? Allí abajo está la Tierra, plagada de animales y hombres. ¿En un rascacielos de Manhattan? ¿En lo alto de una torre de Moscú? ¿O desde algún pico del Himalaya? Desde allí, todo debe de parecer tan lejano, diminuto, borroso.

¿Y qué hay del punto de vista de un geógrafo? A mis pies está la Tierra, formada por capas de diversos materiales, minerales y rocas, hasta llegar al magma ardiente del núcleo. Y por arriba, el aire y la atmósfera, que se va diluyendo a medida que aumenta la altura. La tierra se ha allanado con jardines de plantas, animales y seres humanos. Y la fuerza de la gravedad mantiene en equilibrio los mares.

En algún lugar, en algún lugar, en algún lugar, también estoy yo, un insignificante insecto en la corteza terrestre. De momento existo, pero no tardaré en perder esta forma. ¿Y a quién le importa? ¿Acaso soy tan diferente de una brizna de hierba, de un mosquito que sobrevuela una acequia, de una musaraña parda que avanza por un surco mientras, en las alturas, allí por donde se elevan las águilas, todo parece replegarse hacia el lugar donde late el temor y la esperanza, donde brama el hambre y la sed, donde la imaginación corre libre, para luego caer en las profundidades oscuras y sangrientas donde palpita el embrión de la vida?

De pronto te sacude una terrible certeza. La certeza de que nunca

podrás deshacerte de todo lo que te rodea, de que nunca podrás observarte con objetividad desde la superficie de la luna, de que nunca podrás llegar hasta el fondo de tu propio ser para descubrir tu verdadera imagen. Porque siempre te encuentras suspendido entre dos extremos, condenado a dudar constantemente entre los demás y el secreto de tu propio ego. Te has pasado la vida tratando de alcanzar ese momento en el que poder detenerte para entender las cosas. Pero ha sido en vano, en vano. Sientes una punzada en el estómago. Ha sido en vano.

Pero ahora estoy aquí, en «la división». Yo, Jakob Bergant (¿quién?), estoy en los cuarteles de la división. Sin embargo, nuestro guía nos acaba de anunciar que nos vamos «a la brigada».

En la antigua Yugoslavia nos solían hablar de los generales del ejército, de los de las divisiones y de los brigadistas como de una especie de escala militar basada en el honor y la autoridad. Igual que Jesús, María y José forman la jerarquía de la «Sagrada Familia». Cuerpo, división y brigada. Jesús, María y José. Batallón, compañía y sección. Obispo, párroco y vicario. Se oían voces cantando: «¿Quién se va a ocupar de ti, trigal?». Luna, Himalaya y brigada. «¿Quién te va a querer cuando me vaya a la guerra?».

Me había acostado dos veces con aquella chica que me había cosido la gorra. Le dije en broma, pero con cierto énfasis, que iría a verla cuando cayese la noche. Y aunque ella se limitó a reír, yo llamé a su puerta igualmente. La vi echada sobre su lado izquierdo, fingiendo dormir, pero su respiración agitada la traicionaba. No sé por qué motivo dormía con bragas. El caso es que me acerqué, le levanté el camisón y le bajé las bragas.

Más tarde me fui sin decir nada. Durante el día se comportó como si no hubiese ocurrido nada. Y aquello me exasperó. Nadie podría haberse imaginado que había pasado algo entre nosotros dos. Una chica sin mácula. Que por qué me exasperaba, no lo sé. Con una cortesía deliberada, le pregunté si me cosería el botón de los pantalones. Y con la misma cortesía respondió que por supuesto que sí. Lo dijo sin ningún tipo de complicidad, sin sonreír, como si estuviera a años luz de mí. He llegado a lo más profundo de tu ser y me dejas a la deriva en la superficie helada de tu rutina. Guarda, pues, tus secretos, bella durmiente. ¡Pero cómo gemías y te retorcías! ¿Me esperarás también esta noche? Oscuridad, tanteo, acción y retirada.

Me hizo una señal para que saliese al vestíbulo a hablar con ella y luego se fue fingiendo que tenía algo que hacer en la habitación contigua. Pero qué falsa, qué astuta, que arpía. Me apuesto algo a que solía ir a la iglesia y a que seguramente se olvidaría de mencionar

nuestro pequeño «desliz» en el confesionario; en ocasiones, soñamos cosas extrañas. Al atardecer ya me había olvidado de ella, de Maricka o como se llamase aquella chica. Y solo volví a recordarla por la noche, cuando pasé por delante de su puerta. La curiosidad me hizo comprobar si de nuevo estaba abierta. Y, desde luego, lo estaba. En la oscuridad, me acerqué a tu cama, Maricka, sin sentir el más mínimo deseo por tu cuerpo. Esa vez, lo único que quería era que te incorporaras.

¿Por qué había bajado de la luna para llegar hasta ti?

A Bridka no la olvidaré jamás. Pero tú te vas a evaporar como la efímera pesadilla que acompaña a una noche de alcohol. Con Bridka percibí el contacto de la esencia masculina y femenina. Y ¿qué eres tú? Una insignificante burbuja en la espuma de una noche absurda; una burbuja que estalla y desaparece. Seguiré deseando a Bridka y a ti pronto te olvidaré. Incluso ahora, en este preciso instante en que me acerco a tu cama, no pienso en ti, sino en mí; ni siquiera mientras respiro este aire húmedo, mientras te destapo y siento el olor de tu sudor y tu sexo, mientras te levanto el camisón hasta las axilas (de nuevo estaba echada sobre su lado izquierdo, de cara a la pared) y te bajo las bragas (¡esas malditas bragas otra vez!) y me acuesto a tu lado sin molestarme en quitarme las botas ni desnudarme.

¿Cómo se vería esta escena desde el Himalaya o la torre Eiffel? Ese cuerpo tuyo, suave, desnudo, agradablemente tenso; ese cuerpo que algún día será devorado por la tierra. Y este cuerpo mío, con los pantalones desabrochados —pantalones que huelen o incluso apestan a vino agrio, pues alguien me ha derramado encima un vaso—, que también será devorado, quizás dentro de muy poco, por la capa superior de la corteza terrestre, si no es que una explosión lo reparte hecho pedazos por la superficie del planeta.

¡Burbujas de espuma! Aunque tal vez tengas razón y sea mejor no darle ninguna importancia a todo esto. Bésame, no me beses… Qué más da. A mí no me importa y a ti tampoco. Pero puede que engendremos un niño. ¿Tú y yo? ¿De esta manera? No, así no. La rosa que florece de la poesía. Tú también floreces, ¿verdad? Pero sin decir palabras, sin oír sonidos, sin ver nada; como si te hubiese abandonado la vida… Piel sedosa, cálida y tersa; suave vello que te crece ahí abajo, entre los muslos (no has reaccionado cuando te he separado las piernas; si te encuentras con un oso, no te muevas); ardiente hendidura; pechos firmes, más firmes de lo que se ven bajo el vestido durante un día cualquiera…

Así pues, ¿no te vas a despertar? Eres como nuestra tierra de origen. Cautivadora en la oscuridad, pero ciega e insensible con sus

amantes; virtuosa, pero infiel; distante e indiferente. ¡No me digas que te acabas de mover! ¡No me digas que estás viva! ¿Ha sido eso un gemido? ¡Venga, va, grita! ¿Cómo? No, no estoy equivocado. ¿Acaso vas a abrazarme? ¿Por qué te alejas? Déjame que me adueñe de tus caderas. Ahora sabrás en qué se sostiene el mundo para girar. En un eje, sí señor. No, no te puedes escapar, tienes la espalda contra la pared. ¿Qué significa el tono ronco de tu voz? Un poco más y estoy dentro. ¿Sigues pensando que estaba equivocado? ¿Que no tengo mucha experiencia en el tema? ¿Es qué no ves las estrellas? Más allá, a lo lejos, desde una estrella con mil puntas plateadas, alguien nos mira y se ríe de ti por pensar que me había equivocado.

Estábamos avanzando. Gracias a aquel encuentro con Frenk, ahora sabíamos nuestro destino. «A la brigada», nos había revelado el partisano que hacía de guía. Secreto militar, sin duda alguna.

Por un momento me quedé inmóvil y miré a mi alrededor con asombro.

Acababa de percibir algo sorprendente y fuera de lo normal que debería haber advertido antes. El pueblo entero era un hervidero de actividad militar. Hombres armados recorrían los edificios en un continuo ir y venir, apresurados, como llevados por la urgencia de algún recado; entraban y salían de las casas por algún motivo determinado, con algún objetivo, con una misión que cumplir. Algunos iban bien preparados y otros apenas tenían equipo o carecían por completo de él; algunos eran importantes y otros no. Aquel ejército de hormigas tenía sus propias reglas, pero mi destino estaba en otra parte y no era capaz de identificarme con lo que allí estaba ocurriendo. Había estado «en la división» sin haber sido consciente de ello.

Alguna de aquellas casas debía de ser la del comandante en jefe, por supuesto. Pero ¿qué hacía toda aquella gente? Había una enorme cantidad de militares.

Entonces, ¿nos vamos? Pues claro que nos vamos.

Mi atención se detuvo en un soldado que entraba en una casa con un bulto de cuero negro bajo el brazo.

Luego aparecieron dos partisanas. La más baja cargaba con una máquina de escribir. Reconocí a la otra. Era Vesna. Vesna me miró y me saludó con un gesto frío. Yo sonreí al ver mis viejos pantalones, hechos a medida, adaptados a sus necesidades.

Entonces, ¿nos vamos? Pues claro que nos vamos. De la división a la brigada.

—¿Quieres fumar? —le pregunté al partisano de la ametralladora.

El partisano cogió un cigarrillo al tiempo que me miraba a los ojos.

Sí, de acuerdo, él también era un ser humano, una persona con nombre y apellidos, con pensamientos, sentimientos, deseos y un destino.

Pues claro que nos vamos.

GRANDIOSA CORRIDA DE TOROS

Plaza de Toros
Domingo por la tarde, 17.30

Joseph Bitter afirma que en Alemania no se permitirían las corridas de toros porque hay muchas asociaciones de amigos de los animales y protectoras de animales que impedirían ese sangriento pasatiempo. Y su mujer, desde luego, también tiene mucha razón. Según ella, lo indignante no es que se mate al toro, sino el tiempo que se tarda en matarlo. Hoy mismo, por ejemplo, el toro no ha caído a la primera estocada. A los Bitter no les incomoda la sangre. Al fin y al cabo, ella es una mujer y él vivió una guerra. Los hombres deben endurecerse, de lo contrario tendrían los nervios destrozados. Y las guerras tienen su parte sangrienta, de eso no hay duda.

El torero provoca al toro, baila delante de él y deja que le pase rozándolo para conseguir la atronadora ovación del público. Sin embargo, en vez de seguir adelante, el toro embiste una mula, clava las pezuñas en la arena y se lanza en sentido contrario. El cuerpo del torero, en su atuendo de seda, vuela por los aires y cae en el ruedo. El toro inclina la cabeza y lo voltea. Los ayudantes corren para auxiliar al torero herido. Un toro es muy peligroso cuando no sigue los patrones de comportamiento de su especie, cuando no mantiene las costumbres de su raza.

Para vengar al torero que se acaban de llevar en angarillas, salta al ruedo el mismísimo Cordobés, que también comprueba la astucia del toro al escapar a sus cuernos por muy poco. El Cordobés quiere matarlo cuanto antes. Pero a pesar de clavarle la espada justo por debajo de la paletilla izquierda, no lo consigue al primer intento. Vuelve a la carga con otra espada. El toro se tambalea, pero se resiste a caer. Los nervios de los asistentes del torero son evidentes. El Cordobés lo intenta por tercera vez. El animal se bambolea, vacila, avanza hacia la valla y con la cabeza baja mira al enemigo, decidido a embestir de nuevo.

Otro torero apunta con cuidado y le clava la hoja de su espada con todas sus fuerzas. El toro cae de rodillas y vuelve a ponerse en pie. Una espuma rojiza le mana del hocico, y de los costados, sangre y sudor. Las banderillas que le cuelgan del lomo se agitan y su cuerpo, ese enorme cuerpo negro condenado a morir, tiembla. Luego se desploma. Y en la arena bañada de sangre el toro ya no parece tan grande, tan peligroso, tan poderoso. El público silba y grita.

El estilo de toreo que se practica en Andalucía y en Salamanca se ha desarrollado en el Cortejo Vista Verde bajo la dirección de Anton Martini. La máxima es que el animal sea vivaz, agresivo, es decir,

peligroso. Hay que provocarlo, pincharlo e irritarlo sin cesar, al tiempo que se le hace sangrar. Para ello hay que clavarle en el lomo banderillas con los colores nacionales y un picador —un hombre a caballo de un animal con la barriga cosida por anteriores embestidas y medio anestesiado para que no sienta temor— le ha de hundir la pica. Debe prevalecer el olor a sudor y el polvo de la arena, la sangre, el bramido de los hombres, los relinchos del caballo, la música y el clamor de la multitud.

En algún lugar de la conciencia del animal brilla por un instante el recuerdo de los prados. Y ese paraíso perdido le produce una punzada de dolor.

Pero sin la pérdida de un dorado paraíso, el infierno no puede actuar con toda su fuerza.

La entrada costaba entre 500 y 2000 pesetas (y una peseta se movía entre los 24 y 28 dinares antiguos).

Pases con capote: Verónica, Farol, Gaonera, Chicuelina, Rebolera…

Pases con muleta: Estatuario, Redondo, Natural, Pase de Pecho, Molinete, Manoletina…

Hermosos y bravos toros serán muertos (Domingo tarde, 17.30)
¡Hamburguesas! Hot dogs! Frankfurter!
¡Danzas! ¡Bailes!
¡Cada día! Every day. Tous les jours. Jeden Tag.
¡Comida y bebida! Food and drink to order.

De las paletillas del toro brota la sangre; en la arena sucia caen gotas rojas. El animal tiene el hocico cubierto de espuma. Se detiene y mira. La panza se le hincha y se le deshincha al ritmo de su respiración acelerada. Y, al mismo tiempo, los testículos se balancean y el pene sube y baja. Las mujeres lo ven, y los hombres, mucho peor dotados, adquieren un aire hosco y huraño. Gritos y silbidos dan la bienvenida al torero.

¡Gran fiesta en el Cortijo!
A nuestros distinguidos invitados les brindamos la oportunidad de torear toros de un año.
¡Ven a intentarlo!
Vous pouvez aussi «torear»! Escuela Taurina.
Jueves, jeudi, Thursday, a las 17.00 horas.

Typical show!
Música solemne en el ruedo. El pataleo de las pezuñas de los toros.

¡Olé, olé!

Tenéis que ver los toros negros de Salamanca.

La nana del toro deja de sonar; se ruega un minuto de silencio.

Ya lo sabemos: los secuestradores envían a los padres la oreja y la mano izquierda.

En el río de la pornografía escandinava una embarcación pasea el tierno amor de dos escandinavos en España. Por encima de la tormenta de violencia, se oye la voz de un niño: ¡Mamá, quiero volver a casa! Entre la multitud que se agolpa, alguien se detiene. La gente lo atropella y lo pisotea sin darse cuenta, pues los de detrás empujan a los de delante.

La mejor comida la sirven en el hotel Don Quijote, en Can Pastilla.

Aquella conversación sobre la sangre nos llevó a una conversación sobre la guerra. Al final, todo llega.

—La guerra fue una experiencia terrible —me dijo Bitter sin demasiada convicción.

Admití que también había participado en la guerra; pero, bueno, que lo había hecho desde un plano secundario.

—¿Dónde?

—En el ejército italiano. En Ljubljana, Yugoslavia.

—¿En serio? Conozco la zona. Estuve por allí.

—Estaba lleno de insurrectos, de rebeldes.

—Sí, sí, comunistas. Los partisanos.

En 1942 a Bitter lo enviaron de Francia a Grecia a través de Yugoslavia.

—Bueno, se trató más bien de un paseo, no de una guerra.

Después de la capitulación de Italia, pasó de nuevo por Yugoslavia.

—Los italianos tenían todo el derecho a capitular, es cierto. Pero eso puso a los alemanes en dificultades. Tuvimos que repartir nuestras fuerzas. Por culpa de Yugoslavia se retrasó el ataque a Rusia y aquel invierno sufrimos demasiado. La capitulación de Italia nos obligó a enviar muchas tropas al sur. Y, desde luego, eso lo cambió todo.

Tuvo que sonreír cuando reconocí que a veces sentía nostalgia por la guerra.

—No, no, eso sí que no. De ninguna manera.

Y sacudió la cabeza.

Le dije que así era yo.

—Me entra nostalgia cada vez que recuerdo los peores momentos.

Tras la guerra, había pasado una temporada en prisión. Sin entrar en detalles, le dije que había estado encerrado en algún lugar del este y que, de vez en cuando, añoraba aquellos días amargos. Cuando a un hombre lo atacan o lo amenazan, está obligado a demostrar su valía.

Puede ser íntegro y directo o vil y abyecto; no hay término medio.

Aquella reflexión no le gustó. La guerra es terrible, la mires por donde la mires. Además, es como una especie de profesión; algunos tienen talento para dedicarse a ella y otros no.

En otoño de 1943, Bitter regresaba de Yugoslavia a Italia.

Se quedó pensando un momento.

—Los alemanes siempre han tenido buenos soldados, pero políticos nefastos —afirmó como si se tratase de una sabia declaración—. Churchill fue un buen político, pero una persona muy desagradable, un veleidoso…

Danza de la muerte.

Joseph Bitter hizo que lo recordara todo de nuevo. Él regresaba de Grecia cuando yo avanzaba de la división a la brigada.

Recuerda, recuerda.

Septiembre, octubre, noviembre.

¡Ameniza el espectáculo una brillante banda de música!

—¿Cómo fue el trayecto de Grecia a Italia?

—Nos dedicamos a limpiar el terreno, poco más.

—¿En el 43?

—Sí, en otoño.

—¿Y qué me dices de los partisanos yugoslavos?

—¿De los partisanos? Pues que estaban en el bosque y las montañas. Un grupo por aquí, otro por allá.

—Pero ¿no se organizaban en divisiones y brigadas?

Sonrió.

—Bueno… yo las llamaría cuadrillas… unas más grandes, otras más pequeñas… dispersas aquí y allá… En definitiva, un hueso duro de roer para un ejército regular.

Aunque me habría gustado seguir preguntándole, Bitter señaló a su mujer para hacerme ver que le incomodaba hablar de la guerra.

—El tema le interesa, ¿verdad? —me preguntó en voz baja.

Asentí con la cabeza.

Un extraordinario toro andaluz, fuerte y enérgico, se plantó en el ruedo y empezó a levantar nubes de polvo con las pezuñas. Qué poco se imaginaba lo que le esperaba en aquel circo ruidoso que apestaba a sangre y muerte.

Saqué un cigarrillo de una cajetilla de la marca Supremos y lo encendí. Como suele ocurrir con el tabaco español, sabía a puro.

Cuadrillas dispersas aquí y allá… unas más grandes, otras más pequeñas… destacamentos…

Yo tampoco sabía qué significaba ir «a la división». Al menos en aquel momento. ¿Hombres entrando y saliendo de las casas? ¿Recorriendo las calles del pueblo?

¿Que si podría recordar todo lo que se escondía en aquella población? No creo. ¿Cuadrillas de hombres alojadas en las casas?

Sin duda alguna, allí debía de estar el comandante de la división, acompañado probablemente por el comisario y sus subalternos. También el jefe de estado mayor, por lo general un antiguo oficial experto en teoría militar. Y una administradora, el correo del comandante, el secretario del comisario, un secretario del partido, el secretario de las juventudes comunistas y un médico. Los encargados de la intendencia y la limpieza. El politburó, los servicios de propaganda y los servicios de inteligencia de la división. El cocinero, los correos, los muleros, los palafreneros. Puede que una compañía de teatro, es decir, alguien que hacía a la vez de escritor, poeta, compositor y cantante. La imprenta. El coro. Campesinos de la zona yendo y viniendo, miembros de las brigadas, correos del ejército y de las unidades subordinadas. Los comandos de la ciudad, de la región, del distrito. Comerciantes, barberos, sastres, zapateros. Todos trabajando, estableciendo contactos, planeando, ejecutando, supervisando, recibiendo y emitiendo órdenes, instrucciones, circulares, material e informaciones. Creando un laberinto con pequeños núcleos distribuidos en las casas, formando un organismo con sus propias normas de funcionamiento, acatando órdenes desde arriba para luego transmitirlas a los de abajo. De un puesto enemigo se requisó un cargamento de piel que fue transportado en mula al economato de la división. El encargado de la intendencia le dio un vale al correo del comandante para que obtuviese piel para confeccionar un par de botas. Después de recoger el material, el correo se dirigió al taller del zapatero, donde Miha, el zapatero jefe, se puso manos a la obra (pero date prisa, Miha, los alemanes se acercan, van a llegar muy pronto).

Las brigadas, mientras tanto, iban cumpliendo con las instrucciones que les habían dado: cavar zanjas en los caminos, derribar puentes, hacer saltar por los aires las vías, bloquear carreteras, movilizar a los recién llegados, equiparlos y organizados, celebrar mítines propagandísticos con baile. Una brigada estaba atacando la frontera alemana (la antigua frontera en Litija) y no daba sosiego a las guarniciones.

Con sus tropas, los alemanes inundaron el territorio liberado, peinaron los bosques, limpiaron el terreno; asolaron los cuarteles de la división. Hubo prisioneros, muertos y ejecutados; los cadáveres se

amontonaban en las cunetas como pilas de leña. Hicieron que la división avanzase en dirección a Ljubljana; trataron de cercarla, de bombardearla desde el aire, de aniquilarla con los tanques que disparaban desde las laderas de las montañas. Una tras otra, las unidades fueron cayendo y la división tuvo que retroceder al monte Mokrec. Los alemanes se adentraron en bosques que los italianos no habían pisado y tras liquidar lo poco que quedaba de la división en el monte Krim, anunciaron que habían acabado con todos aquellos bandidos. Diez días de duros enfrentamientos, retiradas y persecuciones.

Una semana después, una división casi intacta volvía a formarse en Suha Krajina. En aquella zona reunió fuerzas, se reorganizó y se preparó para una nueva campaña. No hacía falta que nadie le preguntase a nadie cómo se había salvado de la ofensiva, pues todos contaban su propia historia. Solo permanecían callados aquellos que habían sobrevivido ocultándose bajo las rocas, en una cueva subterránea o en la copa de un árbol. Los hombres de Gorenjska tenían una habilidad especial para encontrar un buen escondite; habían practicado en los Dolomitas y en el monte Jelovica, donde la vegetación era densa.

Quién sabe cuántas emboscadas sufrimos, cuántas veces huimos, cuánto corrimos, cuántos ataques desesperados protagonizamos y cuánta suerte tuvimos en medio de tanta desgracia. Veintiocho horas de marcha desde Goli Vrh hasta Korinj, cargando bajo la lluvia con los heridos, nos habían dejado extenuados.

Y qué noche tan extraña en Suha Krajina, aquel lugar peligroso de edificios encalados. Recuerdo la casa y al viejo moribundo, recuerdo el aire enrarecido que se mezclaba con el aroma del maíz que colgaba en racimos del horno.

La suela de la bota derecha se me había roto por delante y me entraba agua. Dormí en el suelo de aquella sofocante habitación con la mochila a modo de almohada. Tuve una pesadilla en la que recitaba el poema *Duma*, de Župančič: «Hamburgo… Hamburgo…». Creía que aquella noche los piojos se me comerían vivo.

Y serán muertos 7 hermosos y bravos toros.

Un domingo por la tarde
nacieron siete poetas en siete lugares del mundo.

La sociedad los criaba

en prados especiales

para un destino
que los toros (poetas) ignoraban.

La época fue bautizada
«la muerte de la poesía».

De todos es conocido
que los poetas jóvenes
son animales adorables, greñudos y confiados,
que le cantan a la luna.
No saben que la luna sale para animar a los turistas.

¡1973! Época de la abundancia
y la hambruna mortífera,

de los libros de cuentas
y los escándalos en las noticias,
de la ansiedad y la industria del entretenimiento.
Procesiones de turistas de clase media
visitan las tierras de la carencia.
Calcuta es el destino más elegido.
Aunque Mali no está mal.

A medida que crece,
el poeta se vuelve más peligroso
e independiente. Los cuernos se
le afilan, se irrita, siente
impulsos eróticos y se exaspera.
Cada vez con más frecuencia
intenta atacar la civilización
que lo alimenta. Lo provocan,
pero sienten respeto por sus cuernos.

El poeta adopta unas costumbres
que no pertenecen a su entorno.
Pero sus cuidadores saben de qué se trata.
Danza de la muerte.

A unos los castran

y los alimentan para
el consumo humano.
Otros deben actuar todos los meses.
Pero a los más independientes

los siguen provocando y entrenando
para que se enfrenten a los siervos de la cultura.

Cuando crece, se convierte
en una bestia fuerte, agresiva,
con la que no se juega.
Tras una inspección,
se lleva a cabo la selección.
De nuevo, unos se destinan al mercado,
otros, a la cría, y los que quedan

son elegidos para morir
al son de la música una tarde de domingo.

Los sacan el sábado anterior
y los pasean por la avenida
de los héroes condenados

para llevarlos a una fiesta
tras la cual una silenciosa comitiva
los acompañará al matadero municipal.

Ameniza el espectáculo una brillante banda de música.

—A mí mujer no le gusta que se hable de la guerra; todos mis amigos lo saben. Pero ahora que estamos solos, podemos contarnos nuestras experiencias sin problema. Aprovecharé también para beber un poco más de la cuenta. ¿Sabe? Le preocupa mi corazón. *Herr Ober!* [9] La guerra fue una prueba muy dura para ella, pobrecilla. *Herr Ober!*

»Claro está que no soy un soldado profesional, eso tiene que saberlo. Lo único que le puedo contar… es mi propia experiencia, es decir, lo que recuerdo…

Un grupo de turistas alemanes rodean la gramola.

Y una vieja y conocida canción alemana sucedió a una samba latinoamericana: «*Eine Nacht in Monte Carlo*…».

—Los partisanos… Tenían su propia táctica… que, en realidad, no era ninguna táctica, puesto que no contaban con academias militares; más bien improvisaban… eso, eso es lo que hacían, improvisar.

»No suponían ninguna amenaza para el grueso del ejército. Por lo general, sus objetivos eran nuestras avanzadas y los destacamentos que patrullaban los flancos. En muy contadas ocasiones se producía un enfrentamiento directo.

»Nosotros ocupábamos pueblos, aldeas, caminos, valles, pasos de montaña… creando cercos que dividíamos en secciones cuadradas, triangulares… Controlábamos el perímetro y obligábamos a las guerrillas a replegarse hasta quedar completamente rodeadas…

»Al principio me hice una idea completamente equivocada de ellos. Creía que no eran más que un hatajo de suicidas. ¿Qué esperaban conseguir burlando a un ejército regular, a un ejército fuerte y numeroso, con aquellos ataques sin apenas consecuencias? Más adelante, sin embargo, me di cuenta de que la guerra de guerrillas es un *perpetuum mobile*, algo así como una cazuela que hierve a fuego lento, cuya tapa no puedes ajustar del todo…

»Déjeme decirle algo: los partisanos nunca estaban lo suficientemente cansados como para iniciar la retirada. Esa era su principal maniobra… Para el comandante de un ejército regular, era como lidiar con un enjambre de abejas…

»Acabar con ellos habría resultado mucho más fácil si la población civil no se hubiese puesto de su parte… Porque no se puede eliminar a todo el mundo… Claro que si hubiésemos tenido más tiempo… Pero llegaba una orden: "Del día 17 al 29 limpie con sus unidades el terreno entre la colina 249 y la colina 211, en dirección a…". "Elimine de la zona al enemigo y envíe noticias sobre la ejecución de esta orden el día 29 a las 22 horas, a la siguiente dirección". En ocasiones solicitábamos uno o dos días extra, pero en un momento u otro no nos quedaba más remedio que abandonar la zona…

»Sí, claro está, tenían diferentes formaciones: algunas tropas especiales, de élite, dirigidas por comandantes con experiencia… y unidades compuestas por jóvenes fanáticos… Pero también había soldados incapaces de luchar a menos que los cogieses por el pescuezo…

»El terreno era vasto, montañoso, repleto de vegetación. Y la resistencia, fuerte. Que yo sepa, no hubo prisioneros, al menos entre los nuestros. No tenían conocimientos de estrategia militar, no se preocupaban por mantener sus posiciones, carecían de puestos fortificados y, por lo general, reaccionaban de manera tan disparatada que acababan sacando de quicio a nuestros oficiales.

»Y no hay que olvidar la importancia del factor suerte en las batallas y el efecto que tienen las noticias del frente sobre la moral y el ánimo.

»Sí, desde luego; la diferencia entre un ejército regular y una guerrilla es enorme. Los soldados de un ejército están bien equipados, disponen de comida, se alojan en lugares relativamente seguros y pueden descansar. Sus centros de operaciones están en pueblos o ciudades y son los que llevan la iniciativa. Los hombres de una guerrilla, por el contrario, van mal equipados, carecen de material de guerra, no tienen alojamiento, se pueden quedar sin comida y están continuamente desplazándose. No saben cuándo ni dónde podrán descansar. Si nos íbamos a dormir sabiendo que se encontraban en un lugar determinado, cuando nos despertábamos ya se habían esfumado… En una ocasión descubrimos que habían sido capaces de recorrer cuarenta kilómetros a través de las montañas en plena noche… Sí, sí… No sé cómo lo hacían, pero no había manera de detenerlos…

»Un día vi dos cadáveres en la linde de un bosque: uno de los nuestros y un partisano. Qué diferentes eran, Dios mío, incluso después de muertos. El nuestro tenía el aspecto de lo que era, un soldado sin vida. Pero el otro era un desecho, una vaina vacía, una cáscara casi transparente… Estaba en los huesos, envuelto en harapos.

Nunca podré olvidarlo.

»Una guerra como aquella resulta demasiado costosa. Los beneficios son muy pocos si se tiene en cuenta la gran inversión en hombres e infraestructura: aviones, tanques, carros blindados, camiones… que se utilizan como medio de transporte, como armas de combate… Cañones que disparan al vacío, lanzagranadas, ametralladoras… cohetes… siempre en marcha, funcionando, actuando… Y luego, cuando miras qué se ha conseguido… apenas nada si lo comparamos con todo lo que se ha gastado…

»¡Y esos malditos colaboracionistas! ¡Menudos traidores! Nos hicieron mucho daño. Y sus atrocidades acabaron con nuestra reputación. Evidentemente, no todos eran iguales. La División Handjar… esos sí que eran soldados de verdad… pero los Domobranen… para nada. Si le soy sincero, no les tenía mucho aprecio. Admito que los necesitábamos, sí, de acuerdo. Pero podrían haberse comportado al menos. Un conocido me contó que había tenido que defender a los serbios de los búlgaros que nos acompañaban. Sí, sí… Y los Ustacha… y luego los Chetniks… ¡sin comentarios! Disfrutaban sembrando el terror en los pueblos que íbamos dejando a nuestras espaldas. ¡Qué quiere que le diga de los Balcanes! Les proporcionamos municiones, se fueron a sus puestos y las malgastaron disparando al aire. Acto seguido, volvieron. Venga, alemanes, dadnos más. Como si la guerra fuese un juego.

De la gramola, nos llegaba la letra de aquella canción que sonaba al menos por quinta vez:

… Qué bello es

besar a una mujer
a quien luego no se olvida…

Herr Ober!

Su mujer había estado tanto tiempo al sol que incluso tenía un poco de fiebre. La pobre se había quedado dormida en la playa. Al sol de España siempre lo acompaña una ligera brisa marina y uno nunca sabe cuándo ha tenido bastante. Venga, pidamos otra cerveza.

Llegamos «a la brigada» justo a tiempo para cenar. Por primera vez comí con «mi» cuchara y con «mi» plato de campaña. Nos sirvieron polenta recubierta con un *gulash* espeso. La brigada se encontraba en un pueblecito idílico entre dos colinas bajas. De lejos nos llegaba el chisporroteo de las ametralladoras, similar al errático golpeteo de un listón entre los radios de una rueda. Un viejo campesino, ajeno a todo, empujaba sin prisas un carro de estiércol. Y de nuevo una turbamulta de partisanos iba y venía.

A tres de nosotros nos habían dado armas, es decir, rifles (unas carabinas italianas con bayonetas triangulares, bastante cortas y muy poco fiables) y dos «tomates» italianos (dos ruidosas granadas para defendernos). Tujčko y aquel tipo callado que vestía pantalones bombachos siguieron desarmados.

—¿Cuántos cargadores vais a darnos?

—En principio tres. ¿Por qué? ¿Queréis cuatro? Cuando lleguemos al batallón podréis pedirlos.

—Entonces, ¿vamos a unirnos al batallón? ¿Dónde se encuentra?

—Sí, vais a formar parte de la brigada alpina. Ya, ya sé que queréis probar las armas. Pero está prohibido disparar en el pueblo y también en el camino. Es lógico, ¿no?

—¿Y cómo sabré si esto funciona?

—Mete el cañón en la tierra y dispara.

—De acuerdo. Pero ¿y si quiero comprobar la inclinación del cañón? Quién me dice que al apretar el gatillo la bala no se irá de lado. No es suficiente con echarle un vistazo al cañón.

—Ya lo comprobarás cuando dispares a un alemán. Si das en el blanco será señal de que funciona perfectamente.

—¿En serio? Gracias por el consejo. ¿Y las granadas?

—Solo tienes que contar, quitar la anilla y contar:… .veintiuno, veintidós, veintitrés… y lanzarla. Si la lanzas demasiado pronto, puede que te la devuelvan y te explote en la cara. Y si esperas demasiado, acabarás descubriendo qué se esconde por debajo de tu piel.

—¿Y no podemos contar once, doce y trece? ¿Tiene que ser veintiuno?

—Mira, listillo, cuenta si quieres a partir de mil trescientos treinta y tres. Pero después no me vengas con lamentos. Yo de ti me las quitaría de encima lo antes posible y trataría de encontrar algo mejor. Los italianos las utilizan para hacer apuestas. Les quitan la anilla, las colocan debajo de un casco y se sientan encima. Y cuando estallan, es como si les dieran una patada en el culo. ¡Prueba a hacer eso con una Kragujevac o una granada francesa! ¡Con la cabeza abrirás un boquete en el techo y la entrepierna te quedará como un labio leporino!

—¿Qué alcance tiene esta carabina?

—Mejor que dispares cuesta abajo que hacia arriba. Podría darle a una cajetilla de cigarros a cincuenta metros y a dos cajetillas a veinte.

Me fui al establo y metí el cañón del rifle en un montón de estiércol. Apreté el gatillo. Aquel fue mi primer disparo como miembro del Ejército de Liberación Nacional y Destacamentos de Partisanos de Eslovenia. Al volver del establo, Tujčko me preguntó:

—¿Le has dado a la mierda?

A veces no importa que no tengamos telepatía. Cómo se habrían reído de mí los partisanos. La sensación de tener un arma en la mano era como una liberación tras una extraña pesadilla. Una sensación de solemnidad, unida a un deseo mudo pero insistente de conseguir una mejor arma, se apoderaron de mí. ¡Hitler, sal a combatir!

«¿Qué me está pasando? —me pregunté—. ¿Acaso se está despertando en mí el instinto militar de mis antepasados?». Un tanto avergonzado, recordé la excelente novela de Remarque *Sin novedad en el frente*. Perdona, Erich, pero no es culpa mía.

Justo al principio del libro afirmas: «Este libro no es una acusación ni una confesión, es un intento de dar voz a una generación destrozada por la guerra, incluso si algunos de sus miembros escaparon al impacto de los obuses». Y en el último capítulo concluyes: «Estamos de más incluso para nosotros mismos… Algunos se adaptarán, otros se resistirán a claudicar y la mayoría nunca entenderá lo que ocurrió… Pasarán los años, pero no obtendrán nada de mí; ya no queda nada que obtener…».

Tu libro se publicó en 1929 (al menos ese fue el año de edición de mi ejemplar), once años después de la guerra. Y catorce años más tarde, ahí estaba yo, con un antiguo y miserable rifle en las manos, con un arma que cualquiera de tus compañeros de guerra habría lanzado a un descampado, abrumado por un entusiástico sentimiento romántico, ¡ah! ¿También me iban a pedir que redactase informes? ¡A saber! Me invadía el optimismo y confiaba ciegamente en mi buena

suerte, aunque no creía en la utilidad de los informes. En cualquier caso, no era más que una brizna de hierba, una de las muchas que crecían junto a la valla; una brizna de hierba con un fusil al hombro. A saber qué pensaría al cabo de un año. El caso es que íbamos a emprender la marcha para unirnos a un batallón; tres reclutas y el nuevo guía que nos habían adjudicado en la brigada. Tujčko y el tipo de los bombachos se nos quedaron mirando. El primero nos gritó algo, pero el segundo permaneció sumido en sus pensamientos.

Por delante de nosotros avanzaban tres campesinas gordas de mediana edad. Estaban tan acostumbradas al ejército que apenas nos prestaron atención. Hablaban en voz alta. Según decían, había caído un obús en un viñedo de la zona. El proyectil había destrozado la bodega y el vino de los toneles se había derramado. Imaginé su piel, la carne de sus cuerpos, y se adueñó de mí un sentimiento de repulsión agravado por el aire de excesiva satisfacción que irradiaban. El guía nos indicó que nos detuviésemos junto a una casa. Y las mujeres, ajenas a nuestra parada, siguieron adelante con sus andares de pato y el balanceo de sus enormes traseros.

Se nos unieron seis hombres, cuatro de los cuales parecían campesinos. Las armas que llevaban eran similares a las nuestras. Uno de ellos, un tipo insulso que sin duda alguna provenía de la ciudad y calzaba unas botas de piel demasiado grandes, cargaba con algo que me hizo salivar: un rifle militar de fabricación yugoslava con una culata de calidad y un cañón de acero. ¿Cuántos de aquellos rifles se dispararon durante la Pascua de 1941, cuando los alemanes atravesaron Yugoslavia camino de Grecia y el origen de la civilización helénica? En aquel momento, íbamos corriendo de un lado a otro de Zagreb, tratando de averiguar dónde estaba el frente. ¿Al sur de la capital o tal vez en Bosnia? Nos habían dado informaciones contradictorias.

El oficial croata fumaba un cigarrillo que sostenía con delicadeza entre sus dedos extendidos.

—No os preocupéis, abejitas eslovenas —dijo en croata esbozando una sonrisa irónica—. En un par de horas la situación se habrá aclarado. El tiempo corre de vuestra parte.

Apenas había pasado una hora cuando entendimos lo que quería decir. Los tanques alemanes avanzaron a través de las puertas abiertas de par en par del cuartel. ¿Adónde escapar? Podíamos saltar el muro para llegar a la calle, pero ¿adónde ir? Todavía hoy me viene a la memoria una de las peores escenas que he presenciado en mi vida: la de un grupo de civiles echando a uno de nuestros soldados uniformados de una lechería (¿o era una taberna?). Supongo que dijo

algo para provocarlos, porque literalmente lo hicieron pedazos. Mientras lo agredían, maldecían a gritos a los serbios. Aún ahora puedo verlo forcejeando en vano para librarse de sus atacantes; lo veo hundirse bajo el peso de aquella multitud enfurecida que primero lo golpeó con pies y manos, para luego patearlo hasta provocarle la muerte.

También vinieron a por mí, pero como no consiguieron alcanzar mi velocidad, al cabo de ochocientos metros de carrera se cansaron de perseguirme. Los que trataron de interceptarme no fueron muy hábiles. El caso es que cuando conseguí escapar de mis perseguidores, me metí en un bar no muy grande.

—¿Tenéis teléfono?

—Sí, allí está.

—¿Hola, hola? ¿Eres tú, Vojo? ¿Puedo ir a tu casa? Es urgente. De acuerdo, dame la dirección. ¿Grkovičeva, 7? Ahora voy.

El viejo camarero que atendía la barra me indicó dónde estaba.

—Es esta calle. Este bar es el número 9. Sí, Grkovičeva 9. Así que el 7 está aquí al lado.

Me vestí de civil con la ropa de Vojo, que también me prestó un sobretodo y una porra, y salimos juntos a recorrer la ciudad. Por primera vez tuve la oportunidad de inspeccionar de cerca los tanques alemanes y también a aquellos soldados con sus uniformes negros. Era evidente que se sentían atraídos por las chicas de Zagreb. Y a juzgar por la manera en que ellas se acercaban a darles conversación, el sentimiento era recíproco.

Aquel recuerdo me hizo pensar en algo más; en la improbable coincidencia de que aquel día hubiese sido premiado con la mejor y más valiosa de las fortunas —el hecho de que Vojo viviese al lado del bar del teléfono—, y condenado a la más terrible y tenebrosa de las desgracias —la derrota, la deshonra, la esclavitud y la ocupación sin la más mínima posibilidad de resistencia (o al menos eso me pareció entonces)—. ¿Por qué nos habían cebado durante veintitrés años con basura chovinista? ¿Por qué, ya de niños, teníamos que recitar poemas estúpidos sobre «los pueblos victoriosos que se mantienen fieles a su tierra», sobre esos «héroes eslavos con corazones de acero, baluartes de su patria»? Ríe, payaso, mientras el corazón se te parte de dolor.

Muchas gracias, Vojo, por la ropa que no te pude devolver. Gracias, señores Karađorđevič, Stojadinović, Cvetković, Kulovec,[10] sea cual sea vuestro nombre, por todas aquellas bonitas palabras que os devuelvo intactas, cargadas con la misma relevancia; palabras que una vez me ofrecisteis y que seguiréis encontrando aptas. Todavía veo a aquel soldado: una mano le alcanza el cabello, otra le rasga la oreja

y la tercera le agarra la nariz. Habría ido decidido al frente, y yo lo habría acompañado; Dios sabe cuántos se nos habrían unido. Pero ¿qué hizo nuestro gobierno en aquel momento? Nuestros generales no parecían excesivamente preocupados. ¿Dónde se habían metido nuestros líderes? Lo cierto es que aprovecharon la confusión para largarse, esa es la triste verdad. Me enfurezco al pensar en aquellos gordos egoístas escondiendo el oro y las piedras preciosas entre la ropa de las maletas para luego poner pies en polvorosa hacia el aeropuerto. Y me sigo enfureciendo al recordar cómo empezaron de nuevo a despotricar en cuanto se sintieron seguros.

Poco después, en Ljubljana, fueron sus esbirros —los caballeros de la Mano Negra— los que nos persiguieron. Eso sí, con uniforme alemán. Y los que me tildaron de traidor a la patria por haberme relacionado, como miembro del Sokol, con miembros del Partido Comunista. ¿Pueden creerlo? Ellos afirmaban colaborar con la Gestapo por motivos estrictamente tácticos, pero a mí me consideraban un inveterado comunista. Los ingleses y los americanos los compensarían por el sufrimiento que les había supuesto trabajar para Benito y Adolf; pero yo acabaría en la horca. (A mí y a otros «traidores» nos prometieron que nos colgarían a la vista de todos en la plaza del Congreso. A algunos presos los ataron con alambre de espino y los lanzaron al Sava. Y como es algo que no presencié, mejor me callo las prácticas de masaje que utilizaban antes del baño). En todo caso, me resultó más fácil soportar a colaboracionistas como Pavelić y sus Ustacha, aquel hatajo de alborotadores descerebrados. Pero, en fin, ya veremos en qué acaba todo.

El tipo del rifle a quien tanto envidiaba llevaba en el cinturón una granada alemana. Y uno de los campesinos del grupo tenía los pies completamente secos gracias un par de polainas verdes. Aquel hombre cojeaba y eso hacía que llamase todavía más la atención. Como le debían de doler mucho los pies, se mostraba más dispuesto a la charla que los demás. Eso me alivió, puesto que estaba empezando a echar de menos las estridentes palabras de Tujčko.

Dos de los nuevos reclutas se pusieron a cantar, en voz baja y melodiosa, varias de las canciones que habían aprendido en el *campo di concentrazione* de la isla de Rab. Los había liberado el párroco de la zona, el mismo que tras la capitulación italiana huyó a Ljubljana. En Rab, los nuestros morían de hambre y agotamiento. Aunque también es cierto que había internos trabajando en la cocina que robaban la comida y engordaban como cerdos.

Seguíamos avanzando, andando sin parar.

Seguíamos avanzando hacia un destino desconocido que no

podíamos controlar. No teníamos capacidad para actuar ni para dejar de actuar; ni siquiera podíamos disparar. Desde luego, en algún lugar debía de haber alguien trazando un plan para nosotros. Pero quién, dónde, qué y con quién, no lo sabíamos ni lo llegaríamos a saber. Pese a todo, así es como han avanzado los soldados de miles de ejércitos a lo largo de la historia. Se unieron a sus respectivas unidades, entraron en combate y ahora los niños aprenden en la escuela que una batalla determinada tuvo lugar en un determinado año. Tiempo después, Dante y Virgilio buscaron a Beatriz en el paraíso.

El tipo que cojeaba no necesitaba ningún amplificador. Tenía una voz profunda, estentórea, fuera de lo común. Hasta el punto que la primera vez que abrió la boca todos lo miramos con sorpresa.

—Si al menos los alemanes empezaran a disparar…

Y lo repitió tres veces antes de explicárnoslo:

—Con esos cabrones pisándonos los talones, avanzaríamos a un buen ritmo… Nos olvidaríamos del dolor en el tobillo… de las botas que nos vienen pequeñas… de la sed y el hambre… hasta de la familia…

De vez en cuando tuvimos que parar porque no podía seguirnos. Un camino a través del bosque nos condujo a un claro rodeado de troncos que empezaban a descomponerse. Y como un grupo de escolares exhaustos tras un día de excursión, nos acomodamos, unos apoyados en los árboles y otros en los troncos talados, en medio del silencio idílico de aquel atardecer. A mis pies, sentado en uno de aquellos troncos apilados, estaba el tipo del rifle yugoslavo. Como lo sostenía entre las rodillas, el cañón me apuntaba directamente a la cabeza. La boca negra del cañón no me inquietó hasta que el tipo empezó a jugar con el gatillo. Entonces me miró y yo le devolví la mirada. Y más tarde me pregunté qué debía de haber pasado en aquel intercambio de miradas. Cuando bajó la vista, me incliné un poco hacia atrás para que el cañón dejase de apuntarme a la cabeza. En ese instante se oyó un estallido y una bala me pasó por delante de la cara. Diría que incluso llegué a olerla. Todos dieron un salto y se giraron para ver qué había pasado; también el que había disparado. Parecía sinceramente impresionado. Lo cogí por el cuello e hice que se levantara con suavidad… Nos miramos sin decir una palabra. Nuestro guía lo reprendió y nos dijo que tras la capitulación de Italia se habían producido innumerables accidentes relacionados con armas, pues todo el mundo se había adueñado de alguna.

¿Había sido un accidente fruto del descuido, la impaciencia o la ignorancia? ¿O acaso se trataba de algo diferente? Recurrí a la memoria para averiguar qué había pasado en aquel instante en que

nuestras miradas se habían encontrado. El paisaje dejó de resultarme atractivo y, de nuevo, sentí un estremecimiento. No era miedo, tampoco una cuestión de vida o muerte; se trataba de un presentimiento, la sensación de que alguien conspiraba contra mi persona. Me acechaba una trama invisible e imperceptible, una fuerza malévola de inexpresiva frialdad. Por un momento, me invadió el desánimo, la decepción, la tristeza. Esto no va a salir bien, no va a salir bien, amigo mío. Así no sobreviviré a los primeros días de combate.

Estaba enfadado conmigo mismo, pero también con alguien más. ¿Con quién? ¿Con aquel imbécil que no sabía utilizar un buen rifle? ¿Con aquella bala acerada y cargada de plomo que se había adentrado en el aire sin penetrar en mi cuerpo y que había dibujado un arco en el cielo para luego caer entre las ramas y los helechos en lo más profundo del bosque? ¿Con el responsable de un cálculo erróneo? ¿Con una equivocación? ¿Con mi propio destino? «Conque suerte, ¿eh? —habría dicho Tujčko—. Van todos a por ti. Tienen tiempo de sobra». La antigua policía yugoslava, los italianos, los perros alemanes, Rupnik, Pavelić, Ljotić, Nedić[11]… Volvía a ver aquellas siniestras figuras con bayonetas, Schmeissers, automáticas, revólveres y cachiporras… Figuras que nos rodeaban… Los rusos de Vlasov, la división musulmana de Handžar, los húngaros, los búlgaros, los Ustacha, los Chetniks, los Blancos, los Azules… Los alemanes me acusarían de ser demasiado occidental… Y los ingleses y americanos, de defender a los rusos… Por suerte, no conocía a los japoneses…

Pero ¿dónde me encontraba? Avanzando hacia el frente a través de un bosque en territorio liberado, con un arma en la mano, molesto porque aquel jodido accidente por poco me lleva a unirme al batallón de los caídos por la patria. Aquel ataque de indignación hizo que me sintiera mejor. Luego me tranquilicé y resolví escribir una carta de amistad a los esquimales del lejano Norte. Aunque aquello no tenía ningún sentido, puesto que soy demasiado sensible al frío.

Ahora fui yo quien se encargó de poner nervioso a aquel zoquete cogiendo el rifle de modo que pareciese que por casualidad lo apuntaba. Lo llevaba colgado al hombro como los cazadores y me puse a jugar con el gatillo. De cuando en cuando, nuestras miradas se encontraban.

Lo hice por simple instinto; por el juego, el riesgo, el desafío al destino, aunque en ocasiones había resultado en detrimento mío. Una persona sensata habría utilizado la razón para argumentar que había sido un desafortunado accidente; que, por suerte, había terminado bien; que era mejor olvidarlo, dejar el tema. Y que si, por una de

aquellas, había habido un motivo, sería un error armar jaleo y despertar las fuerzas oscuras que se ocultan tras la inteligencia (¡que el diablo se las lleve!) y la capacidad de luchar (de la hormiga contra el elefante).

Se hizo de noche sin que lo advirtiéramos.

La oscuridad nos trajo ganas de hablar.

La luna llena flotaba sobre el valle y nos iluminaba el camino.

Al tipo que cojeaba le dolía el pie cada vez más.

¿Podremos echar un sueño? Qué más os gustaría. Descansamos un momento y continuamos.

Colinas, valles, bosques, campos inundados de luna. Un resplandor blanco que cubre los campos, los bosques, los valles, las colinas. Un camino cuesta arriba.

—Es una lástima que los alemanes no actúen de noche —volvió a quejarse el cojo con aquella voz estentórea—. Cuanto más seguro estás, más dolor sientes.

—Cuando oscurece, la imaginación te tiende trampas y ves más enemigos de los que realmente hay —comenta nuestro guía, que durante el día no ha dicho prácticamente nada—. En una ocasión, en la brigada Gubčev, avanzábamos como ahora, antes del amanecer, por un camino. Nos habían dicho que no nos encontraríamos con ningún italiano… Por delante de nosotros iba una patrulla de dos hombres acompañados por un guía de la zona… Y, de repente, se armó un estruendo… Nos dirigíamos hacia Jelenov Žle… En la retaguardia del batallón llevábamos a varios heridos… Pero al instante dejamos de sentir el frío… Abandonamos el camino y nos lanzamos a los matorrales, a nuestra derecha… No veíamos nada… Y el sonido de las armas nos ensordecía… Aquello era el infierno… Y entonces empezaron los gritos… aunque éramos incapaces de distinguir las palabras… El caso es que nos pusimos disparar pese a estar envueltos en la oscuridad…

»De pronto oí un chillido que casi me revienta el tímpano izquierdo: "¡Subid esas ametralladoras a la colina! ¡A la colina!". Me levanté, esquivé unas cuantas rocas, tropecé, caí en un hoyo, volví a levantarme, disparé… Vi a uno de mis compañeros cogiendo un pedrusco. El silbido de los disparos y las explosiones de las granadas no nos dejaban oír nada. No me notaba los brazos ni las piernas, pero seguían funcionando… Uno de los nuestros soltó una descarga con su metralleta… apuntaba hacia algo que se movía… Topé con unos cuantos tocones, me enredé con las ramas secas de un árbol… Pero al final lo conseguí…

»Los de la brigada Gubčev teníamos a los italianos delante y los de

la brigada Cankar, detrás… Aquello ocurrió en Mala Bela Stena. Acabamos mezclándonos, los altos mandos y los soldados. Pero seguimos avanzando cuesta arriba, ¡arriba!, ¡más arriba! Y entonces empezó la carga. Granadas, ametralladoras… El monte apestaba a municiones italianas… a cartuchos rellenos de jodidos macarrones… ¿Que cuánto duró? No tengo ni idea. En momentos como ese pierdes la noción del tiempo.

»Todavía nos quedaban cien metros de fuerte pendiente para llegar a la cima que se erguía a nuestra derecha… Puede que fuese tan alta como la colina del castillo de Ljubljana, pero no estoy seguro. El caso es que el ascenso fue tortuoso… Los italianos gritaban: "*Alla montagna!*". Y los nuestros: "¡Seguid disparando! ¡Subid a esa maldita cima!".

»Recuerdo que bramábamos y maldecíamos todo el tiempo. ¡Dios mío! ¿Y si los italianos llegaban primero?

»Sin embargo, fue uno de nuestros artilleros el primero en alcanzar la cima. Llevaba una Breda ¡y ya podéis imaginaros cómo les paró los pies a los italianos! Todavía oigo sus gritos… No me habría gustado estar en su lugar… A partir de ese momento, todo fue como una seda…

»Aquella noche pensé que la zona estaba abarrotada de italianos. Y tras la capitulación me enteré de que los italianos también pensaban que había miles de los nuestros. Sin embargo, entre las brigadas Gubčev y Cankar apenas sumábamos cuatrocientos hombres; yo diría que unos trescientos cincuenta. Ellos eran unos cuantos más… pero no estaban acostumbrados a moverse en aquel terreno tan jodido…

»El caso es que salieron corriendo, tropezando contra los árboles hasta caer por una especie de rampa para transportar troncos… Al menos un centenar de ellos cayó por aquella rampa resbaladiza de más de cincuenta metros…

»Las mulas, sin dejar de rebuznar, huían a toda velocidad por el camino o a través del bosque.

»El camino quedó inundado de material italiano; armas, lanzaminas, municiones, cascos, tiendas de campaña, bolsas, relucientes botas de piel rojas… pero también de italianos heridos y de italianos muertos. Una mula a la que habían disparado a las rodillas, un cepillo de dientes, una revista ilustrada, una pastilla de jabón, un libro, estampas religiosas… Parecía un tenderete. No sé por qué, cogí un tubo de brillantina. El tubo me había llamado la atención.

Hay que llegar a la cima.

Fue al coger ese tubo de brillantina cuando advertí que tenía la

manga derecha rasgada y que goteaba sangre. Sangre de mi brazo.

—¡Alto!

Nos detuvimos.

—¿Quién anda ahí?

—¡Jože con los reclutas!

—¡Que se adelante la persona al mando! ¡Quietos los demás!

Habíamos llegado al lugar donde estaba emplazado el batallón, una tranquila aldea situada en la falda de una montaña. La aldea estaba formada por casitas de campo rodeadas de árboles frutales y por una pequeña iglesia protegida por un muro de piedra. Se trataba de una antigua fortaleza, un bastión de la época de las invasiones turcas. La luz estaba encendida en algunas casas. De la lejanía nos llegaba el eco regular y sordo de una ametralladora, que se detenía un instante para reanudar acto seguido el ratatatatatatá. Unas cuantas colinas nos separaban de la antigua frontera germano-italiana, que seguía el curso del río Sava.

Nuestro guía entró en una casa custodiada por un guardia. A su vuelta, nos indicó dónde íbamos a pasar la noche.

Me adjudicaron una casa en la que una docena de personas descansaba en el suelo de la sala. En la cama había otras dos personas. A través de los cristales de las ventanas cerradas, la luz de la luna entraba a raudales. ¿No podía dormir en el pajar? Obedece las órdenes. Fue así como supe que había llegado a mi unidad. Por fin había llegado a mi unidad. Conmigo entraron tres hombres más, entre ellos el de la voz fuerte.

Nos echamos en el suelo.

El gran orador habló.

—Quitaos las botas. Dios sabe cuándo podréis volver a hacerlo.

«Lo que a los demás les parece inusitado, a mí me parece muy sencillo; lo que a los demás les interesa, a mí me aburre».
Josip Murn, carta, 1898

«Tener una conciencia completa, europea, que lo abarca todo, y aun así disponer de tan poco margen de elección, de una capacidad de actuar tan limitada; ese es el tormento, hermano».

Giannini

«El entendimiento humano debe seguir un nuevo camino, completamente distinto al de nuestros predecesores…».
Bacon, *Novum organum*

«Examinemos ahora la historia de la Contrarreforma. En nuestra tierra, mataron a la mitad de las personas honradas, y la otra mitad huyó. Lo único que quedó fue la miserable chusma. Y nosotros somos los nietos de nuestros ancestros».
Jerman en *Los esclavos*, de Cankar
«De nación de lacayos a nación de héroes».
Frase escrita en una pared en la zona liberada de Eslovenia.

«El hombre está condenado a ser libre. Condenado, porque no se creó a sí mismo; no obstante, en libertad… arrojado a este mundo, es responsable de todos sus actos».
J. P. Sartre

«Cree en la libertad, hermano; ¿sabes cuán terrible sería la esclavitud? El mundo de los ciegos es mejor que el nuestro. Sin luz no pueden ver la oscuridad».

Giannini

Conversación con un suboficial alemán en un camino forestal por la noche; Yo (bruscamente): *Halt! Wer da?* (¡Alto! ¿Quién va?).
Él (afablemente): *Hier Feldwebel Swoboda*… (Aquí el sargento Swoboda).
Yo (automáticamente): Trrrrr…

«Y así advertimos que nuestra capacidad de comprensión, o falta de ella, depende de cosas tan insignificantes que no tenemos derecho a dudar de lo que no podemos imaginarnos».
M. Maeterlinck, *La inteligencia de las flores*

Capítulo 3

Los hombres deberían evitar las costumbres. Cuando cambian los tiempos, las costumbres más prácticas e insignificantes te impiden disfrutar de la vida. Acostumbrado a una cama cómoda, se vuelve imposible dormir en el suelo, aunque sea de madera «blanda». ¡Cuántas cosas llegaron a pasar aquella noche por mi cabeza! ¡Cuántos recuerdos! Sentí que empezaba una nueva etapa de mi vida. Me desperté con las primeras y débiles luces del día, y con cuidado pasé entre los cuerpos de los que seguían tumbados, durmiendo, roncando; mis compañeros de noche y, probablemente, de los días que vendrían. Avancé junto a una pared hasta topar con una estantería. Cogí un libro al azar y me lo llevé. Ya en la puerta, me volví: me había dejado el rifle. ¿Puede olvidarse un soldado de algo más importante que su rifle? «No va a salir bien», pensé. Y deshice el camino andado para recuperar mi viejo trabuco no sin sentirme un poco avergonzado.

En el patio, me senté en un carro. Algunas personas ya se habían levantado. Me puse a leer. Se trataba de un libro alemán, encuadernado con tela clara, titulado *Los cuatro milenios del reino de Alemania*. Me arrepentí de no haber cogido el almanaque que había visto en la estantería, pero no pensaba volver. Del establo me llegó el relincho de un caballo. Lo más probable es que tuviese hambre y que me hubiese oído moverme por el patio. Tosí para que me identificara como un desconocido del que no podía esperar forraje. Un perro ladró a lo lejos. En la tenue luz del día que se levantaba, intenté leer aquel libro aburrido que el destino, quién sabe por qué motivo, me había traído desde Berlín.

Mi vida está llena de casualidades extrañas. Aunque tal vez sea yo el extraño que interpreta esas casualidades como una cadena de acontecimientos dictada por el destino. De ahí la ingenuidad de mi fe en la buena suerte. Como aquel día en Zagreb, en que descubrí que Vojo vivía al lado del bar desde el que le estaba llamando. Pura casualidad. Pero Vojo se convirtió en el testigo principal de mi buena

suerte. Y como aquel día en el patio, en que me puse a leer un libro que cada vez me interesaba más, una auténtica introducción al carácter del enemigo al que me iba a enfrentar.

¿Qué sabía del nazismo, del nacionalsocialismo y del hitlerismo? Casi nada. Y, no obstante, ese régimen dominaba un área extraordinaria: desde el Atlántico hasta el Cáucaso, desde Narvik hasta África. Había que hacer un esfuerzo para imaginar aquella extensión de terreno. De pronto, en aquel patio, visualicé todos los ejércitos alemanes que había repartidos por el mundo; los visualicé avanzando como monstruos para apoderarse primero del territorio y, luego, del alma de la gente. Leí con avidez, tratando de entender la esencia de aquella ideología que predicaba el dominio alemán sobre el mundo.

«Todo lo que nuestros antepasados lucharon por conseguir hace siglos, lo ha alcanzado en unas pocas semanas el ejército alemán a las órdenes de nuestro Führer, Adolf Hitler, ¡que ha logrado transformar la faz de Europa!».

«… el pueblo alemán es la fuente de su fuerza…».

«La raza nórdica ha liberado el arte y la ciencia de la tutela de la iglesia…».

«… se ha deshecho de los comerciantes de ganado, de sus privilegios y sus posesiones…».

«… le ha devuelto a la libertad su verdadero significado, que no es libertad indiscriminada, sino libertad para actuar, para servir a la comunidad; una auténtica comunidad no ejerce ningún tipo de presión, puesto que su legitimidad no se pone en cuestión; una comunidad que educa con el ejemplo y el liderazgo…».

«… La libertad entendida como liberación de algo solo ha llevado a la desmembración del estado y al desperdicio del esfuerzo humano…».

«El pueblo alemán se ha levantado contra todas las fuerzas extranjeras y ha rechazado todos los artículos de la constitución de Weimar, artículos que obedecían a una concepción liberal de la libertad».

«El pensamiento solo pueden expresarlo aquellos que lo tienen… La conciencia de comunidad es el marco que posibilita el pensamiento… El pensamiento debe ir unido al servicio a la comunidad…».

«La alta política siempre ha estado en manos de los señores, de los príncipes y de los soberanos; pero el pueblo siempre ha llevado a cabo su propia política, una política popular».

«Durante siglos, las llamadas bellas artes han estado en manos de la iglesia, de la corte y de las clases altas; pero, en paralelo, los campesinos y los artesanos han desarrollado un arte popular».

«Nuestro pueblo es la fuente eterna de poder que ha mantenido al reino de Alemania durante cuatro milenios… Y que nos va a permitir alcanzar la victoria en esta guerra… Y que asegurará la existencia del reino durante los próximos milenios…».

«La tabla cronológica del apéndice demuestra que, durante nuestra era y los milenios que la preceden, la historia alemana es tan rica en hechos y acontecimientos como la de Egipto, Asia Menor, Grecia y Roma».

En la citada tabla leo: «En la época de la guerra de Troya, aproximadamente en el año 1300 antes de Cristo, los alemanes conquistaron la parte central y oriental de la Pomerania. En la época de la rebelión de Espartaco en Roma, Ariovisto el Germano cruzó el Rin».

«La creación de Adolf Hitler engloba todo el territorio germánico, un territorio en el que vivieron nuestros antepasados durante siglos y milenios; el territorio que labraron con sus manos y por el que vertieron sangre en innumerables guerras. Desde la costa atlántica de Escandinavia hasta el Vístula y el Bug; desde el Mar Negro hasta los Pirineos pasando por el Mediterráneo… Hay millones de personas dispuestas a construir un nuevo orden… dispuestas a unirse para levantar un nuevo y extraordinario futuro…».

(Así lo escribió Kurt Pastenaci, Berlín, 1940, en memoria de los compañeros caídos en la Gran Guerra).

Seguí leyendo. No advertí que salía el sol ni que se hacía de día, ni que el patio se había llenado de personas.

Alguien echó un vistazo por encima de mi hombro y observó:

—¿Has visto? Se detuvo en los Pirineos debido a su buena relación con el general Franco…

Se trataba de aquel flaco larguirucho, vestido con uniforme militar, al que le faltaba un botón en el cuello. Tenía la tez cetrina y una expresión astuta e irónica.

—¿Recuerdas lo que ocurrió en 1940? —le pregunté—. ¿Cuándo se detuvo en el Bug y el Vístula debido a su buena relación con Stalin? Si no me equivoco, fue entonces cuando los alemanes y los rusos se repartieron ciertos territorios de Europa.

Aquel tipo flaco entrecerró los ojos. Y, al hacerlo, le brillaron.

—¿Bromeas? —dijo en un tono apenas audible.

Luego dio medio vuelta y se fue, largo como era, un poco encorvado, con la cabeza hundida entre los hombros y las manos en los bolsillos. Los pantalones del uniforme le colgaban de su trasero huesudo. Sin mirar atrás, entró en la casa. «Qué tipo más desaliñado», pensé. Aunque tuve que reconocer que me había caído bien. Si bien

era egoísta, egocéntrico y taimado; también había demostrado ser inteligente, avispado y culto. Sin embargo, no le hacía ninguna gracia que le tomasen el pelo o lo provocasen.

—¡Venga, venga! —gritó el soldado que nos había guiado—. ¡Que quiero pasar revista!

Aquel hombre resultó ser nuestro comandante. Pensaba que nos iba a soltar un discurso mientras permanecíamos allí de pie, como un anticuado cuerpo de bomberos. Pero todo fue muy bien, sin solemnidades. Nos distribuyó en pelotones de diez hombres, nos preguntó si nuestras armas funcionaban y nos anunció que después de comer tomaríamos «posiciones». El larguirucho de expresión astuta se hizo cargo de la ametralladora de nuestro pelotón. Lo asistía un chico pequeño de aspecto débil con apenas fuerza para cargar con la caja de municiones. Y un tipo callado de apariencia melancólica fue nombrado comandante del pelotón. De todo el grupo, me llamó la atención un animado joven de Ljubljana que no paraba de hacerme preguntas. Quería saber cuándo había llegado, de dónde era, cómo me llamaba.

—Berk —le dije.

—Yo me llamo Iztok —se presentó.

Aquellos ojos oscuros y vivaces con los que inspeccionaba todo lo que le rodeaba sin descanso no me causaron buena impresión. Sus comentarios forzados eran banales y frívolos.

—¿Sabes que aquí tenemos a un delegado político y también a un comisario de batallón? —me dijo en confianza—. Aunque es voluntario —añadió—, los recién llegados deben presentarse ante las autoridades del batallón.

—Ahí, en la iglesia, van a ejecutar a un agente de la Gestapo —anunció el tipo de la voz estentórea con intencionada lentitud.

¿Un alemán? No, un esloveno que se había colado en el batallón.

Y allí estaba, con una camisa a rayas blancas y azules, pantalones de montar oscuros y botas negras relucientes, en una pequeña pendiente cubierta de hierba que había delante del muro de la iglesia tras el cual se distinguían las siluetas de las cruces y las lápidas. Junto a las puertas medio abiertas del cementerio había un viejo apoyado en una pala.

En la pequeña pendiente, un poco más abajo del condenado, pero a cierta distancia del camino que la rodeaba, una fila de partisanos con fusiles al hombro esperaba. Y en el medio, un artillero había montado una ametralladora ligera en su correspondiente soporte y apuntaba a la camisa blanquiazul.

Otro hombre, armado con una automática, permanecía de pie a

uno de los lados. Algunos viejos del lugar, hombres y mujeres, observaban la escena desde la distancia. También un grupo de niños. Y dos chicas, una de las cuales, de piel oscura como las gitanas, tenía unos voluminosos pechos pese a no haber cumplido, seguramente, los quince años. El conductor de un carro se había detenido junto al camino. Y nosotros nos quedamos a su lado. Desde allí se veía el campanario blanco de la iglesia, su techo rojo y su solitaria mirilla. La belleza de piel morena movía las piernas como si tuviese ganas de mear.

—¡Quítate las botas! —le gritó el hombre de la automática al espía condenado.

A excepción del lejano repiquetear de las metralletas, se impuso el silencio. La atmósfera era densa, pesada. El sol otoñal brillaba con fragilidad.

El condenado se quitó una bota y la dejó lentamente sobre la hierba sin perder de vista la ametralladora, que seguía apuntándolo. Los calcetines que llevaba eran gruesos, probablemente de lana que en algún momento había sido blanca.

A continuación, empezó a quitarse la segunda bota, que no salió con tanta facilidad.

De pronto, aquel hombre saltó como impulsado por un resorte. Calzado únicamente con los calcetines blancos, corrió a toda velocidad hacia el artillero y su ametralladora, saltó por encima de ellos y se lanzó a la desesperada entre los arbustos de la cuesta que ascendía por detrás del carro. Lo vimos dar volteretas y bajar tambaleándose por la pendiente hasta que dio un gran salto y desapareció entre los tupidos e inaccesibles matorrales del barranco que había un poco más abajo.

Unos cuantos disparos de rifle y pistola siguieron su estela. Entre tanto, el hombre de la automática no paraba de maldecir, pues su arma se había trabado. La ametralladora se unió a la ristra de disparos cuando el artillero consiguió apuntar en la nueva dirección. Y aunque un grupo de hombres se apresuró a alcanzar los matorrales, su ritmo era mucho más lento que el del fugitivo. Era obvio que no corrían por sus vidas.

—No lo volveremos a ver —dijo el tipo larguirucho, que estaba a mi lado. Por el tono de su voz deduje que no lo lamentaba. Intercambiamos una discreta sonrisa.

—¿Crees que reconocerías su cara si lo volvieses a ver? —pregunté pensativo.

—¿Es que tenía cara?

Cuando partimos hacia nuestra posición, mi entusiasmo se vio reprimido por un molesto presentimiento.

Varias sensaciones mantenían mi ánimo intacto: había comido bien y después me había fumado un cigarrillo, y en el pelotón se respiraba un buen ambiente, exento de tensión. Además, avanzábamos por una agradable pendiente hacia la cima de una colina rocosa, a través de una arboleda de robles cargada de arándanos y salpicada de musgo. El sol otoñal empezaba a teñir las hojas de un tono amarillo y predominaba un aroma a corteza de árbol en descomposición. Dos mariposas rezagadas pasaron revoloteando por nuestro lado. Qué extraño, aquel tipo. Si hubiese sido un auténtico agente de la Gestapo, ¿se habría puesto a espiar a los partisanos con aquel par de botas que desentonaban tanto? Pero qué más daba; al fin y al cabo, aquello no era asunto mío. Durante la confusión que había seguido a la huida, me había acercado a la gitana. Algo en aquella chica me resultaba atractivo. Y mientras hablaba con ella y su amiga sobre lo que había ocurrido, apoyé la mano en uno de sus hombros. Bajo la calidez de aquella piel oscura, noté un ligero estremecimiento, como el aleteo de un pájaro. Mi palma derecha seguía recordando aquel temblor que parecía anunciar una promesa.

Sin embargo, el comportamiento de Iztok, siempre vigilante, me inquietaba y me sacaba de quicio. Iztok seguía acechándome, preguntándome, mostrando un excesivo interés en mí. Cuando el camino se ensanchaba, caminaba junto a mí. Y cuando se hacía estrecho, me pisaba los talones. Tampoco me gustaba la despreocupación con que cargaba su fusil. Quien de la culebra está mordido, de la sombra se espanta. ¿O es que tenía manía persecutoria?

El larguirucho caminaba encorvado bajo el peso de aquella metralleta «ligera», pero avanzaba a grandes zancadas a un ritmo regular. Su ayudante, sin embargo, cargado con la caja de municiones, se movía con torpeza tras él. Saltaba a la vista que no estaba acostumbrado a hacer ejercicio, y en vez de asegurar sus pasos, subía por la pendiente apoyando los pies donde podía. Desconocía la norma, conocida por cualquier escolta, según la cual hay que fijar el talón en una roca o raíz en las subidas, y los dedos de los pies en las bajadas. Nuestro comandante Jože era un muchacho modesto y sensato; un buen tipo. Su cuerpo se fundía de forma natural con el cinturón, el equipo y el rifle, formando un todo perfecto. Tengo la impresión de que estaba constantemente alerta a lo que ocurría a su alrededor, aunque no se molestaba en hacerlo evidente. Durante el descenso nos encontramos una patrulla formada por dos campesinos que se detuvieron e intercambiaron algunas palabras con él. De entrada, parecía que en nuestro puesto no sucedía nada importante. Seguimos

adelante, ahora a un ritmo más lento. En un momento dado, advertí que todos esquivábamos con cuidado una hilera de hormigas que se había interpuesto en nuestro camino; todos excepto el ayudante del artillero, que las pisoteó con su habitual torpeza. De la hoja de un roble, cogí un escarabajo volador, de esos que brillan, y me lo puse en el hombro. El insecto siguió avanzando conmigo. Nadie del batallón, la brigada, la división o el estado mayor supo que nuestro pelotón, tras eliminar una tropa de hormigas rojas, había visto aumentar su fuerza con la incorporación de un miembro bien armado. «Vamos a ganar la guerra», había dicho Švejk. Y así se lo susurré al escarabajo volador.

—¿Qué? —preguntó Iztok.

Lo repetí a voz en grito.

—¡Pues claro que sí! —me secundó Iztok con gravedad.

Menudo bocazas. En aquel momento, incluso deseé que empezara el fuego. ¡Así sabrás lo que vale un peine, amigo mío! Pero los alemanes permanecían escondidos en los búnkeres de la antigua frontera, y solo de vez en cuando rociaban una zona con los disparos de sus ametralladoras. Es lo que nos habían dicho los que volvían del puesto. ¿Y a nuestras espaldas? ¿Qué sucedía en la retaguardia? Eso no lo sabían o preferían no decirlo.

Una roca de un blanco grisáceo con manchas de musgo de un tono verde claro. Una roca rodeada de arándanos. Una imagen tan pura, tan saludable, tan atractiva, que daban ganas de quedarse allí para beberse el entorno, para probar la crujiente rama de un joven abeto o la corteza blanca de un abedul.

PLAYA DE PALMA (España, 1973)

«A la nature!»
(J. J. Rousseau)

Azul dorado, viento solar, benigna y ventosa
esta torre babilónica de inacción y de lenta rapidez
edificios en los canales, en los invisibles canales
donde fluye el dinero de día y de noche
mucha música por doquier
todos los colores posibles ventiladores charlas ruido de motores
cuerpos desconocidos en la arena en este mar plano
olas uniformes barcas blancas impulsadas por pedales
hombres con patillas de todos los estilos
y mujeres en coturnos, los tacones son más y más altos
la clase media de Europa Central.
No es cierto que en Babilonia Dios mezclara las lenguas,
de todas ellas creó una sola lengua

que conoce incluso el simón con un *sombrero* rojo.
Todo está tranquilo
solo el soplo del mar se oye por doquier
y el vendedor de brazaletes de oro.

Me puse a leer un periódico francés que había comprado por la mañana en la aldea. El librero, Henri Wetch, había pasado varios años en una cárcel de la República Popular China y se había dedicado a estudiar el pensamiento antiguo, que no tenía ninguna relación con el revolucionario.

«*Le but n'a pas d'importance. C'est le chemin pour qui, seul, compte l'attendre*
»: «El objetivo no tiene importancia. Lo único que cuenta es el camino para alcanzarlo». (Tendré que reflexionar sobre eso).

«*L'homme supérieur —l'homme évolué— est toujours content de son sort. Il sait*
l'accepter
»: «El hombre superior, el hombre evolucionado, está siempre contento de su suerte. Sabe aceptarla».

«*La vie est un perpétuel changement. Il faut donc admettre tous les avatars, poliment, en souriant, en nuançant ses paroles. Tcheou-yi, consentie*
c'est
l'adaptation
»: «La vida es un cambio perpetuo. Así que hay que aceptar todos los avatares educadamente, sonriendo, eligiendo las palabras adecuadas. *Tcheou-yi* expresa resignación, consentimiento». (La revolución, por su parte, predica la insatisfacción ante el status quo y la necesidad del cambio. Pero ¿es posible olvidar los problemas personales y actuar para cambiar las bases sociales?).

Bitter y yo ya habíamos superado la barrera del sonido, es decir, de la desconfianza, y podíamos hablar de las cosas cotidianas como dos viejos amigos. Percibí que nuestra conversación se adentraba en el tema de la guerra de manera natural, sin forzarla. Bitter sabía que me interesaban sus historias de guerra, en especial, sus observaciones sobre operaciones menores, sobre la guerra de guerrillas y el comportamiento de los partisanos. Y noté que, poco a poco, se sentía más cómodo hablando del conflicto. Eso sí, siempre que su mujer no estuviese presente o que el ruido del entorno no le permitiese escuchar lo que decíamos. De hecho, la señora Bitter era un poco dura de oído y le avergonzaba admitirlo. Y así, para demostrar que oía perfectamente, de vez en cuando, y en el momento más equivocado, solía intervenir afirmando: «Pues claro».

Bitter me agradecía sinceramente que no sacase el tema delante de «su señora». En definitiva, me tenía por un buen compañero, cuando en realidad yo solo me dedicaba a escuchar.

Me confesó que, desde la guerra, padecía dolor de cabeza con frecuencia y que había intentado ocultárselo a su mujer para que no le controlase con más ahínco el alcohol que consumía. Me contó que en una ciudad de Yugoslavia bombardearon el comedor de los oficiales. Hubo muertos y heridos, y él acabó encastado contra un horno. Estuvo mucho tiempo inconsciente y despertó en un hospital. No tenía heridas, pero lo habían encontrado empapado de sangre. La onda expansiva había hecho que le sangraran la nariz y las orejas.

¿Que quién había lanzado la bomba? Todos lo sabían. Allí había soldados rasos, criados, camareros, ayudantes. Fue un ataque irresponsable. Pero ¿qué se podía esperar en los Balcanes? Claro que lo pagaron los civiles.

Civiles.

A lo largo de la historia todos los ejércitos han utilizado ese método. Presionar a la población para que la población presione a los miembros de la resistencia y su moral se vea perjudicada.

—En definitiva —observé—, se trata de ejercer presión.

Me lo confirmó pensativo. También él se había dejado llevar por una oleada de acontecimientos pasados. Permaneció callado mientras las imágenes se sucedían en su cabeza. Al fruncir el ceño, la frente se le arrugó. En su sencilla visión del mundo, el recuerdo de aquella guerra perdida era como una bebida de efectos impredecibles. Una y otra vez, durante todos aquellos años, se había sentado con algún conocido y había tenido que hablar del conflicto. Y siempre se había sentido descontento. Un hombre ordenado y sistemático como él, se había visto obligado a dialogar sobre aquel período tan importante de su vida sin orden ni concierto, como si los hechos hubiesen sido casuales y fortuitos. Molesto consigo mismo, recuperaba sensaciones, catalogaba acontecimientos, hilvanaba recuerdos y se perdía en un revoltijo de azarosas memorias. Pero siempre perseguido por la incómoda y amarga certeza de que las cosas deberían haber ido de otra manera.

—¿Por qué, Dios, por qué? *Mein Führer*, Adolf Hitler, la esvástica, los discursos del ministro Göbbels, del mariscal de campo Hermann Göring, del jefe de la policía Himmler; la espera de una nueva arma secreta, *wir marschieren*[12], un lugar en el sol. La raza superior, la derrota en Stalingrado, las ciudades alemanas bombardeadas, el desmoronamiento del frente, la batalla de Berlín, la muerte de Hitler, la ocupación de Alemania, los campos de prisioneros, los juicios de

Núremberg, la reconstrucción… Lo sufrimos todo. No fue la primera guerra que perdimos ni creo que sea la última… El caso es que ya no nos alteramos por todo eso. Si hay algo que nos divide y nos separa, son los recuerdos de aquellos tiempos; recuerdos emocionantes para algunos y dolorosos para otros, pero sin relación alguna con la política.

»En todas las guerras se derrama sangre, se cometen atrocidades, mueren personas y se destruyen ciudades. Niños inocentes aprenden a vivir de otra manera. Todo el mundo lo sabe. Grandes ejércitos se embarcan en largas campañas, ocupan territorio extranjero, persuaden a los rebeldes y humillan al enemigo confiando en una victoria que haga olvidar los horrores de la contienda y la violencia ejercida contra las personas. En eso no hay nada nuevo. Y si estás en el bando de los derrotados, pagas la cuenta.

Bitter sacudió la cabeza. Pensaba que iba a continuar, pero en eso apareció su mujer, luciendo su habitual y afable sonrisa.

Nosotros, querido Bitter, fuimos dos simples peones en aquella guerra. Los protagonistas son los que escriben sus memorias o pagan a alguien para que se las escriba mientras nosotros, aquí, en España, nos limitamos a preguntarnos qué es lo que realmente pasó. No hemos dejado ni dejaremos ningún recuerdo, ni tan siquiera una brizna de hierba junto al monumento al soldado desconocido, esa curiosa invención, esa tirita endurecida que protege la conciencia herida de la cruel burguesía. Señora, ¿quiere que vayamos a ver un espectáculo de flamenco esta noche?

Seguíamos echados en el puesto que nos habían asignado, tras la pendiente de una colina cubierta de hierba, intercambiando disparos con los alemanes a través de un valle poco profundo. Pese a todos mis años de entrenamiento físico como escolar, escolta, deportista, miembro del Sokol y soldado del ejército y la marina, no era más que un simple civil sin disciplina, y lo sabía. Siempre había dado rienda suelta a mis sentimientos e imaginación; siempre había intentado aplicar diferentes perspectivas a una misma situación para identificar sus causas y posibles consecuencias. ¡Menudo soldado!

La colina, la hierba, madrigueras de topos y, a nuestra derecha, un bosquecillo de robles que, más adelante, se convertía en una espesura de abetos y arbustos. A nuestra izquierda se veía el valle, un camino de carros que descendía de la colina y, más abajo, un sendero de tierra que serpenteaba entre campos abandonados, atravesados por surcos que no habían sido cultivados. También distinguíamos una acequia o tal vez riachuelo bordeado de sauces. Y, al fondo, la pendiente cubierta de hierba de la colina de enfrente, unos cuantos matorrales,

algunas rocas. Por encima se extendía una hilera de búnkeres de hormigón alemanes a través de cuyas troneras, prácticamente invisibles, se asomaban de cuando en cuando los cañones de las ametralladoras.

Las balas silbaban por encima de nuestras cabezas. Si las oyes significa que no han dado en el blanco. Porque si te dan, ni siquiera las oyes. Nosotros respondíamos sin entusiasmo. No tenía sentido disparar a tanta distancia y resultaba complicado cargar con la munición arriba y abajo. Puede que se tratara de hacerles saber que estábamos allí. O puede que hubiese algún otro motivo. El caso es que aquella acción recibiría el nombre de asalto a la antigua frontera alemana en Litija. De pronto oí una especie de resoplido que venía de arriba… El larguirucho tiró de mí y ambos apoyamos la cabeza contra el suelo. ¡Una mina! Los alemanes estaban intentando localizar nuestra posición.

—Abre bien las orejas —me dijo el de la voz potente—. Pronto te acostumbrarás a reconocer las que pueden darte en el cogote.

Aquella mina explotó muy cerca, detrás de una roca baja, y nos cubrió de tierra, hierba, raíces arrancadas y unas cuantas piedras. La única protección efectiva contra las minas es colocarte una placa de hormigón encima de la cabeza. Fue entonces cuando entró en acción nuestro mortero. Allí estaba, a unos veinte metros de distancia, apuntando hacia lo alto, similar a un cañón de pequeñas dimensiones. Para entonces ya me había convertido en ayudante del artillero, puesto que el anterior, aquel soldado torpe y gordo, se había torcido un tobillo antes de llegar al puesto.

—El truco del viejo gendarme —comentó el larguirucho—, que se torció el pie justo antes de que despegara el globo. No se lo rompió, no, ni se hizo un esguince. Simplemente se lo torció, de modo que no podía considerársele apto, pero tampoco herido. Y ahí estás tú, sin apenas fuerzas para seguir adelante, pero con la obligación de tener que arrastrar contigo a un crío indefenso.

—¿Abrimos fuego? —le pregunté sujetando el cargador con las manos.

Me lanzó una mirada fulminante.

—¿Es que quieres que te caiga una bomba en la cabeza?

Y se movió poco a poco hacia la izquierda, arrastrando consigo la Breda.

—No te quedes demasiado tiempo en el mismo sitio. Tienen buenos prismáticos y todo el tiempo del mundo.

Nos acomodamos en el hueco que se había formado entre dos tocones. El larguirucho se echó de espaldas y miró al cielo. Yo me

tumbé boca abajo y me puse a inspeccionar mi carabina.

—Me gustaría probarla —observé.

—Normal —dijo sin mirarme.

Escogí como blanco la rama de un roble joven que había por encima de mi cabeza, a unos treinta pasos a la derecha. Fallé el primer intento y no tuve mejor suerte con el segundo. Apunté de nuevo con cuidado y apreté el gatillo. Nada. A mi alrededor, los disparos de fusil se sucedían sin descanso.

Oí un ruido a mi espalda y me volví. Allí estaba Iztok, con los codos apoyados en la hierba y una débil sonrisa en la cara. Nuestras ametralladoras no disparaban, pero, al otro lado del valle, las de los alemanes seguían crepitando interrumpidas únicamente por fugaces momentos de silencio. Me enfadé conmigo mismo al advertir que Iztok, descuidadamente, apuntaba a algún lugar de la parte derecha de mi cuerpo. ¡Maldito listillo! ¿Por qué seguía sonriendo? Decidí apartarme y encender un cigarrillo.

—Conque andas cazando pájaros —me dijo con insolencia.

—¿Y tú qué? ¿Cazando topos? —le repliqué ásperamente.

Iztok se arrastró hacia el lanzaminas. Y yo le pregunté al Largo:

—¿Qué pretende ese entrometido?

Pero el Largo hizo como si no me hubiese oído.

Cuando una patrulla de dos hombres pasó a nuestro lado, uno de ellos exclamó:

—¡Cómo nos cuidamos!

—Diles a los de abajo que si no nos presentamos a la cena, es que nos hemos largado a casa —respondió el Largo sin levantar la voz.

No hagas preguntas. Todavía recordaba aquel consejo, aquel principio básico que debe respetar cualquier soldado. Y que solo él puede romper cuando estime necesario. Permanecí tumbado, mascando una brizna de hierba. Empezaba a anochecer. Percibía el olor de la tierra, el frescor de los tallos más jóvenes entre los amarillentos, las arrugas de las hojas de los arbustos. Percibía el sabor amargo de la brizna que mordía y la suavidad de la brisa que descendía por la ladera de la colina. Cada vez se oían menos disparos desde ambos lados. Un cohete luminoso voló por el aire para luego caer formando un arco sobre el valle. Al estallar alumbró una vasta extensión de campos. Los alemanes estaban reconociendo el valle. Ruido de pasos, confusión de palabras, cena de campaña, gente, una mula.

Siguiendo las instrucciones del Largo, nos quedamos allí echados y nos cubrimos con dos mantas y una tela impermeable de camuflaje. Por lo visto, no íbamos a abandonar el puesto para pasar la noche.

Todavía estábamos acomodándonos cuando, de la tenue y brumosa oscuridad, apareció Iztok y se puso a charlar: que estaría de servicio hasta medianoche, que hacía bastante frío y que creía que, aquella noche, la luna brillaría con especial intensidad.

—¿De servicio? —pregunté, y al acto me arrepentí de haber roto la norma de no hacer preguntas.

—Sí, tenemos que acorralar a una bandada de murciélagos —respondió muy serio.

En aquel momento me prometí en silencio que no volvería a hacer preguntas estúpidas.

El Largo se rascó el pecho y la entrepierna, permaneció inmóvil durante un momento y se rascó de nuevo. «¿Tendría sarna? —me pregunté—. ¿O un simple picor? ¿Serían nervios? ¿O acaso piojos?». Intenté retenerme, pero no tardé en dirigirme a él con gravedad, rompiendo así mi promesa. Este es el diálogo que siguió a continuación:

Yo (decidido): Oye, tú tienes piojos, ¿no es cierto?

Él (con indiferencia): ¿Es que tú no has cogido?

Yo: ¿Qué quieres decir? ¿Que todos tenéis piojos?

Él Largo se sorbió la nariz.

Yo: Por cierto, ¿cómo te llamas?

Él (de mala gana): Jošt. ¿Por qué?

Yo (fingiendo despreocupación): Ah, por nada. Para ponerles nombre a mis piojos mañana por la mañana. Por si alguien me pregunta de dónde han salido.

Él (sin inmutarse): Serás cretino.

Decidí no decir nada más hasta la mañana siguiente, pero no porque estuviese enfadado con él. El caso es que me resultaba muy extraño dormir con alguien bajo la misma manta sin adivinar, tratar de averiguar o descubrir de algún modo quién y cómo era. Aunque Jože, nuestro comandante, me había nombrado su ayudante, cabía la posibilidad de que le resultara insulso y despreciable. Tal vez siguiese pensando, como me había dicho en el patio, que era un agente provocador; tal vez no fuese casualidad que me hubiesen hecho su ayudante. Descarté aquellos pensamientos diciéndome, sin convicción, que estaba confuso. Cada cierto tiempo, un cohete se elevaba desde el otro lado del valle.

Dormí mal y a ratos; él ronco ligeramente durante toda la noche. Hasta la madrugada, nos volvimos dos veces, a la derecha y a la izquierda. Mientras permaneció tendido a mis espaldas, se mantuvo alejado de mi cuerpo, evitando el contacto con los brazos o las piernas. Lo único que noté fue su cálido aliento sobre mi nuca. El

sonido de disparos nos despertó cuando ya rompía el día. La partida del día anterior se reanudaba con nuevas descargas en ambas direcciones. Jošt siguió tumbado un rato y luego enrolló la manta y la tela impermeable. Sacó un mendrugo de pan y una cebolla de su mochila, y tras darles unos cuantos mordiscos compartió aquellos alimentos conmigo. Lo hizo de forma automática, sin dar muestras de generosidad. Del mismo modo que, más tarde, aceptó uno de mis cigarrillos y una cerilla.

Un instante después, estábamos disparando una ráfaga.

Ratatatatá… Ratatatatá… Ratatatatá…

Jošt se acomodó y le dio una calada al cigarrillo.

—¡Maldito sol!

Tras aquella maldición, me sentí mucho mejor. Jošt me miró y esbozó una sonrisa que rápidamente desapareció tras la culata de la ametralladora. La seriedad volvió a apoderarse de su expresión y su mirada se dirigió hacia el cielo.

Un poco más abajo, nuestra segunda ametralladora abrió fuego. Se estaban disparando más ráfagas de lo habitual. Nuestro pelotón estaba en el medio. Oímos disparos de fusil. A nuestra derecha, el sol empezaba a asomarse. La bruma matinal y las nubes deshilachadas se tiñeron de rojo y naranja, algo que no parecía presagiar buen tiempo. Traté de afirmar algo:

—Hoy lloverá.

—Mejor hoy que mañana —dijo Jošt. Y volvió a callar.

—A ver si en la próxima guerra me toca un compañero más animado —comenté, y dejé de mirarlo para dirigir mi atención a los primeros rayos de sol.

Jošt siguió callado, como si no hubiese oído lo que había dicho.

Más tarde, recibimos la visita de Iztok, el charlatán. «Qué curioso —pensé—, que dos personas puedan sacarte de quicio por motivos completamente opuestos: una, por no dejar de decir tonterías; y la otra, por no abrir la boca». Iztok me preguntó si sabía alemán. Sí, ¿por qué? No, por nada. Jošt continuaba allí tumbado ignorando la presencia de Iztok.

Decidí seguir probando mi fusil. Se trataba de un arma muy poco segura, de las que pueden explotarte en la cara. Para mí, que me consideraba buen tirador, aquel fusil era pura basura.

El tipo de la voz estentórea estaba en las inmediaciones, pero no lo suficientemente cerca como para poder distinguir lo que decía.

Hacia mediodía, el cielo se encapotó y empezó a caer una lluvia fina. Jošt desenrolló la tela impermeable y ambos nos cubrimos con ella, dejando fuera la cabeza. Ahora convivíamos, codo con codo, en

aquel diminuto espacio; oíamos y sentíamos la respiración del otro, solo que no hablábamos. Ya me había acostumbrado. Cada media hora, disparábamos una breve ráfaga para luego volver a nuestra inmovilidad. Por nuestro lado pasó un grupo de hombres transportando a un herido.

—Pobre diablo, no has podido esquivarla, ¿verdad?

Lo dije en voz baja, hablando para mí. Le habían dado en la cabeza, se veía por la venda ensangrentada.

La lluvia cesó casi por completo, pero al cabo de un rato volvió a caer con más fuerza. Se trataba de una lluvia persistente, desagradable, fría. La comida, una sopa de patata caliente con trozos de ternera y manteca de cerdo, nos sentó muy bien. Comimos despacio y en silencio. Al acabar, Jošt colocó su plato boca abajo en la hierba mojada y lamió concienzudamente la cuchara para luego guardarla en el interior de una de sus polainas. Acto seguido, arrancó un rectángulo de papel de periódico y lo enrolló en forma de tubo, lo rellenó con las hebras de tabaco que sacó del bolsillo de la pechera, lamió apenas los bordes y, con un hábil movimiento, dio por acabado el cigarrillo. Cuando lo encendió, apareció una llama que enseguida se convirtió en un brillo apagado. Jošt no me ofreció tabaco. De hecho, sabía que yo tenía una cajetilla. De todos modos, esperé un poco a propósito y finalmente encendí uno de mis cigarrillos. El de Jošt apestaba a papel quemado. Lo vi rascarse la axila izquierda. Si seguía rascándose con aquel frío, es que lo estaba atacando un ejército entero de insectos grises. ¡Mierda! A mí también me picaba todo el cuerpo. ¿Eran imaginaciones mías o ya los había cogido?

—Los has cogido, te lo aseguro —dijo Jošt sin entusiasmo—. Tenía que pasar tarde o temprano. Los míos, al menos, no tienen la cruz roja.

No sabía a qué se refería y preferí no preguntárselo. El tifus.

Para que no nos aburriéramos, los alemanes empezaron a lanzarnos minas. Jošt aguzó el oído por los dos, pero solo una o dos veces cayeron cerca. Hice un esfuerzo para no demostrar la tensión que sentía por dentro. «Las balas que te alcanzan no las oyes, pero puedes oír las minas —me repetía—. Es cuestión de acostumbrar el oído». Cuando una de aquellas minas cayó sobre un montículo rocoso, comprobé la destrucción que podía llegar a causar. Ya no nos picaba nada.

Para mear, nos acercábamos a un avellano que había un poco más abajo. Siempre agradecía aquel paseo. Lo aprovechaba para estirar las piernas e inspeccionar el escenario, que bullía con el ir y venir de soldados. Y para cagar, descendíamos un poco más, hasta un

bosquecillo de robles.

Me acababa de poner de cuclillas, prestando atención al canto de los pájaros, cuando advertí que, a mis espaldas, alguien me vigilaba. Me volví. Desde una roca, por encima de mí, Iztok me observaba. Me puse furioso. Aquel entrometido no me dejaba ni cagar tranquilo. ¿Qué querría? Un instante después, desapareció tan rápido como había aparecido.

Es muy difícil valorar correctamente tu entorno cuando dos sentimientos contradictorios entran en conflicto en tu interior: uno, particular, relacionado con tu estado de ánimo y tu imaginación, busca el calor, la seguridad y la buena compañía; y el otro, basado en el instinto y en un sentido de la percepción en el que la imaginación no existe, identifica las señales de peligro, realiza cálculos con frialdad y se decide a atacar. Ante la sensación de riesgo inminente, intentas tranquilizarte diciéndote ingenuamente que todo está en orden. La guerra es la mejor escuela para eliminar esos errores.

Abajo, en el valle, alguien ensayaba con una trompeta. Ya no llovía.

Hubo movimientos en la colina y llegó nuestro relevo. Jože nos reunió a todos y volvimos a la aldea. Allí, en una calle, nos pusimos en fila mientras un tipo al que no conocía pasaba revista y nos daba órdenes con su voz enérgica y joven:

—¡Descansen! ¡Recuento!… ¡En fila de a dos! Izquierda. Firmes. Derecha. ¡Descansen! ¡Marquen paso! ¡Descansen! ¡Marquen paso! Alto. Pero ¿qué os creéis que es esto? ¿El cuerpo de bomberos? Quiero oír un único paso, no cientos de ellos. Y mantened el pico cerrado, que no estáis en la terraza de vuestra casa. ¡Atención! ¡Marquen paso! ¡Descansen!

A continuación, se sacó un papel del bolsillo y nos leyó lentamente y con voz clara las noticias del Frente Oriental. El Ejército Rojo estaba cosechando grandes éxitos…

Yo estaba en la fila de la derecha. Y delante de mí tenía a Jošt, que había dejado en el suelo la Breda. Nadie prestaba demasiada atención a las noticias.

Desde una casa cercana, unos niños nos observaban. Y un jovencísimo partisano pasó guiando una mula por nuestro lado. ¡Rompan filas! Nos separamos y nos dirigimos al alojamiento que cada uno tenía asignado. Dejé la pesada caja de municiones en un banco que había en la parte trasera de la casa. Y en el patio de la casa de al lado vi a mi morena doncella tendiendo la ropa.

Gran festival de cante y baile

Tarantas
¡Fiesta hasta la madrugada!
¡Con el concurso de los mejores cantaores y bailaores!

¿Se había topado con soldados asustados?

—¿Miedo? —exclamó Bitter—. ¿Pánico? Es el tema que más se evita en el ejército. Aunque es evidente que los soldados son seres humanos… Sí, sí, desde luego…

Inmersos en aquel terrible jaleo de música y canto, su señora, que no tenía ni idea de lo que estábamos hablando, intervino:

—Pues claro…

¿Un vaso de sangría? Qué extraña bebida. La señora sorbió un poco y dejó la copa. A nosotros nos daba igual. Al fin y al cabo, a lo largo de la vida habíamos bebido de todo.

—No te planteas si pasaste miedo hasta que la guerra termina —comenta Bitter—. En plena refriega no tienes tiempo para reflexionar sobre ello.

Achtung: fünf Getränke inbegriffen!
¡Atención: cinco consumiciones incluidas en el precio!
¡Un ballet de arte!

—Nunca oirás a un soldado decir que está asustado. Durante los cuatro años que estuve en el ejército no oí a nadie mencionar una palabra sobre el miedo. En una ocasión, cuando los rusos nos bombardearon con sus lanzacohetes Katiusha, nos encontrábamos en una posición tan mala que la mitad de los nuestros, si no más, resultaron heridos… Sí, sí… De los quinientos que éramos, solo salimos unos cien con vida… Nuestros tanques se habían quedado sin combustible… nos faltaba munición… llevábamos tres días sin comer… un verdadero infierno… Nos bombardeaban sin descanso, noche y día… Me quedé medio sordo… Nuestro aspecto empezó a cambiar… Un soldado vino a decirme algo… lo miré, pero no lo reconocí… entonces me fijé en sus ojos, por debajo del casco, y descubrí que era Gerhardt. Sí, Gerhardt, totalmente cubierto de barro… con la manga manchada de sangre seca… la barba hirsuta, moteada de una especie de polvo blanco… ¿De dónde había salido aquello? Sin duda alguna, había estado comiendo harina directamente del saco. Todo un oficial, condecorado con la Cruz de Hierro, ya ve usted… Más tarde cayó en la defensa de Berlín.

»Muertos, heridas, sangre… te acabas habituando a todo, solo te afecta al principio. *Der Mensch ist ein Gewohnjeistier*, el hombre es un animal de costumbres. Lo más espantoso es no saber qué está ocurriendo y ver el terror reflejado en el rostro de otro. Y luego están los obuses, por supuesto…

—Claro —dijo la señora añadiendo un paréntesis.

—Una de las peores situaciones en las que te puedes encontrar es que te bombardeen o disparen desde el cielo… Eso sí, cuando la ofensiva termina, te sacudes como un perro empapado, recuperas el aliento, sueltas una ristra de tacos, intercambias la mirada con algún compañero y sigues adelante.

»¿Escenas de pánico? La verdad es que no recuerdo ninguna. Alguien me contó la historia de un soldado que enloqueció. Durante un bombardeo, el soldado en cuestión salió del refugio y se puso a soltar un discurso antes de que un proyectil le alcanzara la espalda. Pero ese tipo de casos son raros. En el ejército, los locos actúan con cordura, mientras que somos los otros los que la perdemos. En el ejército, los enfermos del corazón se curan, las úlceras de estómago desaparecen y el dolor causado por el reuma se desvanece.

El rostro de Bitter había adoptado los rasgos de un sabio. Ahora sonreía con facilidad. El tipo distante y educado de los primeros días se había convertido en un amable filósofo. Yo había contribuido a ese cambio al mostrarme como un público atento e interesado. Fue así como empezó a apreciarme y a necesitar mi compañía. Bitter se había olvidado de lo que estaba pasando en el tablado. Una nueva actitud caracterizaba sus incursiones en el pasado lejano, una actitud decidida a explicar las cosas a su manera… y todo debido a mí.

¡Flamenco show!

¿Que hay que meter a cinco personas por metro cuadrado en una sala de espectáculos para luego sentarlos en un banco largo y ofrecerles bebida? La industria turística española se encargará de ello. En Yugoslavia, el turismo es un negocio de segunda que requiere grandes inversiones y alcanza un éxito moderado.

En el tablado hay dos mesas, una a la izquierda y otra a la derecha. Y en cada una de ellas hay sentadas tres bailaoras. Los hombres permanecen de pie. Unos y otros bailan por turnos. Canciones, música de guitarra, trajes de colores.

—En el fondo, todo se basa en la iniciativa. Si los soldados tienen la sensación de que su comandante, que lo ve todo y lo sabe todo, controla la iniciativa, se sentirán tranquilos, confiados y optimistas; dispuestos a emprender cualquier acción porque el sacrificio parece natural y necesario. En este caso, los soldados odian al enemigo y

creen en la victoria. Pero si creen que la iniciativa la tiene el enemigo, todo se vuelve más complicado, en especial si esta percepción se alarga en el tiempo. Es entonces cuando su moral empieza a tambalearse. Los oficiales y, sobre todo, los suboficiales son los que tienen que dar ejemplo en esos momentos. Es crucial que los soldados no adviertan señales de duda en los puestos de mando. Si quiere que le diga la verdad, tuvimos unos suboficiales excelentes…

»¿Qué ocurre, entonces, cuando los generales no son los que deciden la estrategia? Que acabas frenético. De los despachos de los políticos nos llegaban planes que no tenían en cuenta nuestro puesto en el frente, que obviaban la realidad del momento y exigían una victoria a cualquier precio… ¿Y qué significa eso en el ejército? Vidas humanas. Si nuestros políticos hubiesen tenido el talento militar de nuestros generales y mariscales de campo, y si estos hubiesen tenido el de nuestros suboficiales, ¿qué habría ocurrido? ¿Qué peso tenían los generales del frente? ¿Qué influencia podrían haber llegado a tener en el transcurso de una acción los informes, análisis y recomendaciones que enviaban a diario al alto mando de la Wehrmacht? Porque, por lo general, el alto mando no se atrevía a pasar esos informes al despacho de Hitler. Ya en el primer año de guerra, Hitler se veía triunfante en Moscú, convencido de que no iba a pasarle lo mismo que a Napoleón, lodo lo que fuese en esa dirección era correcto, acertado y bien recibido; pero si alguien se atrevía a formular una objeción, se veía de pronto poco menos que acusado de alta traición, amigo mío… Sí, sí, era así… Se premiaban las buenas noticias, aunque fuesen inventadas, y se condenaban los hechos, por muy indiscutibles que fuesen. ¿Y cuánto tiempo pasó hasta que descubrimos la verdad? Incluso hoy, nadie sabe exactamente cuántas bajas sufrimos. Puedes persuadir a tus tropas para que ataquen por aquí o por allí, puedes conseguir que una división diezmada vuelva a la carga, hasta puedes convencer al último hombre de una brigada para que siga luchando… Pero es imposible desplazarse sin carburante, disparar sin balas, sobrevivir sin comida, correr con barro hasta las rodillas, avanzar con los pies helados… Nada de esto se entiende desde una oficina segura y caliente en el fondo de un búnker. Y te llega una orden que dice que al día siguiente hay que entrar en Kursk, cuando resulta que tu brigada está empantanada vete a saber dónde, rodeada por el enemigo. Esto son problemas, no necesariamente miedo.

»¿Que qué es el miedo? Algo que la naturaleza ha dado a todas las criaturas, a unas más que a otras. La liebre es más miedosa que el león, por ejemplo. Los franceses y los americanos escriben sobre el miedo; pero los ingleses, los alemanes y los rusos, no. Tampoco los

japoneses. A los franceses les gusta recrearse en la parte más sentimental de las personas. Y los americanos son expertos en temas de mercado: entre la avalancha de libros y películas sobre los héroes del Salvaje Oeste, una historia sobre el miedo y los horrores de la guerra se puede convertir en un best seller.

—¿Lee mucho?

—¿Sobre la guerra? Sí, desde luego. Tenemos traducciones de todo. A veces, cuando no puedo dormir, leo. Pero no sirve de mucho. Leí un libro japonés sobre los kamikazes. Muy bueno. Y otro sobre los combates aéreos que tuvieron lugar en el Pacífico. El experto que lo escribió hizo un buen trabajo.

—¿Hay alguna diferencia entre el espíritu militar japonés y el alemán?

—¿El espíritu militar, dice? A ver, primero definamos qué es el espíritu militar. ¿Se refiere a la táctica o a la moral? Muy bien. Los japoneses son buenos tácticos y su moral, en términos de entrega y valor, es muy alta. Sin embargo, hay una diferencia entre el ejército japonés y el alemán, desde luego que la hay. Diría que su actitud es bastante religiosa, mientras que la nuestra es más profesional… Sí, eso es. Los japoneses creen en el paraíso y en el origen divino de su emperador. Los alemanes, por el contrario, creen que la victoria depende de la calidad de las armas. Unos y otros se contradicen, por supuesto. En las hebillas de nuestros cinturones llevábamos grabado «Dios está con nosotros», pero ese era el único guiño a la religión. Cualquiera de nosotros podía dudar de la existencia de Dios, pero nadie se atrevía a dudar ni por un instante de la victoria…

»¿Miedo? Un ejército regular nunca lo admitirá, al menos oficialmente. Pero cualquier comandante competente ha de contar con él. Debe temerse a los superiores. El coronel debe temer a su general; el mayor, a su coronel; el capitán, al mayor; y así hasta llegar al soldado raso, que debe temer en su debida proporción a todos los que están por encima de él, a la policía militar y a los tribunales militares. Por el contrario, nadie debe temer a sus subordinados. Y, en cualquier caso, el enemigo será considerado un cobarde miserable y un majadero, a menos que venza, en cuyo caso se convertirá en un monstruo, un criminal y un loco que, al final, recibirá su merecido porque Dios está de nuestro lado…

Bitter entrecerró los ojos y sonrió taimadamente. En aquel hombre sencillo y serio, la astucia se presentaba como algo nuevo. Volvía a ser un soldado que calculaba el terror que debía infundir en los de abajo y mostrar hacia los de arriba. Se trataba de un juego con unas normas no escritas, pero cuidadosamente diseñadas y de estricto

cumplimiento. Tuve que sonreír. Me miró con simpatía.

¡Típico Espectáculo Flamenco!

Empezó a haber movimiento en nuestro puesto, pues llegaron nuevas unidades y el fuego se intensificó. La actividad también se incrementó en el otro lado. Ahora también nos lanzaban obuses.

Esta noche atacaremos los búnkeres alemanes. ¿Qué?

«Nuestro» búnker está en un extremo… en lo alto de las rocas…

¡No hagas preguntas! Las rocas no nos vendrán mal.

El comandante Jože está tranquilo y serio.

Tenemos un saco de bombas.

¡Necesitamos granaderos! ¿Algún voluntario? Necesitamos dos, tres a lo sumo. Me ofrecí el primero sin pensármelo dos veces. El siguiente en hacerlo fue Gartner, un estudiante de Ljubljana, un tipo delgaducho con gafas. ¡Vaya dos para atacar a los de Hitler con granadas! Creía que tendría un compañero con algo de experiencia, un compañero de quien me pudiera fiar y tomar ejemplo. Pero este seguro que esperaba tomar ejemplo de mí. ¿Qué es lo que decían las madres serbias? Hijo mío, no seas ni el primero ni el último; siempre habrá un esloveno dispuesto a que le den una patada en los morros o en el culo.

Enfadado conmigo mismo, me puse a revolver el saco de granadas. La mayoría eran italianas. El problema es que me habían hablado muy mal de ellas y no las consideraba fiables. Las alemanas no me parecieron mejores. Por suerte, descubrí tres Kragujevac yugoslavas y me las apropié. También encontré una pequeña de color negro. «¿Y esta?», me pregunté. Una granada de la Ustacha. Me la metí en el bolsillo. «Tú, pequeña, morena como la joven que seduje anoche, vas a ser mi preferida». Alguien me interrumpió. Iztok, quién si no. Pese a no haberse ofrecido voluntario, se había quedado de pie, a un lado, observándome como si no pudiese alejarse de mí. Gartner cogió unas cuantas Stillers. «Tendré que ir con cuidado de que no me tire una a la cabeza».

Uno cargaba con unas grandes cizallas; quién sabe de dónde las habría sacado. Para cortar alambradas, claro. Todos cargábamos con algo. El toque doméstico lo aportaba el que llevaba un cesto de ropa cargado de municiones.

Jože hablaba sin preocuparse de que lo escuchásemos.

—La frontera está mal defendida… No hay alemanes en todos los búnkeres… A veces te encuentras con reservistas y a veces con matones… Saldremos cuando oscurezca… La semana pasada, algunos de los nuestros estuvieron «allí arriba»… y volvieron con las mochilas y los bolsillos llenos de cigarrillos, margarina, galletas… dos revólveres, un flamante Schmeisser…

La boca se me hacía agua, pero no por la margarina o las galletas, sino por el revólver y el fusil. «¡Miradme! Soy yo», dijo San Lucas.

La nueva situación me había levantado el ánimo pese a Jošt, que no sonreía y me miraba con resentimiento. Había perdido a su ayudante y le tendrían que asignar uno nuevo. ¿Pero por qué se enfadaba conmigo? Tal vez tuviese razón. Incluso yo me había enfadado conmigo mismo en innumerables ocasiones. Mi aspecto de hombre duro no conseguía ocultar que el curso de los acontecimientos me afectaba en exceso y que mi estado de ánimo sufría constantes altibajos.

—Seguiremos por aquí hasta llegar abajo… continuaremos a través de los surcos… lentamente, avanzando con cautela… si lanzan algún cohete sobre el valle, ni se os ocurra pestañear… y si nos descubren, seguid adelante… poneos a cubierto… si conseguís meteros entre las rocas… estaréis a cubierto… fuera del ángulo de tiro de la metralleta… se trata de que logréis llegar al punto muerto que hay debajo del búnker… quitéis la anilla… ¡y por la tronera!

»¿La tronera? Sí, es ancha… aunque desde lejos no se aprecia… Procurad que entre… y calculad bien el tiempo… de lo contrario, los alemanes os la lanzarán de vuelta… y puede que os aterrice en la cabeza…

—Nos vemos en Berlín —dijo el hombre de la voz estentórea.

Nadie rio.

Durante el descenso a través del bosque, tuve un incidente con Iztok, que me pisaba los talones y balanceaba el fusil con despreocupación temeraria. En un momento dado me detuve a su lado y le pasé el brazo por detrás de los hombros en un ademán amistoso. A continuación, mientras seguíamos andando, le hablé en voz baja pero con firmeza.

—Escúchame bien, Iztok, y haz caso a lo que te digo. Si te veo detrás de mí cuando los alemanes abran fuego, te vas a enterar. ¿Queda claro? Y nunca lleves el fusil así. Podría dispararse accidentalmente. ¿Queda claro? Camina por donde quieras, pero deja de seguirme. Espero que sepas lo que te conviene. ¿Me entiendes?

Iztok se limitó a mirarme con los ojos abiertos como platos y se apresuró a adelantarme. Sí, amigo, sí; puede que estuviera en lo cierto o puede que no. Qué más da. El caso es que me sentía mejor, y eso era lo importante.

Estábamos en el valle, echados en un marjal cerca de una zanja, cuando un cohete atravesó el cielo, dibujó un arco y nos iluminó de tal modo que podríamos habernos puesto a leer un libro. Los alemanes empezaron a disparar y, angustiado, pensé que nos habían

descubierto. Reinaba la oscuridad y el cielo estaba cubierto de nubes; las condiciones eran perfectas. La bruma que se extendía por el marjal nos mantenía ocultos e impedía que unos prismáticos nos pudiesen localizar. Claro que el mal tiempo del día anterior también jugaba en contra nuestra. Cuando nos arrastrábamos junto a aquella zanja o riachuelo o lo que fuese, los brazos y las piernas se nos hundían en un fango pegajoso. Hubo un momento en que la rodilla se me hundió más de veinte centímetros… Llevábamos la ropa empapada… Y la situación no mejoró cuando llegamos a la tierra labrada… Lo que desde arriba parecía un campo de trigo con surcos definidos, era en realidad un mar de barro. Íbamos sucios como puercos cuando empezamos a ascender entre los arbustos de la ladera. «Un poco más, un poco más… ¡Que no lancen ahora ningún cohete!». Como en respuesta a mis pensamientos, vi que uno atravesaba el cielo. Acto seguido, se armó el caos. Las balas pasaban silbando, y pedazos de hierba y tierra volaban por los aires. Oí al tipo de la voz estentórea que decía:

—Hasta aquí hemos llegado.

Lo dijo en un tono de resignada melancolía que solo más adelante califiqué de ridículo. Algunos de los nuestros también disparaban. Jošt apuntaba hacia arriba. Pero a mí no se me había ocurrido hacerlo. El estruendo de sus armas nos envolvía. Durante un instante la oscuridad fue total, cegadora. Luego lanzaron otro cohete, seguido, como mínimo, de dos más, y el valle quedó iluminado como si fuera de día. Solté un fuerte suspiro cuando logré ponerme a cubierto entre las rocas. ¿Dónde se había metido Gartner? Jože se acercó a mí corriendo, y luego nos alcanzó alguien más. ¡Qué demonios! ¿Había sido yo el primero en llegar? Deporte, muchachos, deporte. ¡Nada mejor para mantenerse en forma! Habría querido intercambiar una mirada con Jože. ¡Imposible! Sus ojos estaban en continuo movimiento y no paraba de dar gritos; qué gritaba y a quién, era un misterio. El caso es que ni siquiera me había visto. Siguió otro instante de oscuridad total que aproveché para continuar ascendiendo: rodeé la roca y, por pura casualidad, pude agarrarme a una mata de hierba con la que me impulsé hacia arriba… El estruendo de las armas era tal que no oía nada más, excepto los obligados gritos humanos… Sentí que la tierra temblaba a mis pies, aunque nunca supe si tembló de verdad o no… Explosiones, disparos, detonaciones… ¿También lanzaban granadas? Desde luego, no podían ser los nuestros… Si estábamos allí, atacando los búnkeres… ¿por qué iban a lanzarnos granadas los nuestros? ¡Por fin! ¡Había llegado al ángulo muerto! Debía ser rápido… Quité la anilla… Veintiuno… Ni demasiado pronto, ni demasiado tarde… Una

llama alargada parpadeó por encima de mi cabeza e iluminó todo lo que me rodeaba… ¿Es que ya estaba allí Gartner? ¿Y también Jože? ¿Cómo lo habían hecho?

No sé qué granada estalló primero en el búnker, si la mía, la de Jože o la de Gartner. ¡Una más! Algo había cambiado: aunque los disparos continuaban sonando a uno y otro lado, no se oía ningún ruido por arriba. Fui el cuarto o el quinto en pasar por la abertura de la alambrada… Jože permanecía de pie en la entrada del búnker. Sostenía un trozo de diario en las manos, encendido a modo de antorcha. Jošt había instalado la ametralladora en la estrecha plataforma que había detrás del búnker.

Todo me pareció escandalosamente sencillo.

Iztok también llegó arrastrándose. Creo que me evitaba. ¿Y esos ladridos? ¿De dónde habían salido?

Un pastor alemán se había acercado a la entrada del búnker. Era evidente que estaba herido, puesto que no movía las patas traseras. Sin embargo, aquel fiel animal nos enseñaba los dientes, echando espumarajos de furia. Jože lo remató disparándole entre los ojos. El perro se sacudió y quedó inmóvil en el suelo. Distinguimos tres figuras en el interior del búnker. La luz parpadeante apenas nos permitía ver nada, ni siquiera el color de sus uniformes. Aquellos cuerpos que yacían allí, unos contra otros, parecían estar cubiertos de polvo o revoque. Sobresalía la mano abierta y blanca de uno, una mano que se torcía por detrás de una espalda.

Oímos una ráfaga de ametralladora. Esta vez muy cerca. Se trataba de Jošt.

¿Dónde estaban los fusiles y los revólveres? Di la vuelta a uno de los cadáveres tirándole del brazo extendido. Cómo pesaba. Pero no llevaba ningún arma en el cinto. La cabeza le colgaba, dejando al descubierto su cabello corto y una nuca ancha y rasurada.

Poco después volvíamos a descender, esta vez mucho más rápido. El enemigo nos disparaba de nuevo desde todos los ángulos. Uno de los nuestros cayó, no sé si debido a una bala o una ráfaga. Las bengalas flotaban por encima de nuestras cabezas, iluminándonos el camino que se adentraba en el valle. La hierba saltaba por los aires. Al ver que se había formado un remolino de tierra y piedras cerca de mí, me lancé al suelo y me di un golpe en el pómulo… «¿Esto es todo?», me pregunté con indiferencia. Un instante después ya había cruzado el arroyo y avanzaba entre los arbustos del otro lado. A mi alrededor, otras figuras también se apresuraban.

No nos detuvimos hasta que llegamos a la pendiente de nuestro lado.

Pero ¿qué había ocurrido? ¿Nos habían cogido por sorpresa? Me limité a hacer lo mismo que los demás. Había regresado. Y en vez de hacer preguntas, esperaría a que alguien me diese las respuestas. Pero nadie dijo una palabra. Jože envió a algunos hombres a patrullar quién sabe dónde, Jošt había empezado a disparar de nuevo e Iztok, tendido boca abajo, respiraba con dificultad. Noté que algo me corría por la mejilla. Sangre. Me toqué la herida del pómulo con los dedos. Se trataba de un corte pequeño y superficial. Debía de haberme golpeado la cabeza contra algo. Intenté recordarlo. Diablos, ¿no me habría golpeado torpemente con aquel fusil del que quería desprenderme? La acción había terminado y, con ella, las emociones fuertes. Ahora la brigada se iba a reunir en el granero.

Unos cuantos hombres habían hecho una hoguera y se habían sentado a su alrededor. Uno de ellos sacó una patata de una bolsa, la pinchó en un palo y la acercó a las llamas. En el ejército, la manera de hacer las cosas es muy diferente a la de los escoltas.

Me enteré de que habíamos destruido tres búnkeres alemanes y de que habíamos logrado escapar justo a tiempo. Desde el valle, los alemanes habían recibido ayuda al instante. Los cohetes blancos los usaban para iluminar, pero el rojo había sido para pedir refuerzos. ¿El rojo? ¿Es que no lo había visto? Nunca llegaré a saber lo que realmente pasó aquella noche. De la colina nos seguía llegando el sonido de disparos. Una vez seco, empecé a quitarme el barro. Vi a Jože de pie, junto a la hoguera, esperando a que el barro cayese por su propio peso; y también a Jošt, que esbozó una sonrisa al advertir mis esfuerzos por asearme.

—Ya tienes un nuevo ayudante —le dije, tratando de que mis palabras sonaran como una afirmación y no como una pregunta.

—Así es.

—Supongo que no me has echado de menos —continué.

—¿Echarte de menos? —Ni rastro de la sonrisa—. Siempre estás exagerando —añadió.

Y entonces descubrí lo que le había molestado de mí.

Jože se puso a hablar con un tipo que, a juzgar por el estado de su ropa, no nos había acompañado durante la ofensiva. Por lo visto, había venido desde nuestro lado del valle.

¿Y Gartner? ¿Dónde demonios estaba Gartner? Gartner era estudiante de medicina y se había quedado en el valle con los heridos. Entonces ¿por qué se había ofrecido voluntario para encargarse de las granadas después de que me hubiese ofrecido yo? La guerra es una sucesión de preguntas que ni se formulan ni se contestan.

Me propuse comparar dos breves instantes de aquella ofensiva: el

momento en que me había quedado inmóvil en el marjal, por ejemplo, cuando el primer cohete lo había iluminado todo; y ese otro momento en que había abandonado la seguridad de las rocas para alcanzar el búnker. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo me había sentido? ¿Qué podía aprender de mí mismo?

Mientras estaba echado e inmóvil, lo único que me importaba era que no me vieran los alemanes. La sensibilidad de mi cuerpo se había disparado y sentía toda una serie de mecanismos trabajando dentro de mí. La tensión era indescriptible. No podía hacer más que esperar y escuchar, y aquel momento se hizo eterno. Un calambre me oprimía el estómago. La luz se hizo más intensa. Y me invadieron unas ganas terribles de cagar. No puedo hablar de sentimientos o sensaciones concretas; solo de un suave pero frío estremecimiento. Supongo que eso es el terror. Desde algún lugar, unos ojos inspeccionaban el valle a través de unos gemelos. No podía hacer nada, ni siquiera moverme. Apreté los dientes. Sí, todavía lo recuerdo.

Fue completamente diferente cuando escogí el momento para rodear las rocas y escalar aquella pendiente empinada mientras los proyectiles de las metralletas silbaban a mi alrededor. No recuerdo que se produjese ninguna reacción por parte de mi cuerpo: ni ganas de cagar, ni retortijones en el estómago, ni escalofríos. Pero sí experimenté un intenso sentimiento de rabia hacia aquellos alemanes que se ocultaban tras las paredes de hormigón del búnker, aquellos matones sin rostro, despreciables reservistas, miserables bastardos que habían venido de tan lejos para convertirnos en sus esclavos… etcétera, etcétera. Resultaba extraño, pero al mismo tiempo necesario. Y el deseo incontrolable de poseer un fusil Schmeisser. Ingenuamente, lo deseaba con todas mis fuerzas. Pienso en el rostro sombrío del comandante Jože y mi actitud de aquel momento me hace sonreír. Calma, amigo, calma. Pero ¿y mis ambiciones? Yo quería ser el primero, despertar admiración. Había dos factores en juego: el espíritu deportivo y las ansias de gloria. Y unos cuantos más ingredientes, algunos bastante execrables.

Jošt tenía razón, me gustaba exagerar. ¿Y qué? El carácter de los hombres no se puede cambiar. Tanto Jože, que tenía experiencia, como Gartner, que no la tenía, habían actuado bien. Y, con todo, era evidente que cada uno se movía en una escala diferente de deseos y emociones. En cuanto a Jošt, había llegado allí arriba casi al mismo tiempo que yo, pese a ir cargado con la pesada Breda. Todavía puedo verlo sentado junto al fuego, sin asomo de orgullo; para él, lo que acababa de pasar era normal y necesario. Por ese motivo, no sentía ningún deseo de hablar de sus sentimientos, ni ninguna curiosidad por

conocer las experiencias de los demás. ¿O acaso me equivocaba?

Nuestro delegado político, que respondía al nombre de Lojze, nos explicó cuál era la situación en los frentes y nos aseguró que el ejército alemán no podría resistir mucho más. Hablaba muy alto, tal como le habían enseñado, sin esperar que confirmásemos o rebatiésemos sus palabras. Según nos dijo, el Ejército de Liberación Nacional había pasado de contar con pequeñas unidades, destacamentos y compañías, a convertirse en un ejército bien organizado, formado por cuerpos, divisiones, brigadas y batallones. Afirmó que disponíamos de armamento pesado, artillería. Y que pronto también tendríamos aviones. La población civil estaba de nuestra parte y había llegado el momento de asestarle el golpe final a aquella fiera herida. La moral del ejército alemán se estaba derrumbando y los lacayos de los invasores, la Guardia Azul y la Blanca, estaban temblando al pensar en el justo castigo que les aguardaba.

Lojze hizo una pausa. Su discurso no parecía despertar ningún interés especial entre los partisanos.

—Me parece fantástico —dijo uno de los combatientes—. Pero ¿cuánto tiempo más vamos a tener que aguantar? Llevo luchando más de dos años.

—Deja que otro haga tu trabajo —le contestó el tipo que había estado conversando con Jože—. Recuerda cuántos hombres se han unido a nosotros desde la rendición de los italianos.

Todos advertimos el tono de autocomplacencia que acompañó a aquellas palabras. Tras lo que acabábamos de pasar durante la ofensiva a los búnkeres, una respuesta más concreta habría sido mucho más adecuada.

Cuando volvimos a adentrarnos en el valle, las primeras luces del amanecer teñían de gris el cielo.

Ya en la casa, unos cuantos se echaron a descansar y el resto nos sentamos a la mesa. Convencí a la patrona para que nos preparase un té de lima.

A través de las ventanas enrejadas, la luz gris de la mañana iluminaba la mitad de nuestros rostros; la otra mitad seguía oculta en la penumbra. ¿Qué habríamos encontrado si hubiésemos podido leer los pensamientos de aquellos hombres? Cansancio, preguntas, esperanza, corazonadas. Nadie había hablado explícitamente sobre la inminente ofensiva alemana, pero todos la esperábamos.

—Los alemanes están enviando esclavos a Alemania desde todos los rincones de Europa. Sí, incluso ahora —comenté, tratando de atraer la atención de aquellos que todavía estaban interesados en lo

que ocurría más allá de nuestras fronteras. Empezamos a charlar. Les conté lo que sabía sobre los campos de concentración alemanes.

—En el Volga, los alemanes se han dado de bruces.

Y también lo que había oído por la radio. En Stalingrado no solo había habido combates entre casas, también entre diferentes pisos y habitaciones.

—El mito sobre la imbatibilidad del ejército alemán se ha derrumbado y eso, sin duda alguna, influirá en el curso de las próximas batallas.

¿Qué? ¿Qué ya han empezado las conversaciones en Berlín? La serpiente se muerde la cola, la serpiente agoniza, pero sigue silbando.

Advertí que algunos de aquellos hombres me escuchaban con entusiasmo. De hecho, se habían animado. En términos generales, les estaba contando lo mismo que les había dicho Lojze, pero de otra manera.

—La guerra ha alcanzado su punto de inflexión. Ya hemos dejado atrás lo más crudo. Ahora se trata de esperar el desenlace y la derrota final de esos desgraciados. Cada día y cada noche, hay bombardeos sobre Alemania. Llegará un momento en que los alemanes no podrán enviar más refuerzos al frente.

—¿Pero cuánto tiempo más va a durar?

—¿Y qué va a ocurrir mientras tanto?

—No puede durar mucho, pero tampoco va acabarse de la noche a la mañana. Hay que diseccionar la serpiente alemana, y hay que hacerlo poco a poco. Cuando el hacha alcance la cabeza del animal, habrá llegado el final. La serpiente no podrá recomponerse. Tened en cuenta que somos unos afortunados. En muchos lugares de Europa hay gente que está peor que nosotros.

Entonces me lancé a describir con todo lujo de detalles las cárceles alemanas, las investigaciones que se llevaban a cabo, la ejecución de rehenes, los repentinos asaltos a pueblos y ciudades, las torturas que infligía la Gestapo.

—Mientras tanto, nosotros nos ponemos en marcha y en una tarde liquidamos unos cuantos búnkeres de cemento armado; tras lo cual, regresamos a este agradable pueblecito y nos tomamos un té.

En realidad, no estábamos sufriendo demasiado.

Aquel comentario pareció gustarle especialmente a un joven partisano, que estalló en carcajadas y golpeó la mesa con el puño.

—Tienes toda la razón del mundo —dijo con convicción—. Venga, Cuéntanos más. Estás haciendo que me sienta mucho mejor.

Iztok, que se había echado en una cama, se levantó, se acercó a la mesa y se sentó a mi lado. Su expresión había cambiado por completo;

el brillo de sus ojos irradiaba confianza. No pronunció palabra, pero se dedicó a escucharme con atención, como queriendo retener las palabras que salían de mis labios.

Hitler había enloquecido de rabia al enterarse de que sus tropas no habían llegado a Moscú. Y poco después tuvo lugar la derrota de Stalingrado. Había quien opinaba que la guerra se había decidido en las afueras de Moscú, donde los jóvenes se lanzaban bajo los tanques enemigos con bombas de diez o quince quilos.

Lo que debía de haber supuesto para Hitler el hecho de no poder leer el discurso que había preparado para Moscú. Napoleón había llegado a la ciudad justo cuando esta empezaba a arder y había tenido que retirarse en lo más crudo del invierno ruso. Pero Hitler había previsto llegar allí con tiempo para instalarse antes del invierno. El problema es que cometió algunos errores de cálculo.

—Los rusos acababan de repartir entre la población las últimas reservas de harina cuando los aviones alemanes aparecieron sobre la capital. El caso es que no lanzaron bombas ni dispararon ráfagas; se limitaron a arrojar octavillas. «Llevaos la harina a casa —habían escrito— y haced pan. ¡Mañana iremos a comérnoslo!». Pero nunca lo hicieron. Menudo feo, ¿no es cierto?

Los chicos rieron.

El té también les hacía sentirse bien.

Detalles como ese, más o menos importantes, determinan el estado de ánimo de las personas. Una especie de calor familiar flotaba en el ambiente. El entusiasmo de Iztok por mi conversación había conseguido limar las asperezas anteriores. Durante aquella inesperada ola de amor hacia aquellas simples criaturas, tuve que morderme la lengua para no demostrar ninguna emoción. «Nadie conocerá jamás los temores y esperanzas que abrigan estos chicos —me dije—. Si sobrevivo, yo seguiré hablando sobre mí mismo, pero ellos nunca podrán expresar lo que han sentido. Más adelante, cuando se acabe la guerra y haya pasado mucho tiempo, se reunirán de nuevo, competirán para pagar la ronda, reirán, blasfemarán y compartirán anécdotas y recuerdos sobre lo que vieron; anécdotas y recuerdos confusos, desordenados, sin ningún sentido. Luego se separarán, cada uno de ellos con su propio vacío. No habrán sido capaces de contarse lo que realmente pasó».

Aquella mañana sentimos la victoria al alcance de la mano.

—¿Y después? ¿Cómo será la vida después de la guerra, después de la victoria?

Algunos se hacían esas preguntas.

Si les hubiese descrito un brillante amanecer, ¿no habrían querido

saber qué ocurriría a continuación, y así hasta preguntar por lo que les esperaba tras la muerte? ¿Estábamos soñando despiertos, haciendo castillos en el aire? No, querido amigo, no; es demasiado pronto para hablar de eso. ¿Debería subrayar el hecho de que a lo largo de esta narración todavía no he mencionado a ningún político sensato (con la excepción de Henrik Tuma)? ¿Debería recordar que nuestros políticos pecaban de un miserable servilismo, de una codicia y soberbia que en mayor o en menor grado los había convertido en unos traidores? ¡Qué decir de la política eslovena!

—¿Gobernaremos nosotros? —me preguntó un campesino.

—¿Quién si no? —intervino otro.

(El optimismo, una vez alcanzado, se mantiene intacto).

Decidí conducir la conversación en otra dirección: ¿qué necesitan los hombres?

—Salud y dinero —respondieron unos.

—Paz, justicia y placer —sugirieron otros.

—Pensemos en un niño que está por nacer —les propuse—. Tiene todo lo que necesita, ni mucho ni poco. El útero de su madre es el paraíso. Recibe alimento, calor y seguridad. Y forma parte de un todo. Nada le preocupa. Más adelante, cuando nace, empieza su exilio. El hombre más infeliz es el hombre más aislado. ¿Sabéis quién?

—¡Un ermitaño, claro!

—¡No digas tonterías! ¿Un preso incomunicado?

—¿Los locos?

Me pusieron los ejemplos más variados: enfermos, delincuentes, aquellos que padecían alguna enfermedad contagiosa como la lepra. ¿Los viejos? ¿Los náufragos? ¿Los eruditos?

—No —respondí—. Los hombres más aislados son los líderes, los generales, los tiranos que se sientan, completamente solos, en la cúspide de la pirámide que han construido.

La conversación se volvió más superficial, pero la animación general se mantuvo.

Entonces entró Gartner y nos anunció que el de la voz estentórea había muerto.

En una misma mañana había experimentado, al menos cuatro veces, un sentimiento de inferioridad. Estaba perplejo.

Primero, aquella voz estentórea, extraña, que se había levantado por encima del estruendo para exclamar: «Hasta aquí hemos llegado». «Si hubiese muerto sin más», dijo Gartner. Y con ello quería decir que alguien se había preocupado por él, se había detenido en medio de aquella lluvia de balas, lo había recogido del suelo, arrastrado por el valle y subido por la pendiente de nuestro bando. Sin embargo, yo ni

siquiera había reparado en el tono de aquella exclamación que pedía auxilio, en aquel lamento mortal. ¡Ya está bien, Berk! Deja de dar la nota y siéntate.

Después, cómo me había equivocado respecto al «esmirriado» Gartner, a quien había tomado por un enclenque de ciudad, cuando, en realidad, había llegado al búnker al mismo tiempo que yo, había lanzado una pesada granada alemana por la tronera, había atravesado a rastras la abertura de la alambrada, había entrado al búnker y vuelto a salir, para finalmente acompañar a los heridos y asegurarse de que estaban a salvo. Solo entonces se había unido a nosotros sin que su aspecto delatara nada de lo que había pasado. Era estudiante de medicina, pero no presumía de ello. Un tipo sano y, sin duda alguna, honrado, que no atraía a las chicas a primera vista, pero que poseía cualidades muy valiosas. Lo observé con respeto y en su rostro descubrí unas facciones admirables. ¡Ya está bien, Berk! Deja de dar la nota y siéntate. O, si lo prefieres, vuelve a examinarte del tema «Gartner».

En tercer lugar, si me paraba a pensar detenidamente en lo que había visto mientras subía hacia el búnker y luego bajaba en desbandada hacia el valle, ¿de cuánto tiempo había dispuesto para fijarme en la cara de los que me acompañaban? Muy poco, apenas nada. Lo cierto es que había estado demasiado centrado en mí mismo, demasiado preocupado en salvar la piel. Me habían cegado las ansias de gloria, el deseo de destacar y una ambición desmedida. No, nunca he buscado la perfección, en absoluto. Pero, en la guerra, hay que intentar reconciliar la eficiencia militar con los principios y la personalidad de uno mismo. Aunque, sin profundizar en teoría militar, es evidente que, en combate, uno no puede desenvolverse eficientemente a menos que tenga en cuenta el curso de los acontecimientos —unos acontecimientos que, en el fragor del momento, seguramente resultarán difíciles de interpretar— y las acciones y reacciones de los hombres que te rodean.

Por último, ¿qué les había aportado a mis compañeros el discurso que había pronunciado? Esperanza en una victoria inminente —pese a que, probablemente, Anton había estado en lo cierto y la guerra todavía duraría bastante tiempo— a partir de unas cuantas frases grandilocuentes. En realidad, mi discurso apestaba a egoísmo, demagogia y astucia. Granjearme la simpatía de los demás, alcanzar una posición más provechosa, alejar posibles dudas y sospechas, ganarme a compañeros como Iztok, mejorar mi reputación o establecer mi peso en el grupo eran ejemplos de cuán útil podía llegar a ser ese discurso, que había sazonado al gusto de la audiencia con

una mesurada pizca de sentimentalismo. ¿Cuán bajo podía llegar a caer? ¡Suspendido en estilo, Berk!

Tratar a tus compañeros con la adecuada medida de solemnidad y el justo uso de cumplidos sin por ello renunciar a tu manera de ser ni a expresarte con la máxima sinceridad: eso es lo más difícil de conseguir en el transcurso de la vida. Porque la pura verdad puede ser tan letal como una sucia mentira. Ser capaz de decidir, en todo momento, qué dosis de realidad debe mezclarse con mentiras —ya sean piadosas o necesarias— es imposible. Ese tema requería una reflexión más profunda.

Me retiré a una de las habitaciones que estaban en penumbra.

Iztok era el informador de la brigada. Yo no lo sabía, ni sabía tampoco qué funciones ejercía. Así que ignoraba por completo que le habían asignado un trabajo y que le habían pedido que escogiese a un compañero.

Me buscó y me dijo:

—Berk, ¿te vienes conmigo?

Claro. Pero ¿adónde? A echar un vistazo a Višnja Vas. De acuerdo, pero ¿no tendríamos que decírselo a alguien? No te preocupes, ya está todo arreglado. Muy bien, vamos. Pero ¿cómo vamos a pasar desapercibidos? Fue entonces cuando me enteré de que se trataba de una «patrulla de reconocimiento». ¡A buenas horas!

Era un día agradable a pesar de las abultadas nubes que se deslizaban en convoy por el cielo. Avanzamos lentamente por el camino, charlando con despreocupación. Iztok no mencionó el encontronazo que habíamos tenido en el bosque, y yo tampoco. ¿Qué habríamos ganado con ello?

Al pasar por una aldea, nos detuvimos en una casa en la que lo conocían. Nos ofrecieron lo que les había sobrado de la comida: polenta con chicharrones y leche. Mientras comíamos, nos informaron de los últimos movimientos de los alemanes y, preocupados, nos dijeron que los esperaban en uno o dos días. Por lo visto, había habido enfrentamientos en Ribnica y la brigada Cankar había sufrido muchas bajas.

Iztok comentó que el escorpión no era el único animal que atacaba con la cola, añadió que teníamos un ejército numeroso y también nuestra propia artillería, y se puso a describir, en detalle, cómo habíamos atacado la antigua frontera alemana, destruido aquellos nidos de ametralladoras y liquidado a los alemanes de los búnkeres… Me quedé mirándolo. Si no hubiera formado parte de la ofensiva, me habría creído, si no toda, sí al menos una buena parte de aquella historia según la cual habíamos machacado, destrozado y pulverizado

a los alemanes. Solo le faltó decir que los habíamos devuelto, tanto vivos como muertos, a los suburbios de Berlín. Lo peor de todo fue descubrir una tranquila sonrisa llena de ironía en el rostro de aquellos campesinos, puesto que sabían perfectamente lo que había ocurrido. Iztok, sin embargo, no se dio cuenta de nada.

—¡Madre mía! ¡Tendríais que haberlo visto!

Nos despedimos y emprendimos nuestro camino. Iztok me miró.

—Tenemos que levantarles la moral —me dijo, y sonrió con malicia.

—¿No habría bastado con decirles la verdad? La ofensiva no fue tan mal, ¿no crees?

—La verdad la reservas para los amigos.

Y eso lo dijo como compartiendo su sabiduría conmigo.

—Pero es que ellos son nuestros amigos. No había probado una polenta como esa desde que estoy en el ejército.

—Sigue conmigo y probarás cosas mejores, Berk. Esos campesinos me tienen miedo; no están seguros de lo que sé sobre ellos. Les insinúo cosas y luego cambio de tema para que no tengan claras mis intenciones.

—Pero están de nuestro lado, ¿no es cierto?

—A veces sí y a veces no. Son los ricachones del pueblo. Si vienen los alemanes, no tardarán en ponerse a comer longaniza y tortilla con ellos. Cuando volvamos, pararemos de nuevo. Aquel viejo tiene una reserva de tabaco.

En el valle reinaba la tranquilidad.

A lo largo del camino, íbamos deteniéndonos en algunas casas para hablar con los lugareños, comernos una manzana, beber un vaso de aguardiente o fumar algún que otro cigarrillo. Luego continuábamos adelante. Así fue como nos enteramos de que había mucha gente que huía en dirección a Ljubljana, de que el destacamento de Dolenjska Occidental había sufrido grandes pérdidas, de que habían bloqueado la carretera en varios puntos, de que habían visto tanques alemanes a unos ocho o diez kilómetros al sur. Nos llenamos las mochilas de manzanas, peras, frutos secos y pan.

—¿Tienes sal? —me preguntó Iztok.

—¿Sal? ¿Para qué?

—Toma, coge un poco y envuélvela en papel. Nunca sabes cuándo te va a hacer falta.

También cogimos un paquete de harina. Para hacer pasta. No podíamos saber lo que nos depararía el mañana.

—¡Eh! ¿Has tirado la colilla? ¿Por qué? ¿Es que te has vuelto loco? Guárdatela en el bolsillo. En algún momento agradecerás haberlo

hecho. Y papel, ¿tienes papel? Berk, no puedes pensar solo en el presente. Mira, tengo una aguja y un poco de hilo. Y también un pedernal. Durante el tiempo que pasé en los Dolomitas aprendí un par de cosas. Sí, la verdad es que las pasamos canutas.

Poco a poco empecé a comprenderlo. No era más que un chaval, obligado a crecer demasiado pronto, que, de repente, me había cogido aprecio.

—¿Sabes una cosa? —me dijo mientras nos comíamos unos cuantos frutos secos en un tronco recién caído—. Lo que de verdad me asusta son momentos como estos, cuando todo está tranquilo y sereno. La calma que precede a la tormenta. Me ocurre desde que la Guardia Blanca nos sorprendió en una agradable y apacible casa… Estábamos descansando las piernas y teníamos delante un tazón de leche agria… Y mientras la hija del granjero charlaba con nosotros… la vieja salió a buscar a los guardias… De pronto, la casa se llenó de blancos… estaban en la puerta, en las ventanas, alrededor de la casa… Oí una ráfaga de disparos… y los vi agarrando al hombre que tenía al lado… Todavía recuerdo la cara del que lo cogió por el pecho… Desde entonces, desconfío de la tranquilidad…

Iztok miró a su alrededor.

—¿Y no te hicieron prisionero?

—No. No sé cómo, pero me las arreglé para escapar. Dejé los zapatos, la manta, mis cosas… Perdí el fusil, claro… En aquel momento, no sé qué pensé… Me lancé a un lado… así… contra el suelo… y, luego, a cuatro patas… fui saltando como un miserable conejo… pasé entre las piernas del que estaba en la puerta… algo centelleó a mi espalda… y sentí un golpe en la cabeza… chillé… me arrojé hacia la puerta y caí de bruces… alguien me había puesto la zancadilla… y, al hacerlo, quizás me había salvado la vida porque, en aquel instante, oí un silbido un poco más arriba… El caso es que logré escapar. A veces tiene sus ventajas no ser muy alto.

Así que su estatura lo incomodaba.

Iztok miraba a lo lejos.

—Los blancos mataron a mi madre.

Pobre chico… Con cuánta ternura, con cuánto sentimiento había pronunciado la palabra «madre». Nos quedamos callados.

Lo miré de reojo, pensando que se mostraría melancólico, afligido. Pero seguía allí sentado con los labios apretados y los ojos entrecerrados, como si estuviese viendo algo desagradable a lo lejos.

—Haré que paguen por lo que hicieron —acertó a decir entre dientes.

Vaya, aquel chico podía convertirse en una pequeña fiera. No era

casual, por lo tanto, que fuese un informador.

—Entonces, ¿has visto a un pelotón de fusilamiento en acción?

Asintió con la cabeza. De pronto, abandonó los recuerdos para volver al presente y la expresión de su rostro se relajó. Una tropa de partisanos pasó a nuestro lado.

—¿Quieres formar parte de la patrulla de reconocimiento?

—Bueno, para empezar… no sé si ahora es el momento…

—Si lo haces, no te arrepentirás.

—Es que estoy bien como estoy.

—Eso es lo que me gusta de ti, Berk. Que, a diferencia de la mayoría, no te andas con rodeos y vas directamente al grano.

Empezaba a pensar que mi papel en aquella guerra se iba a limitar a andar.

Al pasar por un campo labrado, intercambiamos unas cuantas frases con un campesino.

—Chicos, chicos —repitió pensativo—, ¿qué va a pasar?, ¿qué nos espera?, ¿es que no lo oís?

De lejos nos llegaba el intermitente y apagado estruendo de unos cañonazos.

Los alemanes.

Seguimos avanzando entre los campos. Un paso tras otro, sin detenernos. ¿Dónde está Višnja Vas? Detrás de aquella colina.

—¿Sabes dónde estaríamos de maravilla? —me preguntó animado —. En una carnicería. Nos podríamos llenar la barriga con un lomo de cerdo ahumado y un poco de col de acompañamiento, por supuesto.

Vimos un carro en un campo de trigo. Y dos caballos robustos que comían hierba mientras espantaban moscas con la cola. A su lado había un campesino que, inmóvil, nos miraba con una mano apoyada en el cuello del caballo bayo. Llevaba una camisa, un chaleco desabrochado y un sombrero del revés. Iztok lo saludó con el brazo, pero este no respondió.

—¿Cómo va todo?

El campesino se hizo el sordo.

—Fascista asqueroso —musitó Iztok.

Un suave atardecer, altos alisos que bordeaban el riachuelo y se levantaban más allá de los campos, la imperceptible brisa que se colaba entre sus hojas, una pendiente cubierta de hierba y, finalmente, lo que parecía un bosque de hayas. Por encima de la suave pendiente, las nubes se deslizaban hacia el oeste.

Avanzamos junto al riachuelo hasta alcanzar el camino principal. Ya llevábamos andando un rato cuando Iztok cambió de opinión.

—Cojamos un atajo —propuso.

Al llegar a un puentecillo que cruzaba el riachuelo, nos apartamos del camino para seguir a campo través. En aquel terreno pantanoso, la hierba era alta y espesa, y crujía bajo nuestros pies.

—En Višnja Vas nos enteraremos de más cosas —comentó Iztok.

—¿Sobre qué?

Me lanzó una mirada burlona.

—¿Es que no sabes por qué estamos patrullando?

—Pues no.

—Unos dicen que los alemanes ya han llegado a Bukovec, y otros, que han evitado el valle. ¿No has hablado con ningún partisano de esa zona?

—No.

—Pues yo sí.

Ninguna de aquellas adivinanzas me divertía. No tenía ni idea de dónde estaba Bukovec ni Višnja Vas. No sabía de dónde venían los partisanos con los que me había ido encontrando. Además, ¿qué me importaba a mí todo aquello? Al fin y al cabo, no era más que un simple soldado que se limitaba a cumplir órdenes. Nada más. Me puse a silbar una melodía italiana que había aprendido en el campo de prisioneros.

Con el fusil a la espalda, las manos en los bolsillos y el estómago lleno, estaba disfrutando de aquella caminata y del tiempo soleado. Y lo mejor era que estaba de servicio.

Me fijé en una mariposa nocturna que se había detenido en una brizna de hierba. Era grande y bonita.

De pronto, el silbido y chisporroteo de una ráfaga de balas llenó el aire. Provenía de un bosque cercano. Iztok se lanzó al suelo y yo me quedé paralizado unos instantes. Acto seguido, ambos nos pusimos a correr como alma que lleva el diablo. Iztok iba delante y yo hacía esfuerzos por alcanzarle mientras las balas pasaban silbando a nuestro lado. De nuevo, tengo que reconocer que, a pesar de haber registrado una buena marca en los ochocientos metros, durante aquella escapada entre las balas no logré atrapar a mi compañero hasta que cruzamos el puente y regresamos al camino.

Iztok miró a su alrededor. Árboles, hierba; ni rastro de seres humanos. Tenía el rostro encendido, las mejillas ardiendo, la boca abierta. En cuanto aminoramos la marcha, empezó a jadear y a soltar tacos.

¿Quién nos había disparado?

¡Los alemanes!

—Ya aprenderás a reconocer al enemigo por su manera de disparar. Lo malo es que los nuestros ni se imaginan que esos cerdos

han llegado hasta aquí.

A toda prisa, nos dirigimos hacia el campesino que había estado dando de comer a sus caballos.

—¡Desengánchalos! —le ordenó Iztok.

El campesino intentó oponerse, pero fue en vano.

—¿Qué va a pasar con mis caballos? —se lamentó aquel hombre de unos cincuenta años.

—Los recuperarás en la aldea.

Lanzamos los arneses sobre el lomo de los caballos sin molestarnos en quitarles las colleras y avanzamos por aquel camino bordeado de hierba al ritmo pesado de los corceles que habíamos requisado. Yo montaba el pío, que era más dócil, e Iztok el bayo, que hacía intentos por volver junto a su dueño. Como Iztok no era buen jinete, le cogí la brida y seguimos avanzando.

—Madre mía —se lamentaba Iztok—. Y pensar que los nuestros ni se imaginan que esos cerdos han llegado hasta aquí.

El caballo bayo empezó a darnos problemas. Al llegar a una casa, se puso a cocear y a intentar dar la vuelta. No había manera de hacerlo avanzar. Iztok decidió continuar a pie. Así que desmontamos, dejamos los caballos en una granja y emprendimos, apresurados, la marcha. No volvimos a detenernos en ninguna casa ni con los partisanos con los que nos encontramos. Ambos apestábamos a sudor de caballo.

¿Cómo es que los alemanes no habían dejado que nos acercáramos más antes de abrir fuego? Habríamos resultado ser un blanco más fácil.

También podrían habernos dejado entrar en el bosque y capturarnos. Aquella posibilidad me aterrorizó. ¿Por qué han de tener los hombres tanta imaginación? ¿Por qué han de poder notar unas manos apretándoles el cuello, sentir que están siendo golpeados, oír los gritos y palabras de sus supuestos agresores y ver sus rostros sonrientes? La muerte es seguramente una bendición en comparación a todo lo que le puede ocurrir al hombre que ha sido capturado. Nunca volveré a acercarme a un bosque con las manos en los bolsillos y el fusil a la espalda. De acuerdo, es una experiencia. Pero ¿qué tipo de ejército es este que asigna a dos tipos como nosotros una misión de reconocimiento para averiguar dónde está el enemigo? ¿O es que había algún otro motivo, alguna razón que ni siquiera el astuto Iztok conocía? Pero basta ya de pensar, de hacer preguntas incómodas, de exagerar. Digamos que ha sido un día interesante. El caso es que caí en la cuenta de que, como soldado, había vuelto a meter la pata. Al oír los disparos, no me había lanzado al suelo. Tenía que asegurarme de

que no me volviese a pasar. Nunca sabré cómo conseguimos salir vivos de aquello. ¿Y si los alemanes del bosque pertenecían al movimiento antihitleriano del que tanto habíamos oído hablar?

El puesto bullía de actividad: había hombres formando en el camino, otros limpiando sus fusiles, otros marchando y otros a caballo. La gente de la aldea estaba muy preocupada. Sabían perfectamente que el enemigo se acercaba. Los rangos superiores sabían muchas cosas; los rangos inferiores, menos. Pero los campesinos lo sabían todo. Los primeros discutían sobre ello, los segundos se hacían los sordos y los terceros callaban. A lo lejos se oían cañonazos. Un avión sobrevoló el valle y lo hizo tan bajo que todos pudimos ver el símbolo de Alemania, la amenazadora cruz sobre un fondo blanco. Se trataba de un avión de reconocimiento. Entre tanto, nosotros seguimos comiendo, andando, haciendo nuestras necesidades y esperando lo inevitable.

—¡A cubierto! ¿Qué significa todo esto? —gritó el comandante de la segunda unidad—. ¡No quiero ver a nadie en el camino!

Y al cabo de un instante:

—¿Pero es que no veis que está tomando fotografías?

Iztok había decidido que nosotros durmiésemos en una cama y los demás, en el suelo o en un banco. Unos cuantos hombres se acomodaron en el horno y nos miraron con envidia. Sobre una mesa enorme, sólida, de madera de arce, que debía de ser del siglo pasado, parpadeaba la diminuta llama de un cirio; uno de esos cirios que iluminan la imagen de un santo y que alguien había colocado en una vasija verde.

—Descansa —me dijo Iztok—. No tardaremos en volver a irnos.

—¿Adónde?

—Yo que sé.

—Puede que tengamos que cruzar la antigua frontera y el río Sava para dirigirnos a Štajerska, ¿no crees?

—No tengo ni idea. Los alemanes avanzan por todas partes. Esta tarde ha venido el estado mayor de la brigada. Todo está preparado. Han conseguido reunir grandes contingentes. No nos va a dar tiempo de aburrirnos. —A continuación, soltó una risotada—. ¿Cruzar el Sava? Tú te has vuelto majareta. Venga, descansa, que mañana emprenderemos la marcha en cuanto nos pongamos las botas.

Eramos los únicos que nos habíamos quitado las botas. Iztok me había procurado unos *shufechne*, unas tiras de tela blanca; decía que para las largas marchas eran mejores que los calcetines. Fuera se oyeron pasos. ¿Quién deambulaba alrededor de la casa?

—Los de la brigada Gubčev y los de la Cankar —me dijo Iztok—.

Están trasladándose a las montañas.

—¿Queréis callaros ya?

Jošt, echado en el suelo junto a la cama, estaba harto de nosotros.

Iztok bajó la voz y, entre susurros, continuó.

—La mañana en que llegaron los alemanes, estábamos jugando a la pelota en el patio. Mamá me gritó por la ventana: «Stan, ponte el jersey, que te va a coger frío».

Un espasmo, posiblemente una breve carcajada, lo sacudió. Acto seguido, añadió:

—¡Nos jodieron bien, esos cerdos alemanes!

Cuando empezaron los disparos… había sido como si el sistema nervioso se me hubiese bloqueado… Un instante de inmovilidad… para luego girar… y salir corriendo de allí como un loco… Cierto, había mirado a mi alrededor… Pero ¿cuándo? ¿Justo entonces? ¿O un poco más tarde? Era incapaz de recordarlo. De nuevo, veía la línea de hierba que se extendía en el límite del bosque… pero no había nadie a la vista.

Más vale que dejes de pensar. Duerme, descansa, tranquilízate. Iztok estaba jugando a la pelota en el patio. No era más que un niño, un adolescente sentimental, el preferido de su madre. Pero tenía ganas de triunfar. Por desgracia para él, no crecería mucho más.

Aturdido por los esfuerzos del día y con los pulmones llenos de aire fresco, empecé a cabecear, me desperté un momento y finalmente me quedé dormido.

Cuando te despiertas de un sueño muy vívido cuyo significado consideras crucial para tu vida, lo repasas de inmediato y lo traduces en palabras para que no desaparezca de tu memoria.

Estaba de pie, junto a la orilla de un río seco. Bancos de arena recorrían su lecho. Una hilera de ganado pasó a mi lado. Animales negros, pardos, que avanzaban a buen ritmo; las cabezas gachas, negras con cuernos blancos. Ninguna de aquellas criaturas advirtió mi presencia, era como si no estuviera. Yo sabía que aquella larga procesión se encaminaba a la muerte. Y que los animales también lo sabían. En la orilla de enfrente había un hombre flaco y alto con los brazos levantados. Como si hablase a través de un altavoz, aquel hombre recitaba: «Me he comido su cuerpo y me he bebido su sangre…». A mi lado, alguien dijo con normalidad: «Y todo estaba muy bueno». ¿Éramos caníbales? Quería preguntarlo, pero las palabras no me salían. Y entonces, de inmediato, empecé a comerme aquella sabrosa arena de río mientras el ganado me pisoteaba, puesto que yo también debía comerme su cuerpo y beberme su sangre… Estaba traduciendo de una lengua románica (que no era latín, ni

español, ni francés ni tampoco italiano) el poema de un antiguo poeta… No lograba entender el poema, pero tenía que traducirlo deprisa, porque empezaba a oírse el estruendo del agua de aquel río que crecía… y porque solo los versos de ese incomprensible poema podrían detener el avance del torrente… Presa de la desesperación, empecé a comerme la arena, es decir, los versos en lengua extranjera y, con ellos, fui creando palabras a mi manera… palabras débiles, palabras frágiles, que cayeron en el suelo… Sabía que tenían que crecer, hacerse fuertes y grandes… para detener el avance de las olas… Los versos decían: «Apunta a lo más alto… desea las alturas…». No, no había manera; era evidente que no lo conseguiría a tiempo… estaba sudando… me apresuré… intenté unirlo todo… y este fue el resultado:

Apunta a lo más alto,
al límpido azul del primer cielo,
después inclínate
rojo y negro en el cuerpo de ella

vive en el deseo

muere en el amor

renace en el fuego
y no mires a los ojos de los muertos.

Me desperté y, sin saber dónde estaba, me apresuré a contarme el sueño con palabras. Hacerlo era muy importante, cuestión de vida o muerte; por qué, ya lo descubriría más adelante. El caso es que, a pesar de estar medio dormido, intuía su importancia. Poco después, volví a quedarme dormido.

—¡Venga, en marcha!

—¡Levantaos!

Gritos, quejas, palabras sueltas, murmullo de movimiento, estrépito de pasos, el tintineo de las fiambreras. Iztok y yo nos calzamos las botas.

Nos reunimos en una calle del pueblo. Todavía era de noche. Las ametralladoras estaban en el suelo, delante de la tropa. Mulas, utensilios de cocina, caballos… En marcha. Tras la orden, todos avanzamos a buen ritmo y en silencio.

Caminamos en fila india calle abajo. Las cabezas de algunos vecinos se asomaron a las ventanas y una mujer, arropada en una manta, salió al umbral de su casa. En otra casa vimos encenderse una luz. Perros que ladraron; el relincho de un caballo. De un establo, nos llegó el mugido intranquilo del ganado. Un hombre, montado a caballo, pasó enérgicamente a nuestro lado. El olor a humo nos anunció que el viento soplaba hacia abajo, señal de que el tiempo iba a empeorar. Delante tenía a Iztok y detrás, a Jošt, que llevaba la Breda a cuestas. Formábamos una larga columna… de hecho, no podíamos distinguir ni el principio ni el final.

¿Qué había en mi sueño que fuese tan importante, que lo convirtiese en un asunto de vida o muerte? ¡Maldita sea! ¿Es que tenemos un oráculo dentro que nos mantiene vivos? Debido a la influencia del sueño, aquella marcha se revistió de solemnidad y se convirtió en una especie de ritual.

Continuamos andando sin parar… pero no ocurrió nada… ni se dijo nada interesante… Poco a poco se hizo de día… el paisaje me resultaba familiar… Del camino pasamos a un sendero… y del sendero volvimos al camino… subimos una cuesta… dejamos unas cuantas casas atrás… pasamos por delante de una iglesia y de la casa del párroco, protegida con rejas… y de nuevo hacia abajo… Desde delante, sin saber de dónde, y de boca en boca, nos llegó la orden de detenernos. Yo también pasé la orden… Nos detuvimos… La columna ya no parecía tan recta y se perdía tras una curva… Nos quedamos allí

de pie, como las mulas… Los artilleros depositaron las armas junto a ellos en el suelo… Nadie dijo nada; no teníamos ganas de hablar. De nuevo, llegó una orden. Me fijé en su progreso y en las palabras que, cada vez, distinguía con más claridad… en marcha… en marcha… en marcha… La columna empezó a moverse… «En marcha». Pasé la orden y Jošt se echó la Breda de nuevo a la espalda.

Aquella escena se repitió varias veces. En ocasiones nos deteníamos mucho tiempo y, en otras, solo un momento. Algunos hombres se sentaban y los demás permanecían de pie. Recorrimos una aldea en la que no había ni un alma. Las contraventanas y las puertas estaban cerradas y no había animales a la vista. Tomamos el sendero de un bosque, pero tras enfrentarnos al barro y los charcos, regresamos al camino. Allí había una casa solitaria. A través de la columna, llegó una nueva orden:

—¡Alto!

A nuestra espalda, la columna desaparecía en el bosque y, por delante, tras la curva del camino. Un mensajero a caballo pasó a nuestro lado. Decidí encenderme un cigarrillo y les ofrecí uno a Jošt y a Iztok. Ambos lo aceptaron.

—El que guarda siempre tiene —dijo Jošt.

Acto seguido, partió el cigarrillo por la mitad, se guardó una parte en el bolsillo de la pechera y encendió la otra con el mío.

—¡En marcha!

Entre los arbustos vi un letrero arrancado. En él se podía leer: «Muljava».

—Cerca de aquí nació un escritor famoso —le dije a Jošt.

—Que le den —respondió sin sonreír.

De pronto, oímos el estruendo de unos cañonazos. Provenían de algún lugar cercano a nuestra izquierda. La columna aceleró el paso a medida que se aproximaban las descargas. Dejamos de andar para avanzar a un trote ligero, «el trote del perro», tal como lo bautizaron los indios, que preferían correr a ir caminando. Una mula empezó a rebuznar y, a continuación, otra. Seguimos hasta el río. Como el puente había sido bombardeado, tuvimos que utilizar unos tablones para cruzar la corriente. Pese a oír el traqueteo de los disparos por todos lados, ninguna bala me pasó silbando. A lo lejos, un cañón abrió fuego y se sucedieron tres cañonazos. Mientras nos apresurábamos a cruzar el río, distinguí el repiqueteo de unas ametralladoras… Una mula se resistió a seguir avanzando, y cuando el mulero le golpeó el hocico con una rama, el animal le mostró sus dientes amarillos.

Continuamos avanzando por una pendiente bastante inclinada.

¿Qué demonios estaba pasando?

A nuestros pies estallaban granadas. Tierra, hojas y piedras volaban por los aires. Algunos hombres se lanzaron al suelo y se levantaron de inmediato. Vi otra mula tratando de librarse de su mulero, tirando con fuerza del dogal, retrocediendo, golpeándose las ancas contra el tronco de un haya.

Por fin llegamos a un camino de carros. Más abajo reinaba el desorden, el estrépito, el caos.

—Tanques —me dijo Iztok—. Están subiendo por la ladera de la montaña.

Una salva de tres cañonazos y, a continuación, el sonido hueco de las ametralladoras… Imitando a los hombres que teníamos delante, nos tumbamos en el suelo convencidos de que el borde del camino nos protegería de los disparos que llegasen desde abajo. Pero entonces oímos un ruido que venía desde arriba. Eran los obuses que lanzaban los tanques. Un sonido atronador nos anunció la llegada de un avión que volaba bajo para dispararnos. Las hojas se arremolinaban en el aire. Uno de los nuestros cogió una Breda y, apuntando al avión, disparó una ráfaga. Unos cuantos partisanos dispararon también al aire. De repente, reparé en un muchacho que se estaba retorciendo en el suelo y se agarraba una pierna. Un corte profundo, que le atravesaba la ropa y la piel, le recorría el muslo y dejaba al descubierto el blanco del fémur. La sangre salía a borbotones de la herida. Yo apenas podía creer lo que estaba viendo. Pero en eso se le acercó alguien a gatas. Era Gartner, que lucía una cinta blanca con una cruz roja en la manga izquierda. Carne. Como en la carnicería.

Hamacas, 20 pis. Todo el día.

—No llega a un marco —dijo Bitter—. La verdad es que es muy barato. En Ostende, las hamacas cuestan un marco la hora.

Su mujer nos preguntó de qué estábamos hablando (aquella tarde, en medio del ruido). Luego lo contradijo. «Joseph se ha confundido». Bitter le dio la razón.

En las agitadas olas de la bahía, descansaban unos cuantos patines a pedales de color blanco y azul. ¿Y si cogemos uno y salimos a dar una vuelta con él? La mujer de Bitter nos animó a hacerlo; ella prefería quedarse leyendo una revista. Estaba sentada a la sombra de un parasol hecho con juncos y montado sobre un poste de madera gris del que colgaban albornoces y toallas de colores. Estaba contenta de que su marido hubiese entablado amistad con un hombre tranquilo y cortés, con el que ella también podía conversar.

Nos adentramos bastante en el mar. Y cuando llegamos a la altura de las barcas a motor que realizaban excursiones por alta mar, dejamos de pedalear como si lo hubiésemos decidido de mutuo

acuerdo. A pesar del sol abrasador, no sentíamos el calor. Una suave brisa proveniente del sur nos refrescaba al tiempo que nos empujaba, sin prisas, hacia la orilla arenosa repleta de bañistas y casetas con tejados de una especie de bambú, que le daban a la playa un aspecto africano. Y allí estábamos, sentados en aquellos asientos de plástico blanco, disfrutando, ajenos a cualquier noción de tiempo y espacio, suspendidos en algún lugar entre el cielo y el agua.

Sabía que él empezaría la conversación.

—Anoche me dijo que, desde la última guerra, toda la técnica militar anterior había quedado obsoleta. Que ahora se hablaba de guerra relámpago, de cercar al enemigo, de frentes dinámicos… Me quedé pensando en lo que dijo y sí, no hay duda, muchas de las técnicas son nuevas. Sin embargo, hay algo que todos los ejércitos comparten desde tiempos inmemoriales y que seguirán compartiendo por mucho que mejore el blindaje de los tanques, los misiles balísticos, las técnicas aéreas e incluso las armas atómicas. Me refiero al soldado raso y su espíritu de combate. Hitler habló mucho de eso, aunque no sabía lo que decía. Es algo de lo que solo pueden hablar los buenos comandantes, y de esos hay pocos. Rommel, por ejemplo. Pero ya sabe usted cómo acabó. Solíamos preguntarnos cómo habría acabado la guerra si los rusos no hubiesen matado a Tujachevski. Tras su muerte, en la academia Frunze se explicaba que el Ejército rojo no conocía la retirada. ¿Sabe usted lo que aquello significaba? Que, ante el implacable avance del enemigo, los mariscales rusos tenían que aprender las técnicas de retirada en plena desbandada.

Esperé a que tomara aire y le dije que me interesaba responder a dos cosas:

¿Qué le pasa por la cabeza a un hombre, un soldado, que está tendido en el suelo bajo el fuego enemigo?

Y la segunda:

¿Qué siente durante un ataque, ya sea cuerpo a cuerpo, asaltando una línea fortificada o avanzando contra búnkeres de hormigón y alambradas?

—¿Puede repetir las preguntas, por favor?

Las repetí.

—Pues… Bueno, tendría que pensarlo. Espere. No, no es fácil contestar a ninguna de las dos preguntas… Así que tendido en el suelo… bajo el fuego cruzado del enemigo… sin escapatoria…

—Digamos que ni siquiera puede levantar la cabeza.

—¿Y un ataque? Bueno, hablar de un ataque quizás sea más fácil…

Joseph Bitter frunció el entrecejo. Estaba haciendo un esfuerzo por adentrarse en el pasado.

—En cuanto al ataque… El aviador japonés cuyo libro leí esta primavera lo expresa muy bien… Dice más o menos algo así… Que cuando esperas que ocurra algo, estás en tensión; pero que, al entrar en acción, te mueves con ligereza y no sientes dolor… Eres como una máquina que alguien dirige desde fuera… Con todo, sabes perfectamente si solo debes preocuparte por ti, o si tienes que vigilar a tus subordinados… Si solo cuentas con dos piernas, o te has convertido en un ciempiés… Al principio es muy duro, pero al final te acostumbras. Y, por supuesto, hay quien tiene más talento que otros. Yo no me atrevería a dirigir un regimiento, pero sí a una compañía. No tengo dudas al respecto. Si me ofrecieran un ejército entero, preferiría enfrentarme al pelotón de fusilamiento… Sé que es fácil decirlo. Y que después de pasar un año en el frente, te sientes dispuesto a cualquier cosa…

»Por lo general, los soldados se desenvuelven mejor en ataque que en la primera situación que me ha descrito. No hay nada peor que estar tumbado al descubierto sin saber qué va a pasar; cuando uno está a merced del azar, acaba desquiciado. Minas, granadas, bombas, balas, metralla, piedras… el bosque… y tú, allí tumbado, a la espera… Los novatos también se cagan encima, sí, y no porque sean unos cobardes… los nervios sufren tanto… que te acaban jugando una mala pasada… A veces, la reacción se produce cuando todo ha terminado… En una ocasión, estuvimos tres días y tres noches atrapados bajo el fuego de unos Katyushas… Los obuses habían levantado todo el terreno que nos rodeaba… no quedaba ni un árbol… los muertos y los heridos se amontonaban por todos lados… incluidos los enfermeros. Llegué a pensar que yo también estaba muerto, pero entonces noté un temblor que me sacudía el cerebro… Le aseguro que lo único que deseaba en aquel momento era que me dispararan en la cabeza… igual que al tipo que había a mi derecha… No quería que me disparasen en las tripas, como al que estaba un poco más alejado, a mi izquierda… Porque lo había visto… y había tardado una eternidad en llegar arrastrándome hasta él… ¿Y para qué? No era médico ni capellán militar. Las descargas no paraban. Vi una camilla, pero los proyectiles la habían hecho pedazos. Dos enfermeros, uno sobre el otro, yacían al lado como pasmados… Entonces apareció un mensajero que avanzaba a cuatro patas. Estaba cubierto de lodo, una pierna le sangraba y apenas podía articular palabra: “¡A la carga!”. Dio la orden y se alejó. Miré a mi alrededor… y, por un momento, tuve la sensación de ser el único superviviente… Entonces reparé en una cara que me miraba, y luego otra… ¿Cómo iba a conseguir que aquel puñado de moribundos se levantasen y cogiesen su fusil? Me

entraron ganas de llorar… Oí un estruendo a mi izquierda, me volví y fue entonces cuando vi que nuestros tanques se acercaban. "¡Adelante! ¡Seguid a los tanques!". Pero no llegamos muy lejos. En la seguridad de un despacho, algún idiota había planeado el ataque.

»¿Que qué le pasa por la cabeza a un hombre en esas circunstancias? Es muy difícil decirlo. Puede que nada. Supongo que todos piensan que los soldados sufren horrores. Pero el soldado no tiene tiempo para sufrir, ni siquiera para pensar en su familia. Sobrevivir es lo único que le importa. Todo lo que lleva dentro, todos sus sentimientos, quedan reducidos a un ovillo… y cuanto más tiempo pasa en el frente, más duro se hace el ovillo… Hay quien dice: "Si he salido con vida tres veces, puedo aguantar una cuarta". Y otros piensan que no hay ninguna razón que les garantice la supervivencia. Lo que quiero decir es que los pesimistas, los melancólicos y los pacifistas lo pasan muy mal cuando están de servicio. Es algo que se hace evidente en el escenario de la retaguardia. Algunos son capaces de olvidar y cantan, bromean, se desahogan… y otros se limitan a observarlos sumidos en el desconcierto.

—¿Qué opina de la guerra de guerrillas, señor Bitter?

—Ese es un tema completamente distinto. Un ejército de ocupación siempre lleva la iniciativa. Puede que decida limpiar el terreno, puede que no… ahora no entraremos en minucias. El caso es que lleva la iniciativa, responde a un plan y dispone de mejores armas, mejor información, más contingentes…

—Pero he leído que Napoleón tuvo problemas con las guerrillas españolas.

—Cualquier ejército regular tiene problemas con las guerrillas. En la guerra de guerrillas el escenario no está definido, no hay frentes… y tampoco se alcanza la gloria. Las guerrillas son como un enjambre de abejas que ataca un caballo… el caballo moverá la cola, coceará, se alterará… y cuando las espante con las patas traseras, las abejas avanzarán hacia su cuello… El único método efectivo para enfrentarse a las guerrillas es la contraguerrilla. El ejército regular no sirve para ello. Así es como los americanos vencieron al crimen organizado. Porque seguro que está de acuerdo conmigo en que todos aquellos gánsteres formaban una guerrilla. De hecho, Al Capone estaba mucho mejor armado que cualquier ejército de liberación. Cuando atravesamos Yugoslavia, les dije a mis subordinados que nuestro objetivo era pasar de largo, que no quería acciones individuales. ¿Acaso les tenía que enseñar yo a los mandos de Berlín tácticas de contraguerrilla? Algunos de mis comandantes decidieron adentrarse en los bosques y en aquellas montañas inaccesibles. ¿Se imagina usted

lo que es plantarse con su formación entre dos nidos de ametralladoras bien situados? ¿Verse atrapado en el fuego cruzado?

Nos miramos.

Y acto seguido nuestra mirada se dirigió hacia los nadadores, las barcas, los yates con sus ondeantes velas blancas, una pareja tendida en una colchoneta amarilla, las gaviotas, un lejano buque.

—¿Quiere que le diga una cosa, señor Bitter? —le dije—. Tengo la sensación de que le gusta la guerra.

Me miró perplejo. No sabía si lo había dicho enfadado o divertido.

—¿Cómo que me gusta la guerra?

—Un momento —continué—. Sé que ha sufrido mucho, que su casa fue bombardeada y que su mujer lo pasó muy mal, por no hablar de lo que deben de haber padecido sus familiares. Soy consciente de ello. Pero de lo que le hablo es de una ligera añoranza, casi imperceptible, por los tiempos convulsos; aquellos tiempos preñados de acción, de aventura y sorpresa, de euforia y desengaños, de compañerismo; tiempos en que la atmósfera masculina lo impregnaba todo, en que los hombres demostraban su valor, su verdadera naturaleza, y se conocían a sí mismos; tiempos en los que nadie llevaba máscaras… Recuerde que me acaba de decir que los soldados no tenían tiempo para sufrir ni para pensar en su familia… que la cuestión de la guerra en sentido amplio y sus consecuencias no se tenían en cuenta.

—He de pensarlo —me contestó despacio.

Nos acercamos a la orilla.

Los proyectiles de los tanques eran, en comparación a los morteros, todo un alivio. Es relativamente fácil ponerse a cubierto para evitar su trayectoria. Permanecía echado entre las raíces de un haya gigantesca; unas raíces tan largas que habían llegado a invadir el camino. Pese a todo, alguien más cayó herido. Lo vi agarrarse el brazo con una mirada de hiriente sorpresa.

Los nuestros intentaban subir tres cañones por la cuesta aprovechando los árboles para proteger a los caballos.

A ambos lados, por debajo de donde nos encontrábamos y en los matorrales de la parte superior de la colina, se oía el castañeo de las ametralladoras. Y más allá de la colina, el sonido de los fusiles. ¿Es que nos estaban cercando? Los disparos se hicieron más intensos y rápidos. Parecía que se estaban acercando. Pero luego desaparecieron. ¿Quién disparaba? ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué seguíamos en el suelo? ¿A qué estábamos esperando? En el ejército no se hacen preguntas.

¡En marcha! ¡En marcha!

Volvíamos a movernos, volvíamos a avanzar por aquel camino sinuoso que se adentraba en la montaña. En el barro habían quedado las marcas de las ruedas de una motocicleta. Nadie hablaba. Los rostros permanecían serios, calmados, sin rastro de tensión, a menos que estuvieran fingiendo. Al fin y al cabo, todos debíamos de estar haciéndonos la misma pregunta: «¿Qué está pasando? ¿Qué ha sido eso? ¿Adónde nos dirigimos? ¿Qué ocurrirá ahora?». Avanzábamos con firmeza, siguiendo los pasos del hombre que nos precedía, clavándole la mirada en la espalda como si no hubiera nada más en el mundo. A ratos acelerábamos la marcha y a ratos la aminorábamos como movidos por un motor invisible. La mayoría de nosotros disponíamos de armas italianas y nuestro atuendo combinaba prendas deportivas, militares y de caza. Estábamos en deuda con Mussolini por aquel cargamento de regalos que incluía desde platos abollados hasta mulas, pasando por la Breda, un tanque Fiat y varios morteros a los que habíamos bautizado con el nombre de *bacaci*. Como no estaban nada mal, habíamos decidido llevarlos con nosotros. Creo que se llamaba Benito, aunque prefería que se dirigiesen a él como *Il Duce*. El caso es que aquel tipo me había encerrado y había estado a punto de acabar conmigo, aunque, a decir verdad, yo también le había causado problemas. Pese a todo, no lo conocía ni sabía quién era. La única información que tenía es que estaba calvo y había sido profesor. «Cuando termine la guerra, buscaré información sobre él».

—¡Alto!

La orden fue pasando de boca en boca a lo largo de la columna. Nos detuvimos.

—¡Que se adelanten los ametralladores!

La nueva orden llegó con la misma calma con que había llegado la anterior. Me limité a pasarla como si fuese un aparte.

Con la ametralladora al hombro, Jošt se apartó de la columna y corrió hacia delante, seguido del ayudante que cargaba la munición. Uno tras otro, los ametralladores se apresuraron a cumplir la orden. Sus pasos sonaban ligeros en el silencio en que, inesperadamente —pero ¿en qué momento exactamente?—, se había sumido el bosque.

—Cio… cio… lencio… Silencio…

Era la palabra que estaba recorriendo la columna y que repetí para que llegase al final de ella.

Permanecíamos de pie, callados, inmóviles, aguzando los oídos. Tuve la sensación de que nuestras mentes estaban en blanco.

Cañones. Ametralladoras… más abajo, no muy lejos. ¿Qué estaba pasando? Las caras de los que me rodeaban no reflejaban ni tensión ni curiosidad. No eran más que formas petrificadas en la oscuridad del

bosque.

—¡En marcha!

Empezamos a movernos como autómatas. Continuamos adelante.

El bosque fue perdiendo espesura. Ahora predominaba la maleza, la hierba amarillenta y los helechos. A través de las ramas, podíamos percibir el centelleo del camino. En una pequeña elevación de la ladera, vimos echados a los ametralladores, completamente preparados. Los acompañaban varios hombres con armas automáticas. Jošt estaba entre ellos.

Cuando pasé por su lado, vi que había estirado sus largas piernas sobre el musgo de las rocas y que había apoyado la cabeza en el arma que tenía delante, como si quisiera dormir un poco. Su nuevo ayudante estaba tumbado a su lado. Intercambiamos una mirada, pero hizo como si no me conociera.

El camino hizo una curva y los dos hombres que me precedían salieron corriendo y desaparecieron entre los árboles del otro lado de la colina.

Todos hicimos lo mismo; la mayoría de dos en dos, algunos de tres en tres y otros solos. Tres hombres, de pie junto a un grupo de avellanos, «dirigían el tráfico».

—¡Rápido! ¡Rápido! ¡Venga! ¡Venga! ¡Eh, tú! ¿Por qué te entretienes?

Oímos el sonido de motores. Sin duda alguna provenía del camino, de algún lugar al pie de la colina.

—¡Venga! ¡Daos prisa!

Ya en el otro lado del camino, me uní a la columna que ascendía lentamente por la loma de una nueva colina. Aquella zona estaba inundada de maleza y raíces.

—¡Silencio!

El sonido de motores se estaba acercando. De momento, no había habido ningún disparo, ¡pero no tardaría en haberlo!

Desde atrás llegó otra orden:

—¡En marcha!

Un momento después, vimos aparecer a Jošt, que recuperó su posición a mis espaldas.

El estrépito de motores fue alejándose hasta perderse en el paisaje, en algún lugar a nuestra derecha, al otro lado de la cuesta. Seguimos avanzando, sin destino conocido a la vista.

Tal vez fuesen tanques, artillería móvil o coches blindados; tal vez fuesen camiones llenos de soldados. O una combinación de todo, a punto para entrar en combate. Algunos de los nuestros sabían la respuesta. Pero la mayoría no. Ni nunca la sabremos. De hecho, ¿qué

más da que nunca la sepamos? De cualquier modo, se trataba de un destacamento del ejército alemán que había venido de muy lejos para eliminarnos. Llegamos al lugar donde habían instalado la cocina de campaña, la franja más estrecha de un pequeño valle en forma de V. El cocinero nos había preparado algo caliente mientras las mulas pastaban entre unos jóvenes robles.

Antes de terminarnos el cigarrillo de después de comer, volvimos a ponernos en marcha. Vi que todos lo apagaban y se metían la colilla en el bolsillo. Yo también hice lo mismo.

Durante un rato avanzamos campo a través para luego volver al camino de carros. La tranquilidad reinaba a nuestro alrededor, aunque a lo lejos se oía un zumbido apagado.

Ahora que tenía la barriga llena y había podido fumar, estaba disfrutando de aquel silencioso paseo. Me puse a pensar en la gitana. Qué agradable sorpresa. Los montenegrinos tienen un dicho muy acertado según el cual la mujer nació tres días antes que el diablo. Por muy sencilla que fuese, por mucha experiencia que le faltase, sabía todo lo que hay que saber respecto al juego del amor: provocación, retirada, seducción, burlas sutiles… Al principio se las arreglaba para eludirme o para salir corriendo si intentaba llegar demasiado lejos. Muchas veces se quedaba observándome desde algún sitio. Y cuando yo notaba su mirada, desaparecía esperando que la siguiese. Era consciente del poder seductor de sus caderas y sus pechos… Tengo que reconocer que en un primer momento la subestimé. Después, sin embargo, no podía quitarme de la cabeza la suavidad de su piel ni la calidez de su aliento. Aunque no hablamos mucho, recuerdo que su voz grave me resultaba atractiva. Ella era la causa por la que estaba decidido a volver a aquella aldea.

Lo único que mirábamos era la espalda del hombre que teníamos delante. Si aquella marcha hubiese durado mucho más, habría acabado convirtiéndome en su vivo retrato. Llegamos a la linde del bosque y un nuevo valle se abrió ante nosotros, aunque nadie parecía inclinado a admirar el paisaje. Lo único que nos interesaba era saber si estaba vacío o si escondía alguna sorpresa desagradable. Yo no noté nada que me hiciera sospechar, pero lo cierto es que mi mente seguía ocupada en la gitana y en cómo había temblado cuando le quité la manga de la blusa y le besé la axila. En cada uno de aquellos hombres que parecían robots había algo de vida; algo que crecía, que florecía, que se alegraba y se entristecía, que anhelaba y perdía la esperanza; una chispa que centelleaba, una burbuja que se hinchaba, una forma que se definía entre la neblina. El mundo entero le pertenecía, su propio mundo, un mundo, una vida ilimitada pese a sus fronteras,

evanescente pese a sus márgenes, inabarcable.

Con los dedos, toqué las ramas de un roble… y se convirtieron en un libro… que es, junto a las mujeres, lo que más me atrae de este mundo… Para ser exacto, no el libro propiamente dicho, sino la palabra escrita, la palabra impresa; aquella que levanta el velo y descubre el corazón de las cosas. El encanto del descubrimiento, ese arte tan escurridizo que se parece tanto al del amor: provocación, retirada, seducción, huida, asalto, cerco, posesión, rendición. Así es como pienso, leo, hablo y sigo leyendo: esperanza, hechizo, reflexión, evaluación, rendición, olvido, recuerdo. Una vez, en una revista, descubrí las tesis de un pensador muy lejano… y me sirvieron para aclarar muchas cosas. Y otra vez, en un libro, me topé con un artículo que podría haberme comido… como el manjar más delicioso del mundo. Sí, ¡eso es! Así es como se descubre la verdad… una verdad que nos inspira y embriaga… hasta que el mundo entero brilla con una luz nueva… y alcanzamos el umbral de una revelación final… Al cabo de un tiempo, sin embargo, nos vemos obligados a empezar de nuevo… Hay palabras y libros, por supuesto, que me han provocado rechazo, que me han hecho reír o me han molestado… Un libro pretencioso es como una matrona rolliza, podrida de dinero y sin atractivo sexual… Pero el libro que había allí escrito, en las ramas del roble de aquel bosque, el libro que nunca antes había visto y que probablemente nunca volvería a ver, contenía todos los secretos que tratamos de ocultar sin conseguirlo… los sentía, sabía que estaban allí y, en aquel instante, eso era lo más importante. Pensé que nunca tendría la oportunidad de hablar de ello con nadie.

Pasamos la noche en un valle poco profundo, no muy lejos del camino que atravesaba el bosque. Mi intención era quitarme la chaqueta para enrollarla y utilizarla de almohada, tal como hacía siempre, pero Iztok me lo impidió:

—¡Berk, no seas estúpido! —me increpó—. ¿Cómo te las arreglarás si te quedas sin chaqueta? Estamos en una misión y no debes quitarte ni la ropa ni las botas.

Tenía razón. Una ráfaga de balas nos despertó de madrugada. El ruido era ensordecedor y provenía de algún lugar muy cercano.

Nunca llegué a saber qué había ocurrido. Más adelante, alguien me dijo que un destacamento de la Guardia Blanca, que pasaba en camión por el camino, había abierto fuego contra nosotros. Tal vez. El caso es que no recuerdo el momento en que abrí los ojos, ni cuándo me puse en pie, ni quién estaba a mi lado. Los recuerdos de aquella mañana son confusos: ruido de pasos, silbido de balas, ráfaga de metralletas, huida apresurada hacia la montaña. Como los árboles escaseaban, era

difícil ponerse a cubierto. Alguien corría delante de mí y alguien corría a mis espaldas. Las balas pasaban silbando a mi lado… Una voz desconocida gritó:

—¡Malditos idiotas! ¡Abrid fuego contra ellos!

El hombre que corría a mi lado se volvió, cogió el fusil con ambas manos y empezó a disparar. Yo hice lo mismo, aunque la niebla matinal no me permitía ver nada… Como tenía miedo de alcanzar a uno de los nuestros, apunté hacia arriba. En medio del tumulto, apenas distinguí el estallido de mi arma… Disparé dos veces seguidas… y entonces noté un golpecito en el pulgar derecho, como si hubiese topado con un pedazo de madera… Miré hacia abajo y, para mi sorpresa, descubrí que el pulgar de la mano derecha, que era la que empuñaba el fusil, estaba lleno de sangre. Vi que la piel de mi dedo índice había saltado y que sobresalía un conducto diminuto del que, despacio, manaba sangre… Con la mano izquierda lo apreté hacia dentro…

Salí corriendo tras el hombre que se había arrodillado a mi lado para disparar. Avanzaba a toda velocidad hacia arriba, tratando de buscar cobijo entre los matorrales… había hombres por todas partes… Cuando alcanzamos la cima de la colina, continuamos descendiendo por el otro lado… hasta alcanzar una especie de meseta. Allí nos reunimos. Alguien dijo que debíamos seguir hacia la izquierda. De abajo nos llegó el sonido de disparos, aunque las detonaciones fueron alejándose. Igual que nuestros pasos, que se fueron espaciando hasta detenerse por completo. Advertí que no había nadie más de mi unidad, y que no conocía a ninguno de los hombres que me rodeaban. Uno de ellos reparó en un abrigo gris que había en la hierba y, sin perder un segundo, lo cogió y se lo puso. El primero que encuentra algo sin dueño se lo queda. Para entonces ya era de día y los primeros rayos de sol estaban deshaciendo la niebla. En un prado un poco más elevado, vimos a otro grupo de partisanos. La mano me sangraba mucho. Decidí vendármela con un pañuelo y un tipo que estaba cerca me ayudó a atármelo a la muñeca. Empezaron a picarme los sobacos. Los piojos se multiplicaban a toda velocidad y la camada de Jošt parecía especialmente productiva.

Un partisano con una chaqueta de piel escogió a uno de los hombres para que se hiciera cargo de una patrulla y me asignaron a ella. Acto seguido, emprendimos la marcha. ¿No habría tenido que intentar encontrar a mis compañeros? En el ejército no se hacen preguntas. Avanzamos cuesta arriba. Contábamos con dos metralletas ligeras y una mula cargada de municiones. En el camino nos topamos con un carro tirado por un caballo. Tres hombres heridos yacían en la

paja, uno de ellos inconsciente o dormido. Una joven enfermera con el brazalete de la Cruz Roja cargaba unas bolsas en la parte posterior del carro y tres partisanos supervisaban la escena. Del otro lado de la colina nos llegó un estruendo insoportable. Nuestro líder giró a la izquierda y dejamos aquel camino repleto de arándanos, tocones y robles jóvenes, para adentrarnos en una jungla de zarzas y espinas que nos desgarró la ropa y nos llenó de arañazos mientras la broza crujía bajo nuestros pies. No sé de dónde, quizá de un flanco o de más arriba, aparecieron dos hombres armados con metralletas. Y antes de salir corriendo hacia abajo, hacia el lugar de donde provenía el estruendo, intercambiaron, en voz baja, unas cuantas palabras con nuestro líder. Nuestro líder cambió la dirección de la marcha y pronto llegamos al camino de carros donde, el día anterior, habíamos visto pasar tres morteros. Los caballos seguían avanzando. Poco después me enteré, por casualidad, de que estaba en una unidad de artilleros. Del chico de mejillas coloradas que me precedía aprendí cosas muy útiles. «Arranca unas cuantas moras de aquí, una acedera de allí… y llévatelas a la boca». Los champiñones grises también tenían un excelente sabor. «Mira todo lo que ofrece la naturaleza y cógelo antes de que perezca». En aquel momento recordé los versos de Valentin Vodnik, el primer poeta esloveno al que «a pesar de ir vestido como un monje, le gustaban el vino y las canciones». Así lo describía Prešeren, nuestro aclamado bardo. El caso es que habían bautizado una brigada con el nombre de Prešeren, pero no con el de Vodnik. Quizá por lo de la ropa de monje. Nuestra cultura, nuestro arte, nuestra historia… no tienen nada particularmente interesante, ¿verdad? «En la escuela dominical, Blaže y Nežica» intercambiaban pomposas palabras de cariño, pero nunca pasaban a la acción. Un discreto silencio sobre las putas morenas que frecuentaban (lo digo yo, qué atrevimiento) y la exaltación de una incorpórea Laura.

Alcanzamos la cima de aquella colina baja y nos posicionamos entre las rocas y las escasas pero gigantescas hayas. En aquella ocasión, los disparos empezaron a llegar del otro lado, desde abajo. Largas ráfagas de ametralladoras, estallidos de fusiles, explosiones de granadas. Comenzaba a distinguir el sonido de los diferentes tipos de arma. El chico de las mejillas encendidas me susurraba sus nombres y yo lo escuchaba con atención, tratando de registrarlo todo. ¿Y ahora qué? En el ejército no se hacen preguntas. Todo se sabe a su debido tiempo.

Desengancharon los caballos, les lanzaron las bridas por encima del lomo y los dejaron pacer entre la hierba y los matorrales.

Sacaron los percutores de los cañones.

El chico de los mofletes rojos se sentó a mi lado en una roca plana, cubierta por una capa de musgo suave. Yo me encendí un cigarrillo y él, una miserable colilla. Observamos a uno de los artilleros levantando con cuidado el musgo que había crecido entre dos rocas para luego meter el percutor y, concienzudamente, colocarlo de nuevo en su sitio. A nadie se le habría ocurrido pensar que allí se escondía un arma.

—Va a nevar —dijo el mofletudo.

¿Qué diablos quería decir aquello? Pero si el otoño acababa de empezar. Sí, era cierto que hacía más frío y que, en los últimos días, enormes bancos de nubes habían entrado por el norte para desplazarse hacia el oeste. Pero ¿era eso señal de nieve?

—La huelo en el aire —añadió.

No parecía importarle lo que yo pudiese pensar.

Los disparos se acercaban por delante, desde el valle que teníamos enfrente.

Los alemanes no malgastaban municiones y nosotros tampoco. Lo cual quería decir que, en algún lugar, más adelante, había hombres enfrentándose mientras nosotros fumábamos en silencio y aguzábamos el oído. Todavía no me había acostumbrado al peso de mi equipo. Llevaba una bolsa llena de municiones, sal, un paquete de harina y unos cuantos mendrugos de pan seco, pero sabroso. El pequeño Iztok se había asegurado de que fuese debidamente equipado. ¿Dónde debía estar? ¿Cómo y cuándo nos habíamos separado?

Los disparos continuaron acercándose, ahora por la derecha, como si los combatientes estuvieran esquivándonos. De pronto aparecieron dos hombres. Venían corriendo y jadeaban. Después de intercambiar unas palabras con los artilleros, alguien gritó:

—¡En marcha!

Rápidamente, empezamos a movernos en otra dirección, dejando atrás el cañón que descansaba en el camino y que, indiferente, parecía bostezar. También abandonamos a los caballos y nos quedamos solamente con las mulas. Uno de aquellos caballos, criaturas pesadas no aptas para marchas, relinchó. Las balas volvieron a pasarnos silbando y echamos a correr manteniéndonos a cubierto sin entrar en el bosque.

De pronto, los nuestros invadieron el terreno. Había hombres corriendo, deteniéndose, disparando. Nuestra ametralladora abrió fuego y nuestro pelotón se unió a aquella multitud de hombres que salía del bosque. Vi al mofletudo apuntando hacia la derecha… Alguien daba órdenes, pero no podía descifrar las palabras… Me puse a disparar hacia aquellas siluetas que avanzaban por la derecha. Eran

alemanes, eso lo sabía, y estábamos en guerra… así que antes o después íbamos a enfrentarnos a vida o muerte… No eran muchos… pero nos disparaban desde la colina… mientras descendíamos por el valle, cruzábamos un riachuelo y desaparecíamos en la otra orilla… Las balas dejaron de silbar… Vi a un hombre arrastrando a otro para ponerlo a cubierto… tras un matorral… Llegamos a un claro repleto de hierba alta… Nos detuvimos para reagruparnos en patrullas… en grupos de diez hombres… sin apenas hablar… Los disparos sonaban lejos… Si aquello era una representación, ¿en qué acto nos encontrábamos? De nuevo pertenecía a otra unidad, pero no sabía nada más. La dirigía un partisano con un Schmeisser alemán y dos bolsas de piel colgando a un costado. Una vez más, emprendimos la marcha. No fue hasta mucho más tarde que aprendí una canción que decía: «Avanza, siempre avanza, a la batalla por la libertad, a la batalla por el pan, con la escopeta al hombro…».

Si todo seguía igual, ¿cómo iba a conseguir un arma de calidad? No es que tuviese un especial interés en acercarme a los alemanes. El caso es que la planificación de nuestros movimientos dejaba mucho que desear.

Aquel mismo día, nos «acercamos» a los alemanes tres veces más para luego interrumpir el contacto y volví a cambiar de unidad en dos ocasiones. Una de ellas por mi culpa, porque escogí mi propia ruta y tres hombres me siguieron. Me pareció un camino fácil, pero por poco acabamos perdiéndonos en el bosque. Finalmente, aterricé junto a Jošt en un terreno cubierto de helechos. El entusiasmo me invadió al verlo; él, sin embargo, mantuvo las formas.

—No sé adónde nos va a llevar todo esto —dije, solo por decir algo.

Me apreté el vendaje de la mano. El pañuelo estaba lleno de piojos.

Permanecimos sentados o echados sobre los helechos, escuchando el estruendo de los coches blindados de los alemanes, que pasaban por la carretera que había más abajo.

—No es más que el principio —dijo Jošt sin inmutarse—. Pero desde la capitulación de Italia sois tantos los novatos que habéis llegado que esto es un completo desastre… Antes, al menos, sabíamos en quién podíamos confiar… ¡Maldita sea! A la que suena un estallido, salís corriendo a buscar cobijo… como si se acercase el fin del mundo…

Pasamos la noche entre los helechos. Dormimos, dormitamos o simplemente descansamos unas cuantas horas. Todavía no se había hecho de día cuando descendimos hasta el fondo del valle, cruzamos rápidamente el camino y giramos hacia la derecha, en dirección oeste.

Los primeros rayos de un sol débil y rojizo se posaron en nuestras espaldas. Otra unidad, en la que identifiqué a algunos italianos, se unió a nosotros para desaparecer al estallar los primeros disparos. No sé dónde se metieron.

Llegamos a una aldea cuyo nombre empezaba con la letra *g*, Gabrje tal vez. Estaba compuesta por cinco o seis casas, unas cuantas chozas y una iglesia. Algunas casas habían sido quemadas y todavía ardían lentamente. Entre las ruinas descubrimos la estructura negra, calcinada, de una ametralladora. Y en el pequeño cementerio nos encontramos un buey, tumbado de espaldas; su panza firme y sus cuatro patas apuntaban hacia arriba. Decidimos parar a comer. En la aldea solo había unas cuantas mujeres, ancianos y niños. Ninguno salió de su casa.

Apenas habíamos terminado de comer cuando los disparos sonaron de nuevo. Se trataba de ráfagas breves e intensas. Dos partisanos salieron corriendo de algún sitio.

—¡Los alemanes!

Desde una de las casas, Jošt se puso a disparar a la colina de enfrente. Me eché a su lado y traté de colaborar con aquella arma que ni siquiera merecía el nombre de fusil. Pero tuvimos que retirarnos apresuradamente, pues los alemanes empezaron a dispararnos del otro lado. Por suerte, los matorrales estaban cerca. Nos reunimos allí mientras los alemanes avanzaban hasta la aldea. Nuestro comandante, que vestía una camisa verde con manchas de sudor en la espalda y a la altura de las axilas, se puso a hablar con dos civiles con ropa de campesino. Nunca supimos si se trataba de vecinos de la zona.

—Muchachos, vamos a volver —dijo.

¿Adónde? ¿A la aldea? Una patrulla había emprendido la marcha en dirección desconocida. Así que la nuestra no tuvo más remedio que deshacer lo andado. Nos echamos junto al borde del camino, cuya elevación nos mantenía a cubierto, y abrimos fuego. Un puñado de alemanes respondió a nuestros disparos.

—¡A la carga!

A medida que avanzábamos a toda velocidad por un huerto, vi a alguien lanzar una granada que explotó junto a una casa. Un instante después, apostado tras un árbol, le quité la anilla a una de las mías y empecé a contar… Por desgracia, a esas alturas los nuestros ya me habían adelantado… así que tuve que lanzar la granada a un lado, asegurándome de que no hubiese ningún partisano… Humillado, corrí hacia la casa…

Vi a Jošt tumbado boca abajo y con las piernas separadas en medio de una calle del pueblo. Apuntaba en dirección a la iglesia, que era

desde donde estaban disparándonos ráfagas… Unos doscientos metros más adelante, un alemán con un casco yacía muerto en el suelo, su cabeza apuntando hacia nosotros… A su lado distinguí un Schmeisser negro… ¡Menuda oportunidad! Pasé corriendo por delante de la casa… pero llegué demasiado tarde… Alguien más rápido que yo ya había alcanzado al alemán y se había hecho con su arma… Los disparos provenientes de la iglesia se intensificaron… lo más probable es que hubiesen llegado refuerzos… Toda una fila de infantería avanzaba hacia nosotros… saltando muros con facilidad, cubriéndose tras las esquinas, sin dejar de disparar… Vi a Jošt coger la Breda y precipitarse hacia la última casa. Lo seguía su ayudante. En medio de la calle, uno de los nuestros se llevó las manos a la barriga y se inclinó hacia delante, cayendo de bruces al suelo.

Tomamos posición en la linde de un bosquecillo y, de nuevo, abrimos fuego hacia la aldea y las escurridizas siluetas de los alemanes. ¿Qué había en esa aldea que fuese tan importante? No pude evitar hacerme aquella pregunta estúpida. Por la derecha y por la izquierda, se nos unieron nuevas unidades. Cada vez éramos más y nuestro fuego se hizo más intenso. Una mula espantada atravesó el pueblo en pleno tiroteo sin ser alcanzada. Fue entonces cuando llegó nuestro mortero.

—¡Granadas preparadas! ¡A la carga!

Asaltamos la aldea una vez más. Yo llevaba preparada una granada yugoslava, pero no encontraba el momento de utilizarla. Finalmente la lancé contra un grupo de cascos que entreví en un patio. Nos posicionamos detrás de una casa y los alemanes se posicionaron detrás de la siguiente. Las balas silbaban en todas direcciones. Jošt y otro ametrallador mantenían las descargas sobre el pueblo. En un momento dado, el segundo ametrallador se estremeció y soltó el arma. La cabeza le cayó hacia un lado. Nuestro comandante, el hombre de la camisa sudada, apartó aquel cuerpo sin vida, agarró la metralleta y siguió disparando. Hasta que un proyectil le alcanzó la mano derecha… Volvimos a retirarnos… por detrás del huerto… hasta ponernos a salvo tras el borde elevado del camino… Allí estaba Jošt… y el hombre de la camisa sudada, ahora también llena de sangre a causa de la mano…

Seguimos luchando por aquella aldea hasta el atardecer, un atardecer al que siguió una noche inusualmente luminosa. Descansamos en un claro bajo un cielo repleto de estrellas. Tengo que hacer esfuerzos para recordar los diferentes movimientos de aquel día; los pequeños acontecimientos, las imágenes de los soldados de ambos bandos atacando y en retirada. Conque era eso lo que se conocía como

combate cuerpo a cuerpo, el asalto a una aldea, los enfrentamientos puerta a puerta. Una bala que le da a alguien en el pecho. Alguien que cae, que parece muerto, pero que un instante después se levanta y continúa disparando. No sé si alcancé a algún hombre con mis disparos. El ruido ensordecedor de las descargas no te permite escuchar el sonido de tu propia arma. Recuerdo preguntarme si algún día sería capaz de entender los confusos acontecimientos de aquella jornada. El buey con las patas al aire. La columna de soldados alemanes avanzando inexorablemente hacia la aldea. ¿Quién decidía cuándo debíamos atacar y cuándo retirarnos? ¿Cuánto teníamos que aguantar antes de rendirnos y por qué motivo? Unos decían que habíamos cubierto la marcha de un comité político de alto rango. Otros, la de otra sección del ejército. De hecho, era cierto que en la retaguardia se habían producido movimientos. Pero ¿es posible pensar con claridad en el fragor de la batalla? La situación había sufrido constantes cambios. A la mañana siguiente, tenía la mente en blanco. Pero en cuanto sonaron los primeros disparos, noté un intenso dolor de cabeza. Había lanzado todas las granadas, excepto la negra, y no quería malgastarla. Entonces recordé que, mientras permanecía echado junto al borde del camino, había sentido dolor en la garganta… La cabeza estaba a punto de estallarme. Sentí miedo, ahora que lo pienso, en algunos momentos, pero no cuando la acción había alcanzado su máximo apogeo… ¡Cómo había apartado el cuerpo del artillero para hacerse cargo de la metralleta! Aquel gesto me había llenado de entusiasmo… pero cuando un instante después una bala le alcanzó la mano, tuve un mal presentimiento. Los alemanes debían de sentirse igual que nosotros. Y puede que algunos ni siquiera supieran en qué país se encontraban. Supongo que sufrían la misma tensión. Un ataque despiadado, una carga temeraria, un torrente de balas. Alto. Formación. ¡A la carga! ¿Lo conseguiremos o no? ¡Adelante! ¡Atrás! ¡Con cuidado! ¡Atención! ¡A la carga! ¡Firmes! ¡En guardia! ¡A cubierto! ¡A la carga! Una inimaginable tortura para los nervios. No es de extrañar que me pitaran los oídos y que las imágenes del día anterior me nublaran la mirada; que sintiese pinchazos en las piernas y retortijones en el estómago… Y a pesar de todo, seguía sin entender lo que había ocurrido. Odiaba al enemigo, por supuesto; al insolente alemán que me había disparado al dedo. Pero no había logrado ver ningún rostro y podría haber estado disparando, sin saberlo, a un ejército de otro planeta. Una tropa de hombres con gorra se había enfrentado a una tropa de hombres con casco. Y uno de aquellos cascos había pasado rodando por el camino que unía el cementerio con el pueblo. ¿Dónde se habían escondido sus habitantes durante el

combate? ¿En los sótanos de sus casas? En las calles no había ni un alma. ¿De quién era aquella gorra con la estrella que descansaba en el umbral de una casa?

—¡En marcha!

¿Otra vez? ¿Tan pronto? En el ejército, no utilices demasiado la cabeza. Borra todas las imágenes que te vayan pasando por ella.

Para el ingenuo novato, todo es un caos incomprensible, una confusión absoluta. La acción se desarrolla sin escenario, sin argumento, sin dirección y sin motivo. Pese a no haberme acobardado, no me sentía orgulloso de mi actuación. Me vi atrapado en aquella situación, y mis denodados esfuerzos no sirvieron para a hacer más corta la guerra en Europa. Los fans de las películas de vaqueros no deberían alistarse en el ejército. ¿Que qué es lo que más recuerdo de aquel día? Posiblemente, los clavos de las suelas de goma de las botas de Jošt, cuando lo vi echado en el suelo con las piernas abiertas en medio de la calle de aquella aldea.

Empezaba a presentir que no iba a convertirme en un buen soldado. ¿Por qué demonios tenía tanta imaginación?

Aquella luminosa noche, mientras caminábamos, me fundí por primera vez con la columna de hombres. Y al hacerlo, me sentí profunda y dolorosamente decepcionado conmigo mismo. Lo peor de todo es que no era capaz de identificar el motivo de aquella decepción. Tal vez solo fuese mi costumbre de buscarle una explicación a todo.

El cielo estaba lleno de estrellas. Sin dejar de andar, miré hacia arriba y tuve la impresión de que los árboles se habían despojado, durante los últimos días, de todas sus hojas. ¿Era aquello cierto o mi mente cansada se lo imaginaba? De un modo u otro, nunca había visto tantas estrellas fugaces. Entre aquel enjambre de ramas oscuras que se retorcían, eran como flores de cerezo que me recordaron un cuadro japonés que había visto en cierta ocasión. Por delante de mí, iba un chico delgado y ágil. Y un poco más adelante, una enfermera. Ambos parecían caminar solemnemente, siguiendo los pasos de un antiguo minué.

¡El silencio era absoluto!

Avanzamos por un sendero del bosque. En la aldea, que quedaba a nuestros pies, se pusieron a ladrar varios perros. Aquellos involuntarios traidores iban a alertar a los alemanes.

Un plato de campaña chocó contra un fusil y el tintineo que produjo nos pareció una sonora campanada.

Nos detuvimos repentinamente. Uno de los muleros se lanzó a agarrarle el morro a su animal, pero no pudo evitar que este

rebuznara. Oímos gritos y, acto seguido, disparos de fusil.

Despacio, pero inexorablemente, fui perdiendo la noción del tiempo, tanto del paso de las horas como de los días y las noches. No podía recordar cuándo habíamos dejado el pueblo, donde, sin duda alguna, mi atractiva morena estaría entreteniendo a algún vigoroso alemán.

A veces comíamos y a veces no. Cuando estallaba un combate, el hambre pasaba a un segundo plano de inmediato.

Vadear el camino, avanzar por las noches, enfrentarnos al enemigo, lanzarnos a la huida, formar de nuevo, seguir avanzando, atacar, correr, disparar… era el orden del día. La tensión nerviosa era tanta que los días y las noches pasaban como un sueño, interrumpido solamente por ocasionales destellos de claridad. Poco después del rojo amanecer, solía caer una lluvia helada. Las noches eran cada vez más frías. Advertí que los demás también parecían sonámbulos. Jernej, que se había unido a los partisanos prácticamente desde el principio, era capaz de dormirse agarrado a los arreos de su mula. Era un truco que yo todavía no había aprendido.

Una noche, mientras permanecíamos tendidos unos junto a otros para conservar el calor, dijo más para sus adentros que para mí:

—Me gustaría seguir viviendo. Al principio, no me importaba demasiado. Pero cada vez tengo menos recuerdos. Ahora que todo esto está a punto de terminar, sé que me espera una desagradable sorpresa. Durante todo este tiempo solo he pasado un mes en la enfermería, pese a que en Rog me dispararon en las costillas. A veces trato de recordar cómo era mi casa. ¿Había una estantería en la esquina de aquella habitación? Si quieres que te diga la verdad, no lo recuerdo.

Olía a resina.

El brazo me dolía. El dolor había empezado en la parte interior del codo y después me habían salido ganglios en las axilas. ¿Se trataría de una infección? A veces tenía escalofríos. Lo único que deseaba era una cama en una habitación con calefacción. Anhelaba taparme la cabeza para quedarme dormido y olvidar todos aquellos sueños extraños. Un enfermero me dio unas cuantas aspirinas y me limpió la herida. Tiré aquel asqueroso pañuelo que me había servido de venda. Siguiendo una línea ininterrumpida, los piojos se habían dedicado a atacar aquella herida inflamada, apiñándose en las llagas purulentas. Jernej observaba la herida con desprecio; había visto casos peores, y yo también.

—Aprendí a escribir —me dijo— cuando vi a un puñado de graciosos que le tomaban el pelo a un tipo que no sabía. Estaba dictándoles una carta para su novia… y no te puedes ni imaginar las

guarradas que ellos escribían.

Luego me ofreció un buen trozo de tocino, y como me quedé mirándolo boquiabierto, me dijo para justificarse:

—Los frutos secos tienen más energía.

Aunque seguíamos oyendo el estruendo de la artillería en los valles, perdimos de vista a los alemanes durante todo un día. Pudimos cocinar y disfrutar de aquel breve descanso en nuestra marcha constante hacia las montañas del sur de Ljubljana. La abrumadora mole del Mokrec, con sus bosques vírgenes, era nuestro destino soñado. Según decían, los alemanes no habían llegado allí todavía.

A tres de nosotros nos enviaron a vigilar el camino de Notrjansko. A Jernej y a mí se nos unió un hombre mayor que nosotros. Un hombre tranquilo, un sensato padre de familia de Bela Krajina. Nuestra misión era cazar desertores, puesto que algunos reclutas de Primorje se estaban escabullendo. Según las órdenes que habíamos recibido, debíamos capturarlos y entregarlos a nuestros superiores. Pero lo que en realidad hacíamos era quitarles el equipo militar y dejarlos continuar.

—Id adonde el corazón os lleve —les decía el de Bela Krajina.

En su opinión, los hombres de la zona de los viñedos no tenían agallas para luchar en las montañas. No llevaban armas. Intercambiamos sus mantas, mochilas, abrigos, cinturones y cosas similares por las nuestras. Y dejamos que se quedaran con sus platos. De ese modo, conseguí un impermeable y una mochila de piel.

La lluvia se hizo más espesa y empezó a nevar. ¡Nieve a principios de noviembre! En aquel paisaje invernal, nuestras voces sonaban diferentes y un aroma a paja quemada flotaba en el ambiente. Jernej nos habló del día en que ametrallaron a ochenta fascistas en una pendiente y de cómo la sangre corría cuesta abajo. El de Bela Krajina nos dijo que le gustaría irse a casa y volver a la brigada en primavera.

—¿Qué sentido tiene vagar por los bosques y las montañas en pleno invierno? Coger reumatismo toda la vida, sin que por ello la guerra termine antes.

Jernej intentó reprenderle, pero no encontró las palabras adecuadas. Preparamos un plato de polenta bajo un espeso pino. Y cuando vimos pasar a un hombre a caballo, lo llamamos para que viniera. El hombre desmontó y cargamos al animal con todo lo que habíamos requisado. Luego regresamos a nuestra unidad. ¿Cuajaría la nieve? Cada vez nevaba con más fuerza y a la primera capa de aguanieve, le seguiría otra más gruesa.

Cuando se hizo de noche, continuamos cuesta arriba hacia las aldeas. Ahora tenía mucha más información que al principio. Según

había oído, pasaríamos la noche en un pueblo. Por fin empezaba a sentir que formaba parte de un ejército, que había dejado atrás el período de instrucción y que estaba de servicio. Con nosotros avanzaba una chica muy guapa. Llevaba un uniforme italiano y había escogido el nombre de Sonja para unirse a los partisanos. Era de Rijeka. Más adelante descubrí que era judía y que sabía cantar antiguas canciones judías, tristes y hermosas. Pese a su belleza, nunca pensé en ella como mujer. Ambos teníamos piojos, íbamos sucios y estábamos agotados. Si bien es cierto que aquella noche en el pueblo compartimos cama, también lo es que dormimos apretujados en aquel camastro estrecho sin quitarnos la ropa ni el calzado. Dudo que se sintiera ofendida porque no la toqué. En el calor de aquella habitación, los piojos cobraron vida y cuando no se rascaba uno, lo hacía el otro. A la mañana siguiente, la nieve nos llegaba a las rodillas. Una mujer ya mayor había pasado la noche encima del horno con dos niños, y en todas aquellas horas no había dejado de rezar. ¿Cómo? ¿Que teníamos que formar?

—¡En marcha!

Para entonces, mi indiferencia era total y mis movimientos completamente mecánicos.

Avanzamos durante media hora por un sendero cubierto de nieve hasta que llegamos a un camino con marcas de carros y caballos. Ascendimos por una ligera pendiente y, al llegar a una curva, giramos hacia la izquierda para adentrarnos en las montañas. Franqueamos una zona donde se había acumulado la nieve y rodeamos un cerro. Entonces nos lanzamos sobre la nieve, formando una larga hilera. Los artilleros aseguraron sus armas. ¡De modo que los alemanes iban a llegar! Jošt estaba a mi lado. Lo vi disparar dos veces y comprobar el impacto de los proyectiles en la nieve. Los demás artilleros también comprobaron el alcance de sus armas. A través del aire helado, la nieve caía con suavidad. Pero aquel paisaje vacío, de un gris blanquecino, nos deslumbraba hasta cegarnos.

—¡Menuda emboscada! —se quejó en voz baja Jernej.

En su opinión, estábamos demasiado cerca del camino y los alemanes nos alcanzarían en un abrir y cerrar de ojos. No nos enfrentábamos a un puñado de estúpidos italianos. Según él, tendríamos que haber colocado al menos dos metralletas en el otro lado del sendero para atraparlos en un fuego cruzado. El de Bela Krajina, que se había quedado con nosotros tras aquella misión en busca de desertores, le preguntó:

—Jernej, ¿crees que la guerra terminaría antes si hubiésemos hecho lo que dices?

Cuando oímos el estruendo de unos motores, callamos y agachamos la cabeza. Los copos de nieve formaban remolinos transparentes sobre la tierra en la que se abría el camino. Le agradecí al destino que me hubiera premiado con un impermeable. Después de todo, pensé, había alcanzado un buen nivel en mi carrera militar. En la mochila de piel guardaba una lata de sardinas con su correspondiente abrelatas —se la había comprado a un comerciante del pueblo—, harina, algo de tabaco, sal, hilo y aguja, calcetines de recambio, un pedernal y lo que el médico me había recetado. Tenía incluso un sombrero estilo cosaco que había encontrado en una casa abandonada. Llegado el momento, podría darle la vuelta y utilizarlo para meter los pies dentro durante las horas de sueño. Era una idea que me entusiasmaba. Además, ya no tenía fiebre y los ganglios de las axilas se habían reducido. Era evidente que no tenía ninguna infección. Pero lo mejor de todo es que se habían cambiado las tornas: éramos nosotros los que les habíamos tendido una emboscada a los alemanes y no al contrario.

El ruido aumentó a medida que los vehículos ascendían por la nieve de la cuesta a toda velocidad. Vimos aparecer el morro de la primera camioneta. Vi perfectamente a dos hombres con casco, uno al volante y el otro a su lado… La parte trasera de la camioneta estaba cubierta con un toldo verde. Se trataba de un vehículo de grandes dimensiones, con el techo alto. A continuación, llegó otro… y luego el tercero, resollando trabajosamente por aquella cuesta… Los conductores se veían obligados a cambiar de marcha… y oíamos los motores que se revolucionaban… «Madre mía, qué poco os imagináis lo que os espera», pensé con el sincero entusiasmo de un cazador… Entre ellos y nosotros se extendía una gruesa capa de nieve virgen…

De pronto, estalló el rugido de las ametralladoras… Al primer camión le dimos justo en el motor… disparábamos como locos… El convoy se detuvo… y el camino se llenó de siluetas… que nos devolvían el fuego… Todavía no sé cómo… vi a unos cuantos alemanes corriendo cuesta arriba… tratando de alcanzarnos… los vi caer y volverse a levantar para seguir adelante… Ahora las balas silbaban a nuestro alrededor… y empecé a preocuparme… al fin y al cabo, las cosas no iban como esperábamos… Yo apuntaba antes de disparar… Las descargas de Jošt eran continuas… Los alemanes caían y se levantaban… aunque también es verdad que algunos permanecían tendidos sin dar muestras de vida… Nevaba ligeramente, pero la nieve acumulada en el camino no era lo suficientemente gruesa como para causarles problemas. De pronto advertimos que nos estaban disparando desde arriba… ¿cómo demonios lo habían conseguido?

Avanzaban hacia nosotros por ambos flancos… ¡corríamos el peligro de acabar rodeados! Para acabar de arreglarlo, la nieve empezó a caer con más fuerza… y el viento alejaba unos gritos que podían ser órdenes… Seguimos disparando hasta que, poco a poco, cambiamos de posición. Jošt cogió su metralleta y se unió a una patrulla destinada a cubrir el flanco de la derecha… En cuanto nos pusimos en marcha, volvimos a oír disparos… la nieve nos llegaba a las rodillas… el estallido de los fusiles y el silbido de las balas lo inundaba todo… Debían de estar pisándonos los talones.

Empapados, sudados, resollando, nos detuvimos en el bosque nevado. ¿Qué demonios había pasado?

—Ya os lo dije —observó Jernej.

Una patrulla recibió la orden de dirigirse a un pueblo cercano, pero no reparé en quiénes la formaban. Jošt se encendió un cigarrillo más delgado que un palillo y me lanzó una mirada desafiante. «¿Qué? ¿Algún comentario?», parecía querer decir. Al menos, ya no se comportaba con tanta superioridad; puede que no me considerase un completo novato. Tras un inesperado murmullo, las ramas del árbol en el que se había apoyado Jošt se desprendieron de su carga de nieve y recuperaron su posición original. Jošt se estremeció asustado y yo sonreí. El motivo era evidente. Los nervios nos juegan malas pasadas a todos, querido amigo.

Emprendimos la marcha hacia una aldea remota, la última de aquellas montañas cubiertas de bosques.

Allí pasamos una agradable tarde, una extraña noche y una terrible mañana.

En primer lugar, me topé con Iztok, que se alegró mucho de verme. Me dijo que nos dirigíamos hacia el «seno de Abraham», es decir, a una zona segura de la montaña a la que los alemanes no nos seguirían, a la república verde del monte Mokrec. Me dio un poco de té auténtico y algo de sacarina italiana. Y me contó que los rusos estaban cercando Alemania, que Kiev había caído y que, en cualquier momento, se produciría el derrumbamiento. Entonces volveríamos a Ljubljana. Iztok estaba entusiasmado con aquellas noticias. Iba armado hasta los dientes: en el cinturón lucía una colección de granadas y llevaba un cuchillo en una bonita funda de cazador y una correa cargada de municiones cruzada sobre el pecho. Yo me quejé de mi pobre rifle y le comenté que había estado a punto de conseguir un Schmeisser alemán en una aldea. Me prometió que me daría unas cuantas granadas; ahora trabajaba entre los altos mandos.

Estábamos en una casa vieja, sentados a una gran mesa de madera de arce que tenía grabado el año 1811. Eramos nueve: Jošt, Jernej, el

soldado de Bela Krajina, Sonja, el estudiante de Ljubljana, dos tipos de Šentvid, un personaje muy extraño que estaba tallando una marioneta de madera con una navaja y yo. Comimos *letscho* y bebimos té de zarzarrosa. La dueña de la casa era una mujer elocuente y afable que añadió a nuestro té unas gotas de un fuerte aguardiente casero que nos caldeó rápidamente la sangre. Y aunque no conseguimos olvidar la guerra, sí que pudimos descansar de las terribles experiencias de los últimos días. El tipo de la navaja, un bromista cuyas bromas no hacían reír a nadie, no paraba de hablar mientras tallaba los ojos y la nariz de la marioneta: que si Mokrec estaba lleno de destacamentos de partisanos, que si allí abriría un teatro de títeres y solo representaría comedias. En aquel momento estaba dando forma a la cabeza del alcalde y después modelaría a Dolfy, un alemán que haría de lobo en su versión de Caperucita Roja.

Allí encontré un libro italiano, una biografía de Benito Mussolini con una colección de fotografías. ¡Así que era ese tipo! Al estudiante le habían dado en la pantorrilla y se estaba vendando la herida. Había tenido suerte, porque la bala había perdido fuerza y solamente se había hundido dos dedos después de haber atravesado la polaina. Se la había guardado en el bolsillo de la pechera y tenía la intención de llevarla colgada del cuello con una cadena cuando acabara la guerra. Era una bala de calibre pequeño de una automática. A Jernej el aguardiente se le subió a la cabeza. Estaba rojo como un cangrejo y su discurso era cada vez más incoherente; empezaba hablando de los italianos fascistas y acababa discutiendo sobre el reumatismo. Uno de los de Šentvid nos contó que la mitad de los chicos de su pueblo se había unido a los partisanos y la otra mitad, a los Blancos. «Los hijos de los terratenientes están con nosotros, y los de los campesinos, con los alemanes». Recordé lo que Cankar había dicho sobre los mozos de labranza.

«Mussolini no es un hombre de humor, ni un hombre de ingenio, como dicen los franceses. Con una mirada glacial ahoga de golpe las palabras de cualquiera que en su presencia se haya atrevido a gastar una broma. Su concepto de la vida es extremadamente dramático y roza lo trágico», había escrito su biógrafo oficial.

«Le gustan los contrastes de luz y las emociones fuertes».

«Odia a muerte a los hombres con barba».

«Le gustan los gatos y los caballos blancos».

«Mussolini es un poeta a la manera de Carducci, reflexiona sobre el gobierno a la manera de Maquiavelo, escribe y traduce obras de teatro y guiones de películas. Está trabajando en su autobiografía y ha escrito ensayos sobre Napoleón y Jan Hus. Monta a caballo, nada,

juega al tenis, conduce, pilota aviones, esquía, practica boxeo con un saco, labra, siega y cava con el pico. “Fui un golfillo inquieto —ha escrito sobre sí mismo—. Muchas veces volvía a casa con la cabeza abierta por las piedras. Pero aprendí a vengarme. Con quince años ya era un hombre hecho y derecho”».

Miro las fotografías. Un chico de catorce años con la cabeza grande. Un retrato que ha sido retocado con la intención de transmitir energía, en el que aparece a lomos de un caballo blanco a punto de saltar una valla. Lleva una camiseta que deja al descubierto unos brazos cortos, parecidos a las patas de un cocodrilo. Una foto desnudo de cintura para arriba en la que posa como un bailarín, tocado con una gorra y agarrando torpemente unos palos de esquí. Un piloto ante los controles de un avión que todavía no ha despegado. Un nadador. Un hombre con un pico alzado bien alto (y con el lema: «Mussolini, el trabajador»), rodeado de altivos soldados con uniforme de gala que miran expectantes ese pico mágico. En la era, vestido con pantalones blancos y una gorra deportiva en la cabeza. Con el uniforme de general, haciendo muecas a niños en cochecitos y a sus mamás. Con un casco de minero completamente nuevo («Mussolini visita las minas»). El Duce saludando (con su brazo relativamente corto y su pequeña mano). Trabajando en el Palazzo Venezia (serio, dándose importancia). En su pueblo natal («El rey y el emperador visitan el pueblo natal de Mussolini»). En la conferencia de Múnich (con Hitler al fondo). «Has creado tu propio mito», le escribió
d’Annunzio.

«Era un chico salvaje».

«Dedicaba su atención a las chicas».

El nuevo César. Un hombre que había trabajado en Suiza como albañil y que había sido profesor. Un socialista. Un novelista. Un héroe.

Ese hombre mediocre con grandes ambiciones se había convertido en el megalómano líder de un ejército de ocho millones de bayonetas, tal como solía repetir en sus atronadores discursos. Y se había repartido la tierra donde yo nací con un pintor de brocha gorda de Austria que había conseguido revivir el Reich alemán, un régimen con cuatro siglos de antigüedad. «Con su mirada glacial borró de un plumazo las alegres palabras» de mis labios, me encadenó y me envió a un campo de trabajo donde pude estudiar el lado más dramático y trágico de la vida. ¡Dios mío! ¡El siguiente, por favor!

Iztok entró en la casa. Me estaba buscando. Me había traído un fusil de verdad, un fusil yugoslavo, y eso me llenó de alegría.

—Dame el tuyo —me dijo.

Le pregunté de dónde lo había sacado y me dijo que se lo iba a cambiar a un herido de gravedad. Estaban a punto de llevarse a los heridos al hospital. Le di mi arma y se fue. Pese a que no era más que un niño, durante todo el rato su expresión había sido muy seria. Aquí los viejos se vuelven jóvenes y los jóvenes envejecen. Y así, unos y otros evitamos los efectos de la senilidad. Todos gozamos de una salud relativa a pesar de nuestras heridas. Todos nos mostramos razonablemente confiados, aunque no seamos más que cifras para los césares que dan órdenes a ambos lados del Rubicón. Decidí enseñarle el libro sobre Mussolini al estudiante, pero no le interesó en lo más mínimo. Fui incapaz de hacerle comprender la gran importancia de saber quién alcanza el poder y dónde lo alcanza, cómo ese poder suele convertirse en un asunto privado y hasta qué punto los problemas personales de un tipo ambicioso se vuelven cruciales para la historia y determinan el sistema de gobierno. ¿Qué esperanzas podemos albergar de cara al futuro si, aquí y ahora, un necio como ese se hace responsable de la vida y muerte de millones de personas?

Sonja fue la única que se interesó por Mussolini. Me dijo que conocía a un tendero que era clavado al Duce. Sonja cantaba en voz baja una canción triste en una lengua que nadie entendía. Me habló del maravilloso jardincillo que tenían en casa, «dos palmos de ancho por tres de largo». Había un árbol y rosas, y una mesa y un banco de piedra; todo apiñado entre los muros de las casas, envuelto en un aire casero, tranquilo, antiguo. Me dijo que tenía una gata gris que pesaba más de seis kilos, una gata de pelo largo, y que toda la casa estaba llena de pelos. La guerra era terrible y cándida a la vez. Más abajo, en algún lugar del valle, los alemanes también debían de estar sentados hablando de sus casas, sus familias, sus mujeres. Pero al día siguiente volverían a ejercer su trabajo y nosotros trataríamos de sobrevivir a pesar de sus esfuerzos por alcanzarnos. Tenía muchas ganas de llegar a la fortaleza partisana de Mokrec, ese baluarte del que todo el mundo hablaba con tanta satisfacción. Me dijeron que habían estado trasladando heridos al hospital durante toda la noche, y aquella noticia alimentó mis esperanzas.

Dormí con Sonja, que me decía al oído palabras incomprensibles en una lengua sonora. Pero sentía su calor y su ritmo… Calzados, vestidos, sin quitarnos el cinturón, estrechamos nuestras ásperas superficies y entre nosotros se formó lo que me pareció un mágico arcoíris cargado de deseo… En el duermevela escuché palabras que me recordaron a las variadas tonalidades de un dibujo al pastel. Cuando, por la mañana, me desperté, Sonja estaba sentada a mi lado, apoyada en la pared, peinándose. ¿Qué palabras me había susurrado

durante la noche y en qué lengua las pronunciaba? Se trataba del *Cantar de los cantares* de Salomón en hebreo. Sin prestarme atención, mientras miraba por la ventana y, sin ninguna prisa, se peinaba dos largas trenzas, Sonja iba recitando:

> Por el olor de tus suaves ungüentos…
> Me metió el rey en sus cámaras
> Nos acordaremos de tus amores más que del vino…
> Mi amado es mío y yo suya;
> El apacienta entre lirios…
> Por las noches busqué en mi lecho al que ama mi alma;
> Lo busqué, y no lo hallé.

Noté un dolor en lo más profundo de mí.

¡En marcha!

Formación. Y a continuación un nuevo despliegue de hombres, animales y armas. De la casa que teníamos delante nos llegó el alboroto de un altercado: gritos, insultos, maldiciones. Un hombre con los ojos enrojecidos, vestido de civil, salió de golpe por la puerta. Lo seguían Iztok, con una expresión siniestra, y tres hombres más.

—Es un espía de los Blancos —dijo alguien.

A golpes y a puntapiés lo hicieron avanzar por el camino nevado y pasaron por nuestro lado como si no existiéramos.

Los alcanzamos en la montaña. El hombre en cuestión estaba de pie, ante un barranco, rodeado por los otros cuatro. Iztok le daba puñetazos, pero se trataba de un tipo robusto y, en vez de caer, se ladeaba de un lado a otro. El hombre se mantuvo firme y dijo con tranquilidad:

—Pegadme un tiro y acabemos de una vez.

Entonces se oyó un disparo y el hombre cayó. Acto seguido, oímos otra detonación.

Pasamos junto al barranco en silencio. Un sabor acre me invadió la boca. Todo el encanto del atardecer y la noche anterior se había esfumado. Habíamos dejado atrás el pueblo y nos esperaba una pendiente nevada. Avanzábamos pisando las huellas del soldado que teníamos delante. Qué extraño es el eco de un disparo aislado en un bosque nevado.

Continuamos andando sin descanso. Nuestros perseguidores parecían haberse quedado lejos y nosotros avanzábamos hacia la seguridad de aquellos bosques vírgenes e impenetrables donde, tiempo atrás, había ondeado nuestra bandera; una bandera que se había convertido en blanco de la artillería italiana.

De algún lugar a nuestra derecha nos llegó una ráfaga de disparos.

Y también se abrió fuego a nuestras espaldas. Al instante advertimos la potencia del ataque. Siluetas de hombres se movían por el bosque. ¿Eran de los nuestros o de los alemanes? Los disparos de fusil se mezclaban con las breves ráfagas de las ametralladoras. Y al otro lado de la montaña también se oían detonaciones. Más tarde me enteré de que los alemanes habían utilizado balas dumdum, balas que estallan dos veces: primero, cuando se disparan, y después, cuando topan con algún obstáculo, algo tan nimio como el brote de una planta. En aquel caso estallaban contra las ramas de los pinos. Al principio cuesta distinguir el sonido del disparo del sonido del impacto, y los soldados pueden tener la falsa impresión de estar rodeados. Jošt disparaba de forma continuada contra las siluetas del bosque. Oí el rebuzno de una mula y me pregunté qué resultado iba a darme el nuevo fusil.

Las balas volaban en todas direcciones y la nieve estaba salpicada de sangre. Decidí hacer lo mismo que los demás: echarnos al suelo, permanecer en el camino y disparar al azar contra un blanco invisible. ¡En pie! ¡Adelante! Los alemanes estaban atacando uno de nuestros flancos. Empezamos a trepar por un barranco, cubiertos de nieve hasta la cintura, agarrándonos de las ramas de los árboles e impulsándonos hacia arriba, un poco más hacia arriba, para caer de pleno en una emboscada. El hombre que iba delante de mí se llevó las manos al pecho y cayó. Huimos por una pendiente empinada y tratamos de buscar refugio entre los árboles. En aquella zona no había tanta nieve. Estaba rodeado de caras desconocidas. Ni rastro de las personas con las que había pasado la noche.

Alguien había instalado una cocina de campo en el cruce de dos caminos y el cocinero estaba sirviendo la sopa que había conseguido improvisar. El estallido de un obús hizo que las mulas sacudieran las cuerdas que las ataban a unos árboles bajos. Un saco de harina blanca explotó. Un herido permanecía encorvado sobre el mulo que conducía un chico con pantalones bombachos. Seguimos avanzando hacia las colinas y en una especie de meseta entre los abetos decidimos hacer un alto. La persona responsable me dio el cargo de delegado político. De nuevo estaba asignado a una unidad en la que no conocía a nadie. Y de nuevo estalló una ráfaga de disparos.

Una bala me pasó silbando muy cerca. Echamos a correr camino arriba y nos encontramos con dos hombres que empuñaban sendas metralletas. Ambos tenían un cigarrillo en la boca.

—¿Paramos un segundo a fumar? —dijo el chico que me precedía.

—¡Seguid adelante! —dijo nervioso uno de ellos—. ¡Venga!

El resto del camino por el bosque resultó ser plano. No tardaría en

hacerse de noche. ¿Sería cierto que los alemanes descansaban al anochecer?

Nuestra marcha nocturna continuó sin destino conocido ni descanso. Oíamos explosiones seguidas de gritos, ráfagas y órdenes de retirada. Una patrulla pasó corriendo junto a nuestra columna.

A lo largo del camino fuimos encontrando siluetas, sombras en el suelo. Vimos una larga fila de heridos, una fila de unos quinientos metros. Estaban tendidos en camillas y los hombres encargados de transportarlos esperaban a su lado.

Empezamos el descenso a lo largo de un camino que avanzaba a través de un bosque cada vez menos poblado. Dejamos atrás una colina con muy pocos árboles. La luz de la luna que se colaba entre las nubes hacía que la nieve brillase. Nos topamos con una casa aislada. ¿Tal vez un granero? Una voz metálica rompió el silencio:

—¡Alto!

Se oyó una ráfaga. Nos echamos al suelo al tiempo que una lluvia de balas caía sobre nosotros. Bajamos por una pendiente hasta un barranco donde la nieve se hizo resbaladiza.

—¡Alto! ¡En fila! ¡Retirada! ¡Hacia la montaña!

Sonaron más detonaciones. Nos apostamos detrás de una pequeña cuesta y disparamos.

—¡Cuidado! ¡Gas! —gritó alguien acuciado por el pánico, alguien que todavía no se había familiarizado con el olor de la explosión de nuestras municiones.

—¡Preparad las granadas! ¡Al ataque!

Salimos de estampida, pero no encontramos oposición. No había ningún alemán a la vista.

Seguimos descendiendo. Las patrullas iban adelante. ¡Alto!

Un cohete nos iluminó y nos convertimos en un blanco perfecto para las ametralladoras. Abajo, en el camino principal, los tanques preparaban la emboscada. Habían rodeado todo el valle. ¿Y mi unidad? ¿Qué había sido de ella? Otro cohete. Estábamos atrapados en un fuego cruzado y era incapaz de distinguir unos disparos de otros; todo se fundía en el pandemónium de aquella noche. Mientras las balas silbaban a nuestro alrededor, nos dirigimos a una torrentera… Acabé dentro del agua, corriendo por el cauce de aquel riachuelo pendiente arriba… El agua me entró en las botas… ¡Hacia la montaña! ¡Hacia la montaña! A través de zarzales cubiertos de nieve.

La marcha se había convertido en una carrera por alcanzar la cima. Por un lado del riachuelo avanzábamos nosotros y por el otro, los alemanes, intermitentemente iluminados por los cohetes blancos y rojos que lanzaban al aire… ¡Arriba! ¡Más arriba! Así pues, los

alemanes no descansaban de noche. Ambas pendientes, separadas por el profundo cauce del riachuelo, se unían en la cima. ¿Quién llegaría primero? ¡Rápido, rápido! ¡Adelante! Los cohetes iluminaban la noche.

Alcanzamos un camino forestal en buenas condiciones, transitado por innumerables pies.

Los disparos se quedaron atrás, a nuestra derecha.

¡Pero si estábamos deshaciendo el camino recorrido! ¿Dónde se encontraba la fortaleza de Mokrec? ¿Cómo era posible que los alemanes se orientasen en aquellos bosques? Los Blancos les hacían de guías. Alguien había oído hablar en croata, lo que quería decir que los acompañaban los Ustacha. Y también habían oído palabras en ruso, prueba de la presencia de las tropas de Vlasov. Todos los caminos del valle estaban bloqueados, la zona estaba plagada de tanques. ¡Menos mal que los tanques no podían abrirse camino en el bosque!

Se estaba haciendo de día cuando, a través del bosque, llegamos a una carretera. Sin embargo, continuamos avanzando entre los árboles. Y mientras me preguntaba por qué diablos no la habíamos tomado, nos sorprendió un fuerte estruendo y divisamos el morro negro de un tanque y el largo cañón de la torreta. Nos retiramos hacia el interior del bosque.

Seguimos avanzando sin descanso.

En un valle ovalado descansamos y compartimos una comida caliente. A lo lejos, debilitados, se oían disparos.

Nos pasó revista un comisario que respondía al nombre de Čiro. ¿Dónde habíamos combatido juntos? En una escaramuza con los alemanes. Pero ¿dónde y cuándo? ¿Ayer? ¿El año pasado? ¿Hacía cien años? Disparando ráfagas muy breves, había conseguido ahorrar munición para su vieja metralleta italiana de culata gruesa. Čiro nos dividió en compañías y asignó puestos de mando. Así, sin más, me nombró comandante de una unidad. ¡Mi propia unidad! Miré los rostros de aquellos hombres y ellos me miraron a mí. Reconocí a uno de ellos; habíamos coincidido en la ciudad. Se trataba del taquillero del cine Matica. Cuántas veces me había marcado la entrada cuando iba a ver una película con alguna chica. También él me recordaba. A los demás no los conocía de nada. De pronto me sentí inquieto. ¿Cómo reaccionaría cuando nos atacasen?

Čiro pronunció un breve discurso. Por su manera de hablar deduje que era profesor. Hay que aguantar un poco más. Los alemanes están siendo derrotados en el frente ruso. El Ejército de Liberación Nacional está aniquilando al enemigo por todo el país. Esta ofensiva es el último recurso de los alemanes. La patria confía en que cumplamos con nuestro deber durante estos últimos días de guerra. Cuando se

produce una ofensiva, la disciplina siempre se abandona un poco. Čiro instó a los comandantes a mantener unidas a sus compañías, a establecer contacto con sus superiores y a cumplir todas las órdenes. A la desobediencia se responde en un consejo de guerra. Quien abandone su puesto sin un motivo adecuado, tendrá que pagar por ello tras la ofensiva. Y terminó citando un poema de Gregorčič: «Nuestros deberes no están determinados por rango y posición, entregarlo todo es la obligación de los hombres».

Comandantes y comisarios nos reunimos; al resto se les dio permiso para descansar.

La reunión tuvo lugar bajo un abeto grueso y frondoso. Allí, sentados o en cuclillas, éramos unas diez personas.

Mantened a los hombres juntos… (fácil de decir, pero poco ajustado a la realidad, puesto que todos formábamos parte de alguna unidad divida, puesto que estábamos completamente desperdigados). Tened siempre localizados a vuestros superiores. ¡No perdáis el contacto! De lo contrario, no funcionaremos como un ejército. ¡Enviad avanzadillas! Esto no va a durar más de uno o dos días, no creo que llegue a tres. Los alemanes están sufriendo enormes pérdidas. Están transportando camiones cargados de cadáveres hacia el valle. Cuando se os ordene que toméis una posición, tenéis que manteneros firmes en ella. Hablad con vuestros hombres, explicadles por qué luchan, ¡describidles el maravilloso futuro que les espera! Debéis tener los ojos bien abiertos para detectar espías e infiltrados. No permitáis que los hombres se dispersen. La guerra nos está convirtiendo en un ejército sano. Casi todo lo que estaba podrido ha caído. Y ahora tenemos que continuar avanzando con un nuevo entusiasmo. No os olvidéis de enviar avanzadillas por delante y por los flancos. Informad de todo lo que ocurre ¡y no dejéis la iniciativa para los alemanes! Proteged a vuestro personal de servicio y ocupaos de los heridos.

Un buen comandante debe conocer bien a sus soldados. Yo acabé conociendo a los míos gracias al taquillero, que me dijo que había otro hombre que también me recordaba. Se llamaba Leon y, por lo visto, habíamos sido escoltas juntos. Yo no me acordaba de él porque era muy joven. Me senté con mis hombres para conversar sobre cualquier cosa e intentar penetrar sus almas. Uno de ellos me dio mucha pena. Se trataba de un chico con aspecto enfermo, de tez cetrina, que vestía ropa demasiado grande para su talla. No aparentaba más de trece años, aunque aseguraba tener casi diecisiete. Un hombre con una chaqueta a cuadros rojos de cowboy me dijo que su hermano era el zapatero Petkošek. Sí, lo recordaba. Solía llevarle mis zapatos al taller de la calle Gosposka.

—Ya no lo tiene. Lo detuvieron como rehén y le pegaron un tiro.

En esas apareció un tipo con los dientes negros, evidentemente enfermo, que se presentó como delegado político. Tras comprobar que pertenecíamos a la tercera compañía, nos preguntó cuántos de nosotros éramos miembros del partido. Tres de unos treinta.

—¿Y tú? —me preguntó.

Negué con la cabeza. ¿Importaba mucho en aquel momento? En el ejército no se hacen preguntas. Čiro era partidario de aceptar voluntarios durante una ofensiva. Cualquiera que se ofreciese podía convertirse en recluta. La paz estaba a las puertas, la hora de la liberación se acercaba, en breve marcharíamos hacia Ljubljana. Čiro no era un buen orador y terminó su charla torpemente, con una frase que decía algo así: «El que buena cama hace, en buena cama se acuesta». Leon, con un sentido del humor que Mussolini habría detestado, estalló en carcajadas. Cambié de tema para conocer el estado de nuestro arsenal: cómo estábamos de municiones, si las ametralladoras funcionaban adecuadamente, con cuántas granadas contábamos. El ametrallador no me inspiraba confianza.

—Qué se puede esperar de una Breda como esta —se quejó—. Cuando hay humedad o hace frío se atasca. ¡Ojalá tuviese una Sten!

Habría preferido contar con Jošt, que aceptaba cualquier situación y estaba siempre a punto de echar mano de su vieja amiga, como solía llamarla. Se pasaba el tiempo limpiándola o desmontándola para revisar las piezas y volverla a montar. ¡Y nunca se quejó de que se atascara! Tampoco me acababa de gustar un hombre mayor de grandes bigotes que se quejaba incansablemente de la irregularidad de las comidas. Aunque al final lo que más me enfureció fue el tartamudeo malhumorado del de la dentadura negra, que le soltó un discursillo político al bigotudo sobre la moral del combatiente partisano. Yo me limité a observar que muchos de los que habían luchado con los partisanos habían acabado con úlceras de estómago, pero que hasta el momento nadie se había muerto de hambre.

¡Esa era mi unidad! Desanimado, miré aquellas caras cansadas: el chico de los harapos que le venían grandes, el bigotudo quejica y unos cuantos hombres anónimos sin fulgor en los ojos… Salvo dos o tres excepciones, ninguno se parecía a un soldado. Y muy pronto, con esa compañía tendría que salir a combatir. ¡Venid a por nosotros, divisiones de élite hitlerianas!

Cuando fui a hablar con Čiro, lo encontré conversando con un hombre abrigado con un sobretodo de piel de oveja. También había algunas caras nuevas. Le dije que mi unidad necesitaba más munición y granadas. Justo en aquel momento oímos una detonación a lo lejos.

Čiro sonrió y señaló en dirección a la detonación.

—Hay de todo ahí abajo. Si tienes lo que hay que tener, ve a cogérselo a los alemanes.

No obstante, lo vi hablar con otro tipo que me trajo unas cuantas granadas italianas y cinco o seis puñados de balas para los fusiles.

El intendente que me facilitó todo aquello me dijo:

—Ha habido épocas en las que dábamos gracias al cielo por encontrar un cartucho abandonado en el camino. Tómate un descanso. Nos pondremos en marcha al anochecer… a no ser que esos malditos alemanes digan lo contrario.

Algunos de los hombres estaban acuclillados junto a un pequeño fuego, calentándose, esperando a que se les secara la ropa. Otros habían apartado la nieve, se habían sentado y, apoyados en el tronco de un árbol, trataban de dormir un poco. El bigotudo se había acomodado en una manta enrollada. Estaba fumando, tenía la mirada perdida y su expresión reflejaba tristeza. De todos ellos, el «renacuajo» era el único que parecía conservar una brizna de vida. Me confesó que le gustaría ser ametrallador.

¡En marcha!

Nos pusimos en fila y empezamos a andar por un camino nevado bastante ancho en dirección desconocida. Recorrí la columna y escogí a dos hombres para que se hiciesen cargo de las comunicaciones en caso de necesidad. Nadie parecía demasiado interesado. Sin lugar a dudas, algunos debían de pensar que continuarían avanzando hasta que se produjese alguna escaramuza y todo volviese a empezar. Otros se movían en un estado de semiinconsciencia, un estado que yo también conocía. Sabía que volverían a la vida en cuanto empezasen a oír disparos y que regresarían a aquel estado de sopor en cuanto terminasen. Volvía a nevar. La mayoría se cubría la cabeza con los toldos de las tiendas de campaña o con mantas. Aquellas figuras blancas avanzaban con dificultad por el bosque con la mirada fija en las huellas que dejaba el hombre que les precedía. Mi anterior indiferencia se había convertido en inquietud. Las consignas políticas no se habían impartido al azar; lo más probable es que nos aguardase alguna sorpresa desagradable. Decidí que en caso de ataque me mantendría en un flanco de la columna para no perder de vista ni la parte delantera ni la posterior. Me sentía preparado para enfrentarme a mi primera prueba.

Alto… alto… alto…

Nos quedamos allí bastante tiempo. No nos podíamos apoyar en ningún sitio. Algunos hombres rompieron filas para beber agua.

Čiro y el tipo de la chaqueta de piel de oveja pasaron junto a la

columna y desaparecieron en las sombras. Nadie tenía ganas de hablar. La noche avanzaba y nadie sabía por qué nos habíamos detenido, qué estaba ocurriendo o hacia dónde íbamos. Hacía frío y había humedad. Deberíamos haber movido las piernas, pero aquello habría supuesto una pérdida de energía. Envueltos por la nieve, nos fuimos fundiendo con el blanco y el gris de aquel paisaje natural.

En marcha… en marcha… en marcha…

Lentamente la fila empezó a moverse y sacudirse. Parecía que se hubiese quedado congelada.

Vi a cuatro hombres de pie junto al camino, entre ellos a Čiro. Pasamos por su lado.

De pronto, de más adelante nos llegó el eco sordo de una ráfaga. Disparos de fusil. Alguien gritó órdenes y salió corriendo.

—¡Primera compañía, alto! ¡Segunda compañía, al flanco izquierdo! ¡Tercera compañía, al flanco derecho!

La tercera compañía éramos nosotros. Me puse en acción.

—¡Ametrallador, adelante! —grité. Y luego me corregí—: ¡Sígueme!

Empecé a trepar por la pendiente de la derecha. Mis hombres me siguieron con lentitud. Los conté… y volví hacia atrás… uno de ellos se había quedado rezagado… ¿estaría fingiendo? Lo zarandeé y lo miré directamente a la cara. Me dijo que veía chispas por todas partes. ¡Venga, va! Una patada en el culo, unos cuantos quejidos y estaba de vuelta con nosotros. Volví a trepar por la pendiente. Cada vez estábamos más cerca de los disparos. El ametrallador, con la Breda en los brazos, estaba clavando el soporte en la gruesa capa de nieve… En cuanto aparecí, me miró. ¡Adelante! Escuchamos un disparo tan cercano que acertamos a ver el fogonazo del cañón en la oscuridad… El ametrallador disparó en el acto y otros ametralladores se le unieron. Le quité la lengüeta a una de las granadas italianas, esperé un poco y la lancé hacia delante. Tras el estallido, avanzamos un poco más. Estábamos rodeados de árboles gigantescos… apenas teníamos visibilidad… Una de las compañías se había quedado más abajo… ¿corríamos el riesgo de que abriesen fuego contra nosotros?

(Las cosas nunca son claras y es difícil decir si todo sucede simultáneamente o de forma secuencial… es difícil saber si las impresiones son o no válidas… Confundidos por las visiones y las alucinaciones, los hombres reaccionan por instinto y se adaptan a las circunstancias. Sumidos en un desorden de imágenes y sonidos, experimentan un escalofrío al entrar en acción. El soldado que no tiene órdenes específicas a las que seguir, actúa en función de lo que ve a su alrededor… Pero los soldados de rango superior tratan de

cuidar de sus hombres y ayudarlos a sobrevivir…).

Una pila de troncos junto a un claro. Podía servir para protegernos y al mismo tiempo ofrecernos una buena posición para disparar. Pero las detonaciones habían cesado. ¿Qué estaba pasando?

—Acabamos de enfrentarnos a una patrulla alemana —me dijo Čiro, que había aparecido a mi lado.

¿De dónde había salido? ¿De dónde había sacado aquella información?

—No tardarán en volver con refuerzos —continuó—. No nos esperaban. Vendrán por el camino. No suelen atacar de frente por la noche. Estaban preparando emboscadas. Tenemos que avanzar sin que nos descubran los guardias que vigilan… o enfrentarnos a ellos para abrirnos paso… Creo que lo mejor es que avancemos en silencio. Vigila todo el tiempo la parte de arriba. ¡No permitas que nadie se escabulla! ¡Id poco a poco!

Y desapareció como si la tierra se lo hubiera tragado.

Pasé revista. Si no me equivocaba, estaban todos presentes. Y con el ametrallador al frente, nos pusimos en marcha.

Pensé que Čiro era un hombre digno de admiración. Daba órdenes, llevaba a cabo inspecciones y, como mínimo, fingía saber qué estaba ocurriendo. Puede que lo que dijese no fuese del todo cierto, pero en su actitud general encontré algo que había echado de menos hasta entonces. Decidí comportarme del mismo modo que él. Por el momento, no tenía alternativa.

«Lo que para los pájaros es la época del cambio de plumas, para los seres humanos es la época de las dificultades, las desgracias y los infortunios… Siendo amigos, siendo hermanos, amando… así es como se abre la cárcel con una fuerza incontrolable, como por arte de magia. Sin amor estamos muertos… Puede que el fuego arda en nuestra alma, pero nadie se acerca nunca a calentarse a su lado. Los transeúntes solo ven que de la chimenea sale un poco de humo, y pasan de largo… A menudo, las personas son incapaces de actuar porque están encerradas en una terrible, terrible jaula… Prefiero la melancolía que cree en la esperanza, que hace esfuerzos por salir adelante, a la melancolía que se desespera aturdida y angustiada».
Van Gogh, *Carta a Teo*, 1880

«Además, debes también saber que no creo… en Dios…».
De una obra de teatro de Salacrou
«[…] El conocimiento clarifica el juicio, extirpa el prejuicio y la credulidad, y arranca la superstición y el engaño».
Fran Erjavec, *Animales en imágenes*, 1873

«Nos han preparado un buen estofado: no pasaremos hambre.
El agua nos llega al cuello: no pasaremos sed.
Están jugando con fuego: no pasaremos frío.
Alguien se ocupa de nosotros».
Tórne, Anuncio oficial, 1934

Capítulo 4

Los alemanes no están donde tú crees y aparecen cuando menos te lo esperas. Por eso, los partisanos prudentes han de estar al acecho todo el tiempo. Siempre puede haber algún alemán oculto entre la maleza.

Čiro acababa de decirnos que todo había acabado cuando oímos una ráfaga a nuestras espaldas. La experiencia en escaramuzas nocturnas nos decía que una ráfaga de ametralladora no era un buen indicador de la posición del enemigo, puesto que la emboscada principal podía estar esperándonos en silencio en cualquier otro lugar. Por norma general, la dirección de la que provenían la mayoría de disparos no revelaba un puesto enemigo particularmente desesperado. Pero ¿cómo podíamos verificarlo sin diálogo?

En aquella ocasión, intentamos mantener nuestra posición y abrimos fuego con dos ametralladoras a la vez. Justo en el momento en que iba a dar la orden de atacar, asaltaron nuestro flanco izquierdo y nos retiramos lentamente.

—Deja de esconderte detrás de ese condenado árbol y dispara de una vez, ¡maldita sea!

La oscura silueta que había a mi lado levantó la cabeza. Era el taquillero.

—Nunca he disparado un fusil como este —gimió—. No sé cómo…

El taquillero apretó el gatillo, pero no sucedió nada. Clavé mi fusil en la nieve y cogí el suyo. Cargué el arma y disparé. El fusil funcionaba. El problema era que aquel tipo no sabía quitarle el cerrojo. Dios mío. Le devolví el fusil, cogí el mío, disparé otra ráfaga y rápidamente inspeccioné la oscuridad que nos rodeaba.

—¡Retiraos lentamente hacia el camino! ¡Disparad y retiraos!

Un civil escoltado por un partisano pasó corriendo a nuestro lado para comunicar algún tipo de información. ¿Dónde se había metido Čiro? Formamos. Había dos heridos: uno con una bala en el brazo y otro con una herida en el cuello. Al primero le habían dado desde

atrás y al segundo, por delante. Aquello era significativo. No teníamos vendajes, pero utilizamos unas gualdrapas limpias. Čiro seguía sin aparecer. ¿Dónde se habría metido?

—¿Os habéis dado cuenta de que los alemanes se están poniendo nerviosos? No les gusta enfrentarse a nosotros de noche. La próxima vez que abramos fuego les dejaremos caer un par de ráfagas y a continuación avanzaremos por algún hueco.

Los hombres, sombríos, se mantuvieron callados. Tan solo el Renacuajo se mostró animado:

—¡Claro que sí! ¡Seguiremos avanzando! —dijo.

—¡Escuchad! Tenemos que sortear el cerco. Y será mucho más fácil conseguirlo ahora que esperar a que se haga de día, ¿no es cierto?

—¡Desde luego! —me secundó el Renacuajo.

—Preparad las granadas.

Volvimos al camino nevado en fila india.

Aquella noche nos tendieron otras tres emboscadas. Desde otras partes del bosque fueron apareciendo algunos soldados que añadí a mi unidad después de haberles echado un vistazo. Del mismo modo, algunos de mis hombres desaparecieron y nunca supe si se habían perdido, si habían desertado o si los habían matado. La noche tiene sus propias reglas. Mirko, el ametrallador, resultó ser un buen hombre. Y el delegado político que habíamos conocido junto a la pila de troncos ya no estaba con nosotros. Más tarde, cuando tropecé con Čiro, le pregunté dónde estaba el de los dientes negros. ¿El delegado político? ¿Que había desaparecido? Čiro frunció el ceño.

—Si aparece, dile que me busque. Lo conozco. Se unió al ejército hace mucho tiempo y nos ha ofrecido un buen servicio, sobre todo al principio. Pero es uno de esos que están convencidos de que en los últimos cinco minutos de la guerra van a recibir un tiro.

—Mirko, ¿has conocido a algún tarado de esa envergadura?

Mirko asintió con la cabeza.

—En las retiradas siempre ocurre lo mismo. Pierdes a unos y recuperas a otros. De momento has conseguido que nos mantengamos juntos.

Había descubierto que el de la chaqueta de piel de oveja era comandante de batallón y que se hacía llamar Mihajlov.

Cada vez observaba las cosas con más atención. Me adelantaba, regresaba a la unidad y seguía hasta la retaguardia. La dispersión no era una posibilidad. Estábamos cubriendo la evacuación de una larga hilera de hombres gravemente heridos. Me encontré con Jernej e intercambiamos unas cuantas palabras.

Llegamos a una bifurcación y nos detuvimos. Salieron patrullas en

ambas direcciones. Desde arriba nos llegaba el sonido de disparos esporádicos. Vi regresar a una de las patrullas.

Para volver junto a mis hombres, cogí un camino paralelo al camino en que se habían detenido los partisanos. Un grupo de soldados se apretujaba señalando alguna cosa a mis espaldas. Me di la vuelta.

—Un muñeco de nieve —dijo alguien.

Y sí, algo parecido a una figura blanca permanecía de pie en la bifurcación señalando con la mano hacia el valle que se extendía más abajo. ¿Se trataba de una ilusión suscitada por nuestras mentes cansadas? ¿Acaso el césped que se adivinaba bajo la nieve era un engaño provocado por la luz?

Nos pusimos en marcha en esa dirección y poco después volvimos a detenernos.

—¡Que se adelanten los ametralladores!

El nuestro desapareció con el resto.

No tardamos en alcanzar la cima de una colina cubierta de hierba y cuando empezamos a descender por la pendiente de la izquierda, volvieron a dispararnos desde arriba. La escaramuza fue breve.

—¡Descended, girad a la izquierda y volved a subir!

De nuevo cambiamos de dirección. Estábamos agotados, medio muertos. Nadie hablaba. Lo único que se oía eran gemidos, algún que otro insulto, silencio, resuellos, maldiciones. Me encontré a Mirko. Llevaba la ametralladora al hombro, pero había perdido a su ayudante con las municiones.

La última emboscada fue la peor. Tuvo lugar justo antes del amanecer. Avanzamos hacia el fuego cruzado del enemigo y lo único que pudimos hacer fue huir corriendo por las empinadas pendientes del bosque. El Renacuajo seguía conmigo. También el taquillero y Mirko, pero sin municiones. Distinguí a Leon y a sus hombres.

Se estaba haciendo de día sin que nos diésemos cuenta. El bosque era cada vez más frondoso y el camino serpenteaba cuesta arriba entre árboles caídos, montículos y hondonadas. En la nieve se dibujaban las huellas de una mula. Se veían partidas y pisoteadas.

Si nos hubiesen atacado en aquel momento, el resultado habría sido una buena carnicería. Manoseé la granada que llevaba en el bolsillo y la acomodé en mi pañuelo húmedo y pestilente. Para conservar la moral es necesario un punto de apoyo.

Miré al Renacuajo. Aquel pobre desgraciado apenas era capaz de avanzar. El color cetrino de su piel había adquirido un tono grisáceo y tenía que hacer esfuerzos para mantener los ojos abiertos. Aun así, trató de esbozar una sonrisa que no pasó de mueca.

—¿Puedo ser yo el ayudante del ametrallador? —me preguntó.

Tenía los labios pegajosos, salpicados de una espuma blanca y seca.

—Pero si no tenemos municiones —le respondí.

—Pronto tendremos de sobra —insistió.

Movido por un impulso, le di un beso en la mejilla. Aquel gesto no le molestó en absoluto.

Delfinario en Palma Nova.

Una piscina con agua azulada. Y a nuestro alrededor, el parque zoológico que ya habíamos visitado. Detrás de los rosales había una malla verde, y más allá corría un riachuelo artificial en el que descansaban unos cuantos flamencos. Desde un tejado de juncos y estera nos llegaban los chillidos de unos grandes loros verdes y rojos. Los monos tomaban el sol en las ramas de los árboles secos. Había bandadas de pájaros de alegres colores. En algún sitio repicaba una campana y una voz femenina entonaba en español una apasionada balada que hablaba de amor y de muerte. Visitamos la bodega. En las paredes del pasillo habían instalado acuarios con peces marinos. Tras un enorme panel de cristal flotaba el extraordinario cuerpo de un delfín, un delfín que miraba a la gente y parecía sonreír.

—«¡No te comportes como las personas!», le dice mamá delfín a su hijo —bromeó Joseph Bitter.

Estábamos sentados en las gradas de una tribuna y el sol nos daba en la cara. Una barca blanca repleta de turistas atravesaba la bahía. Aplaudimos la actuación de tres leones marinos, que nos devolvieron el aplauso con sus aletas delanteras. Mientras tanto, tres delfines nadaban por la piscina, saltando fuera del agua, esperando impacientes el final de la actuación de sus rivales.

—Están ansiosos por empezar —observó la señora Bitter.

Todos conocemos esos animales marinos que pesan varias toneladas. Los hemos visto en el cine y en la televisión sin llegar a imaginarnos cuánto disfrutan presumiendo ante el espectador. Esos traviesos acróbatas saltan, dan volteretas, se lanzan a través de un aro, se impulsan fuera del agua de modo que solo sus colas queden sumergidas, se persiguen por la piscina, juegan a la pelota y se acercan a su entrenador para abrazarle y besarle. El entrenador lanza tres sombreros al agua y ellos van en su busca y se los colocan en la cabeza. Una chica se lanza al agua, monta a uno y da una vuelta a la piscina a toda velocidad.

—Increíble, increíble —exclamaron Bitter y su esposa.

Volvimos a El Arenal en la cubierta de una barca motora azul y blanca. Íbamos sentados en un banco, Bitter en medio y su señora y yo

a los lados. Pronto dejamos de hablar de las proezas de aquellos formidables delfines. Bitter no estaba muy animado. Había pasado una mala noche y tenía dolor de cabeza. ¿A causa del viento? No exactamente. Solía sufrir aquellas jaquecas cuando había luna llena. De hecho, la luna podía distinguirse en aquel cielo soleado. Me fijé en los cambios que experimentaba su cara: cuando se dirigía a mí, su expresión era seria; pero cuando miraba a su mujer, intentaba sonreír y asentía con la cabeza. Un camarero nos sirvió una copa de vino tinto.

—Respecto a lo que me dijo ayer —comentó—, no es que me guste la guerra, no. Después de todo, soy una persona normal. Pero tengo que reconocer que es en la guerra donde se conoce de verdad a los hombres y todo aquello que los rodea. Aunque las circunstancias se repitan, nunca son exactamente las mismas. Y mientras tanto, los hombres mueren o crecen. He estado pensando en sus observaciones. Desde luego, hay que tener en cuenta las diferentes situaciones que se dan en la guerra…

Bitter fijó la vista en el mar agitado.

—Puede que resultes victorioso, que aplastes al enemigo, que ocupes la ciudad que ha tenido que evacuar… y que experimentes la dulzura del poder… Al fin y al cabo, todos somos humanos, amigo mío… La victoria siempre embriaga un poco… De hecho, presencié lo que les ocurría a los rusos cuando las cosas empezaron a irles bien…

»Puede que estés en algún sitio perdido ajeno a todo lo que está ocurriendo… Puede que te encuentres en un punto muerto… y que no tengas más remedio que jugar tus cartas y arriesgarte… Puede que te toque pagar y que sigas haciéndolo… Como he dicho antes, todos somos humanos… y no podemos escapar a la situación general… Acatas y pasas órdenes… Despliegas tus unidades y sopesas las posibilidades… Reina la tensión, la ansiedad, la locura… Sí, hay que estar un poco loco para soportar tanta presión…

»Puede que te encuentres en plena retirada… que el orden al que te habías acostumbrado se venga abajo… Nada es como habías imaginado… Puede que no sepas qué está pasando… Que hayas perdido de vista a tus conocidos… Que no sepas muy bien a qué te enfrentas… Aun así, reúnes a tus hombres… Algunos te llenan de orgullo y a otros les pegarías un tiro sin pensártelo… Especialmente cuando es evidente que todo está perdido… Pero nadie lo admite… y te ves obligado a mentir… para salvar a tus hombres… Ellos también mienten… y todo se convierte en un embuste, una falacia, un autoengaño… Pero entonces las circunstancias sufren un pequeño cambio… y la mentira se convierte en realidad… y acabas siendo más

sabio, más avezado.

Se calló un momento.

—No —dijo sacudiendo la cabeza—. No me he explicado bien. Anoche reviví todos aquellos acontecimientos. De hecho, ocurrieron en tres momentos diferentes, en tres lugares separados. Sí, lugares auténticos. Rodeado de la gente que conocía en aquel entonces… Pero no puedo explicárselo. Disgustaría a mi mujer. Yo me alteraría y ella adivinaría inmediatamente de qué le he estado hablando. Le diré que estamos comentando lo que dijo Brehm sobre los delfines… Un momento.

Bitter intercambió unas palabras con su mujer. Sin duda alguna, era un buen actor.

Como no me atrevía a preguntarle en qué división había servido en Yugoslavia, traté en vano de dirigir la conversación hacia aquel tema.

—¿Cómo es que los alemanes decidieron ocupar tanto territorio en el extranjero? —le pregunté.

—¿Acaso no hicieron lo mismo todos los ejércitos de la historia? Sin embargo, a medida que pasa el tiempo tendemos a olvidarlo. ¿Piensa de verdad que los griegos invadieron Asia Menor a causa de una mujer? En determinadas épocas de la historia, la guerra se ha convertido en una inundación que ha afectado a un inmenso territorio. Piense en los romanos y en los cartagineses, en Alejandro Magno y en la Francia de Napoleón. ¿Por qué se fueron los españoles a América? Nadie pregunta a los italianos, y me disculpo por mencionarlos, qué fueron a hacer a África, a los Balcanes, a Francia. Hemos olvidado a los japoneses. Y el hecho de que los rusos están perfectamente asentados en varias zonas de Europa. Nadie parece recordar los campos de concentración que los ingleses plantaron en Sudáfrica durante la guerra de los Boers. De hecho, fueron aquellos demócratas los que inventaron los *Vernichtungslager*, los campos de exterminio rodeados de alambradas de alta tensión, y los que fusilaron a niños y mujeres indefensos.

Lo miré con atención. No parecía enfadado y hablaba con tanta tranquilidad que cualquiera habría dicho que me estaba informando de los últimos movimientos de la bolsa.

—Las grandes potencias tienen grandes ejércitos y no ven la necesidad de disimular su apetito. ¿O es que los irlandeses no invadirían Inglaterra si fuesen más numerosos? Yugoslavia se habría anexionado Bulgaria y Albania si Stalin se hubiese mostrado dispuesto a hacer la vista gorda. Eso habría puesto nerviosos a los griegos. ¿Y cómo es que la digna y pacífica Dinamarca sigue aferrada a Groenlandia? Sí, una pulga puede acabar con un elefante. Ahí están

las guerras coloniales. Solo tiene que comparar la madre patria portuguesa con sus posesiones en África.

»Los americanos han ideado otro sistema. Y en vez de ocupar territorios con la fuerza de las armas, lo hacen con los poderosos dólares. Sale más a cuenta y se está convirtiendo en tendencia: dinero, propaganda, beneficio y espionaje. Mire, los portugueses tienen que cumplir seis años de servicio militar: tres en su país y tres más en África. Y nadie sabe a ciencia cierto cómo va a terminar su aventura. Alemania también tenía colonias, igual que Holanda. Pero los americanos cogen el teléfono, ofrecen el dinero, asesinan a su propio presidente y no pasa nada. Prometen ayuda al exterior y luego la aplazan. Y lo hacen discretamente y con eficacia. Como si estuvieran jugando una partida de ajedrez.

—Señor Bitter, ¿le puedo preguntar algo?

—Diga, pregunte lo que quiera.

—Seguramente lo encontrará extraño, pero me gustaría saber si su sangre es cien por cien alemana.

Bitter torció el gesto y acto seguido estalló en carcajadas. Su mujer se contagió de la risa. Le agradaba que ejerciese una influencia tan positiva en su marido, y me sonrió agradecida.

—¡Por el amor de Dios! ¿Es que acaso se le ocurre un apellido más alemán que Bitter?

Soltó una nueva risita y me preguntó:

—¿No será por casualidad racista?

No había duda respecto al tono bromista de la pregunta.

Cuando desembarcamos, su mujer bajó la primera.

Entonces Bitter se volvió y me dijo muy seriamente:

—Mi madre era polaca, de la región de Silesia, una *Wasserpolakin*. Pero, dígame, ¿por qué demonios me ha hecho esa pregunta? Mi padre siempre decía que me parecía a mi madre. En fin…

El hayedo se convirtió en un pinar y el sol apenas lograba penetrar en aquella frondosidad. De las copas de los árboles nos llegaban susurros, pero abajo solo éramos conscientes de una suave brisa del sur que empezaba a fundir la nieve. Gruesos copos de aguanieve se deslizaban por las ramas y caían en el suelo.

La hilera de hombres se movía con lentitud, pisando pesadamente el camino embarrado. Ahora solo se oía el sonido de las botas sobre la tierra y la nieve, las ramas secas y las hojas, y el ocasional repiqueteo de una piedra rodando o el choque de dos piezas de metal. Ninguno de nosotros sabía de dónde venía ni hacia dónde se dirigía; ninguno prestaba atención al paisaje que le rodeaba. Ninguno dormía ni estaba completamente despierto; ninguno comía, bebía o hacía sus

necesidades. No estábamos vivos ni muertos. Los minutos, las horas, los días, los años y los siglos habían perdido cualquier significado. Nada nos unía al pasado y el futuro era una incógnita. Lo único que existía para nosotros era el bosque, el camino, la marcha. E incluso aquello nos parecía irreal, una especie de extraño sueño. «Hueso por fuera, carne por dentro», dicen los chinos de la tortuga. Si tocas el hueso exterior, la tortuga esconde la cabeza y las patas en su caparazón. Pero si recibiera el disparo de una metralleta alemana, el efecto sería el contrario: la cabeza y las patas del animal entrarían de inmediato en acción.

La nieve adquirió un tono azul y acto seguido se volvió anaranjada. Era consciente de que la vista me estaba jugando una mala pasada, pero no podía hacer nada. Intenté enfocarla, pero solo conseguí ver unos círculos dorados y azul marino. Un rato después, recuperé la visión. Las figuras que tenía delante de mí se balanceaban al ritmo de una música suave y monótona. Parecían marionetas ingrávidas. Incluso los troncos de los árboles bailaban. Mis pies se volvieron tan ligeros que dejé de sentirlos… hasta que me tambaleé y reaccioné… Los círculos que ocupaban mi visión desaparecieron… Las figuras se esfumaron y la música quedó en silencio… Entonces todo empezó a moverse, a temblar y cubrirse de niebla… Todo adquirió un tono azulado… ¿Se habría hecho de noche? Cogí un poco de nieve y lamí aquella humedad helada. Una punzada de dolor sacudió mis labios agrietados.

—¡Alto! ¡Pasad la voz! Pasad la voz… pasad…

Recibí la orden y la pasé hacia atrás… y solo después, mientras permanecía de pie mirando la espalda del hombre que me precedía, comprendí el significado de las palabras. No, no, todavía no había anochecido, estábamos en plena mañana… ¿o ya sería mediodía? Podría haber echado una mirada al reloj… claro que podría haberlo hecho… para saber la hora… Después de todo, mi reloj era muy exacto… Sí, podría haberlo mirado… Pero ¿para qué? Tal vez hubiese aldeas en las que estuviesen sonando las campanas… Tal vez en algún sitio la gente siguiese viviendo en casas, en habitaciones… Cuando la nieve se derrite, se oye el murmullo del agua que corre… Tal vez estuviese soñando. Pero no, porque podía abrir y cerrar los ojos… Sin embargo, estaba pasando algo muy extraño… Tanto si abría los ojos como si los cerraba, la luz no cambiaba. Volvía a estar andando cuando caí en la cuenta de que, de algún sitio, me habían llegado las palabras «en marcha». Sí, alguien había dado la orden que recorría la columna de hombres… alguien más despierto que yo… alguien mejor… más fuerte… Un momento, ahora me despierto… al fin y al

cabo, tengo una unidad bajo mi mando… mi unidad, ¡Dios mío!… Me golpeé un muslo con la mano… ¡Tenía que conseguir mantener los ojos abiertos! Tenía que caminar más rápido, que adelantar al hombre que me precedía… Pero ¿quién era aquel hombre? No tenía ni idea… quizás lo reconocería cuando pasase a su lado… ¡Los alemanes podían empezar a disparar en cualquier momento! Y en cuanto a mí, todo estaba en orden, aunque mis extremidades no parecían obedecer a mis órdenes… Era como estar dormido, soñando, como cuando quieres saltar, pero no puedes… Mi cuerpo estaba atrapado en una coraza, en una especie de armadura, de la que me resultaba imposible escapar… Lo único que podía hacer era mirar por la visera… ¿Me había golpeado realmente el muslo con la mano? ¿O me lo había imaginado? Mi mano no se movía. Solo las piernas me obedecían. Creía que, si hacía un esfuerzo y adelantaba a mi compañero, todo funcionaría de nuevo.

Y sí, con un gran esfuerzo conseguí superar aquella inmovilidad, aunque dentro de mí todo crujía y se resistía… El hombre que tenía delante era… ¿quién diablos era? Pensé en intercambiar unas palabras con él. Pero no me miraba ni me veía… ¡Era el taquillero! Pálido, desgreñado, encogido y cubierto de lodo. Su expresión era sombría. ¿Cómo había conseguido reconocerlo? Lo miré con atención y él me devolvió una mirada vacía… era como si me hubiese vuelto invisible. Intenté decirle algo, estirar los labios para formar una sonrisa, pero lo único que conseguí emitir fue un graznido.

Desembocamos en un barranco de poca profundidad. A ambos lados había hombres en cuclillas, sentados, acostados. Bajo tres enormes hayas alguien preparaba comida. Había un fuego, una olla, varios soldados. Noté el aroma del humo, escuché el rumor de las conversaciones. El hombre que me precedía se sentó a los pies de un árbol y yo me senté a su lado. El Renacuajo estaba junto a mí. Reparé en otra cara que me resultaba conocida, ¿quién sería?

¡La comida está lista! Enseguida se formó una larga fila de hombres con platos de campaña, una fila que apenas se movía. Los primeros platos humeaban. Vi a un hombre acuclillarse e inclinarse sobre el recipiente de aluminio que sostenía entre las rodillas. ¿Cuántos soldados habría? ¿Cuántas unidades? Sobre la nieve descansaba la cabeza cortada de una mula. Tenía los ojos abiertos y la lengua fuera de la boca.

Descansamos y fumamos. La comida nos devolvió la energía. Mirko me comentó que había encontrado una cajita de munición y que tenía un nuevo ayudante. El Renacuajo me lanzó una mirada con la que me acusaba y me instaba a actuar al mismo tiempo. Leon también estaba

allí, y Petkošek, con su camisa de vivos colores.

—Disparamos a ciegas y no sabemos si damos en el blanco —comentó el taquillero.

Petkošek hizo un gesto con la mano y dijo con desprecio:

—¡Será por lo que has disparado!

El taquillero se sintió avergonzado. Nuestras miradas se cruzaron. Vi que tenía miedo de que les contase a los demás lo que había pasado, de que les dijese que no sabía quitar el cerrojo de su arma. Nada más lejos de mis intenciones. Lo importante es que estábamos allí hablando, fumando, respirando. El Renacuajo intentó liar un cigarrillo, pero después de muchas vueltas y muchos lametazos, no obtuvo un buen resultado. ¿Cuántos hombres de la tercera compañía debía de haber allí? Nadie se molestó en comprobarlo. Poco después, conseguí superar mi resistencia a moverme, levantarme y empezar a caminar.

Por el camino avanzó hacia mí un partisano con la cabeza vendada. Llevaba una gorra encima del vendaje blanco. Sus ojos me resultaron familiares. Era Anton. Después de saludarnos, se unió a nosotros. Me contó que la herida era de metralla, o tal vez una piedra; que lo habían recogido del suelo y llevado con los demás heridos, pero que se había escapado. Prefería seguir con los combatientes, pues no confiaba en los hospitales.

—¿Lo has visto? —me preguntó.

No sabía a qué se refería. Puede que a la carrera, a la persecución. Le respondí con una sonrisa para confirmarle que todo iba bien.

Cuesta describir la rapidez a la que un ser humano es capaz de recuperar las fuerzas. Basta con un poco de comida, un sorbo de sopa, un pequeño descanso, un cigarrillo y un rato de charla, para que vuelva a la vida. Es posible que siga sin ver el sol, pero podrá percibir detalles que antes no veía y empezará a hablar, a mentir, a albergar esperanzas. Pronto terminará la persecución. La victoria está al alcance de la mano.

Anton era un hombre peculiar. Se mostraba discreto y tranquilo, y tenía su propia opinión sobre cualquier tema. Las polainas que cubrían sus delgadas pantorrillas no parecían muy bien puestas. Y ante mis intentos por entretener a los hombres y levantarles la moral, permanecía escuchando en silencio. En un momento dado les leí la palma de la mano y les pronostiqué un extraordinario futuro. De hecho, había aprendido un poco de quiromancia durante la época que había pasado en la marina. En concreto, sobre las líneas del amor y de la vida. Al leer las manos de mis hombres no les describí lo que realmente veía, no me pregunté en voz alta cómo era posible que

todos tuviesen una línea de la vida tan corta, como si ya estuviesen muertos. Un poco por casualidad eché un vistazo a la mía, que seguía siendo tan larga que casi se perdía alrededor de mis dedos. La peca que tenía en la mano también seguía allí.

—No nos vengas con estas chorradas, Berk —me dijo—. No son más que supersticiones de viejas.

Ojalá estuviese en lo cierto. Anton me lanzó una mirada aprobadora, animándome a seguir como hasta entonces. Recordé la indiferencia con que me había tratado en Ribnica y lo ofendido que yo me había sentido, aunque en realidad no tuviese motivos. Por un instante, pensé en recordárselo. Pero todo aquello parecía haber ocurrido en un pasado muy lejano y en aquel momento la situación era completamente diferente.

Lo vi rascarse la cabeza.

—Tengo la cabeza llena de piojos —se quejó—. No hay nada como una herida para atraerlos. Le di la razón. El apestoso vendaje que me cubría la mano derecha también estaba infestado.

Vimos aparecer a Mihajlov. No sé por qué aquella figura supuestamente heroica me pareció repugnante. Mihajlov nos dirigió unas cuantas palabras —¿cómo va todo, muchachos?, ¿habéis comido?, aguantad un poco más— e hizo ademán de seguir adelante. Entonces me levanté y le pregunté en voz baja cuál era nuestra posición. Se lo pregunté sin inmutarme, con calma, sin darle importancia. Pero Mihajlov apartó la mirada, repitió un par de banalidades —por ahora todo está en orden, aguantemos un poco más — y se marchó.

La conversación que mantuve con Čiro fue totalmente diferente. Cualquiera habría pensado que Čiro era el comandante y Mihajlov el comisario, y no lo contrario. Čiro nos confirmó que el camino estaba «despejado» (por una vez, las avanzadillas habían cubierto bastante terreno), pero que en una ofensiva como aquella era difícil saber lo que ocurriría al cabo de media hora.

—De un modo u otro, esta noche tenemos que llegar al otro lado —me dijo—. Abajo, en el camino principal, hay mucho movimiento. Los alemanes están recibiendo refuerzos. Esos cerdos están ya en todos los pueblos. Si esta noche no atravesamos el cerco, mañana lo pagaremos.

Durante un instante, Čiro apoyó su mano en mi brazo.

—Bueno, Berk —dijo.

Luego hizo un gesto con la cabeza y se fue. «Confía en mí —pensé —. Menos mal que no ha visto el estado en que me encontraba hace un par de horas… unos minutos… ¡o quizá siglos!». Aunque él

tampoco era de hierro. A saber lo que estaría sufriendo. Sí, tenía más experiencia y no era la primera vez que combatía, pero un metro de camino seguía siendo un metro de camino para él.

De vez en cuando, nos llegaba un estallido de disparos tanto desde la derecha como desde la izquierda; también desde la retaguardia. Solo las alturas que teníamos delante permanecían envueltas en silencio.

Seguimos avanzando sin problemas. Los alemanes intentaban alcanzarnos por los flancos, aunque tal vez nos habían perdido la pista. Una columna de hombres se unió a la nuestra por la izquierda. ¿A qué unidad pertenecían? No hubo respuesta. Uno de ellos llevaba la mano envuelta en un trapo a través del cual manaba sangre fresca, de un rojo vivo.

Anton era impresor. En la ciudad había trabajado en una imprenta ilegal donde lo único que veía eran las paredes de una asfixiante habitación. También ahora le habían asignado a una unidad de impresión. En principio, tendría que haber llevado a cabo su misión en algún pueblo. «No pienso volver a encerrarme en un búnker», les había dicho a sus superiores. Y había decidido unirse a los pelotones de combatientes.

—En el monte te limitas a agazaparte en algún agujero a la espera de que te descubran. Nada depende de ti, salvo pegarte un tiro en el momento apropiado, si es que dispones de un arma. Anton había abandonado su camilla para salir huyendo. Pensaba que éramos demasiados y que nuestra misión estaba destinada al fracaso.

Todo ello me hizo pensar que debía de haber sufrido alguna experiencia concreta de la que no quería hablar. Desde luego, los asuntos de guerra no eran para él nada nuevo. En el camino del bosque topamos con una larga fila de heridos tendidos en camillas.

—Mira —me dijo enfatizando la palabra.

La imagen de aquellos hombres provocó en mí un mal presagio.

—Suerte que no me dieron en la pierna —añadió completamente serio.

Durante todo aquel tiempo no fui capaz de imaginarme la imponente figura del Mokrec. «Después de la guerra —me dije—, si sobrevivo… bueno, claro que lo haré; después de la guerra lo buscaré en un mapa». Los ejércitos regulares saben perfectamente lo importantes que pueden llegar a ser los mapas. Por el contrario, nosotros dependíamos de los aldeanos, que aparecían y desaparecían como espíritus.

¿Por qué había tantos hombres rompiendo filas? Los pedos resonaban en el bosque. Mis intestinos también se quejaban. Diarrea.

El cadáver de la mula no había llegado a enfriarse, he ahí el motivo. Alguien nos contó que una brigada entera acabó con diarrea por haber comido carne de vaca sin haber dejado que antes se enfriara. Sí, le pasó a una brigada posicionada junto al río Kolpa.

—Los alemanes abrieron fuego, pero nosotros seguimos cagando como nutrias.

Un paréntesis de buen humor hizo que otro soldado, con un fuerte acento de Dolenjska, dijera:

—Consejo de guerra para los cagones… ¿no ven que están dejando un rastro amarillo para los alemanes?

Y acto seguido salió disparado hacia los arbustos.

Vi a un hombre agachado al lado del camino. Tenía el trasero huesudo y la piel, del color azulado de la leche agria. En un momento dado, yo también salí corriendo. «¿Y si los alemanes se ponen a disparar?», se me ocurrió pensar. Mientras cagaba, Petkošek se acercó y se agachó a mi lado. Hablamos.

—¿Te has fijado en que algunos soldados se han quitado las insignias de las mangas? —me preguntó.

—¿Las insignias? Pues no, no me he fijado.

—Parece ser que Mihajlov ha perdido a su batallón en las montañas de Travna y que se ha limitado a abandonar a sus hombres y a venir hasta aquí para unirse a nosotros.

—Pero Čiro es nuestro comandante, ya lo sabes.

—Čiro es astuto como un zorro. Abajo, en la bifurcación, había hombres leyendo octavillas de los alemanes cuando Čiro ha pasado.

—¿Qué octavillas?

—Las que los alemanes tiran desde los aviones. Esas que prometen un salvoconducto y comida a todos los partisanos que se entreguen.

—¡No sé de qué me hablas!

—Sí, de esas hojas de papel escritas en alemán y esloveno. «¿Qué estáis leyendo? —les ha preguntado Čiro—. ¿Eso que tenéis ahí es papel de liar o papel de váter?». Y tras mirarlos uno a uno a los ojos, ha añadido: «Venga, muchachos». En ningún momento ha sido duro con ellos. Aun así, ellos no se han atrevido a devolverle la mirada. Luego los ha dispersado, les ha ordenado que se uniesen a sus respectivas unidades.

La nieve acumulada junto al camino había quedado salpicada de innumerables manchas de color amarillo. Suerte que reinaba la calma. Solo a la derecha, a nuestras espaldas, se oía un lejano estruendo que se interrumpía intermitentemente. Y a la izquierda, un poco más lejos, el estallido de algún fusil.

Una vez más, nos pusimos a caminar sin rumbo fijo.

Llegamos a un claro flanqueado por una pendiente con hayas y bosques de pinos. Descansamos. Nos sentamos y charlamos. Para entonces ya nos conocíamos. Un tal Vili nos comentó que era músico y que tocaba con un grupo de Ljubljana. Nos dijo que le dolían mucho los pies. Se había lanzado al monte con unas botas nuevas y tenía los pies cubiertos de sangre y ampollas.

También se nos había unido Štefan, el estudiante con quien había pasado una noche en el pueblo, la noche en que bebimos té con aguardiente y Sonia cantó en hebreo. Y un tipo de Gorenje que se pasaba el tiempo soltando tacos. Nos dijo que habría preferido quedarse en Jelovica porque conocía al dedillo aquella zona.

—Si alguien te persigue, solo tienes que esconderte y esperar a que pase lo peor. No como aquí.

Una chica con pantalones de esquiar pasó a nuestro lado con un grupo de hombres. Avanzaba con dificultades y arrastraba por la nieve una larga escopeta de fabricación austríaca.

—Pobre —se compadeció el taquillero.

—Deberían asignar otro tipo de tareas a las mujeres —observó el de Gorenje.

—Deberían quedarse con los heridos —secundó Štefan—. ¿Qué es lo que hacen si les viene…?

—A la mayoría no les viene la regla —intervino Mirko.

Aquella era mi tropa. Y algunos hombres más que permanecían en silencio, como el croata Stevo y un decorador de escaparates de Ljubljana. El Renacuajo era todo ojos y el sudor le brillaba en la frente. Lo más probable es que el tabaco todavía le produjese náuseas. Leon le quitó el cigarrillo de las manos y lo lanzó a la nieve. El de Gorenje lo recogió, lo apagó con cuidado y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. El Renacuajo se apoyó en un árbol y cometió el peor error que en aquellas circunstancias podía cometer: cerró los ojos. Acto seguido se levantó y empezó a vomitar detrás del árbol. Lo oímos eructar, jadear y toser desesperadamente. Traté de sostenerle la frente con la mano, pero se sentía tan avergonzado que me apartó. Más tarde se justificó diciendo que además de diarrea, la carne de mula puede provocar vómitos. Lo escuchamos en silencio. Anton nos miró a todos, pero no dijo nada.

No muy lejos de nosotros, a alguien se le disparó el fusil. Los hombres que estaban más cerca se pusieron furiosos y empezaron a gritar y a insultar al culpable. De buena gana lo habrían destrozado. Hubo quien llegó a decir que lo había hecho a propósito para hacerles saber nuestra posición a los alemanes. Advertí que el miedo se apoderaba de mis hombres.

Todos teníamos los nervios a flor de piel.

En eso llegó un mensajero para informarme de una reunión.

—¿Está Pavel por aquí? —preguntó.

—¿Quién es Pavel?

—Vuestro delegado político —dijo.

—Está de permiso —respondió Leon.

Mihajlov hablaba atropelladamente, sin decirnos nada en concreto salvo que teníamos que formar de nuevo.

—Debe haber un cierto orden… Si llamo a la primera compañía, tiene que responder la primera compañía… Si llamo a la segunda, ha de responder la segunda… Falta disciplina… No quiero ver a nadie fumando cuando estemos formando…

Čiro era consciente de que no soportábamos a Mihajlov, pero esperó en silencio a que acabara de hablar. Sus palabras nos resultaron mucho más prácticas:

—La segunda compañía ha perdido parte de su armamento. Debéis vigilar las armas.

Luego esbozó un dibujo en la nieve.

—Los alemanes han cercado el Mokrec y han comenzado a ascender por los caminos preparando emboscadas. Por el día peinan zonas concretas y por la noche se refugian en puntos estratégicos. Los Blancos les hacen de guías. Como no hemos podido atravesar el cerco y llegar a la carretera que conduce de Turjak a Ljubljana, vamos a avanzar hacia el norte durante las horas de luz y a tratar de superar el cerco por la noche. Un preso alemán nos ha dicho que tienen la moral por los suelos…

A continuación, asignó objetivos a cada una de las unidades y nos anunció que durante el día llegarían municiones.

—Pavel está con los heridos en la retaguardia —me dijo—. Peter será vuestro delegado político.

Čiro le ordenó a un mensajero que fuese a buscar a Peter a la tercera compañía.

—Peter combatió en España —añadió.

¿Un veterano de la guerra de España entre los míos? ¿Quién sería? Hice un recuento mental de todos mis hombres, pero la mayoría eran novatos. Debía de tratarse de un error.

—¡Viktor! —gritó Čiro—. Agrupa a los combatientes mayores. Tenemos que relevar a todos los que están a cargo de los heridos.

Viktor, un hombre ancho de espaldas armado con una ametralladora, se puso manos a la obra de inmediato.

—Jaka —continuó Čiro—. Coge a diez o quince voluntarios y a dos ametralladores, y emprende la marcha.

En eso vi aparecer a Anton. ¿Acaso Anton era Peter? Pues sí. Anton, también llamado Peter, era el veterano de la guerra de España al que se había referido Čiro. Decidí fingir que no lo sabía.

Empezamos a formar para seguir avanzando hasta la cima. Nos dijeron que nos revelarían la contraseña por la noche, pues la noche anterior algunos de los nuestros habían topado con unos cuantos Blancos que hablaban esloveno.

Allí, en la parte más ancha del pequeño valle, éramos veintiocho hombres, todos pertenecientes a la tercera compañía. Anton se mantuvo a mi lado mientras les informaba de que a lo largo del día íbamos a avanzar hasta el punto desde el que, al llegar la noche, atravesaríamos el cerco. Les dije que algunas unidades ya estaban en la otra parte; que el batallón de Črt lo había logrado sin bajas. Pero omití que no tenía ni idea de quién era Črt ni de qué batallón dirigía.

—Conque Črt, ¿eh? —comentó alguien—. Ese Črt debe de ser un auténtico héroe.

—Ahora miraos con atención para saber con qué unidad vais —se limitó a decir Anton—. No esperaremos a los rezagados.

Dicho esto, se rascó la cabeza.

Volvimos a ponernos en marcha. El camino se había ido ensanchando. ¡A saber cuántos pies habrían pasado por allí en aquellos días!

Dejé que la tropa pasase y luego avancé hasta ponerme a la altura de los que la encabezaban. Anton caminaba en silencio detrás del ayudante del ametrallador. Algunos detalles y unas cuantas observaciones respecto al camino habían despertado en los hombres nuevas esperanzas; sus ojos volvían a ser humanos.

Nos habíamos acostumbrado a escuchar el sonido de las metralletas, que nos llegaba desde nuestros flancos, y el estallido de los cañonazos, que resonaba a nuestra espalda. Habíamos llegado a acostumbrarnos a la sensación de que los alemanes podían abrir fuego en cualquier momento, aunque en ocasiones fuese poco probable. Arriba, en el bosque, a unos veinte metros de nosotros, distinguí a una de nuestras patrullas apresurándose por la pendiente. Por el momento, no habría disparos en aquel flanco. El camino se convirtió en una pista forestal que me permitió ponerme a caminar al lado de Anton. Anton me contó que en 1941 había formado parte del batallón Krim y que en el terrible invierno de 1942 se había quedado aislado. Él y otros dos hombres emprendieron la marcha hacia Ljubljana en medio del hielo. La nieve les llegaba hasta las rodillas.

—Como suele decirse, nos enviaron de vuelta a casa —añadió con una sonrisa en una voz apenas audible.

Por lo visto, atravesaron juntos la zona pantanosa del Ljubljansko Barje hasta llegar al riachuelo Mali Graben, y después fue un sálvese quien pueda. El vigilante italiano apostado en el puente estaba helado. Anton le regaló una longaniza ahumada y el soldado le dejó cruzar el puente que le llevó a las afueras de la ciudad. Claro que en aquel entonces los partisanos iban vestidos de civil y con ropa de deporte. Un par de semanas más tarde, los italianos lo cogieron en una redada y lo enviaron a un cuartel belga. Allí estuvo encerrado casi un mes. ¿Dónde diablos estaba ese cuartel? En la antigua prisión de la guarnición, por entonces conocida como «la vicaría».

—Yo también estuve allí —le dije—. ¿En qué celda estabas?

—En la *otto* —me contestó.

—¡No! Yo estuve en la *tinque*.

El camino se estrechó y no pudimos seguir caminando juntos. A un lado y otro se levantaba una pared de espesos abetos, tan altos que su sombra apenas dejaba pasar la luz. Los disparos que resonaban a nuestra izquierda se habían ido alejando, pero los de la derecha sonaban cada vez más cerca. Respiramos aliviados cuando el camino giró hacia la izquierda, distanciándose de aquella «*Fleischmachine*» desconocida.

Me detuve junto a un abeto al lado del camino y observé a los hombres avanzando. Más tarde, cuando paramos a descansar, salí en busca de Čiro. Gracias a él, siempre me enteraba de algo.

Lo encontré apoyado en una de las escasas mulas con las que todavía contábamos. Fumaba mientras hablaba con alguien. El hombre que montaba la mula se había inclinado sobre el animal y tenía los ojos cerrados. Me detuve a su lado y encendí una colilla.

—Berk, me han dicho que fuiste delegado político —me dijo Čiro.

—¿En serio? Primera noticia al respecto.

—¿Dónde te alistaste?

—En la ciudad. En la sección C, no me preguntes por qué.

—¿En la sección C? ¿Te refieres a Cultura? ¿Es que formabas parte del mundo de la cultura?

—En realidad, no. Aunque es cierto que escribí algún artículo para el *Reporter*…

—¿Eres miembro del partido?

—No.

—¿En virtud de qué te uniste al Frente de Liberación?

—Como miembro del Sokol, de las bases izquierdistas del Sokol.

—De ahí han surgido nuestros mejores dirigentes, Berk.

—Me alegra oírlo, Čiro.

—Claro que la mayoría ha acabado afiliándose al partido.

Le lancé una mirada penetrante. Y aunque su voz se volvió persuasiva, aquel tono adquirió para mí un significado completamente diferente en aquel aire tranquilo y arropador del bosque nevado.

—Se acerca la liberación y pronto habrá que tomar el poder. No creo que haga falta que desperdicie palabras describiéndote los objetivos revolucionarios del futuro gobierno —señaló—. Todas las fuerzas de bien se van a unir para rectificar la explotación a la que el hombre ha sometido al hombre durante milenios. El partido no va a encerrarse en sí mismo, pues el partido es el puño de la clase trabajadora. Claro que ahora lo más importante es que atravesemos el cerco. Sí, atravesaremos este cerco y el siguiente, tomaremos nuevas posiciones y resistiremos otras ofensivas. Y manteniéndonos firmes, nos convenceremos cada vez más de la causa por la que combatimos. Sabes por qué te digo todo esto, ¿verdad, Berk?

—Estoy dispuesto a darlo todo, Čiro.

—Perfecto. Creo que deberías unirte al partido. ¿Qué me dices a eso? Ya lo he hablado con otros responsables.

—Yo no sé de política, Čiro. Cuando era estudiante participé en unas cuantas huelgas, me detuvieron dos o tres veces y me acusaron de comunista por criticar tanto a la Unión Radical Yugoslava como al Partido Nacional Yugoslavo, por no hablar de Ljotić… Pero yo no sabía nada de política.

—¿Cuándo entraste en el Frente de Liberación?

—Pronto. Creo que en julio del 41.

—¿Lo ves?

—Pero si no he leído ni un solo libro de teoría política.

—¿Qué es lo que has leído? ¿Conoces nuestras publicaciones?

—No tengo ningún talento para la política, te lo aseguro.

—Alguien que estuvo encerrado contigo en Italia dice que tienes las ideas muy claras y que eres un buen tipo, aunque un poco reservado. Afirma que tuviste un encontronazo con un oficial italiano y que le citaste a Cankar, y que aquello levantó la moral de los hombres de tu barracón. ¿Lo recuerdas?

Bueno, aquel oficial no era tan peligroso. Antes de entrar en el ejército había trabajado en un banco. No era un camisa negra.

—¿Por qué te parece necesario hacer observaciones sobre el pacto germano-soviético y sobre la ocupación de Estonia, Letonia y Lituania por la Unión Soviética?

—Uno reflexiona… y recuerda…

—¿Lo ves? Si reflexionas… y le das vueltas a la cabeza… y estás solo… te asaltan las dudas. Pero si formas parte de la organización adecuada, podrás reflexionar y hablar con tus camaradas, con gente

que tiene los mismos objetivos que tú… con gente que te ayudará a resolver tus dudas. Occidente tiene su «alta política», la política de los fascistas es la del poder y la Unión Soviética, asediada por todas partes, ha tenido que prepararse para una lucha terrible. ¿Acaso crees que a Stalin le resultó fácil tener que aliarse, por cuestiones de táctica, con los alemanes? No hay revolución sin tácticas ni estrategias revolucionarias. Y la revolución solo puede liderarla un partido revolucionario monolítico, siempre alerta, que ofrezca una explicación dialéctica de los acontecimientos y establezca unos objetivos.

De pronto caí en la cuenta de que Čiro estaba realmente interesado en que me afiliase al partido. Y de que tenía que contestar. Tras unas cuantas frases más, formularía la pregunta final: ¿sí o no? La situación me deprimió. Por un momento olvidé la guerra y las circunstancias en las que nos encontrábamos. Mi atención se centró en el pelo de la mula. Aquel tema ya lo había discutido con Franc, que no se cansaba de amenazarme. La estrategia de Čiro, sin embargo, era convencerme utilizando la lógica. En la ciudad, los ideólogos no se cansaban de mencionar a Dios y la nación, pero yo me había resistido a aceptar aquel absurdo discurso. ¿Que qué había leído? Gracias a los novelistas rusos del siglo XIX, había entendido las causas de la revolución. Nunca podría olvidar las escenas que describió Tolstoi en *Resurrección*, esos pasajes en que los gendarmes se llevan a los presos a Siberia. También me había impresionado el libro *Treinta nuevos escritores de la Rusia moderna*, que había leído en alemán. Lidin, Ivánov, Bábel, Shólojov… Había decidido unirme a la resistencia, había puesto mi granito de arena; me había sometido a la disciplina, me había convertido en uno de los «nuestros»; me había lanzado al monte y allí estaba ahora, con los partisanos, dispuesto a participar en un combate a vida o muerte.

¿Y por qué no podía seguir igual? Probablemente, en algún lugar de mí seguía latente una chispa de liberalismo, incluso de anarquismo, pero eso no me convertía en un elemento perjudicial. Estaba dispuesto a cumplir con mi deber hasta que terminase la guerra. No pensaba poner pegas, no pensaba conspirar ni salir a la caza de correligionarios. En el fondo, no dejaba de preguntarme qué más querían de mí. Sí, provenía de las bases izquierdistas del Sokol y partía de unas ideas supuestamente equivocadas. ¿No podían dejarme tranquilo? ¿No era suficiente con que fuese «un ex Sokol de izquierdas» que había desempeñado su parte en la contienda? ¿Y las purgas estalinistas? Las purgas eran problema de los rusos, quizás problema del partido, pero no problema mío. No, no, yo nunca me iba a poner a favor o en contra de Trotski. ¿Qué tenía que ver todo aquello conmigo? ¿Acaso acabarían diciendo que sus fusiles

disparaban para conseguir un mejor futuro y que el mío solo servía para protegerme el culo?

Čiro me miró a los ojos. Y al hacerlo supe que sabía lo que estaba pensando.

—He llevado una vida muy poco convencional —le dije.

Todo es objetable, especialmente cuando reina la confusión y hay que salir huyendo.

Sostuve su mirada y empecé a repetirme aquella simple frase: «Hay que llegar a la cima… hay que llegar a la cima…». Eso me permitió frenar mis pensamientos. Su mirada se suavizó. Čiro habló un poco más, pero entonces llegó una patrulla que tenía información que darle.

—Bueno, Berk —dijo a modo de despedida—, piénsatelo y ya me harás saber tu respuesta.

Lo dejé sintiendo que perdía la confianza en mí mismo. La guerra volvía a tomar cuerpo a mi alrededor. ¿Quién le habría dicho a Čiro lo que pensaba sobre aquel desafortunado pacto entre Hitler y Stalin?

No podía hablar con nadie, no podía explicarle a nadie cómo me sentía. Lo del pacto de no agresión me había sorprendido, es cierto, pero no me había puesto furioso. Me sorprendió mucho más comprobar lo mucho que se había indignado Iósif Vissariónovich Dzhugashvili Stalin cuando Hitler invadió la Unión Soviética, cuando rompió su palabra y desobedeció el contrato. De todos modos, ¿cuál era mi relación con todo aquello? Sí, tenía mi propia opinión respecto a la política. Los poetas observan el mundo que les rodea y expresan sus temores y esperanzas. Los políticos establecen un plan de acción y, a continuación, todo lo que encaja en ese plan se considera cierto y todo lo que se opone, una abominable mentira, por muy razonable que sea. Así pues, el problema se reduce a saber si podemos contradecir o no a los políticos. Esa era la clave en la política de aquel momento. El Homo politicus se había convertido en un cúmulo de prejuicios provenientes de todas partes y todas las épocas. Eso sí, tengo que admitir que, igual que yo, hay muchísimas personas incapaces de hacerse cargo de un municipio, y mucho menos de un país o un sistema de gobierno.

Volvimos a ponernos en marcha. ¿Dónde estaba ahora mi unidad? ¿Seguía siendo mía? Vili, el músico al que las botas le estaban destrozando los pies, iba en último lugar.

—¿Te alistaste en el ejército, Vili?

—Sí, claro. Llevo desde el 42 en el Frente de Liberación.

—¿Y qué me dices del partido?

Vili se sobresaltó. Probablemente creyó que iba a pedirle que se afiliara.

—Prefiero mantenerme al margen —me contestó con lentitud—. Toco en una orquesta y sé de qué va todo eso.

Como no entendí su alusión, me la aclaró:

—Cuando nos acostumbramos a un director, llega otro y todo lo que estaba bien pasa a estar mal y viceversa. Yo no fallo a ningún ensayo, toco a conciencia, sigo las instrucciones y lo hago lo mejor que puedo; eso es todo.

¿Cómo es que se había unido a los partisanos? Pues resulta que había ido a Dolenjska a por provisiones para pasar el invierno y había decidido quedarse allí. Su hermano se había echado al monte el año anterior, por Navidad, cuando los Blancos empezaron a hacer detenciones en Ljubljana.

—También golpearon nuestra puerta… «¡Abrid! ¡En nombre de Cristo Rey!»… Te juro que fue así…

Buscaban a su hermano, que, por suerte, no estaba en casa.

—¿Funciona bien tu fusil?

—Diablos, claro que funciona… funciona… Oye, ¿hay alguna posibilidad de que salgamos vivos de aquí?

—Esta noche lo vamos a conseguir.

—¡Espero que no sea como la anterior! No voy a poder aguantar mucho más; estas botas me van a matar. Pero no solo las botas. Uno empieza a sentirse como un saco vacío. Mi madre es creyente, pero mi hermano y yo no… A nosotros nos preocupa disfrutar de la vida. Ella siempre decía: «¡Algún día te arrodillarás para rezar, Vili!». Y anoche lo hice. No es que me haya vuelto creyente, no; es como suplicar algo que luego olvidas… ¿Has oído hablar de las ruedas de plegaria tibetanas? Son unos molinillos con una cinta enrollada y en esa cinta hay escritas varias oraciones. Giras el molinillo y es como si estuvieses rezando. Y tú, ¿cuánto hace que estás en el partido?

—No, no soy miembro del partido.

—¿Ah, no? ¿Y cómo es que tienes una unidad a tu cargo?

—En realidad soy el resultado de este desastre monumental.

Vili me sonrió como si le hubiese contado un buen chiste.

En algunos tramos había menos árboles y la luz del sol se reflejaba en la nieve. Pero en otros, la vegetación era tan espesa que parecía haberse hecho de noche. La falta de sueño, el agotamiento, la monotonía de nuestros movimientos, algunos instantes de claridad, la súbita sensación de peligro, el divagar de la mente mientras caminábamos; todo formaba parte del gris transcurso de los días. Avanzábamos como autómatas. Ya no estábamos alerta. La memoria era capaz de recuperar un lejano acontecimiento con total claridad, pero incapaz de evocar lo que había pasado un par de días antes.

Mi mano apestaba. Aunque la movía, debía de estar gravemente infectada. Tenía las botas mojadas y los pies empapados. ¿Sería así la eternidad? Aquella fuerza que nos obligaba a avanzar, que empujaba nuestros miembros y nuestros cerebros hasta formar una línea interminable en el tiempo y el espacio, un anillo en la corteza terrestre, un círculo cerrado y gris en el que no hay nada delante ni detrás, en el que no existe el presente, el pasado ni el futuro. Nuestro movimiento es el fantasmal reflejo de nuestro estado de ánimo, fatigado y desconcertado. Vi una hoja amarilla que imperceptiblemente se desprendía de una rama, se balanceaba en el aire y finalmente caía sobre la nieve azulada que se acumulaba junto al camino. ¿Acaso existía un dios burlón que nos observaba desde el otro mundo? Poetas, levantadle un monumento a esa hoja, pues esa hoja representa a todos los caídos y a los que caeremos en los próximos días. Puede que hubiese una secuencia en el transcurso de los acontecimientos, pero nosotros no éramos capaces de distinguirla. No sé si las bombas empezaron a caernos de repente o si primero presenciamos el enfrentamiento entre una de nuestras unidades y los alemanes en un claro del bosque que había más abajo. Lo que sí recuerdo es que el bombardeo nos cogió totalmente por sorpresa. Recuerdo el asombro con que escuchamos los estallidos de la primera salva. Las bombas caían desde arriba, a través de las copas de los árboles, como un regalo del cielo. A uno de los hombres le alcanzaron en la espalda; y a otro, en la cara. No sabíamos dónde escondernos. Al principio nos mirábamos unos a otros, como si alguien hubiese hecho explotar una granada por error. En nuestra mente nos repetíamos que los alemanes no podían vernos y que habían lanzado al azar aquella salva de bombas.

Cuando los alemanes abrieron fuego entre los troncos por debajo nuestra posición, hacia la izquierda, estábamos saliendo de la sombría pendiente de aquel pinar. A lo lejos distinguimos varias filas de soldados que corrían hacia un grupo disperso de hombres. Los perseguidores disparaban sin cesar y los fugitivos caían, algunos de ellos para devolver los disparos. Los nuestros desaparecieron en el bosque y los alemanes se lanzaron tras ellos. El fuego cesó. Tras las filas alemanas vimos avanzar otras figuras. Una de ellas se detuvo junto a un tronco, apuntó con una pistola de cañón largo hacia el suelo y disparó. El cuerpo allí tendido se sacudió. Mientras tanto, la persecución continuaba en algún lugar del bosque. Las ráfagas se fueron alejando, hasta que dejamos de oírlas. De pronto nos llegaron más disparos, pero ya de muy lejos.

Mirko se había echado al suelo, detrás de su metralleta, y

observaba con atención la escena. Leon parecía ajeno a la situación.

—Me he quedado dormido mientras caminábamos —nos dijo—. Sé que estaba dormido porque he soñado que iba en un tranvía verde… lejos… a hacer una visita… cerca de un río en el que alguien estaba remando… habían construido una casa en una balsa, como en los cuentos de hadas…

Y siguió contándonos lo que había soñado despierto. Nos explicó que el tranvía no se paró y que no pudo bajar a tiempo… Seguramente, no era la primera vez que Leon contaba aquella historia. Lo había visto en aquel bosque de pinos y en la estrecha torrentera donde habíamos descansado… En aquel momento, el Renacuajo le dijo algo a Mirko, que sacudió la cabeza y le contestó con frialdad:

—¡No te lo crees ni tú, chiquillo! ¡Menuda estupidez!

Les pregunté de qué estaban hablando.

—Este mocoso me acaba de decir, a mí, precisamente a mí, que los ametralladores ocupan la posición más segura de todas. ¿Es que no sabe que son los que atraen más disparos? El primer objetivo de cualquier acción es eliminar al ametrallador. ¿Qué se ha creído, que puede venir a decirme cómo hacer mi trabajo?

El Renacuajo se había puesto tan colorado que apenas pude reconocerlo, pues había perdido su habitual tono cetrino de yogurt podrido.

Conflictos como aquel surgían de vez en cuando: un intercambio de palabras, un par de frases secas y luego el silencio. A causa de la tensión nerviosa las palabras resultaban más cortantes de lo habitual, más confusas; en ocasiones parecían totalmente absurdas y en otras, ásperas e incluso desagradables y furibundas. En aquellas circunstancias no era de extrañar que le pisaras los talones al hombre que iba delante si se te pasaba por alto la orden de parar. Aquel simple incidente podía provocar una lluvia de insultos o no provocar ninguna reacción en absoluto. Si tropezabas con algún soldado, este podía acabar inclinado sobre ti, y entonces tenías que tener cuidado de que no cayera al suelo cuando continuaras caminando. En ocasiones como aquellas no tenía sentido razonar, ni bromear ni sermonear a nadie. Por eso me extrañó que Čiro aprovechase un descanso para lanzarnos una arenga, porque no tenía nada nuevo que contarnos. Nos animó a aguantar hasta el final. ¿No era ese el objetivo que todos compartíamos?

Anocheció a trompicones; cuando reinaba la oscuridad entre los abetos, todavía había luz en los claros del bosque. Preparamos la comida a la sombra de unos árboles centenarios, aprovechando sus ramas para ocultar el fuego, aquella llama mágica que centelleaba

debajo del caldero.

El cuerpo necesita comida y la exige cuando está acostumbrado a una rutina. En el campo de concentración italiano, sin embargo, el hambre hizo que algunos hombres olvidaran que estaban hambrientos, a pesar de que era evidente que necesitaban alimento. En la larga marcha a lo largo de alguno de los meridianos que rodean el planeta, lo que más deseábamos era encontrarnos con ese vapor cálido y humeante que se levanta del plato para alcanzar el rostro. Y nos daba igual que el hedor de las sucias cacerolas de los partisanos fuese peor que el de la herida gangrenada de una mula. Los cocineros, aquellos misteriosos duendes del bosque, tenían innumerables secretos. Era imposible saber dónde se escondían cuando desaparecían ni de dónde venían cuando los veíamos aparecer. No sabíamos de dónde sacaban sus provisiones ni qué condimentos ocultaban. Cuando el cocinero repartía la comida con aquel gran cucharón, se convertía en un padre para nosotros. Nos miraba a los ojos antes de servirnos la sopa y de añadirnos un poco de ese caldo más espeso que se acumula al fondo de la olla. Y lo hacía pese a saber que los niños son unos desagradecidos. Hay quien cree que, durante una ofensiva, es habitual que los hombres deliren y que la visión de un cocinero repartiendo comida en medio del bosque es fruto del hambre, el cansancio y la necesidad de comida. Pero se equivocan. En realidad, los hombres sueñan con ese vapor cálido que les acaricia la cara, la única fuente de calor en aquellas montañas hostiles y heladas. Un hombre aterido por el frío sería capaz de volar por encima de las chimeneas para calentarse. Parece ser que cuando el frío es extremo, una sensación de calor se apodera de los cuerpos justo antes de quedarse congelados. A medida que nos vencían el frío y la humedad, íbamos perdiendo la habilidad de recordar el calor. Y solo el vapor de los platos devolvía a nuestros cuerpos entumecidos el recuerdo de algunas cosas maravillosas que tal vez seguían existiendo en el mundo: habitaciones, mantas y ropa caliente; chimeneas encendidas; casas caldeadas, cálidas palabras que expresan calidez.

El Renacuajo mantenía el rostro encima del vapor; tenía la mirada perdida y los ojos completamente abiertos. Con sus manos pequeñas agarraba aquel plato abollado. Miré las manos de mis hombres: todas se aferraban a aquel tesoro humeante. Manos con rasguños y sangre, con heridas supurantes, con los dedos sucios y las uñas largas; manos negras, grises y azules; manos agarrotadas, llenas de callos; manos torpes. Cuando finalmente miré las mías, no las reconocí. Parecían garras negras, con los dedos hinchados y las yemas entumecidas, cubiertas de arañazos. Por debajo de aquel trapo sucio con que me

había vendado el pulgar derecho goteaba pus verdosa.

Probablemente, nuestros antepasados de hace miles de años no tuvieron que soportar estas penurias. Aunque no debían de ser nada del otro mundo, sin lugar a dudas sus miembros eran más fuertes. Y si se mataban entre sí, era con el claro objetivo de comerse al enemigo. ¿Por qué hoy en día tenemos poderosos ejércitos que combaten entre ellos? Habría dado cualquier cosa por conocer la opinión de Anton al respecto. Pero también él estaba absorto en el calor de su plato. ¡Ven, Adolf, ven de una vez y empieza a ametrallarnos, diablos! Al menos que pase algo.

Seguimos avanzando cuando ya había oscurecido. La noche era clara y a través de las ramas y las copas de los árboles podíamos ver el cielo estrellado. En el bosque, la nieve se endureció. Ahora crujía bajo el peso de nuestros pies. Debíamos de estar a bastante altura.

Ni rastro de Adolf, aparte del rumor lejano al que ya nos habíamos acostumbrado: una ráfaga, unos cuantos disparos y silencio; o el lento y persistente traqueteo de alguna ametralladora alemana. Tenían municiones de sobra y podían permitírselo.

Alguien por delante de mí mencionó el nombre de Ljubljana. Sí, Ljubljana era nuestra ciudad. El castillo, el río, los diques. Fue entonces cuando divisé a lo lejos y en plena oscuridad un foco de luz, unas lucecitas que titilaban bajo las estrellas y algo brillante y alto que sobresalía. Štefan, el estudiante, dijo con voz ronca:

—El rascacielos… Allí hay una cafetería… Es uno de mis lugares preferidos…

El proyector de las imágenes internas que se mezclaban con las impresiones externas se puso en marcha: allí estaba el rascacielos de Ljubljana, coronado por la cafetería iluminada, las mesas, las sillas, los sofás y los camareros que se deslizaban entre los clientes… En aquel rincón solía sentarme con Marjana. ¿Lo había vivido en una vida anterior o se trataba de un sueño? En aquel entonces tenía otras piernas, otras manos; me cubría otro plumaje. En aquel rincón solía tocar una pequeña orquesta. La dirigía un estudiante de derecho. Los oía tocar, pero no sabía qué estaban tocando. Un árbol me tapó la vista. Mientras estaba en aquella cafetería, otros ojos debían de mirarme desde aquí… otros ojos que contemplaban el rascacielos y la ciudad iluminada. Los árboles se movieron. Señal de que me estaba moviendo.

—Solía ir allí por las mañanas a estudiar —continuó Štefan—. Un café, Srečko… turco, por favor. Con el azúcar aparte.

El mundo estaba lleno de cafeterías. Y había países en los que la gente no sabía que había estallado una guerra. Había quien leía la

prensa y quien no lo hacía. Y en aquel momento yo me estaba liando un cigarro de rapé en una hoja arrancada de un viejo periódico en el que los dignos católicos mentían al decir que las fuerzas partisanas estaban completamente derrotadas.

Lo único que recuerdo de aquella noche es que anduvimos en fila india sin cesar hasta caer en una terrible emboscada alemana, que cambiamos de dirección para caer en otra y que ascendimos una colina y descendimos a un valle para caer en una nueva trampa. Recuerdo detalles insignificantes. Recuerdo a un hombre que caminaba detrás de una mula. Aquel hombre llevaba metida una mano en el culo del animal. En un momento dado la sacó, cambió de lado y metió la otra. Era la única forma que tenía de calentarse y tratar de descansar.

Recuerdo una explosión, fuego, una lluvia de chispas y una larga ráfaga de bengalas. Me puse a disparar y a gritar, aunque sabía que nadie me oiría. Bajamos corriendo por una pendiente, resbalamos, caímos sobre nuestros traseros y fuimos descendiendo hasta aterrizar en un camino donde un grupo de partisanos nos recibió sin inmutarse. Aquello nos convenció de que habíamos llegado a un lugar seguro.

Recuerdo distinguir una sombra en el bosque, una sombra que me resultó sospechosa. El problema es que no sabía si dispararle o no, si se trataba de una persona amiga o enemiga. La sombra desapareció como si se la hubiera tragado la tierra y dos hombres armados con sendas metralletas gritaron algo con brusquedad. No conocía las palabras, pero entendí su significado: «¡Seguidnos! ¡Vamos! ¡A la carga!».

Recuerdo a un herido que pedía socorro. Pasos rápidos que se acercaban a través de la nieve crujiente. ¡Adelante, adelante! ¿Por qué te entretienes? ¡Leon! ¿Qué te pasa, Leon? ¿Dónde? Sin esperar una respuesta, seguí adelante. Leon continuaba andando, pero su cuerpo estaba completamente inclinado. Divisé la cara de Anton un instante y acto seguido desapareció entre las sombras. En un claro del bosque, la luz de la luna iluminaba la nieve. Vi a varias personas de pie, formando un círculo. ¿Acaso se trataba de una danza? Una figura yacía inmóvil en una camilla.

En mis oídos resonaba el estruendo. Antes incluso de que dispararan, oía el silbido de las balas… pero apenas me importaba. Sentí un golpe en las piernas y luego en la cara… las fuerzas me abandonaron y caí de bruces en el suelo… avancé a cuatro patas, arrastrando el fusil por el suelo, preguntándome si sería capaz de levantarme. Hice un esfuerzo sobrehumano para incorporarme. Mi cuerpo se resistía, pero conseguí ponerme en pie y echar a correr… no

estaba malherido. Entonces oí un grito y a alguien que susurraba en mi oído: «Breda, Belgrado… Breda, Belgrado». Ese alguien desapareció y caí en la cuenta de que aquellas palabras debían de ser la contraseña: «Breda, Belgrado». Pero ¿para qué la quería?

Mirko me reprendió con un gruñido:

—¡Maldita sea, no tengo municiones! ¡Por Dios, haz algo!

El Renacuajo corría tras de mí sin decir palabra, con una pernera colgando. Los disparos resonaban a nuestras espaldas, pero nosotros seguíamos avanzando, avanzando despacio… o al menos eso me parecía a mí… solo cuando tropecé con un árbol y me lastimé el brazo advertí que estaba corriendo.

¡Alto! Nos paramos a descansar. No estábamos allí, nunca habíamos estado allí, no podíamos estarlo. Esos condenados alemanes sí que habían descansado. Habían pasado medio día en el pueblo, medio día durmiendo al calor de un horno. Ahora les tocaba cumplir el turno de noche, y para ellos era como hacer un poco de deporte. Al fin y al cabo, salían a la caza de unos seres inferiores. ¡No me habría extrañado que también estuviesen incordiando a los erizos!

¿Por qué me dolía la rodilla derecha? ¿Es que acaso me habían alcanzado y ni siquiera lo había notado? El agua es tan húmeda como la sangre. Pero, espera, la sangre es caliente. No, la nuestra ya no.

Petkošek estaba a mi lado. Debía tener cuidado para que no advirtiese cuál era mi estado. Intenté decirle algo, pero tenía la garganta seca y no me salió la voz. De todos modos, él me miraba sin verme y no habría oído mis palabras. El taquillero se estaba metiendo nieve en la boca. Cuando volvimos a parar, todo se veía más claro; tal vez se estaba haciendo de día, qué sé yo. ¿Era yo el que dirigía a aquellos hombres o ellos los que me dirigían a mí? ¿Estaba realmente amaneciendo o solo me lo parecía a mí? No habíamos atravesado el cerco, eso sí que estaba claro. ¡Pero esos jodidos alemanes tampoco habían salido ganando! ¡Al diablo con ellos! El bosque seguía plagado de partisanos y todos iban armados. ¿Qué clase de soldados nos estaban atacando? ¡Si ni siquiera eran capaces de acabar con un mocoso con los pantalones desgarrados! ¡Por no hablar del taquillero que no sabía cargar su fusil! ¡Hermann Göring se estaba luciendo!

Sí, ahora entendía por qué los negros, según me habían dicho, gritaban tanto antes de lanzarse al ataque. Lo que quiero decir es que a pesar de que esos perros alemanes nos superaban en número, a pesar de que habían sido especialmente entrenados y cebados como pavos, no obtenían ningún resultado salvo «una cruz de madera para mí… para mí, Lili Marlene…».

Aquel iba a ser el día. El día en que atravesaríamos el cerco. Lo

notaba en los huesos. En cualquier momento íbamos a ver al cocinero, al hombre que nos alimentaría antes de desaparecer de nuevo. La moral no depende únicamente en saber de qué tienes miedo. En ocasiones eso no importa. Tienes que alimentar tu rabia, tu odio y tu furia hacia el enemigo, es evidente, pero también hacia ti y hacia el resto del mundo. Y también tienes que alimentar el deseo, aunque solo sea por un duende cocinero: imagínate una cocinera en el centro del bosque, una mujer rubia con un vestido de un blanco inmaculado. Primero, a comer; y luego, a retozar en un mullido lecho… Ven aquí, cielo, acércate; estás ardiendo. Hazme tuya, completamente tuya. ¡Adelante! ¡Venga, adelante! ¡Maldita sea! Al fin y al cabo, podría ser mucho peor, aunque todo depende de si sueñas con un pastel de manzana y sufres porque no puedes comértelo, o si crees que los alemanes te van a desollar vivo porque no quieres decirles dónde se esconde la cocina de tu batallón.

La situación, sin embargo, no era tan dramática. Los vivos iban a sobrevivir y más tarde no recordarían exactamente lo que había pasado. Y los muertos no se enterarían de nada. Habíamos oído decir que los granjeros de la zona estaban enterrando a los muertos. Aquello me hizo pensar que deberíamos prestar especial atención a los más jóvenes, como el Renacuajo, que no se separaba para nada de nosotros, y a los mayores, como una vieja partisana que tenía fiebre y estaba pálida. Más allá, en la retaguardia alemana, ya había sido liberada una enorme extensión de territorio. Eso, al menos, es lo que se decía. También me preocupaban los heridos. ¿Dónde estaban? A lo largo de la noche habíamos pasado una y otra vez junto a alguna camilla. Črt había logrado atravesar el cerco con sus hombres. Y, por lo visto, Viktor. Pero los alemanes habían cerrado filas y los demás no habíamos podido pasar. Según afirmaba un correo, Črt lo había vuelto a atravesar, aunque se hacía difícil creer que alguien estuviese dispuesto a meterse en la boca del lobo de nuevo.

Tenías que acostumbrarte a la sensación de que, en algunos momentos, tu posición fuese tan desesperada que llegases a pensar en tirarte encima de una granada. No obstante, la situación podía cambiar en un instante. Y entonces te dabas cuenta de que seguías con vida y continuabas caminando, comiendo, fumando, haciéndote ilusiones. Las terminaciones nerviosas sufrían constantes sacudidas. ¿Podía compararse aquello con el frente? En el frente, las tropas pasan días y noches enteras bajo el fuego de la artillería. Los soldados están atrapados esperando a que ocurra algo, contemplando muerte y destrucción todo el tiempo, obligados a permanecer inmóviles en unas trincheras mal protegidas.

Habían dado las seis y media. Una neblina cubría el cielo matinal y todo parecía indicar que el sol no tardaría en atravesar las nubes. ¿Por qué se me había ocurrido mirar el reloj después de tanto tiempo? ¿Lo había hecho para saber la hora? Fue una agradable sorpresa. Tal vez me animaba el hecho de que los hombres que me rodeaban hubiesen perdido su confianza en mí, conclusión a la que había llegado a partir de unos cuantos detalles insignificantes.

—Cuando los alemanes abran fuego, echaos al suelo y empezad a disparar de inmediato. Y aunque necesitéis tiempo para cargar el arma, no salgáis huyendo. No son más que hombres, igual que vosotros. Ellos no saben con seguridad cuál es vuestra posición, no saben a quién tienen enfrente ni cuántos somos. Y os aseguro que tienen un oído excelente; sobre todo cuando les pasa silbando una bala…

Me escuchaban con cara seria, haciendo muecas. Y luego les dejaba hablar. También me parecía importante que de vez en cuando me viesen conversando con un correo, una patrulla o con Čiro. No oían de qué hablábamos, pero debían de pensar que gracias a aquella conversación sabía por qué teníamos que continuar cuesta arriba o cuál era la situación en la que nos encontrábamos, lo que se estaba planeando, la posición de los alemanes o lo que ocurría… se trataba de que no tuviesen la impresión de que avanzábamos en círculo. De vez en cuando soltaba una discreta pista que les hiciera pensar que seguíamos un plan de acción y que nuestros movimientos tenían sentido. Dos o tres veces interpreté el papel del hombre de los nervios de acero. ¿Por qué había mirado el reloj?

—Son las seis y media —les dije—. Comeremos en media hora.

Un farol, por supuesto. No en vano era un buen jugador de póquer. Aquellos trucos funcionaban, ayudaban y no hacían ningún daño. Y si al final no comíamos, les diría que algo había fallado y me pondría a maldecir a los cocineros y los encargados de la intendencia. No hay moral sin esperanza. E igual que había tenido suerte en otras ocasiones, también la tuve aquella vez. Y así, antes de que pasara una hora, nos pusimos al final de una larga cola junto a la cual había una rama de la que colgaba una olla.

Los hombres se parecían cada vez más unos a otros. Encorvados, empapados, sucios y sin afeitar. Estaban perdiendo su identidad. De vez en cuando tenía que fijarme en la cara y los ojos de alguien a quien creía conocer para recordar de qué lo conocía. También había tipos gallardos que mantenían la cabeza alta y los pies separados en actitud heroica. Admiraba su determinación por no mostrarse débiles. Las autoridades se habían sentado bajo tres grandes árboles. Mientras

hablaban y fumaban, distinguí las insignias de comandantes y comisarios en sus mangas. Una patrulla armada con metralletas partió hacia un destino desconocido y acto seguido apareció un correo que saludó con el puño alzado antes de comunicar la información que traía. No éramos una banda de forajidos. Estábamos en una posición delicada, pero la situación cambiaría. No era la primera vez que había tantos hombres reunidos, ni tampoco sería la última. Por supuesto que estábamos agotados, pero el ejército partisano no podía estar desmoralizado. Sí, las cosas resultaban difíciles porque había muchos reclutas nuevos sin ninguna experiencia, pero eso también se solucionaría. Las cocinas trabajaban de manera irregular y las provisiones se habían reducido, pero la maquinaria funcionaba. Alguien se había hecho cargo de los heridos.

Los alemanes habían llegado al monte y sabían hacia dónde dirigirse. Solo tenían que seguir a los Blancos, a quienes amenazaban a punta de pistola. Nosotros íbamos a aguantar porque no teníamos alternativa. Los alemanes, no, porque no les iba la vida en ello. Un prusiano que llegase de París o del frente ruso moriría aquí, en el fin del mundo, de un balazo en la rodilla. Porque no sabía dónde estaba, ni a quién perseguía, ni quién le disparaba. La moral alemana estaba por los suelos. Les habían llegado noticias del fracaso en el frente ruso, de los bombardeos de las ciudades alemanas, de las dificultades que se vivía en sus casas. Nuestras brigadas se estaban reorganizando a sus espaldas y en cualquier momento atacarían. Había partisanos minando las carreteras y las vías, haciendo explotar tanques y trenes por los aires. Los alemanes, siempre tan disciplinados, estaban perdiendo los nervios ante la falta de armas y alimentos.

La evolución del hombre, a diferencia de la de los animales, empezó con la invención del lenguaje.

¡Tercera compañía! ¡Inspección de armas! El ejército debe tener siempre algo que hacer para no acabar convirtiéndose en un organismo civil. Debe dar cuentas de su fuerza. Imaginad que la marcha forma parte de un entrenamiento. Y cuando ataquéis, gritad todos «¡al ataque!», no dejéis solos a los hombres de delante. El hecho de gritar al mismo tiempo debilita al enemigo y os da fuerzas para seguir avanzando. Los hombres que corren a protegerse son los primeros que caen. Recordad que no todas las balas dan en el blanco y que si las oís silbar es porque han fallado. Si abren fuego a vuestras espaldas, puede que sean los alemanes, pero también pueden ser dumdums que estallan contra las ramas. Y los dumdums no son peligrosos.

Decidí pasearme entre los grupos de soldados para ver si reconocía

a alguien, cuántos éramos y qué hacían los demás. Un médico estaba amputándole una pierna a un hombre con una sierra. El herido estaba consciente y una enfermera le sostenía la cabeza. Había apartado la mirada y el sudor le corría por la cara, la frente y la nariz. Gemía y apretaba los dientes. La sierra hacía saltar astillas de hueso. Alguien le daba de beber aguardiente con el que también le mojaban la herida.

—¿Alguna novedad respecto a tu unidad? —me preguntó Čiro.

—Volvemos a ser veintitrés hombres. Aunque he perdido a algunos, se nos han unido otros de unidades desperdigadas. Cuento con dos de la brigada Cankar y con otro de la brigada Gubčev…

—Le he prometido a Peter munición para fusiles y ametralladoras. Tendremos que hacer reparto porque nuestras reservas son escasas. Esta tarde vendrán unos cuantos civiles con comida, bombas y municiones. También esperamos un lanzagranadas pesado —continuó Čiro ofreciéndome un cigarrillo.

En aquel momento se estaban llevando a los heridos para enviarlos a un hospital. No le había dicho a Čiro que había perdido al hombre de Gorenje y a otro que se había escabullido con él. «Se han largado por su cuenta», había observado Petkošek.

—El croata que hay en tu unidad es un tipo de fiar. Lo estaba comentando con Peter.

Aquella información no me sorprendió. En eso llegó Mihajlov, que empezó a pronunciar un discurso mientras Čiro guardaba un discreto silencio.

—Hay que mantener la disciplina… hay que levantar la moral… los rusos avanzan hacia Berlín… habrá consejo de guerra para los alarmistas… nos encargaremos de los desgraciados que se quejen de la comida.

Avancé entre los hombres que estaban sentados o medio echados en la nieve, hombres que ni siquiera se habían tomado la molestia de arrancar una rama de abeto para ponérsela detrás del trasero. Había hombres apoyados contra el tronco de un árbol y hombres que se inclinaban unos sobre otros. Me vinieron arcadas al comprobar que eran carne de cañón, al contemplar su ropa empapada y el gris amarillento de sus pantalones, la lana de los calcetines acartonada por el sudor, sus rostros verdosos y sus manos azuladas. Las chaquetas, húmedas, se les pegaban a los brazos y al torso, dando forma, con la ayuda de los pantalones, a una especie de estatua mal acabada. Estaban entumecidos y se movían con dificultad, haciendo crujir las articulaciones. La falta de sueño se colaba en sus miradas y de las gorras se les escapaban mechones de pelo mojado. Algunos la habían perdido al escapar; se les había quedado enganchada en alguna rama

y no habían podido recuperarla. Tenían los labios secos y cortados, y las comisuras hundidas. Les sobresalían las orejas y les colgaban los bigotes. Los fusiles descansaban entre sus rodillas, permanecían plantados a su lado, estaban tirados en el suelo o parecían apuntar a todos lados. Había petates italianos de color verde, bolsas de deporte y de esquí, una antigua mochila yugoslava y un enorme bolso de piel. Todo empapado, arruinado, descuidado. Ninguna forma que atrajese la mirada, ningún destello de color. Silencio, y una demoledora sensación de fatiga.

Era consciente de que nadie me miraba. Al fin y al cabo, era uno de ellos y me encontraba en la primera fase de descomposición. Mis botas de esquí eran irreconocibles. El rojo oscuro de la piel y el blanco de los cordones se había convertido en un gris negruzco. La materia se desgasta y poco a poco se desintegra. Dentro de la armadura que es nuestro cuerpo, y que sufre un deterioro lento pero persistente, se produce otra forma de desgaste: un estado de alucinación, de constante repulsión, de agotadora lucha por mantener a salvo el instinto de conservación; un estado ocasionalmente interrumpido por un pensamiento indefinido, pero a la vez agudo y turbador, que nos atraviesa la mente: ¡casa!, ¡madre!, ¡hermano!, ¡hijos! Una montaña de polenta. La forma de bizcocho de un tronco. ¡Una casa! Los civiles tienen latas de manteca, sacos de harina, macarrones con beicon. Las letras azules de una servilleta blanca. La mano de una dependienta que te ofrece un elegante paquete de cigarrillos.

El hombro me dolía a causa del fusil. También sentía dolor en un costado… debía de ser el petate… hasta aquel momento no me había parecido tan pesado… Tal vez nos rodeasen y empezasen a dispararnos desde todos los flancos… Tenía los ojos doloridos, quizás estaba resfriado. Había perdido la sensibilidad en los dedos; era como si las yemas fuesen de madera… Los disparos se oían cada vez más cerca… Seguro que el ataque comenzaría a la hora de la comida… Nadie estaba en disposición de ayudar a nadie; nos habíamos quedado sin fuerzas. Si alguien tenía que decir algo, lo decía. ¡Nadie se acuerda de mí! ¡Nadie me necesita! ¡Recuento! Sí, sí, pero ¿quién te va a contar a ti? El movimiento más insignificante hacía que te doliese todo el cuerpo. ¿Y si me capturan vivo? ¿Vivo? Pero si estoy medio muerto. No tengo rostro, soy como ese de ahí, como ese de allá, como aquel otro. Cierra los ojos y te convertirás en una máscara mortuoria. Nunca saldremos de aquí. Lo único que importa es saber cuánto tiempo durará. Ojalá pudiésemos quedarnos dormidos y no despertar jamás. El ruido no me deja quedarme dormido. ¿De qué es ese horrible sonido que me taladra los oídos? Estoy trepando por una

pared, una pared lisa con muy pocas grietas. Tengo que llegar arriba. Si ahora me rindo, si resbalo… acabaré destrozado entre las rocas que hay ahí abajo. Un instante de pánico: abro los ojos y veo una lluvia de puntos negros y blancos envueltos en espirales doradas. Aprieto los puños. ¿Es esto un bosque o lo estoy soñando? Sí, es un bosque. ¿Qué? Alguien me había agarrado de los hombros, pero no sabía quién. No, no había nadie a mis espaldas. Cómo me gustaría que alguien me agarrase por los hombros, me mirase a los ojos y me dijese algo bonito. ¡Sería mi amigo! ¡Y yo sería el suyo!

Golpéate la cabeza contra un árbol. Solo así advertirás lo escurridizo, frío, ciego y absurdo que es todo. ¿Acaso se preocupa la luna por la Tierra? Un susurro recorre las copas de los árboles. ¿Acaso les importa algo? La montaña sigue ahí. ¿Acaso se inquieta si resbalas o si sigues adelante?

Incluso ir a mear requería un gran esfuerzo y se había convertido en una dificultad desorbitada. Busca entre la ropa empapada, apunta y dispara. Seguramente, la orina era lo más caliente que había en el bosque. En la nieve hay una cuchara oxidada con un agujero. Mi orina también tiene el color de la herrumbre. La nieve estaba inundada de puntos negros, y uno de aquellos puntos era yo. Alguna divinidad inventada meaba desde las nubes.

—Comandante de la tercera compañía.

—¿Sí?

—En formación después de la comida.

Caes interminablemente en un oscuro agujero que hay en tu interior, un agujero sin fondo. Y un momento después saltas hacia arriba como impulsado por un resorte. Te alegras al sentir que los ojos de tus hombres están pendientes de ti. Esa atención hace que actúes de forma diferente. Más adelante, alguien dirá:

—Fue la famosa batalla del Estiércol de Caballo.

Sí, un brillante futuro nos espera en algún lado. En la escuela, a los niños les hablarán de los héroes de acero que lucharon, hombro con hombro, por un mejor futuro para la nación.

Comimos y luego formamos.

A continuación, vino Mihajlov para soltarnos un nuevo sermón. La lengua se le enredaba y nadie lo escuchaba. Pero, por suerte, fue breve y, cuando acabó, nos saludó con la mano. Avanzamos hacia nuestra posición. Eché un vistazo al reloj: eran las ocho y media. «De la mañana», me dije, y miré los pedazos de cielo que se divisaban entre las copas de los árboles. Durante todo aquel tiempo solo había mirado el reloj un par de veces, pero aquel día era la segunda vez que lo miraba. A pesar de todo, el reloj funciona. Avanzaba y seguramente

también hacía tictac. Me pregunto si en aquel momento tuve algún presentimiento. Si tuve la sensación de que íbamos directos al matadero, si fui consciente de que vería a aquellos hombres morir delante de mis propios ojos.

Tal vez tuve aquel presentimiento. Aunque otros pensamientos, más acuciantes, necesarios y prácticos, reclamaban mi atención.

Como la mecánica del avance hacia nuestra posición a través del bosque, entre las ramas y los troncos de los árboles caídos, tratando de sortear hoyos cubiertos por la nieve en los que a veces caíamos, hundiéndonos hasta la cintura. Aquellas dificultades se fueron repitiendo a lo largo del trayecto.

Detrás de nosotros venía una tropa dirigida por Mihajlov. Así pues, avanzábamos juntos. Lo más probable es que se hubiese hecho cargo de dos compañías y que Čiro condujese a las otras dos. Yo no tenía muy claro hacia dónde nos dirigíamos, ni por qué o con qué objetivo. En el ejército no se hacen preguntas. De lejos nos llegó el sonido de fusiles y ametralladoras. Pero ya estábamos acostumbrados. Y cuando la distancia era tanta, no le dábamos la menor importancia.

La mecánica.

Hay quien dice que la mecánica es la reina de todas las ciencias. Existe, incluso, una concepción mecánica del mundo según la cual todas las acciones son fruto de distintas fuerzas; las consecuencias, fruto directo de las causas. Aparte de esa relación, no hay ningún objetivo superior. Los antiguos adeptos a la mecánica compararon al hombre con un mecanismo que funcionase así. Es una idea que pertenece al pasado, pero cuyos partidarios, consciente o inconscientemente, todavía defienden pese a las teleologías que proclaman objetivos más altos y que hacen que, en una misma batalla, haya quien luche por el emperador, por la nación, por el estado, por un ideal, por Dios o el Führer, por la revolución, por la libertad, por la conquista del mundo.

La supervivencia exige su propia mecánica.

La guerra también.

En cualquier libro de texto leeremos que la mecánica, igual que la física, es una ciencia que se centra en el estudio del movimiento del cuerpo y las causas de ese movimiento, es decir, las fuerzas que lo provocan. La rama de la mecánica que estudia el equilibrio se llama estática, y la que estudia el movimiento, dinámica. Tanto una como la otra se aplican a cuerpos sólidos, líquidos y gaseosos.

«La fuerza de un ejército —dijo Napoleón— es el producto de su masa y su velocidad». Así lo enseña la mecánica. La guerra relámpago, tal como la llevaban a cabo los alemanes, era la consecuencia derivada

de ese principio aplicando los recursos de los ejércitos modernos. Por otro lado, la táctica de los partisanos era el ataque inesperado y la retirada rápida. Pero en Mokrec, en el caos en el que nos encontrábamos, ¿no nos estábamos olvidando de algo fundamental y básico? Contábamos con muchos novatos. De hecho, seguramente éramos demasiados. Y pese a todo, la ofensiva no daba signos de ir a menos. Pero aquello no me incumbía.

A mi lado caminaba el hombre que cargaba con la responsabilidad de nuestro avance por el bosque: el fornido Mihajlov. En un momento dado nos ordenó que parásemos e hizo pasar por delante a la segunda tropa. Cuando aquellos hombres desaparecieron entre la espesura, advertí que se producía un cambio leve pero importante: si los alemanes empezaban a disparar, yo era el responsable de mi unidad. Miré a mis hombres.

El vínculo que une a un soldado con su unidad es algo especial. Puede ser innato (si pertenece a una familia de militares) o adquirido (en un grupo escolta, un equipo deportivo o en el servicio militar); y aunque resulte desagradable, es necesario. Si un comandante no ejerce de líder, sus subordinados se sentirán descontentos y amenazados. Ante una situación de peligro, la inteligencia no tiene nada que ver con la emoción que sientes, una emoción pura y penetrante. ¿Coraje? El coraje es algo relativo cuando hablamos de soldados. He visto a auténticos estúpidos lanzarse a la carga sin ningún miedo. La primera vez, estaban cagados de miedo. La segunda vez, les había resultado más fácil. Y la tercera, aquellos zoquetes habían llegado a la conclusión de que, si las dos veces anteriores habían sobrevivido, ahora también lo harían… y el caso es que no les rozaba ni una bala. Nada mejor para subir la moral y animar a la tropa. Pero un oficial siempre tiene que dar buen ejemplo. Lo normal es que no demuestre que tiene miedo. Te conocemos, joder; sabemos que has dormido en las mejores casas, que has comido más que el resto, que tienes el bolsillo lleno de cigarrillos. Cuando todo esto acabe, te inflarás como un pavo. Y si pierdes tu caballo, pronto encontrarás otro en algún establo… ¡así que demuestra de qué eres capaz! No es saludable hablar de coraje en el ejército. Pero hay algo obligado: conocerse a uno mismo. Saber cómo actuar según el momento, saber qué decisión puede salvarte y qué otra arruinarte, tener una visión general de lo que está ocurriendo y conocer a tus hombres, establecer un vínculo con ellos. Nuestra tropa contaba con veintitrés hombres; un ciempiés con cuarenta y seis pies y un cerebro. Si el símil hubiese sido exacto, algo probablemente imposible, habríamos tenido una buena unidad. La columna vertebral que une a todos los hombres para formar uno

solo es invisible, pero se debe notar. La tropa que se había adelantado con Mihajlov era más numerosa, seguramente contaba con más de treinta hombres. Mihajlov no le caía bien a nadie —era un pobre orador que repetía conceptos absurdos, un engreído que no miraba a los ojos—, pero era el comandante de nuestro ciempiés y yo me limitaba a transmitir sus órdenes.

Cuando regresase, me despojaría de toda responsabilidad para volver a asumirla él. A mí lado, Anton sacudió la cabeza, pero no dijo nada. Yo ya sabía qué significaban sus gestos. Tenía una sensibilidad especial y presentía lo que me estaba pasando por la cabeza.

—Los acontecimientos futuros lanzan sus sombras por adelantado.

En medio de aquel silencio funesto, que vibraba y retumbaba en algún lugar de la periferia, formábamos una sola sombra. Mihajlov se adelantó e inspeccionó el bosque. Nadie sabía qué estaba tramando. ¿Habría decidido quedarse con nosotros? Se avecinaban dificultades.

Habíamos llegado a un claro del bosque donde encontramos una pendiente que descendía hacia un camino lleno de barro. Mihajlov se detuvo y miró arriba y abajo. Por encima de nosotros se extendía una franja de oscuros abetos. Más allá, en la lejanía, el viento silbaba entre las copas.

—Tomad posiciones —gritó Mihajlov.

Lo miramos.

—¡El ametrallador ahí!

Mirko avanzó, seguido de su ayudante, y ambos examinaron el lugar que Mihajlov había señalado con la mano.

—Ahí estaréis protegidos —añadió—. Van a venir de allí.

—¿Por dónde?

—Por allí. Por el camino.

Eso quería decir que llegarían por la izquierda. La tropa se fue dispersando poco a poco. Mirko encontró un punto de apoyo para su ametralladora. Anton y yo permanecimos al lado de Mihajlov, que había adoptado una pose dramática: tenía las piernas separadas y el fusil a un costado, plantado en la nieve junto a un tronco abandonado. Lo vi apoyarse en el fusil y mirar hacia lo lejos. Cuando los hombres ya se habían alejado, empezó a hablar de forma acelerada:

—Llegarán por el camino… Mantened aquí la posición… Y cuando digo que la mantengáis, quiero decir que no os mováis… Estamos cubriendo a los hombres que transportan a nuestros heridos… Estamos en el extremo del flanco izquierdo. Si abandonáis, ellos avanzarán hasta los heridos…

Miré a mi alrededor de forma muy diferente a como lo había hecho antes. Mihajlov advirtió que aquella situación no me inspiraba mucha

confianza.

—A la derecha está la segunda compañía… y por delante tenemos a Jaka…

Tuve la sensación de que estaba a punto de abandonarnos.

—¡Manteneos firmes, muchachos!

—¿Y si nos atacan desde arriba? —le pregunté.

—Quieres situar a un grupo de hombres arriba, ¿verdad?

Parecía irritado.

Los muchachos formaban una línea que llegaba hasta la colina. Estaban mirándonos.

Una ametralladora, tres fusiles automáticos, diecinueve rifles en malas condiciones, dos revólveres y unas cuantas granadas de mano (no llegaban a una por cabeza). Y tampoco teníamos muchas municiones.

—Pueden atacarnos por la espalda…

—Pues pon un puesto de vigilancia ahí arriba… ¿Crees que tengo tiempo para darte clase?

Si no estaba enfadado, se lo hacía. Anton y yo intercambiamos una mirada. Allí pasaba algo, algo que apestaba.

Mihajlov ni siquiera nos miró antes de volverse y, a grandes zancadas, alejarse por el camino del bosque. Un momento después lo vimos girar hacia el camino principal. Apenas distinguíamos su figura a través de la espesura cuando oímos una ráfaga proveniente de su fusil. Instintivamente, algunos hombres se lanzaron al suelo.

—¡Una patrulla tras él! —grité—. ¡Tú y tú!

Señalé a dos soldados que se habían apostado en el extremo derecho y ambos salieron corriendo hacia abajo.

—¡El resto a sus posiciones!

Mirko colocó su Breda en el hueco que formaba una roca y apuntó el cañón hacia el camino de la izquierda. Muy bien, ¿pero qué era ese ruido que llegaba desde la derecha? Envié a uno de los de la brigada Cankar y al de Dolenje a un punto elevado situado a la izquierda.

Anton y unos cuantos hombres se movieron hacia el flanco izquierdo. Allí estaba el otro de la brigada Cankar y el de la brigada Gubčev, ambos con sus metralletas. Yo me coloqué detrás de un tocón, o algo parecido, entre Mirko y los soldados que se habían desplegado hacia la izquierda. Leon estaba a mi lado y el Renacuajo se había situado junto al ayudante del ametrallador, como si siguiera creyendo en su teoría de que el ametrallador ocupa el puesto mejor protegido. Entre la ametralladora y yo, hay tendido un minero de Zagorje. Tiene otra ametralladora y una bolsa llena de municiones, o alubias, que es como las llama. A la izquierda y por debajo de mí está Petkošek. Y tras

él, el taquillero, el campesino, el croata, Štefan el estudiante y el soldado de Dolenje que había conseguido arrebatarle a los Blancos un fusil de repetición austríaco tras asaltar un puesto de vigilancia en una aldea. También había otras figuras indefinidas que ya no recuerdo.

La patrulla había regresado y los hombres hablaban con Anton.

Anton se levantó y se acercó a mí.

—Todo parece indicar que Mihajlov ha disparado al aire y ha puesto pies en polvorosa —dijo en voz baja—. En la segunda compañía no saben nada de él y no hay señales de los alemanes por ninguna parte.

Lo miré estupefacto.

—Pero si están cerca, vendrán a comprobar de dónde han salido los disparos —añadió con expresión sombría.

Aquello fue lo último que supe de Mihajlov. Hasta que en Gorjanci, en el verano de 1944, lo vi entrar en la casa donde conversaba con cuatro camaradas.

—Mantente en contacto con la segunda compañía —le encargué a Anton cuando se marchaba.

Luego llamé a Petkošek y a otro soldado.

—Patrullad hasta el camino principal. No uséis las armas. Si veis algo, hacedme una señal con la mano y regresad.

Leon y yo ocupamos el espacio que, a nuestra izquierda, había quedado vacío. Desde allí podíamos entrever la suave pendiente que descendía entre los árboles. Leon me propuso fumar un cigarrillo y así lo hicimos. La patrulla de reconocimiento que había enviado hacia arriba se había acomodado en el límite del bosque. En un momento dado, justo cuando iba a llevarse el cigarrillo a la boca, Leon se quedó parado. Acto seguido me cogió del brazo y señaló hacia arriba. Algo se movía en el bosque. Escondidos tras los árboles, nos mantuvimos quietos, observando. De entre las ramas apareció una silueta y luego otra. Volvimos a respirar. Eran tres partisanos que corrían hacia arriba. ¿Se trataba de una patrulla? ¿De un grupo de rezagados? Estaban demasiado lejos para dirigirme a ellos. Desaparecieron bosque arriba sin que sonaran disparos tras ellos. Lo cual quería decir que, de momento, no había alemanes en aquel lado. Volvimos con los nuestros.

—Tú no me recuerdas —me dijo Leon en voz baja—, pero estuve en los escoltas. Eras mi ídolo porque sabías usar el lazo… Fue en el campamento de Bohinj, ¿verdad? Muy cerca del campamento había unas trincheras de la Primera Guerra Mundial y restos de alambre de espino oxidado. Era julio y hacía calor, y teníamos todo el tiempo del mundo para inspeccionar aquella herrumbre y preguntarnos cómo

debía de ser la guerra.

Leon todavía conservaba la mirada ingenua de un civil. Tenía los ojos de un color indefinido, una especie de gris amarronado. Y su voz, agradable, resultaba familiar.

Por la derecha llegó una patrulla de la segunda compañía; dos tipos reservados, sencillos. Nos dijeron que, en la retaguardia, los heridos estaban siendo evacuados a un hospital de campaña. Y que la fila de heridos era muy larga. De pronto escuchamos un zumbido extraño, sordo. Aguzamos el oído.

—Coches blindados —dijo uno de los recién llegados.

—Coches blindados —repitió alguien no muy lejos, más abajo.

Los muchachos emprendieron el camino de vuelta a su unidad a toda prisa. Después de todo, Mihajlov no se había inventado lo de los heridos. Pero ¿por qué había disparado al aire? ¿O es que lo había hecho accidentalmente? De ningún modo. ¿Volvería con nosotros? No hacía falta que pensáramos más en ello, pues había dejado de tener importancia. Cada minuto era un par de metros de ventaja para los heridos que permanecían en sus camillas. Reparé en Anton que, en el flanco derecho, les contaba algo a los hombres que le acompañaban. Por su animación supe que estaba tratando de entretenerlos, de mantener su moral alta, de aliviar la tensión.

Miré con admiración al minero que estaba echado de lado, excavando en la nieve. En un momento dado echó la vista atrás y bromeó:

—Parece que vamos a pasar aquí la noche.

¡Ni hablar! Si apenas son las nueve, ¡maldita sea!

«Y miré, y he aquí un caballo pálido; y el que estaba sentado sobre él tenía por nombre Muerte; y el infierno le seguía».
Apocalipsis, 6:8

—*Ça ira* —dijo Benjamin Franklin en París—, vamos por buen camino.
—Pero ¿hacia dónde? —observó Anton.

«Sé paciente y resiste; algún día todo este dolor te resultará útil».
Ovidio, *Amores*

«Los diálogos te descubren un conocimiento amargo. Leemos en ellos doce vidas perdidas. La salvación que esperaban los generales no se produce; los chicos siguen aguardando junto a la tumba. Y todavía siguen allí cuando el tercer general desaparece con una ametralladora».
Reseña del drama *Bury the Dead*, de Irwin Shaw

Capítulo 5

La posición en la que nos encontrábamos no era la mejor.

De entrada, si nuestro objetivo era tender una emboscada, estábamos demasiado cerca del camino por el que se podía acercar el enemigo. Entre él y nosotros no había auténticos obstáculos.

Solamente teníamos una ametralladora y eso nos obligaba a usar automáticas para el fuego cruzado. La Breda no nos servía con tanta humedad y frío.

El hecho de estar esperando al enemigo, y no lo contrario, nos daba una ventaja primordial. Por lo menos, lo veríamos antes que él a nosotros.

El bosque que se extendía a nuestras espaldas podía ofrecernos protección. Pero también era cierto que el enemigo podía acercarse a nosotros desde aquella dirección.

El flanco izquierdo estaba al descubierto. Y eso hacía que un ataque desde allí fuese sumamente arriesgado. De todos modos, que se produjese o no dependía de factores que no podíamos prever.

El flanco derecho estaba vigilado por una tropa con la que manteníamos contacto.

Nuestros hombres habían dispuesto de suficiente tiempo para buscar las posiciones más óptimas y sopesar todas las posibilidades; para limpiar sus armas y prepararse para disparar cuando llegase el momento. Yo iba a ser el encargado de abrir fuego. Era una orden, y todos debían acatarla.

Era demasiado tarde para desplazar la emboscada y teníamos que aceptarlo. De haberlo hecho, tampoco creo que hubiésemos ganado tanto. La maleza que había más abajo no era adecuada para preparar emboscadas. Y a nuestra espalda, otro espacio al descubierto nos separaba del bosque.

El objetivo era mantenernos firmes en nuestras posiciones, aunque no podíamos prever por cuánto tiempo. Eso nos obligaba a hacer un uso reservado de las municiones y las granadas.

Agachado, me fui desplazando de un grupo a otro, de un hombre a otro, para intercambiar un par de palabras con todos ellos. Recuerdo muy bien sus ojos.

Un rumor de motores, probablemente coches blindados, se fue acercando para, luego, desaparecer en seco.

Tras hablar con todo el mundo, pensé que había hecho todo lo que podía en aquella situación. Anton me lanzó una extraña mirada. Sabía que mi experiencia era escasa.

Ni siquiera yo estaba convencido de ser un auténtico soldado. Cualquier detalle, por insignificante que fuese, me afectaba. El mundo se me caía a los pies cuando en los ojos de alguien brillaba la angustia como una débil llama que se agita en las profundidades. Me asaltaba la desesperación y la desconfianza cada vez que descubría en la mirada del Renacuajo su inquebrantable fe en mí. Cuando hablaba con él siempre asentía y me miraba con los ojos muy abiertos, con aquellos ojos grandes que resaltaban en su rostro enjuto y cetrino. Los hombres situados en el flanco izquierdo me daban cierta confianza. Parecían estar preparados para todo, hablaban en voz baja quién sabe sobre qué y me miraban impasibles como si nada de aquello les resultase nuevo. Leon me dio una agradable sorpresa cuando se ofreció a cuidar de los heridos que pudiesen resultar del combate; de hecho, contaba con un botiquín de primeros auxilios. Yo había congeniado con Petkošek y él parecía agradecer mi compañía. Estaba haciendo guardia en el camino y de vez en cuando levantaba la vista hacia mí. A continuación, ayudé a Vili, el músico, a ponerse a cubierto. Vili me dijo que las botas le hacían tanto daño que no le importaba lo que pudiese pasar. Aun así, fue capaz de bromear:

—Si al final tengo que correr, cargaré con los pies a hombros y avanzaré con las manos, ¡por dios que lo haré!

—Los alemanes disfrutarán del espectáculo —dijo el tipo que estaba a su lado.

—Silencio, que pueden oírnos —advirtió un tercero.

—Deben de estar bebiéndose nuestro licor de ciruelas. Cuando se lo terminen, se pondrán en marcha —observó el que había hablado antes.

Entonces se produjo un funesto silencio.

Todavía tenía que hablar con mi amigo el taquillero. Había escondido la cabeza tras un árbol, pero sus pies estaban a la vista. Cuando abriésemos fuego, lo más probable es que los alemanes le diesen en las pantorrillas. ¡Sí, señor! ¡Menudo sitio había elegido Mihajlov para preparar una emboscada! Los árboles eran escasos y estaban dispersos. Y no sabíamos si los montones de nieve o de

madera podrida servirían realmente para protegernos.

De vez en cuando volvía a mi puesto y lanzaba una mirada hacia Petkošek, que seguía en guardia junto a otro hombre, un soldado muy joven con cara de chica a quien apenas le empezaba a salir vello en las mejillas. También echaba un vistazo hacia arriba, hacia la linde del bosque donde estaban apostados uno de los hombres de la brigada Cankar y el soldado de Dolenje.

A la derecha, al final de todo, estaba Anton y el soldado de la Mannlicher. Los acompañaba Vili, el músico, y un hombre más viejo con una gorra de piel de lirón. Allí también estaban tendidos Mirko, con la metralleta, su ayudante y el Renacuajo.

Más cerca, el minero, con una automática. Y a su lado, un chico muy delgado con las piernas arqueadas.

Luego Leon.

Y yo.

A continuación, un pequeño espacio vacío, el correspondiente a los dos soldados que estaban abajo, en el camino.

El taquillero, el campesino, el croata y Štefan.

Y en el flanco izquierdo: el otro hombre de la brigada Cankar, el de la Gubčev con una automática, el chaval del abrigo que le venía demasiado grande —puede que hubiese pertenecido a un oficial de artillería italiano— y el soldado de Dolenje.

Nuestra posición resultaba muy ventajosa respecto al espacio abierto que se extendía a la izquierda. Desde allí, nuestra columna de hombres se prolongaba hasta el punto más débil, en teoría cubierto por la segunda compañía. Desde donde estábamos, podíamos disparar a cualquier punto del camino, tanto a la izquierda como a la derecha. Las armas automáticas de la izquierda se podían combinar con la ametralladora para crear un fuego cruzado que nos defendiese de un ataque por aquel lado. Era primordial vigilar constantemente la zona alta que teníamos a nuestra espalda y el espacio abierto que se abría en el flanco izquierdo. Si tuviésemos que emprender la retirada, antes que avanzar hacia el bosque que había detrás, habíamos decidido aprovechar el pequeño valle cubierto de matorrales que se levantaba al final del flanco derecho. La espesa vegetación del valle protegía el sendero que lo atravesaba, aunque la nieve de la zona circundante estaba llena de huellas de pisadas. Por último, junto al camino había una pequeña elevación que estaba al alcance de nuestras granadas.

—¡Por Dios! ¡Estoy muerto de hambre! —exclamó el de las piernas arqueadas.

Era una buena señal. Yo había olvidado lo hambriento que estaba.

—¡Cómo se nota que no fumas! —observó el minero.

—Es que tengo los pulmones enfermos.

En aquel preciso momento, Petkošek me señaló con la mano un punto más abajo. Le hice saber que le había entendido. Acto seguido, él y su acompañante llegaron corriendo y, agachados, tomaron posiciones a mi izquierda.

—Vienen hacia aquí… han dejado los coches abajo… no son muchos… llevan uniformes negros… —dijo Petkošek resollando.

Todos los hombres sabían lo que aquello significaba. Por un instante nos miraron y luego dirigieron su atención hacia el camino de abajo.

El chico imberbe que había estado vigilando con Petkošek añadió:

—Ya vienen por el camino…

Nos apretamos contra el suelo y esperamos, inmóviles.

No había más que decir. Estaban viniendo… Estaban avanzando… Aparecerían en cualquier momento… Sí, podía percibirlos.

Después de un buen descanso, habían vuelto en coche y se acercaban por el camino embarrado. Estaban tranquilos y observaban el entorno como cazadores bien entrenados, maldiciendo en silencio la situación en la que se encontraban. Contaban con cascos de acero para protegerse la cabeza, con chaquetas que se adaptaban a sus cuerpos, con pantalones que les cubrían holgadamente el trasero y las piernas, y con botas para caminar por el barro. Han cagado a gusto antes de ponerse en marcha. Llevaban armas fiables, de calidad; armas que funcionaban a pesar de la nieve, el frío, el lodo y la humedad. Tenían municiones de sobra. Antes de dejar el valle, habían comido pan del ejército con margarina y mermelada, todo regado con un buen tazón de café. Y ahora se disponían a avanzar desde el punto X al punto Z. Sus comandantes consultaban mapas y guías, y tenían muy claros los objetivos y las estrategias. El bosque parecía vacío, aunque había huellas por todos lados. ¡A saber cuántos desgraciados se esconden en la zona! Los suficientes para llenarnos de piojos, seguro. ¡Ni siquiera nos sentamos cuando entramos a sus casas! ¿Dónde habrán metido a nuestros heridos? ¿Y por qué han actuado con tanto secretismo? Algunos de ellos también han muerto. ¿Cuánto tiempo tendremos que seguir aguantando a esos malditos bandidos, a esos miserables que se esconden tras los árboles, nos disparan y huyen? Por lo visto, cuando terminemos aquí, iremos a la costa. ¡Y puede que allí haya mujeres! Pero antes, tenemos que recorrer estos montes, estos condenados montes y peinar los bosques. Por lo que me han dicho, se trata de una marcha de unas ocho a diez horas. ¡Maldita sea! ¡Como pille a alguno de esos canallas, no pienso desperdiciar ni una bala! ¿No os fijasteis en lo tosco de aquellos hombres a los que matamos a tiros en el

pueblo? ¡No eran más que chusma eslava! ¡Al garete con el paneslavismo! Pero ¿de dónde sacan esos desgraciados tantas armas? ¿De qué se alimentan, si no les hemos dado un segundo de tregua? Me han dicho que se suben a los árboles. Habrá que ir con cuidado. ¡Si los nuestros supieran los problemas que nos están dando esos canallas! Tenemos en jaque a toda Europa, desde la cornisa Atlántica hasta el Cáucaso, desde Narvik hasta los desiertos africanos… Y aquí está este puñado de comunistas plantándole cara al ejército alemán. En casa no nos van a creer. Pero si tratas con un lunático, debes tener cuidado. No parece que a esos imbéciles les importe demasiado morir. Y pensar que hace unos meses estaba repasando una lección de latín: *mensa, mensa, mensam, mensae*… Lo más importante ahora es que los nuestros fabriquen esa arma secreta cuanto antes. Solo entonces podremos borrar del mapa Moscú, Londres y Washington. Así no tendremos que perder más tiempo tratando de acabar con esa escoria en los Balcanes. Anoche se emborrachó el intendente. ¿Y sabéis qué dijo? Que metimos la pata cuando ayudamos a Lenin a volver a Rusia. ¡Por Dios y el diablo!, ¡estoy harto de pisar esta mierda! Si pillo a uno de esos rojos desgraciados, ¡voy a hacer que se coma todo este fango!

Algo se movió en una pequeña elevación del camino. Vimos aparecer unas figuras oscuras que se detuvieron y miraron a su alrededor. Después siguieron adelante. Tres en cabeza, dos a continuación y uno más cerrando la formación. En total eran seis. ¿Se trataba de una avanzadilla o de una patrulla de flanco? Desde detrás de su Breda, Mirko me miró. Sacudí la cabeza. Si pretendían pasar, les dejaríamos avanzar; así veríamos qué había detrás. Desde luego, no debían de estar recorriendo solos aquel camino que se adentraba en la montaña. El siguiente grupo no tardó en aparecer. Caminaban sin prisa y eso me permitió ver con claridad sus armas y equipo. Uno llevaba un abrigo con cuello de piel y los demás, abrigos con botones centelleantes. Apunté con mi fusil al líder del segundo grupo. Las manos me temblaban un poco; estaba nervioso. Si disparaba demasiado pronto, lo echaría todo a perder. Pero si lo hacía demasiado tarde, también. Temía pasar por alto el momento oportuno. Petkošek me había dicho que no había muchos. Sin lugar a dudas, todos conteníamos el aliento. Por un momento llegué a pensar que los alemanes oirían nuestro silencio.

El caso es que apunté con cuidado y le disparé al pecho. Un instante después, el estruendo de la metralleta, las automáticas y los fusiles inundó mis oídos. Abajo, en el camino, dio comienzo una extraña danza de la muerte. Mi disparo había dado en el blanco. El hombre que lideraba aquel grupo se había llevado las manos al pecho

y había caído de bruces. Los demás se agitaban, saltaban, huían en retirada y nos devolvían el fuego. Las balas silbaban a nuestro alrededor y se repetían los estallidos. Vili, el músico, fue el primero en lanzar una granada. La cogió con la mano derecha y dibujó un perfecto arco con el brazo. ¡Bravo, Vili! Luego me fijé en el taquillero. Con la cabeza apoyada en el suelo, lo vi levantar el fusil, disparar a ciegas y volver a esconder el arma. Una y otra vez, apunté y disparé, pero sin pararme a comprobar si daba en el blanco. Los alemanes se reorganizaron rápidamente. Unos cuantos se habían apostado detrás del punto más elevado del camino y nos estaban rociando con sus Schmeisser. Otros habían vuelto atrás y trataban de arrastrar a los muertos o heridos sin dejar de disparar. El de la Mannlicher, que estaba junto a Anton, lanzó un grito extraño, cayó silenciosamente a un lado y se quedó inmóvil. El fusil de Anton no parecía funcionar; lo vi empujar con furia el repetidor antes de volver a disparar.

A medida que pasaba el tiempo, dejé de pensar en mí. Las mariposas ya no alteraban mi estómago. Apuntaba y disparaba en cuanto localizaba un objetivo. Y, mientras tanto, iba comprobando nuestra posición a derecha y a izquierda. Desde el borde del camino, un alemán nos lanzó una granada. El proyectil cayó delante del campesino y al lado del taquillero, que la cogió en cuanto tocó el suelo y la lanzó de vuelta hacia el camino. En aquel instante se puso al descubierto. Lo vi agarrarse un costado y caer al suelo. Todo hacía pensar que había recibido una ráfaga. Pero entonces, de abajo, me llegó un fuerte estallido, como un disparo de cañón. La explosión de la granada hizo mella en los alemanes, que empezaron a disparar desde todos los flancos. Mirko disparó una breve ráfaga e hizo una pausa antes de volver a la carga. Estaba intentando ahorrar municiones. De la derecha también me llegó el sonido de disparos. Los alemanes también se habían echado encima de la segunda compañía.

—¡Cuidado, a tu izquierda! —gritó el croata.

Tres figuras se abrían paso a través de los escasos árboles que nos separaban del camino. Uno de los de la brigada Cankar les disparó y, furiosamente, cargó de nuevo su arma. A continuación, el de la Gubčev les lanzó una ráfaga con su automática e hizo una pausa. Las tres figuras cayeron al suelo. ¿Estarían muertos, vivos, heridos? Un momento después, dos de ellos volvieron a disparar e hirieron en la mano al croata y a Štefan. Leon advirtió que a Štefan le sangraba la mano y se arrastró a su lado. Ya había abierto el botiquín y le estaba vendando, cuando una bala le arrancó la gorra. De pronto se abrió fuego en el flanco derecho. Todo hacía pensar que la segunda compañía estaba en peores condiciones que la nuestra. Ahora los

alemanes corrían camino abajo y sus disparos nos llegaban de la derecha, de aquel tramo de camino que estaba un poco elevado. El camino que teníamos justo debajo estaba «despejado». Así pues, la primera fase había terminado. ¿Y ahora? De manera mecánica, con el probable anhelo de que se hiciese de noche, miré la hora. ¿Cómo? ¿En serio? Faltaba poco para las once. ¿Dónde me había hecho aquellos tres rasguños paralelos?

Anton se giró y me lanzó una mirada. Era como si quisiese intercambiar unas palabras. ¡Habla! Intenté adivinar lo que quería, leerlo en sus ojos. «¿Deberíamos iniciar la retirada?». No, Anton, no podemos. Sabes lo que está pasando a nuestras espaldas. El enemigo volverá a la carga. Ahora tenemos un poco más de información. Sí, tenemos suficiente tiempo para retirarnos, pero no sabemos lo que puede ocurrir luego. Y nuestros heridos todavía no disfrutan de la seguridad de los hospitales camuflados que hemos habilitado más arriba. Seguro que estás de acuerdo conmigo, ¿verdad? Qué no daría yo por que asumiese la responsabilidad otra persona. ¿Qué debemos hacer ahora? Leon se está ocupando de las bajas. Mirko, ¿cómo estamos de municiones?, ¿cuánto crees que nos durarán? De acuerdo. Cuando se terminen, nos retiraremos inmediatamente en aquella dirección. El taquillero y Leon trasladaron al campesino, que estaba gravemente herido, a una torrentera que había detrás de un haya gigantesca. El croata dejó el fusil a un lado. El de la brigada Gubčev trató de encenderse un cigarrillo muy fino, pero las cerillas estaban mojadas. Los alemanes que seguían abajo, a nuestra derecha, instalaron una enorme ametralladora, una Schwarzlose, que empezó a barrer nuestras posiciones. ¡Agachad la cabeza! Al taquillero le dieron en la pierna. Primero nos rociaron a todos y luego se concentraron en nuestra Breda. Mirko les respondía con breves ráfagas. Anton les lanzó una granada. La explosión fue ensordecedora, pero la ametralladora siguió disparando. Los vimos acercarse de nuevo, tratando de ponerse a cubierto. El hombre mayor que estaba al lado de Anton apuntaba y disparaba de forma regular a las figuras que avanzaban gracias a la protección de la Schwarzlose. La patrulla que habíamos enviado arriba —el de la brigada Cankar que iba armado con una automática y el de Dolenje— no se habían movido de sitio y por señas me indicaron que no se había producido ninguna novedad. Envié al chico del abrigo grande a sustituir al de la automática, a quien situé en el flanco derecho con el objetivo de reforzar nuestro ataque. Me habría gustado enviar una tropa para comprobar la situación de la segunda compañía, pero necesitaba a todos los hombres y no quería exponerlos. Entre tanto, en el flanco derecho las cosas se estaban complicando. Lo más

probable es que los alemanes quisieran seguir subiendo y atacarnos desde ese lado. Pero aquel plan estaba destinado al fracaso. Y aunque la Schwarzlose continuó disparando sin descanso, nuestra posición era la más ventajosa: nosotros podíamos arrojar granadas hacia abajo, pero ellos tenían que hacer el esfuerzo de lanzarlas hacia arriba. Un alemán que se puso al descubierto un momento recibió un disparo en el cuello y otro en el pecho. Puede que le hubiese dado Mirko o quizás el minero. ¿Qué? ¿Qué había pasado? Mirko le dio la vuelta a su ayudante, me lanzó una mirada y me indicó que le habían dado en la frente. El Renacuajo corrió hacia Mirko y el hombre que yacía muerto.

El enfrentamiento duró mucho tiempo. Tres de los nuestros habían muerto, y tres o cuatro estaban heridos, uno de ellos muy grave. Eramos once. El cielo estaba gris y había niebla. Nuestra visibilidad no superaba los cuarenta metros. La temperatura rozaba los cero grados. En las copas de los árboles, soplaba el viento. Pero a ras de suelo no se notaba.

De más abajo, nos llegó el rumor de actividad; sin lugar a dudas, los alemanes habían recibido refuerzos. A nuestra derecha, los disparos parecían desplazarse hacia arriba. ¿Se estaría retirando la segunda compañía? Y a la izquierda, abajo, también se estaban produciendo movimientos. El enemigo había encontrado una manera de penetrar por aquel lado. El de la brigada Gubčev y los dos soldados de la Cankar vigilaban aquella zona. El ataque era inminente; podíamos oír los silbidos y las órdenes que gritaban los alemanes.

Por debajo de nuestra posición estallaron varias granadas que hicieron saltar por los aires varios chorros de aguanieve entre negra y grisácea. Acto seguido nos tuvimos que enfrentar a una lluvia de tierra, piedras, ramas y nieve sucia. Una bala volvió a alcanzar al croata. Anton lanzó una granada. Los alemanes estaban preparados para atacar; los vi ascender pendiente arriba en grupos de tres, o al menos eso me pareció. El minero disparaba breves ráfagas con su automática. Y Mirko hacía lo mismo. El Renacuajo se había convertido en su ayudante; desde luego, era un chico decidido. Unos cuantos alemanes se habían instalado un poco más abajo, en la pendiente, tras unas rocas que los dejaban fuera de nuestro campo de visión. Ojalá tuviese cerca un saco de granadas, buenas o malas. Todavía no había tocado la granada negra que guardaba en el bolsillo, pues lo peor estaba por llegar. Abajo, aumentó el rumor de actividad. Nos iban a aplastar. A pesar de nuestros esfuerzos, los alemanes que habían conseguido ponerse a cubierto en la pendiente de la izquierda estaban plantándonos cara con sus fusiles. Štefan, el estudiante, había muerto; lo vi agitar los brazos y caer como si alguien lo hubiese lanzado al

suelo. El taquillero, pese a su herida, trataba de arrastrarse hasta Petkošek, que seguía disparando sin descanso acompañado por el chico imberbe. Bajo aquella lluvia de proyectiles, era imposible asomar la cabeza para echar un vistazo. No obstante, pude observar al Renacuajo pasándole munición a Mirko. ¿Cómo actuar? No podía acercarme a él. Y si le gritaba, no me oiría. Lo vi completamente tendido, con la cara contra el suelo. ¿Le habrían herido? Probablemente no. De pronto, de la derecha, nos llegó una serie de estallidos atronadores. Era como si alguien hubiese lanzado varias granadas seguidas. ¿Qué estaba ocurriendo? Durante un instante tuve la sensación de que habíamos conseguido detener el ataque alemán. Había pasado algo que nos estaba beneficiando. ¿Qué? Me daba completamente igual. Lo importante era que la Schwarzlose había dejado de sonar. Aquel mortífero ra-ta-ta-ta que se repetía sin cesar me había crispado los nervios.

A unos seis o siete metros por debajo de mí, vi a un alemán que había caído de bruces. Junto a su mano derecha, medio hundido en la nieve, descansaba un Schmeisser. ¡Menuda oportunidad! La tentación me atravesó la mente… pero aquel pedazo de terreno estaba al descubierto. Desde abajo, me verían sin problemas. No me atreví a arriesgarme, pese a que podía pedir a mis hombres que me cubriesen. ¿Cómo estábamos de municiones? Me acerqué corriendo a Mirko, a cuyo lado seguía el Renacuajo. Estábamos utilizando las últimas reservas.

—Cuando se termine la munición, nos largaremos pitando. Coge el fusil de alguno de los…

Mirko me entendió perfectamente; no había querido utilizar la palabra *muerto*. A pesar de que el tiroteo había remitido, las balas seguían silbando a nuestro alrededor. Me arrastré hacia la posición de Anton. Y los últimos metros los recorrí rodando sobre mí mismo, completamente echado en el suelo. Sin querer, me golpeé con algo afilado la mano con la que sostenía el fusil. Vi que los dedos me sangraban, aunque no sentía el dolor.

Anton estaba pálido. Había perdido la gorra, y el vendaje que llevaba en la cabeza había adquirido un tono entre gris y negro. De arriba, a la izquierda, nos llegó el sonido de una ametralladora y luego el de disparos de fusil. Las detonaciones sonaban lejanas. Miré en aquella dirección. Los hombres encargados de la vigilancia, el soldado de Dolenje y el del abrigo grande, también estaban sorprendidos y se preguntaban qué estaba pasando. Ellos, sin embargo, no estaban en peligro. En el bosque, a la derecha, abrieron fuego varias armas automáticas. El hombre de la gorra de piel se puso a disparar hacia

allí, y Anton y yo tratamos de divisar hacia quién disparaba. Las cosas se estaban poniendo difíciles a nuestros pies y a la izquierda. Mirko se limitaba a lanzar ráfagas de dos o tres disparos, escogiendo con mucho cuidado su blanco. Cuando las figuras que nos habían disparado desde la derecha desaparecieron, traté de averiguar qué ocurría a la izquierda. El de la brigada Gubčev y el minero habían sido alcanzados casi al mismo tiempo. Los tres alemanes que se habían escondido tras las rocas seguían allí, a pocos pasos de nosotros. Vili disparaba su fusil sin apuntar a nadie. El de Dolenje lanzó una granada justo en el momento en que el trío salió de su escondrijo para continuar adelante. ¡No lo podría haber calculado mejor! Entonces oímos gritos que daban órdenes en alemán y la Schwarzlose volvió a disparar.

¿Era yo el que dirigía a aquellos hombres o eran ellos los que me dirigían a mí? Estábamos todos juntos, los vivos, los muertos y los heridos; seguíamos manteniendo nuestra posición. Estábamos recibiendo un curso acelerado en estrategia militar y nos sorprendía haber resistido tanto, puesto que no estábamos acostumbrados a combatir. Nadie daba muestras de inseguridad. Todos y cada uno de nosotros miraba a su alrededor, comprobaba que había otros disparando y se unía a la acción. O veía a alguien lanzar una granada y recordaba que también llevaba una en el cinturón. Los alemanes no eran invulnerables, no eran de hierro, no eran inmortales. Todo parecía indicar que no nos estábamos enfrentando a tropas de primera línea. ¿Cuántos de nosotros seguíamos sanos y salvos? Era imposible de saber. No entendía por qué no intentaban penetrar a través de nuestro flanco izquierdo para luego atacarnos por la espalda. Teniendo en cuenta todas las posibilidades, era evidente que su táctica no era tan clara e infalible. ¿O es que trataban de atacar con pequeños grupos de hombres?

En aquel momento había tantos frentes abiertos que me resultó imposible discutir nuestra posición con Anton. Leon se estremeció, miró al cielo con una expresión de sorpresa y cayó de bruces en un matorral cubierto de nieve. A su lado estaba el taquillero, que se agarraba una mejilla. Pensé que debía acercarme a ellos, pero en cuanto me moví, se produjo una enorme explosión detrás de mí. Acto seguido me cayó encima una lluvia de rocalla y recibí un violento impacto en la espalda. Más tarde llegué a la conclusión de que me había golpeado una piedra. Vi a Anton llevarse las manos a la cara y al hombre de la gorra de piel permanecer echado en el suelo, como una tortita aplastada. Vili estaba tumbado boca arriba. Tenía la cara cubierta de sangre y sus ojos, completamente abiertos, miraban sin ver hacia arriba. Anton estaba vivo, el hombre de la gorra de piel se

disponía a lanzar una granada y Vili nos había dejado para siempre.

Me encontraba en ese estado de ligera enajenación en el que algunas cosas parecen claras y evidentes, y otras, incomprensibles y misteriosas. Cuando el estrépito ensordece los oídos, pero no impide que oigamos lo que tenemos que oír. Cuando las luces y las chispas te deslumbran, pero los ojos ven lo que tienen que ver. Cuando el cuerpo es pesado e ingrávido a la vez. Cuando a un instante de intenso dolor le sigue un embotamiento de los sentidos. En rápida sucesión, el estado de ánimo experimenta emociones totalmente opuestas: la esperanza y la desesperación se alternan como la luz y la oscuridad, como el ruido y el silencio, produciendo una fuerte conmoción en las entrañas y la cabeza; una conmoción que apenas dura un instante en una larga cadena de acontecimientos suspendidos entre la eternidad y el delirio. En un momento de esperanza, me habría lanzado a los brazos de cualquiera. Y en uno de desesperación, me habría echado a llorar. Pero no lo hice. Y todas aquellas emociones se quedaron encerradas en mi interior. Si salíamos vivos, me prometí darle un abrazo al hombre mayor de la gorra de piel. Antes de aquel enfrentamiento solo había reparado en su gorra, ¡pero ahora deseaba decirle a todo el mundo lo maravilloso que era! Había olvidado por completo los rasgos del rostro de Anton. Me acerqué al taquillero. Una bala le había atravesado limpiamente la mano, que apretaba contra la pechera empapada de sangre. Parecía que no me veía; sus ojos, aterrorizados, estaban fijos en la herida. No obstante, sabía que estaba a su lado intentando ayudarle. Aunque sin vendas no era mucho lo que podía hacer por él. Cuando me dispuse a hacerle una con mi ropa, el taquillero me apartó de una sacudida, como si aquello no fuese asunto mío.

—Solo tenía dos cargadores —me dijo—. Y ahora solo me queda una bala…

Y en voz baja añadió:

—Para mí.

A pesar del estruendo de los estallidos, oí sus palabras con extraordinaria claridad. ¿O acaso le leí los labios? Cogí la mano de Leon, que todavía estaba caliente. Aunque estábamos helados y medio muertos, la suavidad de la mano de Leon me transmitió una sensación de calor. Su mata de pelo rubio descansaba en la nieve. De la herida del cuello le sobresalía una vena de la que apenas salía un hilo de sangre. Una vena importante, sin duda alguna. La nieve que lo rodeaba estaba empapada de sangre, de sangre salpicada de puntos negros.

Las cosas no ocurrieron exactamente así. Uno o dos segundos

después, volvía a estar en el suelo, disparando. Un miserable alemán, escondido tras las rocas, disparaba alegremente, pero yo tenía que ahorrar munición. Cogí otro cargador… ¿el último? No podía malgastar ni una bala. Entonces, al pensar en las enormes reservas de munición de las que disponían los alemanes para mantener aquel fuego constante, me invadió un profundo sentimiento de rabia. A la derecha, los disparos de fusil aumentaron. Lo más probable es que intentaran abrirse paso por allí. Tres o cuatro de los nuestros no podrían aguantar mucho tiempo.

¡Y ahora Mirko! Vi al Renacuajo apartando su cadáver de la ametralladora. Anton se acercó a mí acompañado del hombre de la gorra de piel. El de las piernas arqueadas se quedó en su sitio, apuntando, disparando. Petkošek y el chico imberbe intercambiaron unas palabras y me miraron. Sí, chavales, os entiendo. Pero no podemos hacerlo. Tendremos que esperar a que llegue el momento.

¿Cómo sabía yo que aquella era la mejor decisión? Me habría gustado gritar, pero nadie me habría oído. Justo entonces noté una cierta sensación de alivio al pensar que, en aquel preciso momento, no podíamos hacer nada más. Advertí que el ojo derecho se me había cerrado. Le pasé por encima la mano izquierda, le quité un pedazo de barro y recuperé la visión de los dos ojos. Por fin, el Renacuajo se las arregló para disparar con la Breda pese a no tener ayudante. Al verlo, el hombre de la gorra de piel se acercó corriendo a él. Anton se situó en mi posición anterior sin problemas. Allí estaría a cubierto. Lo vi disparar y mirarme. Sí, iniciaríamos la retirada en cuanto se presentase la oportunidad. Me palpé el bolsillo. La pequeña granada negra seguía dentro. Más abajo, los silbidos, las órdenes y gritos de los alemanes iban en aumento.

Durante cinco terribles minutos —¿o acaso fueron diez?— se sucedieron nuevos acontecimientos, violentos, arbitrarios. Acontecimientos que no podemos cambiar, sobre los que no podemos influir. Si las aguas empezasen a ascender, al principio la gente se extrañaría, pero después se acostumbraría a ello. Las cosas no ocurren por casualidad, sino por necesidad, sin causas ni consecuencias. Los hombres dejan de serlo y la naturaleza también. Los pensamientos se borran y las sensaciones desaparecen; solo la bobina de la memoria sigue girando, grabando sin saber por qué.

Los alemanes habían instalado varias ametralladoras que abrieron fuego sobre nosotros desde todas partes. Los disparos nos llegaron simultáneamente desde el flanco derecho y el izquierdo; si es que todavía podíamos calificarlos como tales. Los soldados alemanes invadieron nuestras posiciones en un instante. Ráfagas de proyectiles

volaban en todas direcciones. Los que estábamos a la izquierda nos retiramos hacia la colina, disparando desesperadamente. Uno de los de la brigada Cankar cayó. Vi al hombre de la gorra de piel arrastrando su automática. Abandonamos al Renacuajo allí, desplomado en su puesto. El joven imberbe también cayó y Petkošek dejó el puesto de inmediato. La patrulla de reconocimiento que se había quedado vigilando más arriba también estaba siendo atacada y los hombres habían iniciado la retirada. El chico del abrigo grande se lanzó rodando por la pendiente mientras el de Dolenje se arrodillaba detrás de un árbol; el fusil había caído de sus manos. Cuando vi a unos cuantos alemanes corriendo hacia arriba en mi dirección, me las arreglé para tirar de la anilla de la pequeña granada y lanzarla en el momento más oportuno. En vez de esperar para comprobar el daño causado, Anton y yo buscamos refugio detrás de un tronco caído. El hombre de la gorra de piel recibió un disparo en la espalda y se desplomó. Ahora avanzábamos hacia un valle poco profundo decididos a tomar el sendero que nos llevaría a la linde del bosque. Petkošek soltó un alarido y me volví para mirar. Se había detenido y se agarraba la zona lumbar. Lo vi caer de lado. Anton y yo retrocedimos, lo agarramos por las axilas y lo arrastramos con nosotros. Las balas nos pasaban silbando y se hundían en la tierra con un ruido sordo. Nuestra única esperanza eran nuestras piernas, siempre que el miedo no nos jugase una mala pasada. Petkošek pesaba mucho. Y aunque las piernas no le respondían, seguía consciente.

—Dejadme, dejadme… —nos dijo—. No voy a salir de esta…

El dolor lo hacía gemir. Seguimos arrastrándolo sin descanso, sin ni siquiera detenernos para facilitar el arrastre con nuestros rifles. Pero ¿cómo es que los alemanes todavía no nos habían alcanzado? La nieve estaba poco pisada y se hundía bajo el peso de nuestros pies. Cuando el sendero empezó a dibujar una curva, eché un vistazo hacia atrás. Por extraño que parezca, no vi a ningún alemán, aunque el silbido de las balas sugería que no estaban lejos y que solo nos salvaríamos si se dejaban vencer por los nervios. Intentamos que Petkošek se apoyara en uno de los rifles, pero la posición le resultaba demasiado dolorosa.

—No va a funcionar —nos dijo.

Anton sacó la manta de su mochila y la desenrolló en el acto. Colocamos a Petkošek encima y la agarramos de los costados. La operación se me hizo eterna. Petkošek nos pasó los brazos por detrás el cuello. Envolví el fusil con el borde de la manta, pero me resultó muy incómodo. Así que me eché el arma al hombro y agarré el extremo de la manta con ambas manos. Volvimos a ponernos en

marcha. No había rastro de los alemanes, aunque las balas seguían volando… ¿o me lo estaba imaginando? No, el enemigo continuaba disparando. Vimos aparecer a tres o cuatro partisanos que avanzaban corriendo. Ninguno de ellos me resultó familiar. Nos adelantaron resollando y se alejaron por el sendero, que se iba ensanchando. La nieve volvía a tener pisadas; incluso había excrementos de una mula. Una manta es sumamente incómoda para transportar a un herido. Las uñas se me estaban doblando y Petkošek gritaba de dolor. En un momento dado, movió el brazo para llevarse la mano al estómago. Le habían dado por la espalda y la bala había salido por su estómago. Anton caminaba con la boca abierta y los ojos se le saltaban debido al esfuerzo. Aquí y allá, la sangre manchaba la nieve de rojo. Pero ¿qué era aquello? Una granada italiana. La cogí y la inspeccioné.

—No tiene percutor —observé.

—¡Lánzala de una condenada vez!

La voz de Anton era extremadamente severa.

La lancé por la pendiente y, más abajo, estalló atronadoramente. Anton me miró con frialdad y trató de cerrar los labios, que se le habían secado. Por detrás, llegaron corriendo más partisanos. Los disparos de fusil no habían cesado y Anton se plantó delante de los partisanos para impedirles el paso.

—¡Deteneos y echadnos una mano! —ordenó con voz autoritaria.

Dejamos a Petkošek en manos de dos de los recién llegados, que no dijeron palabra.

—Si ves a mi hermano —me dijo Petkošek mirándome a los ojos—, cuéntale lo que ha pasado…

Estaba convencido de que íbamos a abandonarlo, cuando, en realidad, seguimos avanzando tras ellos. Nos habíamos quitado un enorme peso de encima. Me sentía ligero, como si me estuviese elevando hacia las copas de los abetos. El sendero se había ido llenando de soldados de los nuestros: unos nos adelantaban y otros se quedaban a nuestra espalda. Todos caminábamos en la misma dirección, sin saber adónde nos dirigíamos. ¿O alguien lo sabía? No reconocí a nadie; no entablamos conversación con ninguno de ellos. De pronto noté un dolor en la espalda, como si un pedazo de hierro se hubiese alojado cerca de mi columna. Como no podía inclinarme ni mantenerme erguido, caminaba en una posición intermedia. Los disparos seguían resonando detrás, no muy lejos, y no parecía que fuesen a dejarnos.

Llegamos a un cruce. El sendero nevado continuaba adelante, ancho como un camino de carros. Y un sendero todavía más ancho y lleno de pisadas, del tamaño de una carretera, se extendía a la

derecha. Dos enfermeros con un distintivo de la Cruz Roja se hicieron cargo de Petkošek.

—Dile a mi hermano… —insistió mientras se lo llevaban.

Pensé que la camisa a cuadros rojos y negros que llevaba era muy elegante y que tal vez sobreviviría. Anton y yo nos unimos a la columna de combatientes que avanzaba pendiente arriba. Por fin pude fijarme en Anton. Menudo espantajo: sin gorra, con una venda en la cabeza y arrastrando por la nieve una polaina manchada de sangre. ¿De quién sería la sangre? Advertí que él también me estaba mirando. Seguro que pensaba: «Con la buena planta que tenía… y míralo ahora: está hecho un auténtico espantajo». Muchos siglos atrás dejamos juntos una ciudad para alistarnos al ejército. Aquella noche nos habíamos acuclillado entre los setos y habíamos hablado sobre cuánto duraría la guerra.

Por fin, los disparos que nos habían estado persiguiendo desaparecieron en la distancia. ¡Atención! La experiencia nos había enseñado que cuando eso pasaba, los alemanes podían abrir fuego desde delante o por los flancos. Me quedaban dos balas, pero no tenía granadas. Seguía sin reconocer ninguna cara y seguíamos avanzando a toda velocidad hacia el mismo destino. Eran aproximadamente las tres y media de la tarde.

Sin lugar a dudas, un historiador militar podría reconstruir lo sucedido describiéndolo como un pequeño acontecimiento dentro de la campaña del ejército alemán destinada a limpiar de «chusma roja» un determinado territorio. Ese historiador dispondría de información de los dos bandos, demostraría su teoría utilizando un mapa a gran escala y establecería la fecha del enfrentamiento.

El informe del comandante de la tercera compañía no aportaría más que información sobre su propio estado, la hora indicada por su reloj y el número de bajas. Ni siquiera sabía el nombre del batallón al que pertenecía, ni la fecha de los hechos, ni el número de hombres destinados a aquellos bosques. Los nombres de los soldados y sus actuaciones heroicas pasarían inadvertidos.

Los alemanes son aficionados a la fotografía. Tal vez uno de ellos sacó un par de fotos. «Paisaje con bandido abatido». Vimos muchas fotos de este tipo cuando acabó la guerra.

¿Qué visión de la guerra debió de tener aquel pequeño insecto que lo miraba todo desde la corteza musgosa de un tronco? Y no me digáis que fue producto de mi imaginación.

¿Qué se debía de ver desde la Luna? La Tierra cubierta de niebla.

¿Desde un pasado remoto? *Plus ça change* [13] …

¿Desde un futuro lejano? Antes todo era más barato.

¿Desde los diferentes puntos de vista de filósofos que se contradicen, teóricos militares y opciones políticas? Pura cobardía.

¿Qué se iba a recordar décadas más tarde? Un dolor sordo.

Nunca conoceremos la verdad de aquel enfrentamiento.

Aquellos pensamientos ocupaban mi mente una noche de verano de 1973, en el restaurante Can Morey «The Grotte» Barbacoe Grill de El Arenal. Abierto toda la noche. Cene con ambiente musical. *Essen sie mit Musik!* Bebidas, 25 ptas. Especialidades. *Spezialitäten!*

Puede que el hombre sea una simple pompa en la espuma del tiempo, una pompa condenada a estallar sin dejar huella. Pero nadie lo ha demostrado. ¿Quién puede negar que en mi interior viven muchos hombres que murieron, que se desvanecieron en el aire? Tomemos, por ejemplo, al tipo de la gorra de piel. La imagen de ese hombre corriendo para echarle una mano al Renacuajo —el recuerdo de ese chaval todavía me persigue— está grabada dolorosamente en mi memoria. O a Vili, el músico. ¡Cuántas veces me viene a la cabeza! Dentro de mí sigue vivo y reclama mi atención. Cuántos de ellos me han acompañado a la costa española para bañarse en el mar, pasear por estas calles bulliciosas, contemplar coloridos escaparates, escuchar la música de las guitarras y tomar café en una terraza al lado de Joseph Bitter y su mujer, sin nada urgente que hacer. *Essen sie mit Musik!* Sí, puede que hubiese un insecto en aquel tronco, un insecto cuya vida no sobrepasase los límites de un pedazo de musgo, un insecto entretenido en contemplar lo que aquella gente ruidosa estaba haciendo. Los insectos no tienen ideología. Esas pobres criaturas no son capaces de distinguir una cruz gamada de una estrella de cinco puntas. No pueden saber que hubo alemanes a favor de Hitler y otros no tanto. Ni que el Frente de Liberación estaba formado por diferentes grupos. De hecho, a sus pies había miembros del partido, miembros del ala izquierda del Sokol y también intelectuales. Tampoco sabía que los insectos mueren y desaparecen, mientras que las personas se resisten a morir y desaparecer porque quieren seguir viviendo y recorrer el mundo, porque quieren navegar. No se imaginaba que las personas pueden llegar a ser violentas. Que te despiertan en mitad de la noche, hacen que te incorpores y te sacan de la cama para que los acompañes a un restaurante que no cierra por la noche, Cuevas Can Morey, donde hay música hasta el amanecer.

No hay forma de saber qué personas van a ser declaradas oficialmente inmortales y van a ser honradas con un monumento. Los faraones construyeron las pirámides y generaciones enteras de esclavos trabajaron literalmente durante toda su vida para levantarlas. En la cima de granito de una de las pirámides, uno de aquellos

gobernantes inmortales hizo que cincelaran el siguiente mensaje:

> El alma de Amenemhet es más alta que Orion
> y está unida al mundo inferior.

Los poetas y los académicos confían en «vivir eternamente en su obra».

La *Divina comedia* ha inmortalizado el nombre de Dante. Ohm, la unidad de resistencia eléctrica, toma su nombre del físico que la estudió. Y el estrecho de Bering honra al explorador que lo atravesó. Incluso en Ljubljana hay un monumento a Napoleón, mientras que los centenares de miles de soldados que murieron en sus campañas tienen que conformarse con un monumento al soldado desconocido. En Suiza levantaron una estatua en honor al sagaz San Bernardo que salvó a varias personas durante una tormenta de nieve. En cualquier lugar del mundo hay inscripciones en las lápidas. «Siempre en el recuerdo» es la frase más utilizada. En Luanda, la capital de la que en otros tiempos fue colonia africana de Portugal, Angola, vi una bonita avenida que llevaba el nombre del poeta Luís de Camões. En lo que se conocía como Congo belga, ahora Zaire, las rodillas me temblaron al contemplar el monumento a Lumumba, erigido por el hombre que lo había enviado a la muerte. El mundo está lleno de monumentos para preservar el recuerdo de las personas. En el testamento, la gente suele reservar una suma de dinero para la frase de recuerdo que aparecerá en su lápida. Las inscripciones en piedra son eternas.

Crucero vespertino a través de la bahía… Visite la catedral, la muralla de la ciudad antigua, el castillo de Bellver, la fortaleza mora… La piedra es eterna… Cañones de bronce, gigantes de piedra. En memoria de los conquistadores. Y de los poetas, claro. Ahí hay un conquistador de anchas espaldas con una cruz y una espada. Y a su lado un poeta delgado que parece estar pensando. Ambos tienen la mirada perdida en el mar, en la eternidad.

Conejo a la brasa, por favor.

A bordo les serán servidas galletas con moscatel. ¡No olviden su máquina de retratar!

Un camarero con el magnífico nombre de Serafín me aclaró por qué en España no había partidos políticos:

—Mire lo que ocurre en Inglaterra, siempre hay conflictos, siempre sufren crisis provocadas por el sistema multipartidista. Aquí no pasa eso.

Algo parecido me había dicho el conductor de un taxi que me cobró, por un trayecto de quince kilómetros, lo mismo que en nuestro país nos cobrarían por un tramo de quinientos metros para ir a la estación de tren. Me pregunto si, para pasar el rato, vale la pena que me interese por la situación política española. Nunca olvidaré las palabras que me dirigió Anton al final de aquella terrible retirada. Tras pensarlo con cuidado, me dijo: «Para poder hablar de España y los españoles hay que haber vivido allí unos cuantos años».

… *Un recuerdo imborrable…*

Sucedió poco antes de su muerte.

Continuamos avanzando con dificultad. Dios sabe qué pensamientos cruzaron nuestras mentes durante aquellos momentos.

Caminábamos pesadamente por aquel sendero cubierto de nieve que se iba ensanchando. El enemigo se había quedado lejos, muy atrás. Aunque era imposible predecir cuándo nos saldría al encuentro de nuevo.

Los alemanes habían llegado a Stalingrado, pero no habían pasado de allí. Eso es lo que nos repetimos una y otra vez durante el curso de aquella operación.

Hay quien afirma que la vida es una batalla. Un viejo partisano me dijo una vez: «La vida es un eterno sacrificio». Pero también he oído y he visto escrito en una esquela: «Llegó al final de su viaje».

Cada vez avanzábamos de forma más desordenada. En cuanto empezamos a sentirnos seguros, nos atacó el hambre; un hambre salvaje que nos nublaba la vista. Por algo decimos «tengo un hambre que no veo».

No sé cómo, logramos colocarnos en fila india y de ese modo pusimos fin a los adelantamientos y evitamos que algunos hombres se quedasen rezagados. De la columna no nos llegaba ninguna orden; no sabíamos quién decidía la ruta. ¡En el ejército no se hacen preguntas!

Reparé, no sin cierta envidia, en un soldado que caminaba por delante de mí y que cargaba al hombro una metralleta ligera. Nosotros habíamos perdido la nuestra y también una parte importante de nuestro equipo. Anton y yo correríamos un tupido velo al respecto. Ahí estábamos los dos, el comandante y el comisario político. Pero ¿qué había sido de nuestra unidad? Los capitanes habían logrado escapar de la nave que se hundía, pero la tripulación había acabado en el fondo del mar con ella. Culpemos a esos cerdos alemanes. ¿Cuántos hombres, sanos y salvos, continuaban andando en aquella columna cuando yo había perdido a los míos? Seguí andando en silencio. ¿Deberíamos habernos retirado cuando aún estábamos a tiempo de hacerlo? Estúpido, ¡en el ejército no se hacen preguntas! Mira,

Blancanieves está cocinando para los trabajadores enanitos. Ve a por tu ración, ponte a la cola, te vamos a ofrecer un buen cucharón para que vayas tirando. Una vez lo hayas engullido, el calor volverá a recorrer tus venas. No puedes esperar, ¿verdad? Algo viajará de la boca a los intestinos, nada extraordinario sucederá y, no obstante, el mundo entero se transformará. ¿Por qué no se mueven esos holgazanes que tienes delante? Te están cerrando el paso, ¿a que sí? Pero ahora que estás en la cola no se te ocurre pensar que estás cerrándole el paso a alguien de detrás. Te zamparías la olla entera, ¿eh? Qué ración más roñosa te ha servido esa asquerosa, esa agarrada Blancanieves. Y ahora siéntate, siéntate donde sea; la esencia del universo está en tus sucias manos. ¿Qué harías si alguien quisiera quitarte tu comida, el sustento de vida? Mira, el tipo que tienes al lado acaba de sorber la última gota de ese potingue marrón y se ha quedado con hambre. ¡Venga! ¡Dale tu ración! ¡Dile que te duele la barriga y que no te apetece comer! ¡Será divertido! Él no se opondrá. Cogerá tu ración sin abrir la boca, sin ni siquiera darte las gracias. ¿Por qué tendría que dártelas? ¿No quieres comer? ¿No puedes? ¡Va, fanfarrón, engulle y calla! ¡Cómetelo todo, glotón sinvergüenza! Y no mires a nadie a los ojos, porque te toparás con la superficie donde reside ese gusano desnudo, envuelto en tejido humano, que responde al nombre de hambre. No sabes cómo funciona, pero sabes que por encima viene la piel, la ropa y una maraña de principios. ¿Lo ves? Un par de cucharadas y volvemos a hablar de principios.

Volvimos a ponernos en marcha sin que se hubiese oído ni una palabra de agradecimiento. Simplemente nos pusimos en marcha. Acurrúcate dentro de tu caparazón y avanza como si no hubiera pasado nada. Ni por un instante te acuerdas de que alguien debió de organizar el servicio de cocina, de que alguien tuvo que preparar la comida. ¿Qué más te da cómo consiguió sobrevivir aquel día o de dónde sacó la leña para hacer fuego? Al fin y al cabo, alguien tiene que recogerla, porque la nieve no arde. ¿Recuerdas la cara del cocinero? ¿Recuerdas si tenía cara?

No, no, fue un espejismo; un deseo, un delirio, un sueño.

Los disparos estaban lejos, el hambre ya no te roía el cuerpo y habías fumado. Ahora, por supuesto, era cuando advertías el cansancio. Te gustaría echarte junto a una estufa, ¿verdad? Puede que entonces empezases a pensar en mujeres… sí, el deseo se alimenta del deseo satisfecho. César quiso convertirse en emperador, pero lo asesinaron antes de conseguirlo. Por eso Napoleón, más previsor, se rodeó de policía y guardias.

Inesperadamente, a través de la columna llegó una orden:

—¡Alto!

Así pues, ¿formábamos parte de una unidad? Alguien nos dirigía, alguien sabía adónde íbamos. Le pasé la orden a Anton, que avanzaba a mis espaldas. Él también hizo una mueca, se detuvo y miró hacia delante, hacia algún sitio lejano. Me costó reconocer su rostro; aparte de las ojeras, su palidez era absoluta. El vendaje negruzco de la cabeza hacía juego con las sombras que le rodeaban los ojos, ahora hundidos en las órbitas.

«Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas», nos enseña el Antiguo Testamento. No estoy de acuerdo: en ocasiones uno debe enfurecerse consigo mismo y con el resto del mundo para sobrevivir. ¿La civilización del siglo XX? ¡Heil Hitler! El hecho de que estuviésemos avanzando por aquel monte interminable era la culminación de miles y miles de años de desarrollo de nuestra civilización, ¡no debemos olvidarlo! ¡Dejemos de complacer a esos advenedizos que dicen representarla! ¡Dejemos de repetirles a los niños y a los ignorantes que el hombre es el más alto ejemplo de la creación! ¡Destruyamos a los ídolos! Nuestros derechos aumentan porque podemos perderlo todo en cualquier momento. ¿La vida? ¡Explicadme qué es la vida, profetas! Hemos visto huesos humanos, carne desgarrada, venas abiertas, cadáveres, matanzas; hemos matado y nos han matado, aunque no por razones de canibalismo; hemos caminado sin cesar, ¡pero no hemos encontrado vida en ningún sitio! ¿Acaso deberíamos quejarnos, gemir, gruñir, sollozar, lamentarnos, suspirar? ¿Acaso deberíamos maldecir, rezar, apretar los dientes? ¿Homenajear a los fantasmas del paraíso perdido? No. «¡Al garete!», debería ser nuestro lema. Al garete el mundo y todos aquellos que lo habitan, incluidos nosotros. Se trata de una actitud defendida en el pasado por algunas personas, aunque la mayoría consiguió enterrarla en los cimientos o monumentos de su cultura, de modo que las nuevas generaciones tuviesen que pensárselo dos veces antes de cuestionar a sus dioses. Generaciones enteras de intelectuales eslovenos se arrastraron devotamente ante el consejero secreto Wolfgang Goethe, que vigiló de cerca la actividad de los soldados alemanes sin que ello se reflejara en ninguno de sus escritos. El crepúsculo de Goethe en vez de el crepúsculo de los Dioses. Generaciones enteras viajaron a Viena, disfrutaron de la capital, bebieron en los locales más caros y se impregnaron del enérgico espíritu de la cultura alemana. En Austria, los eslovenos eran admirados por su escrupulosidad como oficiales, gendarmes y financieros. Los «Janez del Kranj» formaban, junto con los bosnios, las mejores tropas de asalto. Con el estómago lleno de ron, eran capaces de lanzarse a la batalla en nombre de «la fe, la patria y el

emperador». El cura de Kranj y la viuda de un alcalde liberal velaban por el alma nacional. ¡Ah, eslovenos! ¡Pueblo leal! Luego llegó la primera metedura de pata mundial, seguida del combate en Belgrado para decidir quién estaba mejor preparado para defender, claro está, el interés nacional: el clericalismo o el liberalismo. Y siguió el silbido de las porras de goma cerniéndose sobre la espalda de los insolentes estudiantes de Ljubljana y la dulce melodía dedicada al Partido Nacional Yugoslavo y a la Unión Radical Yugoslava, caldo de cultivo de los cuerpos de guardias que surgieron durante la ocupación alemana, la Guardia Azul y la Guardia Blanca. ¡No hay nada más sistemático que el culo que ocupa un puesto elevado! Y, no obstante, dieron al traste con todo. Aquel a quien la mierda le llega a los tobillos, acaba hundiéndose en ella hasta las rodillas, el ombligo y el cuello; siempre sucede lo mismo. El ocupante, el que maneja los hilos de la política, se encargará de ello. Y así, los poderosos reciben condecoraciones y títulos, mientras que alguien como Hinko Smrekar, el dibujante, recibe una bala en un campo de grava. Así, un clérigo pendenciero pronuncia sermones anticomunistas con un revólver en el cinto, mientras que alguien como France Finžgar —también clérigo— aparece en una la lista de rehenes. Así, el obispo Rožman bendice las armas alemanas, mientras que a los profesores de universidad los envían a Dachau. Los soplones denuncian a los nuestros y los nuestros les disparan en las calles de Ljubljana. Que tiemblen los culos eslovenos; cuanto más gordos, mejor. Puede que, en el fondo, la guerra no sea tan mala; si no tuviésemos que andar tanto…

Se hizo de noche, pero seguimos avanzando. Vamos a recorrer todos los caminos del mundo en el transcurso de una vida. Viaje alrededor del mundo en ochenta días. Tao Te Ching y la doctrina de la senda correcta. La Odisea. Los viajes de Gulliver. A través del desierto y de la selva. Viaje al fin de la noche. Tras los pasos de Cristo. Viaje sentimental. El camino de regreso. Karl May. En las montañas de los Balcanes. El camino de Gager. Bajo un sol sin dueño. Gengis Khan. Anábasis. Los hijos del Capitán Grant. Expediciones al Polo Norte y al Polo Sur. A través del desierto de Gobi. Los viajes de los conquistadores. Los viajes del capitán Cook. Los Argonautas. El jinete de Poe camino de El Dorado. Él se topó con la sombra de un peregrino; nosotros no nos topamos con nadie.

Entrada la noche, nos detuvimos a descansar en el bosque. Anton me pasó un puñado de cartuchos, pero no le pregunté de dónde los había sacado. Le di una gorra con la estrella, pero no le conté que la había encontrado junto al camino nevado y me la había guardado en la chaqueta. Yo cargué mi fusil y él se cubrió la cabeza. Volvíamos a

ser soldados.

No tardamos mucho en emprender de nuevo la marcha.

Por el momento, los que encabezaban la columna no habían caído en ninguna emboscada alemana. Retrocedimos y luego continuamos adelante. Cuando Dante y Virgilio llegaron al Purgatorio y al Infierno, las almas de los difuntos los esperaban tumbadas o sentadas en círculo. También nosotros avanzábamos en círculo. Dante y Virgilio se sentaron en el centro con la mirada perdida en la eternidad. Y después de la guerra, yo solía echarme en una hamaca colgada entre dos árboles para observar a los gansos yendo y viniendo del riachuelo.

Así pues, nuestros intelectuales se instalaban en un café del centro de Ljubljana y pontificaban sobre Thomas Mann, Goethe y el panteísmo, mientras yo navegaba en una pequeña embarcación por el Bósforo, de Estambul a Üsküdar, pensando que iba pasar de un continente a otro. Más adelante, fui a Alejandría a escuchar los gritos de los camelleros. Estuve tentado de viajar a París. Subí por el sinuoso Sena hasta la población de Poissy. Bebí café en El Cairo. Y en Casablanca encontré a la mejor puta del mundo. En Brasil se me enmohecieron los zapatos y la bolsa de viaje. En la Sabana me quedé sin cigarrillos. En España me fue bastante bien; me compré una camisa de seda de mangas anchas. Una tarde, me perdí en las montañas de Creta y creí estar viendo una aparición de la antigua Grecia cuando un viejo pastor se puso a tocar una delgada flauta. Comimos cordero asado. De Venecia regresé a Ljubljana. Los funcionarios seguían sentados en los despachos ministeriales, la policía montada seguía persiguiendo a los estudiantes, los niños se aprendían de memoria el *Prometeo* de Goethe y los intelectuales se instalaban en un café del centro de la ciudad y pontificaban sobre Thomas Mann, Goethe y el panteísmo. Un pintor borracho fue la única persona en la que me sentí capaz de confiar. A él le hablé de mis vagabundeos y mi falta de dinero. El pintor me creyó, o al menos fingió hacerlo. Pero cuando le describí la belleza de la puta, se puso furioso y me aseguró que conocía muy bien a las mujeres y que no era posible encontrar una mujer como aquella.

Ahora que lo pienso, andar es lo más esencial de nuestra existencia. Venimos al mundo, recorremos el camino de la vida y luego nos vamos. Afirmamos que hay quien llega muy lejos y quien no llega a ninguna parte. Y a unos y otros les deseamos un feliz paseo por la vida.

Durante aquella marcha descubrí los encantos de caminar de noche. Crees que no aguantarás, pero duermes mientras andas. Te envuelve una suave oscuridad solo interrumpida por intermitentes

ráfagas de luz. Tus piernas y tu cuerpo entero se hunden en el abismo azul del olvido. Aquella puta no era en realidad una puta; durante un tiempo me mantuvo a mí y también a Jorge, un brasileño a quien yo llamaba Jur. ¡Menuda vida! A mí me mantenía porque le caía bien y a Jorge, por compasión. A otros los aceptaba a cambio de regalos o dinero. Había un tendero a quien le restringía el acceso; solo le permitía palparle el culo por debajo de la falda, nada más que eso. No llegué a saber su nombre, pero ¡Jesús, qué culo tenía! Siempre he sentido debilidad por esa parte del cuerpo femenino. Aunque no descubrí por qué hasta que la conocí. Sin embargo, en los cien años que han pasado desde entonces, no he vuelto a encontrar a otra mujer que se le parezca. Tal vez tengan que pasar cien mil años más. O un millón. Y no me refiero exclusivamente a su cuerpo, que era perfecto mirases por donde mirases: las piernas, los muslos, las nalgas firmes y bien torneadas; unas nalgas sobre las que podías dejar una cajetilla de cerillas sin miedo a que cayese. Sus caderas, ni anchas ni estrechas, formaban dos largas y extraordinarias curvas cuyas líneas convergían en la invisible y tensa calidez de la entrepierna. Cuando una mujer así avanza por la calle, las demás mujeres palidecen tras su sombra y el deseo arde en el interior de los hombres pese a no saber exactamente qué es lo que quieren. No conocen la suavidad ni la tersura de su piel, el eco con que resuena un beso en ese cuerpo de bandera, el peso y la firmeza de su carne en tus manos. La sensación es maravillosa, pero más vale que los hombres no la conozcan. A todo ello hay que añadir la delicadeza de la piel de la parte interna de los muslos, el vello que asoma por debajo de las nalgas y el que se extiende por debajo de un magnífico vientre plano, la espalda, unos pechos soberbios que escapan a cualquier intento de descripción, que se balancean y no se miran, con pezones como colillas. Bastaba con tocar el hueco de la parte posterior de sus rodillas para sentir una descarga eléctrica en el estómago. Y aún quedan tres cosas que nunca podré borrar de mi memoria: que siempre llevaba vestidos cortos de seda, que no se ponía nada debajo y, lo más sorprendente de todo, que no era consciente de lo extraordinaria que era. No se daba cuenta de que ninguna Miss Universo le llegaba a la suela del zapato. Vivía con una mujer mayor, bereber y lesbiana, que la amaba con devoción. En lugar de puerta, la casa de pequeñas ventanas donde vivía tenía una vieja cortina grasienta. Nunca le forzaron la entrada, pues la casa siempre estaba abierta. Era vida en estado puro, en estado natural, siempre en movimiento; dulce, pero abocada a la ruina. De hecho, en vez de cerebro tenía el hueso duro de un mango. Cuando compras un mango, compras el hueso que lleva dentro y luego lo tiras a la basura, donde

no germinará. Era buena como el pan, aunque no sabía hacer la *o* con un canuto. Pero ¿acaso te sentirías mejor acompañado de una mente privilegiada? No, no están ni a la altura de un pedazo de la piel del mango. Y en realidad tampoco saben tanto. Cada vez que me acercaba a aquella belleza, era suficiente con propiciar el contacto, pues ella se encargaba de todo: de balancearse, de empujar, de temblar, de meter hasta el fondo la boca, de mantener siempre el ritmo. A pesar de que provenía de una región musulmana, no se depilaba. Tras dejarme completamente agotado, solíamos quedarnos tendidos, unidos en un perfecto abrazo que suprimía cualquier tipo de barrera mental o cultural. Nada podrá superar aquella experiencia. Cuando, al cabo de un rato, volvía a oír el agua que continuamente salpicaba el patio, era consciente de que todos mis sentidos funcionaban y de que la magia había acabado.

Regresé a Ljubljana y en una cafetería me encontré con un grupo de personas bien vestidas que permanecían sentadas mientras una de ellas recitaba el himno panteísta de Goethe:

> Sobre todas las cumbres reina la calma,
> en todas las cimas de los árboles
> apenas percibes una respiración.
>
> Los pajarillos están silenciosos en el bosque,
> aguarda, ¡solo aguarda!,
> pronto tú también descansarás en paz.

El ingenio burlón de los estudiantes había transformado la última estrofa así:

> Los pobres follan en el bosque,
> aguarda, ¡solo aguarda!,
> pronto tú también follarás.

¿Y a quién iba a entretener con las anécdotas sobre mi Venus de hermosas nalgas? ¿Con quién iba a poder hablar en mi ciudad natal? ¿Con mis magnánimos parientes? ¿Con los encargados de difundir chismorreos y escándalos? ¿Con los directores generales de bancos, aseguradoras y grandes empresas? ¿Con los funcionarios del ayuntamiento? ¿Con los subordinados episcopales? ¿Con los escépticos que todavía no creen que la Tierra es redonda? ¿Con la mujer que no se atrevió a acompañarme a bailar por lo que la gente pudiera decir? ¿Con los escoltas, los del Sokol, los de izquierdas? Como mínimo,

aquel pintor me confirmó que, en París, todo el mundo coincidía en que un culo con forma de pera era más bonito que uno con forma de manzana. Y punto.

En Ljubljana todo eran túneles, trampas mortales tendidas por los intelectuales, pretensión y oscurantismo. Esa, al menos, era la impresión que me hacía mientras deambulaba entre rostros, objetos y casas escuchando un suave pero incompresible murmullo en mi propia lengua. Yo estaba acostumbrado a dirigirme a Jorge y a ella en una mezcla de palabras y sonidos en portugués, francés, español, italiano e inglés. En una piscina de Ljubljana (la antigua Kolezija) entablé conversación con dos americanas y enseguida reparé en mi pobre dominio del inglés. Había traído conmigo un par de calcetines rojos que había comprado en algún sitio. ¡Menuda conmoción! ¡Un hombre con calcetines rojos! De París conservaba los zapatos amarillos que me había regalado un chico que vivía en una buhardilla del bulevar de Clichy. Y aquellos zapatos despertaron el odio tanto de los liberales como de los clericales y los panteístas humanistas. Los primeros no habrían tenido ningún problema en atarme con un alambre y lanzarme al Sava acusado de traicionar a los Sokol. Los segundos me habrían sometido a una ligera descarga eléctrica en San Ulric para luego degollarme bajo el viejo tilo eslavo del patio. Los terceros se habían acercado a mí y también estaban allí, avanzando a través del bosque. Con quien me sentía mejor era con aquellos silenciosos combatientes; caíamos juntos, marchábamos juntos y no perdíamos los estribos.

Cuando alcanzamos la siguiente emboscada, llegó una orden:

—¡Ametralladores! ¡Al frente!

El enfrentamiento duró bastante. A continuación, tomamos un nuevo sendero a través de la nieve. Anton se me había pegado como una lapa. Y lo cierto es que yo tampoco quería separarme de él. Solo nosotros sabíamos lo que había ocurrido el día anterior. Y solo nosotros podíamos decidir mantener el silencio.

Llegó un punto en que no sabíamos diferenciar el este del oeste, el norte del sur. La máxima de los escoltas según la cual el musgo crece en la parte de los troncos que da al norte, es una patraña. El sol, la luna y las estrellas habían desaparecido. El calendario había muerto y no sabíamos en qué día estábamos. Solo funcionaba mi reloj de muñeca, pero no me importaba saber la hora. Ya no calculábamos las distancias en kilómetros, sino en pasos. No teníamos nombres, pues nuestros rostros se habían vuelto irreconocibles. Habíamos perdido cualquier seña de identidad, incluso la ropa era toda igual. Los opuestos grande y pequeño, gordo y delgado, rico y pobre, sano y

enfermo, guapo y feo, fuerte y débil, inteligente y estúpido, peludo y calvo, joven y viejo, hombre y mujer, se habían vaciado de significado. Ya no había rasgos de carácter; la amabilidad, la irritabilidad, la melancolía, la discreción, la provocación, la tristeza y la locuacidad habían quedado anuladas. Las tallas del calzado y de las camisas, las direcciones, los certificados académicos, los pasaportes, los documentos de identidad, los permisos de navegación no tenían ninguna importancia. Habíamos olvidado a nuestros mayores y a nuestros hijos, a nuestros hermanos y hermanas, las habitaciones de las casas en las que vivíamos o a las que solíamos entrar. Habíamos olvidado que en el mundo hay barrios, carreteras, vías, lagos y mares. No estábamos completamente muertos, pero tampoco vivos. Ya no creíamos que en algún lugar del pasado hubiese un paraíso perdido ni que, tal vez, la salvación nos aguardase en el futuro, aquí en la tierra o en el otro mundo. Además, la esperanza de lograr nuestro objetivo se iba apagando y era cada vez más infrecuente. La necesidad de saber por dónde romperíamos el cerco perdió todo sentido.

En un momento dado, al sentarme para descansar junto al sendero, el desagradable hedor que despedía mi propio cuerpo me dio de frente en la cara. Cuando fumaba, tenía que sostener el cigarrillo con la mano izquierda, puesto que la derecha, todavía cubierta con aquella venda mugrienta, debía de estar ulcerada. La mano apestaba más que la pútrida herida de la mula, la bazofia que habíamos comido y el cadáver del animal, todo junto. Sumido en mi propio hedor, me acometió la insufrible fetidez de mi entrepierna y posiblemente también de las axilas. Y aunque estaba resfriado, el hecho de tener la nariz tapada no me ofrecía ninguna protección. El olor más nauseabundo provenía del trapo que utilizaba para sonarme la nariz; un trapo imposible de reconocer como pañuelo. Tenía los dedos de los pies tan entumecidos que ni siquiera los notaba. Y en la espalda era como si tuviese una hoguera cuyo ardor se intensificaba con cualquier movimiento. Todavía podía sentarme, pero levantarme no era tan fácil. Tenía que hacer grandes esfuerzos para superar la resistencia natural de mi cuerpo y reunir todas las reservas de voluntad que me quedaban, voluntad que se había desmoronado en un desalentador estado de depresión. A continuación, sentía fuertes pinchazos en las articulaciones, como si me estuvieran desgarrando. Y el dolor en las piernas era tanto que para incorporarme en forma de interrogante sufría varios espasmos. Solo cuando volvíamos a emprender la marcha, en el estado de semilucidez que me embargaba antes de volver a perder la consciencia, caía en la cuenta de lo que estaba sufriendo. Me había olvidado de Anton e incluso de mí mismo; una

especie de onda extrasensorial era lo único que me unía a ese alguien o algo que tenía delante y a ese alguien o algo que tenía detrás. En ocasiones tenía la sensación de estar moviéndome o flotando en una ola, o deslizándome en contra de mi voluntad a través de una lluvia de chispas en medio de la más absoluta oscuridad; y en otras, oía un interminable sonido parecido al crujido de una puerta que no se termina de abrir. Tenía la boca seca, áspera, sin una gota de saliva; y los labios cubiertos de llagas. Alrededor de la nariz, la piel estaba inflamada y me escocía. Aquella tortura era simultánea y sucesiva: cuanto más irritada tenía la piel, menos me dolía la cabeza, pero más me molestaban los ojos. Veía puntos y destellos que se perseguían hasta hundirse en el fluido ocular. Y así, a ciegas, me ahogaba en el caos del vacío. Hasta que aquel estado cedía y mis ojos se recuperaban.

No sé si todo aquello tuvo lugar en una sola noche o si pasó un día entero y volvió a anochecer. Recuerdo que en un determinado momento casi me muero de miedo. Habíamos caído en una emboscada y nos estaban disparando. Pero el ruido de los proyectiles no consiguió despertarme ni a mí ni a mi instinto de supervivencia. De hecho, el enfrentamiento tuvo lugar a mis espaldas, a cierta distancia de mí. Y yo me limité a seguir avanzando con la columna. ¿Por qué no había empuñado el fusil que llevaba al hombro?

Caí en un nuevo estado de coma… y luego me estremecí. ¿Por qué exactamente estaba asustado? Los disparos habían cesado, ¿verdad que sí? Una vez más, me deslicé en el vacío… hasta que de repente llegamos a una bonita aldea… imaginaos, en un bosque como aquel, casas de una y dos plantas, verdaderas mansiones… sonaba la música… se celebraba una fiesta… era carnaval… la gente bailaba… confeti de todos los colores volaba por el aire… qué imagen más bonita… nubes enteras de confeti… confeti amarillo, rojo, verde, azul, blanco y también dorado… el hombre que tenía delante también lo veía… a medida que avanzábamos por aquella ancha avenida que atravesaba la feliz aldea… En las ventanas iluminadas no se distinguía a nadie… pero no era de extrañar, puesto que todo el mundo estaba en el baile… Bueno, entremos en una de las casas… ¿Qué significa esto? ¿Quién nos dirige hacia adelante? ¿Por qué dejamos atrás la fachada de ese magnífico palacio? Me resisto, no quiero seguir avanzando, pero, desde atrás, alguien me empuja por la espalda y me golpea donde más duele… me gustaría darme la vuelta y decirle lo que pienso… que no estoy dispuesto a desperdiciar una ocasión como esta… que no voy a pasar de largo como si todo aquello no existiera… ¡Eso demuestra la clase de líderes que tenemos! ¡Y eso que afirman

que van a acabar con la explotación! De acuerdo, si los demás vais a continuar, yo también lo haré… Pero no lo olvidaré… Al salir de la aldea, al salir de la aldea, alguien dice… ¡Menuda aldea! ¡Dónde se ha visto una aldea con mansiones y palacios… con estupendas orquestas… y excelentes instrumentos de cuerda!

De un modo u otro salimos de la aldea… y regresamos al bosque… a un sendero ancho que atravesaba el bosque… Allí había troicas con cascabeles… y un coro de cosacos cantando… ¿y esos bajos?… seguro que es el Coro Don Cossack de Serge Jaroff… Es una lástima que estén tan lejos… por detrás de nosotros o tal vez por delante, a bordo de las troicas… ¿De dónde han salido estos rusos? ¿Forman parte de la «emigración blanca»? ¿Cómo es posible? En el ejército no se hacen preguntas. Es asunto de los políticos… No se puede negar que son unos auténticos artistas… y esas voces de bajo que suenan como las notas de un órgano…

El bosque entero estaba inundado de música… pero resultaba imposible distinguir a un grupo de otro… aquello era absurdo… Tocaban de oído, en la oscuridad, sin partitura… Había templetes, pero entre ellos no se llevaban bien… Menudo estruendo… Sigamos adelante… basta ya de jaleo… es una pena que no se pongan de acuerdo.

¿Había oído un estallido? Por eso la música se ha detenido… se han asustado… los músicos tienen miedo de que los alemanes los encuentren aquí, en el bosque… miedo de que piensen que están tocando para nosotros… Porque si fuese así los cercarían y los enviarían a un campo de concentración… Si empezamos a disparar ahora, puede que le demos a algún músico… Pero, sin lugar a dudas, alguien debe de haberlo pensado… puesto que nos apartamos y seguimos andando… No, este no es el camino adecuado. Debemos volver atrás, hasta la aldea y después… no pensar en lo que vendrá después… Al fin y al cabo, está decidido de antemano.

Otro descanso. ¿Habremos conseguido superar el cerco? Prohibido hacer fuego. La raíz de un magnífico abeto, frondoso y de tronco grueso, sobresale de la tierra formando un hueco perfecto para sentarse. Prohibido, bajo pena de muerte, hacer fuego. ¿Quién está tocando la guitarra? La melodía me resulta familiar, conozco su ritmo… Claro, es un minué… Escuchándolo, uno puede descansar y trasladarse a otro tiempo, a otras dimensiones de este mundo verde. ¿Acaso estoy sentado en la nieve? Sí, en la nieve. La quito como puedo, y al tratar de estirarme para arrancar una rama del tronco, caigo sentado en el regazo de este árbol que tan amablemente me ha recibido. No puedo ponerme derecho. Me pondré de puntillas, quizás

así lo consiga. Todo es cuestión de voluntad y de técnica. Estoy completamente solo bajo este denso ramaje. Veo algunas siluetas junto al árbol, a la izquierda; también por delante, por detrás y a mi derecha. ¿Cuándo nos dispersamos por el bosque? ¿Quién toca tan bien la guitarra? Es increíble lo bien que toca. Se trata de un minué en la mayor. En cualquier momento recordaré el nombre del compositor. ¡Qué casualidad! ¡Pero si es una de mis obras preferidas! Me imagino a mí mismo moviéndome al ritmo de la melodía, muy lentamente, por supuesto, porque de lo contrario no podría soportar el dolor de la espalda. El caso es que no tengo ninguna prisa. Preparo un lecho donde tenderme cómodamente, igual que hacíamos cuando salíamos de excursión a los bosques de Kočevje, cuando íbamos hacia el mar a través de valles y montañas siguiendo las indicaciones de un mapa. Recuerdo que es un apellido bastante corto… y que tiene una *o*… sol, col, ron… sor… Sí, eso es: Sor. Así se apellida el músico español que compuso el minué. Lo más seguro es que Anton esté debajo de otro árbol, no muy lejos. Pero ahora no es momento de charlas. Bastante tengo ya con poner en orden esta casa. La gorra de piel sigue en el petate; me vendrá muy bien una vez me haya instalado. Por debajo de las ramas más bajas sobresalían ramitas secas desprovistas de vida por culpa de las de arriba. Arranqué unas cuantas, algunas apenas más largas que un mondadientes, y las deposité junto a aquel lecho improvisado. Tenía tiempo de sobra.

Apoyé en el tronco la manta, que seguía enrollada, y poco a poco me fui hundiendo en aquella especie de nido. La inclinación del tronco resultó ser la más adecuada para poder recostar en él la parte superior de mi cuerpo. Coloqué el petate a un lado y el fusil al otro, estiré las piernas, deposité las ramitas en el medio, me chupé un dedo y lo sostuve en el aire. De la derecha me llegaba una ligera brisa. Y en aquella dirección construí un pequeño túnel de nieve. Acto seguido, flexioné las rodillas y empecé a levantar una pirámide con las ramitas, una pirámide que encajase entre las palmas de mis manos. Aunque no había visto a nadie encenderse un cigarro, sí distinguí el centelleo de varias teas. Cogí las cerillas y, entornando las manos con cuidado, traté de acercar el fósforo a la zona más seca de la cajetilla. Después llevé la cerilla encendida a la pirámide de ramitas, donde empezó a arder una pequeña llama. La protegí con ambas manos y soplé en dirección al túnel. El calor que despedía era tan débil que apenas quemaba. No obstante, el hecho de tener mi propio fuego hizo que me estremeciera de placer. Los griegos antiguos creían que en el fuego vivían seres especiales. Prometeo les robó el fuego a los dioses y yo había encendido una diminuta hoguera en contra de las más estrictas

órdenes. Pero aquel estremecimiento de placer, que avanzó tan rápido como el dolor por mis brazos y se posó en mi nuca, me impidió seguir pensando en aquellas estupideces. Por una sensación tan intensa como aquella vale la pena morir, y también seguir con vida… por qué molestarse en pensar, en usar la imaginación… cuando lo único que hace falta es ese estado de satisfacción… Poco a poco fui añadiendo ramitas a la pirámide: ni muchas, para que la llama no se hiciese demasiado grande; ni pocas, para evitar que se apagase. Una voluta de humo tibio ascendió entre mis manos y me alcanzó el rostro. Si en aquel momento me hubiese puesto a pensar, lo habría estropeado todo. También mis muslos empezaron a notar el calor proveniente de la tierra… Se trataba de una llama tan pequeña que apenas sobresalía por debajo de mis manos, y, sin embargo, lo había transformado todo con sus ráfagas de bienestar y aquel calor generoso cada vez más envolvente. Entonces me acordé de Anton. Qué lástima que no estuviese aquí, que no pudiese disfrutar de esta sensación… Era evidente que estaba recuperando la conciencia y eso era una buena señal… Sentados junto a un fuego, los hombres dejan de ser hoscos y huraños como los escarabajos. Un deseo da pie a otro deseo; los deseos satisfechos hacen surgir nuevos e imposibles deseos. Pero yo todavía estaba muy lejos de alcanzar ese estado.

Durante aquel intervalo de tiempo indeterminado, conseguí reponerme por completo.

Me quité una bota, vacié el agua que se había acumulado dentro y la puse al lado del fuego, colocando la abertura hacia la llama. ¡Venga! ¡Sécate! ¡Aprovecha el calor! Luego me quité el calcetín, que estaba empapado, lo escurrí y lo deposité al lado de la bota. Acto seguido me masajeé la piel arrugada del pie, rasqué la suciedad grasienta y negruzca que se había formado entre los dedos, me lavé el pie con la nieve y lo acerqué al fuego para que el calor fuese secándome los dedos, la planta y el talón. A continuación, apoyé el pie sobre la bota y me ocupé del segundo. Cuando ambos pies estuvieron secos, saqué la gorra de piel del petate, le di la vuelta, de modo que el forro negro de seda quedara en la parte de fuera, y metí los pies descalzos, que quedaron envueltos en aquella piel suave. Me estremecí de placer. De hecho, dicen que un placer intenso puede provocar un ataque al corazón.

Y así, continué con el plan que fui elaborando sobre la marcha. Sequé mi tazón, que estaba mugriento, me quité el trapo con el que me había vendado la mano y limpié la herida de pus y piojos. Los piojos se habían acumulado formando un círculo negruzco. Arranqué un pedazo de corteza del tronco y la apliqué sobre la carne escamosa,

arrugada y mordisqueada. Luego volví a vendarme la mano con el único pañuelo que tenía, un pañuelo mugriento y lleno de mocos que al menos estaba seco. Froté con nieve la «venda» antigua y después también la sequé.

Aún no había tenido tiempo de acostumbrarme a aquellas inusuales comodidades cuando empezaron a asaltarme los inconvenientes de la situación: los piojos me atacaron sin piedad, especialmente en la parte interior de las piernas, donde se notaba más el calor. Luego el picor se extendió al pecho y a las axilas. Y finalmente, a todo el cuerpo. Yo me rascaba, me frotaba, me restregaba. La entrepierna me picaba tanto que estuve a punto de hacerme daño. El pecho me ardía, y de buena gana habría dado un salto para sumergirme a continuación en la nieve. En algún lugar leí que, durante la Edad Media, los escolásticos escribían disertaciones enteras sobre el sentido y la finalidad de la creación. Se preguntaban por qué Dios había creado las pulgas, los piojos y las chinches. Un sabio teólogo dio con la respuesta: ese tipo de insectos impedían que los hombres se volviesen perezosos.

También empecé a notar punzadas de hambre. Como todavía me quedaban unos cuantos mendrugos, los tosté en mi pequeña hoguera y los mastiqué con lentitud, alargando el momento. También conservaba una lata de sardinas, pero preferí no abrirla. Aún podían pasar muchas cosas. Lie un largo y fino cigarrillo con papel de periódico y lo deposité encima de mi provisión de ramitas. A continuación, me calcé las botas, me arreglé un poco y encendí el cigarrillo con una rama de mi propio fuego… Aspiré profundamente, como si lo hiciese con todos los orificios de mi cuerpo… y solté el humo poco a poco… esperé un momento y volví a aspirar… Me invadió una sensación de embriaguez tan agradable, tan absoluta, que tuve que apoyar las manos en el suelo para no levantar los brazos hacia el cielo. El dolor había desaparecido. Me calé la gorra en la cabeza y me quedé dormido, y el sueño me trasladó a un paraíso en la tierra donde todo era irreal, suave, seguro, sinuoso, fragante, tranquilo, bueno y verdadero.

Es difícil describir lo que me ocurrió. Seguramente lo mismo que le ocurre a una planta seca cuando la riegan. O a una rana en estado de hibernación cuando llega el deshielo de la primavera. En cualquier caso, se experimenta la muerte y la vida al mismo tiempo.

Cuando llegó el momento de seguir adelante, noté una mano en el hombro. Me levanté, recogí mis cosas y me uní a la columna que ya iba avanzando. Solo al cabo de un rato advertí que por detrás de mí caminaba Anton. Lo reconocí por el vendaje de la cabeza.

Nos desviamos bruscamente hacia la izquierda y dejamos un

sendero que ascendía poco a poco para tomar un camino mucho más escarpado, difícil y rocoso que descendía hacia un barranco. Cada vez había menos nieve bajo nuestros pies.

A medida que el cielo se iba iluminando, el contorno de las ramas y los árboles se hizo más nítido, las rocas y las piedras del camino se fueron perfilando y el hombre que tenía delante tomó consistencia. De pronto caí en la cuenta de que aquel camino no conducía hacia una torrentera, sino hacia el fondo de un valle.

Amaneció de repente. Cuando salimos del bosque nos encontramos en un paso de montaña. Miramos hacia abajo y vislumbramos un centelleante arroyó que corría entre las rocas. Empezamos a descender hacia Iški Vintgar. Ante nosotros se abría un cañón con rápidos, cataratas, pozas y pequeñas simas… podíamos apreciar los detalles como si fuese una maqueta. El sendero se volvió cada vez más escarpado, más pedregoso, más accidentado. En un momento dado reparé en que ya no había nieve.

Al otro lado del valle, nuestra larga columna ya estaba ascendiendo la empinada colina. Mientras saltábamos de piedra en piedra para atravesar el riachuelo por una zona en la que se hacía estrecho, desde el cielo nos llegó el estruendo de un motor. Levantamos la vista. Se trataba de un pequeño avión de reconocimiento conocido con el nombre de «cigüeña». En su interior distinguimos dos figuras. Una de ellas estaba completamente inclinada, por lo que supuse que nos estaba mirando. El avión continuó volando en dirección a Ljubljana. Aquello no hacía presagiar nada bueno. Habíamos perdido demasiado tiempo; deberíamos haber cruzado el riachuelo antes de que se hubiese hecho de día. Los árboles, las paredes y las columnas rocosas guardaban silencio. En el aire de la mañana solo se oía el rumor de la corriente, los rápidos y las cascadas. La luz del sol envolvió las nubes que coronaban las montañas que había a nuestra espalda.

Más adelante se extendía la senda que recorría la empinada pendiente del monte Krim. En el riachuelo solo nos detuvimos para beber un trago de agua.

Sin duda alguna, habíamos avanzado mucho. Pero ¿estaríamos ya a salvo?

Mientras descansábamos en el bosque, un rastreador desconocido había descubierto un hueco en el cerco alemán y por fin lo habíamos dejado atrás.

¡Cuántas veces habíamos acampado en aquel cañón antes de la guerra! En algún lugar más abajo había un agradable prado junto a una poza donde solíamos tomar el baño. Allí, en la hierba,

montábamos tres tiendas. El agua estaba llena de cangrejos, camarones y truchas; y, más arriba, las gamuzas se paseaban entre las rocas. Al anochecer preparábamos tortitas, nos sentábamos alrededor del fuego y cantábamos sin levantar mucho la voz. El guardabosque tenía la sospecha de que pescábamos truchas y todos los días se acercaba silenciosamente por el camino para espiarnos. No sabía que habíamos apostado más arriba a un vigilante capaz de imitar perfectamente el canto de un arrendajo.

Decidí que, si sobrevivía a la guerra, volvería allí algún día. Tal vez entonces pudiese entender mejor las cosas. Tal vez entonces los peores presentimientos no se alternarían con las ilusiones más esperanzadoras, ¿o sí? De un modo u otro, sabría cómo había llegado hasta allí, sabría la fecha y tendría ciertas expectativas respecto al transcurso del día.

Tras cruzar el arroyo, la marcha se volvió mucho más dura. El hombre que me precedía resbaló y, al caer, se golpeó la cabeza con el fusil. Acto seguido soltó un taco, se levantó y continuó caminando por la escarpada pendiente dando pequeños pasos. A pesar del bramido del agua que corría más abajo, pude oír que Anton respiraba pesadamente.

A la luz del sol naciente, las rocas que se levantaban por encima de nosotros relucían. Dadas las circunstancias, habríamos preferido el gris anonimato de las nubes y la niebla. En tiempos de guerra, la belleza puede ser un problema. Los soldados interpretan el paisaje que les rodea en función de la seguridad que les ofrece.

Los alemanes estaban cerca. Pero ¿dónde?

Quienes lo sabían no lo decían. Seguían adelante sin mediar palabra.

A la derecha, en algún lugar al fondo del desfiladero, resonó un cañonazo. Pero no de los nuestros, de eso estaba seguro.

Helechos, monte bajo, árboles, piedras, musgo. Durante un trecho el camino se hizo más transitable para, de repente, volver a ascender espectacularmente. El sol se filtraba a través de las ramas de los árboles. A mi espalda, en medio del ruido ambiental y del alboroto de aquella columna de hombres que se apresuraba, jadeaba, tosía y tropezaba, percibía más que oía los gemidos de Anton. Miré hacia atrás. Tenía la cara desfigurada, prácticamente blanca en contraste con la mugre negruzca de su vendaje. Apoyaba ambas manos en el pecho izquierdo, como si le hubiesen disparado. Cuando se detuvo un segundo, otro hombre le adelantó y se puso en el medio. Anton intentó llamar mi atención. Aquella súplica silenciosa lo decía todo: no puedo más, mi corazón no aguanta. ¿Precisamente entonces,

cuando habíamos dejado atrás lo peor? ¿Cuando ya estábamos prácticamente salvados? ¿Cuando por fin habíamos conseguido burlar el cerco? ¿Cuando todo iba a ser mejor? Dejé pasar al hombre que le había adelantado y con una mirada de ánimo intenté que Anton me siguiese. Anton hizo un esfuerzo desesperado por mantener el ritmo. Problemas de corazón en tiempos de guerra. ¡Habrase visto!

Era evidente que aquel camino nos estaba llevando a algún sitio, pero lo cierto es que avanzábamos como ovejas tras el hombre que teníamos delante sin conocer nuestro destino ni por qué había tanta prisa. Desde arriba, desde la derecha, nos llegó el sonido de disparos. El estruendo y las detonaciones pararon el tiempo suficiente para que tomásemos aire, pero enseguida nos llegó la amenaza de una tormenta de ametralladores y armas automáticas… Poco a poco aflojamos el paso y empezamos a mirarnos con aprensión, intentando leer en los rostros de nuestros acompañantes si debíamos preocuparnos o no. ¡No os detengáis! De acuerdo, adelante. De entre los pies del hombre que me precedía llegó rodando algo metálico, reluciente, con forma de huevo. Lo recogí. Se trataba de una granada francesa. Le lancé una mirada a Anton para saber si aquella granada era tan peligrosa como la que habíamos encontrado días antes. Con un gesto de cabeza Anton me dijo que podía quedármela. Así que me la metí en el bolsillo.

A medida que Anton y yo disminuíamos la marcha, los demás hombres nos adelantaban. Nadie parecía reparar en nosotros. Por el lado izquierdo de la columna pasaron dos ametralladores con sus armas al hombro. Uno de ellos llevaba dos cinturones repletos de municiones: el primero en la cintura y el otro cruzado por la espalda. Les seguían otros dos hombres armados con automáticas y un grupo de combatientes. Los vimos avanzar corriendo cuesta arriba. Escuchamos un fragmento de su conversación, les hicimos preguntas, tratamos de que nos dijeran algo. La columna se estaba dividiendo entre los que seguían corriendo y los que se estaban quedando rezagados. Yo hacía todo lo posible para tirar de Anton, pero en algunos tramos el camino era demasiado estrecho. Físicamente no podía valerse y dependía de mí por completo. Pese a todo, me di cuenta de que estaba muy atento a lo que ocurría a nuestro alrededor, de que estaba escuchando todo lo que se decía y aplicando el sentido común para entenderlo.

—Los alemanes nos han cercado. Están abajo, en Vintgar, y también en la cima del monte Krim. Tendremos que encontrar la manera de pasar…

De abajo nos llegó el sonido de disparos… el eco de ráfagas… y de la izquierda, el silbido viperino de más balas… ¿Por qué no nos

apartamos de este camino? ¿Por qué no buscamos refugio entre las rocas? ¿Qué está pasando? ¿Se trata de focos localizados? Cuando Anton me agarró por el hombro, noté la fuerza de su mano huesuda. Acto seguido se arrastró hacia arriba utilizándome como muleta. De ese modo no íbamos a llegar muy lejos. Su peso recaía en mis rodillas y, sobre todo, en mis pies. Pero él estaba completamente absorto en lo que sucedía allí arriba, como si estuviese utilizando todos sus sentidos para recabar información.

Por el lado izquierdo de la columna pasaron corriendo otros dos hombres. Uno de ellos llevaba el distintivo de comandante bordado en la manga y sostenía entre las manos una anticuada metralleta alemana. El otro iba armado con un fusil yugoslavo. Y mientras nos adelantaban, iban gritando:

—¡Preparad los fusiles! ¡Preparad las granadas! ¡En formación! ¿Es que acaso sois un rebaño? ¡Quiero grupos de diez! ¡Sí, hasta aquí sois diez! Formáis parte de la misma compañía que los diez que os siguen. ¡Maldito rebaño! ¿Estáis sordos o qué pasa?

Y continuaron corriendo, jadeando, lívidos, roncos. Algunos los seguimos y otros se quedaron rezagados.

Los árboles se hicieron escasos, el camino dejó de ser tan empinado y el valle fue ensanchándose; estábamos llegando al paso. Solo entonces pude distinguir cuántos de nosotros había allí. Anton se había convertido en un peso muerto y mis fuerzas se estaban debilitando. Noté un sabor dulce en la boca. Todo el mundo nos estaba adelantando. ¿Me lo parecía a mí o iban muy rápido? Entonces resbalé y me golpeé la rodilla en el suelo. Anton cayó encima de mí. Mientras me esforzaba por levantarnos a ambos, vi estrellas, haces de luz y nubes de mosquitos flotando en el aire. Por un instante, perdí la visión de la hierba y los árboles. Apenas nos habíamos puesto en pie —y todo aquello no había durado más que una fracción de segundo—, cuando oímos un estrépito a nuestra izquierda, entre los árboles, y vimos avanzar, desde los matorrales, a un grupo de hombres. ¿Quiénes eran? No sabía si pertenecían a los nuestros. El hombre que tenía delante accionó el cerrojo de su arma. ¿Estaba disparando? En aquel instante yo tenía cogido a Anton en un extraño abrazo; su fusil se apoyaba en mi cara mientras intentaba levantarlo. Para entonces, los disparos resonaban por todas partes. No sabía quiénes eran los que disparaban y en aquel ensordecedor alboroto era incapaz de distinguir las detonaciones y los gritos. De pronto oí a Anton, que me decía muy claro:

—¡Más vale que te vayas, Berk! Yo ya soy hombre muerto. ¡Intenta salir con vida!

Cuando advirtió que no lo soltaba, trató de empujarme. Al tiempo que lo hacía, lo vi mirando hacia adelante, hacia los árboles o entre ellos. Nuestros hombres continuaban corriendo, así que seguimos adelante. Ahora los disparos silbaban alrededor de nuestras cabezas, pero ya me había acostumbrado a ello. Hice un esfuerzo para agarrar a Anton por la cintura y arrastrarlo conmigo. Él se resignó y trató de ayudarme. Un extraño borboteo, como el de un líquido hirviendo, surgió de su garganta. Tuve la impresión de que gruñía o de que quería decirme algo. Nuestros fusiles se habían convertido en un estorbo. Abrumados por el peso y la torpeza de nuestros movimientos, ¿teníamos alguna posibilidad? De pronto ya no me importaba nada. ¿Cómo iba a poder seguir así? Las piernas apenas me obedecían y había dejado de notar el brazo con el que le rodeaba la cintura a Anton. ¿Continuaba sosteniéndolo o era él el que me sostenía a mí? Al menos, los hombres que nos rodeaban eran de los nuestros. Pero ¿qué se suponía que teníamos que hacer? Nos movíamos, nuestros miembros se movían. ¿Acaso se trataba de alguna danza extraña? Estábamos en una hondonada y las balas silbaban por todas partes. ¿Cómo es que caían tan pocos hombres? Fue pensarlo y ver a dos desplomarse en el suelo. Acto seguido, cayó el hombre que tenía delante. Por nuestra izquierda se acercó corriendo un grupo de hombres. ¿De los nuestros? Sí, de los nuestros. Avanzaban en dirección al valle. Un soldado se agarró el vientre y cayó de bruces. A nuestra derecha ascendía una pendiente cubierta de árboles.

Pero esos que venían por la izquierda, ¿no eran diferentes? Sí, esos que venían corriendo, disparando y gritando no formaban parte de nuestro ejército. ¿Eran ellos los que gritaban? ¿O los gritos llegaban de otro lado? El estallido de los disparos parecía rodearnos; era como si nos estuvieran disparando por todas partes. Tres hombres nos adelantaron por la izquierda y se adentraron en el valle. Por delante de nosotros también había movimiento. Un grupo de unos diez hombres bajó por la pendiente de la derecha para unirse a nosotros. El ruido de su carrera se sumó al ensordecedor estruendo en el que estábamos sumidos. Y así, los movimientos individuales, los pasos y los saltos de cada soldado, parecieron enmudecer. Era como si avanzásemos por debajo del agua. Columnas de figuras verdes empezaron a llegar por la pendiente; columnas de espectros verdes que se desplazaban con rapidez entre los árboles. Verde sobre verde.

No sé si Anton y yo nos volvimos, si nos detuvimos para fundirnos con aquella multitud que retrocedía apresuradamente o si, simplemente, nos dejamos llevar cuesta abajo. El caso es que seguimos adelante juntos, separados, juntos de nuevo; resbalando, clavando las

rodillas en suelo, avanzando a cuatro patas, levantándonos, buscándonos. Mientras estaba en el suelo, alguien debió de pisotearme la mano izquierda. Más tarde, Anton me dijo que lo había llevado a hombros. No creo. Habría sido literalmente imposible. No acierto a decir qué es lo que nos mantuvo tan unidos durante aquel período de tiempo —¿largo, corto?— indefinido. Cualquier cosa que diga será imprecisa y seguramente falsa. El instinto de supervivencia, por supuesto. Un instinto que no solo nos hizo reaccionar a Anton y a mí, sino a todos nosotros. ¿Nos aterraba pensar que podían capturarnos vivos? Tal vez. Pero ¿por qué no lo hicieron? Habíamos iniciado la retirada, sin disparar nuestros fusiles, en el momento más intenso del combate. Ni siquiera había lanzado la granada que guardaba en el bolsillo. ¡Ni pensar en oponer resistencia! Solo nos quedaba la huida. ¿Acaso Anton advirtió que yo era su único medio para escapar de aquella peligrosa y desesperada situación y por eso se aferró a mí de aquella manera? Lo cierto es que me había ofrecido la oportunidad de marcharme, de abandonarlo, de continuar sin él, de modo que cada uno de nosotros encontrase su propia salvación entre la multitud cuando estábamos al límite de nuestras fuerzas, cuando éramos incapaces de pensar con claridad, cuando nuestro sistema nervioso había dejado de funcionar correctamente, nuestros sentidos estaban entumecidos y nuestra aturdida conciencia veía sin ver lo que ocurría a nuestro alrededor; cuando todos nuestros movimientos eran automáticos, cuando nos limitábamos a hacer lo mismo que los que teníamos al lado, cuando habíamos dejado de temer las balas; cuando planeaba sobre nosotros la terrible amenaza de caer en manos de aquellas figuras verdes, aquellos espectros que no eran humanos sino monstruos que avanzaban corriendo para alcanzar un objetivo y a los que no se podía odiar, como tampoco se puede odiar a un árbol que está a punto de desplomarse sobre ti; cuando habíamos olvidado el hambre y no sentíamos ningún deseo; cuando el frío, los piojos y las botas ni siquiera nos molestaban; cuando se había adueñado de nosotros una apagada angustia que no nos dejaba correr, ni saltar, ni asimilar lo que sucedía; cuando una impetuosa corriente nos arrastraba, junto al resto, hacia un lugar desconocido y nuevo.

Anton se había convertido en una terrible carga y, sin embargo, había algo en él que solo llegué a apreciar más adelante. La clave para entender el apego que sentía por Anton la encontré en un detalle sin importancia al recordar aquella caótica huida por la cuesta. Después de tropezar con unas piedras, caímos de bruces. Intentamos cogernos de la mano, pero perdimos el contacto y nos separamos. Mientras tanto, los hombres que se retiraban, cada vez más numerosos, nos

saltaban por encima. Cuando logré ponerme de rodillas, Anton había desaparecido. Lo único que veía eran botas, pies, piernas que a duras penas esquivaban mi cabeza. En aquel instante, en aquella fracción de segundo, me vino a la mente un pensamiento: «Se ha ido, pero debería estar conmigo. De lo contrario, estoy completamente solo en el mundo». Entonces lo distinguí. No estaba a mi lado, sino más abajo. Avanzaba a cuatro patas entre la maleza, por aquellas rocas cubiertas de musgo, siguiendo a los demás hombres. Sí, allí abajo estaríamos a salvo. Me acerqué a él, nos pusimos en pie y continuamos corriendo hacia abajo. El descenso resultó ser más fácil que la anterior escalada. En la huida perdimos nuestra individualidad física y mental para fundirnos en algo nuevo y diferente, algo similar a lo que ocurre cuando dos gotas de agua se acercan y, tras un breve estremecimiento, se unen y forman una sola gota. Dudo que haya algo más patético que imaginarse que unas gotas de agua piensan sobre la vida o la muerte. Pero hay momentos en que los pensamientos más inverosímiles e intrascendentes te pasan por la mente.

Nos detuvimos en especie de cueva cubierta de gravilla que había debajo de un saliente. La maleza protegía la entrada. En aquella cueva pasamos el resto del día y la noche.

No tengo la menor idea de cuándo, cómo y por qué decidimos abandonar a la mayoría y desviarnos a la derecha, hacia una zona rocosa, para buscar refugio nosotros solos. Si bien es cierto que de aquella zona no nos llegaba ningún ruido de disparos, no recordaba quién había tomado la iniciativa y Anton tampoco. Del mismo modo, tampoco supimos nunca quién descubrió aquella cueva tan oportuna. Lo único que ambos recordábamos era el estruendo de las ametralladoras, de los fusiles y de las armas automáticas que nos llegaba de abajo, del lugar hacia el que se dirigían los hombres en retirada. Para entonces ya nos habíamos desviado hacia las rocas. Y cuando ya nos habíamos instalado en la cueva, todavía oímos y vislumbramos a un grupo de hombres saltando por encima de nuestro refugio; fue como si un alud nos hubiese pasado por encima. Nuestros fusiles descansaban en la grava seca, a nuestro lado. Y nosotros, mientras tanto, nos limitábamos a escuchar y a contener innecesariamente el aliento. Ni siquiera nos mirábamos. Solo en una ocasión, Anton murmuró:

—¡Los alemanes!

No sé cómo consiguió reconocerlos por el ruido de sus pasos. El caso es que apenas levantó la voz. Todavía me pregunto cómo llegué a oírlo sin girarme para leerle los labios. Lo que sí recuerdo es que en un momento dado llegué a oír los latidos de su corazón y que los latidos

se hicieron más intensos. ¡Incluso llegué a pensar que se podrían oír desde fuera! Un instante después, aquel ritmo irregular y entrecortado remitió. Anton estaba echado con la cara apoyada en la grava. Ambos estábamos tendidos boca abajo. De pronto noté una punzada de dolor en la espalda y apoyé la cabeza sobre la oreja derecha. Miré la cabeza de Anton. Me preocupaba la posibilidad de que hubiese muerto. Ya no oía los latidos de su corazón. Pero me resistía a tocarlo y, mucho menos, a decirle algo. Me había quedado petrificado. Y entonces pensé que lo mejor para él sería que hubiese muerto.

Justo entonces se produjo un descomunal alboroto no muy lejos de donde nos encontrábamos. Ambos levantamos la cabeza un centímetro, o incluso menos, por encima de aquella grava que olía a madera podrida. De nuevo se sucedió la secuencia de ruidos lejanos, ruidos cercanos, estallidos, gritos apagados y disparos apartados. Oímos que alguien saltaba por encima del saliente y, a continuación, todo un ejército pasó por encima de nosotros. Horas antes habíamos estado corriendo cuando, a nuestro alrededor, todo parecía tranquilo; y ahora éramos nosotros los que estábamos tranquilos mientras la colina entera bullía de actividad. La entrada de la cueva no debía de medir más de medio metro; pero en el interior, el techo se elevaba hasta casi un metro. Aquel escondrijo tendría unos dos metros de largo. Y al fondo, las paredes se estrechaban hasta formar una hendidura oscura. No éramos los primeros habitantes de la cueva. Junto a la pared de un gris amarronado vimos un trapo medio podrido de un color indefinido. Y a su lado, el mango roto y oxidado de una cuchara. Nos asaltó un nuevo estallido, el crujido de unas botas, un golpe contra el suelo, el murmullo de las ramas que ocultaban la entrada… pese a todo, un instante después volvíamos a estar solos; solos y tranquilos.

Permanecimos echados durante un buen rato; creo, incluso, que llegamos a dormir un poco. Por momentos dejé de sentir el suelo. Y cuando se hizo de día me estremecí al pensar que alguien estaba dirigiendo un foco sobre mí. Poco a poco me fui percatando de que habíamos encontrado un buen escondite. Oí que en algún lugar caían gotas de agua y también el traqueteo de una piedra que, fuera, se deslizaba pendiente abajo. Me repetía una y otra vez que estaba en una cueva; una cueva, con un techo por encima y suelo por debajo. Sin embargo, aquellos momentos de lucidez no me aportaban ninguna sensación de seguridad. Seguía pensando en la marcha, el cerco, la retirada. Nuestros antepasados utilizaban las cuevas para protegerse de los animales salvajes, de las tribus enemigas, de las inclemencias del tiempo. Pero probablemente contaban con dos entradas. Los

animales también cavan salidas de emergencia en sus madrigueras. Pero si un alemán descubría aquella entrada, ¿cómo reaccionaríamos? Sin embargo, fuera reinaba la calma. Los estallidos se oían a mucha distancia. Además, enseguida advertí que Anton se había dormido, que estaba descansando, soñando; que no hacía esfuerzos por aguzar el oído. Anton era un instrumento muy preciso. Y si hubiese habido cerca algún peligro, sin lugar a dudas lo habría percibido. Me había acostumbrado a su capacidad para detectar todo lo que ocurría alrededor. De nuevo noté que alguien saltaba por encima del saliente, y de nuevo se hizo el silencio. ¿De verdad estábamos seguros allí dentro? Pronto oscurecería y nuestros agarrotados nervios podrían descansar. Sí, debían de ser los nervios los que me hacían dudar, ese sistema nervioso que se extendía desde el cráneo hasta las entrañas y que empezaba a notar en las extremidades. Anton seguía tendido con los ojos cerrados. Solo de vez en cuando le temblaba la ceja izquierda. Fuera todavía había luz, una luz verdosa que se filtraba en nuestro escondrijo a través de las ramas de los arbustos y dibujaba formas redondas y angulosas. Aquellas formas oscuras se entremezclaban como si las hubiera pintado un artista chino con un pincel. Aquel espectáculo me hizo sentir bien. Al imaginarme el delgado pincel, las gotitas de tinta china, la inteligente mirada del artista dirigiendo hábilmente el movimiento de su mano y el aroma del papel de arroz, experimenté la inocente felicidad que transmite un cuento infantil; una felicidad que, como un bálsamo sanador, se propagó por todos los núcleos nerviosos de mi cuerpo. De hecho, sentí que me impregnaba de una fuerza desconocida provocada por aquella insignificante visión. Y acto seguido se me despertó el hambre.

En la bolsa tenía una lata de sardinas, las últimas provisiones que conservaba. Y, oculto en un cuaderno, todavía guardaba un cigarrillo con la marca Morava escrita en verde. Lo había escondido incluso de mí mismo. También me quedaban cerillas. A través de una grieta en la roca se filtraba el agua que había acabado formando una pequeña estalactita y goteaba. Justo debajo, en la gravilla, había una mancha húmeda que señalaba el lugar por donde aquel hilo de agua continuaba su recorrido tierra adentro. ¿Qué más se puede pedir, Anton? Mientras tú sigues durmiendo, yo iré dando gracias. Comeremos, beberemos agua cristalina y fumaremos junto a nuestra propia hoguera. Cogeré ramitas de los arbustos que hay en la entrada y, quién sabe, tal vez sus hojas sirvan para prepararnos una taza de té. Me pregunto si vale la pena que te describa la visión del pintor chino que ha hecho que se me despertase el hambre… y la sed… ¡Y después nos extrañamos de que los trogloditas pintaran las paredes de sus

cuevas! Seguro que habrían discutido y hasta se hubiesen peleado con todos aquellos que en algún momento afirmaron que se trataba de un arte elemental.

—Seréis idiotas —habría dicho—. Vuestros nobles ancestros debían procurarse una comida, un lecho caliente y una mujer antes de empezar a pensar en todo eso que vosotros calificáis de «belleza».

Cada vez me acuciaba más el hambre, pero en la entrada de la cueva todavía brillaba la luz. Anton tembló ligeramente. Más que de un sueño, se trataba de un escalofrío. Poco a poco volvía a la vida.

Teníamos que ser precavidos. No sabíamos dónde estábamos. Puede que cerca de un camino. En ese caso, bastaba con que alguien nos lanzase una granada para acabar con nosotros. Por otro lado, si la situación se alargaba, ¿cuánto podríamos resistir así? Aquella pregunta la dictaba la mente, pero no el cuerpo; el cuerpo quería seguir viviendo, vivir eternamente, conseguir la salvación. El cuerpo se agarra con todas sus fuerzas a cualquier esperanza de supervivencia, se aferra a sus miserables armas y resiste, se niega a aceptar la muerte, las bombas, el repentino desastre. Por eso decidimos quedarnos donde estábamos. Todavía recordaba —y sigo sin olvidar— lo concienzudos que fueron los italianos en una de sus ofensivas. Sacudieron todos los arbustos para asegurarse de que no escondían escondrijos de los partisanos, lanzaron granadas a la entrada de las cuevas, dispararon hacia la copa de los árboles más frondosos y clavaron sus fusiles en las balas de heno y paja. Sí, se tomaron su tiempo. Pero ¿de qué les sirvió todo aquello? Trataron de difundir sus dos milenios de cultura matando quién sabe a cuántos jóvenes y viejos que no entendían ni una sola palabra de su lengua; fusilaban a los campesinos y les cortaban las ubres a las vacas para luego asarlas. Así es la guerra, ¿verdad?

Los alemanes no son tan escrupulosos a pesar de la fama que tienen. Decidí no tentar a la suerte; al fin y al cabo, los problemas llegan solos. Lo mejor era seguir allí y pasar desapercibidos. Los piojos volvían a tener hambre y empezaron a devorarme. De la entrepierna pasaron a las axilas y finalmente llegaron al pecho, de modo que sentía picores por todo el cuerpo. ¡Los muy bribones habían escondido la cabeza durante el tiroteo! Vi que Anton, molesto, también se rascaba una axila. Intercambiamos una mirada; no nos atrevimos a reír, pero ambos nos quedamos con ganas de hacerlo. La situación había mejorado, y eso que Anton todavía no sabía que yo tenía una lata de sardinas y yo ignoraba que él contaba con un puñado de alubias y unas cuantas colillas. Nos invadió un sentimiento de inesperada alegría. Más adelante, quién sabe lo que vendría. También

conservaba hilo y una aguja para remendar alguna cosa. Y si desgarrábamos nuestras camisetas, podríamos aplicar vendas nuevas a nuestras heridas infectadas. Era imposible prever lo que podía ocurrir antes de ponernos en marcha. ¿Blancanieves y los siete enanitos? ¡De ninguna manera! Eramos dos, cada uno con dos Pulgarcitos y ocho dedos.

Fue anocheciendo lentamente. El silencio reinaba en el valle y las empinadas laderas. Poco después, repentinamente, la oscuridad se hizo completa. Sabíamos que no era cierto que los alemanes descansaban por la noche. Pero también sabíamos que no solían aventurarse por las zonas de difícil acceso. Me dispuse a salir de la cueva con la esperanza de comprobar que allí no había nadie. Anton, que dedujo mis intenciones por mis movimientos, aprobó mi iniciativa en silencio. Me sentía como si me hubiesen golpeado todo el cuerpo y luego me hubiesen fileteado. Después de permanecer tanto tiempo tumbado, cualquier movimiento me producía un dolor intenso. Tuve que resoplar varias veces antes de conseguir arrastrar la parte superior de mi cuerpo fuera de la cueva. Las estrellas brillaban por encima del valle oscuro y a mis ojos les costó un poco acostumbrarse al reflejo de aquella luz. De algún lugar cercano me llegó el murmullo de unas alas; había asustado a un pájaro. Distinguí el rumor del riachuelo más abajo y el estruendo de un salto de agua por encima, a mucha distancia. Continué avanzando, arrastrando las piernas con mucha dificultad. No sabía qué me dolía más, las rodillas, la espalda, las caderas o los pies. Despacio, conseguí levantarme, traté de estirarme y aspiré con fuerza el frío aire nocturno. Ahora distinguía las copas de los abetos y las pálidas superficies de las rocas. Di unos cuantos pasos a izquierda y derecha, pero el terreno estaba lleno de hoyos, grietas, piedras y raíces. Así que, para seguir adelante, tuve que ponerme a cuatro patas e ir palpando el suelo. Para cuando regresé a la entrada de la cueva, estaba convencido de que habíamos encontrado un buen escondrijo. Llamé a Anton, pero nadie me respondió. ¿Se habría quedado dormido? ¡Ojalá no hubiese sufrido un ataque al corazón! Me tumbé en el suelo y metí la cabeza dentro. Allí estaba. Aunque seguía sin decir nada, me pareció que sus ojos centelleaban.

—Todo en orden —le dije. Y añadí—: Creo que vamos por buen camino.

—¿En serio? —me respondió—. ¿Hacia dónde?

En aquel momento recordé que Anton había luchado en la guerra civil española. Y me pregunté cuántas cosas habría vivido desde entonces. Él no sospechaba que yo conocía aquella parte de su vida y lo más probable es que nunca me hablara de aquella experiencia. Yo

había decidido no sacar el tema. En aquella ocasión tal vez también le dijeron que todo iba por buen camino. Sí, mejor no adelantarse a los acontecimientos.

Anton, ahora tenemos que hablar de economía doméstica. Aquí no hay indios, los corsarios seguramente se han quedado junto al río y a los bandidos les asusta la guerra. Nuestra única preocupación es mantener oculta una diminuta hoguera. Puede que unos gemelos alemanes nos estén enfocando desde el otro lado del valle.

En uno de los platos de campaña recogimos el agua de la estalactita. Y los problemas que tuvimos para abrir la lata de sardinas los solucionamos con el mango de cuchara que nuestros predecesores habían dejado en la cueva.

Un par de horas más tarde, ¡cuánto había mejorado nuestro nivel vida! Nos habíamos comido las sardinas y bebido el aceite, y lo mejor de todo es que no nos habíamos estado mirando con envidia a la hora de repartir la comida. Por nuestra naturaleza, estábamos muy por encima de aquellas menudencias. Bebimos agua y fumamos tranquilamente y en silencio. Pusimos en remojo las alubias de Anton para cocinarlas más tarde. Tres horas en remojo era lo máximo que nos podíamos permitir, ya que, como mínimo, invertiríamos una hora más en cocerlas. Aunque las alubias eran tiernas, quedarían un poco duras, pero nos daba igual.

Aprovechamos para cambiarnos los vendajes.

—¿Qué es esto? Anton, ¿se te está pudriendo el cerebro? Pus, piojos, barro… todo mezclado con tu pelo. Tienes la piel llena de cortes y ampollas. Nunca había visto algo tan repulsivo. ¿Te duele aquí?

—Quizás sí, quizás no. No sabría decirte —me contestó.

—¿Y esto de aquí? Parecen astillas de algún material duro. ¿Fragmentos de hueso podrido? También tienes arena e incluso piedrecitas, ¿o se trata de otra cosa? Parece un alcantarillado y apesta que da gusto.

Anton me dejaba hacer con la cabeza inclinada. Y seguramente pasó una hora antes de que, cansado, diese por finalizada la cura.

En comparación a la suya, mi herida era muy poca cosa pese a los piojos, la infección y el hedor que despedía.

—Nos estamos pudriendo, Anton, estoy convencido de ello.

Como único comentario, Anton desgarró un pedazo de camiseta.

El agua seguía goteando despacio. A continuación, nos ocupamos de nuestros pies. Y por un momento aquella cueva se convirtió en un elegante salón de belleza o balneario. También remendamos. A ratos charlábamos, a ratos callábamos y a ratos echábamos una cabezada.

Aunque no lo habíamos hablado, creo que en ningún momento nos quedamos dormidos al mismo tiempo. Anton dormía durante mis monólogos; y cuando él hablaba, yo oía su voz a lo lejos, sin entender las palabras.

Las alubias estaban dulces y sabrosas, pero bastante duras. Tras la cena, fumamos e intercambiamos unas palabras, pero no sabría decir de qué hablamos. Probablemente de nada en concreto. Hablábamos por hablar. No recuerdo ni una sola palabra de aquella conversación que era una mezcla de sonidos ahogados, intrascendentes, que no guardaban relación con la capacidad de expresión de los hombres. El conjunto de nuestras acciones surgía de un velado estímulo interior que obedecía a un objetivo concreto. En circunstancias normales no nos habríamos prestado tanta atención el uno al otro, ni a nosotros mismos. Pero estábamos renaciendo, sufriendo una transformación. Volvíamos a parecemos a los seres humanos; volvíamos a ser capaces de seguir adelante, de darle la vuelta al mundo. Podíamos distinguir el olor de madera quemada del humo del tabaco. Podíamos hacer muecas por el resabio que dejaba el agua de la cueva. Después de examinar mi fusil y ver que estaba cargado, le eché un vistazo a la granada que había encontrado. Anton conocía el modelo. Me dijo que era una buena granada y que se activaba con la anilla que tenía a un lado. De pronto caí en la cuenta de que estábamos hablando de manera natural, de que nos entendíamos, y de que la situación en la que nos encontrábamos unas horas antes se había desvanecido como uno de esos sueños en los que no te puedes mover. La pesadilla se había acabado. De nuevo éramos soldados. Pero ¿y los demás? Sí, ¿dónde debían de estar los demás? A nuestro alrededor reinaba el silencio. Estaba seguro de que los alemanes no los habían destruido por completo. Pero en aquella zona no podía haber suficientes cuevas para ocultar a tantos hombres. ¿Habrían conseguido salir adelante? ¿Seguiríamos nosotros rodeados de alemanes? Anton me dijo que no me preocupara.

Y si lo decía, por algún motivo sería. Había acabado confiando en él. Así pues, basta de preocupaciones, basta de inquietudes. ¿Y si dormimos un poco? Era de noche.

Cuando me desperté de una terrible pesadilla ya era de día. Al ponerme en pie, me golpeé la cabeza con el techo de roca y me desplomé encima de Anton, que se despertó sobresaltado y me agarró con ambas manos.

—No pasa nada —le susurré—. Una pesadilla.

Nos quedamos callados.

Allí, rendidos, contemplamos el día a través de las ramas de los

arbustos. Aquella pesadilla, aquella terrible pesadilla.

«Apunta a las alturas,

¿al más límpido azul?»

…

«luego inclínate»

…

«su cuerpo rojo y negro»

…

«Aparta los ojos de los muertos».

Estaba de pie, en el cauce de un río seco, y una larga fila de siluetas grises, marrones y negras, con cuernos blancos, me adelantaba a trote lento.

«Comí de su cuerpo y bebí de su sangre».

Veo al hombre de la gorra de piel, al músico Vili y al ametrallador Mirko que pasan corriendo.

Todos me adelantan. Sé que me han visto, pero no me miran. Siluetas envueltas en sudarios grises, negros y marrones, con cuernos blancos en la cabeza. ¡Petkošek! ¡El taquillero! ¡Los de la brigada Cankar! ¡El de la Gubčev! ¡El Renacuajo! Había tantos, que no lograba identificarlos a todos. Era horrible. El minero de Zagorje… y Anton, Anton también corría, tropezaba, envuelto en un sudario. ¡Leon! ¡El croata! Todos corrían, todos sabían —igual que yo— hacia dónde se dirigían.

Un minué para guitarra.

«Somos caníbales y seguiremos siéndolo».

Siguen llegando hombres desde atrás, a lo lejos, a través de los bancos de arena del cauce seco… irreprimibles… ciegos… insensibles… destructivos…

Tenía que comerme la arena amarronada que se había acumulado.

«Luego inclínate…».

«¡Su cuerpo rojo y negro!».

Teníamos que comer estiércol, carne putrefacta, cabellos y costras; teníamos que lamer pus, chupar el cerebro de los cráneos aplastados… Porque éramos caníbales y seguiríamos siéndolo. Alguien lo había decidido por nosotros, puesto que era incapaz de recordar lo que debía hacer.

¡Come! Aparta los ojos de los muertos. En el bosque se había quedado la cabeza cortada de la mula; nos habíamos comido el resto de su cuerpo. La melodía de la guitarra era cada vez más fuerte… pues estaba a punto de llegar… lo que tenía que llegar, lo que llegaría a ciegas, como una danza de furiosas olas… que se lo tragarían todo…

Mientras esperaba a que ocurriese algo terrible… algo que iba a

cambiar mi fe en mi buena suerte, que iba a anularla para siempre, empecé a sudar copiosamente.

En aquella ocasión, en el pueblo, una vez despierto había repasado el sueño para no olvidarlo.

Y ahora había regresado con un aspecto diferente. Ahora me habría gustado olvidarlo, pero no podía. Pertenecía a ese sueño y él me pertenecía a mí. En él se ocultaba la respuesta al misterio de la vida humana.

Me estremecí y miré a Anton. Sus ojos estaban fijos en mí. ¿Acaso sabía algo sobre mi sueño?

—Supongo que yo también estaba allí, ¿no es así? —me pregunto con tranquilidad.

Por supuesto.

Y siguió:

—Nunca he creído en la buena suerte, eso es todo.

Un pajarito se posó en una rama del arbusto que tapaba la entrada y movió la cabeza de un lado a otro hasta que nos vio y, alarmado, se echó a volar. Aquello nos demostró que no había nadie por allí cerca.

—Esos pobres desgraciados, Anton… —le pregunté—. ¿Crees que tendríamos que habernos retirado antes?

Anton se quedó en silencio. Aquello también era una respuesta. Pero ¿por qué tenían cuernos blancos?

Podemos decir que nada tiene sentido y que todas las teorías sobre el mundo son simples invenciones. Podemos maldecir la guerra y burlarnos de la paz. Podemos hacernos pasar por idiotas, soltar risotadas y babear. Podemos fingir que somos oficiales concienzudos. Podemos dejar que nos juzguen y nos ejecuten por un ideal.

En la cuna, nos está permitido todo. Pero, más adelante, nos ponen en diferentes balanzas y nos miden de acuerdo a diferentes sistemas de evaluación. Nos educan, enseñan, orientan, estimulan, animan, felicitan o reprenden. Ninguna planta, ningún animal, ningún objeto, ninguna piedra; nada, excepto nosotros, es juzgado a partir de los conceptos de lo que está bien y lo que está mal. Y el caso es que nos sometemos a dos veredictos, el de los demás y el nuestro, que raramente coinciden. Nada ni nadie es tan grande, tan importante, como nos gustaría creer. Todos intuimos, todos carecemos de certezas.

Nos quedaremos aquí hasta el final, nos quedaremos aquí para siempre, Anton. Lo hemos hecho bien y lo hemos hecho mal. ¿Qué me importa lo que piensen los demás? Al fin y al cabo, no hay nadie más, estamos solos. Y la pregunta es: ahora que estamos parados, que no corremos con el resto, ¿lo conseguiremos?

—Dentro de poco tendremos que marcharnos —dijo Anton después

de un largo silencio.

Durante unos instantes, nos quedamos de pie junto a la modesta cueva donde habíamos pasado aquella extraordinaria noche. El escarpado mundo de aquel cañón apenas transitado se presentaba ante nosotros en la tranquilidad de la mañana; bosques, paredes de roca, barrancos, columnas de piedra, el estruendo del río más abajo y el cercano canto de un pájaro. Nos alejamos por la cuesta empinada siguiendo la dirección el río y ascendimos un poco. Sin tratar de recordarla, en mis oídos sonaba la melodía que había escuchado abajo, en el valle, antes de la persecución: «… con la escopeta al hombro, a la guerra por la libertad y el pan…». Llevábamos la ropa seca, habíamos cosido los agujeros más grandes, habíamos comido y dormido, y nos sentíamos descansados y frescos, preparados para encarar un nuevo día. Me ajusté un poco el cinturón. Si bien era cierto que nos crujían las articulaciones y que teníamos las piernas bastante rígidas, también lo era que aquellas molestias pasarían cuando el movimiento devolviese el calor a nuestros cuerpos. Avanzamos entre piedras y raíces, nos encaramamos sobre rocas musgosas y nos abrimos paso entre arbustos hasta llegar al cauce de un pequeño torrente. Saltamos de piedra en piedra, caminamos a través de la espinosa hierba de la montaña y alcanzamos la cima de un montículo tras el cual habíamos oído el rugido del agua. Nos recibió el verdor diáfano de un bosque espeso y, al verlo, nos sentimos aliviados. Yo iba delante y Anton, como una tortuga fiel, me seguía. Oímos el golpeteo de un pájaro carpintero en la corteza de un árbol y llegamos a un sendero iluminado por los rayos de sol que conseguían atravesar las delgadas nubes. Cuando, en un momento dado, tuvimos que decidir si continuar hacia arriba o hacia abajo, nos dejamos guiar por nuestro instinto y seguimos el ascenso. El hecho de haberme cambiado el vendaje de la mano, un detalle aparentemente irrelevante, había conseguido mejorar mi estado de ánimo.

Avanzábamos lentamente, pero a un ritmo regular.

—No te preocupes —me había dicho Anton la noche anterior.

En la seguridad de una pequeña cañada, ambos decidimos que era hora de vaciar la vejiga y los intestinos. Solo Dios sabía cuándo volveríamos a tener una oportunidad como aquella. Tratamos de recordar la última vez en que habíamos tenido aquel placer. Pero no nos pusimos de acuerdo; un misterio por resolver que quedaría oculto entre la niebla y la nieve del imponente Mokrec. A pesar de cierta dificultad, conseguí cagar; el aceite de oliva de las sardinas me facilitó el trabajo. Pero el pobre Anton tenía hemorroides. Lo oí maldecir a la Madre Naturaleza con amargura por haberle obsequiado con unos

dientes cariados en un extremo del cuerpo y con almorranas en el otro. Yo ya me había sentado en una roca para fumarme un diminuto cigarrillo con algunos granos de tabaco, mientras él seguía gruñendo en cuclillas, haciendo referencia a cosas que nada tenían que ver con aquella situación.

—Hasta ahora, he leído enteros todos los libros que me han caído en las manos. Siempre con la esperanza de que encontrar a uno de los nuestros, a un auténtico esloveno, aburrido y bromista al mismo tiempo.

Le pregunté qué tipo de mezcla era aquella.

—Por un lado, un aguafiestas, un chupatintas, un idiota maleducado, un palurdo estrecho de miras. Y por el otro, alguien completamente diferente, difícil de describir. De un modo u otro, recuerda que, aparte de los bosnios, fueron los eslovenos los que proporcionaron las tropas de asalto más temerarias al ejército austríaco. Ni que decir tiene que todo el mundo atribuye su valentía al alcohol; ¡dale a un esloveno del norte su dosis de ron y se enfrentará al mismísimo diablo! ¡Qué carajo! Los italianos, cuando están borrachos, solo saben pensar en mujeres y canciones. Martin Krpan[14] no existe; se trata de una simple leyenda importada de fuera para la gente más llana. ¿Es que hay algún sitio en Europa donde maten a tantas personas los sábados por la noche? Ahora bien, hay montones de imitadores de Črtomiri, el personaje de Prešeren. Siempre que se produce un cambio de gobierno, se ponen en fila para ser bautizados como lo fue él, aunque siguen pensando igual que antes. ¡Ya verás lo que ocurre después de la liberación! Seguro que ya han empezado a hacer cola.

Anton soltó una carcajada, pero la carcajada dio paso a un gemido cuando empezó a sangrar. Sin embargo, siguió hablando malhumorado:

—¡El administrador Jernej exige justicia! Tú, Berk, búscame una hoja suave, este helecho de aquí es una tortura para mis jardines colgantes.

Mientras lo hacía, oí que los pájaros cantaban, algo poco habitual en aquella época del año.

—Todas esas víctimas atormentadas que protagonizan nuestras novelas te acaban quitando las ganas de seguir leyendo. Todo son quejas y lamentos, nada más. Pero yo, que he viajado bastante por el mundo, he visto cómo viven los eslovenos y sé cómo se vive en Eslovenia. A veces nos creemos los reyes del mambo e imponemos nuestras reglas; y otras veces nos toca agachar la cabeza. Celebramos nuestras bodas y nuestros funerales, pero ¡qué carajo! Me estoy yendo

por las ramas… Me cuesta explicar dónde está el problema. Hubo un francés que dijo que el hombre no es un ángel ni una bestia. Ojalá alguno de nuestros escritores reconociera que los eslovenos no somos adorables princesitas ni héroes intrépidos. Madre mía, ya está bien; necesito un descanso. Una cagada como esta me deja más destrozado que cualquier caminata por estas montañas. —Anton se abrochó los pantalones, se ajustó el cinturón y se sentó en un tronco. Lo vi sacudir un poco las piernas para desentumecer las rodillas, que se le habían quedado rígidas de estar tanto tiempo en cuclillas. Mientras tanto, seguía hablando sin hacerme ningún caso—: Martin Kačur[15] es el esloveno más auténtico de la literatura. Le gusta empinar el codo y lanza todos sus ideales a la basura o al estercolero para que, más tarde, llegado el momento, sus vecinos, mucho más prácticos, los recojan… Vas a ver mucho de eso…

—Querrás decir «vamos a ver». Porque tú también estarás para verlo.

—¿Tú crees?

No dijo nada más. Y nos pusimos en marcha.

Avanzamos con menos dificultades. El sendero nos condujo a un prado estrecho que se extendía entre dos cuestas cubiertas de árboles. Vimos que había gente.

Eran partisanos. Algunos estaban sentados y otros de pie; algunos preparaban la comida y otros fumaban y charlaban. En el medio había un grupo de altos cargos, a juzgar por sus equipos, sus distintivos y los revólveres que llevaban en el cinto. Anton y yo nos acomodamos en un tocón cerca de la improvisada cocina, pero nadie nos prestó demasiada atención. Ninguna cara nos resultó conocida. Pese a todo, volvíamos a pertenecer a una unidad, a una tropa, a un destacamento o a lo que fuese. Por fin habíamos recuperado, si no la tranquilidad, sí, al menos, la rutina del ejército. Un hombre de tez colorada, con el cuello muy grueso, estaba cosiéndose un botón de la chaqueta. Me puse a hablar con él. Me enteré de que nos habían atacado por los cuatro costados. La emboscada había tenido lugar en un sendero hasta entonces controlado por los partisanos por encima del monte Krim. Los alemanes nos habían atacado por dos lados y la Guardia Blanca había llegado desde Blok para prestarles ayuda… Todo hacía pensar que alemanes habían vuelto a Vintgar.

—Cuando ya nos tenían bien agarrados, van y nos sueltan. Así son los alemanes. Obedecen a pies juntillas las órdenes.

En eso llegó una patrulla que se acercó a los altos cargos. Por la manera de saludarse, supuse que iban a dar parte.

Dicen que un buen general debe ser previsor. Algo que no se

aconseja a un soldado, puesto que las cosas nunca ocurren como espera. Apenas se acostumbra uno a una secuencia de acontecimientos, cuando la pauta cambia por completo.

Nos hicieron formar y escuchamos dos discursos. El primero sirvió para describir el indómito carácter de nuestro ejército; y el segundo, para establecer los pasos a seguir. La bestia alemana había sufrido un golpe mortal, los colaboracionistas temblaban de miedo, el pueblo permanecía unido y seguía apoyando al Ejército de Liberación Nacional, que iba cosechando victoria tras victoria por todo el país. Nuestra compañía se iba a encargar de controlar el acceso al valle de Iški Vintgar. A cuatro de nosotros nos destinaron a una patrulla de reconocimiento que debía avanzar en dirección al pueblo de Iška Vas. Me costó convencerles de que dejasen que Anton me acompañara. Su cabeza vendada y su aspecto general no despertaba confianza. El comandante de la compañía, un chaval de ojos grises y mirada entusiasta que llevaba un Schmeisser alemán, me nombró responsable de la patrulla. Pero antes de ponernos en marcha, comimos.

Vi que Anton conversaba con unos cuantos hombres; se le veía de buen humor.

—Aquí seguimos —dijo—. Parece que, de nuevo, hemos conseguido salir vivos.

Me quedé admirando el arma del comandante, recordando con pesar el Schmeisser que había visto hundido en la nieve en el monte Mokrec, a unos metros por debajo de mí. ¡Maldita sea! No había tenido ni la más mínima oportunidad de hacerme con él. Es muy fácil decir: «Ve y coge las armas de los alemanes». Aunque sentía curiosidad por saber cómo había conseguido el joven de los ojos grises aquel arma tan preciada, preguntarle habría ido en contra de todas las normas de la decencia. Lo más probable es que me hubiese soltado alguna broma, algo como «la compré en una tienda de segunda mano» o «la vi colgando de un peral y la cogí». Para entonces ya sabía lo que podía esperar.

Llegamos al borde de un barranco. Allí abandonamos al resto de la compañía y empezamos a descender por un camino de carros. Nuestra misión era inspeccionar el valle Vintgar. A juzgar por el zumbido de motores, los alemanes y sus coches debían de seguir allí abajo. Nuestro objetivo también era descubrir si, durante la noche, habían estado preparando alguna emboscada en el camino principal. Si llegábamos al pueblo, debíamos presentarnos en una de las casas más apartadas, conocida entre los vecinos como «la casa del fabricante de velas», para recibir instrucciones de una tal señora Spelca. Y si nos encontrábamos con algún soldado, debíamos enviarlo hacia arriba.

Los dos combatientes que nos acompañaban no tenían nada especial. Eran dos jóvenes que provenían de alguna formación paramilitar. Iban armados con sendas escopetas italianas que cargaban, como los cazadores, al hombro. Uno de ellos conservaba una gorra de alpinista y el otro se había encasquetado una especie de boina en su voluminosa cabeza. Traté de entablar conversación con ellos, de averiguar cómo habían pasado el día anterior, pero no pude sacar nada en claro. Aunque no creo que quisieran mentir, no me tenían la suficiente confianza como para contarme toda la verdad.

El camino de carros serpenteaba a través de los claros del bosque. Aquel era el sendero que utilizaban los campesinos para transportar los troncos de los árboles al aserradero del valle. Era lo bastante ancho para que pudiéramos avanzar de dos en dos, y Anton y yo íbamos delante. El de la cabeza grande conocía la zona y nos dijo que, si los alemanes no habían matado al molinero, nos daría pan y aguardiente. A nuestra derecha se abrió un prado. Las nubes brillaban por los rayos de sol, que intentaban atravesarlas en vano. Así es como avanzan los ejércitos. Tan pronto te encuentras en medio del caos, con el mundo desmoronándose a tu alrededor, acompañado de hombres que caen, resbalan, corren, matan y mueren; como te despiertas en una mañana tranquila, sin rastro de muertos ni heridos, sin huellas de la batalla, avanzando por un agradable y tranquilo camino que serpentea hacia el valle. No importa si conoces o no a tus acompañantes. El caso es que avanzáis juntos para cumplir con vuestro cometido. Y así pasa otro día.

—Un vaso de aguardiente no nos vendría mal —le dije a Anton para romper el silencio. La terrible pesadilla había palidecido un poco desde la mañana, pero de vez en cuando recordaba algún detalle, alguna imagen, como la de la multitud envuelta en sudarios o la de los bancos de arena amarronada.

Los helechos desaparecieron, los bordes del camino se cubrieron de arbustos espesos y el suelo, de astillas. Probablemente el otoño anterior alguien debía de haber cortado troncos allí, para luego cargarlos hacia abajo. Evidentemente, hacía poco que aquella zona pertenecía a nuestro territorio, el liberado país de los bosques. Los alemanes lo habían invadido, pero ya no estaban y nadie sabía lo que el futuro nos deparaba. «No te preocupes», habría sido el consejo de Anton.

Empezamos a caminar por un espacio abierto. Habíamos dejado atrás el bosque y el camino seguía descendiendo para adentrarse en el barro.

—¿Cuánto nos falta para llegar al molino?

—Si vamos a este ritmo, entres tres cuartos y una hora.

Continuamos avanzando tranquilamente, con las manos en los bolsillos y el fusil cruzado a la espalda. Nuestros compañeros se subieron al margen del camino, de modo que caminaban a nuestra altura; ellos a los lados y Anton y yo en el medio. Más adelante, el camino se perdía entre unos arbustos y desaparecía en un bosque. Bajamos por una suave pendiente. No se oía nada, ni el crujido de una hoja ni el piar de un pájaro. Aquello es a lo que debe referirse la frase «paz en la tierra y en los cielos».

Estábamos acercándonos a los arbustos cuando me pareció que unas ramas se movían. Me detuve de golpe.

—¿Quién anda ahí? —grité.

La respuesta nos llegó en el dialecto de Dolenjska:

—Eh, somos nosotros. ¡Podéis pasar!

Nuestros compañeros continuaron avanzando confiadamente por el margen del camino, pero Anton y yo nos detuvimos un instante.

De pronto, varios hombres saltaron de entre los arbustos y empezaron a dispararnos con sus Schmeisser. Eran alemanes, auténticos alemanes con chaquetas de camuflaje y cascos de acero. Me atrevería a decir que incluso vi con total claridad los rasgos de uno de ellos: un tipo pelirrojo, de mejillas sonrosadas, pecoso, alto y corpulento; un tipo que manejaba el arma como si fuese un experto, rápido a la hora de apuntar y dar en el blanco. Por el rabillo del ojo, mientras establecía un nuevo récord mundial de salto de altura, vi que nuestros acompañantes caían de inmediato. Me había lanzado hacia uno de los márgenes y había aterrizado en una zona repleta de zarzas, algo que, por una vez, no me molestó para nada. Ascendí por la pendiente a grandes zancadas, como si atravesase a nado un campo de trigo. A mis espaldas, los disparos continuaban sin interrupción. Cuando me paré, con el corazón en un puño y las piernas cubiertas de zarzas, había avanzado lo bastante para estar a salvo. De vez en cuando sonaba algún disparo, pero quedaba muy lejos. ¡Conque paz en la tierra y en los cielos! ¡Dios mío! De algún lugar a la izquierda, por debajo de mí, me llegó el sonido de unos pasos pesados y me alegré al pensar que podía ser Anton.

Anton tardó un rato en arrastrarse hasta mí. Ambos permanecimos sentados entre los arbustos, con la boca abierta, jadeando. De pronto advertí que su corazón no parecía haberle dado problemas en aquella ocasión. No ha tenido tiempo para reaccionar, ¿verdad? La situación era tan absurda que me entraron ganas de reír, pero me faltaba el aire. ¿Qué decía aquella canción que solían cantar los partisanos? «Coge el fusil… y que empiece el baile… haz saltar al enemigo… en esta danza

de la muerte…».

—La vida… no es… un campo… de rosas —conseguí decirle a Anton.

Anton me miró, asintió y me dio su propio veredicto:

—Ya… lo puedes… decir… ¡joder!

«Quien vaya a vivir dos guerras debe saber que la segunda siempre es una decepción en comparación con la primera».

Un veterano de la Primera Guerra Mundial

«… hay personas cuyas lenguas las ha atado un diablo mudo…».

Goriuppe, *Comentarios a los Evangelios*

«El español es uno de los pocos pueblos cuyos defectos les sientan bien».

Anton

«No hay nada más desagradable que obligar a un hombre que no ha comido carne humana a hacerlo. Pero el hombre es capaz de acostumbrarse, poco a poco, a lo más desagradable».
Un náufrago

«Según los diccionarios alemanes, *coitus* significa “dormir juntos”; siempre me ha parecido ridículo».

Anton

«… ¡marchar por separado, pero atacar unidos!».
Moltke, *Feldzugpläne*

Capítulo 6

Decidimos atravesar la colina que teníamos a la izquierda y, desde allí, bajar hasta la carretera del valle para localizar a nuestros amigos. Tranquilamente y en silencio continuamos adelante por un hayedo, parándonos de vez en cuando a escuchar antes de seguir avanzando con cautela. Cruzamos un frondoso barranco que se extendía entre dos colinas y llegamos a un bosque de abetos altos. Allí el camino se hizo más fácil, puesto que el suelo estaba cubierto de agujas de pino que ahogaban el ruido de nuestros pasos. Seguimos descendiendo hacia el valle acompañados por el rumor cada vez más fuerte del río que corría por abajo. Llevábamos los fusiles en las manos. Seguramente parecíamos dos pájaros con el cuello estirado. Y aunque no oíamos disparos ni voces, teníamos la certeza de que los alemanes estaban allí abajo, en algún sitio no muy lejano. Los alemanes no cavaban trincheras ni se subían a los árboles; eso es todo lo que sabíamos de ellos en aquel momento.

La pendiente se hizo más empinada. Anton y yo nos detuvimos al mismo tiempo. A través de los troncos vislumbramos una delgada línea blanca: la carretera. Descendimos un poco más. Aquella carretera de macadán estaba completamente vacía. A este lado, bajaba la empinada pendiente cubierta de abetos; y al otro, se extendía una estrecha franja de hierba detrás de la cual corría un arroyo entre varios alisos. Estábamos unos treinta metros por encima de la carretera, sentados en un tronco enorme. Hasta allí llegaba el sonido del agua lejana, pero nada más. Sentados en aquella penumbra, mirábamos fijamente el lugar en el que podían aparecer varias figuras humanas que nos dejasen intuir cuál era la situación en la que nos encontrábamos. Si los alemanes estaban preparando una emboscada en las montañas, en la parte más alta del valle tendrían un destacamento. Y si ese era el caso, debían de mantenerse de alguna forma en contacto con los que seguían más abajo. Se estarían enviando órdenes, patrullas, todo lo necesario para llevar a cabo una

operación como aquella. Permanecimos sentados durante una hora, pero no ocurrió nada.

Habíamos escogido una buena posición; allí, en la penumbra, nadie nos podía ver, pero a través de los árboles nosotros podíamos mirar a izquierda y derecha, de modo que resultaba imposible que alguien se acercase a nosotros sin que lo advirtiéramos. Además, teníamos una visión perfecta de la carretera. Así que nos pusimos a fumar un cigarrillo que contenía más papel que tabaco. Anton cambió de sitio para ponerse a mi lado. Y sin venir a cuento, dijo:

—A lo largo de este penoso camino, un hombre nunca sabe qué curva le llevará a desandar lo andado.

«España de nuevo —pensé—. Aunque no creo que te apetezca hablar de ello».

Anton tenía la mirada perdida y daba caladas a su cigarrillo. Lo vi haciendo gestos con la cabeza, como queriendo decir: «es absurdo que la vida se repita de esta manera» o «prefiero no hablar del tema». Para mí, no tenía importancia.

¿A qué día estábamos? Un día de noviembre de 1943. ¿Qué día de la semana? Qué más daba. En algún lugar, la gente seguía en la cama, desperezándose, decidiendo si levantarse para tomarse un café o seguir durmiendo un poco. Las agujas de los pinos tenían tanto polvo como un hormiguero abandonado. A Anton le habría gustado hablar, lo sé, pero un diablo mudo le apretaba la garganta. Había cambiado de lugar para poder hablar con más comodidad, pero no había sido capaz de pronunciar ni una sola palabra.

En el hormiguero no había hormigas negras ni rojas, solo agujas de pino, mi mano y la rodilla de Anton. Varios elementos que formaban una parte del mundo: las hormigas ausentes, las agujas de pino, una mano y una rodilla; todo lo demás era superfluo. Mis ojos eran superfluos y el rostro de Anton también, igual que las hormigas ausentes y los minerales de la tierra. Qué silenciosa era la actividad de las células en aquella mano sucia y llena de rasguños, de uñas de un azul negruzco. Al cerrar los ojos, los árboles desaparecían; y al abrirlos, aquellas figuras oscuras y alargadas parecían nadar en la penumbra verdosa. Era como si nos hubiesen cubierto las aguas. Anton había dejado de comunicarse conmigo y no sabía lo que me estaba pasando. El tiempo, que cada uno crea a su medida, nos transporta con una velocidad espantosa a las regiones más lejanas, a ese lugar donde la existencia se muestra en estado puro, donde no hay problemas ni preocupaciones; a años luz de las hormigas ausentes, las agujas de los pinos, una rodilla vendada con un trozo de tela gris y una mano de uñas negras que revuelve las hojas. Se trata de un

movimiento circular que lo absorbe todo y borra las formas y el esfuerzo. La diferencia entre lo que existe y lo que no es ilusoria; el crecimiento y la decadencia son otro ejemplo de la misma farsa. Vivimos el tránsito de un estado a otro; vivimos una metamorfosis secreta, anónima e indefinida, y por eso no puede haber retorno. Nos han dejado solos, vagando en algún lugar del universo, y si alguna vez nuestros ojos se encuentran, ya no serán los nuestros.

Ferrocarriles de Mallorca FEVE N.º 06205
Palma — Arenal — Palma
Precio (impuestos incluidos) 6 ptas.

Leí el billete que sostenía entre los dedos por enésima vez. Ese billete nos libraba del autobús y del río de automóviles que nos adelantaban a toda velocidad por la carretera de asfalto. Letras negras sobre papel amarillo.

Consérvese el billete a disposición de cualquier empleado.

Tres por seis centímetros de papel fino.

Mis ojos, el billete, los dedos —mis supuestos dedos— y la huesuda rodilla de Joseph Bitter enfundada en la fina tela de unos pantalones a rayas marrones. Varios elementos que también formaban una parte del mundo. Allí estaba yo, aparentemente de camino a Palma. Todo lo que me rodeaba hacía pensar que me encontraba en una isla española, que era el verano de 1973 y que la mujer de Joseph Bitter le había dado permiso para que me acompañara a la célebre ciudad de Palma. Ella había preferido echarse un rato porque no le apetecía salir; el día era ventoso y nublado, muy poco apropiado para el baño. Habíamos quedado en reunirnos con ella a las seis de la tarde y le habíamos dibujado un plano de la plaza del mercado, donde había una agradable cafetería. Mientras tanto, nosotros nos dedicaríamos a visitar edificios, museos y la catedral, que abría a partir de las cuatro. Las hormigas ausentes, las agujas de los pinos, mi mano, la rodilla de Anton y el paisaje. Mis ojos, el billete de ferrocarril, mis dedos, la rodilla de Joseph. Meras ilusiones de la existencia y los alrededores. Me fijé en la piel de aquel fornido alemán, áspera y basta, curtida. Aquella piel bien lavada, frotada, apenas envejecida, conservaba algún organismo, algún mecanismo orgánico, algún tipo de conciencia que se me escapaba. Volvería a la normalidad cuando dejase de leer el texto del billete. El contacto entre nuestras mentes era imposible; cuando nuestros ojos se encontraban, países enteros, períodos históricos completos, nos separaban. Él recordaba una gran cantidad de detalles, mientras que yo divagaba y me perdía en el

funcionamiento de las más insignificantes partículas, en el orden natural de los acontecimientos. No podíamos entendernos, solo percibirnos. Nuestros ojos volverían a encontrarse cuando llegásemos a la ciudad y nos pusiésemos a pasear por una ancha avenida. ¿Desde cuándo tenía esa nueva herida en la parte superior de la palma de mi mano? Había mañanas en que descubría un nuevo rasguño y entonces caía en la cuenta de que me había pasado la noche agitando los puños. Pero el colchón era blando, el somier de metal estaba debajo y la almohada me protegía de la cabecera. Nunca resolví el misterio. Pero debí de haberme golpeado con algo duro. Estábamos llegando. Ambos. Ahí estábamos.

—¿Sí? Bueno, bueno. Por descontado, magnífico, bien… ya estamos aquí.

Una cola para salir y otra de unos veinte metros para entrar. Gente que pasaba apresurada. Tiendas, escaparates. Todo seguía un orden claro, establecido. Salimos y giramos automáticamente a la derecha. ¿Un café primero? Desde luego. Aunque ambos nos tomamos una cerveza, como si hubiésemos cambiado de idea en el último momento. En la terraza de una elegante y moderna cafetería nos esperaba una mesa; la única que estaba libre. Gozaba de una excelente posición, desde la que podíamos contemplar la avenida, el tráfico y la gente. En el interior del local sonaba la música, esa agradable pero también apasionada música española.

Dos cervezas. Y también un café. ¿Café? Sí, muy bien. Nos entretienen con varios detalles sobre los decibelios, la temperatura y la contaminación provocada por los tubos de escape. *Dreher Birra*. Palabras, palabras. Escritas, habladas, huidizas; palabras que se pierden en el estrépito y la confusión de los anuncios de colores. Adelfas y mirto en macetas grandes. Cuán absurdo era todo aquello. ¿Existe acaso una estupidez mayor que el turismo? El absurdo puede ser disfrazado con los adornos más variados del sentido común. El turismo, por ejemplo, tiene muchos aspectos provechosos: abre la mente, mejora la salud, tonifica el sistema nervioso, alivia la tensión interna… cualquier cambio de entorno se considera, en general, como positivo. Del mismo modo, también podemos encontrar numerosas ventajas a lo absurdo de las guerras. Se trata de ordenar los detalles en función de una idea. Ya no tenía la necesidad de escuchar las palabras de Bitter; bastaba con hacer algún comentario de vez en cuando para confirmarle que le estaba escuchando. Quién sabe si los demás también son incapaces de ir más allá y se limitan a ver lo que se supone que tienen que ver, o si se dedican a mirar desvergonzadamente bajo la superficie de las cosas, igual que el

pornógrafo mira por debajo de la ropa, el carnicero hurga por debajo de la piel, el fisiólogo estudia el movimiento y el metafísico trata de entender la existencia. Qué alivio que al final se presente una chica bien vestida, con una manera de andar atractiva, con unas caderas prometedoras y un vestido que le queda perfecto, ni demasiado ajustado ni demasiado holgado, que esconde para mostrar. Una entre mil, pero que siempre aparece; solo es cuestión de esperar y no perder la esperanza. Entonces los cigarrillos huelen mejor, la circulación se aviva y la luz se vuelve más cálida.

—La guerra puede matar a los hombres, incluso si sobreviven físicamente —observó Joseph—. Cuando algunos compañeros que estuvieron presos volvieron, se habían convertido en meras sombras, en cadáveres con vida. Sus cuerpos habían resistido, pero algo en ellos había muerto. Y puesto que la bestia que llevamos dentro nunca muere, ¿qué es lo que les faltaba? De un modo u otro, la guerra también nos ofrece compensaciones: apreciamos más la vida, aceptamos mejor el destino, nos adaptamos mejor al entorno. Los hombres aprenden a identificar sus verdaderas necesidades y descubren sus valores y lo que ellos mismos valen. Todo ello afecta a lo que les rodea, estableciendo así una serie de influencias positivas. Así pues, ¿qué es lo que muere en el hombre que sobrevive a la guerra? ¿Sus ideales? Los ideales no son importantes. ¿La religión? La religión forma parte de los ideales. Ese hombre adquiere nuevos conocimientos, una nueva mirada que no le permite aceptar el mundo tal como es. Claro que hay fanfarrones que más adelante hablarán de la guerra como una sucesión de aventuras en las que ellos desempeñaron un papel determinante. En el fondo, todos esos héroes son unos embusteros consumados de poca inteligencia. En cuanto a los muertos vivientes, sabes a quiénes me refiero, ¿verdad?

—Bueno, supongo que se refiere a una categoría especial de hombres, ¿no es eso? No a los que sobreviven y olvidan, ni a los que van por el mundo presumiendo estúpidamente, sino a los seres humanos con un cuerpo como el suyo o el mío, que cargan con un peso muerto en el alma. ¿Se refería a eso?

—Más o menos. Algo les ha afectado el alma. Ahora bien, lo difícil es saber qué les ha afectado y dónde exactamente.

—¿No podría ser que un acontecimiento, o una cadena de acontecimientos, les hubiese afectado tanto que hubiese hecho pedazos alguna parte de su alma?

—Los americanos hacen bien en dedicar tanta atención a la rehabilitación psíquica y moral de los veteranos de guerra. Mi mejor amigo de juventud, llamémosle Heinz, es un buen ejemplo de lo que

estamos hablando. Heinz era un hombre completamente normal, un hombre de negocios. Sus experiencias en la guerra no fueron peores que las mías; de hecho, diría que no fueron tan malas. Sin embargo, sufre continuas crisis espirituales. Podemos estar hablando de cualquier cosa cuando, de repente, veo que tiene la mirada perdida. Yo ya sé qué le pasa. «¿Cuántos murieron, Joseph? —me pregunta—. ¿Cuántos familiares, compañeros de colegio, amigos y conocidos? Yo los llevo a todas partes, aquí dentro, conmigo, como si todavía existieran… a su lado envejezco, pero ellos siguen siendo jóvenes…». Pese a todo, sé que no es eso lo que le deprime. La guerra te enseña otra forma de vida, muy diferente a la que estabas acostumbrado en la juventud. Hay quien sobrevive a la guerra con lesiones, más o menos importantes; hay quien sale indemne de ella; y hay quien experimenta un cambio de personalidad. Heinz nunca superó la guerra, nunca volvió del todo con su familia, nunca volvió a entender el concepto de propiedad. No sé si me explico. No estoy hablando de aspectos morales, sino de aspectos biológicos o sociológicos.

Joseph me lanzó una mirada penetrante. Nos encontrábamos, junto a un grupo de turistas de todo el mundo, ante un antiguo altar de la catedral. El guía iba soltando su discurso en diferentes lenguas, destacando los detalles que no debíamos olvidar.

—¿Ha mencionado el concepto de propiedad?

—Sí. La sociedad se basa en un cierto concepto de la propiedad. Pero en la guerra, y esto vale para todos los ejércitos del mundo, ese concepto se modifica. No te imaginas lo importante que es disponer de una navaja; sí, de una simple navaja con abrelatas y sacacorchos. A nadie le interesa tener una casa, ya que el enemigo la puede bombardear; a nadie le interesa tener un coche, ya que el ejército lo puede requisar; a nadie le interesa tener una cuenta en el banco, ya que el dinero puede perder todo su valor. La misma ropa, las mismas armas, el mismo plato y un poco de dinero, ¡Dios mío! En época de guerra, el concepto de la propiedad se desvanece como el humo. Al menos, excepciones aparte, es lo que suele pasar. En época de guerra lo que importa es la posición que ocupas, la relación que estableces con los superiores, los subordinados y los compañeros. Independientemente del lugar donde se encuentre el enemigo, una buena posición implica seguridad; y una mala posición, peligro. Remarque lo explica muy bien. ¿Ha leído *Sin novedad en el frente*? Remarque defiende una especie de solidaridad. Sí, lo hace. Y esa solidaridad es muy importante. Los nazis también lo sabían, amigo mío. ¡Porque en el fondo de la solidaridad se encuentra la biología de la seguridad!

—¿No cree que también hay algo de amor?

—¿Amor? Seguramente. Sí, desde luego. Pero ¿qué entendemos por amor, amigo mío?

—Sí, ¿qué entendemos? —me pregunté en voz alta.

Nos miramos extrañados. Ambos estábamos actuando. Dejé que continuara.

—De pequeños, Heinz sentía predilección por los abejorros y yo por los renacuajos —observó.

A lo que, tranquilamente, repliqué:

—El amor por la patria es equivalente al amor por el hígado de ternera *à la crème*.

Las relaciones son importantes, lo más importante. Estaba preparado para atacar. Un estratega experimentado espera el momento adecuado, lo sabía. Se acercaba la hora del enfrentamiento, ese enfrentamiento que habíamos llevado dentro durante treinta años. ¿Cuál sería el resultado? Remarque estaba de mi parte; sabía que para Joseph Bitter no era más que el apellido judío Kramer escrito al revés. Siguiendo la tradición, escogeríamos el lugar del encuentro, examinaríamos el campo de batalla. Y para comparar la última guerra con otras, elegimos el puentecito de la aldea italiana de Arcole.

—¿Admira a Napoleón?

De victoria en victoria…

Ese hijo de perra salió de Córcega entre 1796 y 1797,

Montenotte, Millesimo, Dego, Mondovì, Cherasco, Lodi,

el Piemonte está tomado; las puertas de Italia, destruidas,

Lodi, Lonato, Castiglione, Roveredo, Bassano… y ahora una marcha nocturna a través de los cenagales, por los embalses de Adige… antes del amanecer, los granaderos alcanzan el puente, que es el único paso. Pero, contra todo pronóstico, el puente está fuertemente vigilado. Los cañones empiezan a bombardearlo. Se trata de una emboscada, pues las tropas croatas del ejército austríaco también atacan por el otro lado.

… aquello no fue una batalla, sino una matanza… El puente se cubrió de cadáveres de soldados franceses. «Por debajo del puente, la sangre tiñe de rojo el cauce del río Alpone». Los franceses cayeron en la trampa. La primera columna fue aniquilada; la segunda, la tercera y la cuarta avanzaban directas al desastre. Los cañonazos, como una escoba gigante, barrieron a los soldados del puente. Y el resto no se sintió capaz de continuar un ataque que para ellos significaba la muerte.

—Napoleón cogió una bandera y se dirigió al puente.

«Según Tolstoi y Taine, Napoleón era un cobarde; Stendhal, sin

embargo, no compartía esa opinión», pensé.

—Un buen comandante debe saber jugar sus cartas —comentó Joseph Bitter.

Parecía muy seguro de lo que decía.

«La valentía y la cobardía son igual de contagiosas —observó un escritor que hablaba sobre la guerra—. Es como encender una vela con otra».

Bitter y yo seguimos con la reflexión:

—Una batalla es un caos desorganizado; todos los que participan en ella ven las cosas desde diferentes ángulos. Más tarde, crece la leyenda y los que vivieron el enfrentamiento apenas influyen en el relato. Por lo general, las leyendas las inventan unos cuantos cobardes que no han abandonado nunca la seguridad de sus casas. Por eso suelen ser historias heroicas.

Y, a continuación, volvimos a la leyenda:

—Napoleón cogió una bandera y se dirigió al puente. A sus espaldas se apiñaban los granaderos y los comandantes que seguían con vida.

»Durante la primera salva, el general Lannes protegió a Napoleón con su propio cuerpo y cayó muerto. Entonces los comandantes rodearon a Napoleón. Durante la segunda salva, el coronel Muiron se desplomó sobre el pecho de Bonaparte y su sangre salpicó la cara del futuro emperador. Cuando llegaron al extremo del puente, croatas y eslovenos salieron al ataque con sus bayonetas e hicieron retroceder a los franceses. En el caos que siguió a continuación, los granaderos se llevaron a Napoleón. Este, sin embargo, cayó en el cenagal y empezó a hundirse en él. Una vez más, los franceses atacaron el puente, rescataron a Napoleón —nadie sabe cómo— y lo llevaron hasta la orilla para luego subirlo a lomos de un caballo.

De todo lo anterior, saqué la siguiente conclusión:

—Los soldados esperan que sus comandantes y oficiales sacrifiquen sus vidas por ellos. Napoleón se sacrificó por la victoria. Los croatas se sacrificaron por Austria. El mariscal austríaco Alvinczy amaba a sus soldados croatas y eslovenos. Napoleón amaba a sus oficiales y granaderos. Los austríacos estaban defendiendo la libertad de su país antes los invasores. Los franceses traían la libertad a ese mismo país. Todos estaban dispuestos a sacrificarse por la libertad. Todos amaban su tierra; todos amaban la libertad. También amaban a sus compañeros y a sus comandantes. Dos amores unidos por un odio corrosivo que les llevó a enfrentarse a vida o muerte. Una leyenda sobre el amor.

Bitter sospechaba hacia dónde iba. Y mientras me escuchaba, su

boca dibujó una sonrisa.

—Tras la batalla del puente de Arcole, los austríacos se retiraron de Mantua, de Verona, de toda Italia; y los franceses siguieron avanzando de victoria en victoria hasta las pirámides egipcias, hasta Marengo, Austerlitz, Jena, Friedland… y más allá. En Waterloo, la lluvia los detuvo… y, más tarde, en la isla de Santa Elena, aquel hombrecillo enfermo tuvo tiempo de sobra para reflexionar. Según dicen, en su lecho de muerte estuvo soñando (¿o tal vez delirando?) con la batalla del puente. «*Tête… armée…*»[16], susurró.

Examinemos a ese hombre que amaba la guerra.

—Allí, en Arcole, Napoleón era el hijo de la revolución. La República traía libertad y rompía las cadenas de los pueblos oprimidos. «Me alegro de que los austríacos se hayan retirado —escribió al archiduque Carlos después de la batalla del puente—. En mi opinión, la vida de un solo hombre es más valiosa que cualquier victoria». En aquel momento luchaba por la paz. O al menos eso decía. Amaba la guerra para conseguir la paz. Napoleón amaba la revolución, amaba la República y respetaba la vida humana. Pero tras la coronación, pasó a amar el Imperio y eliminó a todos los enemigos que tenía. «El millón de vidas que se interpuso en su camino no significaba nada para él», dijo Metternich.

»Napoleón construyó una terrible máquina militar. Todos sabemos que entre las tropas napoleónicas predominaba la solidaridad. Parece ser que desde Alejandro Magno y Julio César solamente ha habido ejércitos mercenarios, sin el menor asomo de la moral que infunde la camaradería militar. Un auténtico líder sabe cómo instaurar el espíritu de camaradería entre sus soldados. Y un auténtico soldado cree ciegamente en su comandante.

»El ejército es la familia del soldado; el estado, su madre; el comandante, su padre; y los compañeros, sus hermanos. El amor por la patria se convierte en un vínculo inquebrantable. El honor ocupa el lugar de la amada. Y las armas son sagradas.

»¡Arrastraos! ¡Adelante! ¡Arrastraos! ¡Adelante! Y ahora, agachaos. Un, dos. Un, dos. ¡Arrastraos! ¡Cuerpo a tierra! ¡Adelante! ¡En marcha! Izquierda, derecha. Izquierda, derecha.

»Napoleón cogió una bandera y se dirigió al puente.

»¡Por la unidad, por la fraternidad, por la libertad! ¡Por la revolución! ¡Por la República! ¡Por la libertad de Europa! Pero nadie dijo: ¡por la ocupación de un nuevo territorio!

Me detuve para coger aliento. Y pensé: «¿He de avergonzarme por haber sentido afecto por el hombre de la gorra de piel? Seguramente es absurdo considerar la solidaridad como una forma de amor. Pero

¿qué saben los soldados de carrera, los que se alistan, de la solidaridad que se establece entre los voluntarios que van a la guerra para luchar contra unas fuerzas de ocupación enemigas?».

Joseph Bitter empezó a pensar en voz alta:

—Desde el principio de la instrucción, el estrés emocional al que están sometidos los soldados responde a una sola exigencia, la de integrarse completamente en el ejército, la de convertirse en «uno de los nuestros», de modo que en lo más profundo de su alma sea incapaz de pensar que algo va mal y que se sienta culpable de traición si en algún momento alberga la más mínima duda.

Yo seguí reflexionando.

«¿Por qué un soldado profesional, un soldado oficialmente reclutado, que ha pasado por el período de instrucción y al que envían al frente no puede seguir siendo válido pese a que haya dudado? ¿Qué pasa entonces con los voluntarios, con los observadores, con los que no están directamente implicados? ¿Acabarán volviéndose locos? Menuda existencia la del homo sapiens, la del hombre medio, la del hombre que piensa; ese hombre que se ve atrapado entre un terrible enemigo y la amenaza de un consejo de guerra».

Bitter continuó:

—En el fondo, todos los soldados perciben que las enseñanzas de su propia civilización son falsas. Se dan cuenta de que la relación entre las personas no tiene nada que ver con la que se describe en los libros, que la vida humana es algo muy distinto; que nuestras vidas están en manos de fuerzas ciegas y estúpidas que nos conducen por caminos desconocidos. Todos los soldados lo perciben, y esa percepción es cada vez más intensa. Cuando dos soldados lo perciben al mismo tiempo, todo cambia: aunque no se atreven a decir lo que piensan, una o dos indirectas les llevan a establecer una alianza secreta, una alianza necesariamente secreta, puesto que sobre ellos planea la amenaza de la policía militar y el consejo de guerra. Esa percepción es un crimen contra la «causa común», una traición a los compañeros que se han puesto una venda en los ojos para poder seguir adelante sin albergar ninguna duda en su interior.

Tanto Bitter como yo habíamos vuelto al pasado para defender nuestra posición.

—De hecho, todas las leyendas conducen a la decepción más absoluta —dijo Bitter cansadamente—. El soldado se enfrenta a la verdad desnuda; desnuda, pétrea, ciega, sorda y sin adornos. A un sentido de la realidad que, de forma silenciosa, cruel e imperceptible, pero certeramente, acaba matando la alegría de vivir. Ciertas células humanas son irreemplazables.

Mientras tanto, yo seguí con el argumento de Napoleón:

—«En nuestros días, la gente no piensa en llevar a cabo grandes hazañas. Yo les daré un ejemplo», proclamó Napoleón. Y más tarde reconoció: «En aquella época despreciaba todo lo que no significase la fama».

¡Dos pares de botas de recambio en el petate y unas nuevas en los pies!

—De Rivoli a Mantua hay casi cincuenta kilómetros de distancia. Los seis mil hombres de Napoleón tuvieron que hacerlos a pie, a lo largo de toda una noche y un día, antes de lanzarse sobre el enemigo, que contaba con dieciséis mil soldados. Pese a todo, vencieron. Llegaron, lucharon y ganaron la batalla de la Favorita. «En el cielo napoleónico, Favorita brillará siempre como un diamante maravilloso». «Las legiones romanas recorrían casi cuarenta kilómetros al día. Las mías recorren casi cincuenta, y aprovechan los descansos para luchar», escribió Napoleón al Directorio. En algunas zonas, las divisiones motorizadas de Hitler llegaron a recorrer más de cien kilómetros al día.

Mientras lo decía, advertí que no tenía ni idea de cuántos kilómetros había sido capaz de recorrer yo en un día. Sin lugar a dudas, los alemanes que nos perseguían, unidos por un fuerte vínculo de solidaridad militar, podrían habernos facilitado la cifra.

Sin piedad, continué hablando:

—La gente siente amor por los caballos, los perros, los animales; por los ancianos y los niños; por el sol, el calor y la luz; por la libertad, la paz y el trabajo; por los viajes, la natación, la navegación, la lengua propia, los libros, el teatro y el cine. Un domador ama a sus fieras; una viejecita, a su gato, su canario o sus peces. Sabemos que la gente ama a Dios y a las mujeres bonitas, y la morcilla con col fermentada. El coito, el amor de los cuerpos, convive con el amor por los reptiles… Pero ¿qué nos une, señor Bitter?

Bitter me miró muy serio.

—¿La fe, la esperanza, el amor? ¿La fe en qué? ¿La esperanza de qué? ¿El amor a qué? Bajo un cielo azul, incoloro. En una vida desgarrada por la duda.

De repente, me vinieron a la mente unas palabras.

—«El hombre que muere por su patria ha vivido suficiente». Esas son las palabras de Dante que nuestro poeta Rob citó antes de que lo fusilara un pelotón italiano.

»Amaba, tenía esperanza, tenía fe. ¿No estamos en deuda con él? Ese hombre de barba roja, pelo rojo, sin atractivo alguno, que no tuvo suerte con las mujeres, pero que era valiente e inteligente.

»¿Tengo que avergonzarme por recordarlo con tanta frecuencia?

»¿Debemos dejar que todas sus esperanzas en un mundo mejor mueran? ¿Qué hay de su fe, su esperanza y su amor? A pesar de las dudas y las mentiras, llegó hasta el fondo.

En respuesta a mi propia pregunta, dije:

—Hay que ser consecuente hasta el final. Todos los caminos tienen un final.

Desconocemos el final. La fe, la esperanza y el amor conducen a un final desconocido. Un final desconocido que se encuentra en lo más hondo, en el punto de intersección entre las esperanzas del día y las dudas de la noche. El efecto de la bebida, cuando nos despertamos a altas horas de la noche, nos desgasta; pero no hay que preocuparse: el día pasará, la noche también, el sol brillará para luego volver a desaparecer. Los seres humanos necesitan amor. Y no solo para reproducirse.

—Mi mujer y yo nos queremos —dice Bitter—, claro está. Y también nos necesitamos. Va a ser terrible cuando uno de los dos muera. Ella es siete años más joven que yo, y ya ha visto lo protectora y maternal que se muestra conmigo. Me proporciona una cierta sensación de seguridad, y también yo a ella. En ocasiones pongo distancia entre nosotros, la engaño, le miento. Sé que ella lo sospecha, lo siente, lo ve. Pero no es como la policía militar, que no aceptaría un traspiés, ni tampoco me juzga como lo haría un consejo de guerra. Pacientemente, me educa y me alecciona; conoce y ama mis defectos, de modo que entre nosotros se ha establecido una especie de acuerdo, una mezcla de conquista y esclavitud para mí, y todo lo contrario para ella.

Tras aquellas palabras, añadió de repente:

—En el hotel me han dicho que es usted yugoslavo. No sé por qué me lo ha escondido…

Oh, qué grande y alta es la montaña de Jahor…

Anton y yo probablemente ni siquiera nos miramos cuando, al oír un sonido familiar cercano, volvimos a lo que llamamos el aquí y ahora. Habíamos volado por la inmensidad del espacio para volver rápidos como un rayo y aterrizar juntos en el bosque. Allí, en la carretera, en la parte alta del valle, oímos el rugido metálico de los tanques. ¡Desde luego, no eran de los nuestros!

Rápidamente bajamos por la cuesta de la izquierda, cubierta de gruesos abetos. Nos encaramamos a las ramas, algunas de las cuales tocaban el suelo, y trepamos hasta quedar a unos cuatro o cinco metros por encima de las raíces. Cada uno de nosotros estaba situado en un árbol, a unas dos brazas de distancia y unos ocho metros por

encima de la carretera, que pasaba por debajo. Ambos nos agarramos con fuerza a nuestro árbol y miramos en la misma dirección a través del ramaje.

De entre la vegetación surgieron dos formas enormes. El ruido se hizo más intenso y pudimos distinguir el sonido metálico de las formidables orugas del rugido de los motores. Por detrás del primer tanque empezó a asomarse el contorno del segundo. El primero tenía la cabina cerrada y el largo cañón bien engrasado, y avanzaba a un ritmo constante. La arena clara de la carretera había manchado las placas de las orugas. La cabina del segundo tanque estaba abierta, y de allí sobresalía una figura con uniforme oscuro y una gorra en la cabeza en vez de casco. Aquel hombre miraba tranquilamente hacia el frente. Aunque las ramas lo ocultaban, en un momento dado pude verlo sin problemas. Se trataba de un comandante. A sus espaldas, resonó el motor de un automóvil blindado de color gris.

El primer tanque nos pasó por debajo a muy poca distancia. Iba más rápido de lo que pensaba. Cuando se acercó el segundo, me fijé en los distintivos y la charretera del hombre de la cabina. Si en aquel momento me hubiese caído, habría aterrizado en la oruga, a un metro de distancia del hombre. El tanque funcionaba como una máquina bien lubricada. El comandante llevaba unos guantes de piel negros y se sujetaba en el borde de la cabina; era joven y fuerte, fornido y ancho de espaldas, y llevaba la nuca bien rasurada… ¡y entonces!

Entonces giró la cabeza tratando de echar un vistazo hacia atrás y hacia arriba… Había notado mi mirada en su nuca… Asustado, procuré pensar en otra cosa… Estaba subiendo una montaña… subiendo… y debía llegar a la cima… lejos, lejos de allí… El comandante inspeccionó rápidamente el entorno… y su mirada se acercó a mí… Pero no consiguió descubrir el origen de su inquietud y decidió continuar adelante… Noté que Anton me miraba fijamente; su mirada era de reproche y estupefacción, pero enseguida se relajó… Todo aquello apenas duró un instante. El automóvil blindado pasó rugiendo y tras él avanzaron varios camiones cubiertos con lonas… ¡Por qué poco nos habíamos librado! Si aquellos alemanes hubiesen abierto fuego contra los árboles, no sé si habríamos podido escapar… Pero ¿lo habrían hecho? Quién sabe, depende de las ganas que tuviesen de divertirse.

Nos quedamos un rato en las horcaduras de los árboles. En la carretera no hubo más movimiento. Al anochecer, empezamos a descender poco a poco por el valle, en paralelo a la carretera.

Nos acercamos a la primera casa del pueblo; una débil luz brillaba en una de las ventanas. En la carretera no había nadie.

Atravesamos un huerto para llegar a la segunda casa. Nada hacía pensar que estuviese habitada. La casa de nuestro enlace era una de las últimas del pueblo. ¿Que si recordaba el nombre? Por supuesto.

La gente sabía que era mejor no aventurarse a salir a la calle.

Avanzamos sigilosamente, con el corazón en un puño, a través de aquel siniestro silencio solamente interrumpido por el murmullo del agua que corría cerca.

Con cuidado, llamé a la ventana de una casa. Tras las cortinas brillaba la luz de una lámpara. Durante un buen rato, no pasó nada. Hasta que apareció el rostro de una anciana.

—María, ¿eres tú? —dije en un susurro—. ¿Dónde están los alemanes?

—Quién sabe. Lo más probable es que hayan seguido adelante. Corred, chicos, marchaos.

Había miedo en su voz.

Finalmente, encontramos el lugar. Dos mujeres, madre e hija, y tres pequeños de entre cuatro y ocho años. Los dos más jóvenes eran niños. La dueña de la casa estaba completamente atemorizada. Nos hizo sentarnos a la mesa y nos trajo una escudilla de leche caliente y una cazuela con patatas hervidas.

—¿No lo habéis visto? ¿Es que no habéis venido por la carretera? Hay unos quince cadáveres allí tirados. Algunos todavía sostienen en las manos esas octavillas que han lanzado desde los aviones, esa propaganda que promete seguridad y comida. Son los que se han rendido. Un viejo leñador me ha dicho que en Strahomer ha pasado lo mismo con otros veinticinco. Los alemanes volvieron hace apenas unas horas. Sí, lo han saqueado todo. Han mirado debajo de los colchones, han utilizado las puntas de los fusiles para remover la paja y el heno, han abierto los armarios y han subido a la buhardilla. Han metido sus entrometidas narices en todos los rincones de la casa. Pero, venga, comed, comed.

Estábamos sentados a la mesa de la entrada. La puerta estaba entrecerrada y los niños entraban y salían.

Leche caliente. Patatas deliciosas.

De fuera nos llegaron unas voces de hombre. Todos nos sobresaltamos. La niña entró corriendo en la casa y susurró alarmada:

—¡Los alemanes!

Anton y yo nos levantamos de un salto y agarramos los fusiles. ¿Hacia dónde ahora? Pero la mujer nos cogió por los codos, nos empujó a la sala y cerró la puerta tras nosotros. Nos acercamos corriendo a la ventana, decididos a saltar fuera, pero unos gruesos barrotes de hierro nos bloqueaban la salida. Para entonces, las voces

de hombre ya estaban en la entrada y, sin lugar a dudas, hablaban alemán. Conduje a Anton a un lado de la puerta y saqué la granada del bolsillo. A la débil luz que se filtraba por la ventana, el metal brillante resplandeció. Puse la mano en el tirador. Debía ir con cuidado para no activarla demasiado pronto ni demasiado tarde. Debía esperar a que se abriese la puerta, esperar a verlos entrar, para así conseguir que nos acompañasen al paraíso. Pensé en los cadáveres de la carretera, en aquellos ingenuos partisanos que habían creído en el honor de los soldados alemanes. Habían revuelto la paja y el heno. Y estaban aquí de nuevo. Para registrar la casa una vez más. ¿Por qué hay dos escudillas en la mesa? Vaya. A mi lado, Anton respiraba entrecortadamente, con dificultad. Sentí la calidez y suavidad de aquel huevo de metal que sostenía en las manos. Todo dependía de él. ¿Dónde había dejado mi fusil? Seguramente lo llevaba colgado en el brazo. Me imaginé la explosión, el fogonazo; había visto estallar unas cuantas granadas de noche y sabía que no había nada igual. Al tiempo que la puerta se abriese, aparecerían sus siluetas… se colaría la luz de la entrada… y oiría algunas palabras en alemán… tal vez: «Oye, Joseph, mira allí dentro…». Pero no estaría solo. Lo acompañarían dos o tres más. La tensión se apoderó de mi estómago y de los músculos de mi cuello. Apenas sentía las piernas. Todos los hombres deberían pasar por una experiencia similar una vez en la vida… ¿Qué? ¿La granada? No, todo lo que se avecinaba. Nos habíamos entretenido saboreando la leche caliente y las sabrosas patatas… y ahora teníamos la boca seca, rasposa, como si fuese cuero. La explosión nos desgarrará la carne… y no notaremos nada más… será como un golpe mortal, indoloro, acompañado de un silencio embriagador. Nos quedaremos dormidos. Eso es todo. Un destello repentino, una suave oscuridad y el descanso; porque, de todos modos, estoy agotado; el camino ha sido largo. Oigo pasos fuera, pasos lentos y pesados. Las palabras sin significado se alejan. Si llego a entender algo de lo que está pasando, seré incapaz de contarlo. La sala deja de estar a oscuras para inundarse de luz. La puerta empieza a abrirse, pero no me muevo. Algo me detiene la mano. Veo a la dueña de la casa, que se dirige al espacio vacío que tiene delante:

—Se han ido…

¡Todavía teníamos que salir de aquella maldita trampa!

—Os puedo dar algunas cosas para que os las llevéis —nos dijo la mujer—. Tengo aceite, harina, chicharrones, patatas, lardo… Id a casa de Ravbar, allí podréis cocinar. Jerica os enseñará el camino. Ravbar es un buen hombre, aunque su hija sea un poco antipática. Pero allí estaréis bien. Más seguros que aquí. Aquí estamos demasiado cerca de

la carretera.

La mujer preparó una cesta, me la dio y salimos por el patio. Estábamos ella, la pequeña Jerica, Anton y yo.

—La casa de Ravbar está allí abajo, junto al río. Decidle que os envío yo. Buen Dios, haz que todo salga bien. Buenas noches, chicos.

Ravbar era un hombre alto y delgado, un poco encorvado. Más tarde nos comentó que estaba enfermo de los pulmones. Jerica le dijo algo cuando apareció en la ventana, después de apagar la luz. Acto seguido, la pequeña se despidió y se fue.

Ravbar tenía una buena lámpara de carburo, que despedía una intensa luz blanca. El horno todavía estaba caliente. De la cocina salió una chica guapa, descalza y con el cabello suelto, que llevaba una especie de camisón ancho y blanco. Nos lanzó una mirada asesina, pero no dijo nada, se limitó a poner mala cara y volver por donde había venido. Ravbar nos acompañó a una mesa amplia y nos sirvió un vaso de sidra, que era justo lo que nos hacía falta.

—Los alemanes estuvieron aquí antes. No creo que vuelvan esta noche. No les gusta apartarse demasiado de la carretera.

Al contarle lo que nos había pasado en la otra casa, sacudió la cabeza y suspiró.

—Os ha dado algo, ¿verdad?

Ravbar inspeccionó la comida que habíamos traído en la cesta.

—¿Os apetece comer? ¿Tenéis tabaco? A mí todavía me quedan algunos cigarrillos. Antes de enfermar, solía fumar de vez en cuando.

Ravbar sacó una caja con algunos sobres y tabaco de diferentes marcas: Zeta, Morava, Neretva, Ibar, Drava y también Vardar, ese que tenía las letras doradas. El futuro inmediato era prometedor.

—¿No queréis poner los pies en una tina con agua? Os aliviaría un poco. ¡Sabina, Sabina!

De la habitación del fondo nos llegó una respuesta desabrida.

—¿Qué pasa? ¿Qué quiere ahora, padre?

—¿Nos traes una tina con agua caliente, Sabina?

—¿Para qué?

—Para que se laven los pies.

—¡Que la cojan ellos mismos! ¡Acabaremos todos con piojos!

Ravbar nos trajo dos tinas con agua tibia y echó un puñado de sal a cada una. Anton y yo nos quitamos las botas, escondimos los peales sucios debajo de la mesa y metimos los pies en el agua mientras suspirábamos de alivio. Ravbar se sentó a la mesa. Y allí, con los pantalones arremangados, nos fumamos un cigarrillo sin prisas y en silencio. Ravbar llevó la comida a la cocina. Lo oímos discutir con su hija, que de buena gana nos habría echado de su casa. Anton me lanzó

una mirada inquisitiva. ¿Y ahora qué? Movimos los pies en el agua. Teníamos los fusiles cerca, al alcance de la mano, apoyados en un banco y una silla. Me desabroché el cinturón y dejé el petate y la manta a un lado. Anton siguió mi ejemplo. Entonces Ravbar volvió.

—He puesto la polenta al fuego —dijo.

Luego miró por la ventana y asintió. Todo estaba tranquilo.

—No os preocupéis. Estoy seguro de que esta noche no volverán.

Rabvar tenía problemas con su hija; se llevaban fatal. Por lo visto, la joven era de ideas fijas y a veces parecía que fuese a volverse loca. Como su madre.

—Mi mujer padecía unas migrañas terribles. Murió en el hospital, pero no sé de qué. Sabina y yo llevamos solos dos años. Cuando quiere, puede ser muy atenta. Pero cuando le da un arrebato, ya habéis visto cómo es. Tomad, secaos los pies con esto. Sé lo que es marchar con el ejército. En la Primera Guerra Mundial estuve en Galicja, en los Cárpatos. Voy a ver si el agua ya hierve.

Oímos una nueva discusión con Sabina, que cada vez parecía más enfadada.

—Voy a avisar a los alemanes —gritó.

Cuando Ravbar volvió, tenía la cara encendida y se había llevado la mano al pecho. Tosía.

—Está loca, loca de remate —jadeó—. Por favor, no le hagáis caso… hacedlo por mí… Maldita sea… No tiene ni una pizca de sentido común en la cabeza…

Sabina entró en la habitación, arrastró una silla de la mesa y se sentó en ella. Luego nos miró, a mí especialmente, con actitud desafiante. Ravbar alargó las manos como para tranquilizarla. Todavía vestida con aquel camisón ancho, se había sentado en una postura poco femenina, con las piernas completamente separadas. No estaba nada mal; tenía unos pechos voluminosos y unas caderas robustas. Sus ojos brillaron al explicarnos que su «prometido» era un oficial de la milicia nacional a cargo de un control de carreteras y no un harapiento rufián como nosotros. Los domingos se ponía unos guantes blancos y cruzaba el control como una señora. Los soldados la saludaban sin más y no comprobaban su documentación. ¿Qué dirían si se enterasen de que su padre había ayudado a unos piojosos como ellos? Sería una vergüenza para cualquier casa honrada.

—¡Maldita ramera! —repliqué sin miramientos—. Pero ¿sabes lo que estás diciendo?

Al oír aquellas palabras, Sabina entró en cólera.

—¿Ramera? ¿Me estás llamando ramera? Ponte las botas, desgraciado, y sal de aquí. No quiero ver ni el cazo de polenta.

La joven estaba de pie, con los brazos en jarras, golpeando el suelo pintado de rojo con sus pies descalzos. Su padre intentó calmarla sin resultado.

Entonces la amenacé.

—¡Venga, dispara! —bramó—. Coge ese fusil robado y dispara. Es lo único que sabéis hacer, disparar a mujeres y niños.

Me sequé los pies y me puse las botas mientras ella seguía renegando. Que nunca nos podríamos permitir un par de calcetines. Que las botas que llevábamos se caerían a pedazos.

También Anton se calzó. Ravbar consiguió que su hija lo acompañara a la cocina. Todo el tiempo hablaba. Me habría gustado lavar los peales, pero en aquella situación resultaba imposible.

—Estúpida pueblerina —murmuró Anton—. ¿Y ahora qué?

Ravbar volvió para decirnos algo, pero le sobrevino un fuerte ataque de tos y apenas pudo pronunciar palabra. Enrojeció y se llevó ambas manos al pecho. De la cocina nos llegó un ruido de cacerolas. ¿Sería capaz de tirar nuestra comida? Ante la amenaza, me dirigí hacia allí. La cocina estaba limpia y ordenada. Había una mesa cubierta con un mantel adamascado, un armario, una cocina económica y un cajón para leña. En la pared había estanterías para los platos y la cubertería.

Sabina me bloqueó el paso. ¿Qué buscaba allí? Hizo un gesto para apartarme, pero en cuanto me tocó, perdí los estribos. La cogí de las manos y se las retorcí. Un instante después estaba arrodillada en el suelo, aullando de dolor. Y mientras la sujetaba con la mano izquierda junto al cajón de la leña, alargué el brazo derecho para coger el cucharón que había en la estantería de encima. El primer azote en el trasero resonó con un chasquido ensordecedor. Sabina emitió un gemido ronco, diferente a los anteriores. Yo seguí azotando aquellas nalgas redondeadas, que se agitaban y temblaban. Todavía no sé lo que me pasó por la cabeza, pero el caso es que cogí el borde de su camisón y se lo levanté hasta la cabeza. Debajo de aquella tela, Sabina estaba desnuda. Con la mano izquierda la sujetaba por las muñecas, agarraba el camisón y probablemente también parte de su pelo. Y con la derecha, seguía atizando aquella carne torneada, que empezó a enrojecer a medida que surgían las marcas de los azotes.

Sabina sollozaba y se atragantaba, emitiendo unos gritos ahogados que se iban repitiendo regularmente. Cada vez oponía menos resistencia; era como si se hubiese resignado a su destino. Sentí el latido de mi propia sangre en el cuello y en las sienes. A mi alrededor, todo adquirió un brillante tono encarnado y mis entrañas empezaron a agitarse. Sabina había conseguido liberar su mano izquierda, pero eso

ya no tenía la menor importancia. Sentí su mano entre mis piernas. A partir de aquel momento, todo sucedió muy rápido. En un instante me desabrochó los pantalones y se apoyó en la mesa. Yo ya no aguantaba más. Le solté la mano derecha, la agarré por las caderas y la penetré por detrás mientras el cucharon salía volando por los aires. Sabina se encogía y empujaba, con la cabeza oculta en el cabello que le tapaba la cara. Mi primera embestida en su interior húmedo y cálido fue como una descarga eléctrica. La levanté y seguí embistiendo una y otra vez. De pronto advertí que estaba atrapado, que no era más que un esclavo, pero no me importaba… había enloquecido de placer… Su carne redonda se fue abriendo y cerrando hasta que se apoderó de nosotros un repentino espasmo. Acabamos a la vez. Fue entonces cuando la vista se me aclaró y distinguí en la puerta a Anton, que, embelesado, nos miraba con una extraña sonrisa en los labios.

En adelante, nos comportamos como una familia bien avenida. Sabina nos sirvió la cena y cuando terminamos, nos fumamos un cigarrillo. Sabina no sabía fumar, pero lo intentó. Un momento después le quité el cigarrillo, lo apagué y me lo guardé para «un día de lluvia». No se opuso. Entre tanto, Ravbar hacía como si no hubiese pasado nada.

Anton y yo dormimos en el pajar. Padre e hija nos acompañaron hasta allí. Había niebla y reinaba el silencio. Mientras subíamos las escaleras, oímos cerrarse la puerta de la casa. Desplegamos nuestras mantas y preparamos los petates para usarlos de almohadas. Pero entonces me asaltó una inquietud. Me levanté y fui hasta el otro extremo del pajar. Palpé la pared. Estaba hecha de tablones gruesos. Descubrí que uno de ellos se movía y, con esfuerzo, conseguí arrancar el clavo de la parte inferior, de modo que quedó colgando de arriba. Si era necesario, podríamos escapar por allí. Volví al lado de Anton.

—¿No estás exagerando? —me preguntó.

Un instante después, nos quedamos profundamente dormidos.

Me despertó el sonido de voces. Levanté la cabeza y vi que ya era de día. Cuando advertí que aquellas voces hablaban alemán, sentí un escalofrío. Acto seguido agarré la manta, el petate y el rifle, y salí corriendo hacia el otro extremo del pajar. Entonces miré hacia atrás: Anton, con aquella repugnante venda alrededor de la cabeza, dormía tumbado de costado con la boca abierta. No podía dejarlo. Escuché el sonido de una bota que se apoyaba en el primer peldaño de la escalera. Escuché palabras y gritos. Con la mano, le tapé la boca a Anton para que no dijera nada. Anton se despertó en el acto y yo me limité a susurrar:

—Los alemanes.

Ambos nos abalanzamos hacia el tablón que estaba suelto y que nos salvó la vida. Saltamos y nos pusimos a correr a través del huerto envuelto en niebla. A nuestras espaldas sonaron varios estallidos y las balas nos pasaron silbando muy cerca. También oímos el estruendo de unos pasos que nos perseguían, gritos de «*Halt! Halt!*» y maldiciones en alemán. Continuamos corriendo con todas nuestras fuerzas. En una mano llevaba el fusil y en la otra, la manta y el petate. «Si la niebla aguanta, no nos atraparán…». Nos acercamos al riachuelo que, en aquel lugar, se ensanchaba y se dividía en dos canales… Nos metimos en el agua, cruzamos un banco de grava, nos metimos en el segundo canal y alcanzamos la orilla, que estaba cubierta de abetos jóvenes de poca altura, pero densos y difíciles de penetrar… Anton avanzaba a mi lado, un poco rezagado, haciendo grandes esfuerzos… Empezamos a ascender… Los disparos habían quedado muy atrás… y habíamos dejado de oír gritos… ambos jadeábamos a medida que avanzábamos entre los abetos… Cuando llegamos a un claro, nos lanzamos sobre el musgo como si hubiésemos caído desde el cielo.

Cuando miré el reloj eran casi las seis y media. Me silbaban los oídos. De pronto, con un inesperado placer, caí en la cuenta de que estaba escuchando el sonido de una guitarra que tocaba un minué. Sabía perfectamente que se trataba de una ilusión, pero eso no lo hacía menos agradable. A nuestro alrededor había leña menuda y la niebla nos protegía. Encendí una pequeña hoguera, asamos un poco de tocino y comimos un poco de pan. Para terminar, nos fumamos un Morava.

Alrededor de las nueve, el sol se abrió paso a través de la niebla y apagamos el fuego.

Y alrededor de las cinco, nos dirigimos con precaución hacia el pueblo.

Habíamos pasado aquellas ocho horas en una especie de duermevela. Vagos pensamientos me vinieron a la cabeza, pero no recuerdo haber intercambiado ninguna palabra. Tenía curiosidad por saber si Anton también habría oído las notas de aquella guitarra que interpretaba un minué. Pero no me atreví a preguntárselo. En aquella ocasión, fue a mí a quien el diablo mudo le había atado la lengua.

Más tarde, antes de volver al valle, nos enteramos de lo que había pasado.

Finalmente, los últimos alemanes se habían ido y el valle era territorio liberado. La persecución de partisanos había terminado y la gente volvía a circular por los caminos. En un momento dado vimos a dos ancianas y un retrasado, de pie, junto a una hilera de cadáveres, niños que habían sido fusilados en la cuneta de la carretera. Los

habían colocado sobre la hierba. Brazos, piernas, caras. Allí también podríamos haber estado Anton y yo si la granada no hubiera funcionado o si no me hubiera despertado en el momento adecuado. Miré, y nos vi allí tendidos a los dos, al lado de un cadáver que llevaba una bota atada con un pedazo de alambre. También reparé en una de aquellas octavillas amarillas que nos instaban a rendirnos. Humor alemán. En la carretera todavía se veían las roderas de los tanques. El sol del atardecer empezaba a esconderse tras el monte Krim.

Entonces distinguimos a una de nuestras patrullas que venía desde el pueblo, dos hombres con el rifle a la espalda que avanzaban lenta y despreocupadamente. Aquella era la prueba definitiva de que los alemanes se habían ido. Hablamos con ellos y nos dijeron que los partisanos se habían reunido en el molino.

Continuamos andando por la carretera. En el valle, las tardes eran largas y desde la puesta del sol hasta que se hacía de noche podían pasar varias horas. Acampamos junto a una poza profunda. De pronto, la certeza de que ya no estábamos en peligro hizo que me estremeciera. Un hormigueo me recorrió la mitad de la palma izquierda y los dedos anular y meñique. Había llegado el momento de levantar la voz.

—¡Muerte al fascismo! —grité.

—¡Y libertad para el pueblo! —me secundó Anton en un amable tono burlón.

Ambos nos pusimos a hablar atropelladamente sin ton ni son. El diablo mudo había perdido su fuerza.

El día anterior no habíamos visto ni un alma, ni animal ni hombre. Aquel día, sin embargo, las vacas pacían en la hierba, las gallinas rebuscaban por los patios, los niños corrían por los caminos e incluso los ancianos salían de casa. El día anterior todos susurrábamos y aguzábamos el oído, pero ahora gritábamos, intercambiábamos chismes y tratábamos de reír. ¿Acaso no se había acabado la guerra?

—No —sentenció Anton, que era un experto en el tema—. Cuando la guerra termine no te podrás mover. Las multitudes, enloquecidas, invadirán las calles. No será una imagen bonita. La gente comerá y beberá, se apiñará, bramará. Solo los sensatos se quedarán reflexionando, temerosos. Los estúpidos se limitan a pensar en lo que ha pasado y los sabios, en lo que está por llegar.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

Anton sonrió.

—He tenido que empezar muchas veces de cero —dijo. Y añadió—: Pero no he llegado a ninguna conclusión.

Todas sus frases tenían un significado profundo. Y siempre, o al menos eso me parecía, establecía una comparación conmigo y con mi forma de vivir, con la manera cómo él la veía. Aquellos días nos habían unido de tal manera que habíamos dejado de ser dos individuos separados para convertirnos en uno solo. Aquella sensación de unidad era agradable, pues sentíamos que nos habíamos expandido, pero también ejercía cierta presión.

Puede parecemos que las cosas estén limitadas y separadas cuando en realidad existe un vínculo apenas perceptible que las une entre ellas y con el resto de cosas. Excepto los hombres y el conocimiento del hombre y la humanidad, todo funciona de acuerdo a unas leyes establecidas. Los hombres, sin embargo, tratan de entender el orden natural de las cosas, tratan de fijar fronteras naturales y de enseñarnos a creer en las categorías que él mismo ha creado. Partiendo de nuestra individualidad, Anton y yo nos habíamos fundido en un nuevo ser. Ambos fumábamos los mismos cigarrillos, comíamos las mismas galletas, bebíamos el mismo aguardiente que nos había regalado Ravbar, avanzábamos por el mismo camino. Ninguno de los dos se planteaba, ni por un instante, volver a su soledad, a su propia voluntad e intenciones. Y de todo ello surgían calladas dificultades, roces imperceptibles, una sensación de posesión y liberación al mismo tiempo. Hablábamos con sinceridad. En ocasiones, nuestras palabras coincidían, y en otras, chocaban y rebotaban. De un modo u otro, nuestra libertad era también nuestra esclavitud, y eso es probablemente lo que denominamos solidaridad entre compañeros. Algo que no se limita a garantizar la seguridad del otro. Entre los dos habíamos domado a Sabina, que nos había dado una vieja sábana para que pudiéramos hacernos vendas y peales nuevos. Habíamos acortado el vendaje de Anton considerablemente, pues la herida estaba cicatrizando y se le habían empezado a hacer costras. Nos sentamos junto a un riachuelo para contemplar la corriente. Estaba anocheciendo. Para poder entender la química interna de su propio organismo, o una parte de ella, como la acción de las sales y los metales, los hombres tendrían que dedicar su vida entera al estudio de esa materia, e incluso así, morirían sumidos en la ignorancia. Todos podemos defender o rebatir la existencia de Dios, todos podemos discutir sobre la vida y la muerte, pero ¿podemos explicar también la función que desempeña el sodio en el organismo?

El molino estaba lleno de partisanos sentados en la entrada, en el comedor, en el salón. El molinero nos repartió pedazos de pan y nos sirvió vino agrio, aunque para empezar nos había dejado probar su ginebra casera. Todo el mundo charlaba. ¿De dónde habían salido

tantos hombres? Nos enteramos de que el punto de reunión estaba en otro pueblo llamado Golo. Los fusiles descansaban apoyados contra la pared. Anton y yo añadimos los nuestros a la hilera. Dos graciosos un poco bebidos se pusieron a cantar alegres canciones populares con sus estridentes voces:

—El año pasado le compré medio kilo de café, pero este año quiere un novillo…

La gente iba y venía. Algunos partisanos se iban a quedar a dormir en el molino, y a los otros los iban a acomodar en las casas de los vecinos.

—Dónde, dónde, dónde voy a encontrar un novillo. Dónde voy a encontrarlo para poder regalárselo…

Aquellos dos cantaban en la entrada, mientras que en el salón se oía el eco de unos bajos que entonaban:

—Junto al ensordecedor Adriático…

Más tarde les llegó el turno a las canciones de guerra.

Anton y yo decidimos irnos. Nos levantamos para coger los fusiles, pero habían desaparecido. Los buscamos a conciencia, pero no estaban. Cuando les dijimos a unos cuantos hombres lo que había ocurrido, soltaron unas risitas y nos pidieron que dejáramos de disimular y admitiéramos que nos habíamos deshecho de nuestras armas. El caso es que nos quedamos con las manos vacías. Sí, otros combatientes debían de haber perdido o abandonado sus rifles y, sin armar revuelo, se habían llevado los nuestros. En medio de aquel alboroto, nadie lo había notado. Le preguntamos al molinero si tenía alguna escopeta.

—Llegáis tarde. Tenía tres escondidas bajo una tabla del suelo, pero esta mañana se las he dado a unos partisanos.

Nos fuimos del molino con las manos en los bolsillos. Habríamos podido gritar de rabia. Pero Anton comentó que al día siguiente ya conseguiríamos algo.

—Mientras tanto, viajemos sin cargas —añadió.

Pese a todo, sabía que estaba preocupado. ¿Dos soldados que vuelven de la guerra desarmados? ¿Quién nos creería?

La noche era clara y la luna, despejada, anunciaba buen tiempo.

Junto a la carretera distinguimos un pequeño cobertizo y decidimos pasar allí la noche.

Permanecimos tumbados sobre la hojarasca, sin poder dormir, durante mucho rato. Aquella noche nos permitió descubrir una nueva falacia. Según dicen, los piojos y las garrapatas no se llevan bien, y las pulgas nunca sentirán interés por una persona con piojos. Sin embargo, a una garrapata hambrienta le traen sin cuidado esas

teorías. Días y días después de aquella noche, seguimos notando en nuestro cuerpo la presencia de aquellos ácaros que nos atacaron en el granero, de las garrapatas que se habían escondido en la piel que rodea los testículos. Una semana más tarde, descubrí un espécimen de premio debajo de una de mis axilas: una garrapata del tamaño de una semilla de alubia. Tiempo atrás, Anton había compuesto en la imprenta un libro de fisiología y sabía alguna cosa sobre los tejidos humanos. En cuanto a Dios, ambos estábamos de acuerdo. Más allá del hombre, por encima de él, existía algo. En unos cien años, ya nadie discutiría sobre cómo llamarlo. Se hacía extraño pensar que el hombre era su propio Dios. «Dios o la naturaleza», había dicho Spinoza.

—Sea lo que sea —observó Anton—, no siente ningún interés por el hombre ni su destino.

El hombre se quedaba así sin ángel de la guarda, pero también sin ningún demonio que lo importunase. Aquel pensamiento, no obstante, era peor que cualquier concepto del infierno. El hombre solo, a merced de sí mismo y de la sociedad que ha creado, sin las fuerzas del bien ni del mal, ¡sin ningún ojo vigilándolo desde un triángulo! A lo largo de las civilizaciones, el hombre ha creado mitos para luego desenmascararlos, pero se sigue negando a creer que el bien y el mal únicamente existen en su interior.

Mientras permanecíamos tendidos de espaldas en aquella olorosa hojarasca, la luna proyectaba su luz plateada sobre nuestros pies. En momentos como aquel, eres capaz de sentir cada una de las hojas que tienes debajo, cada una de las células que te conforman, el más mínimo detalle de la galaxia. Puedes sentir todo eso y al mismo tiempo no entender prácticamente nada. Tenemos demasiada inteligencia para limitarnos a ser simples y alegres autómatas; y demasiada poca para elevarnos por encima de la búsqueda de la felicidad. Pero ¿por qué deberíamos hacerlo? Durante toda la vida, los hombres tienen la esperanza de descubrir algo que transforme por completo su existencia y los libere del problema que les tortura el cerebro. Pero, en realidad, no hay ninguna salvación. Deberíamos regresar a la infancia o incluso retroceder al más puro estado animal, ese estado en que la misión de los órganos se limita a observar el mundo.

Llegados a ese punto nos quedamos callados e intentamos dormir.

Sin embargo, tuvieron que pasar varias horas antes de que pudiera conciliar un sueño inquieto, pues la reflexión continuó en mis sueños. En un momento dado me desperté. Con gusto me habría levantado para dar una vuelta. Cuando volví a dormirme, tuve la impresión de haber descubierto finalmente un secreto emocionante.

Sin lugar a dudas, aquellas dos proposiciones no podían darse al mismo tiempo. Por un lado, era totalmente consciente de que existía y de lo que estaba pasando, recordaba el pasado y podía hacer previsiones de futuro, era capaz de aplicar la lógica y establecer relaciones de causa y consecuencia, estaba vivo, había madurado, me había desarrollado y también me debilitaría hasta morir. Por otro lado, desconocía lo que me estaba ocurriendo, ignoraba su causa y su finalidad, no sabía qué había más allá o por encima de mí, y todas las teorías sobre la relación entre el hombre y la materia me parecían corruptas. Y ahí estaba yo, ¡todavía en la guerra!

A juzgar por sus ligeros ronquidos, Anton estaba dormido. ¿Sería capaz de contarle al día siguiente lo que había descubierto aquella noche?

Nos levantamos antes de que los rayos de sol alcanzaran el cañón Iška. Encendimos un fuego y preparamos polenta. Comimos y fumamos tranquilamente, bebimos agua fresca de manantial y nos pusimos en marcha. Se nos habían pasado las ganas de resolver nuestras dudas existenciales. La mañana había desmentido a la noche. De lo contrario, ¿cómo habríamos podido continuar viviendo?

Mientras atravesamos una corriente saltando de piedra en piedra, caímos en la cuenta de que debíamos lavarnos la verga. Nos detuvimos allí mismo, con las piernas abiertas y un pie en cada piedra. Yo me lavé con el agua del río y Anton, con su propia orina, que después enjuagó con agua.

—Aprendí este truco en España —me dijo—. La orina es el mejor desinfectante. También sirve para limpiar las heridas.

Era la primera vez que mencionaba España.

—Mira cuánta grasa se acumula tras la piel… La naturaleza se ocupa de que esté bien lubricada… Se supone que tenemos que estar siempre utilizándola… no solo para mear… Pero yo no la he usado demasiado; empecé tarde y lo dejé temprano. Además, nunca encontré a la mujer adecuada… Y las que se prestaron… tú ni siquiera las habrías mirado… y siempre con tanta tensión… Nunca he tenido nada propio. Cuando volví de Francia en 1940, ni siquiera conseguí recuperar los cinco o seis libros que había dejado en casa de unos amigos.

Anton rio sin la más mínima sombra de victimismo; eso era algo que realmente apreciaba en él.

—Tú conoces a una mujer, te la llevas, te la tiras y, acto seguido, la abandonas. Yo no tengo la menor idea, no sé cómo empezar… —continuó.

En su voz no había reproche sino, más bien, aprobación. Y con

algo parecido al entusiasmo, añadió:

—¡Cómo te la follaste! ¡*Me cago en la leche*! ¡Incluso a la mía le gustó! —Anton volvió a reír al recordar la escena con Sabina mientras yo me lavaba el trasero—. ¿La forzaste? —me preguntó en tono de broma, y la voz se le entrecortó.

—Para nada —le contesté—. ¡Lo mejor es que fue ella la que me forzó!

Como un par de chiquillos que comparten un chiste verde, ambos estallamos en carcajadas.

Debemos ser conscientes de las cosas buenas que nos pasan. Allí estábamos, por ejemplo, sin ninguna preocupación respecto a la comida, puesto que teníamos suficientes reservas, ni respecto a la bebida, puesto que teníamos una cantimplora prácticamente llena de aguardiente. Podíamos volver al pueblo y disfrutar de un vaso de vino en alegre compañía; podíamos ir a ver a la obediente y solícita Sabina; si así lo deseábamos, podíamos incluso pedir un permiso. Fumábamos cuando nos apetecía. Teníamos de todo, excepto armas. Lo único que habíamos conservado eran las granadas. Pero estábamos de buen humor; teníamos a alguien con quien hablar, alguien a quien escuchar. No necesitábamos nada más. Nos fuimos lavando por partes. A continuación, nos quitamos la camisa y la chaqueta. La magia del agua helada de una corriente de montaña es inagotable. ¿Acaso había algún ejército en el mundo con mejores condiciones que las nuestras? En cualquier ejército, para poder hacer cualquier cosa, los soldados tienen que pedir permiso a un suboficial, implorar al oficial de turno, engatusar a los guardias. Nos imaginamos la disciplina a la que debían de estar sometidos los alemanes, los rusos, los americanos, los japoneses, los ingleses. Reglamentos, policía militar, consejos de guerra. Nos imaginamos la situación en la que debían de haber vivido los vecinos de los pueblos, el hambre que se sufría en los campos de concentración, el estado de los detenidos en prisión.

Debemos apreciar las cosas buenas que nos pasan.

—Y con todo, la Segunda Guerra Mundial es una constante decepción en comparación con la Primera —me dijo Anton.

Se lo había oído decir a un veterano de la Primera que se había extraviado en la Segunda.

—¿Así que esta guerra nuestra es una decepción en comparación con la Guerra Civil Española? —le pregunté—. Aquella la perdisteis, pero esta la vamos a ganar.

—¡Oh, España! —Una nota de nostalgia se apoderó de su voz—. Hace cinco años, más o menos por esta época del año, todo terminó. Nos preguntábamos si Francia nos acogería o nos encarcelaría.

¿Recuerdas las palabras de Jesús en la cruz?: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Es duro aceptar que nadie se preocupa por ti, que nadie está a favor ni en contra tuyo. ¿A quién le importa que Hungría no tenga mar? Apenas había podido salir arrastrándome de los campos de concentración franceses para encontrar trabajo en una imprenta cuando los alemanes llegaron por el otro lado… Alguien me denunció a la Gestapo, un compatriota, por supuesto, y de nuevo me escapé por los pelos. Los alemanes me siguieron hasta Ljubljana. Así que me han estado persiguiendo por toda Europa. Si no hubieses aflojado aquel clavo en el tablón de la pared, nos habríamos despedido en el pajar ayer. Cuando hay un patrón que se repite, al final acabas harto de él. Una sola ocasión debería ser suficiente para que los hombres descubriesen la inutilidad de sus pensamientos y sus emociones. Primero llega la revelación, ¿y después qué? Nada. Descubres la verdad, pero luego las circunstancias te obligan a olvidarla; vuelves a descubrirla y vuelves a olvidarla, y así una y otra vez. Y no hay lugar en la superficie de la Tierra donde te puedas asentar; tus perseguidores te hacen avanzar en círculos. Te persiguen los enemigos ideológicos de cualquier tipo, siempre bien armados y bien informados. Tu propia gente sospecha de ti porque no sabe exactamente qué te pasa por la cabeza. Y al final, empiezas a dudar de ti mismo. Puede que termines en el lado de los vencedores, pero tu cuerpo está mutilado y tu alma, desgarrada. Y todo vuelve a comenzar una vez más.

—¡Conque veterano de la guerra de España! —dije en voz baja.

—¿Veterano de la guerra de España? ¿Y qué significa eso? Mírame bien, amigo. Soy un hombre sin nombre. No sé si me llamo Peter, Pedro, Juanito, Antonio o Anton, y mi apellido hace tiempo que desapareció. No soy más que uno de esos treinta mil hombres de todo el mundo que se agruparon sin armas y sin equipo para oponerse a un ejército de cien mil fascistas bien equipado y con las armas más modernas y sofisticadas. Solo de Italia llegaron cien mil camisas negras. Los alemanes enviaron tanques, artillería y aviones con tripulaciones bien preparadas. Por suerte o por desgracia, quién sabe, nadie parecía tener mucha prisa. Se trataba de probar armas y formar oficiales en lo que acabó siendo un ensayo general de la siguiente guerra.

—¿Y los rusos?

—¿Los rusos? Stalin está siendo pragmático; su modelo no es Lenin, sino Pedro el Grande. Está decidido a levantar Rusia, incluso si ello significa renunciar a la revolución mundial. Hubo quienes se quedaron estupefactos cuando pactó con Hitler. Y hay quien asegura

que deben de estar mal informados, que desconocen nuestra «heroica lucha», puesto que no muestran ningún interés por nosotros. Eso ya lo hemos vivido y lo hemos superado. Franco tuvo problemas técnicos con el desembarco de suministros y nosotros basamos nuestra defensa en las promesas. Por suerte, no sabíamos lo que ocurría. Nos destruyó el caos general, la guerra entre estalinistas y trotskistas, entre comunistas y anarquistas. Los catalanes se guiaban por su patriotismo local, los franceses simpatizaban con nosotros a escondidas y los rusos nos enviaron algunos agentes, unos cuantos tanques y aviones, y también folletos y octavillas. Franco tuvo a Madrid sitiada durante dos años y medio. Y mientras tanto, confiábamos en que Iósif Vissariónovich nos enviaría el armamento necesario al día siguiente o al otro. Ya puedes imaginarte lo que siento cada vez que nuestros sabios expertos anuncian que la ayuda de Rusia está camino de Yugoslavia y que llegará en cualquier momento. La misma fe ingenua que surge tras la lectura de la *Pequeña historia del Partido Comunista Ruso*.

—Anton, ¿eres trotskista?

—No. Soy hijo de la tormenta, sin nombre y sin derechos. Trotski afirmó que Stalin había traicionado la revolución mundial. Y yo solo afirmo que Stalin es realista. Sabía que los rusos no tenían nada que ganar en aquella parte de Europa. Y que, de todos modos, aquel concierto era un preludio de la gran ópera. Yo no fui más que un insignificante extra en aquel preludio. Me mantuve alerta, pero no me sirvió de mucho. «Los cuervos le sacan los ojos a aquel que, en la vida, ve demasiado», dijo François Villon. Alégrate de ser un analfabeto político. ¿Que si soy trotskista? ¿Acaso no sabes que la respuesta equivocada significa una bala? Puedes ser cristiano, paneslavista, socialdemócrata, liberal, católico, panteísta, burgués, lo que quieras, ¡pero no trotskista! ¡Por Dios, por Marx, por Stalin! En la Edad Media no quemaban a los impíos, sino a los herejes; no quemaban a los turcos, sino a los franciscanos. Me muero de ganas de volver a una imprenta ilegal y quedarme allí hasta la próxima cacería. No hay nada más repugnante que un revolucionario decepcionado; las circunstancias nunca te van a permitir que te retires de la política. Quien monta un tigre corre el riesgo de no poder bajarse de él. Esto no puede acabar bien. Porque no podemos convertirnos en escarabajos u hormigas. Olas de sospecha y duda nos lanzan de una situación insostenible a otra más insostenible si cabe. Este ha sido uno de los raros momentos de felicidad y pronto terminará.

Anton acabó de limpiarse despacio y dejó que su mirada se perdiese en la distancia, entre los árboles, río arriba. Luego continuó

como si hubiese tenido una visión:

—Los jinetes del Apocalipsis han envejecido… la guerra, el hambre, la peste y la muerte… En lugar de la peste, las nuevas versiones del Apocalipsis nos reservan sospecha y duda, ambas como resultado de la mentira… La mentira, la falsedad, siempre han existido entre nosotros, incluso antes de recibir el apoyo de las ideologías. Guerra, hambre, sospecha, duda y muerte… Hay épocas sin guerra, sin hambre, sin muerte… pero la sospecha y la duda siempre están presentes… No hemos cambiado. En vez de familia, pertenecemos a una nación, un estado, una ideología, una organización, un movimiento internacional… La pregunta es quién lo pasa peor: ¿los combatientes, los fugitivos, los prisioneros, los esclavos en los campos de concentración, las víctimas sometidas a interrogatorios? ¿Qué es lo que está ocurriendo en el mundo? En todas partes, la población civil sufre la brutalidad de los soldados y se ha visto obligada a convivir con las bombas, la policía, los discursos, la prensa, la tensión y el estrés… Pangermanismo, paneslavismo, panislamismo, la Iglesia Católica, la masonería, las sociedades secretas, los cárteles capitalistas, la mafia… y los conflictos visibles e invisibles, religiosos e ideológicos, entre unos y otros… Y no puedes fiarte de las apariencias. Todos dudamos de nosotros mismos y de nuestros vecinos… en esta guerra contra la paz y el bienestar… en la que entran en juego fuerzas ocultas… según las cuales, los hombres que dudan de sí mismos son sospechosos de alta traición. Cualquiera puede caer bajo las garras de la sospecha y la duda. Y el mejor entretenimiento es salir a la caza de tu contrincante ideológico. Luego, tras el drama de la caza y captura, tendrás tiempo para decidir qué hacer con él; si destruirlo y deshacerte de un enemigo, o doblegarlo y convertirlo en tu mejor ayudante. Así podrás volver a soltarlo entre sus antiguos correligionarios. Menudo entretenimiento, ¿verdad?

»En general, no tiene sentido hablar. ¿Para qué perder el tiempo mintiendo? ¿O para qué decir la verdad si ello supone meterse en problemas? De vez en cuando es recomendable abrir las válvulas para aliviar la presión. Pero luego, durante otros seis meses o un año, o incluso más de un año, hay que seguir callando.

Nos vestimos y emprendimos la marcha ascendiendo por una ligera pendiente a través del bosque. Nos sentíamos ligeros, frescos, animados. La felicidad de aquel momento se mantuvo, pues no la estropeamos con ninguna mentira.

—¿No te ha pasado que, en ocasiones, te sobreviene el recuerdo de las personas a las que en algún momento conociste? —ahora Anton me hablaba en voz baja—. Anoche me vino a la memoria Žarko.

Coincidí con él en Guadalajara. Žarko era una especie de Til Ullenspiegel, un bromista incorregible. Cayó durante los últimos días de la ofensiva falangista, alrededor de año nuevo, en 1939. Anoche oí de nuevo su voz. Tenía una manera particular de expresarse. Si no lo conocías bien, era imposible saber de qué estaba hablando. Pongamos, por ejemplo, que quería patatas. Tú o yo nos limitaríamos a decir: «¿Me puedes servir patatas asadas?». Pero él no. Él diría: «Por nada del mundo me comería esas repugnantes patatas, pero hoy voy a hacer una excepción». ¿Lo entiendes? Žarko podría decir: «No hay mejor diplomacia que la rusa. Lo entregan todo tarde, pero cogen lo que les hace falta enseguida». ¿Lo pillas? «Odio a los españoles —diría—. Son, como yo, unos bandidos y unos ladrones. Se pasan el tiempo comiendo, bebiendo y persiguiendo a las mujeres. Y solo muestran respeto por sus propias tradiciones». Sin embargo, nadie los admiraba más que él. Podía pasarse noches enteras escuchando a un músico tocar la guitarra.

—¿Oíste el sonido de una guitarra anoche? —le pregunté.

—Sí. ¿Tú también?

—Sí.

—¿Lo ves? Žarko también quería saludarte.

Ambos nos reímos.

—Los muertos tienen mucho poder —observó Anton—. Son la población más numerosa del mundo.

Luego me contó lo que le había ocurrido. Había caído más o menos como Petkošek, cuando una bala le había atravesado la espalda. Sus compañeros habían cargado con él y lo habían dejado con los camilleros. Nunca volvieron a saber de Žarko.

—¿Crees que algún día tendremos noticias de Petkošek? —le pregunté, y acto seguido me invadió un mal presentimiento.

Anton me miró. Parecía molesto. Un paso en falso puede acabar con los buenos momentos. Asentí y pasamos por alto aquel repentino bloqueo mental. Žarko sufrió mucho dolor, pero incluso en lo peor, se mantuvo fiel a sí mismo. «Hasta la próxima guerra», habían sido sus palabras de despedida. Anton resopló:

—Y mira por dónde, tenía razón.

Por la carretera del valle pasaban grupos de partisanos en ambas direcciones. Bajo la agradable luz del sol, los árboles permanecían inmóviles.

En la primera granja con la que tropezamos estaban de celebración. Aquella misma noche, la mujer del granjero había dado a luz a un niño. Las mujeres habían preparado pasteles y los hombres estaban poniendo la bebida en la mesa. Un viejo con un sombrero

maltrecho tocaba un acordeón desafinado. Nos invitaron a comer y beber. Y tras echar un vistazo a la cara roja y llena de arrugas del bebé, resaltamos lo guapo y fuerte que era. Si hubiésemos llegado un par de horas antes, seguramente habríamos tenido que ayudar al parto de aquella nueva criatura. Por curiosidad preguntamos qué nombre le pondrían.

—Lo llamaremos Miha, como su padre y su abuelo.

¡Miha! Me sorprendí al ver que Anton lo contemplaba con auténtico interés y que se dirigía a él con un tono suave:

—¡Vaya, vaya! ¡Menudo granujilla!

En aquella habitación debíamos de ser cinco partisanos, tres campesinos, algunas ancianas y un montón de niños. Al campesino más viejo le pregunté dónde podríamos encontrar un par de armas.

El campesino nos condujo a un camino que se adentraba en el bosque y, en un lugar determinado, metió la mano entre la hierba y unas raíces, y sacó un paquete alargado. El paquete contenía tres rifles franceses de procedencia desconocida envueltos en un brillante papel amarillo, cada uno con una recámara para tres balas. Anton cogió uno y yo, otro. Estaban bien engrasados y bien conservados, pero casi nos llegaban al talón.

Regresamos a la celebración de la casa. Parecía que la guerra ya hubiera terminado. Ni hambre, ni sed, ni muerte. Una nueva vida berreaba en un capazo. Se llamaba Miha. El viejo seguía tocando polcas antiguas con el acordeón. Me puse a bailar con una campesina de pecho abultado; una solterona sana y rolliza que gritaba de alegría cada vez que le hacía dar la vuelta. A pesar de la papada, se movía con ligereza. Tenía los ojos de color azul claro y los dientes blancos como la nieve. Anton se apoyaba en su nueva arma, que sostenía entre las rodillas como si fuese un bastón. Me miraba con una sonrisa de satisfacción. Me di cuenta de que le recordaba a Žarko. ¡Hasta la próxima guerra!

—Sí, señor Bitter, soy de Yugoslavia, de Ljubljana.

—Intuyo que estuvo con los partisanos.

—¿Con los bandidos?

—No, he dicho con los partisanos.

Tras todos aquellos años, todavía existía un frente entre nosotros. A un lado, la eficiente maquinaria bélica alemana; y al otro, un comunista piojoso. A un lado, un ejército regular movilizado; y al otro, una pandilla de voluntarios. Allí, la cruz gamada; y aquí, la estrella roja de cinco puntas. Allí, la épica conquista del mundo; y aquí, los crímenes bolcheviques contra la humanidad. Allí, la raza aria; y aquí, el complot judío. Allí, los perros alemanes, las fuerzas de

ocupación, los asesinos fascistas y sus escuderos; y aquí, el pueblo que ama la libertad. Allí, un monstruo repugnante; y aquí, los héroes. Allí, el infierno; y aquí, el paraíso. El conflicto entre ambos lados es constante y cualquier compromiso se considera una traición a los tuyos y a ti mismo. Había llegado mi turno.

—Intuyo que fue miembro del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán.

—¿Un miembro del partido criminal de Hitler?

—No, he dicho un miembro del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán.

—No, señor, yo no fui tal cosa.

—¿Votó usted a Hitler?

—Sí. En el año 1934, cuando obtuvo el 99,5% de los votos. ¿Necesita saber algo más?

—Es que a esas elecciones les siguieron una serie de medidas funestas: rearmamento, rechazo de las condiciones de paz del tratado de Versalles, leyes antisemíticas, la anexión de la región de Renania, la anexión de Austria, la ocupación de Checoslovaquia, y todo lo demás.

—No me encontrará entre los millones de nombres de las listas de criminales de guerra.

—Ni usted me encontrará a mí entre las decenas de millones de sus víctimas, muchas anónimas.

—Muy en el fondo seguimos siendo enemigos, ¿no es así? —me preguntó con cortesía—. ¿Ha visto la película *Los cuatro jinetes del apocalipsis*? ¿No? ¡Es una lástima! Una rama de una familia alemana está a favor de Hitler y la otra, en contra. Ambas sufren desgracias. Eso fue más o menos lo que ocurrió en mi casa y por eso conozco los dos puntos de vista. Mi tío Günther estuvo en España con las Brigadas Internacionales y mi tío Johannes en las SS. Günther murió en el campo de concentración de Oranienburg. Y a Johannes lo capturaron y lo fusilaron los rusos en Berlín. Pero, continúe, sé de qué habla.

—Si es cierto que cada siete años las células del cuerpo humano se regeneran, ya hemos sufrido cuatro metamorfosis completas desde la guerra. Sin embargo, seguimos sin saber qué es lo que realmente pasó. Unos resultaron vencedores y los otros fueron derrotados, pero eso no es todo. Porque, en realidad, la guerra nunca terminó, ¿verdad? Y no solo me refiero a las guerras del Pacífico, la de Corea, la de Vietnam, la de Oriente Medio. Ni a la Guerra Fría, un rescoldo inagotable que en cualquier momento puede dar pie al incendio más violento. La guerra continúa viva en nuestro interior, siempre renovándose, dispuesta a estallar en un instante. No estamos preparados para

aceptar el mundo tal como es, y es justo que nos resistamos. Nos guste o no, las guerras antiguas engendran guerras nuevas. Y, mientras tanto, ignoramos por completo qué ha pasado y qué está pasando, hasta que un buen día nos encontramos en medio de una muchedumbre armada, inmersos en un infierno, atrapados en un combate a vida o muerte. En el fondo, seguimos siendo viejos enemigos, tal como usted ha dicho, pero en nosotros también ha crecido una nueva enemistad. Y aunque nos mantenemos fieles a nuestros antiguos ejércitos, de algún modo pertenecemos a ejércitos del futuro pese a haber presenciado la degradación de nuestros ideales, pese a haber perdido la inocencia. Evidentemente, ahora nos toca apartarnos para convertirnos en espectadores resentidos.

La discusión nos había alterado a los dos; ambos nos sentíamos incapaces de expresar nuestras ideas adecuadamente. Los intentos por alcanzar la verdad nos acababan alejando de ella. Decíamos cosas innecesarias cuyo significado real quedaba escondido en algún lugar. Queríamos saber qué nos impelía a mantener aquella interminable conversación. Queríamos entender el origen de todos los conflictos. Había momentos en que las ofensas parecían tensar el ambiente, ofensas que no habíamos inventado nosotros pues eran las mismas que, durante la guerra, habían llevado a ambos bandos al límite. Si no nos hubiésemos controlado, habríamos llegado a las manos. No obstante, unos segundos después nos unía un sentimiento común por la vida humana. Entonces nos interrumpíamos el uno al otro tratando de explicar algo fundamental hasta que, incapaces de encontrar las palabras adecuadas, dejábamos de intentarlo. Bitter reaccionaba de manera diferente a mí. Él era sistemático, creía que debíamos exponer nuestros argumentos de forma ordenada. A mí, por el contrario, me perdía la pasión por las comparaciones pintorescas. En compañía de otros como él, Bitter no podía alterarse; o bien habían perdido el interés en la última guerra, o estaban completamente de acuerdo con él. Lo que necesitaba era un interlocutor de mi talla, alguien a quien poder considerar un adversario. Ante el uso que yo hacía de la retórica se sentía perplejo, pero también molesto. Estaba acostumbrado a las conversaciones ordinarias, en las que cada tema tenía su momento y su importancia; mientras que yo saltaba del hombre al universo y del universo al microcosmos. Solo en la Vía Láctea hay millones de sistemas solares, muchos de los cuales son más grandes que el nuestro. Un átomo de hidrógeno mide una cienmillonésima parte de un centímetro. En aquel preciso instante un culi corría por las calles de Hong Kong, y su organismo interno era igual al nuestro, dos turistas en España. Allí, en el club náutico, Jackie Onassis rivalizaba con Liz

Burton, a quien su novio acababa de regalarle un enorme diamante. Y, mientras tanto, Ari y Dicky contemplaban con orgullo forzado aquel combate de vanidad. Un loco había destrozado una valiosa obra de arte con el único objetivo de salir en el periódico. Se decía que las grandes potencias estaban desarrollando nuevos sistemas de espionaje basados en la percepción extrasensorial y que la Tierra estaba superpoblada. Se hablaba de la conquista del cosmos, de la contaminación de la atmósfera y del agua, de la lucha por la paz, de la posibilidad de que estallase una nueva guerra puesto que aún no se habían saldado las viejas cuentas. Treinta años. Trescientos años. Tres mil años. Trescientos mil años. África despierta. Sudamérica se agita. Asia mira hacia Europa. El estilo de vida americano, la sociedad consumista, la competencia.

—¿Ha leído *El cero y el infinito*, de Arthur Koestler? ¿*Rebelión en la granja*, de George Orwell? ¿*La confesión*, de Artur London? ¿*Un día en la vida de Iván Denísovich*, de Solzhenitsyn?

—Sí. Y también he leído *Primavera negra*, de Henry Miller. He leído cosas, he visto cosas y he reflexionado. He viajado por la costa oeste de África, desde Marruecos hasta el país del apartheid. He mirado, he visto y he reflexionado. Me he preparado para la batalla, pero no he podido encontrar a mi enemigo. Tal vez lo lleve dentro.

—Usted debe de ser infeliz —me dijo Bitter.

Aquellas palabras me pusieron furioso.

—Escuche, solo tengo una vida. ¿Quiere que la viva como un estúpido, preocupado únicamente por mi propia felicidad? Pues yo no. Al menos por un momento me gustaría estar por encima del torbellino ideológico que asola el mundo, por encima de todos esos proyectos tecnológicos que están arruinando la naturaleza, por encima de esas ideas redentoras que solo provocan nuevas desgracias. A veces, por la noche, consigo separarlas para examinarlas mentalmente; las miro, las repaso y, por sus efectos, sopeso su naturaleza y su capacidad de influencia. Pero entonces se hace de día y las certezas de la noche desaparecen. Así que tengo que empezar de nuevo y retroceder milenios, siglos, décadas. Porque nadie se confiesa culpable. No puedo olvidar los juicios de Núremberg, los crímenes de guerra que se juzgaban. Cada vez que los recuerdo me invade una oscura sensación de terror. Aquello fue una derrota para toda la humanidad, para los hombres de todas las épocas y procedencias. Sin embargo, no hemos aprendido nada. Hemos presenciado en silencio el aumento de la violencia política, su perfeccionamiento técnico. Núremberg nos quitó la venda de los ojos y por un momento contemplamos los tejemanejes del homo politicus. Pero enseguida volvimos a ponernos la venda,

consolados tras la ejecución de unos cuantos cabezas de turco.

»La industria de la muerte ya no es una leyenda; convivimos con ella.

»Un enorme altavoz anunciaba las instrucciones: "Desnudaos por completo, entregad las prótesis, las gafas y todo lo demás. Depositad las cosas de valor en la ventanilla correspondiente. Atad los zapatos en parejas".

»A lo largo de la avenida de árboles avanzaban desnudos los hombres, las mujeres, los niños; minusválidos sin sus prótesis, madres dando el pecho a sus pequeños, criaturas de muy pocos años. La mayoría sabía qué iba a pasar. El hedor les hacía presagiar su destino.

»Entre setecientas y ochocientas personas apiñadas en un espacio de cuarenta y cinco metros cuadrados.

»Estaban tan apretados que morían de pie; no había suficiente sitio para caer…

»Cadáveres húmedos por el sudor y la orina, sucios de excrementos, con sangre de la menstruación resbalando por las piernas… De las cámaras de gas sacaban eso… Apartaban los cadáveres de los niños lanzándolos al aire… Utilizaban martillos y tenazas para arrancar los dientes y las coronas de oro… Examinaban los intestinos y los genitales en busca de oro, diamantes y cualquier cosa de valor que hubiesen podido ser escondidos.

»La fetidez invadía el sofocante aire de agosto y se extendía por todas partes, como la peste. Las moscas se contaban por millones.

»Día tras día, los testigos describieron sus experiencias en los juicios de Núremberg. Entre las pruebas de la acusación incluso había material filmado. Algunas de aquellas grabaciones se habían encontrado entre los objetos personales de algunos oficiales de las SS. Otras las habían grabado los operadores aliados al terminar la guerra. La información sobre la industria de la muerte era muy precisa.

»Se había establecido un programa de experimentación con los seres humanos de gran alcance. Y para sus víctimas, la única escapatoria era la muerte.

»Especialmente lenta y dolorosa era la muerte de aquellos a los que inyectaban gas en las piernas o células cancerígenas en las arterias, o a los que les disparaban balas envenenadas en los muslos.

»En Buchenwald mataban a los presos que tenían tatuajes y los despellejaban. Luego trataban su piel y la utilizaban para fabricar pantallas de lámparas y otros artículos.

»En 1941, Hitler redactó el *Nacht und Nebel Erlass*, un decreto firmado ("verificado y aprobado") por un soldado, el mariscal de campo von Keitel. Se trataba de un decreto atroz, un plan despiadado

y cruel, que ordenaba la muerte sin rastro de los enemigos al amparo de la niebla y la noche. Aquel decreto se convirtió en los estatutos de la industria del tormento y la muerte. ¡Un decreto! Por tanto, señor Bitter, no se trata tan solo de guerra. Y también es cierto que no todas las guerras son iguales.

»Verano y otoño en Núremberg. La cárcel, los juicios, las dietas y los gastos de viaje de los aliados, la esperanza en la validez internacional de los principios de Núremberg.

»Uno de los principios destacaba que "los crímenes son cometidos por seres humanos, y no por un ente abstracto". Sin embargo, el borrador se quedó en borrador y nunca se convirtió en convención.

»A la abuelita no se la comió el lobo; es una mentira escandalosa. Cualquier ciudadano honrado sabe que fue la administración del bosque la que engulló a la anciana.

»¿Qué interés podrían tener las grandes potencias en atarse de manos? ¿Qué interés podrían tener en que alguien se entrometa en sus planes secretos, en su noche y su niebla?

»La carta, por favor.

Morro de buey

Cabeza de cerdo

Pecho de ternera
Corazón en su salsa

Sesos con huevo
Y, para terminar, una dulce
sorpresa.

»Somos estúpidos, un buen puñado de estúpidos que cree en la civilización y en las buenas maneras, en la ciencia, en el progreso, en Dios y en la suerte de los gatos negros; una chusma balbuceante sumida en la histeria.

»Los más sensatos son los que saben aprovecharse de nuestra estupidez. Los que controlan los ejércitos y las fuerzas de policía.

»¡Poetas! ¡Quedaos en casa a escribir versos! ¡No os entrometáis en el trabajo de los hombres juiciosos! ¿Es que no habéis aprendido aún la lección?

»La cuenta, por favor.

La señora Bitter llegó un cuarto de hora tarde. Había descansado y estaba de buen humor. Cuando nos vio en la mesa de aquella concurrida cafetería, se paró.

—¿Qué ocurre? Joseph, ¿no te encuentras bien?

Luego me miró a mí.

—Usted tampoco tiene buena cara. ¿Qué ha pasado?

La señora Bitter aceptó de buena gana nuestra explicación. Después de haber andado tanto de museo en museo, estábamos destrozados. Incluso se rio. Le tuvimos que describir las imágenes de los altares de la catedral.

«El estallido de un fusil no se puede describir con palabras. Tampoco se pueden describir el amor ni el odio. Nadie sabe qué significa el mañana. Con todo, nos ha destruido precisamente aquello que nos diferencia de los animales: el lenguaje».
Giannini

«Los momentos trascendentes son excepcionales».
Del cuaderno de un soldado
«Sí, amigo mío, sí; si desprecio la naturaleza es porque la conozco a fondo».
Marqués de Sade

Adolf Hitler (instrucciones a los comandantes en jefe de los diferentes cuerpos de la Wehrmacht): «A Yugoslavia, aunque declare su lealtad, hay que considerarla enemiga y, por lo tanto, debemos destruirla lo más rápido posible…».

27 de marzo de 1941

«Además, debemos tener presente que, en los territorios ocupados, la vida humana no tiene ningún valor y que solo podremos aterrorizar a la población utilizando la crueldad más extrema».

16 de septiembre de 1941

«… así pues, el ejército está obligado… a utilizar todos los medios que estén a su alcance, incluso contra mujeres y niños, para alcanzar nuestro objetivo…».

26 de diciembre de 1941

«Stepan: No podemos descartar nada que sirva a nuestra causa.
Kaliayev: Estoy dispuesto a derramar sangre para derrocar el actual despotismo. Pero detrás de tus palabras se cierne la amenaza de un nuevo despotismo».
Albert Camus, *Los justos*
Tres poetas, 1973:
«Soy lo que me falta».
Tahar Ben Jelloun, marroquí «Me gustaría ser un bocadillo y morir de pie».
Paul Vincensini, corso
«Tiemblo al pensar que existo».
Claude Esteban, vasco

«Un día nos percatamos de que vivimos y ya no lo podemos olvidar».
Giannini

Capítulo 7

La chica con la que estaba bailando se llamaba Meta. Bailábamos para Anton, que se había convertido en un espectador atento y entusiasta. *Meta*, por cierto, significa «diana» en serbio. Los campesinos nos dijeron que habían estado enterrando cadáveres desde la madrugada. El recién nacido gritaba a pleno pulmón. Y cuando el viejo del sombrero maltrecho embistió con todas sus fuerzas el acordeón para tocar una animada polca, los vidrios de las ventanas temblaron.

En algún lugar cercano, había muerto un conocido escritor. Y en el diario de guerra de un soldado leí lo siguiente: «Olvidamos las batallas porque se parecen mucho unas a otras, pero recordamos las comidas, la bebida, la música y las mujeres que conocemos entre los enfrentamientos».

La vida es bella, grande, infinitamente diversa; y la emoción de un instante puede comprender lo mejor de ella. No es bueno que los hombres estén solos. El apetito se abre comiendo. Nada es eterno, pero existen momentos en los que saboreamos la eternidad. Tralalá, tralalá, se acerca carnaval, el año pasado me aburría y este ¡quién lo diría!… No puedo decir que Meta me atrajese cuando la vi, ni cuando la saqué a bailar. No era una de esas mujeres que te dejan temblando con una mirada. Meta necesitaba romper el hielo, necesitaba calor y una dosis de vitalidad; necesitaba que la animaran con bonitas palabras, que la sacudieran y la moldearan, que la transformaran en ritmo y sonido, que la punta de unos dedos la tocaran como un instrumento… Entre tanto, yo también me fui transformando. Anton tenía fe en mí. Y yo tenía que vivir por todos aquellos que ahora vivían en mi interior. He comido de tu carne y bebido de tu sangre. Y tú has comido de mi carne y bebido de mi sangre. Los antiguos egipcios creían que todos teníamos un doble. Estoy completamente de acuerdo con ellos. Mi doble está golpeando con el tacón el suelo de aquella casa de campo. Mi doble le está diciendo a Meta cosas que no

había oído nunca y que nunca volvería a oír.

El doble de Anton también está allí, contemplando con satisfacción la transformación que el alegre alboroto provocaba en la gente. Todos se alegraban de que la celebración del nacimiento de Miha fuese todo un éxito. Acto seguido, comimos y bebimos, hablamos a gritos, cantamos y seguimos bailando. Mi doble es un tipo muy ingenioso; incluso hace reír a una vieja desdentada que se lleva la mano a la boca sin conseguir ahogar las carcajadas. El minucioso examen del cuerpo de Meta con las uñas y las yemas de los dedos me reveló que debajo del vestido solamente llevaba un viso. Sus gastados zapatos negros combinaban muy bien con sus piernas recias. Me sorprendió lo rápido que reaccionó a mis acercamientos; pero las mujeres tienen un sexto sentido para esas cosas. Debía de saber que solo estaba divirtiéndome, aunque dudo que se imaginara que Anton era el destinatario del espectáculo. Meta estaba entrada en carnes, pero tenía la piel firme, joven, tersa. Era el tipo de mujer que debía de tener en mente aquel pintor que dijo que, en ocasiones, las mejores modelos parecían fulanas cuando iban vestidas. Basta con que os imaginéis a la Venus de Milo con un vestido burgués de domingo o a alguna de las bellezas de Rubens con un traje tradicional. Su belleza reside en la línea de las caderas, en la curva que se forma entre la cintura y las rodillas, en el movimiento de las nalgas, en las henchidas puntas de sus pechos, en la redondez que acompaña al ombligo, en el misterioso vaivén de sus muslos, en la estructura de los hombros, en la línea que se extiende desde la nuca hasta la base de la columna. ¡Cuánta generosidad! ¡Qué exhibición más audaz! Una magia interior ilumina la carne. La piel te cautiva y cada detalle te descubre algo más… Pero como no puede abarcarse todo al mismo tiempo, el conjunto se divide en partes que se vuelven a fundir en una nueva totalidad, pues todo es movimiento y transformación constante.

El cabello de Meta huele a campo, su sudor me excita; sus ojos se nublan y se aclaran de nuevo. Le gustaría clavarme los dientes. Es una lástima que tenga las manos ásperas; no está hecha para el amor. Ven, déjame besarte la oreja. ¿Por qué gritas? La vida no es real, puesto que la realidad no permite que soñemos despiertos ni que veamos fantasmas. De tu rodilla salen dos caminos: uno que baja y baja hasta desaparecer, y otro que sube… el suave y cálido camino hacia el nirvana… Resístete, plántame cara en esta batalla a vida o muerte… de la que ambos saldremos vencedores y vencidos… me intriga ese hueco que tienes debajo de la rodilla… un detalle insignificante que, sin embargo, me fascina… nadie lo ha definido todavía… Cuando las mujeres tenían que llevar las rodillas tapadas, rigurosamente

escondidas, ese era el punto que marcaba el principio del camino hacia el paraíso… Los antiguos griegos esculpieron en piedra a esas mujeres… bellas y frías… de la mejor casta… En una ocasión, mientras estaba en una galería de arte, encendieron todas las luces… Paseando alrededor de una figura de mármol, de pronto reparé en ese hueco que se formaba debajo de sus rodillas… durante un instante, mientras las luces se encendían, entrecerré los ojos… y la piedra cobró vida… y sentí el repentino ardor del sol mediterráneo en la piel y la carne… Tuve que abrazar a aquella estatua… ¿Que por qué lo hice? Porque en aquel momento me sentí, como ella, vivo y muerto al mismo tiempo.

Los ojos de Anton brillaban como los de un gato en la oscuridad. Lo mejor de todo era que, a pesar de haber querido vivir para él, me había dejado llevar hasta tal punto que ya solo pensaba en mí. Hay personas que se dedican a formar familias, construir casas, comprar tierra, cultivar jardines, abrir pozos, criar animales domésticos, etcétera. Hay a quien le gusta ir a coger setas. También están los que prefieren gobernar y declarar guerras, los que curan a los enfermos y los que planean atracos. Pero yo he estado caminando sin parar hasta llegar aquí; aquí he encontrado mi destino y no pienso moverme, pues los hombres no pueden seguir viajando después de haber alcanzado su meta, ¿no es cierto? Tú eres Meta, la diana, el objetivo. Como una flecha disparada por un arco invisible y lejano, he dado de cabeza en el blanco, en el centro de esos círculos blancos y negros que son tu piel y tu pelo, tus dientes, tus miembros, tus pechos, tu risa y tus gritos.

—A vosotros dos os van a cazar —nos dijo el acordeonista.

Sí, Anton y yo nos casaremos con Meta. Besa a Anton, Meta. Anton forma parte de mí y yo de él. Bésale aquí, junto a la venda. Anton huele a guitarras españolas, Anton es un minué para guitarra. ¡Bebamos de dos vasos! Tres bocas para dos vasos y un compás de cuatro por cuatro. Que suene el acordeón, pero que toque el acompañamiento en vez de la melodía. Escucha, amigo mío, tiene que sonar así… Tram-ta-ta-tam…

ta-ta…

¿De acuerdo? Venga, adelante. Toquemos todos juntos. Estamos tensos como una cuerda de arco en el aire de los valles. Es el principio del camino hacia el paraíso, un paraíso cercado por una muralla sin puertas de entrada. Tienes que saber cómo entrar sin que nadie te lo diga. Piensa que Adolf dijo: «Haced de esta tierra Alemania». Los ingleses dicen que es un maníaco, pero no es así. Si por él fuese, se tiraría al planeta, pues siente debilidad por cada centímetro de la

Tierra. Los maníacos son los ingleses. Los ingleses no creen en el paraíso, solo en el imperio. Pero el paraíso permanece y los imperios se derrumban. Los Tres Grandes acordaron que después de la contienda perseguirían a los criminales de guerra. Un buen modo de divertirse. Y nosotros buscaríamos la manera de alcanzar el paraíso. Estás cerca, muy cerca… pero unas manos rugosas te empujan… y vuelves a vagar por el vacío infinito. ¿De qué tienes miedo? Pues claro que nos mantenemos en posición de firmes. ¿Qué mejor momento que ahora? Este año hemos logrado sobrevivir a todas las estaciones, primavera, verano, otoño e invierno. Y ahora nos encontramos en una quinta estación que solo existe para aquellos que no tienen árboles que podar ni casas con tejados que reparar; que solo existe para aquellos que viven en la noche y los sueños. En el camino hacia el paraíso debes librarte de cualquier lastre, pues solo podrás encaramarte a la muralla cuando no tengas nada… Deshazte de todo. La propiedad esclaviza. El poder atormenta. «Una corona es un sombrero en el que llueve», dijo Federico de Prusia. La gloria es espuma. La ropa, una invención de los feos. Y el destino, una ocurrencia de los cobardes. El dinero lo crearon los ladrones que no podían robar ciudades. El pastel de almendras está delicioso. ¿Por qué no quieres quitarte los zapatos? La guerra ya ha terminado. Escucha la respiración de los Alpes en el centro de Europa. Un cazador furtivo sale de nuevo a perseguir gamuzas. Se embadurna la cara con hollín para que el guardabosques no lo descubra. Si fuese negro, se embadurnaría con tiza. Y ahora vamos a bailar otra cosa, querida. Vamos a bailar un minué. Enseguida apreciarás la gracia de sus nobles movimientos y sus delicados pasos. Nadie es capaz de decir lo que sabe, de confesar lo que acecha en su interior. No vamos a vivir como vegetales, no vamos a vivir como patatas podridas, ¡por supuesto que no! Vamos a vivir como la corriente de un río, esa corriente que se lanza adelante pero que al mismo tiempo permanece. No importa si la corriente o el río se mueven, porque todo está aquí y en la distancia infinita. Nadie tiene derecho a arrancarme ese pensamiento. Esto es magistral, ¿verdad que sí, Anton? Mi doble avanza por un campo de concentración alemán con la cabeza afeitada y la mirada baja; le golpean, lo patean, pero no nota el dolor, pues no tiene nada que decir. Sin embargo, lo sabe todo, lo ve todo y lo recordará todo. Tal como indica el psicólogo del campo a los carceleros, hay que eliminar hasta la última gota de resistencia del alma del detenido. Igual que si fuese un perro, hay que hacer que ande a cuatro patas, que ladre y que mueva la cola cuando se le ordene que lo haga. ¿Y lo del truco del cuco? ¡Pues no les fue bien ni nada! Obligaban a los prisioneros a

subirse a un árbol y a pasarse el día cantando ¡cucú, cucú! Todo ocurre simultáneamente aquí y en la distancia infinita. Nadie puede agarrar mis pensamientos con la mano. Pero yo te puedo agarrar a ti, Meta. ¡Venga, grita! ¡Grita de nuevo! Todo ocurre simultáneamente aquí y en la distancia infinita.

Todo está aquí y, lejos, en la distancia infinita.

Anton y yo nos levantamos cuando los demás todavía estaban durmiendo. En silencio emprendimos la marcha por la carretera. La niebla matinal cubría la hierba de las desiertas laderas y envolvía los árboles. En un amanecer como aquel, los hombres se sienten alejados de sí mismos, sumidos en un mundo irreal. Lo que se había despertado del sueño para pisar el suelo de tablones de la casa era un autómata llamado Berk. No estaba ocurriendo nada, no existía nada. Creo que sé por qué los creyentes rezan por la mañana. Por la misma razón que los conductores sensatos calientan motores antes de partir. A pesar de todo, pensaba, sentía e inspeccionaba el paisaje que me rodeaba, consciente de que estaba vivo. Los muertos de los días anteriores todavía no habían empezado a descomponerse. Sabía que recordaría al recién nacido Miha durante muchos años. Come y caga, Miha. ¿Alguien sabe cuándo empieza la mañana? Aquella mañana debió de empezar con el alba. ¿O no?

Llegamos al pueblo cuando los primeros rayos de sol empezaban a rasgar la niebla. Las gallinas ya corrían por el patio de una casa humilde. Las mulas permanecían con la cabeza gacha. ¿Cómo podían haber sobrevivido tantos hombres a la retirada? Un caballo ensillado. El alboroto de los partisanos entrando y saliendo de las casas. Un niño con un camisón que le llegaba a los pies. Una gavilla de paja. Palomas. Una gallina con sus polluelos. Un muchacho con una ametralladora. Una campesina con un balde de agua. ¡Por el amor de Dios! ¿Va a empezar todo de nuevo? Cualquier cosa excepto la repetición de lo que ya conocemos. Un gallo en un tejado. ¿Cómo debía de haber subido hasta allí? Estira el cuello y cacarea. Este debe ser el principio del nuevo día. ¿Dónde está el punto de reunión? De acuerdo, gracias. Puede que tras la guerra camine por la terraza de una casa ajena sin pertenecer a ninguna organización, sin tener que recordar dónde he de presentarme, sin preguntarme adónde me van a enviar. Quién sabe. Nos presentamos ante la autoridad competente y nos dirigimos al henil. Allí nos acomodamos entre la paja, preparando un hueco para el cuerpo y un montoncito que sirviese de almohada. Contemplamos la parte inferior del techado; algunas tejas estaban sueltas y el sol se colaba entre los huecos que dejaban al descubierto. ¿Y si nos quedábamos dormidos? El hambre nos despertaría. Nuestra única

preocupación era perdernos la comida. Aunque, después de todo, no tenía mucha importancia, porque sabíamos que en las casas podíamos obtener patatas y harina de maíz, e incluso leche y tocino si teníamos suerte. «A mitad del camino de la vida…», así empieza Dante su *Divina Comedia*. A los treinta años, parece ser que significa. Por las líneas de mis palmas, creo que todavía voy a vivir mucho tiempo. Solo Dios sabe dónde y cómo pasaré mi trigésimo aniversario… «En una selva oscura me encontraba…». Estoy cayendo en el abismo, en las profundidades del vacío. ¿Por qué siento dolor en las entrañas? Escucho el apagado eco de una pregunta interior: ¿qué es lo que me producía aquel dolor? Pienso en el largo camino todavía por recorrer. Siempre estaré intentando alcanzar el significado de las cosas. Y mis intentos siempre terminarán en una decepción, en un sentimiento imposible de describir y de confesar: existo… sí, existo… pero no sé cómo, por qué o para qué. No sé de dónde vengo ni adónde voy. No sé a qué normas obedecen los órganos de mi cuerpo. No entiendo por qué a veces estoy abatido y otras veces, lleno de entusiasmo. Ni siquiera sé qué hay debajo de las plantas de mis pies. ¿Un planeta? ¿Minerales? Hay mil respuestas y ninguna. Surjo del abismo con los nervios hechos trizas. Lentamente me tranquilizo e incluso duermo un poco.

Al día siguiente, Anton y yo nos separamos durante un año y unos cuantos meses. Nos reencontramos la mañana del día que murió.

Al atardecer asistimos a un mitin y, más tarde, fuimos a casa de un campesino a bebemos un trago con cuatro ideólogos.

Todo transcurría tranquilamente, nadie parecía tener prisa. La luz débil de poniente anunciaba que el tiempo iba a empeorar. Cuando Anton y yo ocupamos nuestros asientos en el mitin, poco me imaginaba que estaba a punto de enfrentarme a una jornada de veintiocho horas bajo la lluvia.

Los mítines son una buena manera de levantar la moral de la población civil y del ejército; también sirven para unirlos en la lucha y soldarlos en un todo. Un ejército de partisanos no puede operar sin la complicidad de los vecinos. La alocución principal corrió a cargo del comisario Dolničar, maestro de profesión. Tras pronunciar su discurso, se sentó junto a nosotros e intercambiamos tragos de aguardiente de nuestra cantimplora por cigarrillos suyos. Antes del anochecer, grandes nubarrones empezaron a enturbiar el cielo y ocasionales ráfagas de viento agitaron las cortinas de aquel escenario improvisado. Aquel pueblecito medio arrasado estaba a rebosar de soldados. Un siglo atrás, unos cuantos habitantes del valle habían llegado hasta allí en busca de refugio y habían acabado construyéndose casas. En el

paraíso del futuro sus descendientes iban a volver al valle. Un siglo antes, un siglo después. ¿Qué significaba aquel día para mí? Tenía la sensación de flotar en un vacío intemporal. No hacía mucho, había habido un lago en la cuenca de Ljubljana. Y en la orilla, sus habitantes habían construido cabañas sobre unas cuantas estacas. Más tarde, el lago se replegó y María Teresa decidió drenar aquel terreno pantanoso. Ahora podía imaginar qué aspecto tendría aquella planicie mañana o pasado mañana. Sin ningún esfuerzo era capaz de ver lo que había sido y en lo que se convertiría. No obstante, tenía dificultades para entender lo que estaba ocurriendo en aquel preciso momento. Incidentes, sensaciones, escenas, palabras; un todo convertido en una corriente que se agitaba en mi interior.

Dolničar era un buen orador. Hablaba alto y claro, construía bien las frases, sabía dónde poner el énfasis; algo poco frecuente entre los combatientes.

«Una vez más, el enemigo ha intentado hincar los dientes en nuestra tierra…». El invasor había llegado con ensordecedores tanques y vehículos blindados, había reunido tropas de élite de otros frentes, había contado con el apoyo de todo tipo de artillería y aviones… ¿Y qué había conseguido? Nuestra capacidad de resistencia había aumentado, nuestros hombres habían adquirido una valiosa experiencia y el vínculo entre el Ejército de Liberación y el pueblo era más estrecho que nunca… «No vamos a dejar que el invasor y sus lacayos den ni un paso más… hasta que llegue el día de la victoria final… Las unidades, los destacamentos y los batallones del Ejército de Liberación Nacional se han convertido en un ejército regular organizado, en el puño de la población oprimida. Sus cuerpos, divisiones y brigadas hostigan al enemigo sin descanso y hacen saltar por los aires las líneas de ferrocarril y las carreteras que utiliza para transportar refuerzos y material al frente. El país entero es un furibundo nido de resistencia. El victorioso Ejército Rojo está arrastrando al enemigo hacia Berlín. La serpiente agoniza. ¡Muerte al fascismo!». Y en respuesta, los espectadores bramaron: «¡Libertad para el pueblo!».

A continuación, sonó un acordeón acompañado de una guitarra. Ambos músicos eran partisanos. Varias hogueras ardían a cierta distancia; niños y adultos traían leña para alimentarlas. De un poste colgaba una bandera tricolor con la estrella roja en el centro y la brisa proveniente de las montañas hacía que ondeara. Mientras tanto, los caballos descansaban debajo de los árboles, sus ojos brillantes fijos en las llamas.

¿La incertidumbre respecto a mi siguiente destino me impidió

disfrutar de aquella tarde? ¿Qué ocurre en el interior de un hombre extrovertido y elocuente para que se convierta, sin motivo aparente, en una persona taciturna y retraída? ¿Qué es lo que extingue su ánimo y su alegría? ¿Qué oscuros presentimientos se apoderan de su alma? De repente, tiene la sensación de que todo va mal. Sigue recordando lo que había dicho media hora antes, pero lo que entonces estaba lleno de vida ahora parece insulso y exánime.

Me vino a la memoria lo que Anton me había contado de España, mucho más claro ahora que entonces. El español es uno de los pocos pueblos cuyos defectos les sientan bien. Cantan sobre la muerte de tal manera que acabas deseándola; es su forma de luchar contra el miedo. Pese a todo, están enamorados de la vida y sus celebraciones no son sino un intento por preservarla. Convierten cualquier cosa en una celebración, aunque, en el fondo, son gentes muy sencillas. El carácter de los alemanes hace que den por sentada la valentía y el denominado heroísmo es, para ellos, casi un deber. Los españoles tienen su propia celebración de la virilidad, que es, en sí misma, una lucha contra el miedo. Aman a los animales. Si argumentas que torturan y matan a los toros, te contestaré que no me importaría ser un toro español destinado a morir en el ruedo. Al menos sabría lo que me espera. En el ruedo, todos los gestos tienen un nombre; cada movimiento, un término técnico. Y la estocada final es el golpe de gracia. En el resto del mundo, cantamos a la humanidad, pero cuando nos llevan al matadero no suena la música. Desaparecemos sin armar ningún revuelo. Al toro lo crían y lo cuidan para el gran objetivo de su vida. Mientras que nosotros…

En España nadie te robaría el fusil. Un español dejó el suyo apoyado en la pared de una trinchera y se fue a casa. Comió, bebió, cantó, le dio una tunda a su mujer y luego regresó. Y allí estaba esperando su fusil, en el mismo lugar en el que lo había dejado. Sangre, muerte, amor, maldiciones y oraciones; todo está metido en el mismo saco. Crueldad, ternura, lástima, éxtasis, amor y odio, pereza y dedicación; todo forma parte de una mezcla inseparable. ¡Qué manera de torturar a los presos (tanto un bando como el otro)! ¡Y qué respeto hacia la familia, los antepasados y los niños! ¡Cómo hablan del pasado sin perder de vista el presente y lo aplazan todo para el día siguiente! Esos granujas no se aburren nunca. Mienten con tanto estilo que se creen sus propias mentiras. La mezcla de moros y latinos ha dado lugar a un carácter difícil de entender para otras naciones. A nosotros nos gusta que las cosas estén claras, como una soga sin nudos.

Pero, entonces, ¿por qué te enamoraste de España, Anton?

¿Enamorarme? ¿Crees que me enamoré? ¿De qué? ¿De esa

escritura llena de nudos y ataduras? Después de todo lo que he visto y leído, desde la época de los conquistadores hasta la actual, ¿de qué podría haberme enamorado? ¿Del sofocante verano madrileño? ¿De esas semanas enteras en que apenas se puede respirar, en que te vas a dormir y te despiertas cubierto de sudor? ¿De aquella terrible retirada por los Pirineos? ¿De su arquitectura? En tiempos de guerra, la arquitectura te interesa tan poco como el paisaje. ¿De sus canciones? ¿Del hedor de mi propio cuerpo? Es cierto que siempre había deseado visitar España… pero preferiría haberla recorrido sabiendo todo lo que sé ahora. ¿Has visto que ahí abajo está Ljubljana?

Da la sensación de que podríamos tocar sus luces con la mano…

Una ciudad como cualquier otra, aunque es en ella donde hemos pasado una buena parte de nuestras vidas. Creo que, para nosotros, España simboliza algo similar, pese a la diferencia de sus sonidos y atmósfera. Incluso el bufido de los caballos suena distinto.

Sí, lo sé. Mi chica es diferente: huele y habla de manera diferente. Parezco un enamorado.

Allí estaba yo, sentado en un patio diminuto. Un viejo olivo, una parra, unas cuantas rosas y un pequeño pozo. Jacinto tocaba un instrumento desconocido, un instrumento de apenas tres cuerdas. Bebíamos vino dulce, un canario revoloteaba en la jaula que pendía del olivo, había un farol… Y poco más… Comíamos queso y pan. Žarko dijo que se llevaría aquel patio entero de recuerdo. Estábamos más o menos en la misma situación que ahora: la guerra nos había dado un respiro y había pasado a un segundo plano. Siendo España un país tan grande, con aquellas enormes extensiones de olivares, ¿por qué construyen unos patios tan pequeños? Las familias pudientes de nuestro país tienen jardines formidables alrededor de sus casas de campo. Sin embargo, nunca verás a uno de ellos sentado debajo de un árbol. Ahí está la diferencia. Ahí y en el clima, el terreno rocoso y todo el resto… Esas noches españolas con las que podrías fundirte… luego te persiguen. No te imaginas lo poco que necesitan los hombres.

Me lo imagino.

No, todavía no. Pero pronto lo descubrirás, lo quieras o no.

A lo largo del mitin, dos partisanos y una chica sentados en una mesita, nos leyeron unos papeles para informarnos de la situación.

El 22 de agosto, el Ejército Rojo había liberado Járkov y ahora seguía avanzando imparable hacia el oeste. Las consecuencias de la derrota alemana en Stalingrado estaban resultando fatales para la maquinaria bélica de Hitler. Los polacos se habían alzado y los partisanos soviéticos estaban persiguiendo a los alemanes, que se retiraban.

Las voces se entremezclaban. ¿Kiev no había caído todavía? La pregunta me vino a la mente de improviso. ¿Dónde había oído algo sobre Kiev?

Los aliados que habían desembarcado en Sicilia, Calabria y Salerno continuaban avanzando a través de Italia. Los aviones bombardeaban Alemania.

La declaración de Moscú acerca de los criminales de guerra.

El furor destructivo de los alemanes en el territorio ocupado.

—¿Sabes dónde está Járkov? —me preguntó Anton.

Nuestras unidades estaban a las puertas de Ljubljana, nuestras divisiones estaban lanzando ataques por todo el país. La Guardia Blanca intentaba reorganizarse bajo el mando de los alemanes. El ocupante les había arrancado la máscara.

A continuación, se escenificó un sketch, una pieza de un acto. Un campesino con sombrero deambulaba por el escenario. Se apoyaba en un bastón y se secaba la frente sudorosa. De pronto, el campesino veía algo, levantaba la palma de la mano por encima de los ojos y volvía a mirar. Menuda sorpresa: era un partisano. «¿Estás vivo o muerto?», le preguntaba. Todavía sin acabar de creérselo, lo tocaba con la mano. «Sí, tienes toda la pinta de estar vivo…», iba repitiendo. «¿Cómo va todo, compañero?», preguntaba el partisano. El campesino, todavía sorprendido, le explicaba que tras la última ofensiva los alemanes habían anunciado que no quedaba ni un solo combatiente con vida, que los bosques habían sido purgados y que todo el movimiento partisano había sido derrotado. A lo que el joven soldado replicaba, en voz alta y con un estilo totalmente literario, que aquello era una flagrante mentira, que el Ejército de Liberación Nacional era ahora más numeroso y fuerte que nunca, y que pronto asestaría un golpe mortal al ocupante y sus lacayos.

Acto seguido sonó una melodía y una canción de los partisanos.

Luego subió al escenario un joven partisano bien vestido que empezó a recitar el *Brindis* de Prešeren. Se notaba que era un orador consumado.

Tras el poema, el coro interpretó tres piezas. La primera fue una canción del ejército esloveno.

Heroicos batallones, apresuraos,
Ahuyentad a las ratas blancas y a los perros negros,
Castigad al enemigo en su cubil;
Que en el aire libre de nuestros bosques
Resuene la estremecedora voz de los fusiles
Saludando a los invasores…

La segunda, una canción de los marineros rusos:

Y en el buque, en letras rojas, está escrito «Armada Roja»…

El coro fue ovacionado. Fue entonces cuando el viento cobró fuerza y el primer relámpago de la noche atravesó el cielo. Se avecinaba una tardía tormenta otoñal.

En medio de la canción popular «Qué fue de las veredas que un día conocí…» se puso a llover, pero nadie pareció inmutarse.

A continuación, un grupo de personas recitó a coro un poema sobre los rehenes.

Y, finalmente, los músicos tocaron un vals y unas cuantas parejas salieron a bailar. La lluvia empezó a caer con más fuerza y nos refugiamos en el pajar. Hubo rayos y truenos. Las hogueras llameaban a merced de las repentinas ráfagas de viento. Los caballos se inquietaron. El acordeonista y el guitarrista siguieron tocando bajo un alero.

Sentados a la mesa de madera de arce de aquella casa, éramos seis soldados: Dolničar, tres compañeros suyos, Anton y yo. Ante nosotros había una jarra de mosto y una hogaza de pan de maíz. Junto al horno descansaban un anciano y dos mujeres. Y en una cama vi a tres niños. Dos de ellos se movían inquietos en el sueño y el mayor no dejaba de mirarnos. Una manta de lana roja cubría la cama. En un rincón de la habitación había una lámpara votiva apagada y varias imágenes de santos. Dolničar hablaba con aquella voz resonante que no admitía objeciones. Durante mucho rato, sus compañeros se contentaron con pronunciar una palabra de vez en cuando, sin añadir nada significativo. Mientras tanto, Anton se dedicó a mordisquear con fervor un mendrugo.

—¡Bebamos, amigos! ¡Salud!

Dolničar nos relató la batalla de Stalingrado. Todos sabíamos lo que había pasado; al fin y al cabo, en la ciudad habíamos estado escuchando Radio Moscú y Radio Londres. Sabíamos que von Paulus había firmado la capitulación; sabíamos que, al enterarse, Hitler se había enfurecido; sabíamos de los enfrentamientos casa por casa, piso por piso, incluso habitación por habitación. Pero Dolničar no nos dejó tomar la palabra. De un modo u otro, ¿por qué teníamos que hablar siempre de lo mismo? En aquel momento, no necesitábamos que nos levantasen la moral.

Para disgusto de Anton, empecé a llevarle la contraria a Dolničar. Anton me miró como si yo fuese un mal estudiante que no ha

entendido nada. Pero yo estaba convencido de que tenía razón y no estaba dispuesto a cambiar de actitud. Los compañeros de Dolničar se pusieron de su lado. ¿El motivo de la discusión? Ellos afirmaban que los alemanes ya habían perdido y yo les decía que aún íbamos a sufrir duros enfrentamientos antes del final. Lo dije, más que nada, para rebatir a aquel hombre tan pagado de sí mismo que me estaba sacando de quicio. Y cuando Anton se mostró de acuerdo con ellos, no pude salir de mi asombro. Después de todo, sabía perfectamente cuál era su opinión sobre el transcurso de la guerra; aquel tema había ocupado nuestra primera conversación. La discusión derivó en una amarga riña en la que estaba solo frente a los otros cinco. Hasta que, de repente, Dolničar me acusó de pusilanimidad y derrotismo. Aquella acusación me sacó de mis casillas, pues sabía que en el ejército aquel reproche significaba poco menos que un consejo de guerra. Las discusiones nocturnas con Depolo en Ribnica volvieron a mi memoria. Pese a todo, mi tendencia a discutir me llevó a empeorar las cosas. Anton me miró con los ojos como platos, sacudiendo la cabeza ante mi extrema estupidez. Nos limitábamos a vomitar teorías, sin mencionar lo ocurrido durante la operación o las experiencias de los últimos días. Aquella discusión fue insoportable, artificial, un insulto a nuestra inteligencia. No se trataba de debatir diferentes puntos de vista, sino de imponerlos. A medida que la discusión se volvía más caótica, nos limitábamos a pronunciar palabras altisonantes y a apropiarnos de las ideas que más nos convenían para seguir insistiendo en nuestros argumentos, siempre intentando quitarnos la palabra unos a otros. Nino, Jerkovič, Dolničar, Počkar; un periodista, un estudiante fracasado, un maestro y un técnico de la construcción. De eso me enteré más tarde. De la batalla de Stalingrado pasamos a hablar de arte, luego de jazz, después de Buda y Confucio, de Freud, de la educación y del humor. Y, para acabar, nos centramos en Marx y en el cubismo. Mientras tanto, la familia de campesinos esperaba pacientemente a que nos venciese el cansancio para poder irse a la cama. El realismo es la única forma válida de arte; todo lo demás es una estafa. El arte depende del gusto de la mayoría; las masas deciden. El arte es un fenómeno de clases. Jazz: argumentos a favor y en contra. ¿Cuál es el origen del jazz? Buda, Confucio, ¿vivió realmente Cristo? Freud era marxista. Sin pedagogía no puede haber aprendizaje, y sin aprendizaje no puede haber cultura, que también es necesaria. Incluso un trabajador debe tener flores en la ventana. El humor es la diversión del pueblo; siglos atrás, los siervos se burlaban de los nobles. El cubismo es un invento capitalista. Marx valoraba enormemente el arte verdadero. Lenin era un apasionado del teatro. Y del cine. Stalin

era el más culto de sus contemporáneos; fue el Comenius de su época. Hasta la llegada del marxismo era imposible responder a todos los problemas que acuciaban al hombre y a la sociedad. Tras la guerra, la revolución se extendería por todo el mundo, incluida América. El capitalismo estaba agonizando. Y aquellos que no opinaban igual era porque, en el fondo, deseaban que ocurriese lo contrario. Freud nos enseñó a ser ateos. Cuando entrásemos en Ljubljana, empezaría la edad de oro de los eslovenos, la época en la que habían soñado Cankar y los más distinguidos representantes de nuestro país. Rusia se encargaría de proteger y cuidar a las naciones más pequeñas, y de procurarles un futuro feliz.

Cuando por fin nos separamos, Anton y yo nos dirigimos hacia el pajar. Llovía. En un momento dado, Anton se paró.

—¿Sabes con quién estabas discutiendo? —me preguntó—. No, seguro que no. Y mejor que no lo sepas. Porque, de lo contrario, se te helaría la sangre. No tienes remedio. No estás hecho para el ejército. Tu cabeza rodará, si no es que ya lo ha hecho.

—Pues mira que tú, poniéndote de su lado —me quejé con amargura.

Anton se llevó las manos a la cabeza.

—¿Es que no puedes entender —gruñó— que no dependes de lo que digas, ni de lo que oigas, ni de si tienes o no razón, y menos en una revolución? Dependes de lo que decidan hacer contigo. Me estremezco al pensar en lo mucho que te gusta discutir.

Anton hizo una mueca antes de seguir.

—¿Eres trotskista, Anton? ¿Acaso sabes qué es el anarquismo? Claro que no. Es una palabra que has oído en las cafeterías de Ljubljana. Nunca estuviste en las calles de Barcelona intercambiando tiros con los anarquistas.

Estaba enfadado y decepcionado. Me censuró sin piedad y me soltó un sermón tratando de simplificar sus argumentos al máximo para asegurarse de que, de una vez por todas, aprendía la lección. Esperaba que, con un poco de suerte, pudiese salir con vida de la guerra.

—Considérate afortunado de no pertenecer al partido. De lo contrario, no podrías irte a dormir al pajar. El caso es que eres un partisano, un miembro de un ejército revolucionario que se está preparando para tomar el poder y que está dispuesto a barrer todos los obstáculos que se interpongan en su camino. No se trata de saber o no saber, ni de quedarse en lo superficial o alcanzar un significado profundo. La disciplina es lo único que importa. Ahora mismo te acaban de clasificar bajo un epígrafe que no desearía compartir contigo. ¿Burgués anarquista? ¿Bocazas liberal? Y alguien preguntará:

¿y si no es más que una máscara?, ¿y si detrás de esa máscara se esconde un enemigo de clase? ¿Sabes que dijo el naturalista Erjavec sobre las serpientes? Que el hombre es el peor enemigo de las víboras. Que las mata sin compasión; no solo a las víboras, sino a todas las serpientes que puedan tener alguna relación con ellas. El hombre es capaz de matar diez culebras por su semejanza a un reptil venenoso. Es mejor matar a diez inocentes que dejar en libertad a un culpable. ¡Y a ti no se te ocurre otra cosa que llevarle la contraria a un miembro del Politburó! ¡Menos mal que mañana nos separaremos! Un analfabeto político como tú solo puede traerme problemas. Menuda pareja: el trotskista español y el anarquista esloveno, ¡el don Quijote y el Sancho Panza del Ejército de Liberación! Mira que sobrevivir a una cacería humana para caer en las garras del Politburó. ¡Quién me lo iba a decir! ¡Será posible! Švejk nunca se pondría de tu lado.

Anton hizo una pausa y probablemente recordó algún fragmento concreto de la discusión, puesto que juntó las manos y miró hacia el cielo.

—¿Y todo por qué? ¡Por una estupidez monumental!

Nos echamos en la paja.

—Te has creído todas esas patrañas que se cuentan sobre la democracia, ¿verdad?

Como ya me daba todo igual, resoplé exasperado.

—Vamos a ver, ¿de verdad crees que en el algún lugar del mundo ha habido democracia? ¿Hubo democracia en la antigua Grecia, donde existía la esclavitud y la propiedad privada? Somos iguales porque no somos esclavos. Es decir, unos gozan de mayor igualdad que otros. Liquidaremos a Sócrates y todo volverá a ir bien. ¿Hubo democracia en Roma? ¿Y en la Florencia del Renacimiento? ¿Hubo democracia en París? Siempre ha habido democracia para los que controlan el ejército y la policía; el resto ha tenido que conformarse con repetir las palabras del jefe de la policía. ¿Por qué tendría que ser diferente ahora? ¿Por qué querías demostrar que Dolničar no había leído ni una sola página de Freud? Si, después de todo, sobrevives a esta guerra, tendremos la mejor prueba de que nuestro movimiento es realmente democrático.

Un poco más calmado, Anton continuó aleccionándome:

—Puede que la democracia funcione entre unos pocos. Pero en cuanto ocupamos nuestro puesto en la sociedad, pasamos a formar parte de una escala jerárquica. Es inevitable.

»¿Sabes cómo lidiaban los caballeros con los campesinos que se rebelaban?

»¿Has leído algo sobre la Revolución Francesa?

»¿Y sobre los trabajadores que se lanzaron a las barricadas?

»La lucha por la libertad, la liberación, la democracia, la igualdad, la fraternidad y la justicia se extiende por toda la historia. Pero ¿quién escribe la historia? ¿Quién controla las imprentas? ¿Quién sostiene las tijeras de la censura? Las ideas son la materia prima de las clases dominantes. Te has enrolado en el Ejército de Liberación Nacional y, lo quieras o no, formas parte de la revolución. En este momento estamos sometidos a una dictadura militar. Y más adelante vendrá la dictadura del proletariado. ¡Basta! Nunca podrás juzgar qué está bien y qué está mal, nunca podrás elegir al que toma las decisiones ni tampoco influir en ellas. Lo único que podrás hacer es mostrarte de acuerdo o no. Y si no lo estás, alguien decidirá qué será de ti. Nadie debatirá contigo. Ahora ya lo sabes, y no podrás quejarte de que no te hayan avisado. En adelante, serás el único responsable de lo que te ocurra.

En ese momento, me puse a pensar en voz alta.

—¿Y qué hay de esa larga lista de personas que no estuvieron de acuerdo con los grandes de su tiempo? Sócrates, Jesucristo, Espartaco, Giordano Bruno y una multitud de disidentes que murieron en la hoguera…

—Claro, claro —me interrumpió Anton—. Podemos reunir una lista de diecisiete tomos. ¡Venga, Berk! ¿Es que no te das cuentas de que no se trata de mejorar la forma de vida sino de garantizar la supervivencia? Será mejor que duermas. Ya tendrás tiempo de reflexionar sobre mis palabras… cuando crezcas.

Nos callamos, pero no dormimos. Ambos estábamos agotados. Pero Anton no podía contenerse.

—Mira, Berk, ese Dolničar tiene a otro Dolničar por encima, y ese a otro, y ese a un cuarto, y ese a un quinto… y, así, hasta llegar a Stalin, que es el Dolničar supremo.

Me incorporé apoyándome en los codos.

—¿Y tenemos que aceptarlo como un hecho consumado?

—Lo tenemos que aceptar como un hecho y como una necesidad —asintió Anton—. Si Stalin no fuera Dolničar, no podría mantenerse en el poder. En política, la máxima preocupación reside en conservar la posición. La verdad, la justicia, la honradez, ese tipo de conceptos no guardan ninguna relación con ella. A su manera, Hitler es uno de los políticos más honrados, puesto que en sus discursos ha insistido una y otra vez, sin temor a que la historia lo juzgue, en que la victoria justifica todos los medios. Hitler fue a la guerra para conquistar el mundo; ¿crees que lo disuadiría la letra pequeña de algún tratado o la mala conciencia por el trato que dispensa a sus enemigos? «Si

vencemos —dijo—, todo se decidirá de acuerdo a las instrucciones que dictemos. Y si perdemos, ¡que se vaya todo al diablo!». Napoleón también pensaba así. Y todos los políticos de «mano dura». A su lado, los demócratas son unos aficionados. Y el momento de los aficionados todavía no ha llegado.

Anton hablaba del presente, pero de pronto recordó algo del pasado.

—En España, tuve problemas similares con Žarko. Hacía tiempo que adivinábamos que, a no ser que ocurriera algún milagro, la guerra estaba perdida. No valía la pena hablar del tema. Pero él no podía evitarlo, y aprovechaba cualquier oportunidad para sacarlo. Oficialmente, sin embargo, debíamos mostrar confianza en la victoria de nuestro bando. ¿Sabes qué me contaron los enfermeros que me vendaron la cabeza? Que los alemanes habían dado con nuestros heridos. Y que, en vez de dispararles, decidieron atizarles con sus fusiles. Les abrieron la cabeza, les golpearon como si fuesen bistecs, les aplastaron las costillas y les rompieron los huesos. A una distancia de veinte metros a la redonda, la nieve se tiñó de rojo. Después partieron los fusiles contra los troncos de los abetos y los lanzaron entre los cadáveres. Aquellas armas no eran lo suficientemente buenas para ellos.

—¿Petkošek estaba entre ellos?

—Sí.

—Los alemanes dieron por terminada su ofensiva el día indicado y a la hora prevista. Avanzan hacia el oeste, hacia Primorska.

—¿Y qué va a pasar ahora?

—¿Que qué va a pasar? Que esperaremos a ver cómo maduran las cosas. Tú emprenderás la marcha y yo me enclaustraré en alguna imprenta. Entre Járkov y Berlín hay un largo trecho.

Cuando, a la mañana siguiente, me despertaron unos cascos de caballo que sonaron cerca del pajar, ya era de día. Anton no estaba a mi lado. Pensé en levantarme para ir a buscarlo, pero entonces vi una especie de espiral gris junto a mi fusil. Se trataba de una hoja de periódico enrollada con dos cigarrillos Morava. No tenía sentido salir a buscarlo; Anton había decidido marcharse sin despedirse.

Cinq siècles de guitarre en Espagne [17].

Narciso Yepes tocaba la guitarra.

Yo estaba sentado solo al lado de la gramola del bar adonde había ido a desayunar. Joseph Bitter y su mujer se habían ido por la mañana. La noche anterior, nos habíamos despedido cordialmente y Bitter me había regalado un libro de Egon Friedell titulado *Ilustración y revolución* (extracto de *Historia de la cultura moderna*). Friedell se

había suicidado saltando por una ventana cuando, en marzo de 1938, Hitler entró en Viena. Serafín me trajo una mezcla de marisco, mejillones, pescado y colas de cangrejo con una salsa fría en un inmaculado plato blanco con forma de barca y un aperitivo de frutas en un vaso largo y alto.

Narciso Yepes tocaba el «Minué en la mayor» de Fernando Sor. Josep Ferran Sorts i Muntades se había inspirado en Mozart. Y allí estábamos sentados, de pie o suspendidos en el aire, el hombre de la gorra de piel, el poeta Rob, Anton, Miha, Meta, Joseph Bitter y su mujer, Friedell, Mozart y Fernando Sor, Narciso Yepes y Serafín. El segundo más joven de la lista era Miha, que estaría a punto de cumplir los treinta. Y el mayor era Mozart, que, según mis cálculos, pronto cumpliría doscientos dieciocho años. En aquel entonces murió durante un brote de peste. En cualquier caso, el más joven era Serafín, que solo tenía veinticuatro años.

—¿Hoy no va a venir el otro señor?

No, Joseph se había ido de una vez por todas y no iba a volver. Su presencia se limitaba a las pocas líneas que había escrito en el libro para poder decirme algo tras su partida.

—¿Sabes alemán, Serafín? Aquí dice: «Ante todo, son los pies de nuestros soldados los que nos llevan a la victoria. Y, a continuación, sus bayonetas». Es una cita de Napoleón. Y en otra página, añade: «Gracias a las marchas vencimos a los austríacos». *Märsche* significa «marcha», Serafín, largas caminatas. Las guerras no son más que marchas.

—¿Aquel señor alemán había sido soldado?

—Sí, Serafín, sí. Fue soldado, aunque costase de adivinar a primera vista.

—¿General?

—Algo parecido, sí. Estoy bromeando, Serafín. ¿Acaso no sabes que todos los alemanes llevan a un guerrero en el corazón? En la infancia juegan a ser soldados y en la vejez reviven sus batallas. La guerra, para ellos, es como una partida de ajedrez y así lo demuestran sus estrategias militares. ¿Juegas al ajedrez, Serafín?

—Sí, de vez en cuando.

—Las estrategias de los alemanes rozan la perfección. De vez en cuando, sin embargo, algún desmañado de otro país aparece por algún rincón y les desmonta todos sus dogmas tácticos. Napoleón, por ejemplo. Entonces tienen que volver a bregar y aplicar toda su ingenuidad para desencadenar otra guerra. Y así van depurando la técnica.

—La guerra no es buena —observó Serafín.

—¿Por qué? ¿Cómo lo sabes?

—Lo dice la gente mayor que la ha vivido.

—La guerra también es un baile, Serafín. La guerra es un minué interpretado por una guitarra en veinticinco disparos.

—Veo que le gusta bromear —rio Serafín.

Sabía que sus preocupaciones eran de una naturaleza completamente distinta.

—La chica delgada de pelo largo, esa que estaba aquí hace un momento, ¿es tu novia, Serafín?

Serafín movió la cabeza y emitió un breve sonido de asentimiento.

—Ese sí que es un agradable campo de batalla.

Probablemente, en otra época la señora Bitter había sido una mujer maravillosa. La noche anterior, había estado hablando con ella antes de cenar. Joseph había ido a la oficina de cambio. Traté de imaginar cómo debía de haber sido su rostro de joven. Debajo de aquella expresión digna y decorosa todavía resplandecía una chispa de antiguo ardor, un rescoldo entre las cenizas. La señora Bitter llevaba una blusa de seda negra con un broche de oro, se había maquillado y había ido a la peluquería (por eso Joseph y yo habíamos pasado juntos la tarde, para que pudiera arreglarse para la cena); parecía mucho más joven. Bastaba con olvidar el aspecto de su piel mientras tomaba el sol en la playa y su semblante cuando estaba cansada. Había decidido ser la triunfadora de la noche. Yo estaba dispuesto a mirarla con los ojos entrecerrados, para verla mejor, y a olvidarme de todas las imágenes que conservaba de los días anteriores. Después de todo, eso es lo que hacían los impresionistas para pintar sus cuadros. A la señora le gustaba especialmente España porque consideraba que, allí, jóvenes de todo el mundo se comportaban de manera educada, discreta y alegre. En Alemania, me dijo, era peligroso transitar por algunas zonas de las grandes ciudades incluso a plena luz del día por culpa de las pandillas de roqueros y otras bandas violentas.

—Y aquí pasean, bailan, sonríen y se divierten hasta la madrugada sin provocar peleas, sin enfrentarse ni insultarse. Es como si estuviésemos en El Dorado. ¿Ocurre lo mismo en Yugoslavia?

»Bueno, nuestros jóvenes se sienten atraídos por Occidente. No todos, pero sí los más escandalosos.

»Los rusos son muy duros con los alborotadores, ¿no es cierto?

»Sí, tengo entendido que toman medidas enérgicas al respecto.

»Me pregunto cómo han resuelto ese problema los españoles.

»Puede que esté en lo cierto. Según Joseph, los españoles son los que más sufrieron en el frente ruso.

»Sí, ya me lo imagino.

»Joseph ha escrito sobre ello en sus memorias. ¿Le ha dicho que ha estado escribiendo sobre su experiencia en la guerra?

—Algo me dijo, sí.

—Empezó a escribir como pasatiempo, pero después se metió de lleno en ello. ¿Cómo puede un hombre completamente normal, un hombre metódico y ordenado, convertirse en todo lo contrario? Joseph se obsesionó tanto que volvieron a atacarle sus antiguas migrañas. Todos aquellos recuerdos iban a acabar enfermándolo. «Oye —le dije—, ¿vamos a vivir en el presente o en las pesadillas del pasado? En las listas de criminales de guerra hay seis millones de alemanes. Pero tu nombre, Joseph, a pesar de haber servido en muchos frentes y países, no aparece en ellas. ¿Por qué tienes ahora que pasar cuentas? ¿Por qué has de pagar por lo que otros hicieron con tus nervios, tu salud y tu bienestar? No eres político ni escritor, nadie va a intentar comprenderte». Finalmente, conseguí que lo dejara. ¿Y sabe cómo ha mejorado desde entonces? Hasta diría que está renaciendo. Los hombres deben vivir en el presente, no en el pasado; y especular lo justo sobre el futuro. Pero, sobre todo, deben evitar preguntarse qué podría haber pasado si las cosas hubiesen ido de otro modo… y no cargar con la culpa de los otros. ¿Qué sentido tiene someterse a una especie de vivisección? ¿Para qué? Joseph estuvo en una población alemana en la que fusilaron a miles de personas en un solo día. Mataron incluso a los niños y a los profesores de toda una escuela… Algo terrible, dolorosamente terrible… El pueblo se llamaba… Empezaba con K… Kra… Kra…

—¿Kragujevac?

—Sí, eso es, Kragulevatz… ¿Se lo mencionó? ¿No? No debió de verse capaz. El otro día, en Palma, pensé que habían estado hablando de ello. Los vi tan afligidos cuando llegué a la cafetería en la que habíamos quedado… que incluso me asusté. ¿Le explicó Joseph que nuestra familia sufrió todos los altibajos de la guerra? ¿Que también a él lo investigaron? ¿No se lo contó? Ocurrió en la época en la que Hitler sufrió el atentado. Joseph hizo un comentario. O bien dijo que el Führer era estúpido, o que había sido una estupidez provocar la guerra. La palabra alemana *irrsinnig* puede entenderse de varias maneras. Igual que la palabra *locura*. Puedes estar locamente enamorado o loco de remante. Puedes decir que Hitler estaba loco o que la guerra fue una locura. El caso es que a Joseph lo absolvieron, pero lo destinaron a una unidad de asalto. Su vida pendía de un hilo y se salvó por los pelos. Esta guerra fue una diabólica carnicería. Joseph es ingenuo como un niño. Y a usted le tomó cariño de inmediato. Tiene que venir a vernos a Alemania. Joseph me ha dicho que las

conversaciones que mantiene con usted le refrescan como una ducha de agua fría. Disfrutó especialmente de la conversación que mantuvieron acerca de Napoleón.

Más tarde, cenamos los tres juntos, conscientes de que era la cena de despedida. Al terminar, la señora Bitter se disculpó y se retiró a su habitación. Nosotros pedimos otra copa. Ambos teníamos la sensación de que iba ser difícil poner fin a nuestras conversaciones con una conclusión adecuada. Y, como resultado, dijimos muchas tonterías y ninguno quedó satisfecho.

—¿Qué le parece España?

—Bueno, es un país como muchos otros, ni mejor ni peor.

—Aquí, hace muchos años, cien poetas homenajearon unas escaleras hechas de mármol blanco.

—Durante la Guerra Civil se construyeron unas prisiones especiales, difíciles de imaginar. Las celdas estaban hechas de paredes de cemento pintadas de blanco y negro y unos reflectores las mantenían siempre iluminadas. Cuando metían allí a algún prisionero, ponían en marcha la grabación de unas sirenas. El ruido era ensordecedor. Y en aquel espacio cerrado, los nervios de los prisioneros quedaban hechos pedazos. Lo que no sabría decir, aunque me fuese la vida en ello, es qué bando las utilizaba, si el de Franco o el de los republicanos.

—El hombre es un animal, no hay duda de ello —dijo Bitter.

—En eso se equivoca, señor Bitter. Un animal no construiría una celda como esa. Sí, conozco la frase «el hombre es un lobo para el hombre». Pero se trata de un concepto erróneo, muy manido, que viene de la antigüedad y que Thomas Hobbes y algunos otros han hecho que perdure hasta nuestra era. En las últimas décadas, Freud le ha dado un nuevo impulso. Recuerde, sin embargo, la guerra en la que participó. La guerra y otras cosas. El hombre ha elevado a rito todas las características, toda la actividad, que lo hacen semejante a un animal. Características, por supuesto, de las que se quiere diferenciar. Los animales tienen épocas de celo; los hombres alaban el amor y el sagrado matrimonio. Los animales devoran la comida cuando tienen hambre; los hombres organizan almuerzos, cenas y banquetes de despedida. Los animales mueren; los hombres fallecen y, por lo general, celebran entierros y publican esquelas. Los animales paren sus crías; los hombres engendran a sus sucesores. El macho más fuerte e inteligente lidera la manada; los charlatanes más rollizos, acomplejados y cortos de miras dirigen la sociedad humana. Si un animal engulle a un hombre, aparecerá en los titulares de todo el mundo. Los hombres, sin embargo, comemos carne animal todos los

días, incluso en las cenas de despedida, y no se arma revuelo alguno. Los animales salvajes se atacan despiadadamente unos a otros; los hombres van a la guerra como héroes. Pero eso no es todo, señor Bitter. Cuando un animal ataca a otro, lo hace porque está hambriento y se lo come. Los animales de la misma especie solo se atacan entre ellos durante la época de apareamiento —así es como la naturaleza aplica la eugenesia—, para establecer una jerarquía dentro de la manada o para decidir los límites de los territorios de caza. Según los naturalistas, esos ataques no suelen causar graves heridas y nunca acaban en muerte. Si quiere saber lo que los animales no harían nunca, solo tiene que leer la espantosa lista de delitos del código penal o los argumentos de la acusación de los juicios de Núremberg. No, el hombre no es un animal. Los hombres se creen superiores a los animales, han intentado entrar en contacto con Dios, se han convertido en dioses, se han alejado de la naturaleza para someterla, han creado un mundo propio, el mundo de los hombres… y aquí estamos ahora, amigo mío, vestidos con trajes confeccionados, con el estómago lleno de carne, observándonos…

Sí, estábamos observándonos, hasta que por fin Bitter rompió a reír. Al principio de forma entrecortada, pero luego a carcajada limpia, de modo que acabé contagiándome de aquella incontrolable alegría a pesar de que una discreta sonrisa casaba mejor con mi estilo.

—Me ha levantado la moral —me dijo al final—. No está todo perdido…

De nuevo, volvió a estallar en carcajadas.

—¿En qué país han fabricado su traje? —me preguntó.

—En el mío.

—Claro, es como los nuestros.

Al cabo de un rato se calmó.

—Y allí estábamos los dos, persiguiéndonos por la península balcánica…

Se le veía relajado, pero mi instinto militar se resistía a fraternizar con el enemigo.

—En aquel entonces ambos llevábamos uniforme alemán —observé.

Bitter se puso muy serio.

—¿Lo cogió… lo cogió usted mismo?

—Sí, no me costó mucho; todavía no había alcanzado el *rigor mortis*.

En el libro de Friedell encontré un pasaje subrayado: «Hay una serie de cosas en las que, racionalmente, hemos dejado de creer. Sin embargo, nuestro organismo sigue creyendo en ellas y es más fuerte

que nuestra capacidad de razonar».

El pasado que llevamos dentro no morirá, el futuro siempre es diferente a lo que esperábamos y el presente no es más que un punto en el tiempo.

Permanecí allí sentado, escuchando la música de la gramola y contemplando la cara de un ministro español en la pantalla del televisor. Había bajado el volumen. Aquel rostro envejecido abría la boca, levantaba sus cejas pobladas y me miraba, convencido de estar pronunciando un discurso de gran importancia.

¿Quién remendó la camisa de Videk? Hubo una viuda pobre que tenía siete hijos, cada uno más pequeño que el anterior… Todos usaron la misma camisa, que fue pasando de uno a otro hasta llegar a Videk, que era el menor. Cuando Videk heredó la camisa, estaba tan desgastada que los rayos de sol la atravesaban. Pero una oveja le dio lana, un arbusto se la cardó, una araña le tejió la mejor tela, un cangrejo le cortó una nueva camisa y un pájaro se la cosió. Videk se miró en el riachuelo y gritó con alegría: «¡Oh, ahora tengo una nueva y bonita camisa!». (Así dice la canción de Fran Levstik). ¡Bien por Videk, el chico de la camisa blanca!

Escuchando la música de la gramola, no sé por qué de pronto me emocioné. El ministro seguía mirándome desde la pantalla. Serafín prestaba atención a una pareja que se había sentado a la barra. En aquel momento, todos los políticos del mundo, profesionales y aficionados, se dirigían a las multitudes o a sus representantes tanto por radio, como por televisión y prensa: todos proclamaban el respeto por los derechos de los ciudadanos, creían en el arte y la ciencia, consideraban la vida humana como el bien más preciado, trataban de influir en el futuro y aseguraban tener muy clara la diferencia entre lo admisible y no inadmisible. Asimismo, todos confiaban en que la mayoría de la gente se mostraría de acuerdo con ellos, puesto que «las cosas no pueden ser de otra manera». Yo mismo lo veo todo y no veo nada; soy consciente de los lamentos de los funcionarios, del poder del ejército, del secretismo de la policía, de las necesidades cada vez más urgentes de los trabajadores, campesinos y médicos, del riesgo que corren los especuladores. Todo tiene sentido, excepto yo. Todo tiene un origen, se desarrolla de acuerdo a las circunstancias, cumple un propósito y alcanza un objetivo. Todo, excepto yo. Yo he rechazado lo que los demás saben; he renunciado a mi cultura, a mi entorno, a mis orígenes y a mis raíces. Y aquí estoy, escondido en este local diminuto. A nadie le importa si me quedo o no. He visto demasiadas películas de dibujos y me he convertido en uno de ellos. Una vez, en una exposición vanguardista, vi una actuación titulada «Muerte de una

carpa». Un pez nadaba en un gran recipiente hasta que un hombre lo sacaba y lo lanzaba encima de una tela blanca. El pez saltaba, resollaba y se sacudía, y finalmente moría ante nuestros ojos. A continuación, el hombre bebía agua del recipiente y la vomitaba, y seguía bebiendo y vomitando. Contemplando todo aquello lamenté que se hubiese dejado de practicar el soneto acróstico. No se puede demostrar que Dios existe, ni tampoco lo contrario; no se puede demostrar que el alma del hombre es inmortal, ni tampoco lo contrario; no se puede demostrar el libre albedrío, ni tampoco lo contrario. Lo único que tengo claro es que la conciencia pertenece al individuo y que el individuo no puede existir fuera de la sociedad humana. La simplificación de la música es el sonido; de la pintura, las manchas; de la literatura, los puntos y las rayas. La filosofía cuestiona la existencia del mundo y la ciencia, su propia validez y propósito. El pasado no había estado tan lejos del presente como ahora. Décadas o milenios nos separan de los griegos y los romanos. Los siglos se han convertido en milenios y las décadas, en siglos. Las nuevas generaciones no entienden a sus predecesores. Un chico de quince años le dirá a un viejo de veinte que aprendió latín y griego que es un zombi salido de un antiguo cementerio. Por eso, nuestra visión del futuro es cada vez más limitada. Es como si, antes, no hubiese existido nada. Siglos atrás, en aquella lejana guerra contra las tropas hitlerianas, los bosques se convirtieron en campos de batalla. Ahora, sin embargo, los científicos calculan los niveles de polución analizando las hojas de los árboles, subiendo a las montañas más altas y evaluando el aire de los bosques. Los haces de colores de grandes proyectores instalados en una sala llena de humo son la nueva expresión del arte y amenazan con destruir el recuerdo de los antiguos maestros. La lógica ha perdido el derecho a opinar. Los países se han acostumbrado a los discursos sin estructura, a la sospecha y la duda, a los dobles sentidos. La política ingenuamente realista de los aficionados ha dado lugar a la astucia y la falsedad de los profesionales, de los dirigentes de grandes y poderosas organizaciones. Este mundo esquizofrénico está gobernado por una política paranoica. En cualquier momento estallará el planeta; las tumbas se abrirán, pero en vez de muertos, de ellas saldrán hordas de turistas. De noche, en El Arenal, siempre se oyen pasos; pasos apagados, que se deslizan, que traquetean. Los músicos de las orquestas al aire libre cantan, tararean y tocan sus instrumentos al ritmo de las conversaciones y las risas. La gente cruza la calle en bañador para ir a las playas. Los automóviles se pierden en la noche. Las multitudes beben cerveza, vino dulce, café y aguardiente de cerezas que sabe a ácido prúsico. Alemanes,

holandeses, daneses, noruegos, suecos, alemanes, alemanes, alemanes, ingleses, franceses, americanos, italianos, griegos, turcos, norteafricanos y alemanes pasean y charlan sin descanso. En una esquina, junto a una zapatería, hay un profeta de América, un tipo barbudo y greñudo que, con su inglés americano, anuncia a las parejas que pasan por allí que la perdición les afectará de tres formas. Acto seguido se golpea la cabeza y dice «en cuerpo y mente», se golpea el pecho y añade «en cuerpo y alma», se golpea la barriga y termina «en cuerpo y deseo». Desde las cinco de la madrugada hasta las siete, las calles permanecen vacías, como sumergidas en un fluido transparente. A esas horas no se oyen voces ni sonidos, a excepción de la fresca brisa matinal que llega desde el mar y levanta grandes olas, olas que no hacen más ruido que un papel que se arruga. Es entonces cuando se despiertan los turistas mayores, que sacan sus perros a pasear. Al final, aparecen también los españoles, que abren sus comercios a las nueve de la mañana.

¿Quién remendó la camisa de Videk?

Ese sí que es un agradable campo de batalla, Serafín. Joseph Bitter, debes de estar a punto de llegar a casa.

Los cigarrillos Morava ya no son tan buenos como antes, Anton. Ahora fumo Filter 57.

Dentro de poco volveré a Ljubljana. No sé por qué. Tal vez sea el destino. Viaje adonde viaje, siempre vuelvo a Ljubljana cuando llega la hora. Algún día le preguntaré al alcalde qué piensa, como marxista, sobre el instinto de las aves migratorias.

Sigo recordando muchas de las conversaciones que mantuve con Anton cuando, acompañados de otros diez hombres, avanzamos dificultosamente bajo la lluvia helada desde el monte Krim hasta Suha Krajina. La mayor parte de las veces soy incapaz de distinguir sus palabras de las mías, pues ambos compartíamos la misma búsqueda, las mismas inquietudes, el mismo placer en expresar aquellos fugaces pensamientos que nos asaltaban en los bosques, durante aquellos días en que todavía teníamos un propósito: alcanzar la victoria, la liberación, el fin de la guerra. Siete estábamos heridos y los otros eran cinco Blancanieves. A uno le habían dado en la mano; a otro, en el brazo; y a un tercero, en la cabeza. El que estaba en peor estado era un chico rubio al que le habían disparado muy cerca del ombligo. La bala le había salido por la espalda. Alguien había hecho todo lo posible para curarle la herida y el chico aguantó veintiocho horas de marcha con nosotros. Aquella proeza sirvió para demostrar, tal como suele decirse, «que un hombre aguanta más que un caballo». Le salvó la vida el hecho de tener los intestinos vacíos. Pasar hambre también

tiene sus ventajas.

—Solo hay dos posibilidades —dijo Anton. Podía verlo apoyado en un árbol—. Que el fin justifique los medios, tal como se cree ahora en Europa; o que lo más importante sea el camino y no tanto el objetivo, como creen los asiáticos. Nadie habla en voz alta de ello; se trata de pensamientos secretos.

»Todo es ilimitado, pese a que levantemos fronteras. Todo funciona, vive y se mueve de acuerdo a unas leyes que van más allá de lo individual; más allá del hombre y del conocimiento humano. Los hombres tratan de interferir en el orden natural de las cosas y luego se lamentan de las desgracias que provocan.

»Durante lo peor de la guerra, una anciana siguió viviendo sola en una bonita casita. Aquella casita tan modesta se ajustaba perfectamente a las necesidades de su diminuto y frágil cuerpo. Parecía un personaje sacado de un cuento. Ni la anciana ni la casa sufrieron daños. Aquella anciana me ofreció un mendrugo, una loncha de tocino y una cebolla. Y, al despedirnos, me dijo sin andarse con rodeos: “Cuando termine la guerra, dé voces de que acepto huéspedes. Un oficial alemán me prometió que también lo haría”.

Llegamos a la división.

Había cometido todos los errores posibles y permitido a los demás que hiciesen lo mismo. Con todo, no me mataron.

De la división pasé a la brigada; de la brigada, al batallón; y del batallón, a la tropa. Zgornji Korinj, Hinje, Polom. Avanzamos en fila india hacia la carretera que conducía a Rijeka. De allí fuimos a Ogulin y después a Loški Potok y Ribnica. Catorce meses más tarde partimos hacia Trieste, desde Trieste continuamos hasta Ajdovščina y por fin llegamos, por la carretera de Vrhnika, a Ljubljana durante la soleada mañana de un 9 de mayo. Habíamos dejado atrás centenares de kilómetros.

A través de la nieve acumulada, avanzamos hasta Mrzla Vodica. Allí coincidimos con varios políticos, algunos de los cuales conocía de mi época universitaria; se trataba de los líderes de nuestro movimiento.

En Mrzla Vodica el frío era gélido. Vi a unas campesinas, acompañadas de sus pequeños, recogiendo lo que quedaba de la cosecha de patata pese a que la tierra estaba helada. Aquella noche me invitaron a comer boniatos asados. Los boniatos eran diminutos, del tamaño de una castaña, pero estaban calientes y deliciosos; un bocado extraordinario. A pesar de los piojos, me acosté en una cama con un mullido edredón de plumas de oca. Me curé las llagas de los pies, que estaban sangrando; debido a la sangre, había dejado un

rastro rojo en la nieve. Pero los seres humanos no tardan en recuperarse. Un cañón alemán bombardeó nuestros puestos de vigilancia y uno de los proyectiles dio de pleno en la caldera de la comida. Aquella exactitud nos hizo pensar que había un traidor entre nosotros, pues era evidente que alguien había revelado nuestra posición. ¡Pero qué se podía esperar! Las mujeres entraban y salían de Rijeka pasando mercancías de contrabando y conocían todos los senderos del bosque. Y una de ellas les había llevado a los alemanes una carta cosida en el interior de la falda.

La carretera de Zgornje Jelenje estaba cubierta de niebla y los alemanes lo aprovecharon para capturar, sin un solo disparo, al comandante de la segunda compañía. Atacamos un campo de aviación flanqueado de búnkeres. Nos enfrentamos a los alemanes entre las rocas, envueltos en la niebla que intermitentemente el viento iba dispersando. Había momentos en que una niebla espesa como la leche nos envolvía a todos, alemanes y partisanos; y otros momentos en que nuestra visibilidad alcanzaba varios metros. Era imposible distinguir la fisonomía de un alemán con un casco de acero. Lo único que se apreciaba era la nariz, roja de frío como la nuestra.

A causa del teniente Vagelj, antiguo miembro del Sokol, oficial de reserva y en aquel momento jefe de personal de nuestro batallón, tuve que enfrentarme a una situación delicada. Un buen día, el teniente Vagelj desapareció. Poco después me enteré de que había desertado y se había ido a Rijeka. El caso es que yo había estado quedando con él con el único objetivo de hablar en inglés y practicar un poco.

Una noche, en un tramo en que la carretera estaba levantada, cuatro de nosotros sufrimos el ataque de unos desconocidos que nos dispararon mientras avanzábamos tranquilamente por aquel terraplén fangoso.

En la aldea de Homer, fui a casa de un campesino viejo para beber un trago de aguardiente y escuchar la radio. El campesino me contó que los alemanes habían enterrado vivo a un correo partisano en un campo cercano a su casa. Desde el otro lado del valle, un oficial alemán que exploraba el terreno con unos anteojos lo había visto avanzando por un camino. Los alemanes le prepararon una emboscada y lo capturaron sin disparar ni una sola bala. Le dieron una paliza y lo interrogaron. Luego lo obligaron a cavar un hoyo y a saltar dentro. Varios vecinos lo vieron. Los alemanes taparon el hoyo, pero la tierra seguía moviéndose. Entonces se pusieron a patear el lugar hasta que, por fin, la tierra dejó de agitarse bajo sus pesadas botas.

Desde una ventajosa posición en lo alto de una colina, abrimos fuego sobre una limusina alemana y un auto blindado que ascendían

por la carretera. La limusina se incendió enseguida, pero los alemanes saltaron en tromba de ambos vehículos y buscaron refugio debajo de un puente. Desde allí intentaron dispararnos. La oscuridad les salvó la vida.

Un tipo llamado Pleček me contó que se había encontrado con un alemán en Travna Gora. Pleček iba por el bosque, con las manos en los bolsillos, cuando se quedó petrificado: en el linde de un claro había un alemán vestido con uniforme de camuflaje. El alemán sostenía un arma automática con la que apuntaba al partisano. Estaban tan cerca uno de otro que ambos podían distinguir los rasgos de su rival. Durante unos instantes permanecieron inmóviles, observándose. Hasta que Pleček empezó a retroceder despacio, se dio la vuelta y continuó andando. Finalmente miró hacia atrás: el alemán seguía allí, como una estatua. Pleček se quedó esperando el disparo, que no llegó. Así que volvió a girarse y echó a correr como un loco. El alemán no disparó.

En la aldea de Stari Laz nos atacó la Legión Negra de la Ustacha. El pueblo está situado en un estrecho valle rodeado de montañas. Los disparos nos llegaban por todos lados. Mientras devolvíamos el fuego desde la aldea, enviamos a una patrulla ladera arriba para que sorprendiese a la Ustacha por un flanco. El enfrentamiento apenas duró una media hora. No había ni un solo hombre en las casas, solamente mujeres y niños.

En un mitin muy poco concurrido nos anunciaron el número de líneas de ferrocarril que habíamos hecho saltar por los aires.

Algunos de los nuestros capturaron a un viejo, supuestamente un alto cargo de la Ustacha, y lo interrogaron. Las autoridades locales, de base partisana, nos pidieron que se lo entregáramos. Por lo visto, lo necesitaban para llevar a cabo un intercambio de prisioneros.

La Ustacha estaba matando y torturando, torturando y matando, a mucha gente en el campo de concentración de Jasenovac, situado junto al río Sava. Lanzaban los cadáveres al río. Algunos de aquellos verdugos y torturadores se habían puesto nombres funestos. Su método favorito de tortura era golpear hasta la muerte a los prisioneros con una almádena.

En Dolenjska se produjeron enfrentamientos entre los partisanos y la Guardia Nacional Croata, que se había reorganizado. En Begunje, los pelotones de fusilamiento alemanes entraban en acción todas las mañanas. Antes de las ejecuciones, ataban a los condenados a una estaca.

Hasta entonces no supe lo peculiar que era el país donde vivía. A lo largo de la carretera que conduce a Ogulin se alternaban las aldeas católicas y las ortodoxas. Las aldeas católicas apoyaban a la Ustacha, y

las ortodoxas, a los Chetniks. Nosotros nos presentábamos como una tercera fuerza. En los pueblos croatas se mostraban huraños con nosotros, y en los serbios, llenos de curiosidad. Descubrimos que la Ustacha había «rebautizado» a sangre y fuego a los serbios ortodoxos. No lejos de Klek hay una fosa donde la Ustacha lanzó a tantas personas que los primeros cadáveres sirvieron para frenar la caída de los que llegaron luego. Durante una semana entera se oyeron los gritos que pedían auxilio y los gemidos de aquellas personas amontonadas en una fosa de cuarenta metros de profundidad. ¿Qué se podía hacer para sofocar aquel odio mortal, de carácter nacionalista y religioso, que los alemanes habían alentado y del que habían sacado tan buen provecho?

Celebré mi cumpleaños en Vitunj, una pequeña aldea serbia situada en el valle de Ogulin. En una casa, una anciana vestida de negro cruzó los brazos y exclamó: «¡Hijo mío!». Por lo visto, me parecía bastante a su hijo, que había muerto hacía poco. El caso es que hizo recorrer a sus hijas una distancia de hasta treinta kilómetros para que trajeran comida y bebida, y así poder celebrar mi cumpleaños. Hacia las once de la noche, en plena fiesta, la Ustacha abrió fuego con ametralladoras sobre la aldea. Una hora más tarde, la fiesta volvía a estar en marcha. Milica, que había servido en Zagreb, se puso para la ocasión unos zapatos de tacón alto, unas medias de seda negra y unas bragas también de seda negra con puntas de encaje blanco; lo suficiente para enloquecer a cualquier hombre.

En el pueblecito de Turković descubrimos a un Ustacha escondido. Se trataba de un joven desorientado que no tuvo tiempo de salir corriendo. ¿Quién remendó la camisa de Videk? Venga, dínoslo. Su madre nos suplicó que le perdonáramos: todavía era muy joven, se lo habían llevado a Ogulin, no había podido hacer nada para impedirlo, y había desertado solo para volver a ver a su madre y a su hermana. ¡Lo que había llegado a hacer un alemán con su hermana! La había amenazado con el fusil para obligarla a que se desnudara. Luego había cogido su ropa y la había llevado detrás del establo… «Yo los seguí… y vi lo que ocurría —continuó la señora—. Vi a Marija completamente desnuda… y a ese alemán siguiéndola con su ropa y con un Schmeisser en la mano… Me puse a chillar y a retorcerme las manos, a llorar y a suplicarle… Entonces él se asustó, dejó caer la ropa en el suelo y se fue…». Marija, una chica esbelta con un vestido holgado, estaba allí y había escondido el rostro entre las manos. Su hermano se levantó de un salto con la intención de escapar y la ráfaga de una automática le alcanzó por la espalda. La madre se abalanzó sobre él. El hombre que había disparado comprobó el arma. Todos conocíamos

las reglas del juego.

—¡*Da lo mismo, da lo mismo, señor*! —dijo el viejo fontanero que vino a desatascar el desagüe de la ducha. Le había preguntado si creía que España volvería a convertirse en una monarquía—. Lo más importante es mantener lejos a los extranjeros.

—¿Qué extranjeros?

—Los italianos, los alemanes, los rusos… No, gracias, no fumo Ducados, me queman las encías. Prefiero estos: Extra, *cigarrillos con filtro*.

—¿Le gustaría probar tabaco de mi país?

—¿De dónde es usted?

—De Yugoslavia.

—Me lo fumaré más tarde, gracias. Todavía tengo mucho trabajo por hacer. Trabajo haciendo chapuzas. ¿Los fontaneros de su país también van haciendo apaños?

—Sí.

Ya había advertido que no íbamos a tener una gran conversación.

Pronto me marcharé de aquí. Pero ¿qué voy a hacer durante los días que me quedan en este hotel? No puedo irme ya, pues ese no era el plan y no lo voy a cambiar. Esta situación es un buen punto de partida para reflexionar sobre el libre albedrío.

Me desnudé y me metí en la ducha para quitarme del cuerpo la sal marina. Eso formaba parte del plan que no pensaba cambiar. Ejerciendo el libre albedrío, ajusté las llaves del agua fría y de la caliente hasta conseguir la temperatura tibia que prefería. A partir de aquel momento, las posibles decisiones se multiplicaron: podía vestirme para salir a pasear por las bulliciosas calles y luego sentarme en una terraza o una cafetería entre las hordas de turistas para contemplar a los transeúntes de ropas coloridas, o también podía coger uno de aquellos carruajes que recorrían el paseo marítimo. Pensé en aquellos caballos escuálidos, que avanzaban al trote por el asfalto caliente, sacudiendo el sombrerillo que les colocaban en la cabeza. Seguro que deseaban que se hiciese de noche para volver a las caballerizas, donde podrían saciar su sed y mascar paja. ¿Y si fuese un caballo? Imaginé el dolor que les debía de producir el látigo en los costados. También podía reservar una entrada para el nuevo espectáculo de flamenco o irme de excursión a Palma. Podía hacer cualquier cosa, excepto volver a casa, pues todavía no había llegado el momento.

Finalmente acabé haciendo lo que acostumbraba a hacer. Me puse el albornoz y me acomodé en la tumbona de mi balcón. Desde allí podía contemplar la discoteca cuya música tronaba veinte horas al

día, con un intervalo de silencio entre las cinco y las nueve de la mañana. Levanté la vista al cielo, que anunciaba una noche tranquila y cálida, y luego me fijé en mis mocasines de piel amarillos. La compra de aquellos zapatos no estaba prevista en el plan, sino que respondía a una decisión impulsada por el libre albedrío. Cualquier plan se podía cambiar.

Aquello me recordó al día, casi treinta años atrás, en que me había sentado en la hierba, cerca de Ogulin, y había estado contemplando mis botas de clavos de piel rusa. La única diferencia era que, en época de guerra, la atención nunca se centra exclusivamente en un punto. Los soldados están siempre al acecho de lo inesperado, que puede ocurrir en cualquier momento. En época de guerra todo sucede de acuerdo a un plan desconocido, todo se decide en otro lugar y no se puede cambiar. Sí, el libre albedrío se ejerce constantemente, pero con el único objetivo de cumplir de la mejor manera con una tarea. Un afable zapatero de Mrkopalj me había remendado las botas. Y las polainas me las había regalado un neozelandés al que habíamos escoltado hasta la costa, donde lo esperaba un submarino inglés. Yo iba vestido con un uniforme alemán de color negro y un abrigo yugoslavo. Guardaba una potente granada Kragujevac y otra más pequeña de fabricación italiana. Llevaba un petate italiano de lona verde y otro de piel marrón, probablemente alemán, que había encontrado en alguna casa. Ahora disponía de una Máuser, un arma excelente en la que podía confiar, y de suficiente munición. También contaba con una manta militar alemana, un reloj suizo y cigarrillos de Zagreb, la capital de lo que la Ustacha había bautizado como Estado Independiente de Croacia. La piedra para hacer fuego me la había regalado nuestro cocinero, a quien le gustaban mis bromas. El caso es que iba bien calzado, y eso era lo más importante de todo. Las guerras las ganan los pies, es cierto. ¿De qué sirve tener un motor excelente si las ruedas del vehículo no funcionan? Había lanzado una granada durante aquel enfrentamiento en que la niebla nos había envuelto. Todo cambia. La transformación es constante en los hombres y su indumentaria. Nunca me había sentido especialmente cómodo con aquellas botas bajas alemanas; prefería las botas de montar de piel más flexible. Tras la guerra, me resultó imposible acostumbrarme a los pantalones normales cuyas perneras quedaban sueltas a la altura de los tobillos. Un piloto americano me regaló una camisa de camuflaje. Me dijo que era de Texas y me dio su dirección. Incluso llegué a escribirle después de la guerra en un gesto de complicidad. Pero al cabo de unos meses, me devolvieron la carta con la siguiente indicación: «Destinatario desconocido en esta dirección». Entre mis

pertenencias también había unos pantalones que los ingleses habían lanzado en un paquete en paracaídas y que yo había transformado en pantalones de montar, una chaqueta que provenía del mismo sitio y que, en realidad, era una especie de abrigo corto, un cinturón americano de gruesa lona blanca, una Máuser Reiterpistole Parabellum alemana con una extensión que convertía aquel arma en una automática, una pistola F. N. belga, una camisa caqui y una chaqueta de piel siberiana que había olvidado un miembro del destacamento austríaco que había llegado desde Moscú. En los últimos meses de guerra me hice con una automática americana. Nunca llegué a tener ningún artículo de Japón.

En algún lugar cerca del río Kolpa comimos pato salvaje asado.

Hermina vino directamente de Ljubljana, contenta de haber salido de aquel infierno. Una falda entallada destacaba sus bien torneadas caderas; toda una alegría para nuestros doloridos ojos. Hermina me comentó en confianza que, a pesar de las redadas, la gente de la ciudad seguía yendo a restaurantes y cafeterías. Una casa partida en dos por una bomba alemana nos proporcionó un agradable cobijo.

Aquella noche, un comando nos sobresaltó abriendo fuego con sus automáticas. Salimos a toda prisa de las casas, molestos por lo inesperado de la situación. La noche siguiente se presentó la Ustacha y tuvimos que huir desesperados hacia la ladera, molestos en aquella ocasión por el tiempo que habíamos perdido pensando que, de nuevo, se trataba de una falsa alarma. En una reunión, puse en duda la actuación del comandante y del comisario al preguntarles por qué se habían ido con la unidad de servicio. Y con aquella pregunta me gané otro punto negativo, que pasó a engrosar la lista de los que ya tenía.

Vi al subcomandante de la brigada caminar tranquilamente con su automática bajo una lluvia de balas que recortaba la hierba por la que avanzaba, y lo vi salir ileso de aquella situación. Desde los búnkeres, la Ustacha nos disparaba ráfagas. Recordé a menudo a ese hombre después; un minero con un peculiar sentido del humor.

En una sesión de autocrítica escuché a cada uno de mis compañeros reconocer sus errores. Cuando me llegó el turno, afirmé que yo era un tipo fantástico que no había cometido ningún fallo. Me dijeron que aquella broma no había tenido gracia.

Llegaron notificaciones de ascensos. ¿De dónde demonios iban a sacar suficiente cinta dorada para los distintivos de tantos brazos? Tal vez la iglesia se ofreciese a ayudarnos. Después de todo, un partisano había sido condenado a muerte y ejecutado públicamente en un pueblo por haber disparado a un crucifijo en casa de un campesino. La interferencia privada en la iglesia o en cuestiones religiosas se

denominaba sectarismo y el sectarismo comportaba un consejo de guerra.

A los partisanos eslovenos les habían prohibido, bajo pena de muerte, «gorronear» en los pueblos croatas.

—Yo no soy un gorrón —solía decir Miloš—. Yo entro en una casa y exijo comida para tres combatientes del Ejército Nacional.

Los aliados habían desembarcado en Anzio y Nettuno. Los alemanes se estaban retirando de Crimea. Se estaban produciendo enfrentamientos en Montecassino. Los alemanes habían intentado atacar Drvar sin éxito. El glorioso Ejército Rojo había llegado a Minsk y Kiev. Los aliados habían entrado en Roma, en París. Todos los días nos llegaban excelentes noticias. El fin de la guerra se aproximaba deprisa. Estaba cerca, muy cerca, aunque todavía no lo veíamos. Las órdenes de Stalin nos llegaban cada día. Del cielo bajaban paracaídas cargados de paquetes con armas y ropa. Las brigadas se transformaban. En el frente del mariscal Konjev… en el frente del mariscal Zhukov… Había pesadas armas automáticas de fabricación rusa instaladas sobre plataformas giratorias. Había ametralladoras ligeras de fabricación inglesa. Dos batallones de la Guardia Blanca se enfrentaron en la niebla y nosotros capturamos a los desertores y los extraviados. Hubo varias batallas en Dolenjska. La Guardia Nacional, tras adoptar la táctica partisana de marchar por la noche y sorprender al enemigo por la retaguardia, nos atacó de madrugada. Las alarmas aéreas se repetían. Nuestros altos cargos montaban a caballo. Se hablaba del «círculo» marxista. La propaganda nos inundaba; la producción de nuestras imprentas aumentaba de forma continuada. Caímos en emboscadas. Un piloto americano me regaló una auténtica Colt 45 antigua. Celebramos las primeras elecciones en el campo de batalla; sí, sí, ¿qué iba a ocurrir? Mítines. Lanzaminas de mejor calidad. Una comisión para instaurar el poder del pueblo. Londres al habla. Moscú al habla. Corriendo de nuevo hacia las montañas. Comemos polenta en un molino junto al Kolpa. Ya lo había dicho Marx… Un baño en el río. Un coro canta «La Internacional». De la seda de los paracaídas, las mujeres cosen blusas rojas, verdes y amarillas; el material, sin embargo, no transpira y la gente suda. Cigarrillos Camel y Navy Cut. Los libertadores vuelan hacia el norte, hacia Alemania, y regresan tras soltar su cargamento de bombas. Un bombardero renqueante avanza lentamente tras la formación. Un caza alemán sobrevuela el valle del río Kolpa en busca de presas frescas y se precipita hacia un bombardero americano averiado. De algún lugar aparecen dos Spitfires ingleses. Asistimos a un combate aéreo. Los nuestros alcanzan al Messerschmitt alemán, que se desploma hacia el

suelo como una bola de fuego y humo. Los interrogatorios de prisioneros alemanes. Un sargento dice que ya sabe lo que ocurrirá. Nos despiojamos. Nos bañamos y nos limpiamos las costras con una solución sulfurosa. Los heridos. Nuestras tropas entonan una canción rusa: «Dispara, rifle, dispara; dispara, rifle; rifle rojo, no tengas piedad del fascista…». Tal como nos había enseñado Lenin… ¡Al ataque! El fin de la guerra se aproximaba deprisa. Estaba cerca, muy cerca, aunque todavía no lo veíamos. Nos costaba creer que Belgrado fuese una ciudad liberada. Un pequeño avión conocido con el nombre de «cigüeña» nos lanzó una ráfaga de metralleta a baja altura. Escuchábamos constantemente abreviaturas nuevas: snoub, ioof, rof, skoj, avnoj, ozna, nov, pos, snos, noo… Las fuerzas de Vlasov salieron al ataque con sus pantalones a rayas verdes y rojas. Metieron a las mujeres en un edificio y las violaron a todas. Incluso a una anciana que, debido a ello, acabó en nuestro hospital. «Si mi propia abuela no me hubiese contado lo ocurrido, no me lo habría creído», comentó su nieta. Unidades americanas en Aquisgrán. La compañía de teatro de los partisanos llevó a escena obras de Chéjov y Moliere; el vestuario fue confeccionado gracias a los paracaídas de los aliados. Panceta en conserva de los americanos. Un batallón ruso de uzbekos se rindió ante nosotros. El jefe del destacamento ruso no entendía por qué no los fusilábamos: «Al final todo el mundo salvará el pellejo». Creamos un batallón austríaco formado por antiguos prisioneros austríacos que se enfrentaron como leones a los alemanes; sabían muy bien lo que les esperaba si los capturaban. Un destacamento de los aliados, ingleses y americanos. El coro partisano. Una llamada al Ejército Nacional para ordenarles que se rindan. Los alemanes se retiraban de Grecia pasando por Yugoslavia. El teatro del frente. Los talleres de los partisanos. Emisión de bonos, nuestra primera moneda. ¿Seguiremos necesitando dinero cuando termine la guerra? Una carta de Ljubljana, cosida en una pieza de ropa; una carta completamente normal, escrita en un trozo de tela. Una gitana insistía en que le diésemos un pedazo de paracaídas. Una noche, una mujer nos cocinó tortitas, signo evidente de que el fin de la guerra se aproximaba, de que cada vez estaba más cerca. Solo Dios sabía si algún día iba a llegar de verdad la liberación. De nación de lacayos a nación de héroes. Condecoraciones, ascensos, distinciones, reprimendas. Tras la guerra se eliminarían los impuestos. El arte es un fenómeno de clases. Ya lo había dicho Stalin… Las masas debían ser educadas, pues en ellas residía el poder del pueblo. Muerte al fascismo. Eslóganes. Ejecuciones. Discursos. El día de la liberación se acercaba. La ofensiva alemana que desembocó en la batalla de las Ardenas. «Nos espera un duro invierno —vaticinó un campesino—.

Habrá heladas y grandes nevadas». De un árbol colgaban los intestinos de un hombre. Alguien debía de haber pisado una mina. Aquellos recuerdos no terminaban nunca; y a pesar del trajín, parecían sucederse sin prisa alguna. Los recuerdos invadían mis oídos, mis ojos, mis piernas y manos. He continuado aprendiendo, sí, pero es muy posible que me encuentre en el camino equivocado. Unos y otros avanzamos hacia un error cada vez mayor. Como suele decirse, los hombres aprenden durante toda la vida, pero mueren ignorantes. El hombre aprende durante toda su vida y muere loco, dice el refrán. Reconozco que me domina el orgullo, la codicia, la vanidad y la ira. ¡Y reconocerlo ya es mucho! Sé que me dejo llevar por la marea de los prejuicios vinculados a mi entorno y a las ideas del momento. «No te imaginas, hijo mío, cuán poca sabiduría se necesita para gobernar el mundo», le dijo un viejo estadista a su hijo. Cuanto más cerca estamos de la libertad, más nos restringen los moldes que creamos a través de comisiones especiales o que surgen de manera espontánea. Una noche tranquila, un miembro del Comité Central Austríaco que había llegado de Rusia vistiendo uniforme ruso me contó que durante una de las purgas estalinistas habían arrestado a su mujer y la habían ejecutado en la cárcel. Los miembros del destacamento checo se dirigían a nosotros con palabras altisonantes y nos repetían tópicos; no confiaban en nosotros. Un informador de la Guardia Nacional Croata nos dijo que los ingleses le habían asegurado que los partisanos no iban a llegar nunca al poder en Eslovenia. Los aviones aliados mantenían el contacto entre Bari y nuestro campo de aviación. El final se acercaba deprisa, pero nosotros seguíamos andando y continuaríamos haciéndolo hasta el último momento. Las piernas son la parte más importante de un soldado. A continuación, viene la comida y después el tabaco. En la casa de un campesino jugué al ajedrez con un arquitecto y ambos compartimos varios tragos de un potente aguardiente. El arquitecto me comentó que, cuando acabase la guerra, los rusos y los americanos entrarían en conflicto. «¿Y qué pasará con nosotros? —señaló—. Míranos, atrapados entre oriente y occidente, entre el norte y el sur. Los eslovenos decidimos establecernos en una tierra demasiado expuesta». Según me dijo, la arquitectura moderna no tenía salida. Íbamos a construir tartas de cemento de acuerdo a la manera de hacer de los rusos. Se avecinaba la época de los héroes, del Hombre con mayúscula, como había dicho Gorki. Antes del profeta, los poetas árabes cantaban sobre la vida y la muerte, el amor y el vino; más adelante, sin embargo, los héroes y la vida recta se convirtieron en sus únicos temas. El arte al servicio del pueblo liberado. Más vale que lo aceptes lo antes posible. Tončka me

confió en la cama que nuestro servicio de inteligencia recelaba de mí porque era un bocazas. Y aquello no presagiaba nada bueno. Un día me emborraché con un teniente del destacamento ruso. Cuando ya iba bastante bebido, me dijo: «Los partisanos tenéis una idea muy simple de la revolución». ¿Qué había querido decir con aquello? ¿Es que había algo en nosotros que no le gustaba? Un piloto americano a quien salvé de los alemanes me enseñó esta canción: «*Home, home on the range, where the deer and the antilope play*…»[18]. Unos días más tarde partió para su base en Italia. ¿Se fue? Sí. Porque el fin de la guerra se aproximaba deprisa. Cada vez había más territorio liberado. Yo no era totalmente consciente de lo que estaba pasando. Y, sin embargo, todo ocurría de acuerdo a un plan. Había carteles por todas partes. El país entero se estaba organizando. Cada población, cada región, tenía alguien al mando. Autoridades locales. Y un enlace para mantener el contacto entre el ejército y esas autoridades. La red de correos funcionaba con normalidad. Aparecían periódicos nuevos. Se distribuían provisiones, equipamiento, uniformes y armas. Gracias a ello, nuestras brigadas tenían un aspecto mucho más homogéneo. Aquella maquinaria organizativa funcionaba a la perfección, sin confusión ni ambigüedades. Durante las representaciones teatrales, los políticos y los soldados más respetables ocupaban los asientos de primera fila. Tras ellos, se sentaba el resto de soldados y al final, los civiles. Un inglés afirmó que nuestro pueblo era un ejemplo único en la historia: allí, a unos cuantos kilómetros de distancia, estaban los alemanes; y aquí estaba nuestro país, situado en el centro de Europa. En las guerras anteriores algo así habría sido impensable. Un ruso acostumbraba a beber aguardiente en un vaso de chupito, acompañándolo de tacos de beicon sin pan. Aquel ruso nos comentó que, una vez, había visto de lejos a papá Stalin. Maricka me iba a tejer un jersey. El Ejército Rojo estaba en Varsovia. El Ejército Rojo estaba en el río Oder. Los americanos iban a cruzar el Rin de forma inminente. El fin de la guerra se acercaba muy deprisa. Hasta el último momento, muchos hombres recibirían el impacto de una bala. Y una de aquellas balas sería la última en dar en un blanco. Cualquiera de nosotros podía ser ese blanco. A los combatientes mayores les aterrorizaba la idea de morir por culpa de la última bala. De la bruma de la memoria surgen rostros que hablan y luego desaparecen. Sol y lluvia. Viento. Una carretera de macadán barrida por una metralleta alemana que levantaba nubes de arena blanca en el aire. La noche que pasamos en un molino cuando nuestro vehículo se averió. Los muslos de aquella joven campesina. Las formaciones de nuestros bombarderos en el cielo. ¿En cuántos sitios puede estar un

hombre al mismo tiempo? Un muerto junto a la carretera. Una compañía que cantaba al ritmo de la marcha, encabezada por una bandera y un acordeonista. Los pájaros que se despertaban con la primavera… ya no faltaba casi nada. Aquella era la última primavera de la guerra, eso nos aseguraban. Porque el final se acercaba. Pronto marcharíamos hacia Ljubljana. Ljubljana era nuestro destino. Berlín para los rusos y los americanos; Ljubljana para nosotros. Creía que iba a sobrevivir. Me acerqué al río para disparar a las ranas. Después de todo el caos por el que había pasado, sabía que me iba a sentir descolocado cuando regresase a Ljubljana. ¿Cómo me iba a adaptar? ¿Cómo sabríamos que aquel era realmente el final? ¿Cómo reaccionaríamos en caso de que lo fuese? Advertí que una gitana me había contagiado la sarna. Un carnicero nos ofreció un poco de hígado. Un año antes, el ahora comandante de un pueblo había ordenado la ejecución de todos los gitanos de un campamento. Por lo visto, habían revelado la posición de algunos partisanos. La Guardia Blanca capturó al comandante y con un cuchillo le dibujaron una estrella roja en las mejillas antes de matarlo. Encontramos el cadáver de una partisana a quien los soldados de la Guardia Nacional habían violado. Nunca logré entender por qué, al descargar su furia sobre ella, le habían arrancado con unas tenazas el vello púbico. Iban a recibir su merecido, pues el final de la guerra se estaba acercando y no podrían seguir escondidos. Muerte al fascismo. Odio encendido. Ansias de vivir. Los prados tendrían un solo uso. La estupidez de esperar un milagro. El cansancio de la carne, de la carne humana. Ni músculos ni extremidades. Espíritus. Espíritus que se dejan llevar por el viento meridional de febrero. Ya no importa qué es verdad y qué es mentira, lo que es justo y lo que no. Las voces de los oradores retumban, pero yo ya no las oigo. Bebimos un trago en casa de un campesino y luego disparamos al techo. El final se acercaba. Marjan, Dušan, Tone, venga, bebamos. De no haber sido ellos, habrían sido otros. Continuamos andando, hablando, durmiendo; soñando con algo maravilloso: la guerra había terminado, sonaba la música y las multitudes abarrotaban las calles. Una carretera estalló y pedazos de piedra saltaron por los aires para volver a caer desordenadamente en el suelo. Nadie se ocuparía de recomponer aquel rompecabezas para recuperar la antigua carretera.

Vi a un civil con un enorme abrigo negro volando por los aires. A un grupo de alemanes, en formación cerrada, cantando un himno militar. A un campesino colgado de un árbol. A un cosaco forzando a una joven. ¿Dónde iba a poder conseguir munición para un arma del calibre 25? Las bragas hechas con tela de paracaídas no eran buenas,

pues no dejaban transpirar. Los americanos habían desembarcado en Iwo Jima. ¿Es el Papa un criminal de guerra? La contradicción entre Dios y Marx ya estaba resuelta. La Guardia Blanca desfilaba en Ljubljana. Dos Gurkhas al servicio del ejército británico habían conseguido escapar de un campo de concentración alemán y llegar a Eslovenia. Nos encontraron gracias a las rutas que utilizaban los correos. Poco después salieron en avión hacia Italia. Lo único que aquellos soldados nos preguntaron era en qué dirección se encontraba la India para poder arrodillarse en el sentido adecuado y rezar. La realidad penetra en los sueños y los sueños penetran en la realidad, de modo que ya nada es real.

Aquel civil del enorme abrigo negro, ¿era un anuncio de algún producto pintado en la pared de una casa? Cuando, al cabo de tanto tiempo, entré en una cocina donde había un espejo, me devolvió la mirada un rostro extraño. Tal vez habría podido olvidarme por completo de mí mismo, fingir que era otra persona, pasar por alto aquella identidad desconocida y salir corriendo. ¿Acaso había escogido yo aquella cara? ¿Aquellas manos? ¿Aquel cuerpo? ¿Aquel sexo? ¿Aquella manera de pensar y sentir? No, mi capacidad de elección era muy limitada. ¿Quién o qué había decidido mi aspecto? ¿Quién o qué me había enviado a este mundo y había escogido aquella época y la ciudad de Ljubljana? ¿Quién o qué había marcado mi camino conduciéndome hasta los partisanos que se ocultaban en los bosques y había guiado mis pasos a lo largo de aquella carretera? ¿Quién, qué, o todo dependía de alguna otra cosa? El caso es que ahora era completamente responsable de mí mismo y de mi situación. Y sentía la necesidad de pertenecer a algún sitio para no acabar volviéndome loco. El hecho de que me pudiesen matar los nuestros, los alemanes, los Blancos, los Azules, la Ustacha, los hombres de Vlasov, los de Nedić, los de Ljotić, los húngaros, los búlgaros o a saber quién, no tenía ninguna importancia. Y que todos me reprochasen que me estaba equivocando, que había cometido errores o que mis bromas no tenían ninguna gracia «pues todos sabemos que esto es muy serio», ¡me daba absolutamente lo mismo! ¿Y si en el fondo sentía que algo no iba bien? Debía de tomar la palabra en un mitin. ¡Yo, haciendo un parlamento! Un parlamento que habría estado lleno de lugares comunes. Por un lado, estaban el ocupante y sus lacayos, que habían sido desleales a su propia nación; por el otro, los combatientes; y entre unos y otros, las malvadas y cautelosas fuerzas reaccionarias, preparadas para traicionar los intereses nacionales en cuanto surgiese la ocasión. Sí, aquel planteamiento tenía mucho de cierto. Estaba el ocupante, sí, ¿y qué más? Y aquellos que les servían eran sus lacayos,

¿y qué más? Luchábamos por la libertad y, al mismo tiempo, luchábamos por la revolución, aunque preferíamos no hacer bandera de ello, pues intuíamos que los rusos preferirían que no lo hiciésemos. Cada época tiene su propia terminología, su propia manera de expresarse; cada partido político tiene su propia nomenclatura para referirse a las diferentes situaciones y a los problemas que se derivan de ellas; todos lo sabemos. Rousseau había sido el pájaro cantor de la Revolución francesa; y ahora lo eran Marx y Lenin. Solía tomar notas en un cuaderno, pero no había nadie con quien pudiese discutirlas. En ocasiones, avanzaba ciegamente sin mirar a los lados; y en otras, me atacaba una especie de fiebre y me sentía profundamente desgraciado sin saber el motivo exacto. A veces me emborrachaba y me convertía en un bocazas que gastaba bromas pesadas; y otras, recurría a alguna mujer y a su cuerpo para tratar de hechizarnos y transformarnos en otra cosa. Pese a todo, siempre tenía que regresar a mí mismo, a mi propia piel y al lugar que ocupaba para descubrir mi verdadero rostro. No puedo permitirme perder ninguna imagen, ningún sonido; recuerdo incluso los olores, el tacto de las cosas, las puestas de sol. Un caballo bosnio tendido al lado de la carretera; sus costillas cubiertas de magulladuras y el hocico, de moscas negras. La tragedia de esa vida me afecta. En el trato con la gente me he vuelto más intransigente, más insensible, más sarcástico. La mañana después de una larga noche de borrachera, el teniente del destacamento ruso me vaticinó un triste final. ¿Por qué me esfuerzo en recordar con tanta precisión aquellos días? ¿Es que acaso pienso que algún día me veré obligado a hablar de ellos? ¿Con quién y para qué? El propósito de nuestras acciones se oculta en su propio interior. Aquellos tanques alemanes que de repente irrumpieron en una calle de un pueblo. Salimos huyendo en todas direcciones. Uno de ellos se desvió, embistió el cercado de un jardín y aplastó un cenador con una facilidad espeluznante. Luego continuó avanzando por campo abierto, tras dos partisanos que se alejaban corriendo. La ametralladora del tanque lanzó una ráfaga. A uno de ellos, los proyectiles le alcanzaron la espalda; el hombre se tambaleó y se desplomó en el suelo. Al segundo, le dieron en las piernas. La hierba volaba a su alrededor mientras intentaba arrastrarse apoyándose en los brazos. El tanque se detuvo a su lado y el comandante salió del vehículo y le disparó en la cabeza a bocajarro. Luego observó un momento al que había caído y, finalmente, regresó al tanque. Una vez allí, guardó la pistola en la funda y subió a la torreta. El tanque dio un giro de ciento ochenta grados casi sin moverse del sitio y volvió a la carretera destrozando otra cerca. Ellos iban motorizados, nosotros avanzábamos a pie. Y a todos nos cubría el

mismo cielo. ¿Y cuál era el significado de todo aquello? Pues que el Partido dirigía una lucha justa y que Hitler lideraba unos crímenes atroces. Los dirigentes de la Guardia Blanca eran los ideólogos de la «iglesia militante» y unos traidores empedernidos. Los franceses luchaban contra la ocupación. Por lo visto, los italianos empezaban a mostrar resistencia. Los rusos habían sido atacados y ahora pagaban a los alemanes con la misma moneda, tratando, a su vez, de extender los dominios de la revolución. ¿Y qué es lo que preocupaba a los ingleses y los americanos? ¿Que los rusos alcanzasen el Atlántico? ¿Es que había pasado la época en que los hombres estaban dispuestos a morir por sus ideales? Millones de hombres nos habíamos visto envueltos en una lucha a vida o muerte; y para todos, la justicia estaba de nuestro lado. Nadie podía dudarlo. De lo contrario, tendría que responder ante un tribunal militar. Así ha sido desde la antigüedad. Los alemanes quemaron vivos a dieciséis campesinos metiéndolos en varias casas que estaban en llamas. «¿Te parece divertido?». Eso es lo que replicó Vadnal cuando afirmé que, en el fondo, la guerra era algo ridículo. Traté de ponerme en la piel de uno de aquellos alemanes, pero no lo logré. La maldita obra de Hitler tiene que ser por necesidad dramática y trágica. El fin de la guerra se aproximaba, pero nuestra opinión al respecto era cada vez más superficial y no nos molestábamos en reflexionar a fondo para descubrir su verdadero significado.

Un gato pasó caminando por el tejado de un edificio situado enfrente del hotel donde me alojaba en España. Lo vi mirar a su alrededor, aguzar el oído, observar el más mínimo movimiento. Érase una vez, un gato que cruzó un patio de una casa en Ribnica. De eso hacía treinta años. Los gatos deben controlar todo lo que se mueve a su alrededor para sopesar si corren algún peligro. Ese es el único motivo. Los gatos no van a la guerra. Y nadie puede forzarlos a ello. Pero yo me había montado al tigre de la guerra y ahora no podía desmontarlo. Pese a estar siempre pensando, algo me impedía compartir mis pensamientos, pues aquellos pensamientos no podían interesar ni beneficiar a nadie, ni siquiera a mí. ¿Acaso estaba enfermo? No lo creo. En aquel momento, un policía torturaba a un prisionero político en algún sitio. Un prisionero que probablemente compartía mis opiniones, pero que no podía decirlo. La situación empeoraría. A los valientes les avergüenza su propia valentía. Son los cobardes los que se dedican a escribir sobre la guerra. Los cobardes, con la grandilocuencia que los caracteriza, son los que dan al traste con cualquier posibilidad de verdadero conocimiento. Y a nosotros nos queda la tristeza, pues el humor es impropio. No podemos convertirnos en gatos. A diferencia de nuestros himnos, nosotros

debemos permanecer callados, pues la realidad que nos envuelve es demasiado cruda. Disculpadme si no participo en la próxima guerra; os presentaré mis excusas. Con gusto bajaría del tren de esta civilización si no fuese porque he de cargar con un minué para guitarra de veinticinco disparos.

Da lo mismo, da lo mismo, señor. Si Caín mató a Abel, o Abel a Caín. Si nos distanciamos lo suficiente, parece la escena de un ballet. Cuando un disparo me alcanzó la mano, ni siquiera lo noté; pero cuando advertí lo que había pasado seguramente torcí demasiado el gesto. Y cuando me dispararon en la pierna, di un espectacular salto que acabó en pirueta. Y qué decir de aquella divertida actuación durante el invierno, cuando avanzaba con los pies ensangrentados tratando de decidir cuál me hacía más daño. Y lo más gracioso de todo es que ya había recorrido toda aquella distancia cuando le dije a Dolničar que Freud no era marxista. En definitiva, una función de ballet cómico acompañado por guitarras de veinticinco disparos… Las veo… Las oigo… Bailo a su ritmo como si fuese un payaso… Pero ¿dónde estoy? Debo de haberme quedado dormido. Estaba en el ejército, ¿no es cierto? ¿Por qué los hombres no podemos expresar con palabras ese profundo conocimiento al que accedemos en el estado que nos lleva de la vigilia al sueño? Anduve por un camino enfangado, interminable, que parecía maleable… en algún lugar cerca de la población de Ogulin… un tibio día de enero… salimos de los arbustos para entrar en un claro… una extensión de hierba… cubierta de cadáveres.

Mientras sigo echado… aquel interminable camino avanza por dentro de mí… en un momento dado se detiene, y soy yo el que avanza con estos zapatos… Pero, en realidad, *da lo mismo*; da igual que la Tierra gire alrededor del Sol o que sea el Sol el que se mueve alrededor de la Tierra. El esfuerzo es el mismo.

«En ocasiones, cuando los vuelvo a recordar —los extraños acontecimientos de mi vida—, me pregunto si los he soñado».

Anatole France

«La razón exige que las lecciones amargas de la sangrienta historia de la última guerra no se olviden».
V. Chuikov, *El final del III Reich*

«¿Cómo transmitimos la información? Transmitimos la información por medio de signos, discursos, artículos escritos, artículos impresos e imágenes fijas o en movimiento».
D. P. Mrvoš, *Propaganda, Publicidad*

«El papel tiene diferentes funciones. Nuestro principal interés reside en el uso del papel como material de impresión, de escritura y de dibujo».

Ibidem

«Yo, Heródoto de Halicarnaso, me dispongo a relatar mi historia para que el tiempo no borre el color de lo que el hombre ha creado…».
Heródoto, *Historias*

«Una de las particularidades de la civilización moderna es nuestra conciencia del tiempo».

Lewis Mumford

«Se durmió profundamente y durmió tranquilo y sin pesadillas, sin ningún tipo de consciencia, tal como duermen los niños en la cuna, los hombres justos y los muertos».
J. Jurčič, *La flor y el jardín*

«Pongamos por caso que Betelgeuse, la estrella más grande de la constelación de Orión, explotase el 17 de marzo del año 2000. Todavía tendrían que pasar trescientos años para que la luz de la explosión llegase a la Tierra».
G J. Whitrow

Capítulo 8

Un amplio anfiteatro formado por suaves colinas, viñedos, casitas, laderas cubiertas de enredaderas, cerezos, albaricoqueros y manzanos en plena maduración; pistas, caminos de carro, senderos, enrejados, caseríos y pájaros que cantan en la recién nacida mañana, cuando la fragancia de la tierra se eleva hacia el cielo para saludar a los primeros rayos de sol: la primavera llega apaciblemente a Bela Krajina. Muchas veces, la guerra se detenía como una enorme máquina estropeada para luego sorprender a los combatientes con una de su bromas pesadas y crueles. En aquel momento, sin embargo, teníamos soldados haciendo guardia en Gorjanci y en el río Kolpa; no había lugar para sorpresas desagradables. Llevábamos días disfrutando de cielos azules y temperaturas cálidas, del verde intenso de la vegetación, del tinte pardo de la tierra seca de los viñedos, del gris de las ramas y troncos del campo. Dos nubecitas blancas contrastaban con el inmaculado azul del cielo. El aire vibraba con el zumbido de los abejorros que se movían entre las hojas. Varios pájaros estaban construyendo sus nidos en un cerezo silvestre cuyos frutos tenían un tono verde amarillento. En lo alto de un viejo cerezo, un mirlo trinaba tan fuerte que parecía que lo hiciese a través de un altavoz. Había arrendajos y tordos. Y nuevos brotes de vid que se retorcían alrededor de un viejo tronco. Una ardilla en el único abeto de la zona. Era primavera en Bela Krajina. Aquel nombre tenía una resonancia agradable: Bela Krajina, le Pays Blanc, Paese Bianco, White Country, das Weisse Land, País Blanco. Un par de semanas antes, los cerezos en flor habían cubierto de blanco aquellas laderas. Cuatro hombres, avanzando de dos en dos, subíamos las cuestas. A mi lado iba Tilen. Recuerdo que me hablaba de la situación bélica, un tema poco adecuado para una mañana como aquella. Hitler había ordenado a sus hombres que destruyesen Alemania. Pero a mí me traían sin cuidado las tragedias que pudiesen sufrir aquellas tierras. Desde luego, los alemanes carecían de paisajes como el que yo tenía delante; por eso

habían tratado de expandirse hacia el sur desde la época de los romanos. Debíamos detenernos en un cruce de caminos. Apoyado en un antiguo crucifijo de madera, contemplé el valle que se extendía a nuestros pies. Rocas, arbustos, tierra rojiza, zumbido de abejas y otros insectos, gorjeo de pájaros. De un caserío que había más arriba, nos llegó la melodía de una canción que se había hecho popular durante la Guerra Civil española: «¿Adónde vas, morena?». La madera del crucifijo era de un gris plateado. Y allí, clavado a ella, había un hombre desnudo, ya muerto, que todavía sangraba y que conservaba en la boca una sonrisa. Una estridente voz de tenor cantaba en un mal español: «*Dime dónde vas, morena… dime dónde vas, tú sola… dime dónde vas a las tres de la mañana*». Tenía acento italiano. «*Vado en career de Sevilla…*». INRI. Desde la rendición de Italia, ninguna de las fuerzas de ocupación había puesto el pie en aquella zona. Únicamente la Guardia Blanca había intentado atacar Črnomelj. Aquella tierra liberada era nuestra tierra; aquel gobierno provisional, nuestro propio gobierno. Entre Gorjanci y el río Kolpa se encontraban el estado mayor del Ejército de Liberación Nacional y las Fuerzas Partisanas de Eslovenia, el comité ejecutivo del Frente de Liberación, el Consejo para la Liberación Nacional de Eslovenia, el comité central del Partido Comunista, el comité de propaganda del partido, el Teatro Nacional de Eslovenia y los talleres donde se construían los decorados y se confeccionaba el vestuario, la radio del Frente de Liberación, la escuela de oficiales, el coro de los veteranos minusválidos, los destacamentos de los aliados, el punto de referencia de los aviadores aliados y de los prisioneros de guerra que conseguían huir de los campos de concentración alemanes, los comercios, la comisión económica, las unidades de defensa nacional, los hospitales, el aeródromo, las imprentas, el destacamento austríaco y el checo, los centros de formación y las escuelas, la comisión de asuntos religiosos, la comisión para la creación de un gobierno popular, los embriones de los futuros ministerios eslovenos, los cuarteles generales locales, los cuarteles generales del distrito de Bela Krajina. En algún lugar cercano permanecían escondidos los secretos de guerra y estado. Allí había búnkeres de cemento, edificios constantemente vigilados, comisarías de policía, centros de espionaje. Allí acudían las brigadas para descansar. También estaban la skoj, la Liga de la Juventud Comunista de Yugoslavia, y el nkoj, el Comité Nacional para la Liberación de Yugoslavia. Se impartían cursos de primeros auxilios y de enfermería. Había espacios para que los artistas pintaran o hiciesen grabados, para que los escritores y poetas pudiesen escribir obras de un solo acto, poemas, discursos para mítines, artículos de prensa, guiones de radio.

Desde las imprentas se difundían cancioneros, dibujos, grabados sobre linóleo, periódicos, anuncios, informes. Los músicos componían canciones para solos y corales; las corales ensayaban para los conciertos. Allí estaba el centro de comunicaciones; se había establecido contacto con Estiria, Gorenjska, Carintia y Primorje; con Italia, Francia, Austria y con el sur de Yugoslavia. Aviones ingleses, americanos y, más tarde, también rusos descargaban armas y municiones. Los ingleses también nos proporcionaban comida, uniformes y cigarrillos. Todo el territorio de aquel joven estado bullía de actividad. Una actividad invisible, un hormiguero político de planes, intrigas, conversaciones, reuniones, sesiones, celebraciones, instrucción de oficiales, pruebas, subidas de impuestos y soluciones para los problemas de aquel momento y los venideros. Allí, por lo menos, ya se respiraba el fin de la guerra.

Aunque, en realidad, la guerra solo se estaba acercando a su punto más culminante. Así lo había expresado Anton: «Durante todas las guerras llega un momento en que dejas de percibir la diferencia entre un instante y la eternidad, entre una gota de agua y el mar, entre un suspiro y una ráfaga de viento. En ese momento en que no existe lo grande ni lo pequeño, en que se respira una especie de expectación general, es cuando podemos decir que la guerra está a punto de terminar. En ese instante, y solo en ese instante, la guerra termina. ¡Es como si el sueño más inalcanzable de los hombres se hubiese hecho realidad! Luego, sin embargo, la cruda realidad nos vuelve a golpear, pues no ha cambiado nada. Las barreras han desaparecido, pero seguimos sin tener acceso».

Pájaros. Grillos. Una nube de mosquitos. El calor del sol.

Más abajo, un sendero avanzaba junto al río. Una explosión había levantado el puente, que ahora parecía una torre erigida en la orilla. En el caserío de arriba alguien tocaba el acordeón.

Continuamos ascendiendo y, mientras avanzábamos, hablábamos por hablar, aburridos.

En las inmediaciones de la casa había muchos partisanos.

Aquella casa la habían construido en una ladera tan escarpada que la fachada delantera tenía tres alturas y la puerta trasera se abría en el piso superior del edificio. Delante de la entrada a la bodega había varios bancos y mesas, y allí estaba sentado el acordeonista. Los partisanos llevaban uniformes ingleses y algunos se habían tomado la molestia de estrechar las perneras de los pantalones. Encima de una mesa había un gran cántaro de vino y un vaso que iba pasando de mano en mano. Tras vaciar el vaso, cada uno de los presentes lo volvía a llenar y se lo entregaba al hombre que tenía al lado de acuerdo a la

costumbre local. Había también unas cuantas campesinas de la zona. La dueña de la casa presenciaba la escena desde la puerta de la bodega. Mientras mis compañeros se acomodaban en un banco, yo me paseé por aquel patio atestado; desde allí podía contemplar las laderas cubiertas de vides. Por otro camino se acercaban más partisanos. Para entonces, todos vestíamos más o menos el mismo uniforme. Unos cuantos hombres se levantaron y se fueron. Otros se pusieron a cantar para acompañar al acordeonista: «Más allá del lago… más allá del prado… estaba mi hogar…».

En un momento dado, un idiota me dio un codazo en las costillas. Y cuando me giré para cantarle las cuarenta, cuál fue mi sorpresa y alegría al encontrarme con el rostro de Anton. Iba vestido con un uniforme inglés y llevaba una ametralladora Bren al hombro. Calzaba botas nuevas y calcetines de lana blanca. Lucía una gorra nueva y un enorme macuto de piel. Anton me observó con expresión animada y socarrona.

—¡Parece que ambos estamos en mejor forma que la última vez que nos vimos!

Advertí que había engordado un poco y que su piel había adquirido un saludable tono bronceado. En aquel momento me alegré de estar vivo. El alto edificio, a medio camino entre cueva prehistórica y nido de pájaro, se elevaba por encima de nosotros. Ninguno de los dos teníamos prisa; la guerra iba a terminar en unos cuantos días y ambos habíamos sobrevivido. Aunque hacía un año y medio que nos habíamos separado, era como si nos hubiésemos visto el día anterior. Anton me contó que durante aquel tiempo había andado mucho, y que también había descansado. En Črnomelj estaba recibiendo tratamiento dental, pues había tenido cuatro granulomas. Poco a poco empezamos a reconocer nuestros sabores. El de Anton era el sabor fuerte y amargo de la achicoria.

Eramos seis en una habitación del piso superior y conversábamos en parejas. El dueño de la casa, un conocido de Anton, fue especialmente generoso con nosotros. En una enorme cazuela de barro nos trajo lomo de cerdo ahumado, cortado en grandes pedazos. Como caníbales, nos lanzamos a probar aquella sabrosa carne. Nuestro hospitalario anfitrión trajo también una tabla de madera con una hogaza de pan y un cántaro de vino que colocó junto a la que ya estaba medio vacía.

¡Menuda habitación! ¡Aquel era el lugar perfecto para pasar el día! Más que la habitación de una casa parecía un camarote de barco. Las paredes estaban revestidas de una madera oscura que brillaba a la luz de una ventana baja y alargada. En el piso de abajo, los hombres

cantaban, charlaban, armaban jaleo. La ventana nos ofrecía una amplia vista de la parte inferior de las laderas y del valle. En la copa de vino amarillo el reflejo brillante del techo y la ventana se deformaba. Así que la guerra había terminado. Estábamos sin blanca, pero nos sentíamos ricos. Aunque no fuésemos totalmente conscientes de ello, no nos faltaba nada. Corrían rumores desagradables, pero ¿por qué tomarlos en serio? Bebamos y olvidemos. Al fin y al cabo, después de todo lo que habíamos pasado podíamos enfrentarnos a cualquier cosa.

¿Y qué pasará si estalla un conflicto entre los rusos y los americanos? Entonces sí que estaremos en un aprieto.

—No habrá ningún conflicto, al menos por ahora —dijo Anton—. Los americanos están demasiado ocupados con los japoneses en el Pacífico, y los rusos todavía tienen que poner orden en el enorme territorio que han ocupado. Pronto empezará una nueva época, una época que no va a ser agradable. Ambos bandos son demasiado fuertes para mantener la paz, pero demasiado débiles para empezar una guerra.

A través de la ventana abierta entró una abeja y se posó en el pan. Para ella, la vida era sencilla. Su especie sobrevivía sin invocar el progreso. A nosotros, sin embargo, nos esperaban tiempos difíciles. La evolución nos había llevado del protocomunismo al esclavismo; de ahí habíamos pasado al feudalismo y, más tarde, a un sistema burgués que había derivado en capitalismo acerado. A continuación, un salto revolucionario nos había conducido al socialismo que, al desarrollarse, daría lugar a una sociedad sin clases y al comunismo, es decir, que regresaríamos a nuestros inicios. En palabras de Anton, se trataba de «la búsqueda del paraíso perdido».

Tengo miedo.

Al principio, el miedo asolaba la Tierra.

De abajo llegaba la melodía de una canción popular, «*Muchachita de Madrid*», una canción que sonaba para los turistas de todo el mundo. ¡Turistas del mundo, uníos!

Al principio, el miedo asolaba la Tierra. Miedo al frío y al hielo, al hambre, a los dinosaurios y a las enormes bestias; miedo a los demás hombres, que eran caníbales. Luego llegó el miedo al amo y a su látigo. Espíritus, divinidades, desastres naturales, prejuicios arraigados y taimados gobernantes; todo ello desembocó en un temor reverencial hacia el Creador. Miedo al hombre que te humillará, te robará y te matará; al hombre que te quemará en la hoguera por hereje. Dios se vistió de nación y de estado, creando así el miedo al hombre que te colgará, te fusilará o te decapitará por traidor; al hombre que te

meterá en prisión, te torturará y poco a poco te aniquilará; al hombre que te va a denunciar. En el último apocalipsis de nuestro superpoblado planeta, tendremos miedo al hambre, a morir asfixiados por culpa del aire emponzoñado. Entonces, mientras tratamos de vivir más tiempo, de alargar la vida un poco más, la propiedad no tendrá ninguna importancia. Hay ancianos que han vivido varias guerras. Pero nadie sabe qué tipo de guerra nos preparan los expertos en física atómica. Miedo a una destrucción desconocida. Un último estremecimiento de terror.

Los magnates de la Tierra siguen parloteando sobre el progreso. ¡Qué más les da a ellos! En las escuelas todavía se cuenta la fábula de Videk y de la araña buena que le cosió una camisa. Los magnates de la Tierra nos exigen que seamos optimistas. ¿Y si sus millones de esclavos caen de repente en la cuenta de la situación en que se encuentra el planeta? ¿Es que hay un miedo mayor que ese? Millones de esclavos negándose a obedecer. Millones de esclavos negándose a construir yates y palacios, negándose a fabricar juguetes para los consentidos vástagos de las familias nobles, negándose a ser intimidados por la policía. Millones de esclavos reanimados por el terror cósmico, dispuestos a rebelarse y enfrentarse a las autoridades. Mira, si no te parece bien, ¡vete con esos hippies que llevan flores!, ¡toma LSD!, ¡participa en orgías!, ¡acaba en la cárcel! ¡Pero deja de pensar y de decirle a todo el mundo lo que piensas! Carne, esclavo, siervo, insurrecto, proletario, preso político del socialismo. ¡Deja de perseguir la verdadera historia! ¡Aléjate de la dialéctica! ¡Ignora la diferencia entre las consignas teóricas y la práctica del día a día! Escribe poemas herméticos, pinta cuadros impenetrables, hazte el sabio, practica la hipocresía y busca, como un perro obediente, el hueso que te pertenece… busca, que quien busca, encuentra; y quien cava un hoyo para su vecino es el artífice de su propia fortuna. ¡Come, bebe y fornica! ¡Olvida todo lo demás y vive el presente!

Mientras observo la punta de mis mocasines de piel amarillos, recupero la noción del espacio y el tiempo. Abajo están cantando «*Guantanamera, Guantanamera*…». Durante la revolución húngara, los ciudadanos reconocían a los miembros de la policía secreta por el color amarillo de sus zapatos. Pero los tanques rusos no tardaron en solucionar el problema. En Berlín, dispararon a los trabajadores en nombre de la revolución del proletariado. Ocuparon Checoslovaquia. ¿Es que el mundo se había vuelto loco? A los americanos les venía bien que la atención internacional se hubiese alejado de Vietnam. América, esa fábrica de sueños todavía por cumplir, solo teme dos cosas: la revolución (algo en teoría inconcebible, puesto que «no hay

nadie tan satisfecho como los trabajadores americanos») y la caída del valor del dólar. El este, sin embargo, solo teme una cosa: la dialéctica de una revolución permanente. En cuanto a la moneda, la inflación es nuestro eterno enemigo y aprendemos de los errores.

Un escritor de la antigua Roma clasificó las herramientas en tres categorías: las herramientas mudas (hechas de hierro o madera); las herramientas que mugen, balan y relinchan; y las herramientas que hablan, es decir, los esclavos. Las herramientas mudas han conseguido hacerse oír; el mundo entero vibra con su estrépito: el ruido de las máquinas invade las calles, las ciudades, las fábricas, el mar y el cielo. ¿Cuántos decibelios puede soportar un hombre antes de volverse loco? Los animales se están extinguiendo y, en su lugar, aparecen vacas, caballos y ovejas artificiales. Las herramientas que hablan siguen con vida, pese a que nadie las llama por su nombre. Las vemos avanzar, movilizadas, en Vietnam y Checoslovaquia, con el objetivo compartido de liberar a la humanidad. Y quien lo ponga en duda, no tardará en perder su propia libertad.

Por tercera vez, oigo que abajo cantan «*Cuando calienta el sol*».

Tendríamos que hacer algo, pero ¿qué?

¿De qué le sirvió a Leibniz su inocente fe en el orden del mundo? Al fin y al cabo, mi gato es más feliz de lo que llegó a serlo él. ¿Y qué gano yo con todas estas reflexiones absurdas? Un sordo pavor ante la magnitud del desorden. Pero yo evito compartirlo con los demás, pues solo les causaría daño. ¿Qué debo decirle a mi gato Florijan cuando de manera insistente me reclama su ración de comida? ¡Menuda vida! ¡Solo te dedicas a engullir, dormir y perseguir gatas en celo! Y es cierto. Florijan es un gato autónomo y no una herramienta de las fuerzas ciegas del universo. ¿Y qué decir de los perros? Bueno, podríamos decir que hacen de guardianes, que defienden la casa tras aprender a gruñir y ladrarle al enemigo. Probablemente son mucho más leales que toda la basura que pasó por nuestro Estado Mayor en 1941. Pero ¿de qué sirve un gato en una casa sin ratones? ¿Me quiere o no me quiere? Es una pregunta estúpida. Me necesita. Y como me necesita, me gusta. Todos nos alegramos de tener a alguien que nos necesita. Pero no podemos evitar odiar aquello que necesitamos. Necesito dinero y lo odio porque no puedo vivir sin él. Los niños nos necesitan y los queremos. Pero ¿ahí queda todo?, ¿qué se oculta en el fondo?, ¿se produce algún cambio tarde o temprano? No, no me importa. Existo, no existo, sueño, pienso, veo. Cuando, al final del camino, llegue la dosis final de cansancio, pensarás que has alcanzado tu objetivo. La música solo puede expresarse en sonido. Un tango, «*A media luz*…», en la penumbra. El orden lo determinan las manzanas en

las que se distribuyen las calles dispersas. Los cerezos en flor han desaparecido. César se acerca, medio calvo, con una legión de turistas a sus espaldas. Perros de caza bien entrenados avanzan hacia la batalla por la palabra sagrada; son profesionales, menudo espectáculo… *A media luz*… Suave benevolencia, hombres que cantan, Anton con una gorra de piel, guitarras que disparan… estatuas de piedra, de bronce, de marfil; la cabeza de la muerte cubierta con una gorra negra, lo encontré, tengamos un poco de tranquilidad, una muñeca rubia que tiene vida, el átomo, *noche de estrellas*, durante años y años Anton persiguió una gorra piel, un anillo amarillo que no le asusta, hemos comido muerte, la diosa de la caza tiene unas ubres enormes, una gota, una sopa, un gato, la preocupación enseña flores, la invención del hielo amarillo, Istria, Bitter se ha marchado a otro planeta, todos querrán irse a otros planetas, todos parten hacia Ljubljana… vuelo sobre la desembocadura del Ródano… las aguas contaminadas, de un tono entre amarillento y grisáceo, ensucian el límpido azul del Mediterráneo… los brazos del río forman el delta de Camargue… islas verdes… la Costa Azul… una carretera inundada de coches… los peces y los pájaros se han marchado a otro planeta… África no está tan lejos… En el cruce de caminos alguien me espera, pero ¿a qué viene tanta prisa…? Nosotros no tenemos prisa… es el camino que nos separa el que parece tenerla. Murió en el cruce de caminos con una sonrisa en los labios.

En el interior de la casa reinaba la oscuridad, y una luz cegadora brillaba en las ventanas. Del piso de abajo nos llegaba el monótono zumbido de un coro:

> … las aguas del cielo están intranquilas
> quieren que alguien las vierta en un cántaro…
> en algún lugar hay una estrella que brilla…
> esperando a que alguien la devuelva al cielo…
> la devuelva al cielooo…

Todos bebíamos, llenábamos el vaso de nuevo y se lo pasábamos a nuestro compañero; esa era la costumbre. Observé la mano de Anton. Sostenía un Camel entre los dedos y dibujaba círculos lentos como acompañamiento a lo que estaba diciendo; todos sus movimientos se dirigían a los que le escuchaban. Anton se fue quedando sin palabras, pero yo no me di cuenta. Una avispa se posó en el borde del vaso y dio un sorbo al vino; el alcohol no tardaría en aturdirla… y la vida no volvería a ser la misma. El fin de la guerra estaba a la vuelta de la esquina; aquella locura iba a terminar. Unos cuantos pájaros estaban

celebrando una reunión en lo alto de un cerezo, en algún lugar de los viñedos de Bela Krajina. El enemigo estaba a punto de caer. Aunque, en realidad, necesitábamos enemigos, pues la lucha solo tiene sentido contra ellos. Las purgas de Stalin no fueron casuales. Una vez destruido el enemigo exterior, había que acabar con el que actuaba desde dentro. Y así, la revolución se acabó convirtiendo en su propio enemigo. La revolución nace de la revolución, igual que la planta nace de la semilla y, más tarde, da lugar a muchas otras semillas diferentes de la original; ahí está el misterio de la dialéctica. Los seres humanos no somos como las abejas, las hormigas o las termitas; todos esos insectos tienen unos sistemas de funcionamiento estables que no cambian con el paso del tiempo. Los hombres, sin embargo, han inventado el lenguaje y el lenguaje les permite conservar la experiencia. La experiencia, a su vez, les permite transformar el entorno, manipular la naturaleza. El lenguaje ha liberado al hombre del orden natural de las cosas. Aunque luchan contra la soberbia y la superficialidad, los poetas no suelen darse cuenta de ello. Los rusos mataron a Tukhachevsky y los alemanes, a Rommel. Los soldados no pierden el tiempo pensando en todo eso. Los nuestros estaban acorralando a los alemanes que se retiraban. Los Chetniks huían hacia el norte, tratando de llegar a Italia. ¿Y los de la Guardia Nacional? No tenían escapatoria. Habían traicionado a los pilotos aliados, habían incluso llegado a matar a algunos, y ahora se encontraban en un atolladero. ¿Cuántos días quedaban? En el ejército no se hacen preguntas. Por fin eran los otros los que tenían prisa. Anton bromeó:

—Esta vez, por lo menos, estoy en el bando de los vencedores.

Y empezó a recordar la huida de España a Francia.

—Žarko me dijo: «¡Hasta la próxima guerra!». Aquel hombre tenía algo especial. Era inteligente y daba muchas vueltas a las cosas, pero también disfrutaba llamando la atención. Para algunos era demasiado engreído. Le gustaba reflexionar, llegar a sus propias conclusiones; tenía una manera particular de ver las cosas. Y, al mismo tiempo, te podía soltar una tontería monumental. Era alto y delgado, pero fornido; se movía como un gato. Las mujeres caían rendidas a sus pies. En ocasiones se ausentaba… dejaba la mirada perdida… tratando de resolver alguna cuestión… hasta que regresaba con una carcajada y alguna observación inapropiada. Me resulta imposible describirlo… Era como la rama de un sauce que no puedes partir, como un acorde musical que no llegas a identificar… Irradiaba una luz que envolvía a todos los que estábamos a su alrededor. Lo creas o no, no puedo hacerme a la idea de que esté muerto; a su manera, estoy seguro de que sigue viviendo.

Entre tanto, la muerte ya había tendido una nueva trampa.

En unos instantes, aquel radiante día se fundiría en la noche.

Las palabras fluían, las canciones sonaban, las abejas zumbaban, el sol dibujaba un rectángulo dorado en el suelo de madera tratando de tostarlo. El mundo entero cobraba fuerzas para empezar una nueva vida. Las flores de los árboles habían caído y empezaban a asomarse los frutos. Resonaban palabras. Las canciones viajaban hacia Ljubljana. Bebamos otro vaso. Como un acorde.

Estaba allí tendido, en el banco donde lo habíamos dejado, muerto, clínicamente muerto, inexorablemente muerto. Le habían matado, le habían disparado. La gente se arremolinaba a su alrededor. El vaso descansaba tumbado en la mesa, en un charco transparente de vino y su cigarrillo seguía ardiendo.

Salí despacio a un patio que se abría a la ladera de detrás de la casa y empecé a avanzar distraídamente por un camino de carros que ascendía entre los viñedos. El sol todavía calentaba.

Seguí andando un buen rato.

Por encima de los viñedos, en un claro cubierto de hierba y rodeado de árboles, topé con una casa que tenía la puerta abierta y a la que le faltaban los cristales de las ventanas. Cuando entré, enseguida advertí que allí no había nadie. La entrada estaba vacía y las habitaciones también. No había muebles. Las puertas estaban abiertas o les habían quitado los goznes y las habían apoyado contra la pared. En la espaciosa sala de estar, mis pasos sonaban huecos. La puerta trasera también había desaparecido. A través del marco de las ventanas me llegaba el gorjeo de los pájaros y la luz verdosa que filtraban los árboles. Las paredes, sin embargo, estaban llenas de cuadros pintados sobre vidrio. En todos ellos predominaba un amarillo cromado salpicado de tonos naranja y limón que, en algunas zonas, se volvía más pálido y en otras, más intenso. Los cuadros representaban imágenes de santos de rostro amable envueltos en un resplandeciente halo, de paisajes iluminados por un poderoso sol, de pájaros de plumaje violeta y azulado que contrastaba con el amarillo del fondo, de anillos de color rojo, marrón y dorado. En aquella casa limpia, con el suelo fregado, el techo encalado y las paredes de un blanco inmaculado, destacaban las superficies amarillas, las esferas y los anillos, las gavillas y los almiares; destacaban las franjas verdes y el intenso color rojo de los gallos a la luz amarillo-verdosa que se colaba a través de las ventanas. En todas las paredes había cuadros, cuadros pintados sobre vidrio, cuadros de sonrientes rostros bronceados, de esferas solares, de anillos brillantes, de ondas verdosas. En todas las habitaciones había cuadros, cuadros pintados sobre vidrio, una

melodía amarillo-verdosa de gente y paisajes, de soles y laderas, de halos centelleantes. Un cuadro sucedía a otro en una fila inacabable, en un círculo eterno, en un minué amarillo para guitarra en veinticinco disparos. A través de aquellas puertas que parecían estar bostezando fui pasando de una habitación a otra, incapaz de interrumpir el sentido de aquel monótono circuito. Anduve sin parar. El día parecía no tener final. Se había pronunciado la última palabra, ya no nos acechaba ningún peligro y había pasado el tiempo de las promesas. Todos partirían para algún destino lejano. El pasado estaba a nuestras espaldas y el futuro apenas se anunciaba. La luz del sol se fundía con el zumbido de las abejas y con el trino de los pájaros en un fluido diáfano que me envolvía el cuerpo en unas largas, circulares y recurrentes ondas.

En mitad de una frase se puso tenso, como si estuviera a punto de echarse al vuelo. Me lanzó una mirada penetrante, inquisitiva, llena de asombro, y acto seguido se desplomó. Lo sostuve sin entender lo que estaba ocurriendo. Anton no tenía por costumbre hacer aquel tipo de bromas.

Más tarde descubrimos que uno de los partisanos de la habitación de abajo había golpeado el suelo con su vieja automática italiana. El golpe hizo que el arma se disparara y que todas las balas de la recámara saliesen silbando hacia arriba, atravesaran el techo de madera y, accidentalmente, se alojasen en un cuerpo, que resultó ser el cuerpo de Anton. Ya se sabe lo que pasa con estas automáticas; no son de fiar.

Anton todavía vivió unos minutos. No permitió que le quitáramos la ropa para examinar las heridas; sabía perfectamente que no había nada que hacer. Estaba tranquilo y sosegado, e incluso trató de esbozar una última sonrisa. El hombre al que se le había disparado el arma subió consternado, pero no le dejamos hablar. No necesitábamos ninguna explicación; las palabras no podían cambiar la situación. Acomodamos al herido en el banco. Entonces me miró y pude oír su voz interior: «Bueno, este ha sido mi destino; ya lo has visto. ¿Recuerdas lo que te conté sobre los toros españoles? ¿Aquello de que toda su vida culmina en la celebración de un gran día? No sabes cuánto me alegro de que haya sido hoy el día de nuestro reencuentro, de que hayas visto todo esto, de que estés aquí».

Tenía un brazo estirado y el otro apretado contra el pecho.

Cuando, al final, intentó sonreír, solo consiguió decir:

—Hasta…

De todos modos, supe que quería repetir «¡hasta la próxima guerra!». No sé por qué, alguien le cerró los ojos.

Estoy esperando para volver a Ljubljana.

¿Desde dónde? ¿Desde dónde? No desde la casa de los cuadros de vidrio, de eso estoy seguro. Porque allí sigo pasando de habitación en habitación, andando en círculos.

Pronto me iré de El Arenal, muy pronto.

Incluso ahora se me hace insoportable la constante repetición de la canción «*Cuando calienta el sol*».

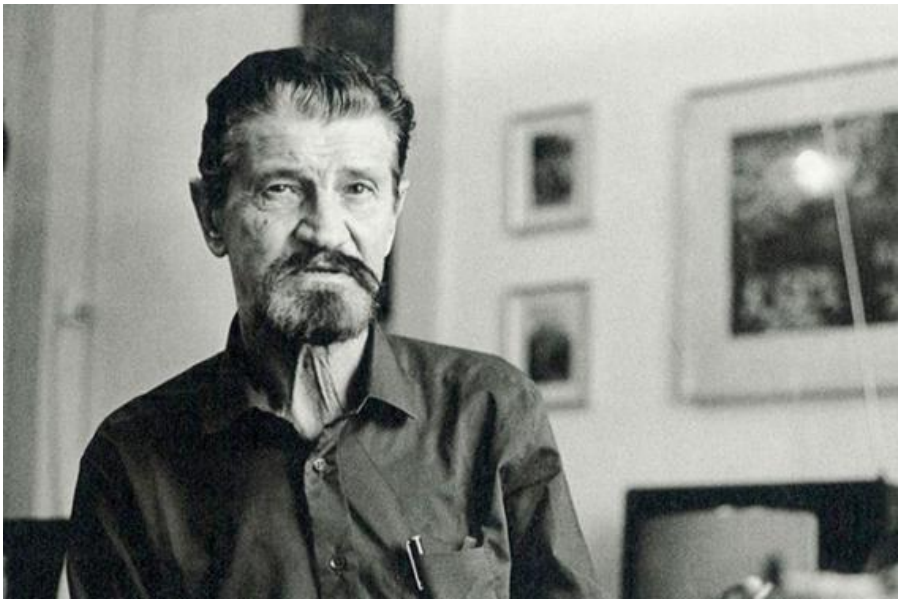
Ahora recuerdo perfectamente de qué estaba hablando cuando se produjeron los disparos.

Tras la capitulación de Italia, Anton pudo volver a andar por la calle a plena luz del día después de muchos meses. Para él, fue como volver a la Tierra tras una larga ausencia. Contemplaba maravillado los árboles y las ramas verdes, la gente que se apresuraba, las casas y las jardineras de las ventanas.

Evidentemente, los hermanos italianos y alemanes habían heredado los archivos y dosieres de la policía yugoslava. Y Anton, con su suculento pasado, se había convertido en una ansiada presa. Fue entonces cuando se encerró en un sótano desde el que le resultaba imposible distinguir la noche del día. Allí, en aquella imprenta clandestina, se dedicó a imprimir artículos y consignas de guerra, siempre atento a los ruidos que le llegaban de fuera. Durante aquellos días, algo en su interior empezó a apagarse, algo que debía morir para garantizar su supervivencia. Poco a poco, Anton fue convirtiéndose en otra cosa, en algo uniforme, algo vegetal; el animal acabó transformándose en planta. Las plantas no salen a pasear por la calle. Anton no era consciente de lo que estaba ocurriendo. Solo cuando volvió a sentir el cálido aliento de las calles en su frente, se estremeció asombrado y empezó a recuperarse muy despacio. Ahora ya no estaba obligado a seguir viviendo como un vegetal entre cuatro paredes. El tejido emocional que había quedado anulado, se empezó a recobrar: le picaba, le dolía, no le dejaba descansar. Aunque le había costado silenciar las emociones, le estaba costando mucho más despertarlas. ¿Acaso era posible acariciar una hoja verde? ¿Tocar la rugosa corteza de un árbol? ¿Dirigirle la palabra a un extraño? ¿Acaso eran reales las nubes que atravesaban el cielo? Tal vez fuesen un sueño. O tal vez hubiese sido un sueño, una simple ilusión, aquella existencia anónima. Una y otra vez se producen situaciones en que los hombres se pellizcan para asegurarse de no estar soñando. Los hombres mudan de piel constantemente a lo largo de su vida. Deben pasar ciertas cosas para que puedan entender otras. El sol se pone, oscurece… y de repente sale la luna. Pasos. Conversaciones. Los hombres tienen familias, tienen perros y gatos, beben café. No saben que estoy vivo a

medias. El cuerpo se opone al cambio inesperado. Quiere vivir tal como está acostumbrado y se resiste a llevar esta doble vida.

—Y, poco después, nos marchamos juntos de Ljubljana.



VITOMIL ZUPAN (Ljubljana, 1914 – 1987). Considerado uno de los mejores escritores eslovenos del siglo XX, Vitomil Zupan se vio obligado a abandonar su país a los dieciocho años tras la muerte accidental de un amigo cuando jugaban a la ruleta rusa. Viajó por el Mediterráneo y el norte de África, donde trabajó como marinero, pintor de casas, profesor de esquí y boxeador profesional.

Regresó a Ljubljana poco antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial y se unió a la resistencia tras la ocupación alemana e italiana de Yugoslavia. En 1942 fue arrestado y enviado a los campos de concentración italianos de Ciginj y Gonars. Tras evadirse de este último, se unió a la resistencia y luchó como partisano en las colinas de Ljubljana contra el ejército alemán.

Finalizada la guerra, se dedicó a la escritura y trabajó en la radio. En la Yugoslavia de Tito, Zupan fue sentenciado en un juicio farsa a dieciocho años de cárcel por espionaje, conspiración, asesinato e intento de violación. Fue liberado en 1955 y tuvo que firmar sus obras con un seudónimo hasta los años sesenta.

Escritor bohemio, anticonformista y polémico, Vitomil Zupan publicó en 1975 *Minué para guitarra*, su indiscutible obra maestra y una de las novelas más relevantes de la narrativa eslovena contemporánea.

Notas

[1] «¡Soy un bandido!». < <

[2] En español en el original. En adelante, las expresiones en español están en cursiva. (*N. del T.*) < <

[3] Infantería ligera alpina de Alemania. (*N. del E.*) < <

[4] «Voy solo por la ciudad… camino entre la multitud que no sabe… que no ve mi dolor… buscándote… soñándote… a ti que ya no te tengo…». < <

[5] Asociación deportiva de origen checo. (*N. del E.*) < <

[6] En croata en el original (*N. del T.*) < <

[7] Organización de inteligencia militar alemana. (*N. del E.*) < <

[8] En serbio en el original (*N. del T.*) < <

[9] «¡Camarero!». < <

[10] Apellidos de Reyes, primeros ministros y ministros de Yugoslavia. (*N. del E.*) < <

[11] Políticos yugoslavos que colaboraron con las fuerzas de ocupación italianas y alemanas durante la Segunda Guerra Mundial. (*N. del E.*) <<

[12] «Nosotros marchamos». < <

[13] *Plus ça change, plus c'est la même chose*. «Cuanto más cambia algo, más se parece a lo mismo». Epigrama de Jean-Baptiste Alphonse Karr (1808-1890).
(*N. del E.*) <<

[14] Personaje de ficción, muy popular en Eslovenia, creado por el escritor Fran Levstik en el siglo XIX. (*N. del E.*) < <

[15] Protagonista de la novela homónima, publicada en 1906, del escritor esloveno Ivan Cankar. (*N. del E.*) < <

[16] «Cabeza… ejército…». < <

[17] «Cinco siglos de guitarra en España». < <

[18] «Hogar, hogar en la pradera, donde juegan el ciervo y el antílope…». < <